AUTORA *BEST SELLER* DE *DARK ROMANCE*

CLAIRE CONTRERAS

HASTA QUE SEAS MÍA

ÉL ERA LA ESTRELLA DEL EQUIPO DE *HOCKEY*...

... PERO ELLA CAMBIÓ LAS REGLAS DEL JUEGO.

wonderbooks

Tabla de contenido

Página de título
Derechos de autor
Contenido
Carta de Claire
Advertencia de contenido:
Dedicación
Parte I
- Prólogo
- 1. Lachlan
- 2. Lachlan
- 3. Lachlan
- 4. Lyla
- 5. Lachlan
- 6. Lachlan
- 7. Lyla
- 8. Lyla
- 9. Lyla
- 10. Lyla
- 11. Lyla
- 12. Lachlan
- 13. Lyla
- 14. Lyla
- 15. Lyla
- 16. Lyla
- 17. Lyla
- 18. Lyla
- 19. Lachlan
- 20. Lyla
- 21. Lachlan

Parte II
- Prólogo
- 22. Dalila
- 23. Dalila
- 24. Dalila
- 25. Lachlan
- 26. Dalila
- 27. Dalila
- 28. Dalila
- 29. Lachlan
- 30. Dalila
- 31. Lachlan
- 32. Lachlan
- 33. Dalila

34. Lyla
35. Lachlan
36. Lachlan
37. Lyla
38. Lyla
39. Lyla
40. Lachlan
41. Lyla
42. Lyla
43. Lyla
44. El accidente
45. Lyla
46. Lyla
47. Lyla
48. Lyla
49. Lyla
50. Lyla
51. Lachlan
52. Lachlan
53. Lyla
54. Lachlan
55. Lyla
56. Lyla
57. Lachlan
58. Lyla
59. Lachlan
60. Lyla
61. Lachlan
62. Lachlan
Epílogo
También por Claire Contreras
Fragmento de medias verdades
Expresiones de gratitud

HASTA QUE TE CONSIGA

AUTOR MÁS VENDIDO DEL NEW YORK TIMES

CLAIRE CONTRERAS

Copyright © 2023 por Claire Contreras

Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de este libro puede reproducirse en ninguna forma ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso escrito del autor, excepto para el uso de citas breves en una reseña del libro.

Editado por: Gina Licciardi

Formateado por: Champagne Formats

Diseño de portada: Hang Le

CONTENIDO

Carta de Claire
Advertencia de contenido:
Parte I
Prólogo
1. Lachlan
2. Lachlan
3. Lachlan
4. Lyla
5. Lachlan
6. Lachlan
7. Lyla
8. Lyla
9. Lyla
10. Lyla
11. Lyla
12. Lachlan
13. Lyla
14. Lyla
15. Lyla
16. Lyla
17. Lyla
18. Lyla
19. Lachlan
20. Lyla
21. Lachlan
Parte II
Prólogo
22. Dalila
23. Dalila
24. Dalila
25. Lachlan
26. Dalila
27. Dalila
28. Dalila
29. Lachlan
30. Dalila
31. Lachlan
32. Lachlan
33. Dalila
34. Lyla
35. Lachlan

36. Lachlan
37. Lyla
38. Lyla
39. Lyla
40. Lachlan
41. Lyla
42. Lyla
43. Lyla
44. El accidente
45. Lyla
46. Lyla
47. Lyla
48. Lyla
49. Lyla
50. Lyla
51. Lachlan
52. Lachlan
53. Lyla
54. Lachlan
55. Lyla
56. Lyla
57. Lachlan
58. Lyla
59. Lachlan
60. Lyla
61. Lachlan
62. Lachlan
Epílogo
También por Claire Contreras
Fragmento de medias verdades
Expresiones de gratitud

***Hay una advertencia de contenido en la página SIGUIENTE. Si no te gustan las advertencias, sáltala.**

Querido lector,

Me tomé un descanso de mi serie de la mafia para escribir el libro que me moría por leer, y terminé con una historia llena de clichés. La describiría como un romance de hockey, universidad y new adult con un héroe obsesivo que cae primero, y algo de suspense.

"Romance oscuro" no sería mi primera descripción. Sin embargo, tiene temas oscuros, así que incluí una advertencia de contenido en la página siguiente.

¡Gracias por leer!
Besos y abrazos,
Claire

P. D.: Lachlan Duke es mi héroe favorito hasta la fecha. Me costó un poco convencerlo para compartirlo contigo, ya que quería quedármelo para mí, así que espero que te enamores tanto como yo <3

ADVERTENCIA DE CONTENIDO:

Héroe posesivo y obsesionado
- Acecho
- Hablar de suicidio
- Violencia
- Agresión sexual (suficiente para ser un desencadenante)

Intentaron derribarte, pero te levantaste y permaneciste más alto.
Intentaron cortarte las alas, pero volvieron a crecer más fuertes.
Creyeron que sus amenazas te silenciarían, pero tu coraje es ensordecedor.

Te veo.

Besos

PRIMERA PARTE

PASADO

PRÓLOGO

A VECES LAS ALAS SE FORMAN desde la desesperación. Ese era el pensamiento que me rondaba la cabeza mientras miraba mi coche, luchando contra el frío que me recorría la espalda. A primera vista, parecía un acto de vandalismo fortuito, pero sabía la verdad. Respirando hondo, di un paso adelante, con el cristal crujiendo bajo mis zapatos al acercarme al lado del conductor. Abrí la puerta y limpié el asiento con la camiseta antes de sentarme. En cuanto cerré la puerta, el olor a cigarrillo me inundó la nariz y me dio arcadas. Fue una reacción visceral. Intenté superarlo apretando los ojos y apretando la bolsa de lona que tenía en el regazo.

Se me cortó la respiración al girarme para dejar mi bolso en el asiento del copiloto y ver un cristal colocado a propósito a la izquierda. Me temblaban las manos al arrancar el motor. Había otra colilla en el salpicadero. La dejé allí mientras me alejaba, con cuidado de no reaccionar. Sabía que me observaba. No sabía dónde estaba, pero sabía que me observaba. Le gustaban esas cosas, pero no merecía tener acceso a mis emociones, y no se lo iba a conceder. Ambos sabíamos que su mensaje era claro.

Conduje a casa con la ansiedad a flor de piel, pero por lo demás, estaba tranquila. En cuanto aparqué, corrí a mi apartamento y cerré la puerta con llave. Corrí a mi habitación e hice lo mismo. Con el corazón apesadumbrado, miré las fotos que tenía delante, mi silencioso recordatorio de por qué no debería haber bajado la guardia. Marissa me había preparado un conjunto. Consideré faltar al evento. Debería haberlo hecho, pero había pasado los dos últimos años de la universidad viviendo como una ermitaña.

Estaba harta. Estaba harta de *que* quisiera destruir todo lo que me hacía feliz. Solo quería ir a una fiesta como una universitaria normal y no preocuparme por las consecuencias. Había reglas estrictas para esta fiesta en particular: una lista pequeña y revisada de invitados, nada de teléfonos y nada de fotos. Sabía que podía ir sin preocupaciones. Sabía que no vendría a por mí allí. No podía. Ya ni siquiera estaba segura de que importara. Él ya sabía de nosotros. En dos días, estaríamos fuera de allí. Dos días. Me puse de pie y miré el vestido una vez más. Su mensaje me recordó lo que aún podía hacerme. Había intentado cortarme las alas antes. Probablemente pensó que esta vez las arrancaría y las quemaría. No lo dejaría. Me levanté y me preparé para la fiesta.

CAPÍTULO 1

Lachlan

Nos conocimos bajo un sinfín de improbabilidades. Para empezar, casi no fui a la fiesta esa noche. A principios de semana, había tenido un accidente de coche. Fue culpa de mi hermano. Se salió de la carretera intentando evitar atropellar a un ciervo. Lo consiguió, pero mató a dos coyotes que quedaron atrapados entre el parachoques delantero y un roble. Ni que decir tiene, el Sr. PETA fue un desastre. Se rompió el brazo izquierdo. Me dieron un par de puntos en la mandíbula. Nuestra madre actuó como si el mundo se acabara. Los periódicos y revistas locales publicaron mi cara en portada: *Estrella de hockey de Fairview en accidente de coche.* Todo fue muy dramático.

Dos días después, volví a la pista y marqué el gol que nos clasificó para semifinales. Normalmente, era algo que quería celebrar, pero tenía un dolor de cabeza terrible y tuve que madrugar para ayudar a mi hermano a llevar sus cosas a casa de su novia. Además, ya había celebrado esto dos veces. Este año sería la tercera consecutiva si lo conseguíamos. No veía por qué no, siempre y cuando yo fuera titular. No era por presuntuoso. El equipo de hockey de Fairview era un desastre antes de que decidiera venir aquí hace cuatro años. Una vez que fiché, conseguí que otros jugadores ficharan, y dominamos.

Había sido un perdedor toda mi vida antes de empezar a jugar al hockey. Además, tenía un resentimiento enorme. Hoy en día, era más como Georgia, ya que finalmente recibí el reconocimiento que merecía. Era venerado como uno de los mejores jugadores del país; ya tenía un contrato lucrativo que me presentó un equipo profesional el año pasado para demostrarlo.

Mis amigos pensaron que estaba loco por dejarlo pasar. Mi asesor me insistió durante meses antes de dejarlo pasar. Tenía un plan. Terminaría mis cuatro años aquí, firmaría como agente libre con el equipo de mis sueños y conseguiría aún más dinero y oportunidades. No era solo el dinero para mí, sino que me ayudaría. Ya no tendría que depender de mi padre irresponsable. Para ser justos, mi padre no era un irresponsable según los estándares de nadie. No, Henry Duke, heredero de Duke Tech Enterprises —una empresa ahora multimillonaria que proporcionaba información y seguridad al gobierno y a las élites— era un niño mimado. Yo había recibido una beca completa de hockey, pero Liam habría dependido de subvenciones y préstamos si no hubiera sido porque Henry Duke le pagaba la matrícula completa. Por muy bien que lo hiciera su empresa, era lo mínimo que podía hacer. En mi opinión, lo único que Henry y yo compartíamos era sangre y apellido, y esto último solo hasta que me

decidía a cambiar el mío. Para mí, Henry Duke bien podría ser un don nadie. Con lo poco que lo vi, estaba seguro de que el sentimiento era mutuo.

Solté un suspiro mientras cruzaba la casa. Había llegado hacía media hora y aún no había salido. Cada vez que me giraba, alguien nuevo quería hablarme. Era así todo el tiempo. Siempre había recibido este tipo de atención y me encantaba. Últimamente, no tanto, y definitivamente no esta noche.

Mi plan para esta noche era quedarme en casa. El viernes era mi noche de lavar la ropa y hacer los deberes, a menos que tuviéramos un partido. Todos sabían que no iría a ninguna fiesta los viernes por la noche. Hice una excepción esta noche porque era el cumpleaños de Aaron y su novia le iba a organizar una fiesta. Terminé de hablar con la última persona a la que saludaría dentro, tomé una cerveza junto a la puerta y salí. Dije que estaría allí. No dije que socializaría. Destapé la cerveza y empecé a beberla mientras llegaba a Nash y Drew. Estaban ayudando a algunas chicas de la hermandad a preparar los barriles; por lo que parecía, su ayuda sería recompensada.

"¿Estás aquí para ayudarnos?" Una rubia se me acercó, apretándome el pecho contra el brazo. La conocía, pero no recordaba su nombre. Era un desastre con los nombres. Caras que recordaba. Nombres, no tanto.

—No, parece que Nash y Drew lo tienen bajo control. —Levanté mi cerveza y me alejé.

Llegar a la pared. Llegar a la pared. Llegar a la pared. Incluso con la multitud borracha, mantuve mis ojos en mi destino: la pared blanca que había reclamado como mía la primera vez que asistí a una fiesta aquí. Era lo más parecido a un santuario para mí, lejos de la multitud, no tan lejos como para no poder disfrutar de la fiesta, no tan cerca como para que me convencieran de participar en uno de sus juegos. Me encogí al recordar la última vez que participé en uno. Estaba casi en la pared cuando vi a una chica apoyada en ella. Eso no era nuevo. A veces, me esperaban allí. Era como un concurso para ver quién me hablaba primero y a quién me llevaba a casa al final de la noche. No era una hipérbole. Fairview vivía y respiraba hockey y había estado en una racha de derrotas de diez años antes de que llegara aquí y le diera la vuelta. Así que todos querían un pedazo de mí, especialmente las mujeres.

Esta destacaba entre las demás. Iba vestida de forma inadecuada para la fiesta, con una blusa holgada que casi le llegaba a las rodillas y unas Chucks negras. Sin embargo, lo que más llamaba la atención era su expresión: la mirada nublada, vacía de emoción, mientras observaba a todos disfrutar. ¿Sería una nueva promesa? Era imposible, ya que el semestre estaba a punto de terminar, pero tenía que serlo. Tenía esa belleza discreta que resultaba inolvidable: tez color caramelo, rasgos

perfectos y piernas demasiado definidas como para no haber practicado algún deporte. Su cabello castaño oscuro le llegaba hasta la cintura, y sus labios, carnosos y fruncidos, eran la única señal de que prestaba atención a los asistentes. Ni siquiera me había dado cuenta de que me había parado a mirar hasta que alguien chocó conmigo y me despertó.

—Mierda. Lo siento mucho. —Alguien rió y me apretó el brazo, jadeando al verme—. Oh. Quizás no lo *siento* tanto.

Ni siquiera me molesté en mirarla mientras apartaba mi brazo de un tirón. Incluso si hubiera querido, mis ojos no se apartarían de la chica de la ropa holgada. ¿Por qué? No tenía ni puta idea. Cerré la distancia entre esta forastera y yo. Ella no reconoció mi llegada, pero supe que notó mi presencia por la forma en que se tensó. Di un paso y bloqueé su vista de la fiesta. Finalmente levantó la vista, y levantó, y levantó, hasta que llegó a mis ojos, y todo lo que pude pensar fue *mierda santa* . Eran marrones. Había visto innumerables ojos marrones en mi vida, pero los suyos se sentían diferentes de una manera que no podía describir. Parecían contener un vórtice, un agujero negro que amenazaba con engancharte y ahogarte. Su voz cortante me sacó del hechizo momentáneo que había lanzado sobre mí.

"¿Qué estás haciendo?"

“Estás en mi territorio.”

—Tu territorio. —Frunció el ceño—. ¿Te estás uniendo a esta hermandad o algo así?

Ella sabía perfectamente que era una hermandad femenina, y aunque su respuesta fue graciosa, no iba a darle la satisfacción de reírme. Siguió observándome, recorriendo con la mirada cada uno de mis rasgos faciales. Me pregunté si mentiría y diría que no sabía quién era. Así era como a algunas chicas les gustaba actuar, tímidas y remilgadas, como si mi cuerpo no lo *delatara* . Tenía que admitir, por cómo me miraba, que esta era una gran actriz o de verdad no sabía quién era.

“Este muro es mi territorio”, repetí.

"¿Eres *el dueño* de esta pared?" Movió los labios como si intentara no reír. "De acuerdo, John Smith".

"¿Quién carajo es John Smith?"

—Una persona terrible, pero me refería a la versión de Disney. De Pocahontas. —Me observó con tanta atención que tuve que contener las ganas de limpiarme la cara por si acaso—. Ya sabes, el colono.

No era lo que esperaba. "Sí, creo que nunca he visto esa película, y no, el muro no me pertenece, pero aquí es donde suele estar el equipo".

“¿Qué equipo?” Me miró de arriba abajo.

—El Resplandor —dije, aunque no estaba convencido de que no fuera sólo una estratagema para llamar mi atención.

—Oh. Llevo un rato aquí y nadie más ha estado aquí. —Se apoyó en la pared, cruzó los brazos y apartó la mirada de mí.

Si eso no era una despedida, no sabía qué lo era. No podía creer el descaro de esa chica: ignorarme y actuar como si no fuera nadie. Me apoyé en la pared, dejando espacio entre nosotras, y me pregunté qué habría captado su atención. ¿Las chicas que hacían los barriles? ¿Las que corrían bajo los aspersores que alguien había encendido? La gente ya estaba en diferentes etapas de desnudez. Dos chicas se estaban besando con Nash a la vez, lo cual era excitante y entretenido. Quizás habían captado su atención. Seguí observando el césped. Había tanto movimiento esa noche. Mis ojos se posaron en la mujer que se había topado conmigo antes, y me miró con *esa mirada* . Aparté la mirada rápidamente, esperando que no se acercara. La mayoría de las veces, solo las mujeres a las que miraba el tiempo suficiente se acercaban. Así cerraba el trato. O, mejor dicho, cómo lo hacían ellas, ya que no siempre era una apuesta segura. Por el momento, no me interesaba que nadie viniera aquí. Ni siquiera quería a la que estaba a mi lado, pero al menos era silenciosa. Silencio era lo que quería esta noche. Mejor silencio que charlas triviales, por eso no entendía por qué *fui* el primero en romperlo. Supongo que para todo hay una primera vez.

“¿Eres nuevo?” pregunté.

"No."

¿En serio? ¿Y no me conoces? Me di cuenta de que sonaba como un imbécil, pero mi cara estaba por todas partes.

—Supongo que me suenas un poco. —Me miró de reojo—. ¿Vas a decirme que haces porno?

"¿Qué?" La risa retumbó en mi pecho y salió de mi boca antes de que pudiera contenerla. "¿Ves mucho porno?"

No puedo decir que sí, pero es algo común. Si alguien dice que te pareces, se supone que debes decir que sales en películas porno. Es una tontería, pero el mundo está lleno de idiotas, así que... Se encogió de hombros.

No parecía impresionarla en absoluto, y tenía que admitirlo, se sentía extraño. Quizás esa era parte de la razón por la que seguía allí de pie junto a aquella chica con cara de diosa y personalidad de Wednesday Addams. *¿ Era de esas personas que querían que las persiguieran?* Si era así, buena suerte. Perseguir a alguien era un concepto desconocido para mí; uno que me quitaba más tiempo y energía de los que estaba dispuesto a dedicar. La observé de nuevo. Observaba la fiesta con tal desinterés que me pregunté por qué estaba allí.

"No estás impresionado."

Sus ojos se clavaron en los míos. "¿Por ti?"

“Por todo.”

Pareció considerarlo por un momento, mientras una pequeña arruga se formaba en el centro de su rostro. "No me impresiona. Solo estoy aburrida".

¿De qué estás aburrido?

—Todo. —Resopló y luego dejó escapar una risa cansada y sin gracia.

"Puedo hacer que te des aburras si quieres." Le di mi sonrisa encantadora que me hizo bajar las bragas.

Me miró fijamente un momento. "No, gracias".

No, gracias . Me llevé la botella de cerveza a los labios para disimular mi diversión y tragué saliva para no reírme. Había perdido la cuenta de cuántas mujeres se me habían lanzado desde que entré. Ahora, la que sí se lo pregunté —cosa que nunca hice, porque nunca tenía por qué hacerlo— dijo que *no, gracias,* como uno rechaza que le rocíen en el pasillo de perfumes.

"¿Estás en esta hermandad?"

"Ni hablar", dijo, y añadió rápidamente: "No es que las hermandades tengan nada de malo. Simplemente no me interesan".

—Claro. Porque te aburres. —Me giré, apoyé el brazo contra la pared y me crucé de brazos para mirarla mientras hablábamos. No imitó mi gesto. ¡Qué sorpresa! —Así que tienes amigas en la hermandad.

"Mi compañero de cuarto."

“¿Tu compañero de cuarto no es un amigo?” Tomé otro sorbo de cerveza.

"Es mi mejor amiga". Frunció el ceño mientras miraba a su alrededor, quizá buscando a su compañera de piso o mejor amiga. Luché contra el impulso de estirar la mano y quitarle el ceño fruncido. Parecía que me iba a dar un rodillazo en los huevos si la tocaba.

"¿Quieres algo de beber?", pregunté. No sé qué demonios me llevó a preguntar eso. Quizás estaba tan aburrido como ella.

“No bebo en las fiestas”.

Abrí la boca para hacer otra pregunta cuando un grito atrajo su atención de mí.

“¡Lyles!” Levanté la vista al oír la voz de Prescott y me di cuenta de que se dirigía directamente hacia nosotros.

Se me encogió el estómago. Dios mío, si "Lyles" era la novia de Prescott, no sabía qué hacer. Salía con Prescott lo suficiente como para saber que no tenía novia, pero quizá era alguien con quien intentaba ligar. En ese caso, me preguntaba si iba en serio o si solo sería una zorra. Teníamos una política de prohibición para cualquiera con quien los chicos fueran serios. Si alguno quería estar con una chica en concreto y decía "Me lo merezco", los demás teníamos que apartarnos. Era una tradición estúpida que se implementó antes de que yo empezara a jugar aquí y que seguiría vigente mucho después de que me

fuera. Cada año, el capitán del equipo de hockey elegía un número al azar, y ese era el número de mujeres con las que cada jugador tenía que acostarse esa temporada. Si no participabas y te retirabas de "Me lo merezco", tenías que poner 100 $ en el bote. Si no llegabas a la cantidad de mujeres, también tenías que poner 100 $ en el bote. Aaron fue nuestro capitán este año, y eligió el número 10. Como siempre cumplí el objetivo, nunca tuve que poner un centavo en ese bote.

Pres me hizo la señal de la paz mientras corría los últimos pasos para acortar la distancia entre nosotros. Observé cómo envolvía a la pequeña Wednesday en sus brazos y la giraba una vez. No se rió, pero sonreía. Era una sonrisa preciosa, joder.

—No puedo creer que Marissa te haya convencido para venir. —Se apartó y la observó de pies a cabeza—. Te ves bien, pero siempre te ves bien.

Solté un bufido. Ambos me miraron. Di un trago a mi cerveza y aparté la mirada. No era que no se viera bien. Era guapísima. Pero llevaba una camiseta con la cara de Harry Styles tan grande que probablemente *me quedaba* holgada. Su ropa holgada prácticamente gritaba: «No te me acerques». Me pregunté si la habría notado si hubiera sido cualquier otra noche y no hubiera estado en mi espacio. Mi atención oscilaba entre la mano de Prescott en su hombro y Aaron, ya borracho y a punto de pararse a beber. Mantuve la vista fija en él mientras escuchaba su conversación.

“¿Cómo estás?” le preguntó Pres.

—Estoy bien. Banks. Ya sabes. —Se encogió de hombros.

El semestre ya casi termina. Quizás puedas venir a festejar el próximo mes antes de irnos.

"Tal vez."

Mentiroso. Su interés por la fiesta sonaba como mi interés por el ajedrez: inexistente.

—Sabes que estoy aquí para ti, ¿verdad? —Bajó la voz mientras la abrazaba de nuevo.

—Gracias. —Se apartó, poniendo ambas manos sobre su pecho para establecer distancia—. Ya me iba, pero me alegro de haberte visto, Pres.

¿Qué? ¡Ni hablar, Lyles! Anda ya. No has ido a ninguno de mis partidos, no has venido a casa, y siempre que he ido, no has estado en casa. No puedes irte así como así —dijo, tocándole el hombro de nuevo. ¡Dios mío! Pres era muy mañoso—. ¿Por qué estás aquí fuera? —Me miró—. Espera, ¿ustedes dos se conocen?

—No —dijo ella—. Ni siquiera nos conocemos.

Arqueé las cejas. O sea, técnicamente, no se equivocaba. No nos habíamos presentado formalmente, pero dio la impresión de que no habíamos tenido una conversación. Ya sabía cuatro cosas sobre ella: le gustaban Harry Styles y Pocahontas, no bebía en las fiestas y estaba

aburrida de la vida. No podría decirte cuatro cosas que supiera de ninguna otra mujer en esa fiesta, y me había acostado con algunas, así que eso era decir algo.

—Oh —dijo, mirándonos—. Lachlan, ella es Lyla. Lyla, él es Lachlan.

—Un placer conocerte, Lachlan. —Me miró y me ofreció la mano para estrecharla.

Me divirtió cómo lo hizo, pero no lo dejé notar al tomarla. Su mano era diminuta y frágil, y su tacto me provocó una extraña descarga eléctrica. Me hizo mantener su mano en la mía más tiempo del debido. La acerqué un poco más, solo para jugar con ella, para ver si se le quebraba la cara. Su expresión no cambió, pero vi un cambio en sus ojos por un milisegundo antes de que finalmente retirara la mano. Siguió mirándome, esos ojos curiosos me hicieron sentir más vulnerable de lo que quería admitir. Finalmente, se apartó y se giró hacia Pres.

—Ven al club de campo el domingo —le dijo Prescott—. Algunos de nosotros estamos almorzando junto a la piscina. Deidre siempre pregunta por ti. Le encantaría verte.

“Hace mucho que no la veo”, dijo ella, mirando al suelo y luego de nuevo hacia él.

—Sal con nosotros —dijo sonriendo mientras le daba un golpecito en la punta de la nariz.

“Tal vez lo haga.” Ella le sonrió.

Joder, sonrió. Parecía real, también. Me pregunté qué se sentiría que alguien que no sonreía a menudo te dirigiera algo tan magnífico. Quería experimentarlo, aunque fuera solo una vez.

Le dio una palmadita en el pecho a Pres. "Bueno, me voy, perras".

Eso fue tan inesperado que me reí. Se alejó de nosotros, sosteniendo un símbolo de la paz sobre la cabeza. Nunca me miró para despedirse. Técnicamente, sí, ya que había dicho "perras", en plural, pero no me miró directamente. La observé, esperando a que me mirara mientras se abría paso entre la multitud. Seguro que me devolvería la mirada. Siempre lo hacían. Se detuvo un momento cuando un imbécil chocó con ella, y esperé. Era la oportunidad perfecta para que me devolviera la mirada. Nunca lo hizo. *¿Qué demonios?*

—Ella... —Pres negó con la cabeza—. Algo.

"Ella es antisocial."

“Esto viene del tipo que se apoya contra la pared y observa la fiesta como si fuéramos sus campesinos”. Pres levantó una ceja.

Gruñí. "¿Quién es ella?"

—Lyla James Marichal. —Metió las manos en los bolsillos delanteros y se balanceó sobre sus talones—. Era el sueño húmedo de todos en el instituto Olympia.

Vaya. No me di cuenta. ¿Antisocial, con ropa enorme y respuestas cortantes? Me había llamado la atención, pero a ningún estudiante de secundaria se le haría la boca agua. Tiré mi botella vacía al contenedor de reciclaje a un par de pasos de distancia y eructé mientras me apoyaba de nuevo en la pared. Lyla James Marichal. Qué curioso. Teníamos el mismo segundo nombre. Me imaginé diciéndoselo y podía imaginar la mirada vacía que me dedicaría.

Marichal. ¿El exjugador de béisbol que ahora es alcalde?

—Sí. Es su padre. Es una leyenda por aquí. —Preston se pegó a la pared—. Inmigrante, deportista profesional, empresario hecho a sí mismo y ahora alcalde.

Asentí. Lo había conocido una vez y parecía bastante simpático. Era un importante donante y estaba muy involucrado en todo lo deportivo de la Universidad de Fairview. Como nunca salía de nuestra burbuja universitaria a menos que fuera a casa en coche, no me codeaba con la élite de Fairview. La mayoría no, pero habíamos oído historias disparatadas sobre las fiestas que organizaban. Me habían invitado varias veces a la casa del alcalde Marichal para su gala deportiva anual y siempre había rechazado. No era lo mío. Vestirme elegante y sentarme en una mesa con un montón de estirados no era precisamente mi idea de pasarlo bien.

"¿Por qué Lyla era el sueño húmedo de todos?", pregunté, volviendo al tema. "No lo veo."

Pres arqueó una ceja. "Está buenísima debajo de esa ropa holgada".

“¿Cómo lo sabes?” Me enderecé y me giré hacia él.

“Ella no siempre se vestía así.”

"¿Alguna vez se enrollaron?" pregunté y fruncí el ceño ante mi propia pregunta.

—No —dijo él riendo entre dientes, con un sonido bajo, casi derrotado.

"¿Por qué es gracioso?" pregunté. "¿Pensé que era el sueño húmedo *de todos* ?"

"Ella era."

“¿Pero el tuyo no?”

—No, ella también fue mía, por un tiempo. —Se encogió de hombros—. Aunque hubiera intentado algo, no me habría dado ni la hora.

Eso me hizo reflexionar. Prescott no ligaba con tantas chicas como yo, pero casi. Debía de estar perdiéndome algo. Nunca le había hecho tantas preguntas a nadie. Desde luego, a ninguna puta chica. Definitivamente, a ninguna que no estuviera dispuesta a mi estilo de ligues. Necesitaba callarme. Pero estaba aburrido. Estaba aburrido, y de todas formas, estábamos allí parados.

"Siento que me estoy perdiendo algo", dije en voz alta. "¿No eras el chico más popular de tu escuela?", pregunté. "Eso dicen todas las chicas

que fueron a tu escuela".

"Sí, supongo que estaba allí arriba".

"Entonces…?"

Lyles es diferente. Es de esas chicas que no dejas escapar si la consigues, lo cual ya es casi imposible. —Me miró de nuevo con expresión seria—. Jamás.

—Ah —asentí—. Es de las que se comprometen.

"¿Ella?", rió. "Ni hablar."

Lo miré fijamente. Definitivamente me estaba perdiendo muchas cosas.

Sonrió, negando con la cabeza como si el compromiso de Lyla James Marichal fuera una broma. Si ese era el caso...

"Ella es la chica que no puedes dejar escapar", explicó.

Quise preguntar por qué, pero me mordí la lengua. No me importaba la eternidad ni dejar escapar a alguien. Ya me había abandonado una persona importante en mi vida. Y desde luego que no necesitaba a otra. Si no los dejas entrar, no pueden hacerte daño. Era simple.

Suspiró. «Mira, la conozco desde que estábamos en la guardería. Solo la he visto como amiga, como hermana, desde hace mucho tiempo. Pero sí, era la chica más guapa, popular y codiciada del colegio. Probablemente porque no le daba una oportunidad a mucha gente, y eso era antes».

"No lo veo", dije en lugar de hacer más preguntas. "La cosa más popular y de moda. No lo veo".

—Ya no lo harías. —Se rio entre dientes, pero sonó más triste que la vez anterior—. Ella era... diferente en aquel entonces. Social. Viva.

Vivo. "¿Qué pasó?"

Inhaló profundamente. "Digamos que está en la lista oficial de 'no llamar'".

"¿Qué pasó?"

Pres no me había preguntado por qué demonios hacía tantas preguntas, pero parpadeó al notar la mordacidad de mi tono. "Sé que no es tu tipo, así que no hace falta que te lo diga, pero lo diré de todos modos. Nunca se rendirá a tus pies, no se acostará contigo ni por nada del mundo, y no querrá ser una muesca más en tu cama".

Arqueé una ceja. "¿Es lesbiana?"

—No. —Pres puso los ojos en blanco y me miró con seriedad—. Lo digo en serio, Lach. Ya ha sufrido bastante. Si la ves, no te molestes. —Se giró y saludó a alguien—. Es su compañera de piso. Es más de tu tipo.

Levanté la vista y vi a una guapa morena de tetas grandes que me devolvía el saludo. Su mirada me indicó que pronto vendría. Le di vueltas a lo que había dicho. No me gustó que diera por sentado que Lyla no era mi tipo. Podría haber querido decir simplemente que no era

alguien dispuesta a follar, máximo dos. En ese caso, no era mi tipo. Sin embargo, nunca me habían dicho que me alejara de nadie, y no me gustaba.

Parecía inquebrantable, lo cual tenía sentido. Solo se puede romper a alguien de verdad una vez. Después, todo se desmorona. Quería que me contara qué le había pasado a Lyla James, pero la compañera de piso ya estaba delante de nosotros. Le dio un abrazo rápido a Prescott y se giró hacia mí. La verdad es que no tenía ningún tipo. Llevaba años follando con chicas por detrás. No es que no hiciera otras cosas, pero cuando se trataba de follar de verdad, era algo que hacía para poner un límite claro.

"Soy Marissa."

"Lachlan."

—Oh, ya sé quién eres. —Sonrió, sus ojos castaño oscuro recorriendo mi cuerpo de arriba abajo. A diferencia de su compañera de piso, Marissa parecía querer treparme justo ahí, lo cual no me agradó en absoluto esta noche.

—¡Mierda! Tengo que encargarme de esto. —Prescott se apartó de la pared y corrió hacia la discusión que se estaba gestando entre su ex y la mujer.

“Esto se va a complicar”, dijo Marissa.

“Será una pesadilla”. Vi a Pres pararse entre ellos y sentí lástima por el tipo.

—Entonces... —empezó Marissa. La miré. Se lamió los labios—. Iba a salir, y como soy la única que está aquí, supongo que debería preguntarte si quieres venir conmigo.

"¿Dónde?"

“A mi casa.” Su sonrisa era lenta y seductora.

"¿Dónde está tu lugar?"

“Dos cuadras más abajo.”

—Mmm. —Lo pensé. *De verdad* . Todo lo de esta noche era inaudito. No es que me hubiera acostado con todos los que se me insinuaban, pero cualquier otra noche, Marissa estaría en mi lista.

“De todos modos, mi compañera de piso está en casa, pero está acostumbrada a tener compañía, así que eso no será un problema”.

Le puse la mano en la espalda baja. «Dirígeme».

En cuanto dijo compañera de piso, me aparté de la pared y estaba lista para irme. Me miró con una expresión que indicaba que no era su primera vez, lo cual ya sabía. No es que me importara. Al salir, mantuve cierta distancia. Aún no había decidido qué pasaría, pero necesitaba saber dónde vivía. Quizás fue una estupidez usarla así solo para acercarme a su compañera de piso, pero era la única que tenía ahora mismo.

CAPÍTULO 2

Lachlan

SIENDO COMPLETAMENTE honesto, Marissa era la última persona que quería ver esta noche. Me fui de la fiesta de anoche con ella y normalmente nunca habría vuelto aquí solo para recogerla, pero la casa de Prescott estaba a solo dos casas de distancia, y tenía que pasar por aquí de todos modos. Esa fue la excusa que le di y lo que me dije a mí mismo mientras estaba sentado en su sala, esperando a que se preparara. Había sido muy insistente anoche, pero logré no follarla. Una primera vez para mí, tenía que decir. Probablemente habría cedido si hubiera pensado que Lyla perdonaría esa indiscreción, pero no creía que estuviera dispuesta a soportar las sobras de su amiga. No había descubierto por qué me importaba, lo cual me molestaba. Lo pensé de camino a casa después de dejar a Marissa. Seguí dándole vueltas antes de acostarme, y lo único que se me ocurrió fue que Lyla James me intrigaba, lo cual era una lástima para ella. Las mujeres no solían intrigarme. Me intrigaba cómo se veían debajo de la ropa y lo mojada que estaría su vagina al meterle la polla, pero nada más. Tras haberme acostado con una mujer una o dos veces, la ilusión se esfumaba.

Dos veces fue mi límite. Las mujeres empezaron a encariñarse a la tercera. Si alguien hubiera hecho un estudio sobre esto, tendría suficiente información para que basaran su análisis. El primer polvo solía ocurrir después de un partido o una fiesta, así que era divertido y nuevo. Joder, el segundo fue más bien un "¿Estuvo bien o me lo imaginé?". Joder el tercero... bueno, solo había tenido el tercer polvo un par de veces y me arrepentía cada vez. Se encariñaban. Pasó de un rollo divertido a "Deberíamos quedar para tomar algo o un café o lo que sea". Claro, insinuaron que follaríamos después, pero no me interesaba hablar con ellos y podía tomarme un café o una copa con mi maldita madre.

El Fenómeno Lyla era otra cosa. Así lo llamaba yo ahora (en mi cabeza, claro). Ni siquiera había hablado con mis compañeros de equipo sobre ella, pero no me la había reservado ni me la había acostado, así que no había mucho que decir. No era como si fuera a admitir abiertamente lo que estaba haciendo. Había estado en el apartamento de Lyla y Marissa el tiempo suficiente para que el álbum de Taylor Swift que Lyla estaba poniendo llegara a una canción sobre las lágrimas de alguien rebotando, que parecía ser una de sus favoritas por cómo pronunciaba la letra. Era una canción jodidamente triste. Estaba lavando platos. Cuando llegué, estaba acurrucada en el sofá, leyendo un libro. Le hice algunas preguntas al respecto, que ignoró, así

que se lo quité de las manos para llamar su atención. Seguía sin entenderlo. Era desesperante.

—Es sábado por la noche —dije—. ¿No tienes a nadie más con quien quedar?

"¿No es así?" Me miró desde el lavabo.

"Claro, pero Marissa y yo vamos a la misma fiesta, así que pensé en pasar a recoger

ella arriba." *Y quería volver a verte.*

Ella me ignoró y volvió a mirar la taza que estaba lavando, ahora recitando en voz baja la letra de la siguiente canción.

¿Cuántas canciones tenía este álbum? La música me distraía, y no estaba seguro de poder aguantar más.

"¿Quieres unirte a nosotros?" pregunté.

Ella hizo una mueca. "Acabas de decir que vas a una fiesta".

"¿Qué tiene de malo eso?"

"Nada."

Ahogué un gemido. Esta maldita chica. ¿Por qué no podía simplemente consentirme una conversación sencilla? Iba a tener que ponerme a cantar, joder. Si supiera algo de la letra, probablemente lo habría hecho. Así de desesperado estaba por que hablara conmigo. Entre su actitud despreocupada y Prescott diciéndome que antes era completamente diferente, me sentí morbosamente intrigado. Cualquier otra persona solo habría sentido curiosidad, tal vez habría intentado aprender algunas cosas y lo habría dejado pasar. Me obsesioné con ello. Con el hockey, los coches, las notas y, ahora mismo, con Lyla James Marichal. La única otra persona que podía intrigarme tanto era mi padre, que solo venía cuando le convenía. En su ausencia, me obsesionaba con su vida. ¿ *Dónde estaba su oficina? ¿Quién era su secretaria? ¿Por qué se estaba tirando a Nancy, de contabilidad, en lugar de quedarse con mi madre, a quien supuestamente amaba más que a nada (incluidos sus hijos)?* La música se detuvo de repente y me sacó de mis pensamientos.

¿Por qué no quieres ir?

"Porque no me gusta la gente". Lo dijo con tanta naturalidad que, a pesar de mi enfado, solté una carcajada, y luego añadió: " *Pero* si el problema es que planeas tener sexo y no puedes hacerlo mientras estoy aquí, puedo irme y volver...", me evaluó. "Cinco minutos".

Miré hacia otro lado para que no me viera reír. ¿Cómo era posible que sus insultos me divirtieran y me excitaran?

¿Por qué no quieres quedarte? ¿Crees que te excitarás y querrás unirte a nosotros?

Ante eso, se rió con ganas, y maldita sea, intenté no reaccionar, pero su risa era una maravilla. Sus ojos brillaron y echó la cabeza un poco hacia atrás. Era contagioso. Me pregunté si habría andado por ahí con ese brillo en los ojos antes de que lo que hubiera pasado la

destrozara. Cerró el grifo, se secó las manos y cogió su bolso. Se iba. *¿Adónde? ¿Con quién?* Apreté el libro con más fuerza, deseando que fuera su mano. Su cintura. Su garganta.

¿Por qué te hace gracia? No es una situación descabellada. Seguro que lo has visto en alguno de tus vídeos porno.

Puso los ojos en blanco, pero vi un atisbo de sonrisa. Llevaba vaqueros anchos y una camiseta enorme. Biggie Smalls, esta vez. Aun así, podía ver el balanceo de sus caderas mientras se acercaba. Mantuvo sus ojos fijos en los míos todo el tiempo. Mi corazón se aceleró. La gente era predecible. Normalmente podía adivinar lo que harían antes de que lo hicieran. Era una de las cosas que me diferenciaba de la mayoría de la gente en el hielo. Si te fijabas en ciertas cosas, probablemente podías predecir al menos la mitad de lo que alguien haría a continuación. Pero Lyla James no. Por cómo caminaba, parecía que o se sentaría a horcajadas sobre mi regazo o me daría una bofetada. Quizás ambas cosas. Esas eran las opciones. Se paró entre mis piernas, tan cerca de mí que podía jalarla hacia mi regazo. Joder, quería hacerlo. Estaba tan cerca que si miraba, vería el contorno de mi polla con lo dura que me estaba poniendo. Ropa holgada, cabello recogido en un moño desordenado, gustos musicales aleatorios y todo: nunca había visto nada más sexy que esta mujer.

"Para empezar", dijo, inclinándose, de modo que quedamos cara a cara. Era la primera vez que veía algo más que vacío en sus ojos. Había pasión y diversión, y la mezcla me dificultaba la respiración. "No necesito una historia en mi porno". Me arrebató el libro de la mano y acercó aún más su rostro. Podía oler su aliento a menta y el aroma a gardenia que la impregnaba. Nuestras narices casi se rozaban. ¿Era una prueba? Por una fracción de segundo, me miró los labios y luego a los ojos, y pensé que seguro me besaría. No sabía cómo sentirme al respecto. No dejé que nadie me besara. "En segundo lugar, me gusta el sexo tanto como me gustan las personas".

Parpadeé con fuerza y mi corazón latía con fuerza.

Se dio la vuelta y se alejó, mirando por encima del hombro con la sonrisa más pecaminosa que jamás había visto. "Diviértete en la fiesta".

No me sorprendía fácilmente, pero qué sorpresa. A ella no le gustaba nada, vale. ¿Pero a quién no le gustaba el sexo? ¡Maldita sea! La odiaba por ponerme tan nervioso y jugarme así. La odiaba aún más por soltar esa información y marcharse. Le daría vueltas hasta que me diera una explicación.

CAPÍTULO 3

Lachlan

Cuando Prescott mencionó que Marissa y Lyla iban al club de campo, me ofrecí a recogerlas. Por suerte, no cuestionó mis motivos. Debería haberlo hecho, ya que nunca me había ofrecido a recoger a nadie, pero probablemente pensó que tenía algo que ver con Marissa. Lo que no sabía es que deseaba poder dejarla en casa y llevarme a Lyla conmigo. Estar atrapada en el coche con ella veinte minutos significaba que tendría que hablar conmigo. Claro, cuando llegué a su apartamento, Marissa me dijo que Lyla ya se había ido. Me senté en la sala, esperando a que Marissa terminara de arreglarse, y busqué a Lyla en Google por segunda vez. Sus redes sociales estaban privadas, y ya la había invitado a todas, incluso a las que no usaba. No había aceptado ninguna. Gracias a la mala fama de su padre, descubrí que su cumpleaños era el 28 de enero. Había jugado al fútbol y, por lo visto, se le daba bastante bien. Fue al baile de graduación con un imbécil llamado Skylar Wyatt Parker, cuyas redes sociales eran públicas, y pude seguirla de cerca. Remonté hasta su primera publicación, lo cual fue una hazaña, ya que el tipo había publicado más de cuatro mil. Jugaba lacrosse en el instituto y ahora jugaba en Yale. Estudiaba medicina.

Había dos fotos de ellos juntos, una en el baile de graduación y otra con su mano sobre su hombro. Ella llevaba una sudadera con capucha de Yale que le quedaba tan grande que obviamente era suya. El pie de foto era un emoji de cara emocionada. Sentí que mi cara se retorcía de disgusto. En la quinta página de la búsqueda, encontré un tablero de mensajes que discutía un accidente de coche en el que ella había estado involucrada. No dieron detalles y la mayoría de los comentarios estaban redactados. Debió haber sido obra de su padre. ¿Tal vez había estado bajo la influencia del alcohol y tuvo un accidente de coche? Un comentario en la página tres de la discusión decía: *por favor, dejen de hablar de esto. ¡La vida de la gente quedó destrozada!* Lo dejó hace poco más de un año el seudónimo PiKaChOo9. Hice clic en el seudónimo y revisé qué más habían comentado, pero estaba principalmente relacionado con Pokémon.

—Lista. —Marissa salió de su habitación. Presioné el botón lateral de mi teléfono mientras me levantaba.

Llevaba un vestido de verano del que estaba seguro que se le verían las nalgas más tarde. Pero era una fiesta en la piscina. La verdad es que estaba casi al límite con Marissa. En la fiesta de anoche, por fin captó la indirecta de que no me interesaba y dejó de intentar convencerme para que me acostara con ella. Había recurrido a medidas

extremas y dejé que una chica de mi clase de Economía se sentara en mi regazo justo delante de ella. Fue una grosería, pero conocía a gente como Marissa de toda la vida, y sabía que no pararía a menos que le diera pruebas fehacientes de que no me interesaba.

"No puedo creer que Prescott nos haya invitado a todos al club de campo, de entre todos los sitios. Hace años que no voy", dijo en el coche, haciendo pausas entre palabras mientras se aplicaba rímel (rímel transparente, según había dicho, por el agua). "Alquiló el espacio de la piscina, lo cual es un gran logro. ¿Y que Lyla vaya? ¡Aún más importante!"

No estaba seguro, pero el corazón me latía con más fuerza al mencionar a Lyla. Le quité importancia. "¿Por qué es tan importante?"

"Ha pasado por mucho", dijo Marissa, echándose la visera. "Durante el primer año y medio de universidad, vivió con un grupo de chicas, y aunque somos mejores amigas, no solíamos ir a las mismas fiestas. Luego…" Negó con la cabeza. "Luego se mudó a la casa de huéspedes de su padre, y el semestre pasado, finalmente cedió y se mudó conmigo, como se suponía que haría hace cuatro años".

"Nunca la he visto por aquí", dije.

Solo toma clases en línea, así que nunca está en el campus a menos que tenga que hacer prácticas o lo que sea. Nada le interesa, así que el hecho de que venga dos veces en un fin de semana es muy importante. Esto le vendrá bien.

Cada persona es diferente. Quizás la gente debería dejarla llorar en paz.

"¿Afligido?" Sentí su mirada fija en mi rostro un buen rato antes de que hablara. "¿Sabes qué pasó?"

"Tengo acceso a internet". Maldita sea, alguien *murió* en ese accidente de coche.

"¿BUSCASTE A LYLA EN GOOGLE?", gritó. "¿Por qué?"

Porque es guapa y graciosa cuando quiere, pero sobre todo porque me hace sentir algo que nunca antes había sentido, y me intriga. «Es rara, así que la busqué en Google».

—¿Qué raro? —Marissa arrugó la nariz—. Mira, si quieres a Lyla, solo dilo.

Mi cabeza se giró hacia ella. "¿Qué?"

—Solo digo que, si la quieres, puedo decirte algo. —Marissa se encogió de hombros—. Tú y yo nunca nos enrollamos. No le molesta compartir, así que aunque piense que hicimos algo, probablemente no le importe mientras sepa que nunca fue algo serio. No es que quiera estar contigo si la quieres. No me gustan las chorradas de las esposas hermanas.

No sabía en qué parte centrarme, si en el comentario de compartir o en el resto. Claro, me iba a centrar en el comentario de compartir. Tendría que indagar más. ¿Significaba eso que le gustaban los tríos? Si

era así, ¿cómo? ¿Dos chicas, un chico? ¿Dos chicos, una chica? No me parecía alguien a quien le gustara eso, pero si su mejor amiga decía que le gustaba compartir, tenía que creerle. ¿A menos que significara que le gustaban las relaciones abiertas? ¿O solo los encuentros casuales? Solo encuentros casuales sería el mejor escenario para mí. Dos encuentros casuales, para ser más específico. Me quité todos esos pensamientos de la cabeza. Me estaba adelantando. Por ahora, lo dejaría todo de lado y lo añadiría a la lista de cosas que me despertaban curiosidad sobre Lyla. Ni siquiera le había enviado una solicitud de amistad a Marissa porque no quería que pensara nada al respecto, pero quizá tendría que ver qué fotos tenía de ellos juntos.

"¿Por qué dices esto?" Entré en el estacionamiento y apagué el motor.

“¿Porque tuviste, qué?, ¿dos conversaciones con ella y luego la buscaste en Google?” Se reía mientras salía del coche.

¿Y qué? Busco gente en Google todo el tiempo.

“¿Me buscaste en Google?” Se detuvo cuando llegamos a la puerta y se puso una mano en la cadera.

"No."

—Quieres a Lyla. —Me señaló. No parecía molesta, confundida ni celosa. De hecho, le hizo gracia.

—No la quiero. —Fruncí el ceño y le abrí la puerta.

—Mira, te voy a decir dos cosas, y luego podrás decidir si todavía la quieres.

Me detuve y la miré. "Te escucho".

“Uno, si le rompes el corazón, nunca, y digo *nunca* , te dará una segunda oportunidad”, dijo. Parecía obvio. “Dos, ¿conoces a esas chicas que se hacen las difíciles?” Esperó a que asentí. “Lyla *es* difícil de conquistar, pero, tío, cuando se sincera, es simplemente… sinceramente, es una de mis personas favoritas del planeta”.

"¿Por qué está tan cerrada?"

Ella arqueó una ceja. "Pensé que no te interesaba".

—Déjate de tonterías, Marissa. ¿Por qué? ¿Por el accidente?

“Siempre fue un poco reservada y selectiva con su círculo íntimo, pero fue elegida Miss Simpatía para el anuario de la escuela secundaria, si puedes creerlo”.

—No puedo. —Comencé a caminar de nuevo—. ¿Y el accidente?

No me gusta hablar de ello, sobre todo a sus espaldas. Quizás Prescott te lo cuente.

¡Maldita sea! Otra cosa que añadir a la maldita lista. Nos recibió una anfitriona y dejé que Marissa hablara, ya que ahora intentaba entender por qué era tan difícil conquistar a Lyla. ¿Era virgen? Quizás se estaba salvando. Pero dijo que *no* le gustaba el sexo, lo que significaba que ya lo había experimentado. Probablemente algún imbécil que no la había excitado. ¡Imbécil! Ahora los demás teníamos

que pagar por su egoísmo. Cogimos dos toallas de la anfitriona y caminamos hacia donde nos indicó.

“¿Has estado aquí?” preguntó Marissa.

“Para el brunch, no para la piscina”.

¡Dios mío! Prepárate para volarte la cabeza. Es en un espacio cerrado, pero parece que estás en la playa. Sonrió de oreja a oreja.

Cuando llegamos a la zona de la piscina, tuve que detenerme para observarlo todo. Era enorme y sí que parecía una playa. Los chicos nos hicieron señas para que bajáramos al vernos desde sus asientos. Prescott nos invitó a diez a un brunch y a la piscina. Conté ocho, incluyéndonos a nosotros. Prescott y Lyla eran los únicos que faltaban. La idea de que estuvieran solos me irritaba más de lo debido. No tenía ningún derecho sobre ella; aunque lo tuviera, podría ser amiga de quien quisiera. Me dije todo eso, pero seguía sintiendo calor. Mi mente vagó a otras cosas. Esto era una fiesta en la piscina. ¿Significaba eso que por fin se quitaría la ropa holgada o se la quedaría puesta y se quedaría enfurruñada en una tumbona? Todos los pensamientos sobre ella quedaron en un segundo plano cuando nos sentamos y empezamos a hablar con todos.

"El entrenador nos quiere allí esta noche", dijo Drew frente a mí. "Nos va a hacer pagar por el partido de la semana pasada".

"¿Eso significa que no puedes beber?" preguntó Marissa.

“Bueno, no sería lo ideal”, dijo.

Me olvidé de su conversación y hablé con Nash sobre los nuevos patines. Me contó de un campamento de entrenamiento al que asistió en Canadá el año pasado y de cómo algunos entrenadores de la CHL se habían ido, y así fue como acabó firmando un contrato con Montreal al cumplir dieciocho años. Le conté de un contrato similar que firmé a esa edad y de cómo mi agente logró rescindirlo y convertirme en agente libre.

—Tío, mataría por ser agente libre. Le decía a mi... —Dejó de hablar a media frase, con la boca abierta un instante antes de recuperarse. Le dio una palmada en el brazo a Drew—. ¡Mierda! ¡Me lo merezco! ¡Me lo merezco!

Había escuchado a Nash cantar "dibs" más veces de las que podía contar durante los últimos cuatro años, pero cuando miré a Drew, que tenía un gusto completamente opuesto en mujeres, y lo sorprendí mirando a quienquiera que estuviera detrás de mí, se me erizó la piel.

—Sí, claro. Pres te mataría —dijo Drew, sin dejar de mirarme.

"Valdría muchísimo la pena", dijo Nash en voz baja.

De repente, sentí un calor intenso en la nuca. Debían de estar hablando de Lyla. Si era así, necesitaba prepararme. Todos habíamos estado con chicas buenísimas, y Nash era peor que yo. No se acostaría con la misma chica dos veces, pasara lo que pasara. Algo desagradable y

extraño se me revolvió en el estómago mientras los veía seguir hablando de esto en voz baja.

Marissa resopló. "Supongo que Lyla está aquí".

Ninguna respondió. Seguían ocupados mirándome con lascivia. Ni siquiera había confirmado que era Lyla y ya quería sacarles los ojos. Otra primera vez para mí. Marissa echó el asiento hacia atrás, se levantó, se giró para mirar y se quedó sin aliento. Chilló mientras corría hacia mí: "¡Dios mío! ¡Esa es mi chica!".

Respiré hondo, solté el aire y me di la vuelta. Prescott hablaba con una señora mayor, y Lyla, la maldita de James, llevaba un vestido beige que le moldeaba el cuerpo. Tenía más agujeros que tela y le llegaba hasta los tobillos. Debajo, llevaba un bikini blanco. Estaba segura de que había dejado de respirar. Había hecho las paces con la ropa holgada y me dije a mí misma que no me importaba cómo se veía debajo. Ella tenía mi atención de todas formas, pero, ¡joder!, esto era inesperado. Mientras Prescott seguía hablando, Lyla habló con Marissa, que le tocaba el pelo. Hoy lo llevaba suelto y con ondas.

"Ella está fuera de la mesa", dije, obligándome a darme la vuelta.

—Vamos, Lach. ¿No puedes conformarte con las miles de mujeres que te quieren y dejarme tener esta? —preguntó Nash.

"¿Por qué está fuera de la mesa?" Era Mason, que estaba sentado al otro lado de la mesa y no tenía nada que hacer en esta conversación.

Lo miré fijamente. "Porque lo digo yo".

—Eso es una puta mierda —dijo Drew.

—Marissa es más tu estilo, Drew, créeme. —Me volví hacia Nash—. Lyla está descartada a menos que quieras perder los dedos. No estoy bromeando.

—Maldición. —Arqueó las cejas. No sabía qué significaba eso y no me importó lo suficiente como para preguntar.

—Caballeros —dijo Prescott a la cabecera de la mesa, y luego miró a Marissa y Lyla a su lado—. Damas, gracias por venir. Comamos y luego jugamos.

Lyla esbozó una leve sonrisa y saludó con la mano. Cuando nuestras miradas se cruzaron, las suyas se abrieron un poco. Estaba seguro de que nadie más lo notó, pero sentí una oleada de satisfacción. Había una silla vacía a mi izquierda, pero ella se sentó entre Marissa y Prescott. Quería apartar a todos de un empujón y jalarla a mi lado. Joder, quería apartarlos, tumbarla en la maldita mesa y comerla para el brunch. Sentí un pellizco en el brazo y fulminé con la mirada a Marissa por haberme sacado de aquella ensoñación.

"Preséntame a Drew", susurró, "Y yo intentaré presentarte a Lyla".

—Ya le hablé bien a Drew —dije. Sonrió radiante hasta que añadí —: Y sé que dices tonterías porque a Lyla ni siquiera le gusta la gente. Me lo dijo ella misma.

Marissa resopló y susurró: "¿No te dijo también que no le gustaba el sexo?"

Fruncí el ceño. "¿Era mentira?"

O sea, ha estado saliendo mucho con un chico. No es su novio, pero a juzgar por la cantidad de mensajes que le escribe, se esfuerza por serlo.

Esto era irritante. "¿Quién es?"

"Un chico del equipo de fútbol."

¿Fútbol? ¿Qué demonios? El equipo de fútbol era popular, pero en Fairview lo que más disfrutaban era el hockey.

"¿Va a los partidos?", pregunté en voz baja, pues estaba justo ahí. Ese vestido le apretaba tanto los pechos que, si estornudaba, estaba segura de que se le saldría un moco de su diminuto bikini. Deseé que pasara, pero no pasó.

—La mayoría de ellos. —Marissa tenía un brillo en los ojos como si estuviera conteniendo un chiste.

Quería saber más. ¿Por qué no iba a nuestros partidos? Prescott dijo que no había ido a ninguno últimamente, pero eso no significaba que nunca hubiera ido. Prescott era muy amiga suya, así que no sería descabellado, y, siendo sincera, no miraba mucho las gradas. Drew empezó a hablar con Marissa antes de que pudiera hacerle preguntas.

—No creo que nos conozcamos —dijo Nash, mirando a Lyla. Sonrió. Ella no. —Soy Nash.

“Lyla.”

Prescott se inclinó para susurrarle algo al oído y puso su mano sobre la de ella en la mesa. Iba a joderlo esta noche en el entrenamiento. Tal vez me lastimara un dedo o dos. No me importaba que se conocieran de toda la vida. Su mano sobre la de ella me puso los ojos como platos. Joder. ¿Cuándo fue la última vez que me sentí así, si es que alguna vez lo hice? Me estaba volviendo loca. Retiró la mano de debajo de la suya y cogió el menú, estudiándolo más de lo necesario. Solo había seis opciones. No tardó más de un minuto en reducir las opciones. El teléfono de Marissa vibró en su bolso, y se disculpó al mirar la pantalla. Se inclinó y le dijo a Lyla qué pedir.

Sin ella como barrera entre nosotros, tenía una vista mucho mejor de Lyla, pero no podía seguir mirándola sin parecer un bicho raro, así que decidí hablar con ella.

“¿Es una pesadilla para ti estar rodeado de toda esta gente?”, pregunté en voz baja.

—Más o menos. —Volvió la cara hacia mí. ¡Dios mío, esa cara, esos labios, esos ojos! —Pero hacen un pollo con waffles buenísimo, así que lidiar con ustedes es un precio pequeño.

Me reprimí para reír. "Vas con un nuevo look. ¿Solo te quitas la ropa holgada los domingos?"

Apoyó la mano en la silla vacía de Marissa y se acercó a mí como si me contara un secreto. Hice lo mismo, colocando mis dedos a centímetros de los suyos. Se lamió los labios. Reprimí un gemido. Lo hacía a propósito. *Tenía que ser así.* Por alguna razón, probablemente porque no mostraba interés, quería que me deseara. Era incomprensible porque, como dijo Nash, tenía a innumerables mujeres lanzándose constantemente hacia mí. Ninguna me atraía. No así. Cuando Lyla finalmente decidió honrarme con sus palabras, fueron en voz baja, casi un susurro.

¿Tú y tus amigos idiotas solo hacen apuestas sobre quién me follará primero los domingos? —Sus ojos bailaron. Joder. ¿Cuánto sabía ella de eso?

"¿Quieres que acepte esa apuesta?" Acerqué mi mano a la suya, las puntas de nuestros dedos se tocaron.

—Solo si tienes intención de perder. —Retiró la mano y se sentó erguida en su silla.

Nunca había perdido nada en mi vida (a pesar del cariño de mi padre), pero no tenía nada que devolver. Pasé la mayor parte de la comida hablando con los chicos e ignorando a Lyla. Al menos abiertamente. Mis oídos se agudizaban cada vez que hablaba, lo cual no era a menudo. Odiaba a Mason, que estaba sentado frente a ella con la mejor vista de la casa. Me irritaba cómo Prescott se metía en su espacio personal cada vez que le hablaba. Saqué mi teléfono y busqué en Google cuánto tiempo iría a la cárcel si la secuestraba. Después del desayuno, todos salimos a disfrutar de la vista del puerto deportivo y el campo de golf. Todos se dispersaron en la terraza para tomarse selfis mientras yo observaba a Lyla. La temperatura primaveral era perfecta, pero ella no dejaba de pasarse las manos por los brazos como si tuviera frío. Desabroché la camisa que llevaba puesta y se la puse sobre los hombros.

Se sobresaltó y me miró. Pensé que me lo discutiría un momento, pero solo dijo: «Gracias».

—De nada. —Miré hacia el puerto deportivo—. ¿Vienes mucho por aquí?

—Claro. —Sus ojos se posaron en los míos brevemente—. Me someto a casi cualquier cosa cuando estoy en mi fase de autodesprecio y quiero torturarme.

Me reí. Intenté no hacerlo porque no quería ceder a su actitud, pero era graciosa. La pillé mirándome el pecho desnudo un segundo antes de darse la vuelta. Le sonreí a la nuca. Quizás estaba llegando a algo. Todos los demás entraron, pero Lyla dio un paso adelante, apoyando los antebrazos en la pared y cerrando los ojos al sentir la brisa en la cara. La miré fijamente. Nunca me había dado cuenta de lo mucho más baja que yo. Por otro lado, aunque estaba a la altura de mis pectorales, tenía un aire de grandeza.

“¿Me vas a pegar si te digo que te ves hermosa?”

Giró la cara y me observó. Después de años bajo los focos, estaba acostumbrado a que me analizaran, pero nunca me habían examinado como Lyla. Quería acercarme y tocarle el pelo, besarle los labios, abrazarla, joder. ¿ *Besarla y abrazarla? ¿Quién demonios era yo?* Nunca besaba a las chicas. Mi hermano lo llamaba mi "mierda de Mujer Bonita", pero besar era demasiado personal. Sabía que era raro que alguien que no tenía reparos en comerle el coño a una chica se sintiera incómodo por besarle los labios en la cara, pero era algo que simplemente no me interesaba.

—Gracias. —Sonrió. Era diminuta, pero ahí estaba; lo mejor de todo, le llegó a los ojos—. Tú también estás preciosa.

“Un día de estos, Lyla, me dirás algo lindo y lo dirás en serio”. Me reí y negué con la cabeza mientras miraba los barcos en el puerto deportivo.

Se giró hacia mí y me miró con expresión seria. "Nunca digo cosas que no siento".

“Tenemos eso en común.”

—Mmm —volvió la vista al agua—. ¿Vienes esta noche a ver porno?

“¿Te estás ofreciendo a mí?”

Ella me miró fijamente. "Sabes que no lo soy".

"¿Por qué?"

—Estás teniendo sexo con mi amiga. —Volvió su atención al puerto deportivo de nuevo.

"No lo soy."

—Oh. —Su mirada se dirigió a la mía, con un pequeño ceño fruncido entre sus ojos.

"Ahora que lo aclaramos, ¿te apuntas a un poco de sexo pornográfico?"

“Todavía no.”

"¿Es por ese chico con el que estás saliendo?"

—Lachlan Duke —dijo, mirando al frente, pero pude percibir la sonrisa en su voz—. ¿Me estás acosando?

¿Sonreía al pensar que la acosaba? No tenía ni idea de cuánto la había acosado y de cuánto seguiría acosándola. ¿Sonreía porque pensaba en él? No me gustaba esa opción.

¿Te gustaría si lo fuera?

Me miró y me miró a los ojos. "No."

Gemí. "¿Entonces es por el chico con el que sales?"

No dijo nada mientras se daba la vuelta y se dirigía hacia la casa. La seguí como el cachorro perdido que era; no tenía caso hacerse el duro. Esta maldita chica me estaba volviendo loco con sus tonterías.

Le abrí la puerta. «Voy a tomar tu silencio como un sí».

Ella se encogió de hombros. "Está bien."

Nunca había querido perseguir a nadie en mi vida, y a la primera persona a la que de verdad quise perseguir le daba igual si lo intentaba o no. Quizás no le afectaba porque estaba acostumbrada a que los chicos cayeran rendidos a sus pies. Antes de hoy, me habría costado más creerlo, pero nadie en su sano juicio pensaría que estaba buenísima. Y era graciosa. Y Marissa dijo que valió la pena cuando se sinceró contigo. La mantuve atenta todo el tiempo. Llegó primero a las tumbonas, se quitó las chanclas y dobló con cuidado la camiseta que le había dado. Cuando terminó, se quitó el pareo y me dejó ver su trasero tonificado en esa diminuta braguita de bikini. Tuve que respirar hondo y apartar la mirada. No quería que los chicos vieran cuánto me afectaba. No sabía cómo, pero tendría a Lyla James o moriría intentándolo. Por primera vez en cuatro años, iba a poner 100 dólares en la colección de Dibs, y ni siquiera me importó.

CAPÍTULO 4

Lyla

Lo único que odiaba más que una fiesta era una fiesta aburrida, sobre todo a las que tenía que asistir. Ya había mirado por la ventana de la casa de invitados cincuenta veces, intentando averiguar cuándo sería un buen momento para aparecer e irme. Sabía que muchas universitarias (y universitarios) matarían por la oportunidad de estar en el famoso Baile Deportivo de Graduación de mi padre. Papá ideó ese nombre tan original, vergonzoso y desenfadado para el evento. Solo invitaron a unas pocas alumnas de último año de cada equipo. Los cuatro temas eran reciclados: Gatsby (por supuesto), egipcio, mascarada y años 20 (que, sinceramente, era Gatsby con otro nombre). A papá le encantaba ese tema, por eso este año era los años 20. Había hecho esta farsa tantas veces que tenía tres conjuntos para cada tema. Esta noche, llevaba un vestido estilo flapper negro y dorado, corto pero holgado. Los flecos del bajo me llegaban a las rodillas. Había estado esperando para ponerme los tacones cuando estuviera lista para salir. Casi había salido dos veces, pero como la fiesta era en el patio trasero, estaba a pasos de la casa de huéspedes, y quería colarme en la tienda sin que me vieran.

Ya no quería estar aquí, pero esta noche, precisamente esa, deseaba poder desaparecer. Odiaba a mi padre y lo odiaba aún más por ser el anfitrión. Odiaba a Marie por estar de acuerdo con todo lo que decía y hacía. Cuando les rogué que lo cambiaran a otra noche, me dijo: «Necesitamos crear buenos recuerdos para reemplazar los malos». Como si algo pudiera hacerme olvidar este día. Para empezar, Marie no me caía muy bien. Siempre había sido amable conmigo, pero mi madre falleció hace un par de años, y Marie ya se había mudado a la casa que compartían mis padres solo dos meses después del funeral. A mi madre nunca le cayó bien, y la razón era obvia. No hacía falta ser un genio para concluir que Marie, que había sido la secretaria de mi padre durante los últimos seis años, se lo estaba tirando. Menudo cliché. Antes de que se mudara, yo vivía en la casa de invitados, donde intenté quedarme después, no por mi padre, sino por mí. La casa de huéspedes me hacía sentir más cerca de mi madre, y nadie me molestaba. De todas formas, nunca pisaba la casa principal, así que su presencia no debería molestarme tanto. Pedía comida a domicilio o iba en coche a buscar comida en lugar de ir andando. Ni siquiera estoy seguro de que mi padre se diera cuenta. Solo le gustaba hacer de padre, no *serlo de verdad* . Eso fue antes de que mi madre muriera en el accidente. Después, supongo que se esforzó un poco más por estar ahí para mí, si

contabas como ayuda al terapeuta y el dinero que me ingresaba en la cuenta cada mes. Papá no ponía una curita en las cosas; les tiraba montones de dinero hasta que ya no eran algo con lo que tuviera que lidiar.

Esta noche, sin embargo, mi culpa y mi tristeza no eran por mamá. Esta noche era el aniversario de la muerte de Luke. Luke, a quien papá había tratado como a un hijo. Con quien me había animado a salir. Cuando se enteró de que iba al baile de graduación con otra persona, lo llamó y se disculpó personalmente, como si tuviera algo que ver con nuestras vidas. Amaba a Luke muchísimo, pero nunca me casaría con él, por mucho que presumiera de ello, y presumió muchísimo. Ojalá no lo hubiera hecho. Ojalá nunca hubiera anunciado que me había comprado un anillo de compromiso y que nunca se hubiera plantado durante el Día de Acción de Gracias con los amigos de nuestros padres para hablar de esas cosas y bromear con que podríamos fugarnos. Parpadeé rápidamente para evitar las lágrimas. Odiaba llorar, y si empezaba, no pararía. Hacía tanto tiempo que no lloraba, que ni siquiera creía que mis lagrimales funcionaran, pero esta noche lo harían. Esta noche, todas las emociones que normalmente enterraba quedarían expuestas.

Nadie sacaría a relucir la muerte de Luke esta noche. Sabían que no era así, pero incluso un apretón de brazo diciéndome que lo sentían me hacía enfadar. Normalmente, encontraba maneras de distraerme y no sentir nada. Era posiblemente la mejor y la peor habilidad que mi mente había adquirido durante todo esto. La mejor, porque solo un puñado de valientes intentaron que me abriera de nuevo. La peor, porque una vez que aprendes a adormecerte ante el dolor, corres el riesgo de que le pase a todas tus emociones. Ese fue mi caso, en general. Hasta hace poco, no creía poder sentir nada más que culpa y tristeza. Mi teléfono vibró en la cama, sacándome de mis pensamientos, y vi un mensaje de Banks.

Bancos: Estoy aquí. Mesa 10. ¿Dónde estás?

Yo: omw

Me puse los tacones, me revisé el maquillaje y salí de la habitación, cerrando la puerta con llave. Respiré hondo para tranquilizarme de camino a la tienda y esperé que nadie me detuviera para charlar un rato. Claro que sí. Siempre que me arreglaba para estos eventos tan desafortunados, la gente lo veía como la oportunidad perfecta para que me abriera de nuevo. Era como si un poco de maquillaje y un peinado significaran que ya no era esa versión jodida y rota de mí misma. Estaba empezando a respirar con más tranquilidad al alejarme de la última conversación cordial cuando sentí una mano en el codo. Los olores me impactaron primero: siempre llevaban las mismas colonias, una con un aroma más picante que la otra. Como ambas siempre se rociaban el spray demasiadas veces para disimular el olor a cigarrillo, era abrumador tenerlas a tu lado. Me quedé paralizada mientras un millón

de emociones oscuras me recorrían al instante. Me decidí por el aburrimiento.

"¿No pensabas saludar?", preguntó Jameson, en voz baja, tras mi oreja derecha. Contuve la respiración, aparté el codo de golpe, me giré rápidamente y vi a los dos hombres delante de mí.

“Te ves increíble, Lyles”, dijo el oficial Hughes a su lado, arrojando su cigarrillo al pasto mientras sus ojos azules recorrían mi cuerpo.

Agradecí mucho que el vestido me quedara suelto y que no hubiera mucho que ver. No es que me hiciera sentir menos incómoda. Le di las gracias en voz baja mientras intentaba dejar de tensarme, pero fue inútil. Ambos me mantenían nerviosa; eran primos y siempre estaban cerca, lo que lo empeoraba todo. El agente Ned Hughes era el jefe de policía, el héroe de Fairview y un completo pervertido. Eso sí, siempre estaba a disposición de papá. Siempre estaba preparando bebidas para todos. Siempre era el alma de la fiesta. A su lado estaba David Jameson, exentrenador Jameson, quien también era venerado en Fairview. Su familia era importantísima en la sociedad. Cuando decidió ser entrenador de hockey en la universidad, todos lo vieron como si estuviera haciendo una obra benéfica, como si no le pagaran un dineral. Sin embargo, no necesitaba el dinero, así que lo consideraban "tan amable" y "tan cortés". Las mujeres caían rendidas a sus pies. Un número récord de jugadores a los que entrenó habían llegado a la NHL o la CHL. Estos eran logros que podían vincularse directamente con el entrenador Jameson. Era el mejor amigo de mi padre y mi padrino. Lo *despreciaba* . Despreciaba a todos los adultos vinculados a Fairview en ese evento, pero allí estaba yo, a punto de dejar que me hicieran sentir pequeño e incómodo.

—No te había visto —dije con voz seria y expresión vacía mientras los miraba a ambos.

—Ya me lo imaginaba. —Jameson sonrió, recorriendo mi rostro con sus ojos azules—. Estás preciosa.

“Gracias.” Miré a mi alrededor esperando a que alguien viniera a rescatarme de estos dos.

Por suerte, vi a la novia de Jameson de toda la vida acercándose. Gracias, universo. Sydney era la única que podía soportar entre la multitud, probablemente porque era de Chicago. Siempre lucía impecable y era amable, a diferencia de Hughes, Jameson, mi padre y esa idiota de Marie. No entendía por qué Sydney estaba en su grupo, pero estaba seguro de que la apariencia, la estatura y el encanto de Jameson tenían mucho que ver. Hughes estaba casado, lo cual era aún más alucinante. Pero, de nuevo, la apariencia, la estatura y el encanto eran suficientes para algunos.

—Hola, Lyla. Estás guapísima —dijo Sydney, sonriendo mientras me abrazaba.

—Tú también —dije, tomándola del brazo—. Bueno, me tengo que ir. Me alegró mucho verlos a todos. Nos vemos luego.

Me di la vuelta, eché los hombros hacia atrás y seguí caminando. Dentro, miré a mi alrededor hasta que encontré a Banks. Claro, la mesa diez estaba al otro lado. Ni siquiera quería sentarme en su mesa, pero sabía que era lo mejor. La mirada de Prescott se cruzó con la mía al pasar, y pude ver una tristeza que reflejaba la mía. Asintió levemente y se giró para hablar con su compañero de equipo. Sabía tan bien como yo que esa noche no era un buen momento para interactuar. Había sido amigo de Luke y lo extrañaba tanto como yo. Observé la carpa, equipada con candelabros y centros de mesa blancos y morados en cada mesa. Parecía más una boda que un evento deportivo. Obra de Marie, sin duda. Probablemente intentaba mostrarle a papá cómo sería su boda si le pedía matrimonio. Las mesas tenían espacio para ocho y doce personas y estaban llenas de agentes, atletas y entrenadores profesionales de cada deporte. Fue un evento de networking sofisticado, un espacio legal para que los estudiantes-atletas pudieran relacionarse con agentes y entrenadores con los que probablemente aún no deberían hablar.

Tomé un número diez porque Banks estaba sentado allí. No importaba quién más estuviera en la mesa. Me sentiría incómodo de todas formas. Banks me esperaba, sonrió y me abrió los brazos para abrazarme. Le devolví el abrazo antes de sentarme. Después de saludar al jugador de voleibol con el que Banks había estado hablando, miré a mi alrededor. Si esto salía como yo quería, sería un fantasma en esta mesa, y luego me levantaría y me iría sin que nadie notara mi ausencia. Ocurría bastante a menudo últimamente. Vi a papá y a Marie charlando y me acomodé un poco más en mi asiento, esperando que las altas figuras de Banks y los jugadores de voleibol me sirvieran de escudo. Estaba mirando mis uñas negras y doradas cuando oí nuevas voces acercarse a nuestra mesa. Mantuve la vista baja. Si no miraba, no estaba allí. Ese era mi lema. Alguien se sentó a mi lado y me quedé quieto, enderezándome en mi asiento y echando los hombros hacia atrás. Conocía ese olor. ¡Dios mío, esto *no podía* estar pasando ahora mismo! Seguí mirando mis uñas.

“Si te digo que te ves hermosa, ¿me arrojarás tu vaso de agua en la cara?”, preguntó, mientras su voz profunda me hacía cosquillas en la oreja.

Mi corazón se aceleraba como lo hacía cada vez que él estaba cerca. Se había convertido en una sensación tan extraña que pensé que me moría la primera vez que me pasó. Intenté contener el escalofrío que me recorrió el cuerpo y, con la esperanza de mantener la cara impasible, seguí contando hasta diez. No sabía qué había hecho para ganarme la atención de Lachlan Duke, pero ojalá pudiera deshacerlo. Haría las cosas mucho más fáciles. Algunas veces, cedí y le devolví el

coqueteo, dándome de bofetadas cada vez. Lo último que necesitaba era darle una razón para pensar que podríamos ser amigos. O peor aún, más que amigos.

No habría sido una pregunta si lo hubiera conocido hace unos años. Habría dado la bienvenida a esta locura. Me habría lanzado a ella sin pensarlo dos veces. Ahora, sin embargo, no podía abrirme a nadie, especialmente a él. Tenía un futuro brillante por delante, según los artículos deportivos que encontré cuando lo busqué. Esperé hasta tres y me preparé para mirarlo. Era demasiado guapo, y más aún con ese traje. Dejé que mis ojos lo absorbieran: su espeso cabello castaño, normalmente despeinado, estaba peinado hacia atrás. Mi mirada se desvió hacia su perfecta piel aceitunada, sus labios carnosos y su mandíbula marcada. Sus pestañas oscuras eran para matar, y esos ojos, verde oliva con motas marrones, me destrozaban cada vez. Era alto e imponente de una manera que te hacía sentir seguro o aterrorizado. Evocaba ambas cosas para mí.

Pero él nunca lo sabría. Nunca sabría cuánto deseaba tocar cada uno de sus rasgos. Nunca sabría que era el único que me había hecho sentir así. La gente usaba la palabra amor todo el tiempo. No sabía qué era, pero no creía que fuera eso. Había algo en él. Me miraba como si yo importara. Como si *me viera,* la persona oculta bajo el dolor y la culpa.

—Gracias. —Moví los labios. Sonreí o le di lo que me quedaba últimamente—. Tú también estás guapísima.

Sus ojos brillaron. Se inclinó y susurró: "¿Es esto una pesadilla para ti?"

Mi cuerpo se puso rígido. No podía saber lo terrible que era para mí hacer algo esta noche, y mucho menos estar rodeada de gente. Me había dicho esas palabras el otro día y había recibido una respuesta, pero esta noche era diferente. El otro día, la pregunta fue divertida. Esta noche, las palabras me atravesaron como garras, destrozando lo que quedaba de mi corazón roto. Seguí contando y respirando hasta que me recuperé. Lo último que necesitaba era llamar la atención y arrastrarlo a esto. Tragué saliva con fuerza. Joder. Cualquier otra noche, habría podido mantener mi actitud impasible y displicente. Incluso podría haberme reído de su comentario. Esta noche, mis ojos se llenaron de lágrimas sin permiso. Me mordí el labio con fuerza mientras mis uñas empezaban a desdibujarse en mi regazo. Conté hasta diez y empecé de nuevo. Sentí su mano, apenas un roce de sus dedos en mi hombro, y negué con la cabeza, mordiéndome el labio con más fuerza. Al primer sabor a sangre, mi cerebro se despertó. Cuando finalmente confié en mí mismo para hablar, me aclaré la garganta y empujé mi silla hacia atrás.

"Vuelvo enseguida."

-Oye, ¿estás bien? -preguntó Banks.

—Sí. Acabo de ver a alguien a quien necesito saludar. Empujé mi silla y salí de la tienda.

Gracias a Dios, había cuatro salidas. Tomé la más cercana en dirección a la casa de huéspedes. Un grupo de gente hablando cerca de la puerta me obligó a cambiar de rumbo. Esquivé el parterre morado que Marie acababa de plantar para el evento (los colores oficiales del colegio Fairview) y abrí la verja que daba al pequeño espacio entre las casas. Era un santuario donde solía pasar el rato, charlar y, a veces, beber o fumar marihuana con mis amigos. Fue allí donde di mi primer beso y perdí la virginidad. Era tan imprudente por aquel entonces: tan despreocupada, tan confiada, tan estúpida.

Pensar en cómo era antes me daban ganas de gritar. Debería haberme ido del evento, pero sabía que esa decisión tendría repercusiones. Me senté en la banca y me concentré en respirar hondo para tranquilizarme. Cuando eso no funcionó, y aún tenía ganas de llorar, me levanté y empecé a caminar de un lado a otro. Repetía mi mantra de siempre: « *Simplemente supera esto. Simplemente supera esta noche».* Estaba caminando de vuelta al otro lado, todavía cantando en voz baja, cuando vi su figura en la oscuridad y me quedé paralizada a medio paso. Dio un paso al frente, justo debajo de las velas que Marissa y yo ayudamos a mamá a colocar. Dios mío, parecía que fue hace una eternidad.

"¿Qué dije?" Lachlan tenía las manos en los bolsillos y una mirada genuina de preocupación en su rostro.

—Nada. —Negué con la cabeza—. Vuelve a cenar, por favor. Estoy bien.

Se acercó lentamente, como los cuidadores de zoológico entran en las jaulas. Podría haber corrido, podría haberlo insultado, podría haber hecho varias cosas para apartarlo, pero me quedé quieta. No sacó las manos de los bolsillos al llegar a mí. No dijo nada. Simplemente se quedó allí, con su presencia imponente y su aroma bajo un toque de colonia que, curiosamente, me reconfortaba cada vez que estaba cerca. Quería abrazarlo. Quería que me abrazara. Algo en él me hablaba a un nivel que no podía comprender del todo. Había un atisbo de ira y dolor bajo su cuerpo atlético y su sonrisa cautivadora. Tal vez por eso quería superar los muros que yo había construido a mi alrededor. Lo dejé reposar un momento, dejé que el codiciado y atractivo astro del hockey, posiblemente el chico más guapo que jamás había visto, siguiera apareciendo por alguna razón descabellada. Atarlo a mí sería egoísta. Imprudente. Por mucho que lo deseara, no podía hacerlo. Así las cosas, debería haberlo obligado a irse, y lo habría hecho cualquier otra noche. Pero esta noche, estaba cansada. Tan cansada.

Mi labio inferior empezó a temblar, mis ojos se llenaron de lágrimas, mientras miraba fijamente el segundo botón de su camisa blanca. Respiré hondo, sollozando, y tragué saliva con fuerza para no llorar abiertamente, pero no pude parar. Ni siquiera conocía a Lach, la verdad. No podría contarte nada sobre su familia ni su comida favorita.

Aun así, de alguna manera, me sentía más cómoda con él que la mayoría de la gente. A pesar de eso, odiaba sentirme débil, sobre todo en público. No me había derrumbado delante de nadie más que Marissa, y hacía tiempo que no me veía así. Me daría un respiro esta noche. Tal vez verme así por fin lo haría salir corriendo, y ya no tendría que intentar apartarlo.

Ya no me importaba. No era como si tuviera otra opción. No podía fingir que no pasaba nada ni ocultar mis emociones. Así que no lo hice. Me sequé las ojeras y levanté la vista hasta que finalmente me encontré con sus ojos. Dejé que me viera. Esta versión de mí misma que sangra igual que todos los demás, que sufre como todos los demás, que *siente* ... Tragó saliva con dificultad mientras sus ojos me observaban. Estaba segura de que pensaría que estaba loca, pero en sus ojos encontré comprensión. Y eso fue lo que hizo que el siguiente sollozo abandonara mi pecho. Me rodeó con sus brazos y me abrazó fuerte, envolviéndome mientras apoyaba su barbilla en mi cabeza.

"Estás bien." Era un cántico, un mantra, una promesa. "Te tengo. Estás bien."

Eso lo empeoró todo. Me estremecí con esa promesa. Ojalá fuera verdad. Ojalá las cosas fueran diferentes y pudiera permitirme creerla, aceptarla. Odiaba tanto esto. Me abrazó y me dejó llorar hasta que no me quedaron más lágrimas. Cuando por fin me recuperé, respiré hondo, me aparté y me limpié la cara un par de veces. Estaba segura de que mi maquillaje era un desastre, y que tendría que lavarme la cara y volver a aplicarlo.

“Esto es tan vergonzoso”, le susurré al segundo botón.

—No hagas eso. —Me levantó la barbilla—. Nunca te juzgaría.

Tragué saliva, respiré temblorosamente y me sequé la cara otra vez. "Gracias."

“¿Quieres hablar de ello?”

—No puedo. —Mi labio tembló de nuevo, pero me contuve—. Esta noche no. *Nunca.*

Me rodeó con sus brazos otra vez y exhaló mientras me sostenía, acariciando la parte posterior de mi hombro derecho con su pulgar en movimientos circulares y relajantes. No estaba segura de cuánto tiempo pasó, tal vez minutos, tal vez una eternidad, pero me sentí contenta por primera vez en dos años. Me sentí segura. Me *sentí,* punto. Y sabía que estaba mal. Una parte de mí deseaba poder contarle lo que pasó, pero sabía que no podía. ¿Qué le diría? ¿Que no importaba cuánto me acosara, nunca vencería a mi verdadero acosador, la persona que había arruinado mi vida varias veces? ¿Que no podía ir a la policía como una persona normal porque toda la ciudad estaba en su bolsillo? Al final, no dije nada. No esta noche. Pero tendría que ponerle fin, porque si esto continuaba, sería su ruina. Y ni siquiera yo era lo suficientemente fuerte para soportar tanta culpa.

CAPÍTULO 5

Lachlan

ACOMPAÑÉ a Lyla a la casa de huéspedes y esperé a que se arreglara el maquillaje. Quería llevármela lejos de esta casa. De este pueblo. De este estado. De este país. De este maldito planeta. Lo que fuera necesario para hacerla sonreír. Nunca me había importado mucho que las mujeres lloraran. Había visto llorar a mi madre a menudo. Había hecho llorar a las chicas cuando intentaban hacerme sentir culpable para que quisiera más. Las lágrimas me molestaban muchísimo. Siempre venían con algún tipo de expectativa: consuelo, sexo, lo que fuera. Ver llorar a Lyla me jodía. Tal vez porque rara vez mostraba emociones. Tal vez porque me importaba un poco más de lo que quería admitir.

Sea como fuere, no quiso hablar de ello conmigo y se cerró por completo cuando entramos en el jardín de su padre. Su expresión era impasible de nuevo, su mirada vacía. Lo odiaba. Prefería las lágrimas a la indiferencia; solo la suya. No sabía cómo lo hacía, pero incluso se veía hermosa cuando lloraba. Sus ojos eran tiernos y contenían una súplica que prácticamente gritaba: «Sálvame». De quién o qué, no estaba seguro, pero tenía la horrible sensación de que era de ella misma, y por mucho que odiara admitirlo, eso era algo que solo ella tenía el poder de hacer.

Cerré los ojos y respiré hondo. *¿Cómo demonios había acabado en esta situación?* Siempre había sido egoísta. Era más fácil así. Solo mi madre y mi hermano podían entrar en mi burbuja, sobre todo porque no podía deshacerme de ellos ni aunque lo intentara. Mantenía a todos los demás a distancia. Llamar la atención desde tan joven significaba cuestionar constantemente los motivos de los demás. Quería y respetaba a mis compañeros y valoraba su amistad, pero no me quedaba sentado hablando de mis problemas. Para ellos, yo era un pívot cabrón que había alcanzado una notoriedad con la que solo podían soñar, un playboy que descartaba a las mujeres. No era como si a las mujeres les importara. La mayoría eran unas conejitas que solo querían decir que me habían follado, como si eso les ganara una medalla de honor o algo así. Y luego estaba Lyla follándose a James, con su indiferencia y sus respuestas sarcásticas. Alguien a quien realmente le importaba un comino quién era yo. Que ni siquiera había oído hablar de mí hasta hace una semana. Si yo mantenía a todos a distancia, ella los mantenía en un plano completamente distinto.

Mientras estaba en el baño, busqué con la mirada algo que me contara más sobre ella. Estaba hambriento de ella. No solo de su cuerpo, sino de ella. De su atención, de sus secretos, de sus sonrisas, de

su risa. De todo. De todo. Quería penetrar en su cerebro y hurgar en sus recuerdos, preocupaciones, miedos, gustos y disgustos. Maldita sea, todo. No me gustaba que mi ala izquierda supiera lo que le había pasado. Era injusto, ya que Prescott la conocía desde hacía mucho tiempo, pero no quería jugar limpio con ella. Quería ganar a toda costa. Quería ser el único guardián de sus secretos. Quería poseerla. Lo más inteligente sería alejarme ahora, porque sabía que me perdería en esta chica si esperaba más. Ya estaba perdido, y solo la conocía desde hacía una semana. Lyla era una bandera roja andante. Me había dado todas las razones para correr en dirección contraria, pero estaba atrapado en una extraña atracción gravitatoria que ejercía sobre mí.

Seguí mirando. No tenía gran cosa en la casa de huéspedes: un pequeño joyero con una bailarina y una estantería. Había un balón de fútbol de cristal en la estantería que me llamó la atención. Era precioso. ¿Se lo habría regalado su padre? Cuando me paré frente a él, me di cuenta de que era un trofeo. No *solo* un trofeo. No podía serlo. Lo único tan bonito que había visto eran nuestros trofeos de la NCAA, y no los guardábamos en casa en una estantería sin más. Este tenía su nombre y era de hacía dos años. Por aquel entonces era estudiante de segundo año. Quizá fuera un trofeo de MVP. Me incliné para leerlo.

Trofeo Hermann. Saqué el móvil y lo busqué en Google. Había visto cosas sobre ella jugando al fútbol, pero no le había dado importancia desde que terminó la temporada, y pensé que era lo suficientemente buena. Según esto, Lyla James era al fútbol lo que yo al hockey. *Impresionante* . Fui a la página de deportes de la universidad y confirmé que terminaba en otoño. Ojalá me hubiera enterado antes. Hice clic en la lista y vi que no estaba. Tampoco estaba en la del año pasado. *¿Qué demonios?* Volví a mirar el trofeo. No tenía sentido. ¿Lo había dejado después del accidente? Entendía lo de tomarse un descanso, pero dejarlo me parecía inimaginable. Intenté ponerme en su lugar y no lo asumí. Mi naturaleza competitiva nunca me permitiría dejar de jugar antes de verme obligado a retirarme. Podría haberse hecho profesional. Sabía que eso no era algo que le atrajera a todo el mundo. Prescott no estaba interesado en jugar más allá de la universidad, lo cual también era inimaginable. Colgaría los patines después del torneo final y estudiaría derecho, como sus padres.

Al oír la puerta del baño abrirse, guardé el teléfono en el bolsillo y me di la vuelta. Caminó hacia mí con esa sonrisa fugaz que ahora sabía que era la mejor que me daría. Aún no había recibido su sonrisa deslumbrante, pero la aceptaría. Las aceptaría todas. Incluso aceptaría su actitud melancólica si eso significaba tenerla. Casi me río de mí mismo. Estaba solo en una habitación, a centímetros de una cama, con la chica más guapa del mundo... pensando en su sonrisa. ¿ *QUIÉN COÑO ERA YO?* Dios mío. Quizás mi última conmoción cerebral fue peor de lo que pensaba.

—Tu maquillaje se ve bien otra vez —dije, como un maldito idiota. Se veía bien. Acababa de pasar quince minutos arreglándolo.

Gracias. Estoy lista cuando tú lo estés.

"¿Quieres esconderte aquí hasta que termine?"

Ella ladeó ligeramente la cabeza. "¿Contigo o sin ti?"

"Con."

—Pues no —dijo, y se me cayó el alma a los pies. Se me cayó el alma a los pies. ¡Qué cojones! Vi cómo sus labios volvían a dibujar esa pequeña sonrisa. —Es broma.

—Eso no tiene gracia. —La miré fijamente y el corazón me dio un vuelco al empezar a latir con fuerza de nuevo.

—¿En serio? —preguntó con rostro neutral—. Dicen que te importa un bledo todo, salvo el hockey.

—¿Un rumor, eh? —Mis labios se curvaron en una lenta sonrisa—. ¿Has estado preguntando por mí, Lyla James?

—No. —Frunció el ceño, ofendida de que me atreviera a pensar eso, lo que me dio ganas de reír—. Estaba en el supermercado y vi tu cara en una revista local. Las chicas detrás de mí estaban hablando de ti.

—Mmm —Acorté la distancia—. ¿Qué más dijeron?

“Dejé de escuchar.”

“¿Por qué?” Tomé su rostro con las manos, con el pulgar en su mejilla y el resto de mis dedos abriéndose paso por el costado y la parte posterior de su cuello.

Su respiración se entrecortó, sus ojos se abrieron ligeramente cuando la incliné la cara. Joder. Esos ojos serían mi perdición. Incluso vacíos, eran hermosos, pero no tenía la máscara puesta ahora mismo y quería besarla. No sabía qué me pasaba, pero me moría de ganas de besarla. Pero no lo haría. No estaba seguro de por qué estaba triste, pero supuse que tenía que ver con el accidente de coche de su madre, y no quería que relacionara el recuerdo de nuestro beso con eso. La escruté a los ojos, esperando su respuesta.

“¿Qué?” susurró ella.

"¿Por qué dejaste de escucharlos?" Mis labios se crisparon con la satisfacción de haberla hecho perder el pensamiento.

Porque se pueden decir mil cosas de ti, de cualquiera. Algunas pueden ser ciertas, pero en mi experiencia, la mayoría no lo son. No quiero saber nada de ti a menos que venga de ti.

Esta maldita chica. ¿Cuándo me habían dado el beneficio de la duda? Nunca. Tuve que demostrar mi valía repetidamente para llegar a donde estaba hoy porque la gente cuestionaba mis habilidades, mi mentalidad, todo. Mi mente se llenaba de preguntas: ¿Significaba esto que ya no me rechazaría? ¿Era una invitación a besarla, a invitarla a salir? Le di vueltas y me di cuenta de que nunca le había pedido a nadie

salir. Si por mí fuera, nos encerraría aquí y tiraría la llave. Todas las versiones de Lyla James me fascinaban, pero esta era mi favorita.

—Creo que eso es lo más lindo que me has dicho jamás. —Pasé mi pulgar en suaves círculos por su mejilla.

Miré sus labios carnosos. Se entreabrieron un poco. Se había puesto un poco de brillo de labios. No besaba a mujeres, pero cuando lo hacía en el instituto, el brillo de labios me fastidiaba. Era pegajoso y solía tener un sabor que odiaba. No sabía qué tenía en los suyos, pero lo quería en mis labios. Quería besarla más que a nadie en mi vida. No lo haría a menos que ella lo iniciara, pero, joder, yo quería hacerlo.

—Deberíamos irnos —susurró, sosteniendo mi mirada.

"Deberíamos."

Me tomó la mano, se la apartó de la cara, me besó la palma y salió por la puerta. Fue uno de sus movimientos ninja: me dejó caer algo encima y se alejó antes de que pudiera reaccionar. Me quedé mirando la puerta, con la mente dando vueltas. Tardé un momento en moverme. Salí de la casa de huéspedes y cerré la puerta, pero no intenté alcanzarla. La dejé volver a la tienda sola. Algo me decía que lo necesitaba. Cuando volví a entrar y me dirigí a la mesa, estaba hablando con el chico de al lado, pero sus ojos estaban fijos en los míos mientras me acercaba. No estaba seguro de si seguía escuchando lo que decía, lo que me produjo otra oleada de satisfacción.

Me senté a su lado otra vez. A mi izquierda, tenía a dos jugadores de baloncesto que ya conocía. A mi derecha, tenía a la mujer más exasperante que jamás había conocido. No tenía ni idea de quién estaba sentado a su lado o a su lado. Ella era la única razón por la que estaba en esa mesa. Era la única razón por la que estaba allí. Lo había rechazado tres años seguidos, pero Prescott mencionó que lo odiaba y que siempre la obligaban a venir, así que aquí estaba. Podría haberme sentado con mi agente, que ya me había mirado como si hubiera perdido la cabeza por no haberme sentado con uno de los tres entrenadores de la NHL presentes, pero me daba igual. Y después de su demostración de emoción, estaba aún más contento con mi elección.

—Banks —el chico que estaba a su lado me ofreció la mano.

Lo estreché. "Lachlan."

—Hockey, ¿verdad? —preguntó—. ¿Lachlan Duke?

“Ese sería yo.”

He visto algunos de tus partidos. Eres, sin duda, el más divertido de ver.

"Gracias. Te lo agradezco."

"Pronto te convertirás en profesional", dijo con naturalidad.

—Ese es el plan —dije—. ¿A qué tocas?

“Fútbol.” Giró su cuerpo ligeramente hacia Lyla.

Lo miré fijamente un momento. Marissa probablemente hablaba de ese cabrón. Podríamos haber sido amigos en cualquier otra

situación, pero eso lo ponía automáticamente en mi lista negra. Ahora, tendría que buscar fotos de ellos juntos en sus redes sociales. Y estaría aquí, alerta, a ver si la tocaba y si ella lo dejaba. Quería rodear su silla con el brazo para reclamar mi lugar. Quería gritar "¡Me lo merezco!" tan fuerte que todos en esa maldita sala lo oyeran, porque aunque fuera un asunto de hockey, parecía que todo el mundo lo sabía.

Miré a los jugadores de baloncesto a mi izquierda y seguí nuestra conversación sobre March Madness, pero estaba atento a la conversación de Lyla y Banks. Era evidente que se sentía cómoda con él. Le había dicho más palabras esta noche que a mí en una semana. Cerré la mano para calmar las ganas de apartarla y sonreí al sentir la pegajosidad de su brillo de labios en la palma.

"Tío, puedes hacerlo desde el veinte", dijo. "Ya lo has hecho antes".

—Sí, pero no contra *ellos* . —Se cubrió la cara con las manos y las dejó caer—. No quiero hacerlo.

—Lyles —gruñó—. ¿Cuándo has dudado de ti mismo?

“Nunca, pero esto es diferente”.

"Si no lo logras, a nadie le importará. No es un juego de verdad", dijo. "Además, tu tiro ganador fue la única razón por la que ganamos el partido que cerró nuestra temporada".

“No necesito que me convenzas de que soy buena. Sé que soy genial y definitivamente mejor que los pateadores pésimos de tu plantilla”, dijo. Su actitud arrogante me creó un problema instantáneo. Me moví. “Si me pierdo esto, aunque no cuente, hablarán de que soy otro ejemplo de por qué las mujeres no pueden jugar deportes dominados por hombres. Pondrán mi cara en su estúpido periódico Gazelle. Sabes que lo harán”.

"No lo harán."

"¿De qué estás hablando?" pregunté sin poder detenerme.

“Fútbol. Tenemos un partido *divertido* contra nuestro equipo rival.” Banks miró a Lyla brevemente. “Lyla pateó para nosotros un par de veces, pero tiene miedo de perder este partido, ya que son nuestros rivales.”

“No pierdo”, murmuró, mirándose las uñas.

"¿Pateas para el equipo de fútbol?" La miré, desconcertado por esta nueva información. Ella seguía mirándose las uñas. "Eso es genial. Quizás podamos reclutarte y puedas acompañarme en el hielo".

Sus ojos se clavaron en los míos. "Pase difícil."

—Anda ya. Creí que te gustaban algunos jugadores de hockey.

"Eso es mentira."

Me contuve la risa.

—No te lo tomes como algo personal. A Lyla no le cae bien nadie —dijo Banks.

Sus ojos no se apartaron de los míos desde que me soltó ese comentario. Me encantó.

“¿Es eso cierto?” Levanté una ceja.

“Me gustan unas cuantas personas”, dijo en voz baja. “Solo hay un jugador de hockey en la lista. No hay nadie con un nombre que empiece por la letra L”.

Eso me molestó más de lo debido, pero no lo dejé ver. Sabía que Prescott estaba en su estúpida lista, y de nuevo, tuve que recordarme que solo era un amigo y que se conocían desde hacía mucho tiempo.

“Aún.” Le guiñé un ojo.

Apartó la mirada de mí al instante, como si mi guiño la hubiera ofendido. Contuve otra risa. Sabía que no le gustaba la gente, pero Banks le gustaba. Prescott le gustaba. Marissa le gustaba. Quisiera admitirlo o no, sin duda yo le gustaba. Pero quería oírla decirlo. Y como yo nunca hacía las cosas a medias, y como ella, nunca perdía, no estaría solo en la lista de personas que le gustaban. La dominaría, joder.

CAPÍTULO 6

Lachlan

“No creo que hayas hablado nunca así de una chica”, dijo mi madre mientras metía el pan de ajo en el horno. “¿Te gusta? ¿Qué digo? Claro que te gusta”. Cerró el horno y puso el temporizador. “No la mencionarías si no fuera así”.

—Sí. —La silla de madera del comedor crujió cuando me moví para estirar las piernas.

¿Le gusta el hockey?

“No estoy seguro.” Fruncí el ceño.

"¿No lo sabes?", preguntó mi madre, sorprendida. "¿Entonces este no es uno de tus conejitos?"

—No —dije riendo—. Ni siquiera sabía quién era cuando nos conocimos.

Ella arqueó las cejas. "¿De verdad?"

—Sí. —Me levanté y comencé a poner la mesa.

—Qué interesante —dijo mamá sonriendo—. ¿Cómo se llama?

“Lyla James.”

—Lyla James —dijo con una sonrisa aún más amplia—. Me encanta. ¿Sabe que comparten segundo nombre?

—No. —Apreté los labios para no sonreír.

"¿Le gustas?", preguntó, y luego se rió poniendo los ojos en blanco. "Claro que le gustas. Todas las chicas del universo caen rendidas a tus pies sin que digas una palabra".

Todas las chicas menos Lyla James. No quería hablar de eso con mi madre. ¿Cómo iba a explicarle que no creía que le gustara nada ni nadie sin que pareciera una zorra? La única señal que tenía de que yo le gustaba era lo que pasó en casa de su padre. No había podido dejar de revivir esa escena ni de pensar en cómo bajó la guardia delante de mí. ¿Era el momento y el lugar adecuados? ¿Habría dejado que Banks la viera en ese estado si él hubiera sido quien la vigilara? ¿Habría dejado que la abrazara como me dejó a mí? ¡Joder!

Cada vez que pensaba en ella, me sentía como pez fuera del agua. La mayoría de los chicos de mi edad sabían cómo manejar esto, ya que habían tenido novias en el pasado. La única novia oficial que tuve fue en primer año de preparatoria, y la única razón por la que salimos fue porque ella estaba buena, era bailarina e insistía en que estaríamos bien juntos. Duró seis meses antes de que rompiera conmigo porque "no le mostré suficiente interés". La acompañaba a clase, la follaba todos los días y la llevaba a fiestas. ¿Qué más podría haber querido de mí? Nunca obtuve la respuesta porque no me importó lo suficiente como para preguntar. En retrospectiva, debería haberlo hecho. Quizás me hubiera ayudado un poco en esta situación.

—¿Lach? —dijo mi mamá. Dejé el último cuchillo y me giré para mirarla—. ¿Sabe Lyla en qué consiste la vida de un atleta? ¿Entrenamientos, partidos fuera de casa, compras de mercancía? Y pronto serás profesional, así que se multiplicará por cien.

Hice una mueca. "No me voy a casar con esa chica, mamá".

—Podrías. —Se encogió de hombros.

—Por eso no iba a mencionarla —dije, volviendo a sentarme—. Sabía que empezarías a planear la boda enseguida.

—No estoy planeando una boda. —Se rió, sacudiendo la cabeza.

La miré fijamente. "Se lo haces a Liam todo el tiempo".

¡Liam estuvo con Robin dos años y medio! Vivían juntos.

—Y mira cómo quedó eso. —Moví la silla frente a mí y apoyé los pies en ella.

"Solo pregunto si sabe de la vida de un deportista", dijo, dándose la vuelta para picar tomates. "Demándenme por estar interesado en la única chica que mi hijo ha mencionado por su nombre".

"Jugaba al fútbol", dije. "Recibió un premio nacional muy caro y todo".

Qué bien. ¿Significa que se va a hacer profesional?

"Ella renunció."

Mamá dejó el cuchillo y se giró rápidamente, cruzándose de brazos mientras se apoyaba en la encimera. "¿Por qué renunció?"

"Ni idea."

—¿No preguntaste? —Frunció el ceño—. Lach, si de verdad te gusta esta chica, no puedes tratarla como tratas a las demás.

—Todavía no he tenido oportunidad de preguntarle. —La miré fijamente—. Y trato a los demás muy bien.

—Claro. —Sacudió la cabeza, se apartó del mostrador y abrió el refrigerador.

—Son unos idiotas. Técnicamente, son ellos los que me maltratan —argumenté—. Si quisieran una relación, irían tras Lee.

—No metas a tu hermano en esto. —Mamá me lanzó una mirada de advertencia—. ¿Quieres una relación con esta chica?

“No lo sé”, dije honestamente, sorprendiéndome.

“¿No lo sabes?” Cerró el refrigerador y se giró rápidamente, prestándome toda su atención.

Mi rodilla empezó a rebotar nerviosamente. La idea de estar atrapado en una relación me hacía sudar, incluso si era con Lyla. *Sobre todo* si era con Lyla. Sería una distracción y me presionaría para no arruinar las cosas con ella. No podía comprometerme a eso ahora mismo. Lo sabía, pero esta necesidad de poseerla me daba ganas de intentarlo. Era jodido y egoísta, pero no podía evitarlo. Cuando estaba con ella, sentía la misma anticipación que cuando intentaba anotar un punto. La sensación de golpear el disco en la trayectoria justa y verlo volar por el aire con el potencial de que cualquier cosa pasara. Ocurría

en menos de un segundo, pero siempre sentía que el tiempo se ralentizaba mientras contenía la respiración y esperaba el resultado. Así era como me hacía sentir ella. Como si estuviera conteniendo la respiración con anticipación. Una cosa era sentirse así en el hielo durante unos minutos, pero ¿sentirse así cada vez que alguien entraba en la habitación? Tenía que ser malo para el corazón.

“Estoy a punto de entrar en el reclutamiento”, dije, ya que era una de las muchas razones por las que no podía seguir adelante con una relación.

—¿Qué dice Lang sobre el proyecto?

Todo está listo. No hay nada que decir.

"Es tu agente. Debería mantenerte al tanto", dijo. "¿Sigues siendo la primera opción?"

Ladeé la cabeza. "¿Qué te parece?"

—Esa arrogancia te va a dar la lata algún día. —Me señaló—. Y hablando de eso, tu padre pasó por aquí.

Me puse rígido. Odiaba que lo mencionara como si apareciera con regularidad y fuera un buen padre. Lo único loable que alguien podría decir de él era tirarnos el dinero. Había pagado esta casa, nuestra educación, mi equipo de hockey, la computadora de Liam y su matrícula universitaria. Incluso si le explicara la situación a un desconocido y le dijera que era un padre ausente que nunca estaba ahí para nosotros y que solo aparecía un par de veces al año, diría que podría ser peor. Podría ser un padre ausente que no pagaba nada. Pero eso sería absurdo. La familia Duke era rica como la panza. Mi madre prácticamente se forró solo por traernos al mundo. Diría que por eso siempre salía en su defensa, pero no fue así.

Mi dulce e ingenua madre estaba enamorada de ese cabrón. No podía comprender cómo alguien podía amar a un hombre que no amaba a sus hijos, y en nuestro caso, *a* los suyos. Toda la situación era alucinante. Mi madre cuidaba su aspecto y parecía mucho más joven de lo que era. Era un placer estar con ella y tenía un corazón de oro. Todas esas cosas que deberían hacer que cualquier hombre la colmara de atenciones, pero no. Eligió a Henry Duke, a quien le importaba un bledo aunque lo intentara.

"¿Le dijiste que se fuera a la mierda?", pregunté cuando ella no agregó nada a su declaración.

—¡Lachlan! —Me azotó el brazo con el paño de cocina—. Es tu padre.

"Está muerto para mí."

—Tienes que dejar de decir eso. —Volvió al horno—. Quiere empezar a intentarlo con ustedes.

"¿Intentando qué exactamente?" Me enderecé.

“Para estar más presente”, dijo en voz baja.

Parpadeé. "¿Por qué?"

¿Por qué cojones querría intentarlo ahora? ¿Porque sabía que me iba a hacer profesional y de repente quería presumir de mí? Sabía que no podía ser. Mi padre aparecía en algunas de mis partidas y me veía jugar con la misma cara que probablemente tenía cuando revisaba la declaración de la renta. Después, nos llevaba a comer, dejaba que mi madre hiciera preguntas y escuchaba en silencio nuestras respuestas. Siempre recibíamos una palmadita en la espalda y una de estas tres cosas: "Buen trabajo", "Lo hiciste bien ahí", o escogía algo que habíamos mencionado en nuestro cuestionario rápido de respuestas en la cena y decía algo al respecto. Luego, se iba y no volvía a aparecer en semanas, a veces meses. No tenía sentido que quisiera intentarlo ahora. Tal vez quería decirnos directamente que ya no nos pagaría nuestras cosas y que necesitábamos "trabajos de verdad". Tal vez quería acercarse porque estaba a punto de graduarme de su alma máter, y quería dar la cara para que la gente no lo olvidara. Que le den. Mi cara debió de demostrar que estaba pensativo porque mamá esperó un largo momento antes de hablar finalmente.

“Ustedes son sus herederos”, dijo.

"¿Entonces?"

—Está enfermo, Lach —dijo en voz baja.

—Oh —reí a carcajadas, sin gracia—. ¿Se está muriendo? ¿Es por eso? Somos los únicos a quienes puede dejar su imperio, ¿y quiere asegurarse de que no lo destruyamos por completo?

Mamá se estremeció. "Lachlan."

Dile que no se moleste. Si tanto deseara que fuéramos sus herederos, habría estado allí cuando debía.

—Lo sé, cariño, y se siente mal por no haberlo hecho.

"Mamá", negué con la cabeza con un suspiro. Simplemente no lo entendía. "Aparecer para celebrarnos e ignorarnos el resto del tiempo no es suficiente".

Ella esperó un momento antes de decir: "Él quiere que me mude con él".

Mi rodilla dejó de rebotar. La miré fijamente. Conocía a mi madre. Solo decía esto porque ya había tomado la decisión... Dios mío, este cabrón de mierda. Iba a explotar. Respiré hondo para limpiarme, pero no me calmé. Necesitaba irme antes de empezar a romper mierda. Hacía mucho que no lo hacía, pero sentía que podría. ¿Este cabrón quería que mi madre se mudara con él porque se estaba muriendo y necesitaba a alguien que hiciera de enfermera? Que le jodan. Ojalá pudiera sacudir a mi madre con fuerza y hacerle ver la luz, pero nunca le haría eso. Aunque lo hiciera, no lo vería. Su debilidad hacia él era tan jodidamente decepcionante.

Podrías haberte divorciado de él hace mucho. Puedes salir con quien quieras. Eres un puto partido, mamá. —Negué con la cabeza—. Si te sientes sola, déjalo y empieza a salir con alguien.

“No quiero salir con nadie”

—Claro que no, porque estás esperando a que cambie. Nunca lo hará. ¿Cómo es que no lo ves? —Golpeé la mesa con el puño. Ni siquiera reaccionó.

—Dice el chico que de repente quiere *salir con* una chica. —Arqueó una ceja.

—No. A la mierda con eso. No me parezco en nada a él. —Mi silla chirrió al ponerme de pie. No podía hacer esto hoy—. ¿Sabes?, quizá he estado enfadada con el padre equivocado todo este tiempo. Nunca nos prometió que nos protegería. No nos prometió nada. Tú, en cambio, nos has estado arrastrando en este viaje de mierda toda la vida.

—Lach —me agarró del brazo al pasar—. Por favor, no te vayas.

—No puedo estar aquí ahora mismo. —La miré fijamente.

“Simplemente escucha lo que tiene que decir”.

—Me importa un carajo lo que tenga que decir. —Retiré el brazo de un tirón y me dirigí a la puerta.

Agarré las llaves del coche y deseé poder tirarlas a la cuneta. Mi coche era solo otro recordatorio de algo que él había hecho por mí. Me había estado esperando afuera, la mañana de mi decimoctavo cumpleaños, con una nota que decía: *«Feliz cumpleaños. Estoy orgulloso de ti, hijo».* Quería quemarlo hasta los cimientos. Lo conservé porque el coche que conducía entonces se había estropeado dos semanas antes, y había estado pidiéndole prestado el coche a mamá o haciendo autostop.

Ahora, sentado al volante y escuchando el rugido del motor, solo podía pensar en deshacerme de él cuanto antes. Era lo que haría con mi primer sueldo. Cerré los ojos y recordé todo lo bueno que me esperaba. Firmaría oficialmente con el equipo de mis sueños, ganaría el dinero prometido, conseguiría más dinero gracias a los patrocinios y no miraría atrás. Cuando me tranquilicé, emprendí el viaje de dos horas de vuelta a Fairview. Estaba absorto en mis pensamientos, todavía pensando en la NHL y la CHL, cuando mi teléfono empezó a sonar con una llamada de Liam. Apreté el botón del volante para aceptar.

“¿Qué demonios, Lach?”

"¿Qué?"

—¿No podías esperar treinta minutos más? —preguntó—. ¿Comiste siquiera?

“¿Mamá te dijo lo que quería?”

“Sí, papá quiere hablar con nosotros”.

Dudé antes de preguntar: “¿Vas a hablar con él?”

“No hay nada malo en escuchar lo que tiene que decir”.

Casi podía verlo sentado en la mesa que acababa de dejar, jugando con su lasaña —mi comida favorita— mientras me hablaba de esto con naturalidad. Ojalá pudiera volcarle el plato telepáticamente sobre la ropa. No había podido comer ni tomar nada como solía hacer porque estaba muy alterada, y este imbécil estaba allí sentado, comiéndoselo y

creyéndose las chorradas de nuestro padre. Ya conocía su razón y no quería oírla. Había aceptado que nuestro padre nunca sería quien necesitábamos que fuera. Liam siempre se engañaba a sí mismo pensando que nos quería y que volvería cuando fuera el momento adecuado para todos. Liam siempre había sido así, buscando el bien en los demás incluso cuando no lo había.

“No puedo tener esta conversación ahora mismo”.

—Lach —gritó cuando estaba a punto de colgar—. La lasaña está buenísima.

"Estúpido."

"Espera", volvió a gritar mientras mi dedo se cernía sobre el botón de finalizar. "Estaremos en tu próximo partido. ¿Quizás podamos quedar después?"

"Te enviaré un mensaje de texto."

Terminé la llamada. En cuanto llegara a Fairview, iría directo a la pista. Necesitaba desahogarme; era mejor dejar esta energía en el hielo.

CAPÍTULO 7

Lyla

De alguna manera, dejé que mi padre me arrastrara a un almuerzo deportivo absurdo. Me sobornó con dinero. De pequeño, fui uno de esos niños a los que no se les podía comprar. Si mis padres no aparecían y me daban un regalo en compensación por su ausencia, no lo aceptaba. Ahora, ahorraba cualquier cosa que papá me diera. Necesitaría cada centavo cuando me mudara de aquí. Me habían aceptado en tres universidades para continuar mi carrera en medicina deportiva. Aunque no había elegido adónde ir, el dinero sería necesario donde aterrizara. Puede que ahora odiara a mi padre, pero tenía buenos recuerdos de él de la infancia. En el gran esquema de las cosas, sentarme en ese almuerzo debería haber sido un precio pequeño, pero el veredicto ya estaba dado.

Se me había puesto la piel de gallina desde que entré, y la sensación en la boca del estómago empeoraba con cada segundo que pasaba. Para empezar, el objeto de mis peores pesadillas estaba sentado en esta habitación. Había conseguido evitarlo este semestre, pero siempre encontraba la manera de colarse en mi vida, y como sabía que ya había hecho un buen trabajo silenciándome, era algo que intentaba hacer a menudo. En segundo lugar, era un almuerzo deportivo para atletas, y yo ya no lo era, en gran parte por su culpa. La ira me hervía en el estómago, pero no podía dejar que se desbordara. No podía reaccionar. Prescott, Mason, Lachlan, el entrenador Jameson y mi padre estaban en la mesa y me negaba a mostrar ninguna emoción delante de ellos. Papá y Jameson estaban absortos en una conversación. Prescott le escribía a alguien. Mason me observaba sin disimulo, aunque me había esforzado por llevar una blusa y pantalones holgados. Lachlan estaba sentado a mi derecha, con la mirada fija en Mason. Era algo muy extraño. No había sentido nada en todo el día. *Nada* . Y en cuanto lo olí cerca, sentí mariposas en el estómago.

“No te mataría sonreír”, dijo mi padre.

—Si querías a alguien que sonriera, no deberías haberme pedido que viniera —dije apretando los dientes.

A mi lado, Lachlan tosió en su servilleta.

—Quieren darte algo —dijo papá—. Deberías agradecer que te invitaran después de renunciar.

Dios, tenía muchísimas ganas de mandarlo a la mierda. Quería agarrar el tenedor que tenía delante y apuñalarlo repetidamente. En cambio, me quedé callado para no llamar la atención. Los chicos a mi derecha empezaron a hablar de su próximo partido. Lo habían arrasado la noche anterior. Marissa me pidió que la acompañara, pero la rechacé.

Aunque estaba considerando ir al siguiente. Pensé que no había nada de malo en estar en un espacio abierto con tantos testigos.

—Lyles, ¿vienes a nuestro partido, verdad? —dijo Prescott, sonriéndome desde el otro lado de la mesa.

—Quizás. —Tomé un sorbo de agua—. Tendré que consultar mi agenda.

Pres puso los ojos en blanco. "Vete ya".

—Deberías —dijo papá—. Gina dice que apenas sales de casa.

No dije nada. No entendía por qué la madre de Marissa le hablaba a mi padre después de que supuestamente la engañara y se fuera con su amante justo después de que ella falleciera. Quizás tenía que hablar con él, ya que el padre de Marissa y el mío jugaban al golf juntos. Crucé los brazos y me recosté en la silla —algo que mi padre detestaba—, pero eso me sacó del campo de visión del entrenador Jameson y, por lo tanto, sería una conversación menos.

Sin embargo, los chicos adoraban a Jameson. Parecía que Lachlan era su favorito, lo que me hizo poner los ojos en blanco. Jameson había entrenado a Lachlan durante dos años y dirigió al equipo cuando ganaron su primer campeonato. Lachlan hablaba de los equipos por los que mataría por jugar: su primera opción era Toronto, la segunda, Boston. Eran dos lugares a los que ni siquiera había considerado mudarme. No es que importara. Cuando se fuera, ¿me pediría que lo siguiera o que lo acompañara? No habría ido si lo hubiera hecho. Casi me reí de mí mismo. No estaba seguro de si siquiera éramos amigos, pero de alguna manera, los límites seguían difuminándose por culpa de esas emociones estúpidas que solo él podía arrancarme.

La entrenadora Bev tocó el micrófono dos veces para llamar nuestra atención antes de empezar a dirigirse a la sala. La extrañaba muchísimo. Ella fue la razón por la que elegí jugar al fútbol aquí, para empezar. Con tantas opciones a mi disposición, elegí a la entrenadora Bev, y miren adónde me llevó eso. Dio su discurso inspirador de siempre, todos aplaudieron y ella esperó a que se calmara.

He pasado los últimos treinta años entrenando a muchas jovencitas talentosas. —Miró a su alrededor—. Pero de vez en cuando, una destaca entre las demás. No digo que nuestro equipo actual sea nada menos que increíble, pero esta jovencita es una superestrella.

Al otro lado de la sala, la mesa de fútbol vitoreaba y abucheaba. Miré hacia allá y se me encogió el corazón. Debería haber estado sentado allí ahora mismo. Había compartido habitación con algunos de ellos durante mi primer año aquí y los extrañaba muchísimo. Todavía les escribía mensajes, pero ya no era lo mismo. Ya no formaba parte del equipo, así que ya no compartíamos las mismas bromas privadas ni nos veíamos a diario. Extrañaba tener una familia así. *Lo odiaba* por hacerme esto. Lo aborrecía.

“Ahora”, continuó la entrenadora Bev. “Solo pudo jugar con nosotras dos años completos. Nos llevó al campeonato ambos años y nos ayudó a ganar”, dijo con voz emocionada. Dejé de respirar. *¿ Qué estaba pasando?* Las chicas de fútbol golpeaban la mesa, haciendo que los cubiertos tintinearan contra los platos. La entrenadora Bev las miró de reojo. “Tranquilas, chicas”. Me miró fijamente, con la voz temblorosa por la emoción. Se me encogió el corazón de nuevo. No, no, no, no. Esto no podía estar pasando. “Tiene un don. Tiene una sonrisa que ilumina una habitación, un corazón de oro. Es una verdadera líder. Ojalá todavía jugara para nosotras, pero entiendo las difíciles circunstancias”. Respiró hondo. “No ha pasado un solo partido en el que no hayamos mencionado su nombre, así que sabíamos que honrarla con esta placa era necesario. Irá en la pared de nuestro túnel, para que cada vez que las chicas pasen corriendo por allí, pueda inspirarlas”. Sollozó. Oh, mierda. Tragué saliva. Sentí ganas de llorar, pero de alguna manera contuve la emoción. «Señorita Lyla James Marichal, por favor, suba».

Corrí mi silla hacia atrás y mantuve la vista fija en el escenario mientras caminaba hacia él. Si hacía contacto visual con Prescott o Lachlan, me volvería loca. Mis excompañeros se pusieron de pie y me acosaron con abrazos y besos, lo que me hizo aún más difícil contener las lágrimas. Los besé y los abracé de vuelta y seguí hasta llegar a la entrenadora Bev. Ella me abrazó fuerte.

—Te extraño mucho —dije, hundiendo mi cara en su hombro.

Te extraño más, y claro, quería que volvieras. Eres la mejor jugadora que he entrenado. Se apartó y miré hacia el otro lado de la multitud para limpiarme la cara rápidamente. Ojalá consideraras ser profesional.

Sonreí con tristeza y la volví a abrazar. Jugar en la selección femenina de Estados Unidos había sido un sueño para mí. Había idolatrado a Michelle Akers. Me habían mencionado en conversaciones con algunas de las mejores jugadoras, y luego, nada. Después de las tragedias, intenté volver, pero no pude sin que mamá me viera. El peso de la culpa no me dejaba concentrarme lo suficiente para driblar el balón, y mucho menos para ser la delantera que solía ser. Al alejarnos, la entrenadora Bev me enseñó la placa. Fue surrealista ver mi nombre recordado así. Había ganado el premio más prestigioso del país, pero de alguna manera, significaba más para mí, saber que las niñas de las próximas generaciones lo verían y se inspirarían. Pasé los dedos por encima y respiré, disfrutando de ese breve momento. Levanté el micrófono y dije: "Gracias", mientras todas se ponían de pie y aplaudían. ¿Qué más podía decir? Me sentía indigna y no iba a quedarme allí diciendo que había sido el honor de mi vida jugar al fútbol para esta escuela. Lo había sido, pero decirlo en voz alta me pareció una mierda, ya que los había abandonado a mitad de la presentación. Posamos para una foto, y el entrenador Bev y yo

hablamos un poco más al bajar del escenario. Regresé a mi asiento, chocando las manos por el camino, mientras un jugador de baloncesto empezaba a hablar por el micrófono.

Cuando llegué, todos en mi mesa se pusieron de pie. Le di un rápido abrazo de lado al entrenador Jameson, besé a mi padre en la mejilla y les di a los demás un abrazo de lado antes de sentarme. Todos siguieron hablando. Jameson y papá se levantaron a buscar algo mientras los demás permanecíamos sentados. A pesar del abatimiento que sabía que tenía en la cara, me temblaban las manos en el regazo. Sentí una mano extenderse y posarse sobre ellas. Lachlan era terrible para mis emociones. Su toque fue como un desfibrilador, devolviéndome a la vida, pero también me hizo sentir lo suficientemente segura como para dejar de temblar.

"¿Pesadilla?", preguntó en voz baja. Finalmente lo miré a los ojos y sentí que mis labios dibujaban una pequeña sonrisa. Sus ojos se posaron en mis labios, haciendo que me batiera el estómago.

“Del peor tipo.” Me giré y lo ignoré por el resto del almuerzo, por su bien más que por el mío.

—Estás siendo muy grosera, Lyla —dijo mientras salía del baño.

Me quedé sin aire en los pulmones mientras me quedaba allí. Paralizado. Presa del pánico. Joder. Joder. Joder. El almuerzo había terminado. Pensé que me había escapado. Al parecer, no. Hacía mucho que no estaba a solas con él. No estaba del todo seguro de qué opciones tenía, pero la idea de que me acorralara allí, precisamente allí, me estaba acelerando el corazón. No para bien, como a Lach. Miré a mi alrededor rápidamente, buscando a alguien que me ayudara a escapar, pero no había nadie. Este hombre debía de ser el tipo más afortunado del mundo. Respiré hondo y reuní todo el coraje que llevaba dentro.

"Vete a la mierda", dije, más bajo de lo que pretendía, mientras intentaba rodearlo.

Me agarró del brazo y me apretó fuerte. " *Con respeto* , Lyla".

—Te odio. —Tiré de mi brazo.

Ya sabes lo que dicen del amor y el odio. —Sonrió, caminando hacia mí. Retrocedí tan rápido que me estrellé contra la pared. Bajó una mano y me apretó el pecho izquierdo por encima de la camisa. Mi corazón dejó de latir—. ¿Necesitas una demostración de cuánto te quiero?

Estaba temblando, pero de alguna manera, lo aparté con ambas manos. Era mucho más grande que yo, así que supe que se había movido a propósito. Quizás porque finalmente oímos voces acercándose. No importaba el motivo. Corrí. Detrás de mí, lo oí reír. El

corazón me latía tan fuerte, la cabeza me daba vueltas tan rápido, que al doblar la esquina, casi choco con Lachlan, quien me agarró de los hombros para detenerme.

—No me refería a esto cuando dije que deberías jugar al hockey. —Sonrió con suficiencia. Lo miré por encima del hombro y luego frunció el ceño—. ¿Estás bien?

—Sí. —Volví a mirar por encima del hombro—. Tengo... tengo que irme.

Empecé a alejarme, pero me agarró la muñeca. Lo miré a los ojos y un escalofrío me recorrió la espalda al ver lo que vi en ellos. A diferencia del encuentro que acababa de vivir, el contacto de Lachlan no me hizo entrar en pánico ni querer salir corriendo. Me llenó de consuelo y de algo más. No estaba seguro de qué.

“Déjame llevarte.”

Asentí y lo seguí. Papá me había traído hasta aquí y seguramente se enojaría porque no lo esperé, pero no podía quedarme ni un segundo más. Afuera, me mantuve a distancia de Lachlan por si nos observaban. Abrió un BMW negro de dos puertas, y mientras nos sentábamos dentro y me abrochaba el cinturón, agradecí tener las ventanas tintadas.

"¿Qué pasó ahí?"

—No puedo, Lach. —Me mordí el labio y esperé que me leyera la cara lo suficiente como para saber que no estaba bien, pero tampoco quería hablar de ello. Suspiró profundamente y empezó a conducir.

"¿Por qué renunciaste?"

Mis ojos se fijaron en él. "¿Qué?"

"Fútbol", dijo. "No me imagino dejarlo. O sea, ¿una maldita placa? Eso sí que es un gran logro".

Probablemente papá lo pagó.

-No, no lo hizo. -Me miró fijamente.

Mi respuesta fue un encogimiento de hombros.

"Al menos tu papá estaba allí. El mío probablemente solo habría aparecido para una sesión de fotos", dijo.

Lo miré de reojo un buen rato. Quizás teníamos más en común de lo que pensaba. No es que tener padres horribles fuera lo mejor para conectar, pero algo era algo. Simplemente agradecí el cambio de tema. No quería hablar de fútbol, pero podría hablar de odiar a mi padre todo el día.

—¿De verdad crees que mi padre buscaba algo más que una sesión de fotos? —pregunté después de un momento—. Es un maldito político. Las sesiones de fotos están entre sus cinco prioridades.

Se rio entre dientes. Tenía la risa más sexy que jamás había oído. Sus ojos se iluminaron al mirarme, y sentí mariposas en el estómago. Aparté la mirada rápidamente.

"Mi padre cree que darnos dinero es la clave de todo", dijo. "Como si el dinero pudiera cubrir la ausencia".

"¿Estás seguro de que no somos parientes?" pregunté mirándolo.

Se encogió visiblemente. "Definitivamente NO somos parientes, Lyla James".

Me mordí el labio y volví a mirar por la ventana para no reírme. "Quizás deberíamos empezar un club de 'niños ricos con padres ausentes y idiotas'".

—No soy rico. Bueno, supongo que sí lo soy para algunos. Definitivamente no para ti —dijo, mirándome con diversión—. Pero seré parte de tu club de todos modos.

“Bueno, ahora vas a tener que probarlo”.

Se rió. "¿Qué tengo que hacer en las pruebas? ¿Llorar para demostrar que mi padre me jodió emocionalmente al no presentarse?"

—O no llorar —dije—. Supongo que depende de quién haga las reglas.

“Ojalá no seas tú.”

—Grosero. —Fruncí el ceño—. ¿Por qué no yo? Se me ocurrió el club.

—No te gusta la gente, así que probablemente serías el único en ese maldito lugar —dijo—. Y eres un juez severo. Nadie jamás estará a la altura de tus expectativas.

—Guau. —Mantuve la vista fija en la carretera—. Es... bastante preciso.

Él rió otra vez, sacudiendo la cabeza.

"Quizás deberíamos hacer una prueba de prueba aquí, para que no pierdas el tiempo probando", añadí. Se mordió el labio; sus ojos aún reflejaban diversión mientras negaba con la cabeza y miraba el camino.

"¿En qué consiste esta simulación de prueba?"

"Cualquier historia triste." Me encogí de hombros.

Se mordió la comisura del labio y entrecerró los ojos ligeramente mientras pensaba en ello. Finalmente, tras unos instantes, habló: «En mi octavo cumpleaños, mi papá debía llevarme a un partido de hockey. Eran los Bruins contra los Maple Leaves», dijo. «Mi mamá lo mencionaba constantemente. Pensó que esto lo redimiría de no venir a ninguno de mis partidos esa temporada».

"¿No apareció?" susurré.

—Ni siquiera llamó. —Se detuvo en un semáforo en rojo y me miró.

Sentí que se me escapaba el aire de los pulmones por un instante. No estaba seguro de si el dolor se notaba en mi cara, pero lo sentí. Pensé en él como un niño pequeño —probablemente el niño más guapo del mundo— y se me partió el corazón por él. No me importaba que mi padre estuviera demasiado ocupado para mí. Incluso había hecho las paces con mi madre, siguiéndolo a todas partes y dejándome atrás todo

el tiempo. Pero odiaba eso por Lachlan. Puede que fuera un mujeriego y un imbécil, pero sabía que era un buen tipo. Además, ningún niño merece que alguien que se suponía que debía protegerlo y enseñarle cómo funcionaba el mundo le haga promesas incumplidas.

—Tu papá es un asco —dije después de un momento.

Se rió mientras volvía a conducir. Nos quedamos en silencio un momento antes de que él rompiera el silencio.

"¿Sabes cuál es mi parte favorita del discurso del entrenador Bev?", preguntó en voz baja mientras estacionaba en la acera, frente a mi edificio de apartamentos.

“Déjame adivinar, la parte del corazón de oro”.

"Casi en segundo lugar." Su labio se crispó.

"¿Qué parte?" pregunté. Detestaba las adivinanzas.

"No te emociones tanto", dijo cuando respondí con seriedad. "No quiero pensar que estás interesada en mí".

"Si piensas eso, te estarías mintiendo a ti mismo".

"¿Acaso me estaría mintiendo?" Arqueó una ceja. No entendía cómo lo hacía: estaba paralizada un minuto y al siguiente, mi corazón latía desbocado. Me miró de reojo cuando llegamos a un semáforo en rojo. "Un día de estos, Lyla James".

Miré por la ventana para ocultar la sonrisa que se formaba en mí. No solo me hizo sentir; por un instante, me hizo olvidar lo que me había roto, para empezar. Solo por un instante, pero esos momentos se acumularon. Además, nunca dejó de coquetear conmigo y de intentar que cediera, y por alguna razón muy, muy tonta, me encantó.

"Veo tu reflejo, ¿sabes?", dijo. Me sobresalté y lo miré. Él apartó la mirada; dos chicos que botaban una pelota de baloncesto en la acera llamaron su atención mientras hablaba: "Lo que dijo sobre tu sonrisa fue mi parte favorita".

Qué raro. "¿Por qué?"

—Porque no lo entregas libremente. —Me miró a los ojos—. Pero cuando lo haces, es mágico.

Me pregunté si les decía cosas así a todas las chicas con las que intentaba acostarse. Algo me decía que no tenía que decir mucho para llevárselas a la cama. Apreté las manos en el regazo y centré mi atención en el balón de baloncesto que rebotaba.

"¿Por qué lo dejaste?" preguntó de nuevo.

—¿Quieres la verdad o lo que les digo a todos? —pregunté mirándolo.

Él frunció el ceño. "La verdad."

“No te lo puedo dar hasta que el semestre termine oficialmente”.

Me miró fijamente. "Estás bromeando".

"No lo soy."

—De acuerdo —dijo lentamente—. ¿Qué les cuentas a todos?

“Que estoy abrumado por el dolor.”

Sus cejas se fruncieron. "¿Lo eres?"

“No siento nada en absoluto”, susurré.

Quería añadir: *a menos que estés cerca.* No lo haría, pero era la pura verdad. No sabía qué era esa sensación, pero era mejor que nada, y eso me aterrorizaba.

CAPÍTULO 8

Lyla

“Que quede claro que la única razón por la que me voy es porque te amo”, dije mientras Marissa se aplicaba la sombra de ojos.

Se detuvo y se apartó para mirarme. "Lo sé, y que quede claro que te estaré vigilando como un halcón".

—Me portaré de maravilla. Le guiñé un ojo. Ella rió, negando con la cabeza.

El cumpleaños de Marissa siempre había sido un día de disfraces. Durante años, me maquillaba y me vestía como quería. Sería la madre perfecta para un concurso de belleza. Me perdí sus dos últimos cumpleaños porque no podía levantarme de la cama, y mucho menos interactuar con la gente. Marissa, siendo la mejor amiga que era, asistió a ambas fiestas durante una hora y luego vino a deprimirse conmigo. Ella también estaba triste, por supuesto. Cuando murió mi madre, también sintió que había perdido a una madre. Cuando murió Luke... Dios. Intenté no pensar demasiado en ello. Cada vez que lo hacía, me daban ganas de vomitar. Ese año fue tan confuso que a veces podía fingir que nada había pasado hasta que pensaba en llamar a mamá. O a Luke. Cada vez, una nueva oleada de dolor me golpeaba, al darme cuenta de que ambos se habían ido para siempre. Entonces, me di cuenta de que ambos se habían ido para siempre.

Este año, no pensaría en eso. Iría a la fiesta de mi mejor amiga y me divertiría. Era lo único que me había pedido para su cumpleaños. No me opuse. ¿Estaba emocionada? No, pero intentaría no ser una aguafiestas, por su bien. Banks estaría allí con algunos del equipo de fútbol, y Prescott me haría sentir más segura.

—Listo —dijo Marissa, sonriendo al retroceder para mirarme—. ¡Madre mía, Lyles! ¡Estás buenísimo!

Me puse de pie y caminé hacia su espejo de cuerpo entero. Llevaba vaqueros de pierna ancha y un top corto fruncido con mangas abullonadas que solo me cubría los pechos y se ataba en la espalda. Me encantaba el top. Era bonito y sexy, y normalmente algo que ya no usaría en público. Mi ropa holgada me hacía sentir segura, pero era una mierda. No debería tener que cubrirme porque algunos hombres no entienden lo que significa "no". No lo habría pensado dos veces si hubiera sabido que *no* me vería con él. En esto me había convertido gracias a él. Lo odiaba por ello, pero me odiaba aún más por darle este poder sobre mí. No era como si estuviera en la fiesta, pero el miedo persistía. Respiré hondo. Que le jodan. Era la noche de Marissa.

Me miré de nuevo. Marissa me había peinado con ondas playeras que me llegaban hasta los codos. Había creado una hermosa trenza que parecía una corona en la parte de atrás de mi cabeza, pero dejaba los

mechones más cortos sueltos al frente. Era una versión de mí misma que no había visto en mucho tiempo. Pero era mentira. Me vestiría como quisiera cuando estuviera lejos de aquí, pero nunca sería la persona confiada y despreocupada que una vez fui. Lo descarté y me concentré en esta noche. Los jeans tenían rotos en las rodillas, el muslo izquierdo y justo debajo de mi nalga derecha. Eran tan largos que o me ponía tacones o los doblaba para ponerme zapatillas. Marissa eligió tacones de bloque cómodos que no fueran demasiado altos. Los probé corriendo a la sala de estar y de regreso. Sí, podía usarlos.

Cuando estuvimos completamente listas, nos paramos una al lado de la otra frente al espejo y sonreímos. De alguna manera, ella había logrado hacer lo mismo con su cabello y llevaba jeans y un top corto que decía "Bésame (si eres linda). Es mi cumpleaños". Se veía increíble. Siempre lo era. Marissa era hermosa, por supuesto, pero lo que hacía brillar su belleza era la confianza que tenía en sí misma. Me encantaba. Una vez yo misma la tuve. Mientras aún existía, estaba enterrada bajo un aire de superioridad que no sentía. Era el único mecanismo de defensa que tenía para evitar que la gente quisiera hablar conmigo. Antes había sido sociable, todavía un poco seca y sarcástica, pero mis compañeros me querían mucho. Quienes me conocían del instituto entendieron perfectamente el giro de 180 grados que había dado. Los demás probablemente pensaban que era una gran perra, lo cual me parecía bien.

CAPÍTULO 9

Lyla

Mis dedos se apretaron con fuerza sobre los de Marissa al entrar a la fiesta. Habíamos jugado previamente en la casa y llegamos tarde, como era de esperar, lo que significaba que todos ya llevaban un buen rato allí. Al llegar, me quité el suéter grande y traté de no sentirme demasiado incómoda. Al menos estaba oscuro. No me importaba lo que pensara esa gente en particular ni si me veían o no. Simplemente me sentía rara por estar tan expuesta después de haber estado escondida tanto tiempo. La fiesta era de verdad. Tenían un DJ preparado con un espectáculo de luces. Un par de chicas de la hermandad de Marissa se acercaron enseguida y nos dieron un abrazo de bienvenida.

—Vamos a tomar algo. —Marissa empezó a arrastrarme hacia la sala de estar.

Ni siquiera había entrado del todo en la habitación cuando vi a Lachlan. Cada vez que lo veía, me dejaba sin aliento, y esta vez no era diferente. Estaba reclinado en el sofá, con sus largos y musculosos brazos extendidos sobre el respaldo. Una botella de cerveza colgaba de una mano mientras hablaba con Drew, que estaba a su derecha. Mandy Roberts estaba sentada a su izquierda, presionando sus pechos contra su brazo izquierdo. Como eso no le llamó la atención, le puso la mano en el muslo izquierdo. Parpadeé dos veces para asegurarme de que no estaba viendo cosas, pero poco a poco, su mano se movía hacia el norte, y estaba a punto de tocarlo. Los celos me invadieron como un rayo: inesperados, rápidos y ardientes. Había oído hablar de celos, pero nunca los había experimentado. Eran tan malos como los describían, o peor.

Había salido con Luke durante casi tres años, y una noche, estando drogados, le propuse una relación abierta. No porque no lo quisiera, sino porque no estaba *enamorado de él* . Nuestros padres habían estado haciendo de casamenteros desde tercero de primaria, y fueron la única razón por la que le dimos una oportunidad a la relación. Seguir juntos terminó siendo más conveniente que romper, y explicárselo habría sido un fastidio, sobre todo porque Luke era el único chico con el que mis padres aprobaban que saliera, así que mantuvimos una relación abierta. La primera vez que lo vi con otra chica en una fiesta, me sorprendí un poco, pero no me molesté ni me puse celosa.

Ver a Lachlan con otra mujer fue como un puñetazo en el estómago. Mis dedos apretaron con más fuerza a Marissa. Era la única manera de mantener la mirada indiferente. Era la única manera de no concentrarme en mis orejas, que sentía que me ardían, ni en mi

corazón, que sentía que se me rompía. Era increíblemente molesto y frustrante. No éramos nada. ¡Por Dios!, ni siquiera nos habíamos besado, pero esto era peor que cualquier ruptura que hubiera experimentado. Era una locura. Marissa me arrastraba, y yo lo agradecía porque estaba tan enfadada que apenas podía pensar, y mucho menos caminar. Odiaba cada segundo de esa sensación. Él ni siquiera le prestaba atención, pero Mandy seguía adelante, ahora recorriéndole el muslo con la mano de arriba abajo.

Aparté la vista de la escena para no ver si le tocaba el pene por encima de los vaqueros y miré hacia delante, concentrada en respirar. El DJ había instalado su equipo justo en medio de nuestro viaje, así que Marissa tuvo que desviarse y llevarme al sofá. Como un caballo premiado en una carrera, me puse anteojeras para no verlos. Por desgracia, las anteojeras mentales eran algo unidireccional. No era como si me dieran el poder de la invisibilidad. Mi corazón latía con más fuerza al pasar. Estaba concentrado en la nuca de Marissa cuando una mano salió disparada y me agarró la muñeca. Supe que era él por la descarga eléctrica que me recorrió. Odié esa reacción. Deseé que mi cuerpo se adaptara y dejara de sentir cosas que él no merecía que sintiera. Me detuve y enganché un dedo en la trabilla de los vaqueros de Marissa para detenerla. Ella lo hizo, miró hacia atrás, evaluó la situación, miró a Lachlan con furia y me hizo un pequeño gesto de asentimiento. Todo pasó en una fracción de segundo. Solté el gancho y ella empezó a hablar con Drew. Miré a Lachlan, que seguía sujetándome la muñeca.

Ni siquiera dije nada cuando lo miré a los ojos. Solo lo miré fijamente, aunque por dentro temblaba. Soltó mi muñeca y me observó, sus ojos calentando cada trozo de piel que devoraba. Se mordió el labio inferior mientras sus ojos entornados me exploraban una vez más. Se removió en el sofá. Mis ojos pasaron de los suyos a Mandy, que había puesto algo de distancia entre ellos, pero no mucha. Su mano descansaba casualmente sobre su brazo sobre el respaldo como si estuviera reclamando algo sobre él. La odiaba ahora mismo. Me sonrió cálidamente y me dijo hola, y de alguna manera, a pesar de mis celos ciegos e irracionales, le devolví el saludo con un asentimiento. Siempre había sido amable conmigo y no tenía la culpa aquí. Las mariposas revolotearon cuando mi mirada se encontró con la de Lachlan de nuevo, y las pisoteé todas y cada una.

"¿Qué?", espeté, lanzándole la mirada más maliciosa que pude, como si no entendiera por qué se había atrevido a tocarme. Y de verdad, no lo entendía, carajo.

—Estás en una fiesta. —Sus ojos verdes estudiaron mi rostro con atención y exploraron mi cuerpo por tercera vez. En cualquier otra situación, podría haber sentido algo diferente. En ese momento, solo sentía rabia que seguía creciendo en mi interior.

—Sí. Parece que sí —dije con calma.

Mi tono me valió una mirada inesperada. ¿Dolor? ¿Confusión? ¿Me estaba tomando el pelo? Tenía que moverme antes de vomitar o armar un escándalo a los cinco minutos de llegar. Por suerte, Marissa me llevaba ventaja.

—Vamos. —Se dio la vuelta y me agarró la mano—. Oye, Lach. Tú y Mandy deberían buscarse una habitación. Acariciarse en público es un poco vulgar.

Mi mirada estaba fija en Marissa cuando habló y empezó a moverse. Detrás de nosotros, lo oí gritar: "¿Qué demonios?", como si estuviera sorprendido o algo así. Puse los ojos en blanco. *Da igual.* Marissa se movió más rápido entre la multitud y logramos perdernos. Así de lleno estaba el lugar en ese momento. En cualquier otra situación, me habría reído y habría bromeado sobre sentirme como un banco de peces, pero el vacío en la boca del estómago no me permitía encontrarle gracia a nada. Me recordaba a mí mismo repetidamente que no tenía derecho a sentirme así, pero el dolor en mi pecho no se calmaba. ¿Por qué dolía tanto? Marissa respiró hondo en la cocina y negó con la cabeza al soltar el aire. No dijo nada; simplemente acercó el tequila sin abrir hacia nosotros. Apuesto a que había pedido que dejaran una botella sellada. Siempre había sido inflexible con ese tipo de cosas.

"¿Viste su cara?" preguntó ella, sacudiendo la cabeza mientras abría la botella.

—No. —No *pude mirarlo más por miedo a vomitar.*

Sus manos se detuvieron en la botella. "Estás molesta".

"No lo soy."

—Lyla James Marichal. —Inclinó su cuerpo hacia el mío.

"¿Qué?"

—Dios mío. De verdad que te gusta —dijo. Gemí, lo que me valió una mirada compasiva—. Le gustas mucho. Lo sabes, ¿verdad?

Me reí. *Sí, le gusto tanto que estaba con otra chica en una fiesta y ni siquiera se molestó en esconderse de mí. No es que hubiera cambiado nada si lo hubiera hecho. Podría haber sido peor.* "Solo sírvete los chupitos".

Ella hizo lo que le pedí, sirviéndose dos tragos a cada uno. "Parecía horrorizado y empujó a Mandy tan rápido que casi se cae al suelo".

—Sí, bueno, sigue siendo un cabrón por haber dejado que se le subiera encima —dije, con una voz extraña. Chocamos nuestros vasitos de plástico y nos tomamos el chupito primero, con una ligera mueca, y luego tomamos el segundo.

Dudo que ya se dé cuenta de esas cosas. Las mujeres acuden a él constantemente en las fiestas e intentan llamar su atención. Levantó su vaso y nos tomamos otro trago.

—¿No puedes? —murmuré—. ¿Por qué estamos hablando de esto?

Porque te gusta y no sales lo suficiente como para saber nada de él. Quiero darte detalles antes de que cierres esto.

—Mar —la miré fijamente—. Acabas de decirme que tiene a un millón de mujeres encima en las fiestas. ¿Cómo se supone que eso me va a hacer sentir mejor?

—Te digo que no les hace caso, Lyles. Hace tiempo que no. Ya ni siquiera lleva chicas a casa. —Arqueó una ceja—. *Y* contigo es diferente.

Para hacer de abogado del diablo, digamos que tienes razón y él la apartó o lo que sea. Solo me dijo: "Estás en una fiesta" —dije, imitando su voz grave—. ¿Qué demonios?

—Tío, lo dejaste sin palabras. —Abrió los ojos de par en par, como siempre que quería dejar claro algo—. Parecía que le iba a dar un infarto ahí mismo, en ese sofá. No te quitaba los ojos de encima.

—No importa —dije encogiéndome de hombros—. ¿Qué habría pasado si no me hubiera visto? ¿Se habría acostado con ella?

—No —dijo ella con franqueza—. Te lo acabo de decir, hace tiempo que no lo hace. Mira, te entiendo perfectamente, y tienes razón en estar molesta, pero sé a ciencia cierta que le gustas de verdad, y eso es inaudito. A Lach ni siquiera le gusta ninguna de las chicas con las que ha estado en casa.

—Da igual, no importa. Esto no tiene caso. —Miré por la ventana y vi a gente jugando al beer pong antes de volver a mirarla—. Pronto nos separaremos, y no quiero que se fije en él. No puedo.

Suspiró profundamente y negó con la cabeza. Sabía exactamente lo que quería decirme —que el objetivo era que hiciera algo que *me hiciera* feliz por una vez—, pero también sabía que no iría por ahí. Así las cosas, me odiaba por estar tan consumida por él. Repasé lo que acababa de pasar y volví a sentir un vacío en el estómago.

“¿Otro trago?” preguntó Marissa.

"A la mierda, ¿por qué no?"

Ella se rió. Tomamos otra foto.

"¿Sabes qué es lo peor de esto?", pregunté. "Nunca me han importado estas cosas. Jamás."

—Lo sé. —Asintió con gravedad—. Por eso creo que deberías mantener la mente abierta.

Odio esto. Odio los sentimientos, carajo.

—Lo sé, cariño. —Me abrazó y me apretó—. En fin, sigamos adelante. Te quiero muchísimo. Gracias por estar aquí. Y por dejarme jugar a disfrazarme contigo.

Yo también te quiero. Gracias por estar *siempre* ahí para mí. Incluso cuando me siento insensible y me siento imposible estar cerca. Me aparté de ella.

"Nunca es imposible estar contigo", dijo, mirándome a los ojos. "Eres mi hermana y estás pasando por un momento muy difícil. Siempre estaré ahí".

Tragué saliva. "Por favor, sírveme los tragos antes de que llore delante de la gente".

—¡Dios mío! No querríamos eso. —Sonrió, sirvió el siguiente trago, choqué mi vaso y nos bebimos el suyo de un trago—. ¿Paramos?

"¿Parar?" Levanté ambas cejas. "Esto es lo único que me mantendrá aquí, riéndome, socializando y todo eso".

Marissa se rió a carcajadas. "¿Dos más?"

—Una más —dije—. Por ahora.

—Buena idea. —Sirvió otra, nos las bebimos de un trago y cerró la botella—. Voy a esconder esto.

Lo escondió en un armario y me echó un brazo sobre los hombros. «Dios mío, cuánto lo echaba de menos, Lyla».

Yo también. Yo también, maldita sea. La Lyla a la que se refería se divertía y se divertía. Aunque nunca había estado celosa. Respiré hondo y le agarré la mano a Marissa al salir de la cocina. Abrirnos paso entre la multitud fue todo un reto. Nos quedamos paralizadas junto a la puerta al salir, contemplando el jardín. Habían puesto globos en la valla que decían "Feliz cumpleaños, Mar". Había dos mesas de beer pong. Normalmente no bebo cerveza, pero me encantaba el beer pong y lo dominaba. Era demasiado competitivo para hacer algo a medias, así que en el último año de instituto, hice que Luke y Prescott practicaran conmigo hasta que sentí que conseguía el ángulo y el movimiento de muñeca perfectos. Mientras Marissa caminaba y saludaba a la gente, me quedé a su lado, fingiendo escuchar a sus compañeras de hermandad hablar de una barbacoa que estaban organizando. Prescott, Mason y otros chicos estaban en una de las mesas de beer pong. Las fotos se habían filtrado mientras yo estaba allí de pie, y me sentí lo suficientemente mareado como para unirme a la diversión.

Me incliné hacia Marissa. "Voy a jugar al beer pong con Pres".

—Te veo luego. —Me abrazó fuerte—. De verdad, te quiero.

La besé en la mejilla y sonreí mientras me alejaba y caminaba hacia la zona de beer pong. Cuando Prescott me vio, se quedó boquiabierto. Era su reacción cuando me veía en cualquier lugar últimamente, pero estaba segura de que llevar ese atuendo en una fiesta llena de gente era la principal razón de su incredulidad. Corrió alrededor de la mesa y me levantó en el aire, como si estuviéramos en Dirty Dancing, antes de ponerme de pie.

—¡Rayos! Marissa se esforzó al máximo este año. —Me miró de arriba abajo, negando con la cabeza. Me abrazó de lado—. ¿Estás cumpliendo las reglas? ¿Sonriendo, socializando?

"Si sigues así, no tendré más remedio que quedarme sentado en un rincón, enfurruñado".

—Ya cállate. —Juntó dos dedos e hizo un gesto como si se estuviera cerrando la boca.

"¿Podemos jugar?" Asentí hacia la mesa de beer pong.

¡Claro que sí! ¡Vamos! —gritó al darnos la vuelta. Saludé a Mason y al otro.

“Lyla está en mi equipo”. Era Mason, que seguía observándome.

Llevaba una camiseta gris de hockey que parecía esculpida sobre sus músculos y unos pantalones deportivos negros. Sonrió cuando nuestras miradas se cruzaron de nuevo. Le devolví una pequeña sonrisa educada para que no se equivocara. Que Lachlan hiciera lo que hiciera no significaba que yo hiciera lo mismo. Dios mío, pensar en él me cabreaba de nuevo. Tenía que parar. No era mío. Compartimos momentos que probablemente significaron más para mí que para él. Probablemente solo me sentía así porque no había mirado a ningún chico en dos años. Tal vez si no hubiera estado tan cerrada y enfadada en casa todo el tiempo, mis momentos con Lachlan no habrían significado nada. Sabía que me estaba mintiendo a mí misma. No era solo que Lach fuera atractivo o que me prestara atención. Era la forma en que me hacía sentir lo que lo diferenciaba. Suspiré profundamente. Que le jodan. Lo había superado. Volví a mirar a Mason. Era lindo, con ese estilo relajado de surfista californiano, con cabello rubio que le llegaba a los hombros, brillantes ojos azules y una tez bronceada por el sol.

—¡Ni hablar! Está en mi equipo —dijo Prescott, rodeándome los hombros con el brazo.

—Vamos —dijo Mason poniendo los ojos en blanco—. Dustin y Lyla nunca salen de fiesta, así que tenemos que nivelar el terreno de juego.

—Hermano —prescott lo miró fijamente—. Lyla es la mejor jugadora de toda esta fiesta. Apuesto a que sí.

—Sí, claro. —Mason se burló y me miró con disculpa—. Sin ánimo de ofender, Lyla.

—No me lo tomo en serio. —Contuve una sonrisa—. Me encanta ser la que menosprecia.

—Como sea —gruñó Prescott—. Lyles, puedes unirte al equipo de Mason si quieres.

—Digo, si necesita que yo lleve todo el peso... —Me encogí de hombros y caminé hacia donde estaba él.

Mason se rió a carcajadas. "Ay, qué engreída".

Prescott nos dijo que esperáramos un segundo y salió corriendo. Cuando regresó, traía latas de cerveza en la mano. Quizás era el alcohol que ya tenía, pero sentí que iba a llorar. No los merecía a él ni a Marissa. Eran, sin duda, las personas más consideradas del planeta. Pres llenó los vasos y el partido empezó. Mason tenía razón. Hacía tiempo que no jugaba, pero era como andar en bicicleta. Fallé dos tiros, y el resto fueron canastas. Mason, en cambio, no era tan bueno como creía. Ganamos tres partidos consecutivos antes de que Prescott y Dustin tiraran la toalla.

CAPÍTULO 10

Lyla

“NO SEAS UN MALA PERDEDOR, Prescott Sanders”. Golpeé mi cadera contra su costado mientras lo ayudaba a recoger los vasos y lanzarlos.

"No eres *para nada* el desvalido", dijo Mason con una cómica mirada de incredulidad.

Tenía la misma cara cada vez que yo encestaba, así que básicamente, durante todo el tiempo que jugamos. Me lo estaba pasando tan bien que me olvidé de todos los demás en la fiesta, pero ahora que había terminado, volví a pensar en Lachlan. Me pregunté qué estaría haciendo, pero enseguida pensé: "¿A *quién demonios le importa?". En serio, Lyla, ¿a quién demonios le importa lo que esté haciendo o con quién lo esté haciendo?*

"Voy a tomarme un descanso", le dije al presidente.

"¿Vas a pasar el resto de la noche sola, apoyada en la valla?" Me miró con severidad. "¿Tengo que recordarte tu contrato vinculante?"

—No a ambas —dije mientras me alejaba—. Solo necesito un pequeño descanso.

—No estará sola —dijo Mason detrás de mí—. Estaré un rato con ella.

Prescott dijo algo en respuesta que no pude oír, a lo que Mason se burló en voz alta.

"¿Cómo te volviste tan bueno jugando al beer pong?", preguntó Mason. Levanté la vista cuando llegó a mi lado.

“Practica.” Disminuí el paso para observar a un grupo de personas jugando a la Stack Cup.

Era otro juego que disfrutaba y se me daba bien. Era beer pong a tope, pero conocía mis límites y ni siquiera podía plantearme jugarlo esa noche. Entre el tequila sunrise que Marissa nos preparó en casa antes del partido, los chupitos de tequila que nos habíamos tomado aquí y la cerveza (que no había sido mucha, pero aun así), había pasado de estar un poco achispado a achispado, a borracho. No arrastraba las palabras, pero estaba lo suficientemente borracho como para sonreír y probablemente necesitaba mucha agua para volver a sentirme achispado. Nos detuvimos al llegar a la valla de madera, a solo unos pasos de la gente de la Stack Cup.

"¿También juegas a ese?", preguntó Mason, apoyando un pie en la reja de hierro que había detrás de nosotros y señalando con la cabeza el partido de la Stack Cup.

—Sí, solía ir —dije—. Ya no salgo de fiesta.

“Me he dado cuenta, pero te he visto en fiestas y eventos estas últimas semanas”.

Ya casi termina el semestre. Pensé en despedirme por todo lo alto. —Lo miré—. Y es el cumpleaños de Marissa. Tenemos un trato prácticamente inamovible.

—¿Ah, sí? —Me recorrió con la mirada—. ¿Un trato para que admiremos lo buena que estás?

Me mordí la lengua.

“Lo siento”, dijo rápidamente.

Sonreí. "No te disculpes por hacerme un cumplido".

Él sonrió. "Creo que nunca hemos hablado tanto".

—No te acostumbres. —Me crucé de brazos—. Mañana probablemente volveré a ser la misma Lyla de siempre.

“¿Por qué?” Frunció el ceño.

Negué con la cabeza. «Si me meto en esto, me pondré de mal humor, y eso va contra las reglas esta noche».

—No hay preguntas, entonces. —Mason hizo un pequeño saludo como si fuéramos soldados—. De hecho, tengo una.

—Cuéntame. —Cambié de postura para quedar frente a él. No estábamos demasiado cerca, pero estaríamos a tiro de besarnos si dábamos un paso más—. ¿Pasa algo entre Lach y tú?

—Dios mío. —Solté una breve carcajada y negué con la cabeza—. Siguiente pregunta.

—Necesito saberlo. —Se acercó a mí—. ¿Es un sí o un no?

Se me encogió el estómago al darme cuenta de lo que podría hacer si le decía que no o no me apartaba para poner fin a la situación. Quizás era el alcohol o que si intentaba algo que yo desaprobaba, un montón de gente lo vería y lo detendría, pero me quedé quieta. Se acercó cada vez más hasta que estuvo a un paso de mí. Mis ojos se cerraron solos, una costumbre que había adquirido tras años de besos. Cuando sus labios no tocaron los míos, abrí los ojos y jadeé al ver a Mason retroceder unos pasos. Por un momento, pensé que uno de los borrachos de Stack Cup había perdido el equilibrio y chocado con él, pero entonces levanté la vista y vi a Lachlan con el ceño fruncido.

—Amigo, ¿qué carajo? —Mason se enderezó, de repente en modo de lucha mientras avanzaba.

Me quedé boquiabierta por un segundo. El alcohol me estaba ralentizando un poco el cerebro para procesar la situación. Lach estaba tan cerca de mí que podía sentir la ira que irradiaba. Su mirada era tan intensa que pensé, por un instante, que Mason iba a estallar en llamas. Lo que acababa de pasar se repitió en mi cabeza, y finalmente, salí de mi ensoñación.

—¿Qué demonios, Lachlan? —Lo agarré del brazo izquierdo. Me miró con los ojos entrecerrados, mirándome a mí, mi mano y luego a su compañero.

—En serio, amigo —añadió Mason.

—Sabes exactamente qué. No finjas que no lo sabes —gruñó Lachlan, dando un paso al frente, apretando la mandíbula y con la mirada furiosa clavada en Mason. Le apreté el brazo e intenté jalarlo, aunque era imposible contenerlo.

"¿Estás bromeando?" Mason abrió mucho los ojos por una fracción de segundo antes de negar con la cabeza y reírse levemente. "¿Es porque pediste el tuyo? No nos pusimos de acuerdo. Prescott ni siquiera lo aprobaría..."

"Ella no es de Prescott", gritó Lach.

—¿Y qué? ¿Es tuya? —Mason arqueó una ceja al ver que Lach no respondía—. ¿Y si la pido ahora mismo?

—Mase, te quiero, eres mi chico, pero te lo juro por todo. Si no te apartas, esto no acabará bien. —Lach dio otro paso al frente. Tenía las uñas cortas, pero le hundí las yemas de los dedos en el brazo. Ni siquiera se inmutó.

La mirada de Mason pasó de mí a Lachlan. "Hemos estado pasando el rato toda la noche".

A Lachlan le tembló la mandíbula. Dio un paso más. Uno más, y estaría en la cara de Mason. Una serie de cosas me pasaron por la cabeza: el comentario de que me lo merecía, Mason y Lachlan iban a pelear y arruinar la fiesta de cumpleaños de Marissa, y *¡madre mía* !, nunca dos tíos se habían peleado por mí. A esos pensamientos les siguió rápidamente: *¿Qué demonios estaba pasando?* Era la primera vez en mucho tiempo que participaba plenamente en una fiesta en dos años, ¿y este capullo estaba a punto de arruinarla por alguna mierda arcaica que unos deportistas privilegiados inventaron hace cien años? Ese fue el pensamiento que me hizo estallar. Bajé la mano y di un paso entre ellos. Incluso con tacones, estaba segura de que parecía una hormiga entre dos gigantes.

—No puedo creerlo ahora mismo. —Le di la espalda a Mason para fulminar con la mirada a Lachlan porque, en última instancia, todo esto era culpa suya—. No soy algo que se te ocurra. Soy un ser humano. No soy el asiento delantero de un maldito coche. —Le apuñalé el pecho con el dedo índice y entrecerré los ojos un poco más mientras avanzaba. Su mandíbula tembló—. No puedes *arruinar* la fiesta de mi mejor amigo, y no *puedes* ... Dime con quién puedo hablar y con quién no. ¿Qué le pasó a Mandy Roberts? ¿No te hacía el amor, o terminaste con ella y decidiste venir a buscarme porque estabas aburrido y necesitabas algo de entretenimiento?

Los ojos de Lach se oscurecieron, su expresión se endureció, pero no dijo nada mientras me miraba fijamente. A nuestro alrededor, un par de personas soltaron una serie de *exclamaciones de asombro* , como si esto fuera una maldita batalla de rap. Mis ojos entrecerrados se dirigieron a ellos un instante. Cerré la mano en un puño y la coloqué entre sus pechos, apretándola ligeramente mientras lo miraba

fijamente de nuevo. Tenía muchísimas ganas de golpearlo, pero la violencia no me llevaría a ninguna parte, y de todas formas, no era como si fuera a hacerle daño. Dejé caer la mano.

—Que te jodan, Lachlan Duke —dije furiosa, apretándolo con fuerza con el hombro mientras me alejaba.

Detrás de mí, un gruñido fuerte y furioso rompió el silencio. Vi estremecimientos y caras de asombro al pasar, pero seguí adelante. Todo mi cuerpo temblaba. Intenté contenerlo apretando los puños y manteniendo la vista fija en las puertas dobles de cristal abiertas de la casa. Apreté los puños con más fuerza mientras la ira seguía disparándome a través de mí de una manera que no lo había hecho en mucho tiempo, *si es que alguna vez* . Se sentía como el paseo más largo que había dado en mi vida, con todos los pares de ojos pegados a mí. Había muchos de ellos. Todavía no había visto a Marissa. Probablemente estaba dentro bailando, ajena a esto. Ese sería el mejor escenario posible en este momento. Esto era una maldita pesadilla. Casi había llegado a las puertas cuando oí a Lachlan gritar mi nombre una vez. Dos veces. Tres veces. Ignoré cada una de ellas y me concentré en contener mis lágrimas de ira porque si empezaba a llorar delante de la gente, realmente iba a odiarlo.

“ *Por favor* espera, Lyla.”

"¿Qué?", espeté mientras me daba la vuelta. "¿Qué puedes decirme?"

—No hice nada con ella. —Se pasó los dedos por su espesa cabellera—. Lo juro. Sé lo que viste y lo que piensas, pero...

"Sé exactamente lo que vi", dije, bajando la voz, ya que estaba bastante segura de que estaba gritando, pero no iba a dejar que me manipulara. "No pasa nada. No me perteneces". Parpadeé ante mis propias palabras; la verdad que contenían me golpeó por primera vez y me hizo darme cuenta de lo estúpido que era todo esto. Lach se quedó boquiabierto al decir eso, pero continué porque necesitaba terminar con esto ya. "No estamos juntos. Nunca... no pasa nada. No me debes ninguna explicación".

—Sí. —Avanzó hasta quedar justo frente a mí. Mi corazón, traicionero, dio un vuelco—. Debería haberla apartado antes. Ni siquiera sabía quién demonios estaba a mi lado. No le estaba prestando atención en absoluto.

Puse los ojos en blanco pero ni siquiera me molesté en considerar esa afirmación.

—Lo juro, Lyla. —Levantó las manos como si estuviera suplicando, rezando—. Lo juro.

—No importa. Puedes hacer lo que quieras con quien quieras. —Me encogí de hombros—. Aun así, no justifica tu estúpida rabieta ni que actúes como si tuvieras derecho a decidir con quién puedo y no puedo acostarme. ¿Sabes lo jodido que es eso, verdad? Que hagas lo que te dé

la gana y esperes lo contrario de mí. —Hice una pausa y un gruñido escapó de mis labios. Estaba tan enfadada conmigo misma por haberme planteado esto—. ¿Sabes qué? Esto es una puta estupidez. No puedo hacerlo.

Me di la vuelta y seguí entrando en la casa. Por suerte, nadie me vio. Entre la música alta y el baile, era solo una fiestera más buscando el baño. Mi cuerpo aún vibraba cuando por fin llegué. Entré corriendo, cerré la puerta de golpe y la cerré con llave. Eché un vistazo rápido para asegurarme de que estaba sola y me agarré al borde del lavabo con las manos temblorosas mientras me miraba fijamente.

Incluso con el maquillaje, se me notaba el rubor en las mejillas. Debía ser el alcohol lo que me hacía sentir así. Respiré hondo varias veces. De verdad que deseaba no haber sacado a Mandy Roberts a colación en la conversación de afuera. Ella no tenía nada que ver con esto. Dios mío. Acabábamos de tener esa discusión delante de toda la fiesta. Fue aterrador y mortificante. Odiaba haber bajado la guardia por él. Sobre todo, odiaba eso incluso ahora. Mientras repasaba cada palabra que había dicho, el estómago me daba vueltas como si estuviera participando en los malditos Juegos Olímpicos de verano. Me dirigí al baño, me senté en la tapa y hundí la cara en las manos. Sabía que estaba afuera. Sentí su calor siguiéndome por la casa mientras buscaba ese baño. Quizás si esperaba, se cansaría de esto y se iría.

Todas las chicas de la fiesta competían por su atención, así que pronto, una de ellas lo captaba y él se marchaba. Se me encogió el corazón al pensarlo. *Esto es lo que pasa cuando dejas entrar a alguien. Sabías que esto pasaría. Lo sabías, y lo permitiste de todos modos.* Dios mío, Quería irme a casa, pero necesitaba quedarme hasta que Marissa estuviera lista. No me iría sin ella y me negaba a apresurarla en su propia fiesta de cumpleaños. Pero sí necesitaba encontrarla para asegurarme de que seguía bien, y para eso, tendría que abrir la puerta y enfrentarme a lo que me aguardara afuera. Me di una palmada en la frente una vez y dos más al recordar cómo hablaban todos de esto en la fiesta. La mayoría probablemente ni siquiera sabían quién era yo. Pero Lachlan Duke, la estrella de hockey elogiada, el chico más guapo del equipo, ¿y posiblemente de nuestra universidad? Sin duda, sería el centro de sus chismes, y yo también. Que le jodan a Lachlan por esto. Que le jodan a Mason. Que le jodan al equipo de hockey y a cualquier hombre que crea que puede reclamar a una mujer porque sí. Y sabes qué, que le jodan dos veces a Lachlan por hacerme *sentir* cosas. Fui al baño y me lavé las manos antes de abrir la puerta.

Lachlan ocupaba el marco de la puerta con su imponente figura, con sus estúpidos ojos hermosos, su estúpido cabello despeinado, su estúpida mandíbula fuerte, sus estúpidos labios carnosos y su estúpido cuerpo asombroso. Me miraba como si fuera a disculparse otra vez.

Aunque no quería oírlo, me negué a que me siguiera, actuando como una sombra disonante.

“Verte con él fue como un puñetazo en el estómago”, dijo cuando por fin habló. “Cuando pasaste a mi lado antes, quise cargarte sobre mi hombro y tenerte sola. No fue hasta que Marissa hizo ese comentario que me di cuenta de que Mandy estaba allí. No bromeo, Lyla…”

Levanté una mano para detenerlo. "¿Admitir que esto es lo normal para ti en las fiestas me hace sentir bien? Y si de verdad quisieras 'llevarme al hombro', te habrías levantado del sofá y habrías ido a por mí mucho antes".

—Sí. —Suspiró, pasándose los dedos por el pelo—. ¡Vaya! En cuanto te alejaste y desapareciste entre la multitud, me levanté y te busqué por todas partes. Cuando por fin te encontré, estabas jugando al beer pong. Te observé todo el tiempo desde la ventana de la cocina como un maldito acosador porque no quería perderme ni un segundo.

Suspiró y continuó. «Me di la vuelta un minuto. Un puto minuto y de repente te habías ido; cuando te volví a encontrar, estabas con mi puto compañero». Soltó una risita sin gracia, mirando al techo mientras se pasaba los dedos por el pelo otra vez, tirándolo. Volvió a fijar su mirada en la mía. «Esto nunca me había pasado. No sé qué cojones hacer. Ni siquiera sé cómo te sientes. Solo sé que no quiero volver a sentirme como cuando lo vi contigo».

—Yo... —Mis ojos se clavaron en su camiseta negra. ¿De verdad iba a compartir mis sentimientos? *¡Dios mío! Sí que lo iba a hacer.* Esto era peor de lo que pensaba. Esperé a que se me tranquilizara el corazón antes de volver a mirarlo a los ojos—. Verla encima de ti así fue una pesadilla. Lo odiaba. Lo odiaba muchísimo, y odiaba odiarlo.

Soltó un suspiro pesado y aliviado. Me miró fijamente un buen rato. Debía de ser el playboy más desconcertante del universo. Esperaba que me besara o que me acompañara al baño para follarme. Lo habría dejado. En cambio, me acunó la cabeza contra su pecho y me abrazó. Lachlan Duke, que tenía un montón de mujeres, me *abrazó* . Debería haberme ofendido de que no hiciera ningún movimiento, pero entonces me besó la coronilla mientras me abrazaba, y lo único en lo que podía pensar era en lo rápido que latía su corazón, en lo cálida que se sentía su piel contra mi espalda desnuda y en lo bien que olía.

—Dios mío, Lyla James —susurró contra mi cabeza—. ¿Qué carajo voy a hacer contigo?

"¿Qué quieres hacer conmigo?", pregunté, con la cara pegada a su pecho. Su cuerpo se puso rígido. Sus brazos me abrazaron con más fuerza. Puse las manos sobre su pecho y me aparté un poco para mirarlo. "Esa no es una pregunta capciosa, ¿sabes?".

Bajó la mirada hacia mi boca un instante. "¿Cuánto bebiste?"

"¿Importa?"

"A mí sí."

Gemí. "¿Qué? ¿No sales con chicas borrachas?"

—No, a menos que también esté borracho —dijo, mirándome a los ojos—. Y para mí no eres *solo* una chica.

Ugh. ¿Por qué dijo cosas así?

—Solo estoy un poco borracha. Tu rabieta me despejó un poco —dije, sintiendo una sonrisa. Su mirada se suavizó. Nuestros ojos permanecieron fijos mientras me ahuecaba la cara con sus grandes manos. Se acercó. Mi pulso se aceleró de anticipación. Apoyó su frente en la mía y negó con la cabeza.

"No puedo", suspiró.

“¿Por qué?” Levanté mis manos y las envolví alrededor de sus muñecas.

Soltó un gruñido que me recorrió el cuerpo. «Me lo estás poniendo muy difícil».

Justo cuando abrí la boca para responder, para decirle que ya lo hiciera, dos chicas muy borrachas entraron, chocando con nosotros y diciéndonos que necesitaban ir al baño. Lachlan se apartó rápidamente para dejarme salir. Una de las chicas se le acercó y le rozó el brazo derecho con el dedo. Dio unos pasos y se detuvo junto a la puerta del baño, mirándolo fijamente. Tenía muchas ganas de pegarle. Lachlan no apartó la vista de mí en ningún momento, lo que no lo redimió del todo de lo de Mandy, pero sí lo ayudó. La chica resopló e hizo una mueca de enfado mientras entraba al baño y cerraba la puerta con fuerza.

“Odio que te traten como si tuvieran derecho a tocarte”, dije.

Sus ojos brillaban y la comisura de su boca se torció.

"¿Qué?" pregunté sabiendo que no debería haberlo revelado.

Se inclinó de nuevo y rozó su mejilla contra la mía hasta que su boca llegó a mi oído. "No te aburro".

No pude confirmarlo ni negarlo, así que no dije nada. Me importaba demasiado. Ese era el problema.

CAPÍTULO 11

Lyla

En secreto deseé que la alegría de anoche durara, pero se había esfumado al amanecer, cuando vi la foto de Luke y mi madre y recordé las cosas que quería que quedaran enterradas. Había fiestas todas las noches, incluida esta noche. Marissa ya me lo había contado, y la única duda en mi mente era si Lachlan estaría allí o no. No es que le preguntara ni que fuera de ninguna manera, pero la curiosidad morbosa pedía a gritos una respuesta. No me besó anoche, pero permaneció pegado a mi lado el resto de la noche. Su mano en mi espalda baja mientras hablábamos con sus compañeros. Sus dedos rozando los míos mientras Marissa contaba en voz alta una historia sobre la vez que me quedé fuera del coche en el instituto. Su brazo pegado a mi costado cuando estábamos de pie. Su postura amplia, atrapándome cuando se sentó en el borde del sofá, y yo permanecí de pie. Parecía una advertencia para todos los demás chicos de esa fiesta. Y me encantó. *Me encantó* . Después de todo lo que había dicho sobre la tontería de tenerlo, ahí estaba yo, deseando que me reclamara. Esto nunca me había pasado. Incluso cuando era la despreocupada Lyla, nunca había conocido a nadie que me hiciera sentir como él, y eso era un verdadero problema. Necesitaba recordar lo que le pasó a Luke. Ni siquiera conocía a Lachlan desde hacía mucho tiempo, y la sola idea de perderlo me daban ganas de vomitar.

¿Seguro que no quieres salir esta noche?

Parpadeé. "No puedo creer *que quieras* salir esta noche después de cómo terminó la noche anterior".

—Oh, para. No fui tan malo.

¡Marissa! Vomitaste tres veces antes de que Lachlan nos dejara.

—Oh, Dios, ¿no vomité en su auto?

—¡No! ¡Te habría matado!

Se rio y arqueó una ceja. "¿Te das cuenta de que *todo el mundo* habla de ustedes dos, verdad? El chat de mi hermandad ha estado encendido todo el día con eso".

"¿Qué están diciendo?" Me mordí el labio y miré al suelo, preparándome.

“Que no pueden creer que alguien haya logrado domesticarlo”.

Me reí. "Ni siquiera estoy con él. ¿Cómo podría domarlo?"

—Lyla. —Me lanzó una mirada divertida.

"¿Qué?"

“Prácticamente te declaró su amor delante de todos”.

“No, no lo hizo.”

—¡Claro que sí! —Se rió, negando con la cabeza—. Déjalo pasar. Sabes que quieres.

—Claro que quiero, Marissa —espeté—. Pero no puedo. Tú, precisamente, sabes que no puedo.

—Lo odio, pero tienes razón. —Sonrió con tristeza y asintió lentamente—. ¿Por qué no lo ves en privado hasta que nos vayamos?

—No entiendo por qué se empeña tanto en mí. —Eché la cabeza hacia atrás y cerré los ojos—. Estoy rota. ¿Por qué me querría?

—Oye. No, no digas eso. —Se sentó a mi lado y me abrazó—. No estás rota, y te quiere porque eres un puto partido.

“Sólo le gusto porque soy difícil”.

—Eso no es verdad —rió ella mientras se apartaba—. Eres *difícil* , pero no es por eso que te quiere.

"No lo entiendo."

"No tienes que hacerlo. Prescott dice que nunca lo ha visto así", dijo. "Nunca ha perseguido a una chica ni se ha peleado con un compañero. Pres dijo: 'Sobre todo con Mason, que compartió habitación con él durante tres años'".

Mi corazón dio un vuelco. "Tengo miedo".

“Ya casi salimos de aquí.” Me apretó la mano.

—Dios, qué ganas tengo de irme. —Respiré hondo y exhalé lentamente—. Creo que sonreiré aún más cuando nos vayamos.

—Lyles —se rió—. Te quiero, pero nunca has sido una persona demasiado sonriente. Ni siquiera cuando eras amable.

Me reí. "No es cierto. Todavía sonrío a veces".

—Dios mío —se rió con más fuerza—. Lo que tú consideras una sonrisa no es lo que los demás consideramos una sonrisa.

Me reí de nuevo cuando ella se levantó y desapareció en su habitación para terminar de prepararse para la fiesta. Cuando su música volvió a sonar a todo volumen, subí las piernas hasta el pecho y me giré de lado. Luke soñaba con ir a una ciudad completamente nueva donde nadie supiera su nombre ni su familia, donde pudiera reinventarse. Habíamos hablado de ello sin parar, de cómo nuestro grupo de amigos conseguiría un apartamento juntos. Ya habíamos roto para siempre, y nuestra amistad nunca había flaqueado. Lo echaba muchísimo de menos. Estaba empezando a quedarme dormida cuando llamaron fuerte a la puerta. Gemí, pero mantuve los ojos cerrados.

—¡Marissa, hay alguien en la puerta!

—Me estoy maquillando. Todavía tengo que terminarme el pelo —gritó—. *Y* no espero a nadie.

Me desperecé y caminé hacia allí, con el pulso acelerado al ver a Lachlan de pie al otro lado. ¿Acaso no se veía perfecto alguna vez? Llevaba una camiseta negra y pantalones deportivos, y su pelo parecía húmedo, como si acabara de ducharse. Solo mirarlo me daban ganas de hacer cosas que no debía. Supongo que eso respondía a mi pregunta

sobre si iría o no a la fiesta. No sabía cómo me sentía. Mal, eso seguro, sobre todo después de anoche. No creía poder mirarlo ahora mismo. No si estaba aquí para recoger a Marissa e irse. Quizás debería abrir la puerta y correr a mi habitación. Después de mirarlo un momento, abrí la puerta y apoyé la cadera contra el marco un segundo, observándolo como si no lo hubiera comiéndole con los ojos por la mirilla. Me aparté, me di la vuelta y empecé a caminar de vuelta a la sala.

“Ella todavía se está maquillando”.

“Ella no es la razón por la que estoy aquí”. Sus palabras me hicieron congelar a medio paso.

Me di la vuelta rápidamente. "¿Qué haces aquí?"

"¿En serio?" Soltó una risita. "¿Así es como quieres jugar?"

Me crucé de brazos, lo examiné y le dije a la cosa dentro de mi pecho que se tranquilizara. Todavía no había entrado, lo cual era divertidísimo, ya que nada lo había detenido antes.

"¿Eres un vampiro?", pregunté. "¿De repente necesitas permiso para entrar?"

Se mordió el labio mientras entraba y cerró la puerta detrás de él.

“¿No hay flores de disculpa?”, pregunté cuando me miró de nuevo.

“Habría traído algunos si no pensara que los tirarías”.

Amaba las flores. Eran de las pocas cosas que aún me traían felicidad genuina. Me encogí de hombros. «Las flores mueren de todas formas».

Una comisura de su boca se torció, pero no dijo nada mientras acortaba la distancia entre nosotros. Levanté la cabeza. Mi corazón negro se enrojeció y latió con más fuerza cuando me miró así, como si yo fuera la única persona a la que quisiera mirar en este universo. Había perdido la cuenta de las veces que estuve segura de que me besaría. Sinceramente, le saltaría encima o lo echaría a patadas si no lo hacía pronto.

“¿Vas a besarme ahora?” susurré.

Sus ojos se oscurecieron. "Me muero *por* besarte, joder."

—Entonces hazlo. —Agarré su camiseta y lo atraje hacia mí.

Sus labios chocaron contra los míos con un gemido que vibró por todo mi cuerpo. El tiempo se desvaneció mientras me levantaba del suelo. Una bomba explotó dentro de mí. Todo fuera de él se volvió inexistente. Besar a una persona nueva solía requerir adaptación, pero él no. Invadió mi boca como si fuera suya. Me besó con posesión y abandono, abrazándome fuerte contra él como para asegurarse de que no me fuera a ninguna parte. Devoró mi boca como si fuera nuestro último beso, y necesitaba asegurarse de hacerlo bien por si no lo dejaba repetirlo. Su intensidad me desolló, viajó profundamente dentro de mí y formó una grieta que sabía que nadie más llenaría. Fue emocionante y absolutamente aterrador. Y fue solo un beso maldito.

—Mierda. —Esa fue Marissa.

Fue un susurro, o quizás eso sonó a través del latido en mis oídos. Su voz me hizo romper el beso y apartarme. Mis ojos permanecieron fijos en los suyos mientras mis pies se posaban en el suelo. *¿Qué demonios era eso?* ¿Así besaba a todos? ¿Así se sentían todos cuando lo besaban? Dios mío. Odiaba esa idea. Respiré hondo y di un paso atrás, finalmente encarando a Marissa, que sonreía de oreja a oreja. Ni siquiera pude encontrar la voz para decir algo sarcástico. No pude recuperar el sentido. Lo había absorbido todo en ese beso.

"¿Creía que no se besaban? 'Nunca'." Marissa lo miró arqueando una ceja. Bajé la mirada y me concentré en su pecho. De verdad que no quería oír esa conversación ahora mismo.

"No."

Levanté la cabeza de golpe. Él seguía mirándome. El corazón me dio un vuelco. Joder, era una idea terrible. Me giré hacia Marissa, que parecía atónita y en silencio. Al alejarse, me miró fijamente, como diciendo: «Date el gusto». Deseé poder gritarle y pedirle que me detuviera antes de que esto se convirtiera en algo más, pero guardé silencio porque lo deseaba. Lo deseaba a él. Y ya no podía engañarme. Esto ya era más de lo que esperaba.

"No me esperen despiertos, niños", gritó por encima del hombro mientras cerraba la puerta tras ella.

Todavía sentía un hormigueo en los labios por el beso, pero quería más. Lo encaré. Permanecimos en silencio mientras sus ojos buscaban los míos. Quería preguntarle si sentía ese cambio de energía tan loco entre nosotros, pero no pude. Durante dos años, conté los días para irme de aquel lugar olvidado, y entonces él llegó a mi vida. Claro que seguía queriendo irme. Solo deseaba que tuviéramos más tiempo juntos. Aparté ese pensamiento de golpe. *¿ Más tiempo para qué? ¿Para escabullirnos, como sugirió Marissa?* Era la única manera de que pudiéramos hacerlo, y dudaba que él lo quisiera. Sus ojos seguían clavados en los míos.

El corazón me latía con fuerza en el pecho y los oídos. No estaba segura de quién se movió primero, pero antes de darme cuenta, nos estábamos besando de nuevo, mis manos enterradas en su pelo, sus grandes manos sujetándome con más fuerza cada vez que tiraba. Besarlo despertó cada terminación nerviosa de mi cuerpo, enviando ondas por mis venas: recordatorios de que todavía estaba allí. Sin romper el beso, me levantó con un brazo. Mis piernas se cerraron alrededor de su cintura, mis manos se movieron hacia su nuca. No quería existir fuera de los confines de sus brazos. Me besó lentamente esta vez, saboreándome de una manera que me hizo mecerme contra él, buscando más. Gimió profundamente de nuevo. Rompimos el beso para respirar, ambos jadeando.

—Maldita sea, Lyla James. —Apoyó su frente contra la mía y me apretó los muslos—. Maldita sea.

CAPÍTULO 12

Lachlan

Todavía me dolían los brazos por el entrenamiento con pesas de antes, así que me ardía el pecho de tanto cargarla, pero no podía dejar de besarla. Nunca se había sentido tan bien, tan bien. Cuando intentó soltarme las piernas, la agarré con más fuerza y volví a besarla, por si acaso intentaba aislarme por completo. La siguiente vez que se apartó, la bajé a regañadientes. Ninguna de las dos habló cuando me tomó de la mano y me llevó a su habitación. Ni cuando cerró la puerta tras nosotras y me llevó a la cama. Me quité los zapatos y los calcetines, no porque esperara algo —no lo esperaba—, sino porque estar en la cama con los calcetines puestos me daba calor. Me encontré boca arriba, con los labios de Lyla pegados a los míos de nuevo. No quería que terminara. Era como si estuviera compensando los diez años que había evitado besarla. Cuando se apartó, se acurrucó contra mi pecho y dejó escapar un suspiro, uno que sonaba contento.

Dejé de intentar encontrarle sentido a todo esto cuando la vi con Mason. Nunca me había peleado con nadie por una mujer, pero cuando lo vi a él... *Joder* . Cuando lo vi a punto de *besarla* , una bestia se desató dentro de mí. Y luego, cuando discutimos, dijo que no era suyo, y quise decirle que se retractara. Nunca había sido de nadie, pero pertenecerle no sonaba tan mal. *¿Qué demonios me pasaba?* Nadie se nos acercó después de la discusión; al menos no para coquetear con ninguno de los dos. Lyla ahuyentó a todas las mujeres con su simple existencia, y yo ahuyenté a todos los hombres al no soltarla ni un segundo. Incluso entonces, pillé a algunos mirándola como si la estuvieran imaginando desnuda, y tuve que controlarme. Había logrado mantener algo de calma. Sin embargo, recordaría sus caras.

Después de la fiesta, las llevé a ella y a Marissa a casa, las acompañé hasta la puerta y logré irme. Fui directo a casa para arreglar la situación en mis pantalones. Ni siquiera recordaba la última vez que había ido a casa a masturbarme. Estaba seguro de que Lyla James estaba tan afectada por mí como yo por ella. Después de anoche, ninguna de sus miradas me convencería de lo contrario, no después de esta noche. Nos quedamos en silencio un rato, y me tomé un momento para observar su habitación.

—Esto no es lo que esperaba —dije contra su cabello.

Olía a gardenias. Siempre había asociado ese aroma con las flores que mi padre le enviaba a mi madre cada año por su cumpleaños. Ahora, siempre me recordaría a Lyla.

"¿Besarme no fue lo que esperabas?" Ella se apartó para mirarme.

Sus ojos eran tan expresivos en ese momento. Tan jodidamente increíbles. La besé de nuevo suave y rápidamente, para no perder el hilo de mis pensamientos.

—Tu habitación. —Le di un empujoncito a la punta de la nariz con la mía.

Quería decirle que besarla era inexplicable. Como magia. Pero no quería forzarlo. Todavía no.

"¿Qué esperabas?", rió levemente. Cerré los ojos para saborearlo, deseando poder contenerlo.

—No sé. Paredes negras. Arañas. Cosas raras.

Se apartó de nuevo, boquiabierta, y me dio una palmada en el pecho. "Grosero."

“Sólo digo.” No pude evitar reír mientras nos acomodábamos nuevamente en la cama con su cabeza sobre mi pecho.

“Originalmente era verde oscuro, casi negro, pero Marissa lo pintó de ese color mientras yo estaba fuera”.

"¿Lejos, adónde?"

“Quizás "lejos" no sea el término correcto”, dijo. “Compartí habitación con mis compañeros de equipo el primer año y medio aquí, luego volví a casa por un año y finalmente me mudé aquí”.

“¿Es por eso que nunca te había visto por aquí?”

"Quizás", dijo. "Eso y que tomé casi todas las clases en línea. Ni siquiera vi a Prescott durante un tiempo, así que no pude haberte visto a ti tampoco".

Mis manos habían estado subiendo y bajando lentamente por su brazo hasta que pronunció su nombre. La sensación que sentía en el centro del pecho cuando estaba con ella era antinatural, pero no me asustó. El hecho de que no me asustara debería haberme asustado, pero no lo hizo. Lyla me hacía querer romper mis reglas sobre los besos y las relaciones monógamas. Demonios, tal vez incluso pijamadas. Bueno, tal vez estaba un poco asustado. Esto era lo último que debería estar haciendo con tantas cosas entre manos: el draft que se avecinaba y los últimos partidos que teníamos que ganar, para empezar. La verdad es que no tenía tiempo para explorar esto ahora mismo. También sabía que no podía permitirme no hacerlo.

Revisé su habitación de nuevo y me concentré en dos fotos que destacaban entre las demás: una era de ella y una mujer que supuse que era su madre; la otra era de ella con una camiseta y un chico con uniforme de béisbol. De instituto, supuse. Ambos estaban sudorosos y sonreían a la cámara; esa sonrisa suya que nunca me había dirigido a mí. No sabía quién era, y no importaba. Seguía odiándolo. Quería esa maldita sonrisa.

La cama se movió, mientras ella se sentaba y se sentaba a horcajadas sobre mí. Mi polla estaba ahora a punto de explotar fuera de mis pantalones deportivos. Me pregunté si podría sentirla debajo de su

camiseta holgada de Foo Fighters y sus pantalones de chándal. Se balanceó contra ella y se mordió el labio, y mierda, eso respondió a mi pregunta. La agarré de las caderas para evitar que lo volviera a hacer. Había al menos tres capas de ropa entre su coño y mi polla, más ropa de la que nunca había tenido entre mí y una mujer en una cama. Ahora mismo, esas capas eran lo único que me impedía empalarla. Tomé una foto mental de ella encima de mí. No tenía maquillaje, y su cabello estaba en uno de esos moños despeinados que parecían más despeinados que lindos. Su ropa era demasiado grande y ocultaba su increíble figura, pero nada de eso importaba.

Podría haber sido una extraterrestre verde y *aun así* habría sido la mujer más sexy que jamás haya estado encima de mí. Volvió a girar las caderas y se inclinó para morderme el labio inferior. Mi pene saltó; supe que lo sintió cuando gimió en mi boca. Mi corazón latía tan rápido que estaba seguro de que moriría de la vergüenza de correrme en mis pantalones o del infarto que me iba a provocar.

“Lyla.” Mis manos fueron a su cintura para detener su movimiento.

“¿Qué?” Puso sus manos sobre mi pecho y se incorporó mientras volvía a apretar sus caderas, con los ojos llenos de travesuras.

—Joder. —Me mordí el labio con fuerza y gemí—. ¿Quieres matarme? ¿O es que me corra en los pantalones?

"¿Te correrías en tus pantalones si sigo haciéndolo?" preguntó, bajando sus labios hacia los míos y dando tres suaves besos en ellos.

"Claro que sí", dije contra su boca, tomando su labio inferior y chupándolo. Extendí la mano y le quité la goma del pelo, dejando que su cabello cayera en cascada a mi alrededor mientras profundizaba el beso.

"Me gusta verte desmoronarte así, Sr. Estrella Inalcanzable del Hockey", dijo, incorporándose de nuevo.

—Siempre me tienes así —susurré, manteniendo mis ojos fijos en los de ella.

Y entonces sucedió. Sus labios se movieron con una lentitud ardua, como si rompieran hielo. Sus ojos bailaron primero, y luego su boca finalmente, *finalmente* , se iluminó con la sonrisa más increíble que había visto en mi vida. *La* sonrisa. Joder. Creí que la había deseado, pero ahora que la había experimentado, no podía volver a ver su eterna mueca.

—Creía que querías follarme, Lachlan Duke —dijo, sin dejar de sonreír. Me entró una rabieta en la cabeza—. Pero supongo que no te interesa.

"¿Sientes que no estoy interesado?" Agarré sus caderas y empujé hacia arriba con fuerza.

Se mordió el labio otra vez, con los ojos encendidos, como si me hicieran decir que sí a cualquier cosa. «Deja de pensarlo y hazlo».

“¿Vas a dejar de pensar?” Me incorporé lentamente, de modo que quedamos cara a cara.

—Quizás. —Volvió a sonreír, esta vez con su asomo de sonrisa—. Recuérdame que te diga algo después.

“Después de qué—”

Antes de que pudiera terminar mi pregunta, se quitó la blusa holgada y reveló que no llevaba sostén. Su pecho desnudo me dejó sin palabras por un instante, antes de reaccionar y bajar la boca para retorcer un pezón y atraer el otro hacia mí. Se retorcía y gemía de placer mientras la lamía, chupaba y mordía. Me concentré en su otro pecho mientras jugueteaba con el que acababa de besar.

—Tienes unas tetas perfectas —gemí, pasando mi lengua alrededor de su pezón y chupándolo.

—Tienes una boca perfecta —gimió, tirando de mi camisa—. Quiero quitármelo.

Me quité la camisa, tirándola en la misma dirección que la suya. Recorrió mi cuerpo con los dedos, recorriendo cada centímetro de mí, absorbiendo cada surco y bulto de mis músculos. Sus ojos se encontraron con los míos y se quedaron allí una eternidad antes de salir de la cama, descartando rápidamente sus pantalones cortos y bragas holgados. Dejé de respirar al verla, completamente desnuda. Claro, la había visto en bikini, pero esto era una mierda de otro nivel. No perdió tiempo en bajarme los pantalones deportivos y la ropa interior, sino que se detuvo a mitad de camino en mis muslos para mirar mi polla, que se crispó bajo su escrutinio. No sabía exactamente qué estaba pensando, pero sabía que le gustaba lo que veía. Terminó de desvestirme y volvió a sentarse a horcajadas sobre mí. Su cálido y húmedo coño deslizándose sobre mis abdominales inferiores, justo encima de mi polla, me hizo.

Ya no podía más. Ya había tenido suficiente paciencia. La volteé. Aterrizó con un fuerte empujón y una risa sobresaltada. El sonido me distrajo un momento antes de volver a mi tarea, besándola de nuevo y abriéndose paso hasta cada uno de sus pezones y luego hasta su vientre. Hundí la lengua en su ombligo, haciéndola chupar. Quería saborear y explorar cada centímetro de ella. Cuando por fin llegué a su coño, me detuve a admirarla. Era jodidamente perfecta.

“Tienes el coño más perfecto”, dije mientras bajaba la boca y le daba a su clítoris una fuerte lamida con la superficie de mi lengua.

Joder. Sus caderas se sacudieron y sus manos me agarraron el pelo al instante. Curiosamente, no dejaba que las mujeres me tocaran el pelo. Normalmente les apartaba las manos y las miraba con furia el tiempo suficiente para que supieran que no debían volver a hacerlo. Bajé un poco más y le lamí con fuerza los pliegues. Arqueó la espalda con un jadeo. La abrí a la fuerza y le metí un dedo en el interior mientras le pasaba la lengua por el clítoris. Jadeó con fuerza cuando añadí otro

dedo. ¡Madre mía, qué apretada estaba! Su cuerpo se inclinó sobre la cama y su agarre en mi pelo se apretó hasta el punto de dolor mientras la lamía. Me encantaba.

—¡Mierda, Lach...! —jadeó—. ¡Mierda! ¡No pares!

No pares. Como si alguna vez pudiera. Retiré mis dedos, agarré sus muslos y la comí como un hombre muerto de hambre. Quería devorarla, poseer este coño, hacer que nunca más quisiera una boca en él. Se retorció contra mí, frotándose contra mi cara mientras susurraba un cántico. Ya estaba excitado, pero joder, quería que gritara lo que dijera. Añadí dos dedos más y chupé su clítoris en mi boca.

—¡Dios mío! Lachlan, ¡Dios mío! —dijo en voz alta mientras se corría contra mi boca, y todo su cuerpo empezó a temblar.

Me eché hacia atrás y saqué los dedos lentamente, moviéndolos con suavidad sobre su clítoris. Observé su rostro, con la boca abierta y los ojos cerrados, mientras aguantaba el orgasmo. Sonreí contra su pecho cuando otro orgasmo la sacudió, y empezó a corear mi nombre. ¡Joder, qué excitante! Retrocedí lentamente, chupando su semen de mis dedos mientras me sentaba de rodillas y observaba cómo todo su cuerpo se hundía en el colchón. Todavía estaba recuperando el aliento cuando abrió los ojos, y maldita sea, esos malditos ojos.

“¿Trajiste un condón?” dijo jadeando.

¿Te vas a enojar si digo que sí?

"Estoy furiosa", dijo ella, inexpresiva, mientras se incorporaba.

Sonreí al levantarme de la cama para coger el condón. Había traído uno, por si acaso, no porque pensara que esto pasaría. O sea, en mis sueños, pasaría. Rompí el envoltorio con los dientes y apreté el condón contra mi punta cuando ella se acercó.

—Espera. —Puso una mano sobre la mía—. Por favor.

No sabía qué me pedía. ¿Que usara el método de la retirada? ¿Que...? Todos mis pensamientos se calmaron cuando bajó el torso, con el culo hacia arriba, y me pasó la lengua por la punta de la polla.

—Ay. Dios mío. ¡Joder, Lyla! —Eché la cabeza hacia atrás.

Ella lo lamió por todos lados antes de finalmente llevárselo a la boca. Lo intentó dos veces antes de poder tomarlo todo y se atragantó mientras me hacía una garganta profunda, pero lo volvió a hacer de todos modos. Olvidé cómo respirar. Mis dedos de los pies se curvaron. Lo hizo una tercera vez mientras jugaba con mis bolas. Joder. Esta era de lejos la mejor cabeza que había tenido, y ni siquiera iba a permitirme correrme en su boca. Agarré su cabello mientras se movía. Quería follar su boca con tantas ganas. Si hubiera sido un rollo al azar, lo habría hecho. La miré de nuevo, tomando otra imagen mental, esta vez de Lyla follando con James chupándome la polla. Si seguía, no podría follarla, así que se la saqué de la boca. Ella levantó la vista, confundida.

La agarré por la barbilla y la levanté. "Quiero que te corras en mi polla".

—Oh, joder. —Se estremeció.

Apreté mi boca contra la suya y la besé. Empezó con fuerza, pero se convirtió en un beso lento y profundo. Se apartó, mirándome aturdida, como si estuviera excitada y quizás confundida. Terminé de ponerle el condón y la moví, dejándola boca arriba. Mientras me acomodaba entre sus piernas, le pellizqué los pezones y me preparé mentalmente para penetrarla con calma. Quería sentir su coño apretarse sobre cada centímetro de mí. Me moví contra ella para prepararla y luego me hundí lentamente. Al principio solo la punta, pero una vez que la punta estuvo dentro y la sentí a mi alrededor, me volví loco y la penetré con fuerza, profundamente.

—¡Joder, Lyla! —Un gruñido me atravesó.

—¡Lach! —gritó, con lágrimas deslizándose por sus ojos. Me detuve.

Ella negó con la cabeza. "Estoy bien. Solo eres... enorme".

Sentí una sonrisa burlona al acercar mis labios a los suyos y poner una mano entre nosotros para jugar con su clítoris. Ella sacudió las caderas y apartó mi mano.

"Por favor, fóllame, Lach", susurró contra mis labios, apretándose contra mí. Gemí, apretando la mandíbula al sentirla. Intentaba ser suave, pero esta maldita mujer lo impedía. "Por favor, por favor, por favor, muévete".

Joder, la súplica. Lyla James rogando, maldita sea. Volví a mover las caderas, empezando con embestidas lentas. Estaba tan apretada. La habría creído si me hubiera dicho que era virgen. Se sentía demasiado bien. Tan perfecta. El beso había sido indescriptible. Su coño sabía a algo que podría comerme todo el día. ¿Y ahora *esto? ¿Así* era como se sentía el sexo con ella? Quería quitarme el maldito condón, algo que nunca había hecho, y jodidamente marcarla con mi semen. Su respiración se aceleró cuando aceleré mis embestidas. Me retiré lentamente y embestí con fuerza otra vez. Una y otra vez, y otra vez. Tenía los ojos cerrados mientras levantaba las caderas para recibir cada embestida. Sus manos agarraban las sábanas debajo de nosotros con tanta fuerza que sus nudillos estaban blancos. Siempre había evitado el contacto visual durante el sexo. Cuando una mujer me hacía una mamada, la miraba, pero era sobre todo porque me excitaba la forma en que sus ojos se abrían de par en par cuando les follaba la boca. El contacto visual durante el sexo parecía excesivo. ¿Por qué lo querría si iba a follar e irme de todos modos? Mirar fijamente los párpados de Lyla me hizo algo. Quería sus ojos en los míos. Los necesitaba.

Le pellizqué el pezón. «Abre los ojos».

Ella gimió, mordiéndose el labio mientras negaba con la cabeza. Dejé de moverme.

—No —jadeó. Abrió los ojos de golpe mientras sus manos volaban de las sábanas a mis muslos—. ¡Dios mío, Lachlan, por favor, no pares!

—Apretó las caderas contra mí, y joder, aunque se sentía increíble, la abracé y detuve el movimiento.

—Mírame cuando te follo. —Apreté sus caderas con más fuerza cuando intentó moverse de nuevo—. Quiero verte correrte. Quiero verlo todo.

—No sé si pueda —susurró—. Nunca lo he hecho... No hago eso.

"¿Crees que sí?" La risa entre dientes hizo que mi pene se contrajera dentro de ella. "No hago muchas de las cosas que hago contigo". Me incliné y la besé. "Mírame, Lyla James. Dame esto".

"Lo intentaré", susurró.

La levanté de la cama cuando empecé a follarla de nuevo. No me quitaba los ojos de encima. Bueno, dije que lo deseaba, pero esto era muy íntimo. Fue intenso. Me retiré casi por completo y embestí profundamente. Ella se apretó contra mí otra vez.

¡Madre mía! ¡Cómo me aprietas la polla! La apreté con más fuerza, follándola cada vez más rápido y con más fuerza.

Sus piernas empezaron a temblar. Su coño se apretó con fuerza a mi alrededor al empezar a correrse. Abrió la boca y dejó escapar pequeños jadeos, mordiéndose el labio mientras sus ojos empezaban a ponerse en blanco. Mi ritmo se volvió desenfrenado. El calor me envolvió de pies a cabeza mientras me deshacía, gruñendo y echando la cabeza hacia atrás cuando la última gota de mi semen golpeó el condón. Nunca había visto nada más hermoso que verla correrse en mi polla.

CAPÍTULO 13

Lyla

Estaba agotado. Conseguí más condones de la habitación de Marissa y tuvimos sexo tres veces más en diferentes posiciones. Era como si se hubiera aprendido un manual del Kama Sutra de memoria. Estábamos tumbados en la cama después de ir al baño, limpiarnos y vestirnos. Ambos nos pusimos ropa interior, y yo me puse una camiseta como si unas cuantas prendas nos impidieran hacerlo de nuevo. Estábamos de vuelta en la cama. Entrelacé mis dedos con los suyos. No sabía por qué lo hice, pero se sintió natural. Sentía que lo llevábamos haciendo toda la vida. Cuando me pidió que lo mirara durante el sexo, no creí poder. En ese momento, casi aparté la mirada, pero la intensidad de sus ojos me cautivó.

—No me quedo a dormir en casa de alguien —dije. Su cuerpo se enroscó debajo de mí. Levanté la vista y lo miré a los ojos—. O sea, nunca lo he hecho, pero puedes quedarte... si quieres.

"¿Por qué?" Giró el cuerpo, apoyó el codo en la almohada y la cabeza en la mano. Yo hice lo mismo. Sabía lo que preguntaba: ¿por qué lo dejaba quedarse?

"No sé."

Me miró a los ojos. "¿No lo sabes o no quieres decírmelo?"

—No, de verdad que no lo sé. —Caí de espaldas y miré al techo—. No sé qué demonios estoy haciendo. No debería estar haciendo *nada* de esto, pero no puedo parar porque tú simplemente... No puedo...

—Ven aquí. —Su mano grande y áspera me agarró la cadera y me giró hacia él—. Dijiste que me contarías algo después.

“¿Lo hice?” Mi corazón latía con fuerza.

¿Por qué dije eso? No podía decírselo ahora, no después de todo lo que habíamos hecho, no después de que me obligara a mantener el contacto visual durante el sexo cada vez que lo hacíamos. Bueno, me lo había obligado la primera vez, pero lo hicimos sin hablar de ello las veces siguientes. Fue intenso y no necesariamente cómodo, pero Lach tenía razón. La mirada en sus ojos era digna de admirar cuando se desmoronó. Nunca lo volvería a hacer. Al menos no con nadie más. Era demasiado personal.

—Sí. Me pediste que te lo recordara.

—Hm. No recuerdo qué era.

—Bueno, tendré que quedarme hasta que lo hagas. —Sonrió.

"¿Te quedas a dormir en casa de las chicas después de ligar con ellas?"

—Lyla. —Me miró fijamente.

Me mordí la mejilla, intentando contener los celos que me invadieron mientras esperaba su respuesta. Quizás era mejor no saber la respuesta.

"No tienes que responder eso", dije rápidamente.

Ni siquiera beso a las chicas con las que me acuesto. ¿Qué te hace pensar que me quedaría a dormir? —Su expresión era seria—. Esto es... —Volvió a negar con la cabeza como si no pudiera encontrar la manera de describirlo.

—Lo sé. —Me acerqué a él y le pasé el dorso de la mano por la cara. Me miró un buen rato. Abrí la boca para hablar y la cerré rápidamente, apartando la mirada mientras pensaba cómo abordar el tema que necesitaba hablar con él.

—No. ¡Ni hablar! —dijo, sacándome de mis pensamientos—. No me dejes fuera. Ahora no.

—Tengo que hacerlo —susurré.

—No, no lo harás. —Pasó los dedos por mi pelo enredado y me miró a los ojos—. ¿Cómo puedes dejarme fuera después de esto?

Cerré los ojos un momento. "Por eso esto no debería haber pasado desde el principio".

—Explícame. —Se incorporó de repente. Tenía las piernas demasiado largas. Ocupaban casi toda mi cama de matrimonio.

—No puedo. —Me incorporé, cruzando las piernas entre las suyas —. Te lo diré después de tu último partido. Te lo diría si no pensara que es peligroso y que podría causar problemas graves, pero no puedo arriesgarme. Tú no puedes arriesgarte.

—De acuerdo. Después de mi último partido, entonces. —Me miró fijamente un buen rato—. ¿Cuándo te vas?

“Dos días después de tu partido.”

"¿Qué harás ahora con tu elegante título de biología?"

Me postulé a tres programas médicos para empezar a trabajar en medicina deportiva. Todos me han aceptado, pero aún no he elegido uno. Me mordí la punta del pulgar. Sus ojos se oscurecieron, así que bajé la mano.

“¿Dónde estarás mientras tanto?”

"Me voy a California con Marissa por una semana".

Levantó una ceja. "¿En qué parte de California?"

—Todo terminado. Empezaremos en San Diego y luego subiremos —dije. Me miró un buen rato, y noté que quería decir algo, pero se contenía. Me acerqué a él. —¿Qué?

—Nada. —Suspiró profundamente—. A veces, el tiempo del universo es una mierda.

—¿Por qué? ¿Quieres ir a Cali conmigo? —pregunté.

"Sigue sonriéndome así, y puede que diga "al diablo con el reclutamiento" y te siga a todas partes".

Me reí. "Nunca lo harías."

—No me tientes. —Arqueó una ceja.

“Nunca te dejaría hacer eso.”

—Lo sé. —Sonrió, pero su sonrisa desapareció en un instante—. Quiero preguntarte algo.

“Está bien.” Me preparé.

"¿Por qué no te haces profesional?"

“No puedo”, dije al instante y miré la pared que había dedicado al fútbol.

“¿No puedes o no quieres?”

“¿Hay alguna diferencia?”

“Estuviste bien”, dijo con orgullo en su voz.

Arqueé una ceja. "Estuve más que bien".

"Me encanta cuando te pones arrogante", gruñó mientras me besaba.

—Te encantaría. —Me reí contra su boca y me aparté. Me miró un buen rato, así que fruncí el ceño—. ¿Qué?

"Cuando ríes, cuando sonríes... Es lo más hermoso que he visto en mi vida", dijo. "Excepto que te corriste en mi polla, claro".

Le di una palmada en el pecho, puse los ojos en blanco y volví a ponerme seria. "Para responder a tu pregunta, intenté seguir, pero ya no me sentía con ánimos".

Me sujetó la barbilla. "¿Por el accidente?"

Abrí los ojos de par en par. "¿Cómo lo sabes?"

"Google."

"¿Me buscaste en Google?"

—Sí. ¿No me buscaste en Google? —Arqueó una ceja.

Fruncí los labios. "Sí, pero solo para confirmar que estabas en el equipo de hockey y no te lo estabas inventando para apoyarte en esa pared".

"¿No me creíste?", rió entre dientes, negando con la cabeza. "Fue un golpe para mi ego, ¿sabes?".

"Ya me lo imaginaba", dije. "No te habrías sentido *tan* herido. Acabaste viniendo a casa con mi compañero de piso esa noche".

“Solo volví a casa con Marissa porque sabía que era tu compañera de cuarto”.

Parpadeé. "¿Qué?"

"Quería ver dónde vivías", dijo. Lo miré fijamente y esperé a que me dijera que bromeaba. No lo hizo. "Quería saber más sobre ti".

“¿Entonces pensaste: 'Déjame descubrir más sobre ella follándome a su compañera de cuarto'?”

—No. —Me miró con humor—. Nunca iba a hacer nada con Marissa. No pasó nada entre nosotros.

—Lo sé —dije—. Pero dejaste que una chica se sentara en tu regazo en una fiesta la noche siguiente.

Sus labios se abrieron en una lenta sonrisa. "¿Segura que no estabas interesada en mí, Lyla James?"

Uf. Apreté los labios y miré su pecho. Agradecía no hablar del accidente ni del fútbol, pero hablar de esto mientras contemplaba su cuerpo perfecto no era nada fácil. Con razón todas las mujeres querían follar con él. Pensarlo me amargó el ánimo al instante. Dios mío. ¿Por qué me hacía esto? ¿Y qué me importaba? Estaba siendo ridícula.

"¿En qué estás pensando?" Me levantó la barbilla.

Negué con la cabeza, todavía mirando su pecho.

“Lyla.”

Mis ojos se clavaron en los suyos. "No estoy pensando en nada".

“Puede que no quieras admitir que desde el principio sentiste curiosidad por mí, pero yo sentía muchísima curiosidad por ti, y te observaba de cerca y a menudo”, dijo, escrutándome a los ojos. “Conozco cada ceño fruncido, cada sonrisa disimulada. Incluso conozco las que nunca me has regalado”.

—No, no lo haces. —Fruncí el ceño.

—Conozco tus señales, Lyla James. Todas y cada una de ellas. —Se inclinó y me besó la frente, ladeando un poco más la cabeza, de modo que quedamos a solo un suspiro de distancia—. Dime qué te pasa.

—No es nada —lo miré a los ojos—. Estaba pensando que ahora entiendo por qué todas estas mujeres te desean tanto.

Me miró un buen rato. Solo me miró. Sin sonrisa. Sin fruncir el ceño. Nada que revelara lo que pensaba. Esperé; se me daba bien. Levantó la mano y me ahuecó el rostro, su expresión se suavizó al observarme. "¿Por qué piensas en eso? Ninguno me tenía como tú".

—No, pero aún así te tocaron.

—No significaban nada. —Me besó suavemente en los labios—. ¿Crees que me gusta pensar en cualquiera que te haya tocado antes que yo? —Señaló las fotos enmarcadas con la cabeza—. Tienes una foto enmarcada con un chico, y tuve que convencerme de que quienquiera que sea no importa porque ahora estás conmigo.

—Se llama Luke —dije, volviendo a mirarle el pecho.

Sus músculos se tensaron. "No quiero saber".

“Está muerto.” Lo miré a los ojos otra vez.

—Mierda, lo siento —dijo—. ¿El accidente de coche?

Negué con la cabeza lentamente. "¿Quieres la historia real o la que todos conocieron?"

“¿Hay dos historias?”

"Sí."

"¿Cuál es el que tiene todo el mundo?"

“Que se suicidó.”

"¿Cuál es el verdadero?"

Lo miré fijamente. «Lo asesinaron».

—¿Asesinado? —preguntó lentamente—. Espera, ¿es por eso que quieres mantenerme a distancia?

Asentí.

Me miró a los ojos. "¿Por qué crees que lo asesinaron?"

Luke odiaba las armas. Las odiaba. Y murió de un disparo en la cabeza.

—¿Y no crees que pudiera haber...? —Dejó que la frase se le escapara. Negué con la cabeza. De ninguna manera Luke se habría quitado la vida—. ¿Cómo puedes estar segura?

—Bueno, no puedo estar seguro, pero lo sé. —Me mordí el labio y miré mis manos.

No pude reanimar a Luke para preguntarle, pero la prueba estaba ahí. Sabía que el detective entró en la casa, vio lo mismo que yo y pensó lo mismo. Pero nunca lo diría. Los odiaba a todos. A todos y cada uno de ellos. Respiré hondo y me mordí el labio mientras pensaba en ese día y en todos los que siguieron. El suicidio nunca se me había pasado por la cabeza hasta entonces.

Tragué saliva. "¿Alguna vez has pensado en suicidarte?"

"No."

Lo pensé muchas veces después del accidente y la muerte de Luke. Simplemente... Sentí que estaba acabado, ¿sabes? Si el universo de verdad me quería aquí, ¿por qué me lanzaría todas estas cosas horribles? Y, sin embargo, nunca pude seguir adelante. —Lo miré a los ojos—. ¿Por qué crees que es así?

No estaba segura de por qué le contaba todo esto. Nunca se lo había contado a Marissa ni a Pres porque no quería que fuera una cosa más en su creciente lista de preocupaciones. No es que pensara más en ello. Pero sí lo hacía. El accidente me había afectado mucho, y la muerte de Luke me dejó sin aliento. Marissa y Prescott también estaban angustiados y traumatizados, pero pudieron llorar junto con todos los demás. Durante meses, no pude imaginar seguir adelante. El dolor era demasiado intenso, y la carga me aplastaba. Sin embargo, algo me detenía cada vez que lo intentaba.

“¿Quieres la respuesta real o la que debería darte?”, pregunta.

—La verdadera respuesta, sabelotodo. —Puse los ojos en blanco, pero sentí una leve sonrisa.

«Porque el mundo estaría vacío sin ti», dijo. «Porque no nos habríamos conocido, y mi alma estaría perdida el resto de mi vida, buscando la tuya».

—Dios mío, Lachlan. —Mi voz era un susurro; el corazón me apretaba demasiado la garganta como para hablar más alto—. No puedes decir esas cosas.

Me miró fijamente un buen rato, sin decir nada. Era difícil incomodarme, pero lo consiguió bajo su mirada penetrante.

—¿Le dices estas cosas a todo aquel a quien quieres encantar? —pregunté en voz baja, intentando romper el silencio, aunque su respuesta pudiera dolerme un poco.

"Nunca he querido cautivar a nadie", dijo, sin dejar de mirarme con esos intensos ojos verdes. Le devolví la mirada, absorta en ellos.

Parpadeé cuando ya no pude soportarlo más. "¿Cuál es la respuesta que deberías darme?"

Tienes una larga vida por delante. Serías injusto contigo mismo si la acortaras.

—Qué político de tu parte. —Sentí una amplia sonrisa. Me miró con asombro—. ¿Qué?

Esa es mi sonrisa favorita. No tienes idea de cuántas veces la sueño. —Levantó una mano y me rozó el labio inferior con el pulgar—. Quiero poseerla. Quedármela para mí.

Me mordí la mejilla por dentro. Sentía mariposas en el estómago.

—Cuéntame sobre el accidente —repitió, escudriñando mi rostro.

—No hay mucho que contar. Yo conducía el coche cuando ocurrió. Salí con tres cortes y un brazo roto —dije con voz serena—. Y mi madre murió por ello.

—Joder. —Me abrazó—. Lo siento.

Acepté sus palabras aunque ya no me hacían sentir nada. Cuando pensaba en el accidente últimamente, no sentía nada. Cuando pensaba en Luke, no sentía nada. Estaba en blanco todo el tiempo. En blanco todo el tiempo, a menos que Lachlan estuviera frente a mí.

"Fue horrible", susurré. "Me desmayé y me rompí el brazo por la fuerza del airbag, pero recuperé la consciencia mientras aún estaba en el coche y..." Me estremecí. "Fue horrible".

"Lo siento", susurró contra mi cabello.

"Es otra razón por la que necesito que te mantengas alejado".

—¿Por qué? —Se apartó—. ¿El accidente no fue solo un accidente?

Negué con la cabeza. Me observó un buen rato. Pude ver la cautela en su expresión. O sea, eran acusaciones descabelladas. No tenía motivos para creerme. Pero entonces, su expresión pasó de la cautela a la confusión y luego a la ira. Se quedó allí.

Su mandíbula tembló. "¿Crees saber quién lo causó?"

"Sé quién lo hizo", dije en voz baja al recordarlo. Lo aparté rápidamente. "Como dije, te lo contaré todo cuando sepa que es seguro".

—Entonces, ¿qué? ¿Para protegerme, no me verás hasta entonces? —Me miró fijamente, con incredulidad en su expresión—. ¿Después de esta noche? —Me tomó las dos manos con una de las suyas—. ¿Te vas al otro lado del país y crees que no te veré en cada oportunidad que tenga hasta entonces?

"¿No oíste ni una palabra de lo que dije?" Lo miré a los ojos, esperando que la gravedad de la situación se hiciera notar.

"Precisamente por eso intenté evitar que esto pasara".

—Vamos, Lyla —dijo, ladeando la cabeza como si la idea fuera absurda—. Esto siempre iba a pasar.

—No entiendo por qué —dije—. ¿Por qué yo? ¿Porque soy difícil?

—Sabes por qué. —Sus ojos se clavaron en los míos. Me dio un vuelco el estómago—. ¿Y si voy yo? ¿O vas tú a mi casa?

"No deberías pasar el tiempo que te queda de universidad escondido y sin ir a fiestas", dije.

—No me interesan las fiestas. —Su mirada volvió a ser intensa—. No me interesa nada de eso.

"Solo digo que cada uno toma su camino, y puede que te arrepientas", le señalé. "Tú irás a Toronto o a Boston, y yo estaré en otro lugar".

—Lyla James —dijo, con una de sus sonrisas lentas y sensuales—. ¿*Segura que* no te interesaba?

Apreté los labios. "Habla en serio".

—Hablo en serio. —Rió entre dientes, levantando mi mano y mordisqueándome las yemas de los dedos—. Podría estar en Toronto y tú en Tokio, y aun así encontraría la manera de seguir explorando esto.

"Lach."

Mira, si andar a escondidas te hace sentir cómodo, bien. Me importa un bledo lo que tenga que hacer.

“Está bien”, susurré.

—¿De acuerdo? —Arqueó una ceja—. ¿De acuerdo, qué?

—Bueno, sigamos viéndonos —dije, y añadí—: *En privado ... En secreto.* Hasta que nos vayamos.

“¿Y luego?” Levantó mi mano otra vez y besó el interior de mi muñeca.

“Y luego veremos.” Inhalé profundamente cuando presionó su boca sobre mi pulso.

—Mmm. —Soltó mi mano y me besó de nuevo, mordiéndome el labio inferior al apartarse. El corazón me daba un vuelco cada vez que lo hacía.

"Acércate", dijo en voz baja, acercándome aún más a él bajo las sábanas. Extendió la mano para apagar las luces y me jaló hasta que mi espalda quedó contra su pecho. Presionó sus labios contra mi nuca. "¿Sabes que tenemos el mismo segundo nombre?"

Me reí. "Ni hablar".

—Mmm —se acurrucó contra mi cuello—. Iba a decírtelo la segunda vez que te vi, pero pensé que me darías un rodillazo en los huevos.

Reprimí una sonrisa, aunque estaba oscuro y no podía verme. No le habría dado un rodillazo, pero entendía por qué pensaba eso.

—Hola, Lach. —Sonreí en la oscuridad.

“¿Hmm?”

“M̄e acordé de lo que te iba a decir.”

“¿Qué pasa?”, preguntó mientras me giraba en sus brazos para mirarlo.

Siempre estoy insensible a menos que estés cerca. Me haces sentir. No podía verle la cara, pero oí su brusca inhalación.

—Joder, Lyla James. —Me acercó más y presionó sus labios contra los míos en un beso lento.

CAPÍTULO 14

Lyla

Estaba entrando al túnel y me dio un ataque de risa cuando vi a Lachlan. Lo había visto en las gradas. Incluso si no lo hubiera visto, sus gritos resonantes cada vez que entraba y salía del campo lo habrían hecho difícil de pasar por alto. El estadio estaba lleno, pero de alguna manera podía oír sus gritos, los de Prescott y los de Marissa por todas partes. Había pateado dos veces para un punto extra y las dos veces lo había clavado. Tenía que admitir que extrañaría muchísimo esto. Dudé cuando Banks me lo pidió después de hablar con su entrenador y el equipo. La primera vez que salí corriendo, todos estaban confundidos. La segunda vez, actuaron como si fuera Elvis en su último concierto. La energía en el estadio era palpable cada vez que salía corriendo. Sabía que era porque era una chica y lo daba todo, pero aun así me recordaba mis días de gloria en el fútbol, así que me encantó.

Y como el entrenador de fútbol era tan estricto, nadie podía acercarse al estadio fuera del horario de juego. Eso incluía a los padres y al profesorado. Fue la única razón por la que lo hice. De lo contrario, habría rechazado la oferta. No podía arriesgarme a *que* merodeara por aquí. Me estremecí al pensar en ese psicópata observándome mientras caminaba hacia donde estaba Lach al final del pasillo. Estaba cerca de los vestuarios. Ni siquiera quería preguntar cómo había accedido a esa zona. Con lo escurridizo que era, probablemente había hecho que alguien pirateara el sistema para añadirlo a la plantilla de fútbol para esto. No me extrañaría nada. Sonreí de oreja a oreja cuando por fin llegué a su lado y me levantó en un fuerte abrazo. Estaba sudoroso y enfadado, y todavía tenía el casco en la mano, pero a él no le importó. Y ahora mismo, en sus brazos, a mí tampoco.

"Lo lograste, joder", dijo, sonriendo con orgullo. Pensé que me iba a estallar el corazón.

—Buen trabajo, Marichal —dijo uno de los chicos detrás de mí.

—Gracias, Jacobs. —Me giré para mirarlo—. *Hiciste* un buen trabajo corriendo en ese último touchdown.

—Sí que lo hiciste, hombre. Ese último fue una locura —dijo Lach.

—Gracias, hermano. Te lo agradezco. —Nos saludó con el puño y empezó a caminar hacia atrás—. ¿Nos vemos esta noche, Marichal?

“Tal vez sí”, dije encogiéndome de hombros mientras él se alejaba.

"¿Qué hay esta noche?" Lach me agarró de las hombreras y se agachó un poco para mirarme a los ojos. "¿Se refiere a la fiesta de Pres?"

"Sí."

"¿Nos vamos?", preguntó, frunciendo ligeramente el ceño. Me encantó cómo decía *"nosotros"* en todo.

—Te *vas* —dije—. *Puede* que pase por aquí.

—¿En serio, Lyla? —Me miró fijamente—. Si tú pasas, yo paso.

—Bien. Nos vamos, pero llegaremos en horarios distintos —dije.

"¿Cuánto tiempo estamos hablando?" preguntó mientras empezábamos a caminar por el pasillo.

“No sé, ¿veinte minutos?” Me detuve en la puerta del baño y la abrí.

Obviamente no me duché ni me cambié con los chicos; usé el baño al final del pasillo. Todas mis cosas ya estaban ahí esperando. Iba a casa y me duchaba directamente, pero necesitaba devolver las compresas porque ya no las usaría. Lachlan se detuvo frente a mí.

"Bien."

—Ya sabes cómo es. Marissa va a querer elegirme la ropa e ir conmigo —dije.

"¿Qué llevas puesto?" preguntó, mientras su boca se dibujaba en esa sonrisa sexy suya.

—No tengo ni idea. —Me encogí de hombros—. Simplemente hago lo que me tira.

“¿Ella eligió el atuendo que usaste para la última fiesta?”

"Sí."

Sus ojos se oscurecieron y metió el dedo por la parte delantera de mi jersey, inclinándose para que volviéramos a estar a la altura de los ojos. "Se me pone duro solo de pensarlo".

Me incliné y le lamí los labios. Gimió y me besó. Cuando nos separamos, señaló con la cabeza la puerta del baño.

“Podemos entrar allí.”

—¡Ni hablar! Soy asqueroso ahora mismo. Apenas quiero que me beses, y mucho menos que me folles. —Mi cara se contrajo con asco—. Odio el sudor, lo cual es divertidísimo, ya que me he pasado la mayor parte de la vida corriendo por el campo, sudando.

"Eres tan jodidamente raro". Se rió entre dientes y me dio otro beso, soltando la camiseta.

—Te veo esta noche. —Lo besé por última vez. Intentó besarme más fuerte, pero me aparté—. Esta noche, Lachlan.

—Bien —gruñó y se alejó—. Esta noche.

A veces, las alas se forjan desde la desesperación. Eso decía mi abuela, y era el pensamiento que me rondaba la mente mientras miraba mi coche y luchaba contra el frío que me recorría la espalda. A primera vista, parecía un acto de vandalismo fortuito, pero sabía la verdad. Respirando hondo, di un paso adelante, el cristal crujiendo bajo mis zapatos al acercarme al lado del conductor. Abrí la puerta y limpié el asiento con la camiseta antes de sentarme. En cuanto cerré la puerta, el

olor a cigarrillo me inundó la nariz y me dieron arcadas. Fue una reacción visceral. Intenté superarlo apretando los ojos y apretando la bolsa de lona en mi regazo.

Se me cortó la respiración al girarme para dejar mi bolso en el asiento del copiloto y ver un trozo de cristal colocado a propósito a la izquierda. Me temblaban las manos al arrancar el motor. Había otra colilla en el salpicadero. La dejé allí mientras me alejaba, con cuidado de no reaccionar. Sabía que me observaba. No sabía dónde estaba, pero sabía que me observaba. Le gustaban esas cosas, pero no merecía tener acceso a mis emociones, y no se lo iba a conceder. Ambos sabíamos que su mensaje era claro.

Conduje a casa con la ansiedad a flor de piel, pero por lo demás, estaba tranquila. En cuanto aparqué, corrí a mi apartamento y cerré la puerta con llave. Corrí a mi habitación e hice lo mismo. Con el corazón apesadumbrado, miré las fotos que tenía delante, mi silencioso recordatorio de por qué no debería haber bajado la guardia. Marissa me había preparado un conjunto. Consideré faltar al evento. Debería haberlo hecho, pero había pasado los dos últimos años de la universidad viviendo como una ermitaña.

Estaba harta de eso. Estaba harta de *que* quisiera destruir todo lo que me daba alegría. Solo quería ir a una fiesta como una estudiante universitaria normal y no preocuparme por las consecuencias. Había reglas estrictas para esta fiesta en particular: una lista pequeña y revisada de invitados, nada de teléfonos y nada de fotos. Sabía que podía ir sin preocupaciones. Sabía que no vendría a por mí allí. No podía. Ya no estaba segura de que importara. Él ya sabía de nosotros. En cinco días, estaríamos fuera de aquí. Cinco días. Me puse de pie y miré el vestido una vez más. Su mensaje me recordó lo que aún podía hacerme. Había intentado cortarme las alas antes. Probablemente pensó que esta vez las arrancaría y las quemaría. No lo dejaría. Me puse de pie y me preparé para la fiesta.

CAPÍTULO 15

Lyla

“TODO ESTARÁ BIEN”, dijo Marissa, tomándome la mano mientras caminábamos hacia la casa de Prescott, que estaba a sólo una cuadra de distancia.

“Lo sé”, dije para tranquilizarnos a ambos.

Mi ventana estaba hecha un desastre, pero por suerte conocíamos a un chico del instituto cuyo padre tenía un taller mecánico donde reparaban ventanas. Recogería el coche esa noche mientras estábamos en la fiesta y lo devolvería en cuanto pudiera. Intentaba no pensar demasiado en ello. Arreglaría el cristal, nos iríamos y no tendríamos que volver a lidiar con esta porquería. Me negaba a malgastar más energía en él. Ya le había dado suficiente de eso y más a lo largo de los años. Estaba harta. Iría a esa fiesta, me divertiría con mis amigos y me portaría como una universitaria normal. No me costó mucho deducir que, si no fuera por Lach, ahora mismo estaría en el apartamento, viendo cualquier programa que me llamara la atención. Dios, qué ganas tenía de salir de allí e ir a algún sitio donde pudiéramos cogernos de la mano, sin tener que estar mirando por encima del hombro constantemente. Dejé todo eso de lado. Esta noche se trataba de divertirse.

"¿Crees que parezco desnuda?" pregunté, mirando el vestido que llevaba puesto.

No me veía desnudo dentro del apartamento, pero ahora, pensé que me veía desnudo.

—No, la verdad. —Me miró de arriba abajo y se echó a reír—. Bueno, quizá un poco, ya que está oscuro. Lach se va a morir, joder.

—¡Marissa! —le di una palmada en el brazo—. Va a estar oscuro allí, así que pareceré desnuda.

¿A quién le importa? Llevabas un vestido lleno de agujeros en el club de campo y solo un bikini debajo. Esto es de una pieza.

"Ese día llevaba un pareo y un traje de baño para ir a la piscina", señalé. "Este traje de baño de una pieza parece del mismo color que mi piel, y este vestido de malla y purpurina le da un toque nude".

"Te ves increíble, y nadie pensará que estás desnuda de verdad". Puso los ojos en blanco. "Piénsalo así. No tendrás que preocuparte por mostrarle el cuerpo a nadie si te agachas, ya que llevas un maldito body debajo que te cubre todo el torso".

Apreté los labios. Tenía razón. Me fijé en su atuendo: un vestido ajustado con aberturas. Era súper revelador, pero al menos los retazos de tela que cubrían sus partes íntimas eran de un rosa intenso y dejaban claro que no estaba desnuda. El body me cubría todas las mías.

Era precioso, y sabía que hoy en día la gente usaba ese vestido que parecía nude en las alfombras rojas, así que quizá tenía razón.

—Deja de darle tantas vueltas a esto —dijo—. Te ves muy sexy.

Respiré profundamente y asentí.

Al menos las fiestas de Prescott eran solo por invitación, y tenía una regla de no usar teléfono. Podías quedarte con tu teléfono, pero tenías que apagarlo o ponerlo en modo avión. Si te pillaban usándolo o sacando fotos, te expulsaban y te prohibían volver a las fiestas. Como era tan importante que te invitaran, todos seguían las reglas.

Respiré hondo al entrar y decidí que Mar tenía razón. Me veía atractiva y me sentía cómoda con ese dichoso vestido. Y tenía razón con lo del desnudo. Había visto al menos a tres famosas llevar ese estilo en las entregas de premios la temporada pasada. Bueno, nadie pensaría que estaba desnuda, pero podrían hacerse una mejor idea de cómo me vería si lo estuviera. Y para alguien que había llevado ropa holgada durante dos años seguidos, eso me dio pánico. Respiré de nuevo. No importaba, al menos no en esa fiesta. Y técnicamente estaba más desnuda con el bikini. Seguí a Marissa adentro y saludé a los chicos que nos recibieron en la puerta. Marissa me agarró los dedos mientras seguíamos caminando.

“Siento que siempre tiene el mismo público”, dijo.

Es mejor así. Significa que confía en todos aquí.

—Supongo. —Suspiró mientras íbamos directo a la cocina.

Encontramos a Prescott y Drew sirviéndose bebidas. Busqué a Lach con la mirada, pero no lo vi y no pregunté. Lo saludé y dejé que Pres me sirviera un trago. Miré afuera. Su pared favorita no estaba allí, así que no podía estar cuidándola. Había una mesa de beer pong y un barril, así que quizá estuviera afuera.

“Te ves…” Los ojos de Drew recorrieron mi cuerpo de arriba abajo, luego negó con la cabeza.

“¿Desnudo?”, pregunté.

—Sé que llevas traje de baño, pero sí, pareces desnuda. —Se rió entre dientes—. Da igual, estás buenísima.

“Gracias”, murmuré en voz baja.

—Yo también estoy aquí, imbécil —dijo Marissa.

—Sí, pero siempre te vistes así, y sabes que siempre te ves bien. —Sonrió con suficiencia y me señaló—. Este lo disimula.

"Nadie pensará que estás desnudo", dijo Prescott, sabiendo que eso podría asustarme. Tomó un sorbo de cerveza. "Y te ves atractivo, ¿a quién le importa?"

—Tienes razón. —Asentí—. Nos vamos de aquí en unos días, así que al diablo.

Finalmente me relajé y me olvidé de lo que llevaba puesto. Hablamos de adónde iríamos la semana siguiente después de terminar la universidad definitivamente. Drew decía que también iba a estudiar

medicina, y empezamos a hablar de eso. ÉÎ quería ser cirujano y yo especialista en medicina deportiva —una carrera completamente distinta—, pero los tres primeros años de estudios serían iguales.

"Pero terminarás en tres años, ¿verdad?" preguntó Drew.

—Sí. O sea, en cuanto sepa a qué escuela voy —dije.

“¿Todavía no lo sabes?”

"No."

“La aceptaron en todas las plazas a las que se postuló”, añadió Pres.

"Ella va a recoger mientras estemos en California", añadió Marissa.

“¿Qué vas a hacer?” le preguntó Drew.

“Probablemente abrir mi propio negocio”, dijo y entró en todos los detalles.

Nuestros padres nos abrieron cuentas bancarias de pequeños, pero al graduarnos de la universidad tendríamos acceso total a ellas. Marissa usaría su dinero para abrir una cafetería saludable con batidos o tazones; aún no lo había decidido. Mientras hablaba de ello, oí que alguien detrás de mí gritaba mi nombre.

—¡Lyles! —repitió, ahora más cerca.

Me giré y vi a Banks allí de pie con un dardo en la mano. Volvió a mirarme después de observar mi atuendo.

—Eh... hola, ¿y qué cojones? —dije, señalando con la cabeza el dardo que tenía en la mano.

—Oh —se rió y señaló el tablero de dardos que tenía detrás—. Estoy practicando.

"¿Esto es nuevo?" Miré a Prescott.

—No, la verdad es que no has estado aquí en mucho tiempo.

—Es cierto. —Me di la vuelta y caminé hacia Banks y el tablero.

"Escuché que eres muy bueno en el beer pong", dijo.

—Vaya, ¿la gente realmente habló de eso? —Negué con la cabeza.

"Mason lo hizo, ya que ganó", dijo. "Se comentaba mucho tu acalorado intercambio con Lachlan".

—Oh, Dios. —Cerré los ojos y negué con la cabeza.

"¿A quién le importa?" Banks se encogió de hombros. "Que les den. Puedes hacer lo que te dé la gana."

—Sí, supongo que tienes razón. —Me reí por la forma en que lo dijo.

No me molesté en señalar que me importaba un bledo lo que dijeran. Simplemente no quería que se corriera la voz. Observé a Banks un rato, riéndome cada vez que maldecía al llegar a la parte más externa del tablero.

—Creo que necesitas inclinar un poco el codo —dije, estudiando el tablero—. Todos tus dardos van bien.

Bajó el brazo y me miró. "No me digas que también se te da bien esto, carajo".

—Está bien, no lo soy. —Me encogí de hombros, pero sonreía un poco.

"¿Cómo carajo eres bueno en todo?"

Créeme, no lo soy, pero tengo *buena* puntería. Extendí la mano para que me diera uno de sus dardos. «Presta atención a mi codo. Si lo lanzas así». Lo lancé para demostrármelo. «Vas a ir por ahí». Bajé los brazos. «Si centras el codo, puedes dar en el blanco».

“Muéstrame.” Puso el resto de los dardos en mi mano.

Empecé a lanzarlos: di en el círculo interior, en el círculo interior otra vez, en la diana, y en la diana otra vez. Drew y Prescott aplaudieron y vitorearon, inspirando a las pocas personas al azar que ya debían estar borrachas a aplaudir y vitorear. Banks estaba demasiado aturdido para decir nada, y yo estaba demasiado mortificado por la atención como para moverme. Hice una pequeña reverencia, un giro de 180 grados para salir de allí, y me encontré con Lachlan. Llevaba una camiseta gris de cuello en V y vaqueros. Tan simple, pero se veía tan jodidamente atractivo, como siempre. Miré su cara y la estudié, grabándola en mi memoria. No estaba seguro de por qué hacía eso tan a menudo, ya que lo veía todos los días y a todas horas, a menos que estuviera en el entrenamiento de hockey o en un partido. Nuestras miradas se encontraron, y sentí que se me escapaba el aire de los pulmones.

—Oye —dije mientras mi corazón latía sin control al ver sus ardientes ojos verdes.

—Eres muy bueno en eso. —Asintió detrás de mí y acercó la boca a mi oreja, mordisqueándola rápidamente y provocando una descarga eléctrica en mi cuerpo—. ¿Cómo demonios voy a quitarte las manos de encima?

Cuando se apartó, traté de poner suficiente distancia entre nosotros (como hice con Pres, Drew y Banks), pero sentí que podríamos estar en planetas diferentes y la tensión entre nosotros aún sería palpable.

"Hola, Lach", dijo una chica mientras pasaba.

Ella no estaba coqueteando, solo saludando, pero él la ignoró y mantuvo sus ojos fijos en los míos. Le sonreí, lo que hizo que sus ojos se oscurecieran aún más. Me encantaba saber que era la única que recibía esa reacción de él. Me encantaba la forma en que me miraba como si nada más en el mundo importara. Tal vez debería haber sido un poco cautelosa con su intensidad y cómo podía apoderarse fácilmente de mis pensamientos y emociones, pero sabía que el sentimiento era mutuo. Pasar de alguien que se había acostumbrado a no sentir nada a sentirlo todo cuando estaba con él debería haberme asustado, pero por alguna razón inexplicable, no fue así. Las conversaciones se sucedían a nuestro alrededor.

La gente no se fijaba en cómo habíamos estado enfrascados en este concurso de miradas que lo consumía todo, y yo tenía muchísimas ganas de besarlo. Podría alejarlo de todos y llevarlo al baño o a la habitación de Pres, pero no quería. Quería ver qué haría si le daba luz verde para que no ocultara lo que fuera que fuera. Conocía su reputación. Ya lo había oído todo: que no besaba a nadie, que todas las conejitas estaban obsesionadas con él, que solo se acostaba con la misma chica dos veces porque sentía que una tercera las haría encariñarse. Me había dado esa información en nuestra quinta noche juntos. Habíamos pasado todas las noches juntos, ya fuera en su casa o en la mía.

Esta fue una experiencia nueva para ambos en muchos sentidos, y fue agradable estar en el mismo terreno de juego. Aparté la mirada un momento, contemplando la sala. Había más gente ahora, pero todos habían sido cuidadosamente seleccionados por Pres. Pensé en ello. Lo miré de nuevo y me lamí los labios. Sus ojos captaron el movimiento, y vi cómo los cerraba y respiraba hondo. Bueno, lo estaba haciendo. Tiré de su camisa, acercándolo para poder hablarle al oído.

Ya casi nos vamos. Es un grupo pequeño, así que, ¿qué más da? —dije—. De todas formas, esta gente ya ha sido investigada por el presidente, así que hay que confiar en ellos...

Ni siquiera me dio tiempo a terminar la maldita frase antes de que sus labios se posaran sobre los míos. Fue tan inesperado que tardé un segundo en devolverle el beso. Sin romper el beso, se agachó y me levantó. Instintivamente, mis piernas rodearon su cintura y mis brazos su cuello mientras él me sujetaba el trasero para sujetarme. Nuestras lenguas bailaron al ritmo de la música animada. Al apartarme, sentí miradas sobre mí. La cocina estaba tan silenciosa que probablemente se oía caer un alfiler. Seguíamos sin apartar la mirada, así que abrí los ojos como platos al verlo.

Enterré mi cara en su cuello. "Parece que estamos en una comedia romántica de los 90".

“¿Esto es una pesadilla para ti?”, preguntó con voz baja y ronca en mi oído.

Me aparté y le sonreí. "Nunca lo es cuando estoy contigo".

Gruñó mientras me besaba de nuevo, con una mano apretándome el trasero con fuerza y con la otra sujetándome por la nuca, acercándome lo más posible a él. Creo que alguien vitoreó, pero la mayoría permaneció en silencio. Cuando nos separamos de nuevo, lo obligué a ponerme los pies en el suelo. Lo hizo, pero en cuanto estuve a su lado, me agarró la mano y entrelazó nuestros dedos mientras nos dábamos la vuelta para tomar algo. Todos a nuestro alrededor nos miraban fijamente. Prescott y Marissa rieron y negaron con la cabeza ante el silencio atónito de todos.

"Tiene sentido", dijo Drew tras levantar la mandíbula del suelo. "Ambos son inalcanzables", levantó un dedo como si estuviera contando. "Ambos son los mejores en su deporte, aunque ya no jueguen", añadió rápidamente, mirándome.

"Y los dos sois unos cracks", añadió una de las chicas, la que lo había saludado antes. La miré y me reí.

—Aun así, hombre —dijo Drew, con los ojos abiertos como platos, mirando a Lach—. ¿Cómo?

No sabía qué me preguntaba. ¿Cómo logró descifrarme, precisamente a mí? ¿Cómo? ¿Conseguí atraparlo, precisamente a él? ¿Cómo había logrado mantenerlo en secreto? Podría ser cualquier cosa. Drew estaba esperando, y al parecer, el resto de los curiosos a nuestro alrededor también querían una respuesta. Lach me soltó la mano y me abrazó, pero me aparté para mirarlo a la cara.

Me sonrió. "La perseguí y la perseguí y la perseguí hasta que por fin me dio una maldita oportunidad".

Esa respuesta pareció aturdirlos aún más, pero en ese momento, ya no queríamos ser la atracción principal. Pasamos el resto de la noche jugando al beer pong, que dominamos, y luego hablando y bebiendo con nuestros amigos. Las manos de Lach me cubrían todo el cuerpo cada vez que no estaba ocupado, lo que atrajo miradas de sorpresa toda la noche. Me pareció divertidísimo, pero entendí la razón. El que ahuyentaba a la gente en las fiestas era el que parecía incapaz de mantener las manos quietas. El que tenía la regla de no besar me besaba en cada oportunidad. Tenía mariposas en el estómago y le sonreí toda la noche.

Cuando decidimos irnos de la fiesta y volver a mi casa, le solté la mano. Caminábamos uno al lado del otro, pero a una distancia que esperaba que pareciera amistosa. Intenté disimular que iba a buscar mi coche. No iba a contarle a Lach lo sucedido. Solo generaría preguntas y preocupaciones. Ya tenía bastante con lo que hacer, y ya casi nos íbamos, así que no pensé que valiera la pena mencionarlo.

"Bebiste", dijo de repente, como si acabara de darse cuenta.

"¿Lo dices porque me balanceo un poco?", pregunté riendo mientras lo miraba. "Si es así, quiero que se note que llevo tacones".

—Te llevaría en brazos, pero va contra las reglas. —Rió entre dientes cuando abrí los ojos como platos. Volvió a ponerse serio, frunciendo ligeramente el ceño—. El licor estaba sin abrir y tú bebiste.

—Estuviste allí. —Me encogí de hombros—. Sé que no dejarías que me pasara nada.

Sus pasos se detuvieron al llegar a mi casa. Se giró hacia mí, me observó el rostro unos segundos y negó con la cabeza.

“Lyla James…” Exhaló profundamente, todavía sacudiendo la cabeza mientras subíamos las escaleras como si no tuviera palabras para describir lo que sentía.

El sentimiento era mutuo.

CAPÍTULO 16

Lyla

Los días pasaron tan rápido que pasé de querer irme de Fairview a desear poder quedarme acurrucada en los brazos de Lachlan un rato más. No era solo el sexo. Eso también era alucinante, pero era más que eso. Era estar con él. Nos habíamos dado maratones de series, visto películas, pedido comida a domicilio y comido mientras criticábamos a fondo lo que acabábamos de ver. Cocinamos juntos, lo cual fue un desastre, pero fue divertido. A puerta cerrada, yo sonreía sin parar, y no dejaba de sonreír porque la única vez que salía de mi apartamento era para ir al suyo. Era raro. Marissa nos había visto juntos un millón de veces y todavía estaba en shock. No estaba segura de si era por mi cambio total de humor, porque estaba sonriendo (y a ella le gustaba recordarme que no lo hacía *tan* a menudo) Incluso antes), o porque Lachlan Duke estaba con la misma mujer todos los días y no mostraba interés en nadie más. Quizás se debió a todo lo anterior.

Esta noche, cambié mi apartamento por el estadio, sentada entre Marissa y Banks, viendo el segundo partido del campeonato de los Blaze. No se lo había dicho a Lach y sabía que era la última persona que esperaba ver allí. A pesar de las veces que Prescott me había invitado, nunca había ido a un partido de hockey, así que esta era una experiencia nueva. Hasta el momento, a juzgar por los nachos que me estaba atiborrando por pura ansiedad, le daba un diez. Como mi estómago no paraba de revolverse, le di los nachos a Banks, que era prácticamente un cubo de basura humano. Ya se había comido los Skittles de Marissa, mis M&M de cacahuete y una bolsa de palomitas.

“Relájate”, susurró Marissa mientras ponía una mano sobre mi rodilla que rebotaba.

"Lo estoy intentando." Me mordí el labio.

No me relajaría. Cuando le dije a Marissa que quería ir, pensé que nos sentaríamos en algún lugar de las gradas y Lach no me vería. No me dijo que las entradas que Prescott le dio estaban en la primera fila, justo al lado de... ¿la zona de castigo? ¿La nevera? ¿El banquillo de los penales? Marissa las había dicho las tres, pero me decidí por esa porque era lo que era. La miré fijamente. Me pregunté qué tenía que hacer uno para acabar allí y con qué frecuencia mandaban a Lach. No estaba seguro de si quería que la respuesta fuera muchas o nunca. Parecía una tontería acabar allí, teniendo en cuenta que te quitaba minutos que podrías haber pasado en el hielo. Probablemente habría ayudado si hubiera escuchado a Prescott cada vez que hablaba de su deporte en

lugar de ignorarlo y repasar jugadas de fútbol mentalmente. No podía ofenderse, ya que me hacía lo mismo.

Las luces del estadio se atenuaron y se encendieron algunas luces estroboscópicas. Me empezó a doler la rodilla, y cuando los chicos empezaron a salir y el rugido ensordecedor del público invadió el lugar, sentí que el corazón se me iba a salir del pecho. El estadio debía de estar a reventar con el ruido, pero no aparté la vista del hielo. Cuando vi a Lachlan patinar, se me aceleró el pulso. Llevaba una réplica de su camiseta que Marissa me había regalado en el puesto de merchandising de afuera. Llevaba el número diez, como yo en el fútbol, y según él era otra razón para que estuviéramos juntos. Cuando Marissa me la dio, dudé si quería ponérmela. Podría haberle pedido prestada una si me hubiera parecido buena idea. Parecía una exhibición pública, pero después de echar un vistazo al estadio y darme cuenta de que la mayoría de los que animaban a The Blaze también la llevaban, me la puse encima de la camiseta que llevaba puesta. Según Marissa, Lach había firmado para formar parte de la NIL y había ganado más dinero con su camiseta que cualquier otro estudiante-atleta del deporte. Yo había hecho lo mismo y seguía cobrando por las ventas de la mía, aunque ya no jugaba, lo cual era increíble. Marissa tenía la mayoría de sus camisetas, pero esa noche llevaba la de Prescott, mientras que Banks llevaba una sudadera con capucha del colegio.

Lach patinó hasta el centro de la pista y se colocó frente a un jugador del equipo contrario. Me removí en el asiento; la emoción me impedía quedarme quieto. Vi cómo el árbitro dejaba caer el disco entre ellos y les permitía intentarlo. Lach se lo devolvió, y Mason lo agarró antes de que el otro jugador pudiera llegar. Luego, los vi patinar, compitiendo por el disco mientras se empujaban. Me reí a carcajadas. El hockey era un deporte salvaje.

Me incliné hacia Banks, pero mis ojos seguían pegados al hielo. "¿No te gustaría poder hacer eso en el campo sin que te avisen cada cinco segundos?"

Se rió. "Estoy en el maldito deporte equivocado".

"¿Sabes patinar?"

"Crecí en Colorado", dijo, y supe que tenía una de esas caras de "¿Qué demonios?". "Claro que sé patinar".

Marissa extendió la mano y me agarró la rodilla para detener el rebote mientras Prescott controlaba el disco. Estaban tan concentrados en el partido que ni siquiera sabía por qué me ponía nerviosa que Lach me viera. Cada vez que pasaba patinando junto a nosotros, la mujer detrás de mí gritaba más fuerte que nadie, lo que me hacía reír. Era adorable. Me recordaba a mi madre, parada en la banda. Dejé que su recuerdo me invadiera y esperé sentir algo. No lo sentí. Lo pensé con seguridad después de que Lachlan aparentemente despertase en mí un torrente de emociones que de repente sentiría constantemente, pero no

fue así. Me reía más, cómo Marissa y Banks me señalaron durante el paseo.

Solo los de la fiesta sabían de Lach y de mí, y esperaba que siguiera siendo así. Pronto, podríamos vernos donde quisiéramos. Fuera de Fairview, claro. No *podía* amenazarme con seguirme por todo el país. Un escalofrío me recorrió al pensar en esa posibilidad. No lo haría, ¿verdad? Lo ignoré y me concentré en el partido. Un jugador del otro equipo pasó el disco y se preparó para marcar un gol. Me senté en el borde de mi asiento, conteniendo la respiración mientras el resto del estadio gritaba. El jugador retiró el stick y lo golpeó. Lach patinó justo delante de él y lo bloqueó, luego señaló a Drew para reprenderlo por algo.

—Es defensa —me dijo Marissa al oído—. Me refiero a Drew.

—Entonces, ¿se suponía que él estaría allí?

"Sí."

"¿Cómo diablos llegó Lach tan rápido?", pregunté en voz baja, más para mí.

"Es muy rápido", dijo Banks.

“El más rápido del país”, dijo la mujer detrás de nosotros.

Los tres nos giramos y la miramos. Sonrió con orgullo, y de inmediato supe que era su madre, lo que me puso más nervioso de lo que podía soportar. Un chico sentado a su lado se veía exactamente como te imaginarías al hermano de Lachlan. Era más joven y delgado, con el pelo más corto, pero sus rasgos eran similares. Tenía el pelo mucho más claro que Lach, pero esa era la única diferencia evidente. Sostuvo mi mirada por un momento, sonrió y apartó la mirada. Era más amable que Lach, también. Lach era amable... conmigo. Lo había visto interactuar con otras personas lo suficiente como para saber que, en general, solo era cortés con ellas. Tenía cuatro sonrisas: su sonrisa sexy y su sonrisa encantadora, que hacían que cualquiera se arrodillara; su sonrisa cortés, que usaba con la mayoría de la gente; y su sonrisa real, que era una mezcla de ambas y le iluminaba los ojos. Esa era la que siempre me dirigía. Habló mucho de mis sonrisas y de cómo no las regalaba, pero en eso no era diferente a mí. Puede que sonriera más que yo, pero no todas eran reales.

“¿Eres su mamá?” preguntó Banks.

—Lo soy. —La mujer sonrió ampliamente. Era guapísima, con el pelo castaño oscuro como sus hijos, ojos marrones y rasgos delicados.

—Soy Banks. —Extendió la mano y se presentó.

—Valerie. —Le estrechó la mano con una sonrisa.

"Liam", dijo el hermano, presentándose y estrechando la mano de Banks.

Marissa fue la siguiente porque quedaríamos como unos imbéciles si no hacíamos lo mismo ahora que Banks se había presentado. Por dentro, lo miraba con el ceño fruncido. Por fuera, intentaba no fruncir el

ceño demasiado. Lo último que quería era que la familia de Lach pensara que era una zorra infeliz el primer día que me conocieran. No sabía por qué me importaba, pero a juzgar por cómo me sudaban las manos de repente, parecía importarme mucho. Su madre me miró después.

—Lyla. —Le ofrecí la mano y le sonreí levemente. Me miró fijamente un instante, observando cada uno de mis rasgos de una forma que me hizo querer volver a sentir el dolor en la rodilla. Liam le dio un golpe en el hombro, haciéndola olvidar lo que estuviera pensando.

—Valerie —dijo lentamente, sin dejar de observarme—. ¿Lyla James?

Mi corazón se aceleró. De ninguna manera. Ni de coña le había contado a su madre sobre mí. Conseguí asentir, boquiabierta.

—Sí, claro. Esa sería yo —dije, de repente un poco más nerviosa que antes.

Valerie sonrió de oreja a oreja, confirmando que sí le había hablado de mí. ¿Qué había dicho? ¡Dios mío! Iba a matarlo por esto.

—Liam —dijo su hermano, apartando la mano de su madre de la mía y estrechándola. Su sonrisa torcida lo hacía parecer aún más a su hermano.

“Es un placer conocerlos a ambos”, dije sonriendo mientras retiraba mi mano y me daba la vuelta.

Los dedos de Marissa se clavaron en mis muslos. Los apreté, diciendo *"Lo sé". "LO SÉ".* Sentía calor en todo el cuerpo. Me pregunté si me estaría sonrojando. Claro que me estaba sonrojando muchísimo. Me pregunté si se darían cuenta. Nos concentramos de nuevo en el partido. El número ocho del otro equipo fue empujado contra el plexiglás justo delante de nosotros. Sus ojos se abrieron de par en par, como si se hubiera quedado sin aire por un instante. Me miró, o al menos eso fue lo que sentí, y luego desapareció, persiguiendo a Drew.

—Ese es Nolan Astor —me susurró Marissa al oído—. El jugador de hockey universitario más guapo. No solo en la Universidad Ellis, sino en todas partes.

Me reí. "Dijiste eso de tres chicos".

Bueno, después de Lachlan, es el siguiente en la lista ahora mismo. Después está Jonah, y luego probablemente Prescott.

Negué con la cabeza, reprimiendo una sonrisa. Sin embargo, al mirar a mi alrededor, me di cuenta de que la única camiseta que rivalizaba con el número diez de Lach era el número ocho de Astor. Me pregunté si serían amigos. Había jugado contra las mismas chicas desde que empecé en equipos de competición. A veces, terminábamos en el mismo equipo de viaje. Otras veces, jugábamos la una contra la otra. En el campo, éramos rivales, pero fuera de él, nos hacíamos amigos. Sin embargo, no nos golpeábamos como estos chicos. No estaba seguro de poder ser amigo de alguien que me estrellaba contra la pared cada

cinco segundos. Mason fue el siguiente en estrellarse contra el plexiglás delante de nosotros. Salté de nuevo en mi asiento. Sentarse en la primera fila probablemente no era buena idea para alguien tan nervioso como yo.

Nuestro equipo intentó marcar dos veces sin éxito. Lo intentaron tres veces sin éxito. Todavía tenía el estómago apretado de los nervios mientras veía el partido. Jugué muchos partidos de fútbol. Vi aún más. No podía recordar la última vez que sentí tanta ansiedad. Mientras veía a Mason tomar el disco y pasárselo a Prescott, quien luego se lo pasó a Lach, contuve la respiración. Estaban justo ahí, justo delante de la portería otra vez. Lach se lo devolvió a Mason, quien intentó meterlo sin éxito. El octavo del otro equipo la pegó directo al palo de Lachlan. El portero ni siquiera se había levantado del todo tras bloquear el último intento de gol, y Lachlan la pegó justo por encima de su cabeza.

La multitud enloqueció. Salté de mi asiento y aplaudí con ellos. Era imposible no dejarse llevar por el momento. Celebraron en un abrazo grupal mientras sonaba una bocina fuerte, y seguimos animando. Después de separarnos, Lach puso una mano en el plexiglás y lo arrastró por la pista, lo que supuse que era la versión de hockey de chocar las cinco con la multitud. Cuando llegó a nuestra sección, capté su mirada al instante. La sorpresa brilló en ellos, pero rápidamente fue reemplazada por lo que solo podría describir como alegría. Sonreí ampliamente. Él sonrió aún más, luego miró por encima de mi cabeza y arqueó las cejas hacia su madre y su hermano antes de irse patinando. Al hacerlo, sentí una palmadita y un apretón en el hombro y miré hacia atrás para encontrar a su madre sonriéndome. ¡Dios mío, lo iba a matar por esto! Le devolví la sonrisa y miré hacia adelante rápidamente. Cuando se acabó el tiempo, sonó una bocina y los jugadores se dirigieron al lugar por donde habían salido al principio.

CAPÍTULO 17

Lyla

“¿CERVEZA?” Banks se levantó con la bandeja de nachos vacía en la mano.

“No, gracias”, dije.

—Tomaré una —dijo Marissa, agarrándome la mano y haciéndome levantar—. Vamos. Tenemos dieciocho minutos. Vamos al baño.

"¿Dieciocho minutos?" Me puse de pie, negando con la cabeza. "Están tan malcriados".

La madre de Lachlan se rió al ponerse de pie. "En el fútbol no hay descansos, ¿verdad?"

"Tenemos quince minutos entre la primera y la segunda parte, pero jugamos cuarenta y cinco minutos seguidos", logré decir, sin gritarle que incluso le había contado que jugaba al fútbol. ¿Cuánto le había contado Lachlan a esta mujer sobre mí?

“Prefiero el fútbol”, dijo su hermano.

Salíamos de nuestras filas al mismo tiempo. Al llegar al borde, los dejé pasar. Detrás de mí, Marissa me apretó el brazo para que no pudiera seguir.

—Le contó a su maldita familia sobre ti —susurró—. ¡Mierda!

La fulminé con la mirada por encima del hombro y ella me la devolvió con una amplia sonrisa y un brillo de complicidad en los ojos. Valerie quería seguir hablando conmigo arriba mientras Liam empezaba a escribir mensajes y Marissa hacía cola para el baño. Había una larga cola para entrar al baño de mujeres. Claro que la había. Mi teléfono vibró en la bolsa que llevaba cruzada, pero no pude sacarlo mientras la madre de Lachlan me contaba su amor por el hockey. Hablamos de fútbol y le dije que al principio lo había echado de menos, pero que me había acostumbrado a vivir sin él. No era mentira del todo. Extrañaba estar en la cancha. Era competitiva por naturaleza, así que, por supuesto, echaba de menos los partidos, pero ya no sentía que me marchitaría sin ellos.

“Tal vez algún día puedas volver a salir”, dijo Valerie, ofreciéndome una sonrisa amable.

—Quizás. —Me encogí de hombros y aparté la mirada un instante —. Ya veremos.

—Mi hijo nunca habla de chicas —dijo de repente. Volví a mirarla a los ojos. Sentí ganas de vomitar, pero la dejé continuar—. Cuando te mencionó por tu nombre, supe que iba en serio.

Se me cayó el alma a los pies. "Odio que nos hayamos conocido tan tarde. No me imagino cómo podríamos seguir viéndonos, con él siendo profesional y yo estudiando medicina, ¿sabes?"

"No me imagino cómo no lo harías", dijo. "Lachlan no se anda con rodeos. Si va en serio contigo, pasará por todas partes para llegar a ti".

Me mordí el labio. "Puede que no quiera. Hay muchas más conejitas de puck cuando te haces profesional".

Ante eso, se rió con ganas. La forma en que bailaban sus ojos me recordó tanto a Lach que tuve que sonreír. "Ay, cariño. No creo que entiendas lo que significa llamar la atención de mi hijo como lo has hecho. Solo lo he visto así jugando al hockey". Arqueó una ceja. "Interpreta lo que quieras".

Sentí una fuerte opresión en el pecho. "Nos acabamos de conocer".

“El amor no tiene lógica”.

Amor . Mi corazón latía con más fuerza. No pude responder, pero asentí lentamente para hacerle saber que entendía lo que me estaba diciendo. No podía negar que estaba enamorada de él. Tampoco podía confirmarlo. No sabía cómo se sentía estar enamorada, pero si era este dolor persistente en el centro de mi pecho, entonces tal vez lo estaba. ¿Cuándo coño había pasado eso? Mierda. Hablamos un poco más sobre dónde vivía y dónde había crecido antes de que Liam se la llevara a rastras, quien me lanzó una sonrisa de disculpa mientras nos separábamos. Marissa todavía estaba en la fila, aunque casi había llegado al frente. Me dirigí hacia allí, pensando en Lach. Había sido tan bueno al tener que escabullirse para verme. Solo había dicho una vez que se sentía como un secreto sucio, e incluso eso lo había dicho con una risa divertida como si no pudiera creer que él fuera el que se mantenía en secreto en todo esto. Hijo de puta engreído. Pronto saldríamos de aquí y ya no tendríamos que andar a escondidas. Y no estábamos en el siglo XIX; teníamos FaceTime y aviones. Podríamos vernos a menudo si lo priorizábamos. *Quizás* funcionaría. Saqué mi teléfono al llegar a Marissa y vi dos mensajes suyos. Me dio un vuelco el corazón.

Lachlan: te ves tan jodidamente sexy llevando mi nombre en tu espalda

Lachlan: espero que mi mamá no te esté molestando demasiado

Yo: Todo el mundo lleva tu nombre en la espalda.

Yo: ella es tan agradable y quiero asesinarte

No esperaba que respondiera, pero fue instantáneo.

Lachlan: solo te veo a ti

Lachlan: jajaja nunca lo harías. Me extrañarías demasiado.

Me mordí el labio y sonreí a la pantalla. Por suerte, estábamos en el baño, así que nadie podía verme. Aunque había decidido ir a este partido, seguía preocupada. Estaba fuera de mi apartamento, lo cual ya era bastante raro. Llevaba su camiseta. Me miraba mientras estaba en el hielo. Había muchísimas razones para estar paranoica. Al principio, estaba atenta a mi entorno, mirando a mi alrededor y asegurándome de

que nadie me estuviera observando. Pero en algún momento, bajé la guardia. Olvidé que era un peligro para nosotros, y eso solo nos puso en mayor peligro. Aun así, respondí como quería porque nadie podía acceder a nuestro intercambio de mensajes.

Yo: te extrañaría muchísimo

Yo: Deja de escribirme. Concéntrate en el juego, Duke.

Lachlan: sí, señora

Dejé mi teléfono a un lado y cuando levanté la vista, encontré a Marissa mirándome fijamente.

Fruncí el ceño. "¿Qué?"

"Yo solo..." Negó con la cabeza. Pensé que se burlaría de mí, pero se le llenaron los ojos de lágrimas. "Verte así me hace tan feliz. Lo he dicho un millón de veces, pero pensé que te había perdido para siempre".

—Igual —suspiré—. No sé qué le pasa.

"¿A quién le importa?" Me abrazó de lado. "Solo quiero que te quedes así para siempre".

Tuvo que soltarme para poder entrar al cubículo que acababa de quedar libre. Entré al siguiente. Cuando terminé de tirar de la cadena y estaba lista para volver a salir, me quedé en el cubículo con los ojos cerrados mientras respiraba hondo tres veces. No para calmarme, para mantener la mascarilla en la cara ni para acallar mis emociones, sino para saborear el momento. Todo en Lachlan se sentía bien. Sabía que eso no pasaba a menudo, y había perdido demasiado como para darlo por sentado. Regresamos a nuestros asientos con treinta segundos para el final. Valerie y Liam ya estaban sentados en los suyos, compartiendo nachos.

Miré por encima del hombro y le sonreí cuando sonó la bocina para avisarnos de que el partido comenzaba de nuevo. Contuve la respiración mientras los veía empezar. Tomamos el control del disco, lo que provocó una ovación en la grada. Observé, fascinado, cómo patinaban por la pista. Mientras jugaban, Banks me explicó los defensores y los golpes de cadera, y me dijo que llamara banquillo de castigo a menos que quisiera parecer un aficionado. Reprimí una sonrisa. Quizás Banks debería haber jugado al hockey en lugar de al fútbol.

“¿Cómo sabes todo esto?”, pregunté.

“Mis hermanos mayores y menores juegan”.

Me quedé boquiabierto. "¿Cómo demonios acabaste jugando al fútbol?"

—Supongo que es el síndrome del hijo del medio. —Rió, negando con la cabeza—. Pensé que me estaba rebelando. Se me da bien y me encanta, pero habría estado bien ahí fuera. —Señaló el hielo con la cabeza.

No aparté la vista de Lachlan mientras se movía. Patinaba con tanta facilidad y driblaba el disco con gran destreza. Fruncí el ceño y

saqué el móvil, buscando: *¿se puede driblar en el hockey?* La respuesta no me quedó clara, así que le pregunté a Banks, quien se rió, pero no tuvo tiempo de responder porque el número ocho del equipo contrario chocó contra Lach y lo aplastó contra el plexiglás. Contuve la respiración.

Lach se lo quitó de encima y siguió patinando. Yo habría estado en el suelo al menos un minuto, recuperando el aliento y permitiéndome respirar a pesar del dolor. El tipo fue enviado a la zona de castigo, y el imbécil sonrió mientras se quitaba el casco y patinaba hacia allí. Lo miré con enojo, lo cual él captó y le hizo sonreír más ampliamente. Lo miré con enojo cuando llegó a la zona de castigo *junto a nosotros* . Se rió, se acercó al plexiglás y me lanzó un beso. Fue tan jodidamente inesperado que me congelé. ¡Las pelotas de este maldito tipo! Era tan bueno como decía Marissa, pero *¿qué demonios* ? Mis ojos volvieron a la pista y vi los ojos de Lachlan sobre nosotros. *Oh, mierda.* Le hice a Astor el favor de no mirarlo otra vez. Lachlan lo mataría.

—¡Mierda! —suspiró Marissa—. Está furioso.

—Lo sé —susurré—. Espero que se haya dado cuenta de que lo estaba mirando fijamente y no observándolo.

Ella se rió. "No creo que importe lo que *estuvieras* haciendo. A Astor le encanta armar líos. Lo hace en cada maldito partido. Es curioso. Elige a una chica y se la folla durante todo el partido. Es parte de su encanto".

—Sí, realmente encantador —dije con sarcasmo.

"Bueno, se supone que es diversión y juegos, pero esta noche empezó a liarla con la persona equivocada", dijo en voz baja.

Astor volvió a la pista en cuanto se cumplieron sus dos minutos. El equipo contrario se estaba pasando el disco, pero Mason se metió y lo robó, lo que nos valió una ovación. Lo condujo de vuelta al otro lado y se lo pasó a Pres, quien se lo pasó a Lach, quien remató por encima de la cabeza del portero. Saltamos de nuestros asientos y aplaudimos. Las luces se apagaron y aparecieron luces estroboscópicas en la pista por un instante. El público ensordecedor. Esta vez, en lugar de fingir un "choque de manos", Lach patinó con potencia sobre la pista y empujó a Astor, que parecía estar esperándolo, y lo devolvió.

Eso desató una pelea. No era el pequeño empujón al que estaba acostumbrado en la cancha. En raras ocasiones, discutíamos con el equipo contrario. Fue una pelea de verdad. Ambos se habían quitado los guantes y se habían lanzado a la pelea, incluso cuando sonó el silbato del árbitro. Me quedé boquiabierto mientras miraba. No quería que Lach se lastimara, pero no podía negar que fue divertido verlo desarrollarse. Esa era parte de la razón por la que a la gente le gustaba este deporte. Lo notaba por la forma en que todos gritaban y vitoreaban. Lach intentó quitarse el casco, pero Prescott estaba ahí, impidiéndole hacerlo, lo cual no tenía sentido.

“¿Por qué llevan cascos puestos?”, grité.

"Es una regla", dijo Banks.

"Es una señal de respeto", dijo Valerie detrás de mí.

“Para que no se rompan los nudillos”, añadió Liam.

—Esto es una locura —susurré, con el corazón latiéndome con fuerza en los oídos—. ¿Los dejaron pelear sin más?

"Es parte del hockey", dijo Marissa, con los ojos muy abiertos mirando el espectáculo frente a nosotros.

Recordé la noche de la fiesta, cuando Mason intentó besarme y Lach lo apartó, y me di cuenta de que se había contenido. Aquí no lo estaba haciendo. Ambos terminaron en el suelo y sus compañeros los separaron mientras el árbitro volvía a pitar. Esta vez, ambos fueron enviados a la banca de castigo. Había dos tipos entre ellos, y Lach aun así logró enseñarle los dientes a Astor, que estaba en el de al lado.

—Maldita sea, Lach. Creí que éramos amigos —gritó Astor.

El imbécil seguía riéndose. Dudaba que Lach pudiera oírlo con el ruido. Incluso si lo hiciera, seguía mirándome fijamente. Me dio un vuelco el corazón cuando su mirada se cruzó con la mía. Siguió palpitándome mientras nos mirábamos. El público estaba absorto en el partido y gritando, así que estaba seguro de que no nos hacían caso. Me sentí como si estuviéramos en nuestra propia burbuja. Sentí la mirada de Astor sobre mí y lo miré rápidamente. Arqueó las cejas mientras nos miraba a los dos y negó con la cabeza, riendo al darse la vuelta. Esperaba que esto no significara que me usaría para contrariarlo.

Si lo hiciera, asumiría que estaba loco y quería vivir en la banca de castigo. Lach tenía la mandíbula apretada. Estaba mirando a Astor cuando lo miré de nuevo, y deseé que volviera su atención a mí. Como si tuviera acceso a mi cerebro, lo hizo. Intenté decirle que se calmara y mantuviera la cabeza en el juego, pero no estaba seguro de cómo podía decir todas esas palabras solo con mis ojos. Se lo articulé, ganándome una sonrisa de suficiencia antes de que apartara la mirada para volver a ponerse el casco en la cabeza y volver a la pista. Astor se acercó a él, y se me encogió el estómago mientras esperaba la reacción de Lach a lo que dijera. Me cabrearía si le ponían otra penalización de dos minutos. En cambio, Lach asintió, y chocaron los puños. Los hombres eran tan raros. Ganamos 3-2. Lach marcó dos y Mason el último. Fue increíble.

CAPÍTULO 18

sería imposible escabullirnos por aquí. Él tenía que saberlo. Fue la única razón por la que me despedí de su madre y su hermano después del partido en lugar de quedarme. De todas formas, había un montón de gente esperándolo, todos con sus móviles para hacerse selfis o algo que tuviera en la mano para que les autografiara. Me invadió un gran orgullo al verlos. Recordé la primera vez que firmé autógrafos, me tomé fotos y sonreí al salir del campo. Saqué el móvil y les escribí a Marissa y a Banks, diciéndoles que los esperaría fuera, junto a la entrada por la que habíamos entrado. Como Banks no quería llevar las llaves, me las había dado para que las guardara en el bolso, así que no podían irse sin mí, pero necesitaba asegurarme de que supieran exactamente dónde estaba. Pegué la espalda al cristal y observé cómo la gente seguía entrando por las puertas.

Según el último mensaje de Mar, llevaba tres minutos allí de pie cuando sentí que se me erizaban los pelos de la nuca. El corazón me dio un vuelco al irme, me enderecé y empecé a mirar a mi alrededor. Me preguntaba si esa sensación desaparecería al irme de Fairview o si persistiría para siempre. No podía imaginar que desapareciera; mientras supiera mi nombre y ubicación, me encontraría. No quería que fuera cierto. Me repetía que no había forma de que saliera de Fairview para buscarme, pero estaba completamente trastornado, y no estaba muy segura. Miré a la multitud que salía, pero no lo vi. Quizás estaba siendo paranoica. Sí, estaba siendo paranoica. Aun así, di un respingo cuando vibró mi teléfono en la mano.

Marissa: espéranos en la camioneta

Me quedé mirando su mensaje un buen rato. ¿Qué hacían para que tardara tanto en decirme que esperara en la camioneta? Miré el estacionamiento donde estaba la camioneta negra de Banks. No estaba lejos, y él había estacionado cerca del semáforo, así que cualquier cosa que pasara fuera sería visible. Había suficiente gente alrededor para oírme si gritaba y verme si forcejeaba. Respiré hondo y me uní al grupo de gente que caminaba hacia el estacionamiento. Un grupo de la Universidad Ellis habló mal de Lachlan, lo que me enfureció irracionalmente, así que me concentré en ellos.

Tuve que recordarme todas las veces que la gente habló mal de mí abiertamente después de perder un partido y quedar herido en su orgullo. Aun así, oírlos hablar mal de Lachlan era diferente. Quería tirarles de la camiseta y darles un puñetazo. Tal vez lo habría hecho si a. hubiera estado lo suficientemente loco como para hacerlo, y b. no fueran hombres y me sacaran treinta centímetros de altura. Debían de

ser jugadores de baloncesto con su complexión y altura. Cuando me acerqué lo suficiente a la camioneta, pulsé el botón para abrir las puertas y salí corriendo. Me subí al asiento del conductor, cerré las puertas y encendí la camioneta. Lo logré. Respiré aliviado y me fui al asiento trasero, donde me había sentado de camino.

Respiré hondo y, al exhalar, oí un fuerte golpe en la ventana de al lado. Grité tan fuerte y salté tan alto que me di un golpe en la cabeza. Con una mano sobre el corazón, que me latía con fuerza, miré afuera y vi a Lachlan allí de pie. *¿Qué demonios?* Abrí la puerta y agarré el pomo. Apenas la había tocado cuando se abrió de golpe, y Lachlan estaba en el asiento trasero conmigo, cerrándola y echándole llave. Sus ojos me ardían. Solo podía mirarlo fijamente, con la boca entreabierta, todavía en shock, y ahora excitada al instante. Acababa de ducharse; su pelo aún estaba mojado, el olor a jabón llenaba el coche. Quería lamerlo. Mis ojos debieron de mostrar algo porque los suyos se oscurecieron aún más, si es que eso era posible.

No dijo nada, solo me puso una mano detrás del cuello y me besó con fuerza con un gruñido profundo que me recorrió el cuerpo y se alojó entre mis piernas. Nuestras lenguas danzaron en un arrebato de deseo, nuestras manos tirando del pelo, de nuestras camisetas, de cualquier cosa que pudiéramos agarrar para acercarnos. Sin romper el beso, me subió a su regazo, de modo que quedé a horcajadas sobre él. A través de mis finos shorts de ciclista, pude sentir su erección e instintivamente presionó mis caderas contra él. Gimió en mi boca y se apartó del beso, todavía sujetando ambos lados de mi cara. Sus ojos eran de un verde intenso en ese momento, todavía ardiendo a través de mí de una manera que me hizo estremecer por todo el cuerpo.

—Joder —gruñó y volvió a acercar su boca a la mía. Se apartó para mirarme—. No tengo condón, cariño.

—No me importa. Yo... yo no... ya sabes que nunca lo he hecho sin uno.

Sus ojos se oscurecieron al buscar los míos. "Yo tampoco."

Apreté mis caderas contra él, y él estrelló sus labios contra los míos en un frenesí que yo igualaba. Ralentizó el beso, jugueteó con mis labios y metió la lengua en mi boca en un baile sensual. Volví a mecerme contra él, ganándome otro gruñido. Me aparté un poco y le mordí el labio inferior mientras me mecía una vez más antes de recostarme y apoyar mi trasero en sus muslos.

"¿No se supone que debías regresar con el equipo?" Busqué sus ojos, deseando que mi corazón dejara de latir con fuerza por un momento.

“Le dije al entrenador que tenía transporte.”

"¿Puedes hacer eso?"

Ladeó la cabeza, con una sonrisa sensual extendiéndose por su rostro. "¿No me viste en el hielo?"

—Lo vi todo. —Me mordí el labio para contener la sonrisa. No funcionó y me gané un brillo en sus ojos.

—Todo, ¿eh? —Se inclinó y me mordió el labio otra vez, agarrándome las caderas—. Sácame la polla.

Miré a mi alrededor inmediatamente. Todavía había gente pasando. Algunos estaban parados frente a los coches, conversando. Los cristales de Banks eran opacos. Le habían puesto tres multas por culpa de ellos y seguía negándose a aclararlos, pero aun así. El coche se movería si nos metíamos allí.

—Lach. —Mis ojos se abrieron al verlo.

—Sácame la polla, Lyla James. No te lo volveré a pedir.

Me apresuré a hacer lo que me decía. Me temblaban las manos mientras le bajaba la sudadera hasta debajo de los muslos.

Mis ojos se clavaron en los suyos. "¿Sin ropa interior?"

La chispa en sus ojos se iluminó con diversión. Negué con la cabeza, pero no pude reprenderlo. Claro, lo había planeado, pero ¿cuándo? ¿Cuándo tuvo tiempo entre el partido y el poco tiempo que tuvo para ducharse? Empecé a desvestirme, sin querer perder tiempo, ahora que sabía que lo haríamos.

Me agarró la camiseta que llevaba puesta, con una mirada ardiente cuando lo miré. "Quédate con esto puesto".

Dios mío. Estaba perdida. Probablemente me correría antes de que me quitara los pantalones cortos por completo. De alguna manera, logré desnudarme de pies a cabeza rápidamente. Me jaló de vuelta a su regazo, sus dedos clavándose en la carne de cada nalgas. Eso solo me hacía temblar. Soltó la izquierda y me observó mientras colocaba su mano entre nosotros, sus dedos moviéndose lentamente arriba y abajo por mis pliegues. Se mordió el labio y gimió, como si lo que me hacía le diera placer. Sonreí al verlo. Me encantaba verlo así, me encantaba saber que era la única que lo había hecho así.

—Maldita sea. Tan mojada para mí. —Metió dos dedos dentro de mí, los sacó y me masajeó el otro agujero.

—Lach —susurré, abriendo mucho los ojos mientras agarraba sus hombros.

Relájate, cariño. Volvió a besarme, sus manos se movían entre ambos agujeros. Empujó un poco más rápido y metió un dedo en mi trasero. Me retorcí.

"Ffff-uuuuuuuck." Clavé mis uñas en sus omóplatos.

—Dios, eres tan jodidamente sexy. —Mordió mi labio inferior mientras movía sus dedos dentro de mí.

Movió su pulgar contra mi clítoris, y eso fue todo. Mi orgasmo fue tan fuerte que olvidé dónde estábamos. Cosas ininteligibles salieron de mi boca mientras un orgasmo me atravesaba. Retiró los dedos y los limpió con su sudor mientras me colocaba sobre su pene. Usé sus hombros como palanca y me hundí en él muy lentamente, observando

la expresión de su rostro. Susurró mi nombre como una oración mientras cerraba los ojos, y echó la cabeza hacia atrás cuando por fin lo tuve completamente dentro de mí. Me miró fijamente y me sujetó las caderas para evitar que me moviera. Deslicé mis manos de sus hombros y las rodeé con su cuello.

—Déjame moverme —gemí, necesitando la fricción que él me proporcionaba.

—Un segundo, cariño —dijo con los ojos entrecerrados.

—Siento que me voy a morir si no me muevo —susurré. La sonrisa que se dibujó en su rostro fue pecaminosa, pero finalmente me soltó y me dejó moverme.

—¡Joder! Te sientes tan bien —gimió, levantando las caderas para encontrarme con las mías cada vez que me corría sobre él—. ¡Joder, joder, joder!

Nuestros cuerpos se movían en perfecta armonía, como siempre. Cuando estaba con él, no recordaba haber estado con nadie antes. La forma en que se sentía dentro de mí, la forma en que me abrazaba, me besaba, me miraba. Era perfecto. Bajé el ritmo, levantando y balanceando las caderas aún más despacio. Cada vez que lo absorbía de nuevo, estaba segura de que ambos dejábamos de respirar.

"Estás buenísima cabalgando mi polla, Lyla", dijo con voz ronca mientras deslizaba las manos por debajo del jersey y buscaba mis pezones. "Qué buena pinta con mi nombre en la espalda".

—Joder. —Eché la cabeza hacia atrás. Estaba tan profundo así, y la forma en que me tocaba era vertiginosa. Sus dedos se apretaron sobre mis pezones mientras inhalaba con fuerza.

—Joder, Lyla —suspiró. Sentí que el orgasmo se intensificaba. Ya casi lo había conseguido. Casi.

—Oh, joder. Me voy a correr. —Eché la cabeza hacia atrás.

Bajó las manos y volvió a agarrarme las caderas. "Mírame, cariño".

Mi mirada se posó en la suya y exploté, convulsionando en su regazo mientras el orgasmo seguía golpeándome. Me siguió rápidamente, coreando mi nombre mientras se desbordaba dentro de mí. Era una sensación tan extraña. Me besó lentamente, apretando mi pecho contra el suyo en un abrazo. Me abrazó tan fuerte que pensé que desaparecería dentro de él. Quería hacerlo. Dios, quería hacerlo. Cuando nos separamos, apoyó su frente en la mía. Ambos respirábamos agitadamente, mientras el silencio se extendía entre nosotros. El sexo con él siempre era intenso. Pero el sexo con él después de ganar un partido era una locura.

—Me estás jodiendo, Lyla James —dijo en voz baja.

Me aparté y lo miré a los ojos, sonriendo. Debía de ser lo que más le gustaba de mí, porque cada vez que sonreía, parecía que el mundo se detenía para él, lo que me hacía querer hacerlo todo el tiempo, solo para él.

—Me has arruinado, Lachlan Duke —dije—. Arruinado.
Me miró a los ojos un buen rato. Demasiado. Y me besó de nuevo.

CAPÍTULO 19

Lachlan

Hoy iba a ser perfecto. Ganaríamos este partido y terminaríamos nuestra etapa como campeones. Mi agente lo tenía todo listo para que yo pudiera empezar el siguiente capítulo de mi carrera, y Lyla y yo por fin pudiéramos estar juntos en libertad. No estaba seguro de dónde, pero me aseguraría. La idea de estar separado de ella una semana me ponía nervioso. Le dije que le daría la semana antes de irme volando a California a buscarla. Se rió como si estuviera bromeando, y rió aún más fuerte al darse cuenta de que no. Era perfecta para mí. Si fuera por mí, le pediría matrimonio mañana y la cerraría ahora mismo.

Otros chicos que se hacían profesionales estaban emocionados por las conejitas de hockey que tendrían ahora, pero yo ya había superado esa vida. Ya había pasado por eso, lo había hecho, había comprado la camiseta, y Lyla James la había quemado. Solo la quería a ella. Claro, proponerle matrimonio estaba descartado. Puede que estuviera listo para terminar con esto de una vez, pero tenía que respetar su decisión de querer esperar. Era molesto, pero no era como si pudiera obligarla a casarse conmigo. La idea me dio vueltas en la cabeza demasiado tiempo antes de deshacerme de ella.

Después del partido de hoy, por fin me lo iba a contar todo y a darme el nombre de la persona que le había arruinado la vida. Estaba deseando ganarle a esa muy cabrona. Me había advertido que no lo hiciera, pero no veía cómo iba a callarme después de todo lo que me había contado. Recorrí los perfiles de redes sociales de todos sus conocidos, incluido su padre, buscando información que me dijera quién era, y siempre me quedaba corto. Me dio pena cuando me contó del accidente y la muerte de Luke. Debió de ser una cruz muy pesada, sobre todo porque se culpaba a sí misma. Pero cuando me contó la violación, me descontrolé. Iba a hacer que desearan no haber nacido. Hombre o mujer, me daba igual. Aunque si era mujer, quizá tuviera que contratar a una para que hiciera el trabajo sucio. Le pregunté por qué no acudía a la policía, y se asustó tanto al mencionarlos que supe que no era una opción. No importaba. Yo me encargaría.

Estaba perdido en mis pensamientos, empacando mis cosas, cuando Prescott y Mason entraron al vestuario para empacar sus cosas.

"¿Vas a volver a casa esta semana?" preguntó Mason.

“Sí, hasta que sepa cuál será mi próximo movimiento”.

"¿Vas a la fiesta esta noche?", preguntó. "¿Y por fin me vas a decir por qué no has ido a ninguna últimamente?"

"Fue a la mía", dijo Prescott.

"Sí, y todo el mundo se mantiene callado al respecto, así que ni siquiera pude conseguir nada sucio", respondió Mason.

"Quiero saber por qué pusiste dinero en el bote", agregó Aaron mientras entraba, captando el final de la pregunta.

Drew y los demás habían entrado charlando, pero se callaron al oír la pregunta de Aaron. Eran unos cabrones entrometidos. Pero entendí por qué les fascinaba tanto. A menos que fuera viernes por la noche, yo nunca había sido de los que se saltaban una fiesta. Nunca había puesto dinero en reserva. Cualquiera que hubiera estado en la fiesta de Prescott ya lo sabía, pero Mason tenía razón. La gente había sido muy reservada sobre Lyla y yo. Fue impactante y agradable saber que la gente a la que Prescott había investigado era leal y seguía sus reglas. Lyla no me había dado luz verde para hablar de nosotros, pero era el *último* día. Era mi último día para hablar mal de ellos y quería que lo supieran. Además, me daría un nombre y me lo contaría todo con detalle después de ganar el partido. ¿Qué importaba si se lo contaba a mis compañeros unas horas antes? Lo que se decía en este vestuario siempre se quedaba aquí, así que al diablo.

"Tengo una novia", dije.

Nunca lo había dicho en voz alta. Lyla tampoco. Parecía una palabra tonta, pero era la única forma de describir lo que teníamos de forma que la gente pudiera entenderlo. Ella era mía, y yo era suyo, y punto. Así que, si el término «novia» lo explicaba, me quedaba con él. No me sorprendió ver a todos con la boca abierta, todos menos Prescott y Drew.

"¿Quién?", preguntaron algunos de ellos al unísono.

—Mierda. —Ese era Mason.

Me reí y negué con la cabeza. Los entrenadores estaban junto a la puerta con un par de hombres que bien podrían ser del cuerpo técnico, ya que estaban presentes. Eran tranquilos, así que no me importó que me oyeran. Prescott parecía nervioso desde el principio de la conversación, y me pregunté si iría a decirle a Lyla que yo había hecho esto. No importaba.

"¿Acabo de enterarme de que Lachlan Duke tiene una maldita novia?", preguntó el entrenador Rob en voz alta mientras los demás se reían.

"Lo hiciste."

"De ninguna manera." Ese era Tucker, nuestro portero.

Me encogí de hombros.

"¿Quién es?" dijo uno de ellos.

"No puedes decir algo así sin decirnos nada".

—Mierda. Ya sé quién es —dijo Mason, con los ojos brillantes.

"¿Quién?" gritaron todos.

"¿Puedo decírselo?" preguntó.

Me encogí de hombros. Iba a salir a la luz después del partido, cuando la levanté y la besé a mares en medio de la pista, delante de todos, al menos.

"Lyla Marichal", anunció Mason, como si estuviera a punto de entrar en la habitación.

“¡Carajo!”, dijo uno de ellos.

"Siempre te toca el bueno", añadió otro. No pude discutirlo.

“¿El que lleva toda esa ropa holgada y esas cosas?”, preguntó uno.

Eso me hizo reír. No respondí a ninguna pregunta. No hacía falta. Aunque no se habían enterado de lo que pasó en la fiesta de Prescott, los rumores ya habían corrido como la pólvora desde la anterior, donde casi me peleo con Mase. No estaba seguro de si ella lo sabía. Tenía el presentimiento de que si se enteraba de que hablaban de nosotros juntos, habría intentado que pospusiéramos vernos. Ni hablar. Seguí guardando mis cosas, mientras los escuchaba hablar sin parar de las mujeres que hablaban mal de Lyla porque estaban celosas de ella. No me gustaba oír eso, pero sabía que a ella le daba igual. A Lyla le importaba un bledo lo que pensaran de ella.

Convencí al entrenador para que me dejara conducir al partido. Aceptó y dejó que algunos lleváramos nuestros propios coches. Nos habíamos seguido durante el viaje, pero en un momento dado, todos nos dispersamos en la oscuridad y la lluvia del camino. Estaba sentado en mi coche, llamando a Lyla antes de entrar. Me había dicho que estaría en el partido y quería asegurarme de que no condujera sola. La llamada fue directa al buzón de voz. Podría haber llevado a Marissa y Banks hoy. La última vez que nos llevó a casa, se quejó de que se acercaba demasiado a los coches de delante. No me extrañaría que ella fuera la conductora. Pensar en ella en esas condiciones me preocupaba aún más. Era una excelente conductora, pero me había dicho que había estado lloviendo la noche que murió su madre. Aunque había encontrado la manera de acallar esos sentimientos, no podía imaginar que no se le pasara por la cabeza. Volví a llamar, directo al buzón de voz. Le envié un mensaje.

Yo: envíame un mensaje de texto cuando llegues.

Esperé un minuto más, miré la hora y salí del coche. Ella me escribiría mientras me cambiaba. Mientras caminaba hacia el estadio, no dejaba de mirar mi teléfono por si acaso. Al bajar la vista, vi que se me habían desatado los cordones de los zapatos, así que me lo guardé en el bolsillo y me arrodillé. Oí que algo se movía detrás de mí mientras me ataba el zapato, pero lo ignoré. Después de eso, todo se volvió negro.

CAPÍTULO 20

Lyla

Nunca debí haber sido tan descuidado conduciendo hasta aquí y dejando que Marissa y Banks siguieran adelante sin mí. Me estaban esperando en el estacionamiento, pero aun así. Conducir por separado significaba que me veía obligado a estacionar más lejos de lo que me hubiera gustado. También significaba que tendría que caminar solo. Todo el día, había tenido la peor sensación en la boca del estómago. Marissa lo ignoró cuando lo mencioné, pero la sensación permaneció. El libro de mamá sobre confiar en tus instintos zumbaba en el fondo de mi mente. Por supuesto, me lo había dado años demasiado tarde. Lo supe cuando leí el capítulo sobre no confiar en nadie. El olor a cigarrillos me golpeó y mi estómago instantáneamente se revolvió. Caminé más rápido y seguí mirando por encima del hombro mientras el miedo seguía creciendo en mi pecho. Crucé los brazos y agarré mi teléfono para consolarme. El estacionamiento estaba casi desierto; todos ya estaban adentro mientras se preparaban para el partido de hockey.

Cuando ya no pude más, desbloqueé mi teléfono y fui a marcar el nombre de Marissa. Mi dedo ni siquiera había tocado su nombre cuando una fuerza repentina me jaló del pelo. Hice clic en algo en mi teléfono justo antes de que se me cayera y di un grito desgarrador. Pateé desesperadamente sus rótulas e intenté girarme para resistirme, pero me agarraban el pelo con demasiada fuerza. Tan fuerte que se me saltaron las lágrimas. Seguí gritando mientras me tiraban hacia ellos.

"¿Pensabas que te escaparías de mí tan fácilmente?", dijo detrás de mí. "¿Pensabas que tú y tu noviecito se irían de la ciudad sin consecuencias?"

El miedo que me oprimía el pecho se convirtió en un sollozo desgarrador que solté con una mezcla de sorpresa y terror. «Por favor», grité, poniendo mis manos sobre las suyas en mi pelo. «No. Por favor. No lo hagas».

—¿Suplicas por ti o por él? —preguntó, con su voz familiar cerca de mi oído—. Llegas tarde para ambos.

Mientras gritaba, procesé sus palabras. «No». Fue un susurro. «No. No. No».

Me dio la vuelta y me soltó el pelo, agarrándome del brazo y la parte delantera de la camiseta que llevaba puesta —la camiseta de Lach —, rasgándola por la parte superior mientras acercaba mi cara a la suya e intentaba besarme. Apreté los labios y le di un puñetazo, arañándolo mientras seguía gritando. Era demasiado grande, demasiado fuerte.

Nada funcionaría. Aunque luchaba y gritaba, sabía que nada lo detendría de hacerme lo que fuera.

—Oh —se rio a carcajadas. Con aspereza—. Ya veo. ¿No me vas a besar? Precisamente por eso tu novio no sobrevivirá a esta noche.

Oh, Dios, oh, Dios, oh, Dios. Miré sus duros ojos azules. ¿Le había hecho daño a Lachlan o solo estaba bromeando conmigo? ¿Planeaba hacerlo más tarde? Tenía que advertirle. Tenía que advertir a Marissa y a Prescott. Tenía que contárselo a alguien. Grité de nuevo, pero esta vez, salió un sollozo tembloroso.

¡Déjalo en paz! No lo volveré a ver. ¡No le hablaré! ¡Por favor!

Una risa áspera escapó de sus labios mientras entrecerraba los ojos. "¿Se supone que debo creer eso?", preguntó en voz baja antes de gritar: "¿Se supone que debo creer eso después de oírlo decir que iba a seguir viéndote?"

Puse todas mis fuerzas en un puñetazo e intenté darle un rodillazo en la ingle. Mis golpes se volvieron desesperados y empecé a lanzar puñetazos, rodillazos y patadas, gritando con todas mis fuerzas. Me soltó la camiseta de repente, haciéndome tambalear hacia atrás, y me dio un puñetazo en la cara tan fuerte que caí al instante. Sentía los oídos huecos al caer, y los ojos se me llenaron de lágrimas ardientes. Me dolió tanto que ni siquiera sentí la caída al caer al pavimento. El grito que me escapó sonó bestial. A través de mi visión borrosa, lo vi arrodillarse y acercarse.

"¿Suplicas por *su* vida?", me escupió en la cara. Me agarró el cuello y me apretó. "Me perteneces, niñita".

Apretó sus labios contra los míos con tanta fuerza que estaba segura de que me rompería las encías. Le di un puñetazo, pero mis brazos se habían debilitado por el ataque. Le di otro rodillazo y sentí que chocaba con algo. Él se apartó, liberándome con el movimiento, y comencé a levantarme, pero se recuperó demasiado rápido, y solo logré ponerme de rodillas cuando me tiró hacia abajo.

—Esto es lo que pasa cuando las niñas son desobedientes —susurró—. Recuérdalo cuando intentes que otro hombre te posea.

Otro golpe fuerte me impactó en la cara; todo se volvió negro. Me zumbaban los oídos con fuerza y, al recobrar la consciencia, el sabor a hierro me llenó la boca. Intenté abrir los ojos, pero no del todo. Me sujetó por encima de los vaqueros y me apretó. Gemí, esperando a que me los bajara, pero me soltó. Su figura parecía una sombra negra elevándose sobre mí mientras se ponía de pie. Sentí que colocaba algo firme contra mi torso, quizá su pie. Apretó con fuerza, provocándome un dolor distinto. Mi garganta formó lo que podría ser un grito antes de que todo volviera a oscurecerse.

Oí voces cerca, muchísimas voces. Alguien me tocó y grité de nuevo, mientras todo mi cuerpo se estremecía. Sentí que alguien me

movía, me cargaba y me colocaba sobre una superficie dura. Un pellizco en el brazo me hizo gritar.

"Para el dolor. Solo aguanta", dijo la persona.

Intenté asentir, pero los sollozos me desgarraron de nuevo. «Duele. Duele. Duele».

"Hola, estoy aquí. Todo va a ir bien", oí decir a Marissa con voz temblorosa.

—Lachlan —intenté decir con mi voz ronca—. Lachlan.

Luego todo volvió a oscurecerse.

Abrir los ojos me parecía imposible, pero sabía que estaba en el hospital. Oía el pitido de las máquinas; sentía el escozor de la cinta adhesiva en la mano, donde me habían puesto la vía intravenosa. Ya había sentido todo esto antes, cuando tuve un ataque de asma y tuve que pasar la noche en el hospital. Todavía me dolía la cara, pero no tanto, y supe, sin preguntar, que me estaban inyectando morfina. Abrí los ojos lentamente y vi una visión borrosa.

—Oye. —Prescott me apretó la mano. Empecé a respirar con dificultad y se me llenaron los ojos de lágrimas.

—Lachlan —dije con la voz entrecortada—. Por favor, Lachlan.

—Está bien. —Pasó sus dedos suavemente sobre los míos—. Lo llevaron a otro hospital, pero está bien.

Un gemido agudo llenó la habitación, y me di cuenta de que venía de mí. Le había hecho daño. Le había hecho tanto daño que lo habían hospitalizado. ¿Sobreviviría? ¡Dios mío! Sentí una oleada de dolor.

—Hola, hola —dijo Prescott—. Está bien. Está bien, Lyles. Está bien.

"¿Está despierta?" Era Marissa. Oí sus pasos apresurados, oí lágrimas en su garganta mientras decía: "Ay, gracias a Dios. Estábamos muy preocupados".

—Lachlan —susurré.

—Está bien —dijo Marissa rápidamente—. Tienes que concentrarte en tu recuperación.

Intenté negar con la cabeza. Quizás lo conseguí. Las lágrimas no dejaban de correr por mi rostro. Ya no podía verlo. Daba igual adónde fuera. Mientras yo estuviera cerca, estaría en peligro. Darme cuenta me causó un dolor agudo en el pecho que ninguna morfina podía calmar. Había encontrado lo que la gente busca toda su vida y lo había perdido en un instante. Me dejaron llorar hasta que se me acabaron las lágrimas. Las enfermeras entraron, manipularon la vía intravenosa y me hicieron preguntas que respondí aturdida. Para cuando volvimos a

estar solos, podía formar palabras temblorosas y roncas que ellas entendían.

—Pres, ya no puedo verlo. —Un sollozo se formó en el centro de mi pecho, pero luché contra él.

Se pasó las manos por la cara. «Lyles, no va a dejar que te vayas sin más. Ya ha estado preguntando por ti».

Eso me hizo llorar de nuevo. Respiré suave y temblorosamente y volví a mirar a mi amiga.

—Necesito irme. —Tragué saliva. Me dolía. Me dolía todo, pero sobre todo las palabras que salían de mi boca—. No sé qué hará falta. Cambiar de identidad. Mudarme a un lugar donde él no pensaría ir. No me importa. No puedo... —Respiré temblorosamente otra vez, mientras se me llenaban los ojos de lágrimas—. No puedo volver a verlo.

—Lyles —susurró Marissa, pasándome la mano por la cabeza—. Tenemos que encontrar la manera de avisar a la policía. Aunque sea por teléfono cuando estemos a salvo, no puede seguir con esto.

Asentí. «Llamaré cuando ya no pueda rastrearme, y así no irá a por mí».

—Descansa —dijo Prescott—. Regresaré más tarde.

"¿Vas a verlo?" pregunté. Joder, me dolió preguntar.

"Sí."

¿Puedes hacer algo por mí? ¿Podrías intentar conseguir rosas negras?

Claro. No sé si alguien vende rosas góticas, pero puedo intentarlo.

Eso me hizo sonreír un poco, pero la sonrisa rápidamente se convirtió en un sollozo.

“Necesito escribir algo para él”.

"No creo que sea una buena idea", dijo Marissa.

"Si quieres desaparecer, estoy seguro de que puedo lograrlo, pero no creo que escribirle algo ayude", dijo Pres.

"Necesito hacerlo. Necesito hacer esto."

—Está bien. Volveré antes de ir a visitarlo. —Caminó hacia la puerta.

“Pres.”

Se detuvo y se dio la vuelta, esperando.

—Te amo —empecé a sollozar de nuevo—. Eres el mejor apoyo que podría tener.

Él regresó. Los tres nos abrazamos. Al separarnos, todos nos limpiábamos la cara.

"Volveré", dijo y salió.

—Vas a estar bien, cariño. —Marissa se sentó en la cama. Dijo eso, pero lloraba cada vez que me miraba. Se secó la cara—. Necesitamos tomar fotos. Necesitamos alguna prueba de que él hizo esto.

"Estoy de acuerdo."

La dejé tomar fotos. No me reconocía en ellas. Mis pensamientos volvieron a Lachlan. Las mismas preguntas seguían rondando mi cabeza: ¿qué le hizo? ¿Qué aspecto tiene? Me temblaba la boca cada vez que lo imaginaba acostado en una cama de hospital por mi culpa. Se me había ido la luz. Me prometí que en cuanto estuviera lo suficientemente lejos, llamaría a la policía. Solo esperaba que me escucharan.

CAPÍTULO 21

Lachlan

Me desperté en una cama de hospital rodeado de gente. ¿Qué demonios? Intenté moverme y sentí que la cabeza me iba a estallar, así que me detuve al instante. ¿Pasó algo durante el partido? Intenté pensar en ello, pero tenía la mente en blanco. Recordé haber llegado a la arena y haber llamado a Lyla. Recordé haberle enviado un mensaje diciéndole que me avisara cuando llegara. Luego, salí, y entonces... nada.

"¿No pueden ver la señal de la cámara?", preguntó el entrenador Jameson. "Hay cámaras por todas partes".

"Es cierto. Y seguía llegando gente", añadió el entrenador Rob. "Un estudiante de Ellis lo encontró y llamó al 911".

"Estamos intentando conseguir las imágenes de la cámara", dijo otra persona.

—¿Qué pasa? —pregunté con voz ronca. *¿Cuánto tiempo llevaba allí tumbado?*

—Tienes que volver y hacer tus preguntas más tarde —dijo mi mamá—. Necesita descansar.

Me di cuenta de que un hombre, el oficial Hughes, suspiró. «Solo una pregunta. ¿Recuerdas algo?»

"Nada en absoluto." Fruncí el ceño ante mis propias palabras.

Todos se despidieron de mí al salir de la habitación, y entonces solo quedaron mamá y Liam. Ambos tenían una expresión de preocupación que me encogió el corazón. Moví los brazos y las piernas para asegurarme de que funcionaban. Y funcionaban. ¿Por qué estaban tan preocupados? Estaba bien. Estaría *bien* ... ¿verdad?

"¿Cuánto tiempo he estado inconsciente?"

"Tres días", dijo Liam.

"¿Tres días?" Intenté levantarme, pero al instante me arrepentí de nuevo. Mamá se abalanzó para ayudarme a acostarme de nuevo.

—Necesitas descansar, Lach. —Ella ahuecó mi almohada.

"¿Dónde está Lyla?" pregunté, y seguí con la pregunta: "¿Ganamos?"

Parpadeó. "No hablas en serio".

"¿Lo hicimos o no?"

—¿Estás en el maldito hospital y te preocupa el estúpido juego? —espetó Liam—. Ganaste por incomparecencia. El juego no se jugó —respondió mamá.

"¿Por esto?", pregunté. Cuando mamá asintió, cerré los ojos y pensé en mis compañeros.

La mayoría no se hacían profesionales, ya sea porque no eran lo suficientemente buenos o porque no querían. Habían estado esperando ese partido con ansias, ya que era el último. Intenté consolarme con el recuerdo de que habíamos ganado los dos anteriores, pero no fue suficiente. La culpa seguía apoderándose de mí. Cerré los ojos y sentí que me dormía. Pensamientos sobre Lyla llenaron mi mente, mis sueños. Cuando abrí los ojos de golpe, esperé que estuviera allí. No estaba. Mi madre seguía allí, pero Liam se había ido.

—Voy a tomar un café —dijo mamá, besándome la frente—. Liam fue a buscar comida. Volverá antes que yo.

Ella estaba saliendo mientras Prescott entraba.

—Hola, amigo —dijo—. ¿Cómo te sientes?

—¡Qué pasada! Me dijeron que no jugaste el último partido.

"¿A quién le importa?" Pres frunció el ceño. "Nos dieron la opción, y nadie del equipo dijo que sí. Lo mismo le pasó a Ellis. Cuando supieron lo sucedido, decidieron terminar la serie. De todas formas, estábamos arriba".

“Eso está jodido.” Negué con la cabeza.

—Ganamos. —Se encogió de hombros—. Nos parece bien.

Le creí. Mi equipo era así de desinteresado.

—¿Dónde está Lyla? —pregunté. Su repentino cambio de expresión me entristeció—. ¿Le pasó algo?

Suspiró profundamente. "Vuelvo enseguida".

Caminó hacia la puerta, la entreabrió, agarró algo y la volvió a cerrar. Al girarse, llevaba un ramo de rosas negras. Se me encogió el corazón. No vendría. Estaba segura. Colocó el jarrón con el resto de las flores que había recibido; todas alegres y positivas en comparación. Las suyas eran mis favoritas. Tragué saliva con fuerza y di un sorbo del agua que me había traído la enfermera. Pres cogió la tarjeta adjunta, me la acercó y me la entregó. Me tembló la mano al cogerla. No tuve que leerla para saber que se había ido. Ya sentía su ausencia.

-Se fue, ¿no?, pregunté con voz ronca.

Pres bajó la mirada, con una expresión triste en el rostro al volver a levantarla. Lo vi tragarse la ira antes de responder. "Se ha ido, Lach".

Mi corazón dejó de latir. "¿Cómo que se fue?"

—Está a salvo —dijo rápidamente—. Dijo que lo que pasó fue una llamada de atención y que está demasiado asustada para estar cerca de ti, por si acaso. —Hizo una pausa y volvió a tragar saliva—. No la volverás a ver.

Estaban sucediendo tantas cosas dentro de mi cuerpo que pensé que iba a explotar. Sentí ganas de llorar por primera vez desde que tenía siete años. Sollocé y me di cuenta de que estaba llorando. Me sequé la cara y apreté la mandíbula para contener el resto de mi emoción. Sabía que perdería el control en cuanto saliera de la

habitación. Como no tenía nada que lanzar, mi ira saldría en forma de lágrimas. Lo sabía. Respiré hondo.

“¿Cómo estaba cuando se fue?”

—Destrozada. —Pres soltó una carcajada que sonó como si quisiera añadir más, pero se contuvo. Tuve que tragar saliva de nuevo —. Nunca la había visto así. Ni siquiera después de... —Hizo una pausa, con lágrimas en los ojos. Se pellizcó el puente de la nariz—. Ni siquiera después de Luke. Ni siquiera después de su madre. —Respiró hondo y tembloroso, y se secó los ojos—. Podríamos haberte perdido, Lach.

"La encontraré", dije en voz baja.

—Lo siento, hombre —susurró—. No quiere que la busques.

Solté una risa aguda. "Eso no es asunto suyo".

Ahora es un fantasma, Lach. Te lo aseguro, no la encontrarás. Quiere que vivas la vida de tus sueños y dice que no podrás si ella está en ella.

Eso me hizo reír. Quería que viviera la vida de mis sueños sin ella. ¡Qué mierda!... Apreté los dientes. ¿Cómo *demonios* esperaba que hiciera eso? Prescott se quedó un rato más. Cuando se fue, no lloré como esperaba. La ira había reemplazado la tristeza que había sentido antes. Abrí la tarjeta. Estaba escrita con rotulador permanente, su letra. La leí. La miré fijamente. La releí.

Lo siento muchísimo, joder.

Te amo demasiado

X, Lyla James

Las palabras estaban manchadas como si sus lágrimas hubieran caído al escribirlas. Una sonrisa se dibujó en mi rostro. No necesitaba un espejo para saber que parecía más siniestra que feliz. Lo sentía en los huesos. ¿Pensó que me iba a dejar? Pensó que después de escribir que me amaba, de escribirlo de verdad, simplemente iba a, ¿qué? ¿Dejarla ir? Ay, no. Reí entre dientes. Iba a encontrarla, y cuando lo hiciera, lamentaría no haberme dejado escapar.

PARTE DOS

3 AÑOS DESPUÉS

PRÓLOGO

Ser protagonista del Juego de las Estrellas de la NHL es una buena forma de terminar antes de retirarme. Nuestro equipo aplastó a nuestros oponentes. No porque los otros tres equipos no sean buenos. Son geniales, pero pusieron a los tres mejores jugadores de hockey de nuestra generación en el mismo equipo. No podían esperar una pelea justa. Hoy, la competencia es menos agresiva porque estamos haciendo ejercicios divertidos. Espero que me dé un respiro de todas las preguntas que he estado respondiendo todo el fin de semana.

He pasado la mayor parte del tiempo aquí diciéndoles a mis amigos que me retiro. No quiero que lo escuchen por ESPN, y conociendo a esos cabrones, al final del día tendrán la noticia frente a un comentarista deportivo. Voy a usar mi último tiempo aquí en los medios para anunciarlo. Ya sé que estará por todas partes. No hay forma de que se lo pierda. No es que importe a estas alturas. Lo hecho, hecho está, y mi ira crece cada día que pasa.

"Duuuke", dice Nolan, deteniéndose frente a mí y chocando los puños.

Oye, amigo. Te perdiste el desayuno.

—Sí, he estado lidiando con algunas cosas. —Sus ojos se oscurecen mientras mira a la multitud.

Miro hacia los asientos con él. Sigue bastante vacío, ya que el desafío de los penaltis no empieza hasta dentro de una hora. Nuestras opciones son salir a la pista o aparecer en la prensa. Una obviedad. Nolan Astor y yo ya éramos muy amigos, pero nuestro vínculo se fortaleció aún más cuando nos reclutaron para la liga profesional. Dependíamos mucho el uno del otro para entender qué estaba pasando. Por suerte, Logan Fitzgerald estaba presente para responder a nuestras preguntas. Eso es lo bueno de jugar en ligas competitivas toda la vida. Acabas haciendo amigos en el camino. Había jugado con Nolan y Fitz en varias ocasiones, pero los tres nunca habíamos estado juntos en el mismo equipo antes de este Juego de las Estrellas.

"¿Necesitas que joda a alguien por ti?" Le pregunto después de un momento, ya que todavía está frunciendo el ceño a la mayoría de los asientos.

Se ríe. "No, pero si lo supiera, estarías en mi lista de contactos".

“A su servicio”, le digo.

—No puedo creer que te jubiles. —Se pone serio y niega con la cabeza—. Llevo tres días pensando en eso, y todavía no lo asumo. ¿Por qué? ¿Cuál es la *verdadera* razón?

—Te lo dije. Tengo algunas cosas que atender, y mi papá...

—Ay, que te jodan —dice, bajando la voz pero con los ojos entrecerrados—. No vuelvas a contarme esas chorradas sobre tu padre. Sé cuánto lo odias. Fue un imbécil toda tu vida. Puedo contar con una mano las veces que estuvo en tus partidos, y llevamos jugando juntos desde la secundaria, así que déjate de chorradas.

"Hemos estado trabajando en nuestra relación", digo y miro hacia las gradas, donde dos mujeres que llevan camisetas con nuestros nombres escritos en sus pechos están presionadas contra el plexiglás.

Cuando notan que los miro, la que lleva mi nombre en la camisa sonríe, agita un pase de acceso total y señala el túnel, diciéndome que me estará esperando allí. Nolan nota mi distracción y me mira. La mujer que lleva su nombre hace lo mismo. Levanta su bastón a modo de saludo y les damos la espalda.

Nolan niega con la cabeza. «Nunca paran».

—Acabas de agitar el bastón —señalo—. Es una invitación clara.

No. No podrán entrar conmigo. Ya le dije a seguridad que no dejara pasar a ninguna conejita. No voy a andar con tonterías.

—Qué honorable de tu parte —digo, sintiendo que mis labios se contraen.

—Mira quién habla. —Me mira fijamente—. Al menos cinco mujeres te esperaban la última vez que viniste a Boston, y las ignoraste.

"No me interesa."

Es lo mismo en todas las ciudades donde pasamos más de una noche: conejitos y fiestas. No me entusiasma. Ni a Nolan. Los tres —Nolan, Fitz y yo— hemos tenido la misma experiencia con las mujeres toda la vida. Sonreímos y se bajan las bragas. Es así de fácil. Probablemente por eso estamos hartos.

"¿Aquí tampoco hay suerte?", pregunta después de un momento.

—No. —Patino hacia el disco que está cerca. Empezamos a pasárnoslo mientras hablamos y patinamos por la pista.

Todos mis compañeros saben de Lyla. Es difícil guardar un secreto así, cuando no vas a fiestas y buscas a la misma persona en cada ciudad donde juegas. Al principio me molestó que me criticaran, pero cuando se dieron cuenta de que iba en serio, empezaron a vigilarla. Fitz y Nolan lo saben, porque durante el All-Star del año pasado, bebimos demasiado una noche y hablamos de todo. A estas alturas, más me vale ponerme una camiseta con su foto.

La risa seca de Nolan me saca de mis pensamientos. «Déjanos enamorarnos de las mujeres más exasperantes e imposibles del planeta».

"Al menos sabes dónde está el tuyo".

Su risa en respuesta es breve y amarga. "Créeme, ese es un infierno diferente".

—Seguro que sí, pero solo te llevó unos meses encontrarla. —Detengo el disco y patino con él un poco más lejos, pasándolo desde

otro ángulo.

“Mira las malditas circunstancias”. Detiene el disco y sonríe, saludando con la cabeza a quienquiera que esté patinando detrás de mí.

Veo a Fitz patinando hacia nosotros, mirando distraídamente las gradas. Al llegar a nosotros, se detiene y sigue mirando a su alrededor.

—¿A quién buscas, cabrón? —pregunto, aunque lo sé perfectamente.

Me mira fijamente. "Se supone que Mae ya debería estar aquí".

"Tal vez esté pasando el rato con las otras esposas", dice Nolan, patinando un poco más lejos para pasar el disco nuevamente.

Se la pasa a Logan, quien la deja pasar, ya que sigue con la vista puesta en las gradas. Vuelvo a ver a los conejitos. Ya son seis. Todos nos miran, pero no intentan llamar nuestra atención, lo cual es extraño.

“Los conejitos de puck ya ni siquiera pierden el tiempo con él, porque saben que los rechazarán”, dice Nolan, respondiendo la pregunta en mi cabeza, mientras me devuelve el puck.

"Apuesto a que se compadecieron de ello", digo.

"¿A quién le importa? ¡Qué suerte tiene!", dice Nolan. "Hasta yo le daría una paliza si se acostara con Mae".

Fitz entrecierra los ojos por encima del hombro mientras coloca el teléfono en su oído, probablemente llamando a Mae mientras hablamos.

—No creo que Fitz fuera tan estúpido —digo, mirándolo de reojo —. Le daría una paliza contigo, y luego intentaría conquistar a Mae.

"¿Quieres pelear, Duke? ¿De eso se trata esto?" Fitz se gira hacia mí inmediatamente, con expresión amenazante. Me río. Él no. Se acerca patinando, pero antes de que pueda decir nada más, baja la voz y habla por teléfono. "Oye, ¿dónde estás?".

“¿Todo bien?”, le pregunto cuando cuelga el teléfono.

—Sí. Su hermano se marchó del hotel y quería dejar su maleta en nuestra habitación hasta que nos fuéramos —dice.

"Aunque no fuera la novia de Logan", empieza Nolan, pues no parece poder dejarlo pasar. "No intentarías estar con ella".

“¿Y tú lo harías?” Levanto una ceja.

—Deja de hablar de mi maldita esposa —gruñe Fitz.

"Decimos que no la aceptaríamos", dice Nolan. "Porque somos muy patéticos".

Asiento con gravedad. Fitz pone los ojos en blanco.

"Mira lo que podemos tener". Nolan levanta el palo en dirección a los conejitos.

Los tres miramos.

"Son jodidamente sexys", dice Nolan.

“Lo son”, coincido mientras miro a cada uno de ellos.

Ya sé cómo termina esto, y no es con mi pene en la boca de ninguno de ellos. Estoy seguro de que nadie en su sano juicio los dejaría pasar, pero ¿qué carajo voy a saber yo de eso? Lyla se llevó lo que me quedaba de cordura.

—Ustedes dos están solteros —dice Fitz, dándoles la espalda para mirarnos—. ¿Se dan cuenta de eso, verdad?

Lo miro fijamente y les doy la espalda también.

—Por eso dije que somos patéticos. —Nolan les da la espalda—. No puedo creer que sigan ahí parados.

"Y no puedo creer que nos estén obligando a hacer esta tanda de penales", dice Fitz, robándome el disco. Se ha quejado de la tanda de penales cinco veces.

"¿Tienes miedo porque sabes que te voy a patear el trasero?" Le robo el disco mientras patinamos hacia el otro lado de la pista.

"Por favor." Se burla.

"Hablando de palizas", empieza Nolan. "¿A qué idiota se le ocurrió ponernos a los tres en el mismo equipo?"

«Alguien que quería ver una paliza», digo.

"Apuesto a que algún club está intentando ficharnos a los tres", dice Nolan, mirándome fijamente. "Pero uno de nosotros se retira, así que eso no pasará".

"¿Cuál es la verdadera razón por la que te retiras?", pregunta Fitz al detenernos. Le pasa el disco a Nolan, quien me lo pasa a mí.

“Te lo dije, mi padre. . .”

—Oh, lárgate ya —dice Fitz, interrumpiéndome igual que nuestro amigo—. Te vas a ir de aquí. —Hace señas alrededor de la arena—. ¿Por el imbécil de tu padre? No me vengas con esas tonterías.

"Ni siquiera asistió a ninguno de los partidos finales, que se celebraron justo al lado de su edificio", afirma Nolan.

Todavía se me encoge el estómago al mencionar ese torneo. Nadie me culpa de que el partido no se jugara, al menos públicamente, pero la culpa me carcome cada vez que pienso en ello. Sé que el ataque no fue mi culpa y que no había forma de que pudiera jugar, pero me indigna que también afectara a todos los demás. Intento apartar ese pensamiento. He estado de bastante buen humor este fin de semana, porque intento saborear cada momento: estar en el hielo, la camaradería, el ambiente... todo. He logrado apartar la mayoría de los pensamientos negativos sobre Lyla James por esto, pero no me cabe duda de que cuando baje del avión en Chicago, el resentimiento crecerá.

—Mira, ¿necesitas un descanso? Bien. De todas formas, es temporada baja —dice Fitz—. Pero no te retires, carajo.

“¿Has considerado que tal vez encontrarla no sea una posibilidad?” añade Nolan.

Aprieto los dientes. "No es posible".

"¿Qué vas a hacer si ella ya pasó página?", pregunta Fitz, arqueando las cejas en reacción a lo que ve en mi rostro.

—No lo ha hecho. —Aprieto el palo con más fuerza.

Mataría al cabrón con el que ha seguido adelante; eso es lo que pasaría, pero sé que no lo ha hecho. Si yo no he podido seguir adelante, ella tampoco. No hay manera de superar esto.

"¿Qué harás cuando la encuentres?", pregunta Nolan, con la misma preocupación que Fitz. "Cada vez que hablas de ella, parece que quieres matarla, joder".

"No se equivoca", añade Nolan.

Los miro a ambos. No necesito un espejo que me diga qué cara tengo. «Voy a hacerle la vida imposible».

Con eso, empezamos a patinar hacia la portería, pasándonos el disco. La sincronización perfecta es increíble. Nunca había jugado con nadie así. Al menos no de buenas a primeras. Me pasa cuando juego con Mason, pero es porque llevamos tanto tiempo jugando juntos. Esto es diferente. En cuanto los tres saltamos al hielo, es mágico. Somos como Jordan, Pippen y Rodman. Wade, LeBron y Bosh. Fitzgerald, Astor y Duke sonaban muy bien. Quizás en otra vida. Por el bien de todos, espero que en esa vida no esté tan amargado.

CAPÍTULO 22

Dalila

¡Vamos! ¡Pasa! ¡Pasa! ¡Pasa! —grita Wade desde el otro lado del campo.

Antes de poder darme la vuelta, me tapo la boca y me río. Dios mío, ojalá nadie me haya visto. Lo último que necesito es lidiar con las tonterías de algún padre hoy. Pero es gracioso cómo Wade les habla como si ya estuvieran jugando al fútbol en serio. ¡Son cinco, por Dios! Uno ya ha marcado un gol para el equipo contrario. Otra está sentada junto a la portería porque está cansada.

"¡Vamos, RIGBY!" Otro grito de Wade.

Rigby se queda ahí parado, viendo cómo el balón pasa rodando junto a él y se acerca a la portería contraria. No debería reírme, pero esta es mi forma de entretenerme. Es lo que hago para divertirme los fines de semana, cuando no estoy entrenando a adolescentes ni trabajando en el Tackle Sports Center. Los sábados entreno, pero como tenía el día libre, acepté cuando Wade me llamó y me pidió que ayudara a arbitrar a los niños pequeños. Si no lo hubiera hecho, estaría ayudando a Marissa con su tienda de batidos (la que está al lado de su floristería) o en casa lavando la ropa. Mi vida ahora gira en torno a esas cosas. Durante los últimos tres años, he girado en torno a la facultad de medicina, y los sábados, a mis prácticas en Tackle, pero ahora que se acabaron, estoy a la deriva antes de empezar mi formación especializada.

Ya me da pavor el tiempo libre. Quizás ayude a Marissa a tiempo completo o les diga a los del centro que me den más sesiones de entrenamiento. Lo que sea con tal de no estar tanto tiempo parada. Estar parada me lleva a pensar, lo que me lleva a la depresión, lo que me lleva al entumecimiento, y por fin estoy empezando a permitirme sentir cosas; al menos lo intento. Menos mal que tengo terapia, supongo.

La terapia es la única contingencia que Prescott puso para ocultarle mi secreto a Lachlan. También es la única manera en que logré que él y Marissa aceptaran no mencionarlo nunca. Obligado o no, no puedo mentir y decir que la terapia no ha sido útil. Sí que lo ha sido, pero al procesar mi duelo, me he abierto a emociones que no quiero tener. Me tomó cinco sesiones empezar a abrirme, e incluso ahora, solo lo hago a través de la hipnoterapia. Es intenso.

Le pido a la terapeuta que grabe mis sesiones. No sé por qué, ya que no es como si fuera a sacar un cubo de palomitas y verme revivir mi trauma. Pero quiero tenerlo. Mi terapeuta es muy de "mostrar las emociones", así que se lo ha pasado genial conmigo. Sigo sin mostrar mis emociones a menudo, pero estoy bastante segura de que era así antes de que todo se incendiara. Ya no lo sé.

Todas las noches me siento, cierro los ojos y hago sesiones de respiración para relajarme y revivir escenas del pasado. Duele, claro. Soy una glotona del dolor. Pienso en mamá, en Lach y en Luke. Como no dejo que mis amigos hablen de él, casi siento como si Lach hubiera muerto. De alguna manera, duele mucho más que cuando perdí a Luke. Es horrible admitirlo, pero Lachlan es diferente. Encontró el camino a mi corazón cuando nadie más pudo. Me hizo sentir cuando nadie más pudo. A veces, quiero llamarlo solo para oír su voz y clavarme el cuchillo un poco más en el pecho.

Cuando me siento con más valentía, me imagino acudiendo a las autoridades y contándoles lo que pasó, pero eso siempre dura poco. Lo intentamos en cuanto aterrizamos en California y no pasó nada. No nos creen. Siempre supe que no lo harían, así que aunque volviera allí y lo hiciera en persona, solo estaría arrastrándome de nuevo a las profundidades del infierno para nada. Significaría haber cambiado por completo mi identidad para permanecer oculta para nada. No es como si fuera a recuperar a Lachlan Duke. Tal vez su perdón, pero incluso eso parece improbable. Además, por lo que sé, podría estar casado. Me da un dolor de estómago instantáneo pensarlo. Aunque no esté casado, apuesto a que tiene novia o *novias* ... No quiero saberlo. Es mejor no saberlo. Dejé de ver las cadenas deportivas por completo, cuando me di cuenta de que siempre estaban hablando de él. Duele demasiado. Lo único que ayuda es recordar que está bien. Salió del hospital, firmó con un equipo profesional y está viviendo su sueño. Eso es todo lo que sé de él, y me basta. Se merece ser feliz.

Mi teléfono vibra en la riñonera que llevo cruzada, y me da escalofríos al instante. Olvidé escribirle a Marissa para avisarle que iba esta noche. Cuando Wade pita para avisarme que el partido ha terminado, salgo de mis pensamientos y miro el móvil.

Marissa: recuerda esta noche

Yo: ¿De verdad crees que olvidaré tu cumpleaños?

Marissa: No, realmente creo que no aparecerías a propósito y te quedarías en casa estudiando como un maldito nerd.

Yo: FU

Marissa: FU también

Yo: te veo esta noche.

Cuando guardé el teléfono, los padres seguían animando y agarrando a sus hijos. Mientras me agachaba para recoger el balón, vi un destello azul y me puse de pie al ver a Danica corriendo hacia mí desde el otro lado de la cancha, con su pelo rubio pegado a su adorable cara sudorosa. Es de las pocas que siempre llega a tiempo, lo cual sin duda es obra de su padre, y siempre quiere una foto conmigo cuando me ve.

“Entrenador Dee, ¿puedo tomarme una foto con usted?”, pregunta, respirando con dificultad cuando finalmente llega a mi lado.

Me agacho a su altura. "Claro, cariño. ¿Dónde está tu papá?"

"Aquí mismo", dice Cooper, agitando el teléfono mientras se acerca. "Se molestó porque no estuviste aquí la semana pasada".

Aprieto su pequeño cuerpo contra mi costado. "A veces, tengo que entrenar a las chicas mayores".

—Lo sé —dice haciendo pucheros, sacando el labio inferior hacia afuera.

"Le sigo diciendo que ahora que empiezas la residencia, probablemente no pasarás tanto tiempo aquí, pero no quiere aceptarlo". Cooper niega con la cabeza, sonriendo. "Eres su entrenador favorito".

Me inclino y me acerco al oído de Danica para susurrarle: "Qué bien, porque eres mi jugadora favorita".

Ella me sonríe y luego mira el teléfono de su padre mientras toma la fotografía.

"Debes tener un millón de fotos mías". Me quito el polvo de las rodillas mientras me levanto.

"Creo que podría", se ríe.

Cooper es el dueño de Tackle, así que, aunque no le reporto, técnicamente es mi jefe. Es amable y siempre sonríe. Es una sonrisa amable, genuina, que llega a sus ojos como desearía que llegaran los míos. Aún no he llegado a ese punto.

—Muy bien, ¿nos vemos el próximo sábado? —Cooper toma la mano de Danica, pero mantiene sus ojos azules fijos en los míos.

—Supongo que sí —digo—. Podías verme el lunes en el trabajo, pero me echaste del centro.

Se ríe. "¡Necesitas un descanso!"

—Sí, lo que sea —bromeo mientras se alejan.

Sigo recogiendo los balones, conos y redes de fútbol mientras Wade habla con un par de mamás al otro lado del campo. Wade es popular entre las mamás de aquí. Es guapo, pero creo que su estatus en la selección masculina de fútbol de EE. UU. es lo que realmente las convence. Son de ese tipo. Lo sé porque he estado a su lado suficientes veces como para oír que solo hablan de deportistas. Como Delilah, he intentado adoptar una actitud de "¿qué haces?", pero me molesta. No es que necesiten el dinero. Estoy bastante segura de que eran ricas antes de conocer a sus maridos ricos. Siendo sincera, creo que lo que me molesta es ver cómo le pasa esto a Lach. Wade me mira de reojo mientras recogía un cono y me lanza una mirada que casi grita "¡Ayúdenme!". Tiro el resto de las cosas al cubo y corro hacia allí, saludando a las mamás con la mano al llegar a ellas.

Me vuelvo hacia Wade. "Se supone que deberías estar de vuelta con el equipo a las cinco".

—¡Rayos! Se me había olvidado. —Se ríe, presumiendo su hoyuelo a las chicas.

Lucho contra las ganas de poner los ojos en blanco. Pero la excusa funciona. Se disculpan por hacerle perder el tiempo, y él les dice que le encanta que lo hagan. En cuanto dejan de oírlo, gruñe y recoge el cubo.

"Ni siquiera puedes quejarte", le digo. "Siempre enseñas tu hoyuelo y les dices que te encanta hablar con ellos, y por eso sigue pasando".

Me mira de reojo. «Pareces inmune a mis hoyuelos y a mi encanto».

“Quizás sea el único en todo Rodas que se siente así”.

Choca su brazo contra el mío y me tambaleo unos pasos. Cuando recupero el equilibrio, lo empujo con tanta fuerza que tropieza y salen volando cosas del cubo. Me lanza una mirada asesina y salgo corriendo hacia mi coche mientras él recoge las provisiones caídas. Sigue hablándome cuando enciendo el coche, pero me voy antes de que pueda detenerme de nuevo. Me muero de ganas de llegar a casa y ducharme. Y todavía tengo que prepararme mentalmente para estar emocionada por el cumpleaños de Marissa esta noche. Eso es algo que no ha cambiado.

CAPÍTULO 23

Dalila

Enciendo la televisión mientras camino a la cocina y me quejo cuando pone ESPN. ¡Maldito Prescott! Nunca veo la tele, pero si la veo, es el último canal que veo, sobre todo a esta hora. Hay un banner de noticias de última hora abajo. Me doy la vuelta para sacar un yogur del refrigerador cuando suena el móvil.

—Oye —digo, confundida—. Todavía no me visto.

“Lo sé, pero algo está pasando y quería que lo escucharas por mí y no por la televisión en Medley's más tarde esta noche”.

Mi corazón se detiene. "¿Qué pasó?"

“Lachlan. . .”

Se me cae el alma a los pies. La interrumpo antes de terminar. «Dios mío. ¿Qué ha pasado?»

Vuelvo a mirar el televisor y, efectivamente, su hermoso rostro está ahí. Dejo el yogur.

“Se jubila”, dice ella.

—¡Dios mío, Marissa! Deberías haber empezado con eso.

“Oye, no es mi culpa que tu cerebro automáticamente asuma lo peor de todo”, dice ella.

No se equivoca en eso. Ya me imaginaba ir a su funeral y morir con el corazón roto. La única razón por la que no he muerto de eso ahora es saber que está vivo y bien, y esa pequeña chispa de esperanza que me invade constantemente cuando pienso en volver a verlo.

“Curiosamente, la tele ya estaba en ESPN cuando llegué. Supongo que Pres lo estaba viendo la última vez que estuvo aquí”, digo, mirando la conferencia de prensa que está dando Lach. Por suerte, está en silencio. No creo que pueda soportar verlo ni oírlo.

Ella guarda silencio por un momento. "¿Estás bien?"

—Sí. —Le doy la espalda al televisor.

"¿Quieres que cancele lo de Medley y vaya a tu casa?", pregunta.

—No. —Cerré los ojos y negué con la cabeza—. Estaré allí a las ocho.

“¿Quieres que intente reservar en otro sitio?” pregunta tímidamente.

Me río. "¿En qué parte del universo no van a dar esa noticia esta noche?"

"Joder", susurra ella.

—Te veo a las ocho. Estoy perfectamente, te lo prometo.

Colgamos y me deslizo por la puerta del refrigerador lentamente, hasta que mi trasero está en el suelo. Levanto las rodillas y entierro la cara en mis manos. *No* quiero ir a Medley's. No quiero hacer nada. La

tristeza me envuelve mientras estoy sentada allí. ¿Por qué se retiraría? ¿Tal vez se lesionó? Dios, espero que no sea por lo que pasó en Fairview. Ama tanto ese deporte, y ya me siento fatal por haber resultado herido en primer lugar. *Podría haber muerto.* Mis ojos se llenan de lágrimas, como lo hacen cada vez que pienso en eso. Podría haber muerto también, lo sé. A veces, desearía haberlo hecho. La culpa que lo consume todo es algo que la terapia nunca eliminará por completo. Sé mejor que nadie que obsesionarse con el pasado no lo cambiará, pero es difícil no pensar en cada detalle de lo que salió mal. Después de un rato, me obligo a dejar de pensar en ello (en él) y me obligo a comer el yogur para poder prepararme para la salida que ya estoy temiendo.

“¡Estás aquí!” dice Marissa, emitiendo un grito silencioso mientras me rodea con sus brazos.

—Feliz cumpleaños, zorra. —Mi voz se oye amortiguada por su pelo. Veo a Prescott y Wade hablando junto a la puerta cuando nos alejamos—. No pude llevar tus regalos, así que están en mi casa.

—Ay, para. Mi regalo es vestirte, pero lo hiciste bastante bien tú sola. —Me mira de reojo.

“Aprendí de los mejores”, digo.

"Seguro que sí." Ella sonríe.

—Entonces, ¿te emociona estar un año más cerca de la muerte? —La tomo del brazo y empiezo a caminar.

Me lanza una mirada irónica. "Sí, porque significa que he sobrevivido hasta ahora".

“Supongo que es una forma de verlo”.

"¿Estás seguro de que estás bien?", pregunta.

—Lo soy. —Respiro hondo—. De verdad que lo soy.

«¿Crees que estarás un poco emocionado esta noche?», pregunta.

Los cumpleaños anteriores que hemos celebrado aquí consistían en fingir una sonrisa, irme temprano a casa y escuchar a Adele a todo volumen mientras bebía vino y lloraba a mares en la sala. 10/10 No recomiendo los sentimientos. Son un asco.

“Estoy emocionado por dentro”.

"Hmm."

—No me voy a ir temprano ni... a llorar —susurro—. Esta noche.

"Es bueno saber que no mostrarás tus emociones", susurra ella.

"Idiota."

Ella echa la cabeza hacia atrás riéndose, y yo me río levemente con ella. Cuando por fin llegamos a los chicos, Pres me saluda, levantándome y haciéndome girar. Me mira de arriba abajo y asiente con la cabeza al bajarme.

“¿Soy de su agrado, Su Majestad?”

Pone los ojos en blanco. "Me aseguro de que comas".

—Para. Se ve increíble —dice Marissa.

"Siempre se ve increíble. Ese no es el punto", responde Pres. "Estaba perdiendo demasiado peso".

“No se veía tan increíble cuando usaba toda esa ropa holgada”, señala.

“Sí, lo hizo”, responde Pres.

¿Puedes dejar de hablar de mí? Estoy aquí.

"¿Qué ropa holgada?" pregunta Wade.

“Usaba prendas que le quedaban tres tallas más grandes”, dice Marissa.

—Primero, dos tallas más grandes. Segundo, tenía mis razones —digo—. Tercero, no entiendo cómo les afecta mi atuendo.

"Está bien, vámonos antes de que Lyla se enoje y tengamos que lidiar con aún más de sus maldades", dice Pres, mientras nos acompaña al interior.

Una vez que estamos sentados en una cabina (Pres y Marissa de un lado y yo y Wade del otro), pedimos bebidas y aperitivos.

"¿Sabías que Lach se iba a jubilar?", le pregunta Marissa a Pres, quien la mira fijamente. "Ella ya lo sabe".

"No hay manera de perdérselo", dice Wade, señalando los televisores que estoy evitando.

"Presentía que sí", dice Pres. "Su padre tenía cáncer y quiere dejar la empresa, así que era solo cuestión de tiempo".

Frunzo el ceño. "Odia a su padre".

"Supongo que el diagnóstico de cáncer puso las cosas en perspectiva", dice. "Al menos para su padre. Creo que Lach todavía está un poco resentido, pero su padre es un puto multimillonario, así que seguro que le ayudará".

—No puedo imaginarme que quiera siquiera ver a su padre —digo.

"Sus padres viven juntos, así que ya no puede evitarlo". Pres se encoge de hombros. "Creo que están intentando gestionar lo que queda de la relación padre-hijo".

"¿Te parece bien que Pres hable de él?", pregunta Mar.

—Sí, estoy bien. De verdad. —Les lanzo una mirada significativa y una sonrisa que los apacigua.

Lo que quiero decir, pero no lo digo, es que nunca tuvieron una relación padre-hijo. Es difícil entender nada de lo que acaba de decir. Lachlan nació para jugar al hielo. No me imagino que lo dejara así como así. Probablemente sea hipócrita decirlo desde que dejé el fútbol, pero eso fue diferente. Me lo arrebataron. Su retiro no tiene sentido. A menos que su padre le haya ofrecido un dineral... Aunque no me lo imagino aceptando dinero por el hockey. Uf. Tengo que parar. No es asunto mío.

—Oye, ¿estás bien? —pregunta Wade, tocando mi mano sobre la mesa.

—Sí, estoy bien. —Parpadeo y miro el menú.

“¿Por qué no lo llamas?”, pregunta Pres.

—Sabes por qué. —Miro el menú.

"Ya terminó con el hockey, Lyles", dice, "y ya han pasado tres años".

—¿Crees que el tiempo importa? —Lo miro por encima del menú —. Lach es una figura pública ahora. Si alguien nos toma una foto...

"No es famoso", dice Marissa. "Solo es un atleta".

"Con un montón de putos fans", respondo, señalando las pantallas de televisión que estoy evitando. "Puede que salga una foto nuestra por ahí y no puedo arriesgarme. Todavía no".

"¿Crees que le pedirás ayuda ahora que se jubiló?", pregunta.

—Creo... creo que sí. A ver qué tal resulta. —Bajo el menú por completo—. Por lo que sé, seguro tiene novia, o novias, o esposa. *Dios mío, me revuelve el estómago decirlo en voz alta.*

—Te lo diría si se casara. —Prescott pone los ojos en blanco y niega con la cabeza.

No confirma ni desmiente el resto, lo cual me mata, pero yo lo pedí. Si de verdad se retira y se queda así, le pediré más información a Prescott. Lo último que necesito es aparecer y verlo con una novia o una conejita. Creo que me moriré si eso pasa; qué estúpidos sentimientos.

"¿De este estás hablando el ex?", pregunta Wade, señalando hacia arriba. "¿El del hockey?"

Asiento. Wade juega al fútbol profesional y no tiene ni idea de hockey, así que nunca había oído hablar de Lach hasta que uno de nosotros lo mencionó un día; Marissa le contó todos los chismes mientras yo fingía que no me mataba oírlos. Omitió lo del ataque y lo hizo parecer como si simplemente lo hubiera dejado porque quería que persiguiera sus sueños sin ataduras. Es lo más cercano a la verdad que pudo decir, sin que él hiciera preguntas.

"Sí", digo en voz baja.

"Llevas aquí poco más de tres años", dice Wade, mirándome como si fuera un extraterrestre. "Claro que ya pasó página. El fútbol es posiblemente el deporte menos popular en Estados Unidos, y las mujeres siempre se me echan encima".

Frente a nosotros, Marissa se ríe. Prescott parece estar intentando no reírse. Me quedo mirando a Wade.

"Gracias por ilustrarnos sobre lo duro que les va a los atletas profesionales", le digo. "Tengo amigos que también juegan en la liga, ¿sabes?"

Ya no hablo con ellos, pero no necesito hablar con ellos para saber que tiene razón. Prefiero no saber nada.

—Bueno —empieza Pres. Lo miro—. Vi a Banks el otro día. Me preguntó por ti.

"¿Ah?" Me encoge el corazón al pensar en mi amigo. Es el único con quien realmente lamento no poder hablar últimamente.

“Le dije que te había visto una o dos veces y que hablabas de él todo el tiempo”. Sonríe con tristeza.

Vuelvo a coger el menú. Mi padre dejó de preguntarle a Pres por mí. Al principio lo acosaba mucho, lo reconozco, pero luego dejó de hacerlo. Según Prescott, a mi padre le duele mucho que me haya ido sin despedirme. No sé si creerlo. Descarto todos los pensamientos sobre mi padre, junto con todo lo demás en lo que odio pensar. Pasamos el resto de la cena hablando de otras cosas, como el popular espectáculo de Broadway que se estrenaba pronto y cómo las entradas se agotaron enseguida, ya que esta es una ciudad más de jóvenes profesionales y universitarios. Los chicos viven en las afueras y solo conducen por aquí para ir a deportes y museos. Siempre que hay un evento para niños, los padres se alegran de tener un nuevo sitio al que llevarlos, y las entradas se agotan en menos de diez minutos. Eso me gusta de este lugar. Es una ciudad genial, pero tiene el encanto de un pueblo pequeño. No todos se conocen, pero si vas siempre a los mismos sitios, verás a la misma gente.

A medida que avanza la noche, todos bebemos demasiado y nos reímos un poco, lo cual es genial. Esto es lo normal: cenar y tomar algo con amigos sin preocuparme por nada. Para mí, es algo invaluable. Bueno, fue un precio bastante alto, considerando que perdí al único hombre del que he estado enamorada, pero aparte de eso, está bien. Cuando terminamos de beber y comer, salimos, donde Marissa sugiere ir a una discoteca un par de manzanas más allá.

—No lo sé, Mar. —Frunzo los labios.

—Vamos, Lyles. Es el cumpleaños de Marissa —dice Pres—. ¡Y aún no hemos celebrado que terminaste la carrera de medicina!

—Bueno, lo celebramos, pero no estabas —dice Marissa—. ¡Pero es mi cumpleaños! Anda, Lyles.

"Y nunca has estado en un club", dice Pres.

"¿Nunca has ido a una discoteca?", grita Wade. "¿Cómo?"

No me gusta la gente. Así es.

Frunce el ceño. «Trabajas con niños todo el día».

“Está bien entonces, no me gustan los adultos”.

Me mira fijamente un momento. "Vamos un ratito. Si quieres irte, te acompaño a casa".

—De acuerdo. —Suspiro—. Iré, pero sé que voy a odiar cada segundo.

"Odias cada segundo de cada día, a menos que estés rodeado de niños o trabajando en Tackle, así que...". Ese es Prescott, quien no

escuchó la declaración anterior de Wade. Él y Marissa están de acuerdo con Pres, ganándose mi dedo medio, lo que les hace reír.

Estoy casi segura de que yo también me río. Estoy tan achispada que, mientras caminamos en esa dirección, me gana la curiosidad y ahora me muero por ver a qué viene todo ese revuelo por las discotecas.

CAPÍTULO 24

Dalila

toma exactamente tres segundos confirmar que las discotecas no son lo mío. Siento un escalofrío al mirar a mi alrededor. Es precioso y elegante, lo admito. La música está alta, lo cual me parece bien. ¿Un mar de gente frotándose voluntariamente? Para nada. Marissa debe de ver mi aprensión, ya que me agarra la mano con fuerza. Cuando empieza a arrastrarme entre la multitud, quiero morirme. De verdad. Se me pone la piel de gallina cuando unas manos me tocan la espalda, el culo. Estoy seguro de que no intentan manosearme, pero aun así me da escalofríos. Me concentro en respirar y sigo moviéndome. No me parece raro que se diviertan bailando. Me encanta bailar. Me parece raro que disfruten pagando por escuchar música a todo volumen por un altavoz en la oscuridad, sudando y bailando en una pista pegajosa con un grupo de desconocidos. No tiene ningún sentido. Y las luces estroboscópicas. Jesucristo, uno pensaría que están buscando a un maldito criminal aquí.

Terminamos en una sección VIP con nuestros propios sofás, mesa y botella de champán. Prescott, por supuesto. No discuto porque estoy lejos de la gente en el suelo pegajoso. Tomo asiento y muevo los pies un poco para ver si me alivia el dolor de los tacones. Fueron un regalo de graduación de mi madre. Fue un buen gesto. Simplemente no entiendo por qué la gente paga tanto dinero por cosas incómodas solo por la etiqueta, o en este caso, las suelas. Tomo la copa de champán que Prescott me da. Se cierne sobre nosotros (Wade y Marissa también están sentados) y nos da un discurso que parece muy cálido a juzgar por sus expresiones. Lástima que no podamos oír ni una pizca. Sin embargo, fingimos, por su bien, y brindamos a gritos antes de empezar a beber más alcohol.

Es un placer que Prescott esté aquí. Viaja constantemente entre Fairview, Rhodes y Nueva York: Fairview para ver a su familia, Rhodes para vernos, y Nueva York, ya que es donde trabaja y el lugar que considera su principal hogar, aunque también tiene un apartamento aquí. En lugar de entrar directamente en el bufete de abogados de su familia, hizo unas prácticas en Nueva York y la empresa lo contrató. Tienen clientes por todas partes, así que siempre está viajando. Ha estado hablando de abrir un bufete aquí y hacer de este lugar su residencia permanente, pero no sé si lo hará.

Dice que salir con alguien en Nueva York es un rollo. No quiere salir con alguien en Fairview y aquí hay muchísima gente buscando pareja, así que supongo que es una posibilidad. Él y Marissa llevan un

tiempo saliendo esporádicamente, pero eso es todo lo que hacen. Mar dice que desearía que le gustara por algo más que sexo, pero que no se ve con él para siempre. Pres dice lo mismo de Marissa, y como ya ha pasado tanto tiempo como para que ya hayan dado el paso, seguro que lo dicen en serio. Eso, y se cuentan las citas que tienen y se ríen de ello.

"No debíamos juntarnos", le digo a Pres cuando se sienta a mi lado. "Ahora nos vamos a sentir fatal mañana".

—Ah, solo se vive una vez. —Se encoge de hombros y bebe el resto de su champán de un trago.

Me encojo de hombros y hago lo mismo. Marissa me sigue y Wade no tiene más remedio que hacerlo. En el fondo, solo puedo pensar en que estamos jodidos. Más tarde, aunque no sé cuánto tiempo después, ya que el tiempo es inexistente en la discoteca, me levanto y bailo con Marissa. Seguimos en la zona VIP, pero también hay grupos de gente bailando, lo que me hace preguntarme qué sentido tiene pagar por la zona. ¿Los sofás? Después de cinco, seis o siete canciones, el champán se acaba, y nosotros también.

Afuera, Marissa se apoya contra la pared para quitarse los zapatos y me dice que haga lo mismo.

Me río, echando la cabeza hacia atrás. "Ni hablar. Qué asco".

"Te duelen los pies y lo sabes", dice arrastrando las palabras. "Quítatelos o que Wade o Pres te lleven a caballito para que no te salgan muchas ampollas".

—¡Ni hablar! —Les lanzo una mirada asesina—. Ni se les ocurra.

Wade no me escucha, pero en lugar de agacharse para que pueda subirme a su espalda, me levanta en brazos como a una novia y empieza a caminar. Cruzo los brazos y lo miro fijamente, lo que le hace reír a carcajadas. Me río con él porque no puedo evitarlo. Prescott se acerca y nos toma fotos.

“¡No publiques eso!” Le señalo.

"Dame crédito", dice Prescott. "Abrí una cuenta de amigos cercanos y solo tengo diez personas. Nadie con contactos en Fairview".

—Ah, da igual. Ya lo superé. —Agito la mano, mientras Pres apunta el teléfono al suelo y se concentra en lo que esté haciendo—. Hueles muy bien, Wade. O sea, hueles a cenicero, pero por dentro, tu colonia es agradable.

Se ríe de nuevo. "Eres graciosa cuando estás borracha, Delilah".

De-li-luh. A veces olvido mi nombre completo: firmo con Delilah D. Guzman. Le puse el apellido de soltera de mi madre, pero como mi nombre también cambió, sabía que nadie me encontraría. En todos los documentos, mi nombre es Delilah Duke Guzman. Marissa y Pres intentaron disuadirme, pero no cedí. Que me denuncien por querer conservar un pedazo de lo único que me ha hecho sentir viva. No sé por qué lo hice, ya que el corte se hace más profundo cada vez que lo veo en un documento. Supongo que lo hice por la misma razón por la que

imprimí las dos fotos que tengo de nosotras y las puse junto a mi computadora. Soy una masoquista emocional. Es curioso cuando lo pienso. No siento emociones todo el tiempo, y la que siento constantemente es dolor. Mi terapeuta está tan harta de mis tonterías que solo niega con la cabeza y suspira cuando digo cosas así.

Lach nunca se enterará del cambio de nombre, pero estoy segura de que si lo supiera, me obligaría a borrarlo. Probablemente dirá que no lo merezco, o que perdí mi oportunidad, o que no quiere que lleve el mismo apellido que su verdadera esposa. Joder, eso duele. Trago saliva y respiro hondo. Pienso en lo que dirá cuando me vuelva a ver mucho más de lo que debería. En lo que hará. En si me odia a muerte, lo cual es una tontería, ya que Lachlan me guarda rencor como nadie. Sé que probablemente me desprecie, pero quizá el tiempo que hemos pasado juntos lo ha vuelto más indulgente. Quizá me abrace y me bese tanto que olvide que alguna vez estuve sin él. Esos son los pequeños y estúpidos destellos de esperanza que me mantienen en pie. La realidad es que si piensa en mí, probablemente sea un recuerdo fugaz. ¿Por qué no iba a serlo? Es guapísimo, y ahora es guapísimo, popular *y* rico. Y aún más rico ahora, al parecer, gracias a su padre. Así que sí, probablemente soy lo último en lo que piensa Lachlan Duke.

CAPÍTULO 25

Lachlan

"DELILAH D. GUZMAN." Liam deja un expediente en mi escritorio.

Mi escritorio. Es tan raro decirlo. He tenido suficiente tiempo para prepararme, así que pensaría que ya me habría dado cuenta. No es así. No estoy del todo seguro de que lo haga. Nunca me imaginé en el mundo corporativo. ¿Por qué sí? Pero un trato es un trato, y soy hombre de palabra. El acuerdo con mi padre siempre ha sido claro: jugaría hockey profesional durante tres años y luego me retiraría para hacerme cargo de su imperio del mal. Esto ni siquiera está en la lista de cosas que me amargan. Seguro que con el tiempo echaré de menos el hockey, pero de verdad quiero estar aquí. Lo necesito.

Duke Tech Solutions me da acceso a cualquier persona del mundo. Con unos pocos clics, puedo descubrir todos los detalles de la vida de alguien, incluso en qué tiendas compra. Es posiblemente lo peor a lo que alguien como yo pueda acceder. Sería como darle a Lyla James acceso al balón nuclear del presidente. Ninguno de nosotros sobreviviría. Todos andaríamos con una ansiedad paralizante, esperando a que ella pulsara ese botón. En el contrato que firmé, acepté no usar ninguna información para mi beneficio personal, así que no voy a aprovecharme de Duke Tech. Liam llegó al extremo de hacerme jurar sobre una Biblia, lo cual fue una estupidez de su parte. Mamá nos hizo memorizar la mitad de los pasajes, y para mí, es solo un libro más. De verdad que no voy a aprovecharme del acceso que tengo. Para esto, tuve que romper un poco las reglas.

Técnicamente, no es por *mi* propio beneficio, sino por el futuro de la empresa. Mi padre fue quien decretó esto, así que no puede decir nada sobre cómo obtengo la información. Siento a mi hermano agujereándome la cabeza cuando giro la silla para contemplar la ciudad. Está cabreado conmigo por esto, pero bueno, ese fue el departamento en el que eligió estar. Al menos sabe lo que hace. No sé cómo ser el director ejecutivo de ninguna empresa, y mucho menos de una multimillonaria con miles de empleados y cuatro sedes en todo el mundo. Es desalentador. Claro, mi título es en administración de empresas, pero ese trabajo nunca me preparó para la vida real. Por el momento, trabajaba estrechamente con mi padre y solo revisaba contratos y tomaba decisiones junto a él. Técnicamente, debido a este pequeño contratiempo, trabajaba pro bono, lo que me cabreó. Nos reuniremos en su oficina en diez minutos, por lo que el archivo que Liam arrojó sobre mi escritorio llegó en el momento perfecto.

Lo miro. "Llegas tarde".

Me fulmina con la mirada. «Fue difícil encontrarla. Como sabes».

Como yo sé. Sí, lo sé, joder. También soy consciente de que no habría manera de encontrarla sola, y no quería pedirle ayuda a mi padre directamente con esto, con nada. Aceptarle plenamente en nuestras vidas ha sido un cambio bastante duro sin tener que pedirle ayuda. Liam no tuvo reparos. Incluso ayudó a mamá a mudar sus cosas a la finca de Henry. Es demasiado bueno.

Nunca olvidaré el día que acepté esto. Estaba en una cama de hospital en Fairview, contemplando las rosas negras junto al lavabo. Era el único arreglo floral que había. Le pedí a mi madre que se llevara el resto a casa. Ella quería tirarlo, pero yo quería ver cómo se marchitaba cada pétalo. Mi padre vino de visita, lo cual ya era bastante impactante, y luego me hizo una oferta con más ceros de los que esperaba antes de que mi vida se desmoronara. Me llevó unos días pensarlo. Añadí la cláusula de los tres años de hockey, ya que originalmente quería que empezara en Duke Tech lo antes posible. He conseguido transferir toda mi ira a Lyla. Al fin y al cabo, es culpa suya que esté aquí, para empezar.

He hecho todo lo posible por encontrarla. Me mantengo en contacto con Prescott, pero el muy cabrón nunca me cuenta nada, así que tengo que depender de espiar sus cuentas en redes sociales. Incluso acusé a Pres de tener un investigador privado y no conseguí nada, pero sé que sabe dónde está. A veces, quiero sacarle la información a golpes. Conociéndolo y su lealtad incondicional hacia ella, me dejaría matarlo a golpes antes de revelar nada. Miro el archivo que está en mi escritorio.

En Duke Tech, logramos en pocos días lo que yo no pude en tres años, y ahora que tengo la respuesta, me da miedo ver qué me encontraré. Cada mañana, imagino lo que haré cuando la vuelva a ver. Al final del día, estoy tan furioso que de lo único que estoy seguro es de que le voy a hacer la vida imposible, que es donde he estado viviendo desde que se fue. Tres años de mierda en el infierno. Tres años preguntándome dónde está y con quién está.

Mi vida estaba cuidadosamente planeada antes de que ella llegara y la pusiera patas arriba. Por su culpa, me jodieron todo lo que me habían prometido. En menos de dos meses, logró destrozar todo por lo que había trabajado toda mi vida. ¿Y para qué? Terminé gravemente herido, jodido por el equipo con el que se suponía que debía firmar y ni siquiera conseguí a la chica. Ni. Siquiera. Conseguí. A. La. Chica. Y no solo huyó. No, Lyla James no puede hacer nada a medias. Tuvo que ir y cambiar su maldita identidad, haciendo imposible encontrarla. ¿Quién cambia su identidad? Alguien que huye de alguien. *Obviamente.* Necesito saber quién es y cuando lo descubra, les haré pagar el triple: una vez por lo que le hicieron, otra por hacerla huir de mí y otra por joderme.

Pero primero, voy a hacérsela pagar. Durante tres años, la he imaginado llevando una vida aburrida en algún lugar con su ropa

holgada y el ceño fruncido permanente, así que cuando vi su foto hace unos días, pasé de estar muy molesta a estar furiosa. En el cumpleaños de Marissa, seguí el Instagram de Prescott con mucha atención, como hago todos los años. Durante los últimos dos años, ha publicado pequeñas cosas: bebidas, cenas, pero nada que revele dónde está ni con quién. Este año, cuando actualizaba mi feed cada dos segundos, como si estuviera haciendo cola para comprar entradas para un maldito concierto, por fin hizo la publicación que estaba esperando.

A las dos de la mañana, compartió una foto en el grupo de sus amigos. Le hice clic rápidamente, por si acaso se había equivocado. El golpe en el estómago fue inmediato. Me temblaron las manos al pausar la foto y hacer una captura de pantalla. Con el dedo en la pantalla, sujetando la imagen, miré a Lyla, la puta de James. Vivita y coleando, con un conjunto súper sexy en brazos de otro hombre. Y SE REÍA. Se reía a carcajadas. La siguiente publicación fue un vídeo que estoy segura de que no pretendía subir, ya que no mostraba nada.

Pero oí su voz mientras le decía a un capullo llamado Wade que "olía a cenicero, pero por dentro olía bien". Lo había dicho con su tono sarcástico. Él se rió a carcajadas y le dijo que era graciosa, y yo quería meter la mano en el teléfono y estrangularlo. Llamé a mi hermano en mitad de la noche, porque aunque era un maestro haciendo capturas de pantalla, hasta ahora no había tenido que guardar un vídeo de la historia de nadie. Liam me lo contó y casi desearía que no lo hubiera hecho. Lo he escuchado incontables veces, y cada vez me pongo más nervioso. Solo de pensarlo ahora me sube la presión. Mis puños golpean el escritorio una vez.

“¡Lach!”

"¿Qué?"

"Tienes que calmarte, joder", dice lentamente, como si temiera que me desquitara con él.

Acerco el archivo. "¿Y el chico con el que estaba?"

"¿Y qué pasa con él?" Liam se sienta frente a mí.

"¿Quién es él?"

Apenas se le ve la cara y solo tenemos un nombre. Ni siquiera sabemos si es su nombre o apellido.

Cierro los ojos y respiro hondo tres veces para controlar mi temperamento. Últimamente, no hace falta mucho para hacerme estallar. Soy una bomba de relojería esperando a que alguien me empuje lo suficiente para hacerme explotar. Perdí la cuenta de cuántas veces he acabado en el banquillo de los acusados estas últimas tres temporadas. Me tapo el puente de la nariz y me concentro en respirar. Cuando me calmo lo suficiente, vuelvo a mirar a mi hermano.

"¿No es eso lo que hacemos aquí?", pregunto. "¿No tenemos todo el equipo para encontrar gente? ¿No tenemos programas de reconocimiento facial y demás?"

"Bueno, sí, pero es solo una parte de la cara, como mucho", dice. "Probablemente podamos hacerlo, pero tardará un poco más".

Me quedo pensando en eso un momento. No tengo un poco más de tiempo, y en realidad no importa quién sea el chico. Si es novio, tendrá que romper con él. Si es amigo, joder, no es como si pudiera decirle con quién puede y no puede ser amiga. No soy *tan* gilipollas. Estoy tan molesto conmigo mismo por preocuparme por esta mierda. Ahora mismo, ella es un medio para un fin. Conseguirla mataría dos pájaros de un tiro: obtendría lo que necesito de ella y la haría sufrir por dejarme. No estoy seguro de qué pasará después de eso, pero sé que nada se comparará con lo mucho que me hizo sufrir. Además, tratándose de nosotros dos, podría decirse que es la gilipollas más grande. No se puede decir. Lo es. El muro que levanta como mecanismo de defensa bien podría ser un superpoder.

Tomo aire y abro la carpeta.

Delilah Duke Guzmán. *¡Ay, ay, ay* ! No, no lo hizo. Me reclino en la silla con una sonrisa en la cara. No me esperaba esa mierda. Esto oficialmente acaba de mejorar. Leí el expediente. Trabaja en un centro deportivo y acaba de terminar la facultad de medicina. Según esto, una vez que termine una residencia de dos años, oficialmente será médica. *Impresionante.* Probablemente debería haberle dicho que explorara otras opciones, ya que esta carrera significa que tendrá que tratar con gente uno a uno todos los días, y no es la mejor en eso. En fin, no es mi problema. Cuando no está trabajando allí, está entrenando y entrenando con jugadores de fútbol. Volteo la página y encuentro un sobre con fotos. Las miro todas, fingiendo desinterés aunque me muero de ganas de ver más. Está con Marissa en la primera foto. En otra, está hablando con un tipo que podría ser el personaje de Wade. Es otro plano parcial. Este cabrón no sabe la suerte que tiene. De todas formas, dejé la foto a un lado. En las otras, está haciendo ejercicios con adolescentes y entrenando a niños pequeños. La siguiente foto me cautiva. Está agachada hablando con una niña rubia.

Es la niña que consigue la sonrisa de Lyla. *Mi sonrisa* . Mi corazón se hunde. Jesucristo, ¿de verdad en esto se ha convertido mi vida? Soy uno de los solteros más codiciados; las revistas del corazón me han clasificado como el número uno. Incluso si no lo hubiera sido, sé lo que valgo. Conseguir mujeres nunca ha sido un problema. Pero en lugar de centrarme en ellas, estoy rumiando esta foto. Me he apropiado de una sonrisa, y ahora estoy celoso de una maldita niña por tomármela. Miro el resto de las fotos y presto atención a su rostro en ellas. Todas son sonrisas educadas. No sé si es una sonrisa educada y feliz o simplemente educada. Tendré que verla en persona. Debería estar contento con el hecho de que ya no frunce el ceño a todo el mundo, pero eso solo desencadena otros puntos de ira dentro de mí. Sin embargo, la encontramos. Finalmente la encontramos. De eso estoy

feliz. Siento la mirada de mi hermano sobre mí mientras asimilo la información. Ha sido cauteloso al buscarla desde el principio. Empiezo a pensar que tiene miedo de lo que haré cuando la encuentre. Y tiene razón. No estoy del todo segura de cómo terminará esto cuando finalmente estemos cara a cara. Nunca le haría daño físico, así que no hay de qué preocuparse. Hay otras formas de lastimarla que no incluyen tocarla. Supongo que tendremos que ver cómo me siento cuando la vea.

Delilah Duke Guzmán. Niego con la cabeza y sonrío de nuevo. No recuerdo la última vez que sonreí de verdad. *Delilah Duke Guzmán.* Si quiere, puede quedarse con el nombre de pila. Probablemente nunca la llamaré así, así que no importará. Duke es permanente. Necesito recuperar el James.

"¿Lach?", dice Liam frente a mí. Sigo sonriendo y su expresión de horror me hace sonreír aún más.

"¿Dónde cojones está Rhodes?" Deslizo la foto parcial por el escritorio y la toco. "Y usa esta también".

Llamo a la puerta de mi padre y espero a que me invite a pasar. Sonríe cuando entro en la oficina y se levanta para darme un abrazo. Sigue siendo rarísimo ver a Henry a cada rato. Es más rarísimo que, después de ignorarme durante más de veinte años, haya cambiado por completo y ahora quiera que nos veamos *a todas horas.* Estoy convencida de que el tumor cerebral le hizo crecer un corazón. Cenamos todas las semanas en su casa, a veces con invitados y otras veces, solos los cuatro. Intento ir cuando tengo tiempo, pero solo porque de todas formas habría visitado a mi madre en esos descansos. Todo esto es rarísimo, pero él se esfuerza muchísimo, así que yo también. Mamá no para de decir que quiere que se jubile para poder viajar todo el tiempo, pero no está listo. Mientras tanto, ha aceptado hacer algunos viajes al año y quiere que aprendamos todo, para que no se preocupe mientras no esté y, cuando llegue el momento, pueda jubilarse. Dudo que se jubile del todo. Henry vive para esto. Si no fuera por mamá, probablemente dormiría aquí. Intenta darme un abrazo fuerte, pero le doy dos palmaditas en la espalda y me alejo rápidamente a la silla frente a él. No soy de dar abrazos, y aunque lo fuera, no *lo abrazaría* . Aún no he llegado a ese punto. Estoy mucho mejor, pero no estoy segura de llegar a la etapa de los abrazos fuertes de verdad.

—Bueno —dice dando una palmada en el escritorio mientras se sienta—. ¿De qué vamos a hablar hoy?

"El equipo de adquisiciones quiere contactar al FBI con respecto a los nuevos drones", le digo. "Creen que les resultarían beneficiosos".

Él asiente. "¿Qué te parece?"

"La verdad es que no importa lo que yo piense", digo. Ya le he dicho que odio trabajar con el gobierno, sea cual sea. Si estuvieran haciendo cosas legítimas para mantener la paz con esta tecnología, me parecería bien, pero quién sabe para qué demonios la estarán usando. En lugar de repetirlo por décima vez, digo: "Si el dinero es justo y firman un contrato largo, no podemos rechazarlos. Sobre todo porque probablemente otra empresa nos esté pisando los talones produciéndolos también".

Él asiente. "¿Qué le dijiste al equipo?"

“Elaborar una propuesta y enviárnosla por correo electrónico”.

"Bien."

La llamada con Texas salió bien, como siempre. Nada que reportar. Investigamos al nuevo jefe de seguridad...

“¿Qué piensas de él?”, me pregunta en medio de mi informe.

Es sensato. Parece buena persona.

"Tu madre piensa que él es 'sexy'", dice frunciendo el ceño.

Es gracioso viniendo de él, ya que todas las señoras mayores de la oficina se vuelven locas por papá. Algunas de las más jóvenes incluso lo llaman "Papi Henry". Es bastante raro. Solo lo sé porque a mi secretaria le gusta chismear y me mantiene informada. Según él, las mujeres más jóvenes ahora me desean, pero eso no está pasando. Aunque no estuviera obsesionado con Lyla, jamás me acostaría con alguien del trabajo, en ningún caso.

—Supongo que es guapo —digo finalmente—. ¿Cómo pudo siquiera verlo?

—Llegó ayer cuando él salía de la habitación. —Mira hacia la puerta como si la escena se repitiera—. No importa. Tiene derecho a encontrar atractivos a otros hombres. Es solo que él es joven y yo me estoy haciendo viejo, ¿sabes? —Se ríe—. Es curioso, nunca me habían importado un comino estas cosas.

Asiento. Es comprensible, ya que solo le creció un corazón después de los tratamientos.

«¿Hay algo más que debamos discutir?», pregunta.

Liam sigue trabajando con el departamento de TI para intentar impedir que unos hackers roben criptomonedas a gente adinerada que tiene a Duke Tech bajo contrato, pero el proceso continúa y aún no tenemos una solución real.

—Mantenme al tanto —dice—. ¿Y tu herencia?

—Sigo pensando que es una tontería —digo—. Debería recibir ese dinero sin condiciones.

Por un instante, pienso en añadir que debería recibirlo sin condiciones por el pésimo padre que ha sido, pero no lo hago. De verdad estoy intentando soltar la ira. Además, sacar el tema del dinero no tiene sentido, ya que es lo único que veíamos de él cada mes.

“Sabes, le dije lo mismo a mi padre”, dice riendo.

“Y luego te casaste con mi madre y solo la veías cuando te convenía”, señalo.

Se metió de lleno en esa. Se encoge de hombros, pero no dice nada para defenderse. Tengo que reconocerle algo de mérito.

Cuando me convenció para el trato, olvidó convenientemente decirme que solo recibiría mi herencia —que era el triple de lo que ganaba el jugador más rico de la NHL— si tenía al menos veinticinco años y estaba casado. Ahora mismo, solo cumplo con una de esas condiciones. Lo que me molesta es que él estuvo en mi situación, así que sabe lo ridículo que es. Cuando mi madre se mudó con él, nos confesó que su matrimonio fue por conveniencia y que, casualmente, se enamoraron. Bueno, ella se enamoró, y él se opuso porque estaba muy ocupado convirtiendo los millones que heredó de su padre en miles de millones. Todavía me molesta que no nos lo dijera hace años.

—No entiendo por qué el matrimonio forma parte de la ecuación. Los papeles indican cuándo cumplí veinticinco. —Señalo la pila de papeles sobre su escritorio, como si mi contrato de herencia estuviera ahí.

Veinticinco años *y* casado. Si no cumples con ese requisito, no recibirás tu estipendio —dice—. Y es un estipendio bastante alto. Mucho más alto que cualquier contrato de hockey.

—Lo sé. He visto las cifras —digo apretando los dientes.

"Cásate con una coneja", dice. "Seguro que estarían dispuestas".

"No me voy a casar con una conejita ″ .

"No importa quién sea, Lachlan."

A mí sí, pero no puedo explicarle a mi padre algo que apenas entiendo. Aunque sea por conveniencia, no quiero casarme con cualquier mujer. Ni se acercan. Antes de conocerla, las mujeres competían por mi atención, pero nunca la tuvieron. Nunca la conseguirían. He llegado a la conclusión de que Lyla James es el prototipo y no me gustan las imitaciones. Y sé que el sentimiento es mutuo. Me niego a creer que el chico de esas fotos signifique algo para ella. Lo que compartimos es irrepetible.

No digo nada de esto en voz alta, nunca, porque sé lo loco que sonará. Me enamoré perdidamente de ella. Lo que siento por ella ahora no es amor. No sé qué es, pero sé que es muy dañino. También sé que ella es el único antídoto, así que necesito que acepte esto.

—Entonces, ¿qué vas a hacer? —Cruza las manos sobre el escritorio—. ¿Quieres empezar a entrevistar gente para el puesto de esposa?

No tengo que entrevistar a nadie. Ya tengo una.

Frunce el ceño. "¿Tienes esposa?"

—Todavía no, pero lo haré pronto. —Solo *tengo que hacerla sentir culpable.* Me aclaro la garganta—. Necesitaré el resto de la semana libre

para resolver esto.

—Toma dos. Lleva una computadora y mantén el teléfono encendido —dice—. ¿Tienes alguna pregunta para mí hoy?

—La verdad es que sí. —Me acerco rápidamente—. ¿Qué tan rápido podemos obtener información sobre alguien si solo tenemos una vista parcial de su rostro?

CAPÍTULO 26

Dalila

He tenido una sensación extraña en el estómago todo el día. Es la misma que sentía en casa cuando creía que *me* observaba, lo cual es preocupante, ya que no me había sentido así desde que me mudé aquí. Durante todo el trayecto desde mi casa hasta la tienda de batidos de Marissa, sentí que me seguían. Al caminar de su tienda a Tackle, siento que me observan. Se me revuelve el estómago y miro por encima del hombro dos veces antes de correr hacia la puerta principal. Mientras la abro, miro por encima del hombro de nuevo, y cuando finalmente entro, la cierro con llave enseguida. Venir aquí probablemente no sea la decisión más inteligente. Si él está aquí, o si lo está cualquier persona desquiciada con intenciones de matar, prácticamente firmé mi destino cerrando la puerta.

Un escalofrío me recorre mientras corro por el pasillo hacia mi oficina. Respiro hondo y me recuerdo que no puede encontrarme. No puede, pero el daño ya está hecho. Mi instinto nunca se equivoca y ahora mismo me dice que alguien me está siguiendo. *No sabrá que debe buscar aquí* . Me lo repito una y otra vez mientras pienso en todo lo que he hecho para asegurarme de que nunca me encuentren. El apartamento, el cambio de nombre y elegir una ciudad donde a la mayoría de la gente no se le ocurriría buscar.

Las únicas personas con las que hablo de mi ciudad natal son Prescott y Marissa. El resto de Fairview cree que me mudé al otro lado del país. A nadie le importa. Mi padre me envió un mensaje la noche que atacaron a Lach preguntándome si estaba bien, lo cual no estaba en absoluto, pero le dije que sí de todos modos y punto. La única defensa que podía tener era que cambié mi número.

—Pensé que te tomarías la semana libre —dice Wade.

Grito fuerte y salto un palmo del suelo, temblando mientras me giro hacia él. "¡Dios mío, Wade!"

"¿No oíste cerrarse las puertas cuando entré?" Sus ojos se abrieron de par en par. "¿O mi canto a todo volumen?"

—No. —Respiro hondo para tranquilizarme—. Y sí, me tomo la semana libre.

“Entonces, ¿estás aquí porque. . ?”

“Pasé a buscar mi computadora”. Continúo caminando hacia mi oficina.

Todos tenemos oficinas privadas, lo cual es genial y hace que Wade se sienta como un adulto de verdad. Supongo que pagar las cuentas y llegar puntual al trabajo no es suficiente prueba para él. Normalmente juega para la selección nacional de Estados Unidos, pero este año se

tomó un descanso para recuperarse de una lesión de rodilla, y durante ese tiempo ha estado trabajando aquí. Ya había estado entrenando aquí durante la pretemporada, así que lo sentí como una progresión natural. Sin embargo, volverá al fútbol profesional la próxima temporada. Agarro la bolsa que dejé junto a mi escritorio y me dirijo a la puerta, donde Wade está de pie, apoyado en el marco. No se mueve como debería cuando estoy justo frente a él.

Ya lo he pensado. No soy idiota. Sé que le gusto a Wade. También sé que no puedo hacer nada para que me guste. Es molesto porque no tiene absolutamente nada malo. Es simpático, tiene una personalidad genial y es muy persistente. Y con el pelo castaño que lleva corto, los ojos azul oscuro y ese cuerpo espectacular, sin duda tiene un físico increíble. Nuestros compañeros de trabajo siempre intentan que estemos juntos, lo cual es molesto. Una vez, alguien nos encerró juntos en el maldito armario, y nos sentimos como en 7 minutos en el infierno. Estoy bastante segura de que todos aquí apuestan, porque "es imposible que no me enamore de él". Ojalá tuvieran razón. Incluso Marissa está deseando que suceda. Dice que tengo que dejar de comparar a todos los hombres que conozco con Lachlan, lo cual es tan cierto como imposible. Él fue el único que pudo sacarme de la oscuridad y darme luz. Y aunque ya no vivo en la oscuridad, todo a mi alrededor sigue siendo tenue. Además, no es que conozca a muchos hombres. Solo conozco a los que trabajan conmigo, y no me interesa ninguno.

—¿Vas a moverte o tengo que maltratarte? —pregunto, mirando a Wade.

"¿Manipularme?" Levanta una ceja. "Suena tentador."

Pongo los ojos en blanco y le doy una palmada en el estómago. "Muévete."

"Bien", resopla. Se mueve y me sigue por el edificio y sale por la puerta hasta que llegamos al estacionamiento.

Me detengo y me vuelvo hacia él. "¿Qué haces aquí?"

“Estaba dejando unos papeles.”

—Oh. —Miro los coches del aparcamiento. Solo hay tres y el suyo es uno de ellos—. Vengo caminando.

“¿De casa de Marissa?”, pregunta.

—Sí. —Miro hacia la manzana, donde está su tienda, y me dirijo hacia allá—. Hablamos luego.

Él comienza a caminar a mi lado.

¿No está tu coche aparcado allí?

—Sí. —Me dedica esa sonrisa torcida que vuelve locas a todas las mujeres.

“Entonces…” Hago una señal entre nosotros y la acera de adelante, pero no dejo de caminar.

"¿Estarás en casa de Medley esta noche?", pregunta.

"¿De nuevo?"

"¿Qué? ¿No puedes quedarte dos fines de semana seguidos?"

Mantengo la cara impasible y ni siquiera pongo los ojos en blanco ni respondo a su estúpida pregunta. La respuesta es un rotundo no. Pero no tiene nada que ver con Medley's. Tienen comida y bebidas buenísimas, y se ha convertido en uno de nuestros lugares de reunión. También se ha convertido en el lugar de reunión de todos los demás. Durante el verano, muchísimas familias y jóvenes profesionales se mudaron a Rodas, casi duplicando la población a un ritmo récord.

"A ver si lo adivino", dice al no responder. "Medley's es demasiado ruidoso para ti".

—No. Solo estoy... —Niego con la cabeza.

"¿Aburrido?" pregunta con una sonrisa pícara.

"Si soy tan aburrida, ¿por qué quieres pasar tanto tiempo conmigo?" Arqueo una ceja y lo miro.

Pone los ojos en blanco. "Bien, no eres aburrido".

"Voy", dije, sorprendiéndome. Una copa con un amigo no viene nada mal, y tampoco es que tenga mucho que hacer.

—Genial. —Su sonrisa muestra su hoyuelo y ahora pongo los ojos en blanco. Lo ignora—. ¿A las ocho?

"Seguro."

"Te recogeré a las siete cuarenta y cinco", dice.

—Espera. ¿Me vas a recoger? —Me quedo paralizada, y él se gira para caminar hacia donde acabábamos de venir.

—Sí —dice desde el otro lado de la acera mientras se aleja trotando hacia atrás, sin dejar de sonreírme—. Es una cita.

—No es una cita —grito—. Lo digo en serio.

"No te oigo."

Ni me molesto. Me doy la vuelta y sigo caminando hasta llegar a mi coche, que está aparcado delante de los negocios de Marissa. Lo abro, meto la bolsa dentro y vuelvo a cerrarlo mientras me dirijo a su tienda de batidos. Entro, sintiéndome increíblemente molesta, lo cual es normal, pero últimamente, cuando estoy increíblemente molesta, se nota. Lo odio. Marissa levanta la vista desde detrás del mostrador y arquea una ceja al ver mi comportamiento.

"¿Qué diablos te pasó?" me pregunta cuando llego hasta ella.

“Wade me invitó a Medley's, me dijo que pasaría a recogerme y luego dijo que era una cita”.

—Guau. —Arquea las cejas—. Por fin le crecieron.

Levanto las manos y las estrecho, como si eso me ayudara a pronunciar las palabras que quiero decir. «No quiero salir con nadie. No estoy lista».

Nunca estarás listo, Lyles. Acéptalo, tendrás que fingir hasta que lo logres. Así empezaron mis padres, y míralos.

Me masajeo la nuca, que tengo tensa por todo esto. "No quiero salir con Wade, y salir con alguien le dará muchas ilusiones".

“¡Han pasado tres años!” dice como si necesitara que se lo recordara.

La miro fijamente. "Sé exactamente cuánto tiempo ha pasado".

“Terminarás siendo una de esas señoras gato”.

“Soy alérgico a los gatos”.

Me mira con picardía. "¿En serio?"

“Realmente lo soy, y odio que se use el término 'señora de los gatos' de manera negativa, cuando en realidad, probablemente son más felices que la mayoría de las personas que tienen pareja”.

—Como sea. Nada de gatos entonces. Sal conmigo. Puedo ser tu compañera —dice con una amplia sonrisa—. *O* puedo decirle a Pres que llame a su guapo amigo del trabajo y podemos salir con él para que lo conozcas.

—Dios, no. —Frunzo el ceño—. Odio a los abogados.

“¡Nunca has estado con uno!”

“Y ya los odio.” Me doy la vuelta.

“Te gusta Pres y es abogado”, señala detrás de mí.

—Lo conocí antes de que fuera abogado —digo al abrir la puerta —. ¿Y quién dice que me cae bien?

Se ríe mientras salgo y me subo al coche. Durante todo el trayecto a casa, no dejo de pensar en qué podría ponerme para gritar "esto no es una cita". Podría irle con ropa holgada, pero no lo haré. Eso cumplió su propósito (a duras penas) y ya he pasado esa etapa de mi vida. Me ducho, me visto y me paro frente al espejo. Mi piel conserva su tez dorada por estar al sol todos los días, y me corto el pelo para que me caiga sobre los hombros cuando decido hacerme ondas playeras, como hice esta noche. Mi maquillaje se ve bien, natural y no parece de cita (espero), y mi cuerpo se ve genial con el vestido corto de verano que Marissa me regaló por mi cumpleaños el año pasado. Termino de aplicarme el brillo de labios, me pongo unas sandalias color canela, bonitas pero cómodas, y doy un paso atrás. Bueno, quizá parezca que voy a una cita. Joder, da igual. Tendré que recordárselo toda la noche si hace falta.

CAPÍTULO 27

Dalila

Se me eriza la piel de nuevo por la sensación de ser observada, cuando Wade roza su mano con la mía mientras estamos en el bar lleno. Me sobresalto y empiezo a mirar de nuevo a mi alrededor, pegando la espalda a la barra. No veo a nadie sospechoso, pero la sensación persiste. Puedes ignorar las alarmas de tu cabeza. Incluso puedes ignorar a tu corazón traicionero. Pero nunca puedes ignorar tu instinto. Lo aprendí a las malas.

"¿A quién estás buscando?" pregunta Wade.

Nadie. Solo estoy mirando. Hay tantas caras nuevas.

—Lo sé, ¿verdad? —Se gira de lado y apoya el hombro en la barra. Ahora está muy cerca, casi abrazándome—. Me mandaron un mensaje diciendo que somos los veinte de la fila para una mesa, lo que significa más de una hora.

Le doy otro sorbo a mi old fashioned. Los fines de semana, los reservados se han vuelto un lujo, a menos que reserves con antelación. Ya habíamos tomado aperitivos y dos copas en la barra, así que no necesitamos uno. La única razón por la que quería uno era para sentarnos uno frente al otro. Estar de pie en la barra le da a Wade la oportunidad de hacer cosas como mirarme de frente y poner una mano sobre la barra a mi alrededor, para que parezca que estamos en una cita. Joder. Ya le he dicho dos veces que no es una cita, así que voy a disfrutar del resto de mi copa y se lo volveré a decir si intenta hacer algo. Respiro hondo y miro a mi alrededor una vez más. Levanto la vista y veo que están poniendo un partido de hockey universitario en la televisión y le pido al camarero otra copa. Wade se toma dos más antes de que le diga que quiero irme a casa.

La molesta sensación en el estómago sigue ahí cuando salimos, incluso después de haber intentado ahogarla en whisky. De repente, me invade el olor a cigarrillos y empiezo a entrar en pánico. Tengo el corazón en un puño mientras miro a mi alrededor. Veo a una chica parada cerca de la puerta, mirando su teléfono con un cigarrillo en la mano. ¡Dios mío! Respiro hondo y exhalo. No está. No puede estar.

“Tenemos que caminar”, digo cuando Wade comienza a dirigirse hacia donde está estacionado su auto.

"¿Crees eso?"

Le lanzo una mirada. " Lo *sé* ."

"Bien." Intenta hacer lo de conducir bajo los efectos del alcohol y sigue en línea recta, pero fracasa estrepitosamente.

“Te habrían arrestado por eso”.

—Quizás. —Me mira de reojo—. A menos que sea una agente y le muestre mi hoyuelo.

—Sí, estoy seguro de que estaría dispuesta a arriesgar su placa por una cita contigo.

Él se ríe. «Muchas mujeres lo harían».

“Sí, los veo en el campo todo el tiempo”, digo.

Miro por encima del hombro otra vez, con esa sensación en el estómago, diciéndome que alguien me observa. No tengo ninguna conexión con este lugar. No pudo haberme encontrado. Un escalofrío me recorre la espalda, igual.

"No entiendo por qué no eres uno de ellos. ¿Por qué no puedes salir conmigo?", pregunta, sacándome de mi paranoia.

—No puedo —digo mirando por encima del hombro.

"¿Tienes frío?"

—Sí. No es mentira *del todo* . La idea de *que* me alcance me hiela la sangre.

Wade me rodea los hombros con el brazo. Me pongo rígida, pero lo dejo ahí. No es que me esté apretando contra su costado ni nada. Prescott camina así conmigo todo el tiempo, y no significa nada.

—No es una cita —le digo, recordándoselo de nuevo.

—Eso has dicho —dice—. Podría ser.

—No lo es. —Me zafo de su brazo.

Él resopla. "¿Es por ese tipo?"

"No hay ningún chico."

"El chico del hockey", dice y entre comillas, "'Lachlan Duke'".

No es un personaje ficticio, ¿sabes? Las comillas son innecesarias.

"¿Por qué no te olvidas de él? Además, ya nos acostamos, ¿recuerdas?", pregunta un poco alto, y se gira hacia mí cuando nos detenemos en el cruce de peatones.

—Sí. —Resisto a la tentación de darme un golpe en la frente.

¿Por qué, por qué, por qué hice eso? ¿Qué demonios me llevó a acostarme con él? Ah, sí: alcohol, aburrimiento y soledad. Una triple amenaza peligrosa. Pasó una vez. UNA VEZ, y el tipo lo menciona todo el tiempo.

—Podemos hacerlo de nuevo. —Extiende la mano y desliza su puntero sobre mis brazos cruzados.

"No podemos."

—Estaríamos bien juntos y lo sabes. —Levanta la mano y me roza la mejilla con los dedos—. Lo sientes, ¿verdad?

—No lo hago. —Bajo los brazos y me giro para empezar a cruzar la calle.

Debería sentirme mal por esto, pero no. ¿Se supone que debo disculparme por no sentir lo mismo? Mi madre diría que sí. Eso me molesta, pero cuando abro la boca, no me salen las palabras. Últimamente, pienso en ella a menudo y me pregunto si aprobaría

ciertas cosas. No es que nunca sepa cómo me trataría ahora que soy adulta, pero hago lo mejor que puedo con lo que me dio en vida.

“¿Es que realmente no sientes nada o no quieres sentir nada?”, pregunta, deteniéndose al final de mi edificio.

“Realmente no siento nada”, digo mirando al suelo y luego a él.

"¿Cómo es posible que no sientas nada?", pregunta. "Eso no tiene sentido".

Miro al cielo y pido ayuda antes de volver a mirarlo. «No sé cómo explicarlo. Simplemente... no siento nada. Lo siento».

“¿Nada?” pregunta de nuevo, visiblemente incrédulo.

"Nada."

—De acuerdo. —Se pasa una mano por el pelo—. ¿Y si nos besamos?

"¿Qué?" Abrí los ojos de par en par. Retrocedí un paso y choqué contra la pared de ladrillos que tenía detrás.

—Un beso —repite—. Nunca nos besamos cuando nos enrollamos.

—Oh. —Me hago la tonta con lo del beso, mientras miro hacia arriba y hacia abajo de la cuadra para asegurarme de que no nos estén siguiendo.

Tengo un nudo en el estómago que debería decirle que me acompañe a mi apartamento. Sé que me está mirando. Lo sé, carajo. Me tiemblan las manos, pero sigo mirando.

“Delilah”, dice Wade.

Parpadeo. "¿Sí?"

“Un beso.”

“No beso.” Lo miro mientras lo digo y espero que mi cara inexpresiva lo haga rendirse ya.

Además, es la verdad. No quiero besar a nadie más. Nunca. *Dios, soy patética. Soy tan jodidamente patética.* Tal vez Marissa tenga razón y debería darle una oportunidad a este tipo, aunque sea solo para distraerme de Lach por un momento. Pero sé lo que pasará. Compararé todo lo que hace con el recuerdo de cómo hacía las cosas Lachlan, y entonces tendré que romper con él. O él romperá conmigo cuando se dé cuenta de que nunca estará a la altura de mis expectativas. Me detengo en eso. Mis propios pensamientos suenan ridículos. Es oficial, me he vuelto loca. Me concentro en Wade de nuevo. Es lindo. Guapo, incluso. Esto es tan frustrante. ¿Por qué no hace nada por mí?

"¿En serio?", pregunta con incredulidad. "Bueno, ahora tenemos que hacerlo. Un beso. Solo uno."

“Está bien, pero sólo lo haremos una vez”.

"A menos que te guste", dice.

Pongo los ojos en blanco.

—Es un beso, Delilah, no los malditos Juegos Olímpicos. —Se ríe, sacudiendo la cabeza.

Mis labios tiemblan y yo también niego con la cabeza. Estoy siendo ridícula. No es sexo, pero de alguna manera esto se siente más íntimo. Aun así, lo hago. Wade me mira un momento, sus ojos buscándome mientras da un paso al frente.

Da otro paso y puedo oler el whisky que bebió antes. Cierro los ojos e inclino ligeramente la cabeza.

"Pon tus labios sobre ella y te haré tragar tus malditos dientes". La voz es tan inesperada, tan baja y áspera, que cada célula de mi cuerpo se pone en alerta máxima.

Suceden tantas cosas a la vez: me sobresalto, abro los ojos de golpe, el corazón me late FUERTE, luego se me encoge el estómago y dejo de respirar. Casi salto lejos de Wade, que también retrocede un paso, pues no tiene ni idea de lo que pasa. Sigo sin respirar cuando me giro en dirección a la voz y me encuentro con unos ojos verdes. Apoyé una mano en la pared de ladrillos para estabilizarme, mientras mis piernas empezaban a temblar y mi cabeza empezaba a sentirse ligera. Creo que me estoy desmayando. Hago un ruido —medio jadeo, medio grito— mientras lo observo. Lachlan James Duke está aquí. *Aquí* ... Y me mira como si quisiera asesinarme.

CAPÍTULO 28

"¿QUIÉN COÑO ERES TÚ?" Wade lo fulmina con la mirada y se acerca a mí como para protegerme.

Levanto el brazo para mantener cierta distancia entre Wade y yo, porque Lach parece que podría romperse el cuello. Parece que podría romperme el mío. Observo su atuendo completamente negro y su apariencia general. Su rostro, todavía tan guapo y esculpido, tiene barba incipiente, como si no se hubiera afeitado en varios días, y esto de alguna manera lo hace parecer aún más sexy. Tiene la mandíbula apretada mientras su mirada furiosa me quema. De repente, me doy cuenta de que él es de quien mi instinto me advirtió, y lo entiendo. El hombre que está frente a mí necesita ser anunciado a bombo y platillo. Juro que, incluso enojado, está más bueno que antes. Parece que no puedo formar palabras. No puedo hablar, no puedo pensar.

—Amigo, en serio, ¿qué quieres? —pregunta Wade después de unos segundos.

La mandíbula de Lachlan se tensa. «Tienes algo que me pertenece y necesito recuperarlo».

Algo que me pertenece. Oh, Dios mío, voy a morir.

"¿Qué coj—?" empieza Wade.

Los ojos de Lachlan están tan oscuros ahora mismo que casi parecen negros. No deja que Wade diga otra palabra, o quizás sí. No lo sé y no importa. Se lanza hacia adelante, me rodea con un brazo, me levanta del suelo y me besa de golpe. Gimo. Es un beso salvaje. Un beso furioso. Uno que sé que dejará huella en algo más que mis labios. Instintivamente lo abrazo y profundizo el beso. Gruñe en mi boca, un sonido retumbante que rebota dentro de mi cuerpo. El mundo se evapora. No me saborea, me devora. Me besa como si compensara cada minuto y cada día que hemos estado separados, como si me castigara por ello. En el fondo, sé que nuestras lenguas deben dejar de rozarse y que debemos separarnos, pero no quiero y sé que él tampoco. Siento su reticencia al alejarse. Un sonido de protesta se forma en mi garganta. Seguimos abrazados, jadeando, mirándonos a los ojos, intentando asegurarnos de que no somos espejismos. En sus ojos veo calor, anhelo e ira. Tanta ira. Me da escalofríos. Lo he visto enfadado antes, claro, pero nunca conmigo. Por mi culpa, sí, pero no conmigo. Sé que lo merezco todo, pero no por ello duele menos.

—Dijiste que no besas —dice Wade. Definitivamente todavía está un poco achispado—. ¡Madre mía! Tú eres el indicado.

—Sí. —Lach no me quita la mirada—. Soy yo.

Cerré los ojos un momento. Al abrirlos, empecé a girar la cara hacia Wade para decirle algo, pero Lachlan levantó la mano y me agarró

la mandíbula con fuerza para que no lo apartara de la vista. Fue entonces cuando me di cuenta de que me agarraba como una serpiente a su presa. No sé si me sujetaba porque me echaba de menos o si me tenía como rehén por si volvía a desaparecer. Cuando me soltó la cara, lo miré fijamente un momento más antes de intentar volver a mirar a Wade. Lachlan me agarró la barbilla de nuevo, volviendo mi cara a la posición en la que estaba.

"No te atrevas", dice entre dientes.

"Lach", susurro.

"No lo mires, joder." Su agarre en mi espalda se hace más fuerte.

—Tengo que deshacerme de él —susurro. De verdad no quiero que Lachlan le dé una paliza a Wade, y sé que lo hará. He visto esa mirada—. Pero tengo que despedirme. —No se inmuta—. Lachlan, por favor.

—Date prisa. —Hace un ruido de disgusto, pero me baja hasta que mis pies tocan el suelo y me suelta.

Retrocede medio paso y se cruza de brazos. Por un instante, me quedo mirándolo. Apenas puedo procesar lo que está pasando. Un minuto, estoy pensando en Lach como todos los días, y al siguiente, está aquí y sus labios están sobre los míos. No sé qué se supone que deba decirle a Wade, pero tengo que decirle *algo* . Todavía me tiemblan las rodillas, pero logro mirarlo a la cara. Al menos parece menos borracho.

—Gracias por la cena y las bebidas —digo, respirando hondo—. Lo... lo siento.

—Delilah. —Parpadea con fuerza, le lanza una mirada a Lach y vuelve a fijarse en mí—. Vamos.

Lo dice con el mismo tono que utilizas cuando el árbitro toma una decisión con la que no estás de acuerdo.

"¿Estás acabando con nuestro destino por su culpa?", pregunta con incredulidad. Sí, definitivamente sigue un poco borracho.

Juro que Lach gruñe.

—Te repetí varias veces que esto no era una cita —le digo—. Gracias por la cena, las copas y por acompañarme a casa.

Se queda mirando. ¿Por qué no puede irse sin más? ¿Acaso no entiende que intento ayudarlo? Wade es unos ocho centímetros más bajo y pesa al menos diez kilos menos que Lach. Aunque no lo fuera, aunque tuvieran complexiones opuestas, la ira de Lach cuenta por dos. Wade no saldrá de aquí intacto.

"¿Estarás bien?" pregunta frunciendo el ceño.

—Estará más que bien. ¿Necesitas otra demostración? —Lachlan se lanza hacia adelante, pero se detiene a mi lado cuando extiendo un brazo—. ¿Debería follármela contra la pared? ¿Eso es lo que necesitas para entenderlo?

—¡Lachlan! —Lo fulmino con la mirada y siento que me sube el calor a las mejillas.

Él sonríe. No es agradable, pero aun así me da un vuelco el corazón.

Wade se ríe con incredulidad. "¿ *Este* es el tipo por el que has estado desanimado?"

Probablemente se esté preguntando si, una vez más, he demostrado que los chicos malos siempre se quedan con la chica, pero no es así. ¿Cómo demonios le explico que Lach no siempre es así? ¿Cómo le explico que sí, es posesivo conmigo, pero también es divertido y cariñoso? No hay forma de que lo crea cuando Lachlan se comporta como un maldito lunático.

—Es muy complicado —digo—. Te llamo mañana y te lo explico. Podemos desayunar si quieres y allí te lo explico.

Lach se burla. Lo ignoro.

"Desayuno", dice Wade, mirando a Lachlan cuando dice: "En *nuestro* lugar".

Jesucristo en un pesebre. *¿Por qué son así los hombres?* La risa profunda y sin gracia de Lach me estremece, aunque sé que es otra señal de que esto puede ir cuesta abajo rápidamente.

“Te veré mañana”, confirmo.

—Bueno, ya está. Vámonos. —Lach me agarra del brazo y empieza a caminar—. *Ahora* , Lyla.

Le susurro otra disculpa a Wade y me doy la vuelta para seguir el ritmo de Lachlan, lo cual es imposible porque sus piernas son mucho más largas que las mías. Me agarra con fuerza. No lo suficiente como para dejar marcas, solo lo suficiente como para hacerme sentir como si me estuviera maltratando como si fuera una muñeca de trapo.

"Delilah", grita Wade cuando ya casi llegamos a la puerta. "Si no llamas ni vienes, llamaré a la policía".

—Yo... —empiezo, pero Lachlan me jala hacia adentro antes de que pueda responder. Me zafo de su agarre—. ¿Qué demonios, Lachlan?

—Ve. —Señala el ascensor con la cabeza y aprieta la mandíbula.

El impacto inicial de verlo se ha disipado. He pasado de la incredulidad y la euforia a la ira pura. Aprieto el botón tres veces con el puño, como si tuviera la culpa de lo que está pasando. Dentro, me quedo de pie, con los brazos cruzados, mirando al frente mientras él está detrás de mí. Quizás para cuando lleguemos al decimocuarto piso, hayamos tenido tiempo suficiente para tranquilizarnos. Muy improbable. Probablemente necesitemos otros tres años para que eso suceda. Es un pensamiento aterrador. Triste. He vivido sin él durante tres años, y sí, he podido vivir mi vida mucho mejor que en Fairview, pero el vacío en mi corazón sigue vacío. Estoy segura de que si no fuera por la facultad de medicina consumiéndome, no habría aguantado otros tres sin ceder y marcar su número. Salgo del ascensor y prácticamente me dirijo a la puerta, la abro y la abro de golpe. La dejo pasar y dejo que el destino decida si se le cierra en las narices o no. Lachlan lo atrapa.

Me doy la vuelta y lo encaro. "¿Qué carajo?"

"¿Qué carajo, De-li-luh?" pregunta furioso, acercándose un paso más.

—No puedes irrumpir en mi vida de la nada, besarte delante de mi amiga y maltratarme. —Me cruzo de brazos y aprieto los dientes—. ¿Cómo me encontraste?

"¿Amigo?", pregunta en voz alta, y luego lo repite aún más alto: "¿*Amigo?* ¿Besas a todos tus amigos, De-li-luh?". Baja la mirada, recorriendo mi cuerpo con ojos ardientes. "¿Te vistes así para tus *amigos* ?"

¿Intentas avergonzarme por ser una puta? ¿De eso se trata? Porque si piensas ni por un segundo que voy a creer que no has follado...

“¡No fui yo el que se fue!”, ruge.

Cuando siento que me arden los ojos, me doy la vuelta y me enfrento a la ventana entreabierta del salón. Trago saliva con dificultad. No es así como imaginé que irían las cosas cuando nos volviéramos a ver. Definitivamente no pensé que me tomaría el corazón y lo pisotearía a propósito. Tiene razón en que fui yo quien se fue. Tiene razón en estar enojado y gritarme. Tiene razón en exigir respuestas a preguntas que han quedado flotando, pero no hace que sea más fácil oírlo prácticamente confirmar que se ha acostado con otras mujeres. Sé que me convierte en una hipócrita desde que me acosté con Wade aquella vez, pero no puedo evitarlo. En mi mente, en mi corazón, Lachlan me pertenece. Le dijo a Wade que yo le pertenecía. Por ahora, voy a aferrarme a ese pequeño rayo de esperanza. Me doy la vuelta y regreso al centro de la habitación.

¿Cómo me encontraste?

"¿Por qué te fuiste?", replica. "¿Por qué cambiaste tu maldita identidad?"

Su ira es tan palpable que la siento en lo más profundo de mi ser. Iba a contárselo todo esa noche, y mira cómo terminó. Durante tres años, me he estado diciendo que cuando nos volviéramos a ver, le contaría todo con detalle. No era lo suficientemente fuerte para ahondar en los detalles entonces. Ahora sí, pero no me cabe duda de que el hombre que tengo delante me dejaría aquí e iría a Fairview ahora mismo a matar al responsable de todo esto. Lo dejaría si eso no significara que iría a la cárcel el resto de su vida.

—Me fui porque era un peligro para ti. —Trago saliva. Joder. No quiero llorar, pero las lágrimas me nublan la vista. Aparto la mirada—. Debería haberme ido antes. No debería haberte dejado entrar.

—Oh, ¿pero puedes dejar entrar *a ese* perdedor? —Se burla.

—No es un perdedor. —Mis ojos se clavan en los suyos mientras descruzo los brazos—. No seas cruel por celos. ¿Y quién demonios dice que lo dejé entrar? Nunca lo he besado. De eso se trataba. Quería que lo besara y no pude. No puedo hacer nada por tu culpa.

Se pasa las manos por el pelo y gruñe mientras empieza a caminar de un lado a otro. Parece un animal salvaje recién escapado de su cautiverio. Su paso se detiene un instante y me mira con ojos duros y furiosos. Reanuda el paso y me quedo allí, mirándolo fijamente y preguntándome si estará completamente trastornado.

CAPÍTULO 29

Lachlan

¿POR QUÉ pensé que podía hacer esto? Debería haber enviado a alguien a secuestrarla y traerla conmigo. La observé todo el día, solo para echar un vistazo a su vida aquí, pero cuanto más la veía, más me molestaba. Está viviendo su vida. De verdad la está viviendo. No anda por ahí con una sonrisa en la cara, pero la conozco y puedo decir que está contenta aquí, que es más que en Fairview. Eso debería hacerme feliz. En cambio, alimenta mi ira porque está aquí sin mí, viviendo la vida que *quería* darle. La que quería *compartir* con ella. Todos esos pensamientos pasaron por mi mente antes de pillarla con ese perdedor. Los observé juntos toda la noche. Debería recibir una maldita medalla por controlar mi ira tanto tiempo. Mierda, por controlarla, y punto. Todavía quiero hacerle daño por la forma en que la miraba, la forma en que la tocaba, la forma en que casi la besó. Tiene suerte de que no haya cumplido mi promesa y le haya roto los dientes.

—Haz la maleta —digo, más tranquilo de lo que me siento—. Nos vamos mañana.

"¿Qué? ¿Irme adónde?" Sus ojos se abren de par en par. "No puedo irme así como así".

Mi cuerpo empieza a calentarse de nuevo. "¿Por qué? ¿Por él?"

—¡No! ¿Te oyes siquiera ahora mismo? —espeta—. Me abordaste delante de él y se quedó ahí parado. ¿Por qué haría eso si estuviéramos juntos? Piénsalo.

"Porque es un cobarde."

Eso me provoca una risa leve y una leve sonrisa que intenta disimular girando la cabeza, pero la vi. La oí. El sonido me hace vibrar el corazón. Ver cómo aprieta los labios para no reír me hace contraer la boca, como si por fin fuera a sonreír después de tantos años, pero me contengo. Esta vez, será ella quien me traiga la sonrisa.

“Haz la maleta”, repito.

Ella parpadea. "No puedo irme solo porque me lo pidas".

—¿No? —Cierro la distancia entre nosotros—. Creo que me lo debes.

“¿ Te *debo* el irme contigo?”

“Me debes muchas cosas.”

Ella me mira fijamente, clavando sus vertiginosos ojos marrones en los míos. Caen a mis labios un momento, y sé que los está imaginando de nuevo en los suyos. Quiero besarla tan jodidamente mal que duele, pero no lo haré. No debería haberlo hecho en primer lugar, pero cuando la vi cerrar los ojos y a ese idiota dar un paso adelante,

sentí como si me estuvieran chupando la tierra. ¿Y su vestido? Dios mío, ese maldito vestido. Quiero quemarlo después de las imágenes que se reprodujeron en mi cabeza de él deslizando su mano debajo mientras la besaba. Afortunadamente, nada de eso sucedió realmente, pero no me hace menos molesto por la posibilidad. Besarla no era parte del plan, pero fue todo lo que necesité para confirmar lo que siempre he sabido: ella estaba hecha para mí. Para *mí* . Para nadie más.

“Tengo trabajo”, dice en voz baja.

"Te pagaré."

—¿Qué? —Su voz se entrecorta—. ¿Por qué me pagarás exactamente?

“Para que te vayas conmigo.”

Me mira fijamente un buen rato y finalmente ríe levemente. "¿Y luego qué? ¿Qué planeas después de que prepare la maleta y me vaya contigo?"

"Te vas a casar conmigo."

"¿Qué?", grita, retrocediendo un paso con una mirada de horror que aviva aún más mi ira. " *No me voy* a casar".

—Ah, pero sí lo eres. —Me cruzo de brazos y sonrío—. Pero no pasa nada. No tendrás que hacer mucho papeleo, ya que tienes mi apellido, De-li-luh Duke.

Se le cae la mandíbula. La impresión le sienta de maravilla. Me da la espalda. Aprovecho y la observo mientras procesa esto. Mi memoria no le hacía justicia a su realidad. Por un tiempo, intenté convencerme de que solo era un rollo de la universidad y que la única razón por la que me intrigaba era porque era diferente a las demás. Intenté engañarme creyendo que cuando la volviera a ver, no sentiría lo que sentí entonces, y tenía razón. Siento más. ¿Cómo demonios es posible? ¿Cómo podría sentir más de lo que sentí entonces, cuando ella consumía cada pensamiento? Respiro hondo y exhalo lentamente. Necesito que acepte esto.

—Me debes una, Lyla James. —Hago una pausa para darle efecto —. ¿O prefieres a Delilah *Duke* ?

"¿Por qué necesito casarme contigo?", pregunta ella, dándose la vuelta. "¿Adónde me llevarás?".

Chicago, luego haremos una parada en Fairview. Después, puedo traerte de vuelta si quieres.

Aparta la mirada de la mía. La observo mientras procesa la noticia. Su rostro es más expresivo, como si las barreras que siempre mantuvo se hubieran ido desmoronando poco a poco. (Esto también me molesta). Después de un momento, suspira. Espero a que hable. No lo hace. Se abraza como si fuera lo único que la mantuviera en pie. Su expresión de derrota me deja un sabor amargo en la boca, pero no he venido aquí a ponérselo fácil.

“Recibirás un millón de dólares si permanecemos casados un año, dos millones si son dos”, le digo.

Su mirada se clava en la mía. "¿Por qué?"

“Necesito casarme para recibir mi herencia”.

—Oh. —Frunce el ceño, pero su expresión se aclara enseguida. Niega con la cabeza—. No puedo hacerlo.

miro boquiabierta. *¿Quién demonios rechaza esa cantidad de dinero?* Sé a ciencia cierta que no ha tocado ni un céntimo de la cuenta que abrió antes de huir. Transfirió algunas cosas a la nueva, así que sigue ganando dinero con la mercancía universitaria que vende a su nombre, pero eso está disminuyendo para ambos. Incluso entré en sus aplicaciones, por eso sé que Prescott la estuvo ayudando un tiempo. Pero ella se lo devolvió, y este apartamento está alquilado. Su única carga financiera son los préstamos estudiantiles y el coche, pero con el alquiler, la comida y otros gastos, seguro que se acumula rápidamente. Pasó de tener todo lo que quería a solo comprar lo necesario. Le pagan bien en el polideportivo, pero eso nunca llegará ni de cerca al millón de dólares. Esto debería ser pan comido para ella.

“Me debes una”, repito.

Sigues diciendo eso, y entiendo por qué estás molesta. Te lastimaste gravemente y terminaste en el hospital por mi culpa, y eso me mata. —Traga saliva con dificultad—. No tienes idea de cuánto me mata. Pero aun así te hiciste profesional y viviste la vida que querías.

“¿La vida que quería?” Una risa áspera sale de mis labios.

"Jugaste como profesional y fuiste un crack", dice, observándome atentamente. "Por eso no entiendo por qué te retiraste después de tres años".

"Así que has estado al tanto de mí."

—No, no puedo —dice en voz baja, como si le doliera—. Pero la gente me cuenta cosas de todas formas.

Bien. *Gente.* Prescott y Marissa. Estoy muy molesta con ellos dos, pero luego hablaré de su eterna lealtad hacia ella.

“Tienes muchos préstamos estudiantiles”, le digo.

—Dios mío. —Abre los ojos como platos—. ¿Sabías dónde estaba todo este tiempo?

Me paso los dedos por el pelo y respiro hondo. "¿De verdad crees que si hubiera sabido dónde estabas, me habría llevado tanto tiempo llegar hasta ti?"

Me observa fijamente un buen rato. La cuestión es que ambos sabemos que lo va a hacer. Si la situación fuera al revés y me sintiera tan culpable como sé que ella se siente, ya habría accedido. Aunque solo fuera para intentar compensar su dolor. Frunce el ceño ligeramente y creo que por fin la tengo.

"No puedo irme así como así", dice en voz baja y cierra los ojos. "La gente me necesita aquí".

La miro fijamente . *¿TE NECESITAN AQUÍ? Te necesitaba. Todavía te necesito, joder* . Me odio por pensar eso, y más aún por querer gritarlo a todo pulmón. No es que le diera esa satisfacción. Lo añado a la lista de cosas que me sacan de quicio. Es una lista larguísima.

—Una semana —digo—. Por ahora.

"¿Por qué yo?" susurra, escudriñando mi rostro atentamente.

"¿Tienes idea de cuánto perdí por el ataque?", pregunto. "Me dejaron fuera del draft. No recibí el dinero que me prometieron. Los equipos en los que quería jugar, los que estaban interesados en mí, pasaron. Y luego tú..."

Y luego me dejaste ahí sola, recogiendo los pedazos del corazón que me rompiste porque fui tan estúpida como para enamorarme de ti. No lo digo, obviamente, y no creo que lo necesite. La tristeza brilla en sus ojos de la misma manera. Se va rápidamente, reemplazada por una expresión seria mientras parece reflexionar. Un pequeño ceño se dibuja en su rostro mientras abre y cierra la boca un par de veces. Sé que lo que diga la lastimará o me lastimará a mí. Espero.

"¿No puedes casarte con otra persona?", pregunta finalmente, con su voz temblorosa.

Ni siquiera me mira a los ojos al decirlo. No puede. Sé que no puede. Me tomo un momento para deleitarme con lo difícil que fue para ella decir esas palabras.

“No”, digo claramente.

—Lach —dijo, bajando los hombros—. No puedo volver a Fairview.

A eso se reduce todo, que es precisamente la razón por la que acepté asistir al almuerzo deportivo. No me cabe duda de que ya me habría dado el nombre del atacante si no hubiera mencionado a Fairview de entrada. Podría sonsacárselo. Que se lo cuente. Sé que me lo permitiría. La cuestión es que ya no quiero solo un nombre. Llevo demasiado tiempo con el conocimiento de lo que le hicieron, a ella y a mí. He aprendido a tener paciencia. Bueno, quizá sea exagerado, pero se me ha dado bien tener paciencia. Joder, vale, he *mejorado* .

Después de recuperarme, no me atormentaban mis heridas ni cómo sucedieron, sino saber lo que le habían hecho. En aquel entonces, ella solo lo conocía superficialmente. Esta vez, quiero que me cuente con todo lujo de detalles lo que hicieron. No quiero un nombre, todavía no. Con toda la rabia contenida que tengo, arruinaré mi propio plan antes de que se desarrolle, y no he esperado tanto solo para arruinarlo en un intento apresurado de venganza. No. Esta vez, voy a sentarme con los detalles hasta que lleguemos a Fairview, y entonces le exigiré un nombre. Puede que no me lo dé, pero estoy listo. Ya contraté a alguien para que nos siga mientras estemos allí sin que se note. Quiero que documente cada movimiento que haga. Cuando la persona se exponga, estaré allí para dejarla sin aliento, como me hicieron a mí. Peor que lo que me hicieron a mí, y no voy a pillarlos desprevenidos con un golpe

bajo. Los miraré a los ojos mientras lo hago, porque no soy un maldito cobarde. Puede que antes fueran astutos, escondiéndose en las sombras, pero ahora conozco su juego. Intentaron eliminarme porque me vieron como una amenaza. Creen que la poseen y la volverán a someter con el miedo. Puede que incluso piensen que son una amenaza maligna, pero no tienen ni idea de la clase de monstruo que han creado.

—Volverás conmigo —le digo, con suficiente veneno en mi voz como para hacerla entrecerrar los ojos .

Yo también disfruto de eso. Es una faceta de ella que no mucha gente llega a ver. Puede que haya sustituido su ceño fruncido por una sonrisa educada. Pero en el fondo, Lyla James es una pequeña mezcla de ira, preparada por una bruja en un caldero a punto de volcarse.

"Te odiaré por eso", dice ella, con los ojos todavía entrecerrados.

Me encojo de hombros. "Realmente no me importa".

Eso la calla. Me observa atentamente. No se lo esperaba. ¿Cómo iba a hacerlo? El hombre del que se enamoró ya se habría arrojado a sus pies, rogándole que volviera con él, pero yo ya no soy ese hombre. No ruego. Exijo. Y esto es lo que le exijo. Que lo haga por las buenas o por las malas es cosa suya. Sea como sea, lo hará, pero seguiré con su juego un poco más a ver si decide venir por voluntad propia.

—De acuerdo. Lo haré —dice ella—. Un millón de dólares.

“Dos por un año”, digo.

“Ni siquiera sé si podré superar esta semana”, murmura.

Aprieto los puños. Sé que ese comentario no tiene nada que ver conmigo. Estaba extasiada cuando me vio. Impactada, pero extasiada. ¿Y cómo me besó? Es imposible que no me desee. Se trata de Fairview. Sé que a menos que le cuente todo mi plan, no podré convencerla de que no nos pasará nada malo, pero aún no puedo contárselo.

“Necesito unos días”, dice después de un momento.

“Te daré uno.”

"Me darás dos si quieres que siga adelante con esto". Me mira fijamente con una de sus miradas serias y, joder, todavía me afecta.

“¿Por qué dos?”

"Tengo que entrenar mañana". Baja la mirada al decirlo, y se nota que significa mucho para ella. "No puedo perdérmelo. Van a..." Respira hondo. "Son jóvenes. Se van a decepcionar".

Podría quitarle esto. Podría obligarla a irse de todas formas, atarla, ponerle un calcetín en la boca y conducir, pero no lo haré. Quiero ver quién es y qué hace aquí. Quizás para cuando me vaya, no tenga ganas de estrangularla y quemar todo lo que se interponga entre nosotros. Es muy improbable, pero quizás.

"Nos iremos después", digo.

Ella niega con la cabeza. "Trabajo todo el día. Arbitro a niños pequeños a las once y entreno a adolescentes por la tarde".

"Pensé que te tomarías una semana libre", le digo. Arquea las cejas como si no pudiera creer que supiera todo esto. Ladeo la cabeza. *Vamos, Lyla James.*

"Estoy de vacaciones del polideportivo una semana", explica. "Utilizo las mismas instalaciones, pero esto es independiente".

Vaya. Eso no quedó claro en el papeleo, pero supongo que tiene sentido si todo está bajo la misma empresa. Quizás por eso gana tanto dinero.

“Dos días”, digo.

“Dos días”, repite.

Asiento y trato de no sonreír de forma irónica. Sabía que lo haría. Si hay algo que no necesita, es más culpa. Aunque, claro, quizá lo haga por dinero, y pensarlo me enfurece. No debería, pero me enfurece.

"Voy a desayunar con Wade a las nueve y media", dice después de un momento.

Se me tensa la mandíbula. No puedo creer que se vaya. Mantengo la calma y me recuerdo que en unos días nos casaremos y no tendré que preocuparme por ese pequeño mosquito, pero eso no me quita las ganas de aplastarlo.

—Puedes venir si quieres —dice en voz baja, mordiéndose el labio mientras mira al suelo.

Solo porque la conozco, sé que lo dice en serio. Si fuera cualquier otra persona, pensaría que solo intenta ser amable, pero Lyla James prefiere callarse antes que decir algo que no siente. Lo pienso. ¿Quiero desayunar con ese imbécil? No. ¿Quiero que vaya sola? Tampoco. Aunque no puedo prometer que pueda aguantarlo sin joderlo. No sé si llegaré a tomarme un café antes de partirle la cara. Decido no arriesgarme.

"Lo pensaré", digo finalmente.

“¿Cuándo volveremos?”, pregunta mirándome de nuevo.

“Volverás a tiempo para comenzar tu residencia”.

"De acuerdo", susurra, escudriñándome a los ojos. Me mira demasiado tiempo y me preparo para lo que sea que salga de su boca. "¿Dónde estarás cuando vuelva?"

Ja. Esa es una trampa como ninguna otra. "Ya veremos".

Saco mi teléfono, abro el contrato y se lo entrego. Sus manos permanecen inmóviles mientras lo lee.

“Esto es prácticamente un contrato de matrimonio”, dice mientras continúa escaneándolo.

“Técnicamente, pero aún tenemos que casarnos en los tribunales”.

"¿Acciones?" Arquea las cejas. "Es una locura".

Aprieto los dientes. Podría ser por el dinero, después de todo. No importa. Lo importante es que lo va a firmar. Sigue desplazándose. Finalmente, lo firma con la punta del dedo y me devuelve el teléfono. Me encanta la tecnología. Entra furiosa en su habitación y empiezo a

llamar a mi chófer. Lo había despedido, pero como no puede volar hasta mañana, sigue en el hotel. Le diré que me desaloje temprano y que me traiga el bolso. Ni hablar de dormir sin ella.

CAPÍTULO 30

Dalila

AL MENOS, me deja ducharme y cambiarme tranquila. No puedo creer que esté haciendo esto. Debe odiarme de verdad para llevarme de vuelta allí, sabiendo que voy a revivir una pesadilla. ¿Y el matrimonio? No me opongo. Tarde o temprano, en el fondo sé que me habría casado con el Lachlan de siempre. ¿Con este? No tanto. Pero voy a seguir adelante porque, maldita sea, me importa, y si esta es la única manera de que reciba su herencia, lo ayudaré. Además, tiene fecha de caducidad y obviamente me va a dejar terminar la residencia. Solo eso me llevará dos años. Al final, cobraré y pagaré todos mis préstamos. Ni siquiera se me ocurriría cobrar si no fuera tan imbécil. Se besó conmigo, me manoseó dentro del edificio, me gritó y me exigió que me fuera con él. Sigo reviviendo todo, y todavía no lo acepto.

Cuanto más lo pienso, más triste me siento. Sabía que cuando nos volviéramos a ver, las cosas serían difíciles al principio. Pero no pensé que sería así. Sabía que se enfadaría, así que estaba preparada para una discusión. La diferencia era que, cuando lo viera en mi cabeza, discutiríamos, tendríamos sexo de reconciliación y viviríamos felices para siempre. Una tontería, lo sé. Obviamente, una tontería de cojones, considerando mi situación actual.

Necesito llamar a Marissa y hablar con ella sobre esto. Me cambio rápido y me pongo el primer pijama que agarro: una camiseta corta y pantalones cortos a juego. Es un maldito conjunto de pijama de Snoopy, pero no tengo muchas opciones para dormir. Cuando dormía con él, usaba camisetas y bragas para dormir, que todavía uso. No hay manera de que ande en ropa interior delante de este Lachlan Duke. No es que crea que me miraría dos veces. Algo me dice que su odio por mí anula su atracción y lo que sea que solía sentir por mí. El pensamiento me duele el corazón, pero lo ignoro y me concentro. Necesito empacar, lo cual odio hacer, ya que o empaco demasiado o se me olvida todo. Al menos, mis artículos de tocador están algo organizados y será fácil.

Al salir del baño, siento que se me va el aire de los pulmones y me quedo paralizada. Es tan guapísimo. Podría mirarlo durante horas. Lo he mirado durante horas. Verlo sentado en mi cama, escribiendo en su teléfono, es irreal. Nunca he tenido a un hombre en mi habitación, y nunca me permití imaginarlo aquí. No porque no lo quisiera, sino porque no podía tenerlo. Ya me estaba haciendo bastante daño sin esta imagen.

Sigo mirándolo fijamente, asegurándome de no estarlo inventando. Ya estoy completamente sobria. Después de esa conversación y la ducha, no hay manera de que no lo esté, pero todavía me parece un

espejismo. Está aquí, tan cerca que puedo tocarlo, besarlo y subirme a su regazo. Me da un vuelco el corazón al imaginarme haciendo eso. Esa ensoñación es rápidamente reemplazada por una visión de él empujándome y gritándome por creer que tengo derecho a hacerlo.

Ese pensamiento doloroso me saca de quicio y me lleva al armario. Agarro mi maleta y me concentro en empacar. Abro el cajón de los calcetines y me detengo al darme cuenta de que no sé qué empacar. No es que tenga muchísimas opciones, pero resulta que tengo un vestido blanco. No es que importe. No es una boda de verdad, así que no es que la necesite. El pensamiento me destroza un poco el corazón. Lo dejo a un lado. También tengo un vestido de seda verde oscuro y un vestidito negro porque, claramente, me he convertido en un cliché andante.

Solo me puse el negro, y fue para la fiesta de este año en Tackle. Algunos llevaban rojo y verde, y otros, blanco y azul. Yo me puse negro. Solo me puse los otros dos cuando me los probé en la tienda, pero creo que debería empacarlos. Tengo suficientes vaqueros, blusas y ropa formal para eventos de trabajo. La mayoría de mi ropa tiene un propósito. Solo compro cosas que probablemente no necesito las noches que lloro, escucho música y bebo vino. Debería preguntarle qué haremos. Dios mío, odio las sorpresas. No puedo creer que haya aceptado esto.

Cuando salgo del armario, levanta la cabeza de golpe del teléfono y, una vez más, me quedo paralizada. Sus ojos se encienden mientras me absorbe lentamente, provocando un infierno a su paso. Lo hace de nuevo como si saboreara cada centímetro de mí, desvistiéndome con la mirada. Me muevo sobre mis pies. He sido muchas cosas con Lachlan, pero la timidez no es una de ellas. Me siento expuesta, excitada y un poco avergonzada por mi reacción de esta noche. Cuando su mirada se encuentra con la mía, el fuego en ellos me lame y se extiende hasta el centro.

"No sé qué empacar", digo en voz baja y necesitada.

Se me queda mirando un segundo más, luego tira el teléfono sobre mi cama, se levanta y se acerca. Se me corta la respiración al observarlo y se me ocurre que es una pésima idea. El dinero suena genial, pero no sé si merece la pena el riesgo. No creo que sobreviva esta vez. Se detiene justo delante de mí. Miro su camisa negra y cierro los ojos un instante para aspirar su aroma. Siento mariposas en el estómago cuando los abro y lo encuentro observándome con esa mirada. La forma en que me mira me dificulta la respiración. Cuando llega a mi lado, ninguno de los dos se mueve. Mantengo la vista fija en la suya, con el corazón latiéndome desbocado, mientras continúo la competición de miradas que solo me interesa si termina con sus labios sobre los míos.

No lo hace.

Se aparta y se mete en mi armario. Salgo del todo. Por suerte, sin temblar. Al menos mi cuerpo sabe cuándo comportarse. Me giro para

mirarlo. El vestidor no es grande, ni mucho menos, algo que demuestra Lachlan, que puede llegar fácilmente a todos los rincones sin moverse. Agarra los tres vestidos, los tacones, los vaqueros, las camisetas y algunas otras cosas que mete sin cuidado en la maleta. Sabe que esa mierda me vuelve loca. Puedo tener una pila de libros desordenada en la mesita de noche, pero mi ropa tiene que estar bien doblada. Lo hace a propósito. Imbécil. No reacciono. Finalmente, se acerca al cajón de mi ropa interior, y todo dentro de mí se detiene de golpe.

No tengo nada que ocultar ni de qué avergonzarme. Es normal tener y usar vibradores, pero sé que será cruel. El antiguo Lachlan me habría provocado con un brillo en los ojos, una sonrisa burlona en los labios y lo habría usado conmigo enseguida. Este... No sé qué demonios hará este nuevo Lachlan. Lucho por mantener la calma y resisto el impulso de detenerlo. Saca todas mis bragas y las examina. Solo tengo tres bragas bonitas, que inmediatamente van a la bolsa. Tira algunas de las otras detrás de su hombro, sin importarle siquiera dónde caen. Hace lo mismo con los sujetadores. Arquea las cejas cuando llega al fondo del cajón, y sé que lo ha encontrado. Esto va a ser un buen momento, lo sé. Lo saca y lo examina. Es morado y se usa a menudo.

Suspiro. "Adelante. Búrlate de mí".

"¿Por qué me burlaría de ti?" Mira el vibrador en su mano, luego a mí y luego a él. "¿Por qué parece un cactus?"

"¿Estás...?" Me echo a reír, pero me detengo y me acerco para cogerlo. Lo mantiene fuera de mi alcance como si estuviéramos en la secundaria. Lo fulmino con la mirada y me cruzo de brazos, dando un paso atrás. "Lachlan".

“Lyla.”

“Por favor, devuélvalo.”

Su sonrisa es lenta, cruel. "Lo haré, si respondes algunas preguntas".

"¿Preguntas?", pregunto, intentando parecer indiferente. "Estás bromeando".

Niega con la cabeza. Su sonrisa me está sacando de quicio. Debe de verlo, con el brillo de sus ojos, divertido y despiadado. Esperaba que se burlara de la cosa y luego de mí por necesitar una, pero ¿preguntas? Sabe perfectamente que responder preguntas sobre sexo me incomoda. Atribuyéndolo a un trauma. Puedo tener sexo, pero no necesariamente quiero hablar de ello. Lachlan es la única persona con la que me he sentido cómoda hablando de ello, y él lo sabe. Sé que debe recordarlo.

Claro que todo lo que ha hecho desde que llegó ha sido a propósito, así que no sé por qué espero que esto sea diferente. Ya estoy alterado y tengo más emociones que en todo el año. Por alguna estúpida razón, aunque sé que esto dolerá, me quedo quieto. Quizás para alimentar mi masoquismo emocional con más nutrientes.

“Haz tus preguntas.” Descruzo los brazos y espero la embestida.

¿Con qué frecuencia lo usas?

Pongo los ojos en blanco. "¿Qué más da?"

—Solo curiosidad. ¿Una vez a la semana? ¿Una vez al mes? ¿Una vez al día? —Sus ojos adquieren una mirada despiadada con cada pregunta que me hace vibrar el alma, pero maldita sea, intento mantener la vista fija en él.

"¿Es este el maldito censo?", pregunto, aburrido. "Quizás cuatro veces por semana".

¿Ves porno para excitarte? Sin la trama, claro.

Me muerdo el labio y bajo la mirada. Casi sonrío, pero oír nuestra broma privada en ese tono tan duro me duele un poco. Joder, no me lo esperaba. No me atrevo a hablar, así que no aparto la vista de sus zapatillas y niego con la cabeza.

“¿Piensas en alguien en particular cuando lo usas?”

Su aroma me envuelve mientras se acerca, invadiendo mi espacio personal. Está tan cerca que las puntas de sus zapatos casi me presionan los dedos. Me da un vuelco el corazón al darme cuenta de que podría extender la mano y tocarlo ahora mismo, y él podría hacerme lo mismo. Llevo tres años imaginando lanzándome sobre él y rodeándolo con mis brazos y piernas. Sus ojos, su voz, sus labios y su cuerpo se han grabado en cada sueño que he tenido. Tres años de anhelo, ¿y para qué? Nada. En lugar de tener una conversación significativa, está jugando a estos jueguitos tontos que lo divierten.

Ojalá pudiera... no sé, abrazarlo o besarlo, pero tengo tanto miedo de que me alejara que no puedo animarme a hacerlo. Sé que me alejaría. Pasa en un instante. Las lágrimas empiezan a quemarme los ojos con solo pensarlo. Sé lo que viene después. Me va a recordar que podría haberlo tenido, pero en lugar de eso elegí esconderme de él, como si tuviera una maldita opción. Tengo que parpadear rápido para no llorar, pero una lágrima gruesa cae en mi pie de todos modos. Espero que no la vea. Me muerdo el labio con más fuerza y asiento con la cabeza para responder a su pregunta. Sí, pienso en alguien, en particular, maldito imbécil.

"¿Está a la altura de la realidad?"

Un mar de emociones me asaltaron a la vez: tristeza, ira y humillación. Respiro hondo, pero tembloroso. Aun así, me obligo a negar con la cabeza ante la pregunta. Retrocede un paso. Oigo el golpe sordo al cerrarlo de golpe en el cajón. Mantengo la cabeza gacha mientras me doy la vuelta y salgo corriendo del armario y de la habitación, limpiándome las lágrimas con furia. No puedo. No soy lo suficientemente fuerte. La verdad al darme cuenta me hace llorar. La rabia me invade: contra el maldito terapeuta que me ayudó a superar parte de mi trauma, pero sobre todo contra mí misma por permitir que me hiciera esto. Nadie puede quebrantarte a menos que le des el poder, y yo le di todo el mío. Por eso es el único capaz de hacerme sentir tan

intensamente, hasta el día de hoy. Esto se siente como una traición, y lo odio por usarlo en mi contra. Dios, necesito que deje de importarme. Sé que puedo hacerlo de nuevo. Me duele que la persona que me hace construir muros emocionales sea también la persona que me ayudó a derribarlos.

Podría pedirle que se fuera. Podría irme. Ninguna de las dos es realista. Sé que se iría, pero se quedaría ahí fuera. Si me voy, me seguirá. Lo peor de todo es que, por mucho que lo odie ahora mismo, no quiero que se vaya. Acabo de recuperarlo. Dios, esto es una putada. Un sollozo me recorre el cuerpo, pero lo reprimo. Cuando oigo sus pasos acercándose, abro la nevera y prácticamente me lanzo a por ella. Cojo el yogur de fresa y le doy vueltas en la mano, como si no lo hubiera comprado hace dos días.

"Vuelvo enseguida", dice detrás de mí.

No digo nada.

“¿Se cerrará la puerta cuando me vaya?”

Niego con la cabeza.

Suspira profundamente. "¿Podré volver a entrar?"

Asiento con la cabeza.

Se queda detrás de mí un momento más. Guardo el yogur y observo el envase de fresas. Cuando oigo que la puerta se cierra tras mí, doy un paso atrás, cierro el refrigerador de golpe y corro al baño para desmoronarme sin preocuparme de que me vea. Que le den por esto. En serio, que le den. Cuando termino de llorar, me echo agua fría en la cara y respiro hondo mientras llamo a Marissa.

—Hola —dice. Hay mucho ruido donde está.

“Lachlan está aquí.”

Ella está en silencio, pero todavía escucho el ruido a su alrededor, así que sé que no ha colgado.

"¿Mar?"

—¡Me estás tomando el pelo! —susurra y grita—. ¿Cómo?

—No lo sé, pero... tengo demasiado que decir. Quedo con Wade para desayunar a las nueve. ¿Puedes venir?

—Claro. ¿Quieres que vaya ahora mismo? —pregunta—. Voy ahora mismo.

—No, está aquí. Salió a buscar algo, pero regresa enseguida.

—Me importa un bledo. No suenas bien.

—Me voy a la cama. No puedo con esto. —Mi voz se quiebra al oír esa palabra.

—Puedes, cariño. Joder, puedo estar allí en veinte minutos.

—Para entonces ya estaré dormida —digo en voz baja, porque eso es precisamente lo que voy a hacer ahora mismo—. Desayunar.

Ella exhala. "¿Estás segura de que no puedo ir?"

"Nos vemos allí a las nueve y media".

"Voy a estar allí."

Salgo corriendo del baño, lo pongo a cargar en la mesita de noche a mi lado, apago la luz y cierro los ojos. Estoy exhausto, por dentro y por fuera. Por un momento, creo que no podré dormirme, pero me quedo dormido antes de que vuelva.

CAPÍTULO 31

Lachlan

Ni siquiera he estado cerca de ella en un día completo, y esto ya me está jodiendo más de lo que quiero admitir. Estaba durmiendo cuando volví a la habitación, y apenas dormí, intentando asegurarme de no moverme a su lado de la cama y rodearla con un brazo. No es que quiera hacerlo, pero creo que mi cuerpo me traicionaría y lo haría sin mi consentimiento. Es la última mujer con la que me acosté; en realidad, solo me acosté. La *única* mujer. Esa comprensión es desconcertante. Durante años, he imaginado las escenas en mi cabeza de cómo irían las cosas cuando la volviera a ver. Ninguna de ellas me involucraba sentado en una silla en la esquina de su habitación, viéndola dormir. Durante una hora. Como un pervertido. Al menos la silla es cómoda. Apuesto a que siempre duerme en ella, acurrucándose como le gusta hacer. Recojo la manta que reposa sobre la silla, inhalo su aroma y la dejo caer cuando me doy cuenta de lo que estoy haciendo.

Un tenue resplandor se cuela a través de sus cortinas, y puedo verla perfectamente en la penumbra de la habitación. Es tan jodidamente hermosa. ¿Es posible que sea más hermosa ahora que antes? Lo juro. Me dan ganas de estrangularla. Me dan ganas de follármela a fondo. Me dan ganas de estrangularla mientras la follo a fondo y la hago correrse gritando mi nombre. Es incomprensible que después de todo lo que me ha hecho pasar, todavía pueda tener tanto poder sobre mí.

Cuando se despierta, cojo el móvil para mirar el correo. Es lo que debería haber estado haciendo la última hora. Cuando su móvil empieza a vibrar en la mesita de noche un momento después, lo pienso mejor y le doy al botón lateral. No tiene ni idea de que estoy aquí. La observaré un rato más a ver qué hace. Ya he malgastado gran parte de mi vida haciendo esto. Puedo observarla diez minutos más. Al principio, creo que es una alarma que ha puesto, pero se acerca y pasa el dedo por la pantalla sin siquiera mirarla. Ese pequeño gesto me fastidia. Significa que contestaría a cualquiera que tuviera ese número.

—Sí. —Su voz es ronca, como cuando recién se despierta.

Mi polla se pone dura al instante. Más dura . Joder. Juro que me ha condicionado para que reaccione así. ¿Su voz ronca por la mañana? Una erección instantánea. ¿Su actitud de perra? Una erección instantánea. ¿Cómo me sonríe? Una erección instantánea. ¿La convicción en sus palabras cuando habla de sus habilidades futbolísticas? Una erección instantánea. ¿El fuego en sus ojos cuando está excitada? Eso es obvio.

Me ha convertido en una maldita rata de laboratorio en un estudio de BF Skinner, por Dios. Realmente necesito poner mis cosas en orden.

—Sí, lo sé. Te dije que iría. —Se tapa la cara con un brazo—. Sí. Yo también iré, no soy irresponsable. —Se queda callada un momento—. Claro que podemos ir juntos. No, no lo hará. No haría eso. No pasa nada. —Se incorpora rápidamente, con el crujido de las sábanas—. ¿Me llamaste para recordarme lo del desayuno o para interrogarme como si fuera la maldita sospechosa de un crimen?

Me muerdo la lengua ante su tono cortante. Joder. Ni siquiera se despide; simplemente cuelga. Casi sonrío, pero entonces recuerdo que él tiene su número y yo no. Bueno, yo *sí* , pero no me lo ha dado. Tira el teléfono a la cama sin cuidado y se queda sin aliento al recordar que quizá esté ahí tumbado. Presiona con la mano donde se supone que debería estar. No sé si está decepcionada o aliviada de que no esté allí, y eso, por supuesto, me cabrea.

"¿Buscándome?"

Ella grita, retrocediendo a gatas y golpeándose el cabecero con la mano en el corazón. "¡Dios mío, Lachlan! ¿Qué demonios?"

Me levanto y abro las persianas, entrecerrando los ojos por la intensa luz del sol. Lyla ni siquiera me deja decir una palabra. Aparta las sábanas, se levanta de la cama y se dirige al baño antes de que yo siquiera pueda volver a la silla. Oigo la cisterna del inodoro, el grifo abrirse y cerrarse, y la ducha empezar a correr.

Me pregunto si se da cuenta de que no se llevó ropa. Seguro que está acostumbrada a andar desnuda. Cierro los ojos y respiro hondo. *No* me la imagino desnuda ahora mismo. Si empiezo, haré una tontería y no puedo permitirme follarla. Sin duda lo haré. Tendré que masturbarme un par de veces antes para no correrme en un segundo. Ha pasado tanto tiempo. Aun así, pronto tendremos un matrimonio que consumar. Me esfuerzo mucho por concentrarme de nuevo en los correos electrónicos, y luego me esfuerzo aún más por no imaginarme entrando al baño y follándola contra la pared de la ducha.

El agua se cierra y, efectivamente, un minuto después, abre la puerta envuelta en una toalla. Debería apartar la mirada. Un hombre decente lo haría, pero se llevó mi decencia consigo cuando me dejó postrada en una cama de hospital hace tres años. Entra en el armario, coge ropa interior y un sujetador deportivo, y los coloca encima del cajón empotrado. Se da la vuelta, busca algo de ropa y lo coloca con la ropa interior. Espero a que la recoja y vaya al baño, pero en lugar de eso, deja caer la toalla. Me quedo boquiabierta.

No me mira, pero sé que sabe que la estoy observando. Observo su cuerpo desnudo. Pensé que ya estaba duro, pero esto es... demasiado. Quiero liberar mi polla y pajearme con esta imagen. Lo haré más tarde, pero la urgencia de hacerlo ahora es fuerte. Es eso o ir allí y morderle el culo, los muslos, las tetas y la boca, lo que inevitablemente conducirá a

su coño, lo que conducirá al sexo, y eso no va a suceder todavía. Termina de vestirse, se pone unas chanclas, agarra calcetines y zapatillas de fútbol, y sale del armario y de la habitación.

No me mira ni me reconoce ni una sola vez. Me cabrea, pero le doy la razón. Invadí su vida y estoy a punto de arrancarla de raíz. La llevo de vuelta a un lugar que sé que preferiría incendiar antes que poner un pie en él. Sé que está enfadada conmigo por el incidente del vibrador, pero me importa un bledo. La confirmación de que se ha estado excitando recordándome valió la pena, aunque quisiera romper el vibrador por disfrutar de mí. Estoy aún más cabreado después de oír a ese imbécil decir que habían follado.

¿Dónde follaron? ¿Fue en esta cama? Quemaré el maldito colchón. Sé que no debería estar disgustada. Tres años es mucho tiempo, pero tratándose de Lyla, no debería ser un montón de cosas que no puedo evitar. Respiro hondo. Obviamente, es un polvo pésimo, lo cual, ni hablar. *Lo veía* a kilómetros de distancia. Respiro hondo y dejo de pensar en ello. Pasó. No puedo cambiarlo. Necesito pasar página. Cuando la oigo coger las llaves, miro la hora en el móvil y me levanto rápidamente.

—¿Adónde vas? —Me quedo junto a la puerta del dormitorio—. Todavía tienes treinta minutos antes de tu desayuno.

—Claro. —Me mira fijamente—. Y mientras tanto, voy a ir a tomarme un café con un desconocido que no me atacará emocionalmente, solo porque crea que puede hacerlo.

“Pensé que me habías invitado a ir contigo”.

"Que te jodan." Se gira rápidamente, abre la puerta y la cierra de golpe tras ella.

Me río. Sí, está enfadada, sí. Bueno, bienvenida al puto club de los enfadados y desconsolados, Lyla James. No compartimos galletas, solo quejas.

Por suerte, me preparé dos horas antes que ella y puedo seguirla a desayunar. Probablemente sepa que la seguí, pero intento no verla. Me alivia ver a Marissa. Su presencia debería dejarle claro a Cabeza de Cabrón que esto no es un desayuno de mariquitas. Marissa parece preocupada. Cabeza de Cabrón parece confundida. Lyla parece... inexpresiva. Esto la está haciendo volver a su caparazón, lo cual me molesta, pero no lo suficiente como para acabar con todo. Se *casará* conmigo y me vengaré de quien me hizo esto, de ella.

Sigo mirando. Marissa se pone a llorar. El imbécil parece molesto. Lyla sigue impasible. Esto dura una hora. La expresión de Lyla es la única que no cambia. El imbécil es el único que come de verdad y se lo

come entero. Marissa come un bagel. Lyla pide lo mismo, lo cual me sorprende, ya que solo come la parte "completa" de los bagels e ignora la parte de abajo. La veo dar un mordisco y dejarlo. Toma otro y lo deja. Eso es todo lo que come.

Cuando terminan, Marissa abraza a Lyla y le da un beso en la mejilla. Cualquier cosa que diga hace que aparezca el fantasma de una sonrisa de Lyla. Marissa abraza a Shit-head después y se va en la dirección opuesta. Probablemente a su negocio de batidos o flores. Lyla y Shit-head comienzan a caminar. Ella se recoge el pelo en una coleta mientras él habla. Sus ojos bajan a sus labios demasiado a menudo para mi gusto. Empieza a mover las manos como si estuviera tratando de convencerla de algo. Probablemente para que no se vaya conmigo. Si lo hace, está desperdiciando su aliento. No hay ninguna realidad en la que eso suceda. Se irá voluntariamente o me veré obligado a tomar medidas extremas, y estoy tratando de evitarlo. Además, estoy mejorando su vida. Cuando todo esté dicho y hecho, será millonaria. ¿Quién no querría eso?

Terminamos en uno de los campos de fútbol detrás de Tackle. Desaparecen en el edificio y salen con redes y conos que instalan rápidamente. Una vez hecho esto, Shit-head regresa al edificio y saca un cubo lleno de balones de fútbol. Le patea uno a Lyla, quien lo detiene antes de que pase rodando. Ni siquiera creo que estuviera mirando; su reacción es pura intuición. Enseguida empieza a hacer trucos con él. Es fascinante. Nunca la he visto jugar. Al menos no en persona. He visto vídeos de algunos de sus partidos, pero nunca la he visto hacer esto en persona. Está completamente concentrada en lo que hace, seria, aunque esté haciendo el tonto.

El imbécil se le une en el campo e intenta robarle el balón. La facilidad con la que juegan uno contra uno me saca de quicio. No sé ni una mierda de fútbol, pero se parece bastante al hockey. Aprendería a manejar el balón si eso significara jugar con ella uno contra uno. Me patearía el trasero, pero lo haría de todos modos. Le hace una finta, moviendo el cuerpo hacia un lado mientras sujeta el balón con el otro pie, lo patea justo debajo de sus piernas y corre tras él. Sucede rápido; parpadeas y te lo pierdes, pero toda la jugada es una maravilla, si estás prestando atención. Esa sonrisa —mi sonrisa— se extiende por su rostro, pero está de espaldas a él, así que no la ve.

Ella corre rápido por el campo mientras él intenta alcanzarla. Cuando se da cuenta de que no tiene oportunidad de quitarle el balón, usa una táctica diferente y la rodea con sus brazos para evitar que corra. Me empujo del tronco del árbol en el que estoy apoyado. Juro que este tipo tiene ganas de morir. Lyla chilla cuando la levanta, y estoy a un milisegundo de correr hacia allí y soltarla de un tirón cuando la baja. En el momento en que sus pies tocan el suelo, lo empuja con fuerza y se aleja para recoger el balón descartado. Su expresión se ensombrece.

Sonrío, pero ahora me pregunto qué haría si la levantara así ahora mismo. Probablemente encontraría algo con lo que apuñalarme.

La gente empieza a llegar poco después: padres con sillas de jardín y neveras portátiles, y niños pequeños con sus uniformes corriendo al campo. Ya terminé de pedir comida a domicilio cuando vi a un grupo de madres acercarse a Shit-head. Dos de ellas empezaron a coquetear abiertamente con él. En lugar de captar la indirecta y aceptar la oferta de una de ellas, miró a Lyla de reojo. Si solo fuera su amigo, ni me importaría (tanto), pero es un amigo que quiere follársela, y eso lo pone automáticamente en mi lista negra. No sé cuánto más puedo aguantarlo.

Al menos, Lyla no está prestando atención. Está agachada, atando los zapatos de un niño pequeño, y tiene a cuatro más de pie detrás de él, esperando a que haga lo mismo. En cuanto termina de anudar los cordones, cada uno de ellos salta hacia adelante y la abraza fuerte. Su rostro se ilumina con una sonrisa mientras les alborota el pelo. No es mi sonrisa, pero es una sonrisa al fin y al cabo, y todas las suyas son increíbles, así que se la tragan. Ver cómo interactúa con ellos me hace un vacío en el estómago. Me viene a la mente la imagen de ella jugando con nuestros hijos. La reprimo y la entierro.

La niñita rubia que vi en las fotos corre cuando los chicos terminan y se lanza sobre Lyla, tirándola al suelo. Lyla se ríe. Estoy lejos, pero la oigo, y joder, echo de menos esa risa. Se levanta con facilidad y ayuda a la niñita a levantarse. Un hombre rubio, que supongo que es su padre, se acerca, sacudiendo la cabeza con una risa. Hablan hasta que la niñita tira de los pantalones cortos de Lyla y la obliga a apartar la atención de su padre. Sonríe como si ya supiera lo que va a decir. Me acerco. Necesito oír lo que dicen y por qué se toma tantas malditas fotos con ella. Sé que Lyla me ve. Es difícil no verme, pero finge que no existo. Mientras escucho a escondidas, mantengo la distancia y miro la pantalla de mi teléfono para comprobar a qué distancia está el conductor que me trae la comida.

—Otro más para tu colección —dice Lyla mientras se levanta y se cepilla los pantalones cortos.

—No me importa tenerte al teléfono. —Le guiña un ojo. Si ella lo nota, no se nota.

¿Quién *demonios* es este tipo? Cuando ella se da la vuelta y lleva a su hija al campo, la mira de reojo. Le saco una foto y se la mando a Liam.

Yo: ¿Quién es este?

Liam: no sé, ¿quién es?

Sé que lo hace para molestarme. Funciona.

Yo: no preguntaría si lo supiera

Él no responde.

Yo: RECONOCIMIENTO FACIAL

Liam: ¿Por qué? ¿Robó un banco?

Mi hermano, el maldito comediante.

Yo: simplemente hazlo

Liam: No podemos usar reconocimiento facial en todos los chicos que hablan con Lyla. Pregúntale quién es.

Ahora soy yo la que no responde. Liam ha estado lidiando con mis tonterías desde que salí del hospital. Entré inconsciente, pero con esperanza, y salí amargada y enfadada. Sé que mi hermano pensó que volver a verla me haría volver a ser yo misma. La cosa es que ni siquiera recuerdo cómo era antes de que se fuera. No voy a mentir y decir que verla no cambió nada, porque en el momento en que sus ojos se cruzaron con los míos, me sentí como siempre: mirando el disco de hockey en vilo. Aunque estoy demasiado enfadada para rendirme. Quizá si la hubiera encontrado deprimida con sus camisetas holgadas y apenas sobreviviendo, mi ira se habría desvanecido al instante. Soy un completo imbécil por ello. Lo sé, pero ¿qué demonios? He estado viviendo el día a día como un maldito zombi. Entrenamiento de hockey, partido de hockey, casa, y repetir. Ahora estoy en Duke Tech, y es más de lo mismo: aburrido e insatisfactorio. Así que sí, me habría gustado verla un poco deprimida.

Mi hermano no entiende mi resentimiento. Mamá tampoco. Pasaron un par de horas con ella en un partido de hockey y se enamoraron al instante. Claro que sí. ¿Cómo no? Por eso, cuando le dije a Liam que necesitaba encontrarla para casarme con ella, aceptó de inmediato. Mi pobre y bondadoso hermano pensó que iba a aparecer por aquí como Eros; no se dio cuenta de que estaba en mi rollo Anteros. Empecé a caminar de vuelta al roble bajo el que había estado parado.

Yo: Necesito que averigües quién es y hackees su teléfono y borres sus fotos.

Él me llama. Respondo con una fuerte exhalación.

—Lo sé, ¿vale? —Me quito la gorra de béisbol de la cabeza y me paso rápidamente los dedos por el pelo antes de volver a ponérmela.

"¿Has perdido la cabeza?" escupe, superponiendo mis palabras.

Me detengo a medio paso. "¿Es una pregunta seria?"

—Dios mío, Lach —dice, exasperado—. ¿Le dijiste por qué estás ahí?

"Por supuesto."

"¿Qué dijo ella?"

“Ella aceptó irse conmigo.” Apoyo mi espalda contra el tronco del árbol y cierro los ojos.

—Entonces, ¿está bien casarse contigo después de todo este tiempo sin verte?

—Claro. ¿Por qué no iba a estarlo?

Se queda callado un momento. "¿Sabe que te casas en Fairview?". Al no responder, grita: "¡¿Ni siquiera se lo has dicho?!".

"¿Qué hay que contar? Ella aceptó casarse conmigo. Aceptó ir a Fairview y a Chicago", le digo. "¿Puedes hacer lo que te pido? Este tipo es un pervertido. Tiene demasiadas fotos de ella en el móvil. Es inquietante".

—Ay, Dios mío... —Liam se echa a reír—. ¿ *Eso es* lo que te inquieta?

—Como sea, Lee. Lo hagas o no, pero no me llames para sermonearme sobre mi maldita moral gris. Es culpa suya que sea así.

"Lachlan", susurra en la línea.

“Te veré en casa.”

"Sí", murmura.

"¿Estarás en la fiesta de compromiso?"

"¿Te refieres a ese que la novia probablemente ni siquiera conoce? Sí, allí estaré". Cuelga el teléfono.

Estúpido.

Ahora que lo pienso, probablemente debería invitar a Marissa y Prescott a la boda. Mi plan original no era tan elaborado. Solo iba a llevarla al juzgado y casarnos, pero empecé a pensar y me di cuenta de que quienquiera que sea el responsable de todo esto se pondría furioso si la viera casarse con alguien de quien también intentaron deshacerse. Mi madre cree que Lyla adora Fairview. Liam pensaba lo mismo hasta que, estúpidamente, se me escapó que contraté más seguridad porque Lyla no se siente segura allí. No es asunto suyo. Esto es entre Lyla y yo, y cualquiera que quiera interponerse es considerado una amenaza. Le pido la comida al repartidor y no pierdo de vista a ese padre mientras como. Durante el resto del juego, intento averiguar cómo puedo conseguir su teléfono.

CAPÍTULO 32

Lachlan

Cuando el partido está a punto de terminar, regreso al campo. Esta vez, no me molesto en camuflarme. Esto no es una situación como la de Clark Kent. Probablemente podría estar en una bolsa para cadáveres, y Lyla sabría quién soy, pero quiero asegurarme de que sepa que sé que sabe que estoy aquí. Apenas recuerdo el hombre que era antes de que Lyla irrumpiera en mi vida, pero sé que nunca me importó lo suficiente nadie como para reducirme a la mezquindad. Mírame ahora. El Sr. Nunca Perseguiría a Nadie, y estoy parado en un campo de fútbol con este calor de mierda, en una ciudad en la que nunca he estado, persiguiendo a alguien que ahora mismo actúa como si no existiera. ¡Menuda mierda!

Me quito la gorra y la pongo mirando hacia atrás, mientras ella corre al otro lado del campo para ayudar a un niño pequeño con los cordones. El corazón me da un vuelco. La reacción me saca de quicio. Al final de esto, voy a necesitar una evaluación psicológica seria. De rabillo del ojo, veo a alguien acercándose, así que miro en esa dirección. Una de las mamás atractivas que había estado coqueteando con el Imbécil se dirige hacia mí. Sonríe y se planta en mi espacio personal. Inmediatamente quiero que me deje en paz. ¿Qué le pasa a la gente en esta ciudad? Apuesto a que las aplicaciones de citas tienen más éxito aquí que en cualquier otro lugar del país.

“¿Juegas?”, pregunta ella.

La miro. "No."

—Oh. —Sus ojos azules recorren mi cuerpo de arriba abajo—. Pero tocas algo. Pareces un atleta.

"Hockey."

“Oohhh, un deporte de contacto”, dice con un guiño.

Me dedica una sonrisa que seguro que hace que mucha gente se apresure a cerrar el trato; no se la devuelvo. Puede que esté cabreado, pero no necesito esto ahora mismo. Lo último que necesito es que Lyla piense que estoy interesado en alguien más. No lo estoy, joder, obviamente, pero Lyla siempre saca conclusiones precipitadas. No solo pensaría que quiero follar con esta mujer. No, eso sería simple. Pensaría que me follaría a esta mujer en su horrible miniván, la dejaría embarazada y me casaría con ella. Es así de enferma. Me encanta eso de ella. Ahora mismo, estoy deseando que el muy cabrón o el estúpido padre le quite la atención a esta mujer. Con la forma en que ha estado mirando a Lyla, el padre parece haber olvidado que su hija está jugando en el campo. Mantengo los brazos cruzados y mi mirada fija en él. Ojalá tuviera los rayos láser de Superman ahora mismo.

“¿Tu hijo juega aquí?”, pregunta la mamá, sacándome de mis pensamientos.

"Aún no."

—Ah —dice con un tono coqueto mientras roza mi brazo sin querer—. ¿Te acabas de mudar aquí?

—Todavía no —digo apretando los dientes, porque, claro, es entonces cuando Lyla decide mirar hacia aquí. Es rápido, pero nuestras miradas se cruzan.

Necesito deshacerme de esta maldita mujer. Me quedo callado. Quizás si la ignoro, se vaya. El padre apunta con su teléfono al campo y me cuesta mucho quedarme quieto. Podría estar sacando fotos de su hija. ¡Dios mío, necesito robarle ese teléfono! La madre se remueve y se aclara la garganta. Estoy a dos segundos de irme, cuando se me ocurre que puede ser útil. No es que Liam me esté ayudando.

“¿Estás explorando tus opciones?”, pregunta.

"Puedes decir eso."

Cuando la miro de nuevo, ella está mirando mi mano izquierda en busca de un anillo, como si eso la detuviera de intentar llevarme a su minivan.

"No hay muchos papás por aquí", digo, y me apunto a mirar alrededor. De verdad que no los hay.

—No. Cooper suele ser el único. —Señala al rubio que he estado observando.

Cooper . "¿Qué hace?"

—Es el dueño del polideportivo. —Mira por encima del hombro hacia el edificio donde trabaja Lyla. *Interesante.*

"¿Es suyo?", pregunto y lo miro de nuevo. "¿Es deportista?"

Era. Futbolista. Era bueno también. Jugó profesionalmente en el extranjero durante un tiempo, pero sufrió demasiadas lesiones y decidió dejar las botas y dedicarse a Tackle para ayudar a los atletas a entrenar, superar lesiones y mantenerse sanos. Viene gente de todo el país.

"¿Y el entrenador?" Asiento con la cabeza al imbécil número uno.

"¿Wade?", pregunta. "Juega en la selección estadounidense de fútbol".

"¿Obras?" Arqueo las cejas. "¿Por qué está aquí?"

Se tomó una temporada libre. Y le gusta Delilah. Pone los ojos en blanco al decir esto.

Mi mandíbula se aprieta.

"Es guapísima, sí, pero no le veo el bombo." La mujer se encoge de hombros. "He oído que es prácticamente una ermitaña."

Una ermitaña. Ja. La vi salir. Dos veces. Definitivamente no es una ermitaña. Esta mujer probablemente vive en las afueras y no sabe lo que pasa en la ciudad al anochecer. Miro a Cabeza de Cabrón de nuevo.

¿Fútbol profesional, eh? Fútbol profesional, pero Lyla es capaz de engañarlo fácilmente. Probablemente sea un suplente.

"Soy Tammy, por cierto", dice después de un momento.

“Un placer conocerte, Tammy”. Asiento cortésmente, pero mantengo los brazos cruzados mientras miro el campo, con los ojos puestos en cada movimiento de De-li-luh.

A mi lado, Tammy está callada, probablemente esperando a que le diga mi nombre. No lo hago.

Lyla silba tres veces.

—Bueno, se acabó el juego. —Tammy se gira y, obviamente, me recorre el cuerpo con la mirada. Otra vez—. ¿Quieres que te enseñe la ciudad?

—No. —La miro fijamente a los ojos—. Ya tengo a alguien que me lo enseña todo.

Parece decepcionada, pero sonríe y regresa con el resto de las mamás atractivas que la esperan. Me pregunto si acordaron quién se acercaría a mí y si apostaron si me seduciría o no. A la gente le gusta criticar a los hombres cuando hacen apuestas sobre cosas así, pero cuando lo hacen las mujeres, no pasa nada. Es molesto, eso es lo que es.

“Tienes que estar bromeando”, dice una voz familiar detrás de mí.

—Marissa —sonrío y me doy la vuelta lentamente—. Ha pasado tiempo.

—Eres una persona terrible, ¿lo sabes? —Entrecierra los ojos mientras acorta la distancia entre nosotras. Me apoya las palmas de las manos en el pecho y me empuja. No me muevo, lo que la enfada aún más, así que aprieta los puños—. ¿Llevarla de vuelta a Fairview? ¿Qué demonios te pasa?

—Tengo algunos asuntos pendientes allí y un almuerzo al que asistir. —Me encojo de hombros.

"¿Por qué le hiciste esto?", pregunta. "¿No crees que ya ha sufrido bastante?"

—¿Ay, *ya ha* sufrido bastante? —Suelto una carcajada—. Perdona, ¿no recuerdas que me mandaron al hospital?

—Ay, Dios mío... —Respira hondo, como si intentara contener la ira —. ¿Así que intentas vengarte de ella por ser la razón por la que estabas en el hospital?

—No, soy yo intentando vengarme de quien me hizo esto —digo—. Y de ella por dejarme sin darme ninguna explicación.

—Vaya —dice, mirándome a la cara—. No la amas.

—Ah —me río con humor—. ¿Ahora me vas a decir cómo me siento?

"Si alguna vez la hubieras amado, no la obligarías a volver allí. Sabes que te odiará por eso", dice.

"Me importa una mierda." Me encojo de hombros.

Me mira un buen rato. "¿Recuerdas lo primero que te dije cuando supe que estabas interesado en ella?"

—No, ¿por qué no me lo explicas? —Recuerdo perfectamente lo que dijo, pero qué le vamos a hacer. De todas formas, sigo aquí plantada.

"Si la cagas, nunca te lo perdonará", dice. "Si crees que al final volverá contigo, mejor olvídalo ahora mismo".

Aparto la mirada, observando el campo. Las mamás siguen en su pequeña reunión y se miran de reojo de vez en cuando. El papá sigue mirando a Lyla. El capullo se queda cerca, fingiendo que habla con los niños, pero la mira demasiado. No me sorprende en absoluto que tenga un pequeño club de fans de hombres que la desean. Por cómo actúa aquí, por cómo se viste... esta Lyla lo tiene todo. Puede que no esté sonriendo o riendo todo el tiempo, pero les da lo justo para que quieran más. Debería sentir lástima por ellos. Aunque no estuviera aquí para llevármela, eso nunca habría pasado. No puede darle más a otro hombre cuando ya me lo dio todo.

—Deberías ir a Fairview en unos días —digo, mirando a Marissa.

"¿Por qué?"

¿Tus padres ya no viven allí?

“Sí…” dice ella tentativamente.

"Deberías irte."

"¿Qué pasa en unos días?", pregunta.

"Entonces será cuando me case con Lyla".

"¿Te casarás *allí* ?" Sus ojos se abren más de lo que creía posible. Retrocede un paso, se lleva una mano al pecho y respira. "Madre mía, Lachlan. ¿Lo sabe?"

“Ella sabe que nos vamos a casar”.

Marissa me mira y desearía que fuera ira lo que viera en sus ojos. En cambio, es decepción. Cree que me lo merezco, lo sé. Una vez le prometí proteger a su mejor amiga y ahora estoy haciendo esto, lo cual ella ve como todo lo contrario. Sin embargo, la estoy protegiendo. Cuando termine en Fairview, ya no tendrá que esconderse. Podrá volver a ser Lyla James. Ojalá Lyla James Duke.

“No correremos peligro”, digo.

—Lach —frunce el ceño—. La sacaron de la carretera. Correrá peligro en cuanto llegue. —Desvía la mirada un instante—. ¿Por qué la obligaste a casarse contigo en el único lugar que odia?

“¿Qué importa dónde nos casemos?”

“Ese es el punto, ¿no?” Se le cae la mandíbula, pero se recupera rápidamente. “ *Quieres* que sufra. ¿Sabes cuánto ella...?” Niega con la cabeza, respirando hondo. “Olvídalo. No mereces saberlo”. Me mira a los ojos de nuevo. “Sabes, después del accidente, después de Luke, tuve que soportar sus lágrimas y gritos, y luego nada. Nada de mierda, hasta que llegaste tú y la hiciste sentir todas estas emociones diferentes. Dios, la

conozco desde que nacimos, y nunca la había visto tan feliz como contigo". Mira hacia donde está Lyla. "Estaba tan agradecida por ti, pero ahora está claro que eres lo peor que le ha pasado en la vida".

Me trago el nudo de emoción que me sube por la garganta. Esto no es nuevo para mí. Lyla me dijo ella misma que la hice sentir, después de haber estado entumecida durante tanto tiempo. Disfruté de eso. Me hizo sentir como un maldito rey saber que tenía una versión de ella que nadie más tenía. Tenía sus lágrimas, sus sonrisas, su risa. La tenía por completo. Hasta que no la tuve. Escuchar a la persona que posiblemente la conoce mejor que yo decir esto es más difícil de lo que quiero admitir. No importa, porque va en ambos sentidos. Ambas nos hicimos experimentar cosas que nunca antes habíamos tenido, y luego ella se fue como si no hubiera significado nada.

—Bueno, entonces supongo que estamos a mano —consigo decir —. Es lo peor que me ha pasado en la vida.

Marissa niega con la cabeza y comienza a irse.

"Espera", le digo antes de que dé otro paso.

Ella se gira para mirarme de nuevo. "¿Qué?"

"¿Quién es ese tipo?" Asiento con la cabeza hacia el padre.

"¿En serio?" Se ríe sin humor. "¿Ahora quieres que te ayude a identificar a los hombres que te amenazan?" Se burla y empieza a alejarse, pero se lo piensa mejor y se vuelve hacia mí. " *Ese* es un padre soltero que ha estado esperando pacientemente a que ella arregle sus asuntos para finalmente poder dar el paso. También es su jefe, pero ahora que terminó sus prácticas, puede invitarla a salir".

Sabía que odiaba a ese tipo.

"¿Por qué no lo hace?"

—No traerá a ninguna mujer, ni siquiera a Lyla, a su casa cerca de su hija, a menos que sepa que es algo serio. —Marissa se encoge de hombros—. Debe ver a Lyla como una posibilidad, ya que no ha tenido una cita en unos ocho meses.

Lo miro fijamente de nuevo. "¿Te contó todo esto?"

—No, pero la gente habla. Todo el mundo lo sabe —dice—. Igual que saben que Wade está enamorado de ella. Tienen una apuesta en el centro sobre cuándo finalmente cederá. Cooper no participa por razones obvias.

Siento un tic en la mandíbula. Si intenta hacerme enojar, lo está consiguiendo y lo sabe.

—No le gusta ninguno de los dos —digo, como un maldito niño en el patio de recreo.

"Tienes razón."

Respiro hondo. «Parece feliz aquí».

"¿Qué te hace pensar eso?" Sus cejas se juntan y su voz finalmente se suaviza.

Eres su mejor amiga. Supongo que lo sabrías mucho mejor que yo. Miro a Lyla de nuevo. Está recogiendo los conos mientras Wade habla con el grupo de mamás. "Parece feliz".

Marissa no dice nada. Solo mira a Lyla con una expresión triste que no entiendo, así que sigo hablando, porque necesito saber qué piensa al respecto.

“Ella sonríe aquí”, digo.

"¿Sonríe aquí?" Sus ojos, muy abiertos, se fijan en los míos. "Tiene sus momentos, claro. Es feliz cuando está con los niños".

—La he visto sonreír. —Miro a Lyla—. El otro día, Prescott publicó una foto donde se reía mientras el imbécil número uno la cargaba.

“¿En mi cumpleaños?”

"Sí."

Parpadea. "¿Pensabas que se veía *feliz* en mi cumpleaños?"

—Sé lo que vi. —Reprimo las ganas de sacar el móvil y enseñarle la captura de pantalla. Me mira como si le hablara en otro idioma, así que repito: —La vi. Se reía.

—Dios mío, Lachlan. A veces eres tan estúpido. —Marissa se ríe, negando con la cabeza—. No está contenta. Simplemente se le da muy bien fingir.

Con eso, ella se va. Esta vez, no la detengo. Ni siquiera sé qué significa eso. Sé lo que vi. Sé lo que veo . Marissa ayuda a Lyla a recoger el resto de las cosas. Probablemente debería haber ido allí a ayudar hace unos minutos cuando empezó, pero no quiero poner un pie en ese campo. Puede que esté enojado. Puede que quiera verla sufrir, pero no quiero quitarle esto. Al final de esto, o me amará y seguirá casada, o me dejará y cambiará de identidad otra vez. Realmente no importa. Si lo hace, simplemente la encontraré de nuevo, y la próxima vez, seré mucho más rápido. La atraparé cuando baje del maldito avión.

CAPÍTULO 33

Dalila

Tengo un descanso de tres horas, pero no puedo ir a casa. No me importa si Lachlan me sigue por todo el mundo, pero no lo quiero ahí cuando me siento así. Mi apartamento es mi santuario, y me hace sentir como una lunática. No lo soporto ahora mismo, pero ver a Tammy coquetear con él fue desesperante. En lugar de ir a casa, voy a la tienda de batidos de Marissa. Hoy está un poco lleno, pero por suerte, los dos cómodos sillones de mi rincón favorito están vacíos. Agarro mi batido de siempre y me dirijo al sillón. Wade entra y coge el batido que pidió para llevar, y cuando me ve, se acerca. Ojalá no lo hiciera. Solo quiero que me dejen en paz ahora mismo. Sin embargo, sonríe mientras se acerca, y es tan sincero que aparto mi enfado. En lugar de sentarse frente a mí, se sienta en la mesa de café de madera entre las sillas y coloca sus antebrazos sobre sus muslos mientras me mira.

"¿Estás bien?"

"Estoy bien." Tomo un sorbo de mi batido.

"¿Estás seguro de que no quieres que me quede y ayude con la sesión de entrenamiento?", pregunta.

—No. Ya hiciste planes. Estoy bien —digo—. Lo digo en serio.

—Contigo no lo sé. —Exhala con fuerza—. Lo que me hace pensar que no bromeas cuando dices que no sientes nada, pero luego viene y...

Ni siquiera me molesto en pedirle más detalles. Sé cómo me pongo cuando Lach está cerca. Es decir, ni siquiera necesito el timbre de la puerta avisando de la llegada de un nuevo cliente para saber que está aquí, ahora mismo. Todo mi cuerpo se despierta en su presencia. Lo odio. Levanto la vista y, efectivamente, está de pie junto al mostrador, mirándonos fijamente mientras espera su batido.

Miro a Wade. "No sé qué decir a eso".

No lo reconozco, pero de rabillo, veo a Lachlan acercándose con su batido. Tampoco lo miro cuando se sienta frente a mí. Mantengo la vista fija en Wade. Ni siquiera se da cuenta de que alguien más se ha unido a nosotros. Quizás sí se dé cuenta, pero como la tienda está tan llena, no hay razón para que piense que es Lachlan.

—No tienes que decir nada. —Se acerca a mí—. Solo siento que si le das una oportunidad, quizás puedas dármela a mí también.

Miro hacia otro lado y observo el pasillo que conduce a la puerta trasera.

—Delilah —dice Wade al cabo de un momento. Al volver la vista, capto la mirada fulminante de Lachlan. De nuevo, lo ignoro.

—No puedo —susurro—. Lo siento. No puedo.

"¿No soy lo suficientemente imbécil para ti?", pregunta Wade.

Eso me hace reír. Me muerdo el labio y vuelvo a mirar a Lachlan, que ahora parece más divertido que enojado. Arquea una ceja como si esperara mi respuesta.

“Si quieres que sea un idiota…”

Me aguanto la risa. "Wade, ni siquiera sabrías ser un imbécil, y eso me gusta de ti".

Él exhala. Lachlan me dispara dagas.

"Entonces. . .?"

"Es complicado."

Mira, estaremos fuera de la ciudad los próximos días. Solo... cuando volvamos, ten una cita conmigo. Una de verdad...

—No va a pasar —dice Lach con voz amenazante.

Los ojos de Wade se abren por un momento y se entrecierran mientras se levanta y gira su cuerpo en dirección a Lach.

"¿Sabes qué, imbécil?", dice Wade. "Si no fuera por ti, estaría saliendo conmigo".

Los labios de Lach se contraen. "Pero no lo es".

"Puedo esperar", dice Wade encogiéndose de hombros. "Tarde o temprano se cansará de cómo la tratas".

—Quizás. Quizás no. —Lach cruza la pierna, apoyando el tobillo sobre la rodilla, mientras se recuesta en la silla—. Lo cierto es que estará conmigo.

"Hasta que ya no lo sea", responde Wade.

El rostro de Lach se ensombrece al instante, pero permanece sentado. "Si quieres creerlo, es tu culpa, pero te lo digo desde ya: jamás va a salir contigo".

“Sólo porque soy un buen chico…”

"No tiene nada que ver con que seas un buen chico", dice Lach, con la mirada fija en sus ojos verdes mientras descruza la pierna y se inclina hacia adelante en el asiento. "No quiere salir contigo porque no eres como yo. Es así de simple".

Las palabras que me hieren hacen reír a Wade. Aparto la mirada. Sé que solo duele porque tiene razón. Los últimos tres años lo han demostrado. Aun así, el hecho de que lo sepa y lo diga con tanta crueldad me duele. Ojalá no fuera así, pero no puedo cambiar lo que me hace sentir. Respiro hondo y me concentro en mantener la calma y en no demostrarle cuánto me afectan sus palabras. Mantengo la vista fija en la puerta trasera mientras bebo mi batido.

"Recuerda mis palabras, 'Lachlan Duke'", dice Wade, como si Lach no fuera real y estuviera sentado aquí. Lo miro de nuevo. "Tarde o temprano, la perderás de nuevo, y yo estaré aquí, esperando para recoger los pedazos".

Lach aprieta la mandíbula, pero no responde. Sigue lanzando puñales que sé que serían puños si estuviéramos afuera.

"Envíame un mensaje de texto", me dice Wade.

Asiento con la cabeza. Al no mirarlo, exhala con fuerza y se marcha. En cuanto se va, me levanto de un salto y voy al fondo. La oficina de Marissa es pequeña, pero tiene una silla cómoda. Dejo mi taza en su escritorio, me acomodo en la silla y cierro los ojos. Intento no arrepentirme de mis acciones, pero ahora mismo es difícil. No debería haber firmado ese documento. Por él, haría lo que fuera, pero no estoy dispuesta a perder la cordura.

He estado bien aquí. Lo he extrañado muchísimo, pero he estado bien. Y sé que algunas personas, como Marissa, argumentan que simplemente sobrevivir no es vivir de verdad, pero para mí sí lo es y estoy bien con eso. Durante tanto tiempo quise traerlo aquí, y ahora que está aquí, simplemente... no sé qué sentir. Si deseara que se fuera, lo extrañaría. Si se queda y sigue manchando el lugar que me ha traído paz, lo odiaré. Respiro hondo varias veces. He sobrevivido a cosas peores y sé que sobreviviré a esto. Ojalá no tuviera que hacerlo.

Cuando abro los ojos, miro el móvil y me doy cuenta de que he dormido una hora. *Una hora.* Mierda. Sin la ayuda de Wade con mi preparación, podría llegar tarde. Me pongo en marcha y cojo la bolsa de emergencia que tengo aquí. Me cepillo los dientes, me arreglo la coleta, me pongo desodorante y me lavo la cara. Cuando vuelvo a la zona de estar, Lachlan sigue sentado en la misma silla, haciendo algo en el móvil. Es tan guapísimo que, por una fracción de segundo, quiero dejar de fingir y besarlo. No lo hago. No lo haré. La belleza no eclipsa la bondad. *Jamás* .

Por fuera, lo ignoro cuando agarro mi taza para lanzarla. Por dentro, el corazón me da un vuelco. Me despido de Marissa y corro hacia la cancha. Está a solo una manzana, así que no es gran cosa, pero tengo un montón de cosas que hacer antes de que lleguen los chicos que estoy entrenando. Mentalmente, empiezo a repasar los ejercicios. Nunca he trabajado con un equipo mixto, pero como solo son ejercicios y entrenamientos, podrían ser unos caniches y aun así coger el ritmo. Wade suele entrenar a los chicos/hombres, y cuando está jugando fuera de la ciudad, Cooper lo hace o invita a algunos de sus amigos. Hoy, los dos estaban ocupados, así que los chicos me tienen que acompañar. Salgo del edificio con conos en un brazo y arrastrando un cubo lleno de balones de fútbol con el otro, cuando siento un hormigueo que me sube por los brazos y me llega al alma cuando Lach está cerca.

“Déjame ayudarte”, dice detrás de mí.

Lo pienso. Si lo dejo ayudar, como que lo dejo entrar, pero terminaré esto más rápido. Que le den. Si está tan empeñado en seguirme y hacerme sentir fatal a cada paso, más le vale que me ayude. Le dejé coger el cubo, dejar los conos y volver a entrar a por las redes. La única razón por la que me emociono cuando está cerca es que bajé la guardia por completo por él, una vez, y me sentí bien. Sentí algo. Ahora, no puedo evitar sentir cosas a su alrededor. Me da rabia, tristeza,

confusión y alivio. Lo peor de todo es que trajo mariposas en el estómago y las liberó. Aunque ya no es el Lach que conocí. Puede que tenga el mismo aspecto, camine igual y huela igual, pero no es él. El impostor que tengo delante ni siquiera debería hacerme sentir así, y lo odio. Respiro hondo y me concentro en el fútbol. El fútbol y ayudar a la gente son lo único que me motiva estos días. Con su ayuda, el montaje está listo quince minutos antes de la hora prevista de llegada de los niños.

—Gracias —digo con la mirada fija en el campo.

"De nada." *Dios, su voz. Su maldita voz todavía me mata.*

Al menos, todavía tiene modales. Me sigue y mira a su alrededor cuando vuelvo adentro para agarrar mi botella de agua. Una parte de mí quiere mostrarle el centro, dejarle ver mi oficina, contarle todo lo que he hecho aquí y seguiré haciendo, pero no lo hago. Hasta ahora, mi cabeza le está ganando la batalla a mi corazón. No es una hazaña fácil. Quiero que me bese de nuevo, pero no lo hago. Quiero que me folle, pero no lo hago. Quiero mostrarle esta parte de mi vida, pero no puedo. Dejar que vea lo que hago aquí sería dejarlo entrar más, y no sé cómo sentirme al respecto. Es una triste comprensión. Lachlan una vez fue mi mejor amigo. Ahora es solo un extraño que me hace saltar el corazón.

"¿Quieres Gatorade?" pregunto abriendo la nevera.

"Seguro."

Agarro el amarillo —su favorito— y mi botella de agua rellena, y me dirijo a la puerta. Al acercarme, empuja la puerta con la espalda y la sujeta así para mí. Cuando llego justo delante de él, le doy el Gatorade en el pecho; lo más parecido a un puñetazo que jamás recibiré. Lo sé porque el impacto me duele la mano.

Mis ojos se quedan fijos en la botella, que aún no ha cogido. «No sé si sigue siendo tu favorita. Tenemos otras opciones, si las quieres».

Envuelve su mano sobre la mía mientras agarra la botella. Estallan fuegos artificiales en mi cabeza, y los restos recorren el resto de mi cuerpo. De alguna manera, logro contener la respiración y no reaccionar.

“Siempre ha habido una sola opción”, dice, y su voz es un murmullo bajo que vibra contra mi mano.

Ay. Dios. ¿Por qué hace esto? Lo miro con enojo y veo esa sonrisa arrogante en su cara. Mi corazón, por supuesto, da un vuelco. Tomo mi mano y entro al campo. Estoy esperando a ocho personas hoy: cuatro chicas y cuatro chicos. Ahora mismo, estoy contando siete. Un movimiento capta el rabillo del ojo y me doy la vuelta para ver al rezagado corriendo. Ya puedo decir que es un problema con su pelo castaño claro desordenado, piel dorada y mandíbula cincelada. Si su pelo fuera un poco más oscuro y sus ojos fueran verdes, diría que es pariente de Lachlan. Apuesto a que probablemente es el jugador de

fútbol más guapo de su universidad. Miro a las chicas. Dos de ellas parecen estar flipando. Las otras dos están poniendo los ojos en blanco.

—Date prisa, Barlow —grita uno de los chicos.

“Te dije que no te quedaras en la fiesta anoche”, dice otro.

Les doy un momento. Odiaba que mis entrenadores no nos dejaran hablar antes del entrenamiento. Durante era imposible, y después, agotador. Miro el reloj. Llegan cinco minutos antes, así que se lo concedo. El chico, Barlow, por fin llega. Me mira y silba, uno de esos silbidos de dibujos animados que deja claro que le gusta lo que ve.

Pongo los ojos en blanco. "Empieza a estirarte".

Vuelvo a la silla para coger mi portapapeles con toda su información: nombres, edades, escuelas, dónde han jugado, durante cuánto tiempo, etc. Lach está sentado en la silla, con las piernas estiradas como si estuviera totalmente cómodo, lo que sé que es mentira. Esa silla apesta. Lleva zapatillas deportivas, pantalones deportivos negros y una camiseta de manga corta gris claro. Estoy seguro de que se vistió así sabiendo que venía al campo, pero no creo que se diera cuenta de lo caluroso que podía llegar a ser. Normalmente, es un poco más fresco en esta época del año, pero tuvimos un invierno raro y estamos teniendo una primavera rara. Hoy hace ochenta y cinco y está soleado. No es tiempo para pantalones deportivos negros, en mi opinión, pero eso es culpa suya. Cerrando la distancia entre nosotros, cojo el portapapeles de debajo de la silla y me paro a su lado mientras lo escaneo. No hay sombra en ningún otro lugar, y en unos treinta y cinco minutos, estaré dispuesta a sentarme en su regazo si eso significa salir del sol.

"Apuesto a que esos cabrones se mueren de ganas de firmar cuando se enteran de que estarás aquí", dice.

—Perderías esa apuesta. —Lo miro rápidamente—. No suelo entrenar a equipos mixtos.

—Bien —dice—. Ese último cabrón que llegó ya me tiene de los nervios.

—¿Por qué? —Arqueo una ceja—. ¿Te recuerda a alguien?

Frunce el ceño. "¿ *Te recuerda* a alguien?"

“Un poco, sí.”

Su ceño se acentúa. Sigo leyendo. No tiene sentido decirle que, mientras estamos en el campo, para mí solo es un niño más al que entreno. A Lach no le importaría. Probablemente le molestaría que un bebé me silbara. Debo admitir que me sorprende un poco verlo molesto por la atención que he estado recibiendo de los chicos. Con la animosidad que siente hacia mí, no creo que siga celoso. Debo decir que Wade es el único que me ha perseguido públicamente en tres años, así que es curioso que esto suceda cuando Lach está aquí. Los celos son lo único que he visto del antiguo Lach hasta ahora, y me gusta.

Soy un hipócrita. Mi padre era muy celoso, y yo le decía constantemente a mi madre que era un rasgo tóxico. Mírame. Corro hacia el grupo, llevándome el portapapeles. No hay manera de que memorice nada de esto en el minuto que nos queda. Todos todavía se están estirando cuando llego.

"Antes de empezar", digo en voz alta. Ya me he acostumbrado a ser tan ruidosa aquí. "Me llamo entrenadora Delilah; puedes llamarme así, Lyla o Dee. Me da igual", empiezo.

“Puedes llamarme *como* quieras”, dice el chico Barlow.

—Cállate. Quizás quieras oír esto —le espeto y vuelvo a lo que estaba diciendo—. Voy rápido. Si eres lo suficientemente bueno, lo entenderás enseguida. Si no eres lo suficientemente bueno, esto te ayudará a aguantar y lo conseguirás. Si no quieres esforzarte para conseguirlo, puedes largarte del campo y volver a casa, porque no voy a perder el tiempo contigo.

Algunos respiran hondo. Otros abren los ojos como platos. Barlow, el muy cabrón, asiente con una sonrisa. De verdad que no es tan joven, ahora que lo veo de cerca. Sé que no tiene mi edad, ya que no ganaría nada aquí, pero no puede estar muy lejos.

—Otra cosa, nada de tonterías —digo—. Si quieres cotillear, puedes hacerlo en tu descanso o cuando terminemos.

Asiento con la cabeza para que me sigan al primer ejercicio que he preparado. El campo es prácticamente una carrera de obstáculos. Ya han hecho todos estos ejercicios un millón de veces, pero aquí los harán y yo los cronometraré. Nunca los he entrenado, pero sé que son habituales aquí, y cronometrarlos es la única forma de saber si están mejorando.

"Este es tu punto de partida". Señalo los conos amarillos que he colocado. "Lo vamos a desmontar y vamos uno por uno. Cuando terminemos, iremos directo. Cuando *terminemos* , vamos a la red".

—Ejercicios de escalera —anuncio y miro a la primera persona de la fila—. Natalie, te toca.

Puse el cronómetro. Cuando terminó, miré la siguiente.

“Priya, te toca.”

Puse el cronómetro. Cuando terminó, miré la siguiente.

Sigo así hasta que llego a Barlow, el último de la fila. Cuando es su turno, espero que esté bromeando, pero es muy serio. *Vaya.* Es uno de esos. El único que conozco que puede hacer eso, activarlo y desactivarlo, es Lachlan. Yo nunca he podido. Cuando tengo el balón en los pies o estoy concentrado en un ejercicio, apenas oigo nada, así de concentrado estoy. Pongo el cronómetro y le digo que empiece. Cuando termina, registro su tiempo y pasamos al siguiente.

—Tejido de una pierna —anuncio, señalando con la cabeza al primero—. ¡Vamos!

La cronometro.

Esto continúa hasta que terminan. Técnicamente, podríamos seguir trabajando con estos conos la mayor parte del tiempo, pero lo preparé por separado para que fuera un poco diferente. Pasamos a los conos naranjas. Veo a Barlow hablando y riendo con el chico de al lado. El chico me ve mirando y se detiene de inmediato y mira al frente con cara seria. Barlow también se detiene y mira al frente, pero sonríe con suficiencia. No voy a mentir, si estuviera en mi universidad mientras yo jugaba, probablemente me gustaría ese pequeño engreído.

Cambia la fila. El último va primero y el primero al final.

Espero a que cambien. Barlow está concentrado en los conos con una expresión seria. Decido que si su tiempo es suficiente, lo dejaré pasar. Si no, tendrá que hacer saltos de rana mientras todos terminan el ejercicio.

—Pie exterior. Empieza con el derecho —digo, y pongo el cronómetro cuando empieza.

Su momento es genial. Todos lo hacen antes de que cambiemos de pie y lo vuelvan a hacer. Seguimos adelante.

“Adentro, adentro”, digo y cronometro el tiempo.

"Croqueta", digo en el siguiente. Después de este, están jadeando y sudando. "Descansen tres minutos".

Puse el cronómetro a tres minutos y salieron corriendo. Oí a Lachlan corriendo detrás de mí. Lo juro...

"Me gusta el discursito que diste al principio", dice con voz baja y ronca. Me muerdo el labio para no reaccionar.

¿Sí? ¿Todavía te excitan las actitudes maleducadas? —Sigo mirando al grupo.

Soltó una risa sorprendida. "Sin comentarios."

Sin comentarios. *Imbécil.* Lo miro. Hace tanto sol que tengo que levantar el portapapeles para protegerme la cara. "¿Has salido a decirme que te vas?"

"No."

“¿Viniste aquí porque quieres que te agregue a la fila?”

—Te gustaría, ¿verdad? —Me sonríe con esa sonrisa lenta y sensual que me hace temblar las rodillas. Las aprieto.

—Lo haría, en realidad. —Dejé caer el brazo y miré hacia el grupo.

“Lo haría por ti.”

Mis ojos se encuentran con los suyos y veo algo en ellos que acelera mi pulso.

Toco mi silbato y doy un paso adelante. "Se acabó el descanso".

Detrás de mí, oigo a Lachlan decir «Sí, señora» en voz baja mientras sale corriendo. Mi corazón da un vuelco. Terminamos el resto de los ejercicios, los hacemos una vez completos y finalmente llegamos a la red. Les dejo hacer lo que quieran allí y repaso lo que no he completado en la lista.

CAPÍTULO 34

Lyla

“ESO ES DIFÍCIL”, dice Barlow, parándose a mi lado mientras recupera el aliento.

“La vida es dura.”

—Sí, pero lo estás haciendo más difícil.

Arqueo una ceja. "¿Tus entrenadores no te obligan a hacer estos ejercicios?"

“Por supuesto, pero no así, y normalmente terminamos con abdominales, sin repetir todo el ejercicio”.

—Puedes hacer abdominales en tu tiempo libre. —Bajo el portapapeles.

—Hola, entrenador D —grita uno desde la cancha—. ¿Puedes hacer los ejercicios?

"Claro que puedo hacer los ejercicios", le digo. "No te obligaría a hacer algo sin probarlo primero".

Todos se ríen, incluido Barlow, pero él se acerca y dice: "Te dejaría ponerme a prueba".

—Eres algo diferente —digo, pero no puedo evitar el temblor en mis labios.

“¿Cuántos años tienes?”, pregunta con seriedad mientras gira su cuerpo para mirarme.

"No es asunto tuyo."

—Vamos. No seas así. —Ladea la cabeza, sus rizos salvajes le caen sobre los ojos antes de apartárselos. Es increíble lo mucho que me recuerda a Lach.

"Veinticinco."

Sus cejas se alzan. "¿Eso es todo?"

Parpadeo. "¿Qué? ¿Parezco viejo o algo así?"

—No. Solo pensé que como no lo eres... —Se encoge de hombros—. Pensé que eras mayor y que no te gustaban los hombres jóvenes, pero solo me llevas dos años.

—Dios mío. —Eso me hace reír. Me giro para mirarlo—. ¿Pensabas que, como no te aproveché, significaba que era mayor?

"Más o menos." Se encoge de hombros.

—Sin ánimo de ofender, Barlow —comienzo.

“Asher”, dice.

—Sin ánimo de ofender, Asher, pero uno —levanté el dedo—. Eso no me funciona. Y dos —levanté otro dedo—. Tengo demasiados problemas que jamás te soltaría.

"Y tres, ya está ocupada", dice Lach detrás de mí.

Me da un vuelco el estómago, pero no me muevo, no lo miro, no digo nada. Mantengo la vista fija en el chico que tengo delante, cuyas

cejas se fruncen un instante al mirar por encima de mi cabeza.

—Oh, mierda, supongo que debería haberte preguntado si tenías novio —dice Barlow riendo.

—Pero no lo hiciste porque en realidad no te importa. Te la follarías de todos modos —dice Lach. ¡Dios mío! Voy a *asesinarla. Él* mientras duerme. Lo miro fijamente.

—Bueno, quiero decir. ¿Puedes culparme? —dice Barlow. Levanta las manos y abre los ojos de par en par. Solo puedo imaginarme el aspecto de Lach detrás de mí—. Lo decía con respeto. Debería haber preguntado de todas formas.

"La respuesta hubiera sido no, porque *no* tengo novio", digo.

En cuanto la última palabra sale de mi boca, siento el calor de Lachlan en mi espalda. Me rodea con un brazo y me atrae hacia su pecho. No puedo respirar, pensar ni responder. A Barlow no parece importarle. Apuesto a que la única razón por la que no empuja es porque sabe que le patearían el trasero en un instante. Sigo dejando que Lach me abrace. No porque se sienta bien o reconfortante, ni porque sienta al instante que pertenezco a ellos. No, dejo que me rodee con sus brazos, solo porque no quiero montar una escena, pero en cuanto se van, empieza la cosa. Dios mío, espero poder calmarme para cuando se vayan.

—Bueno, si alguna vez cambias de opinión… —Barlow se encoge de hombros y corre hacia el campo para unirse a sus amigos.

—Dios mío, Lachlan. —Me muevo con fuerza y finalmente suelta el brazo. Me giro y lo miro fijamente, esperando esa mirada dura, pero me encuentro con una mirada vivaz que he echado de menos más que nada. Trago saliva y bajo la voz—. No puedes asustar a todo el que se me acerque.

—¿No? —Arquea una ceja—. Mírame.

—Estás siendo ridícula —digo—. Le dije que no mucho antes de que vinieras.

—Dijiste que no y quizás él te escuchó. —Sus ojos verdes me miran fijamente.

"No puedo lidiar contigo ahora mismo." Me doy la vuelta y lo ignoro.

Me despido de la mayoría de los niños y hablo con una madre sobre su hija. Cuando todos se fueron, respiro hondo y miro los conos que había preparado. Me moría de ganas de unirme a ellos en su último ejercicio, y cuando ese chico me preguntó si podía hacerlo, me resistí. Decidí repasarlo una vez para ver si mejoraba alguno de sus tiempos. Lo hice, miré el cronómetro y revisé la lista. ¡Vaya! Barlow y otro chico me superaron, pero no por mucho.

Cuando termino, Lachlan se acerca y me ayuda a recoger todo. No se mueve en absoluto, lo que me pone un poco nerviosa. Cuando termino de guardar todo, camino por el pasillo a por un Gatorade y

empiezo a secarme el sudor. Estoy terminando cuando oigo que se abre la puerta y veo entrar a Lachlan. Me sorprende que haya tardado tanto en entrar. Deja que la puerta se cierre tras él y se queda allí, mirándome fijamente un momento antes de acercarse furioso. El camino desde la nevera hasta la puerta me lleva trece pasos. Lachlan parece hacerlo en tres. Sus ojos son oscuros, llenos de furia, y algo que me acelera el corazón.

Sin previo aviso, me levanta con su brazo izquierdo y me presiona contra la pared detrás de mí. Choca su boca con la mía en un beso hambriento. Mi cuerpo reacciona al instante, como siempre lo hace: envuelvo mis brazos alrededor de su cuello y voy a envolver mis piernas alrededor de su cintura, pero me detiene. Estoy a punto de apartarme para averiguar por qué, cuando siento que su agarre en mi trasero se aprieta y desliza su otra mano por debajo del elástico de mis pantalones cortos. Jadeo en su boca. No podemos hacer esto aquí. Mi mente está gritando eso, pero él comienza a tocarme, sus dedos subiendo y bajando lentamente por mis pliegues, y pierdo todo sentido. Sus labios se separan de los míos y pone su cara en el hueco de mi cuello, mordisqueándome allí. Gimo profundamente. Presiona su pulgar contra mi clítoris y desliza dos de sus grandes dedos dentro de mí. Echo la cabeza hacia atrás con otro gemido fuerte. No me sorprendería que la fuerza me provoque una conmoción cerebral. Mueve sus dedos tan hábilmente que gimo y clavo mis uñas en su espalda.

"Mierda", dice, con un estruendo que juro que me sacude a mí y a todo el edificio.

Me sorprende no haberme corrido solo de eso. Ha pasado demasiado tiempo. Me muerde el cuello y hace lo mismo con la clavícula. Ni siquiera tengo tiempo para procesar lo sudada que estoy ahora mismo porque sus dedos se mueven de una manera que me hará correr en cualquier momento. Él también sabe cómo hacerlo. Ha estudiado y memorizado cada uno de mis gemidos y jadeos. Está conteniéndolos a propósito.

—¡Joder! ¡Dios mío! —jadeo, moviendo las caderas para cabalgar su mano—. Por favor, Lach, haz que me corra.

No me importa estar suplicando. Al parecer, a él sí, porque deja de mover los dedos. Protesto con un sonido vergonzoso. Sigo con la cabeza apoyada contra la pared, con el cuello estirado para que pueda acceder a ella. Respiro con dificultad. Esperando. Me pregunto por qué está en pausa cuando lo necesito al doble de velocidad. Bajo la cabeza y lo miro.

—¿Qué demonios, Lachlan? —pregunto con voz ronca, jadeante y necesitada. Si esto forma parte de su plan para torturarme, está funcionando.

"Mírame", gruñe, mordiéndome el labio inferior y chupándolo. Cuando se aparta, empieza a follarme con los dedos y me revienta el

cerebro. No puedo apartar la vista de él aunque quisiera. "Eres mía, Lyla James".

Añade un tercer dedo y grito cuando hace algo con él que me molesta.

“Oh, Dios mío, Dios mío, Dios mío.” Todo mi cuerpo tiembla.

Me corro tan fuerte que pongo los ojos en blanco y mi visión se oscurece por un segundo. No mueve la mano mientras intento recuperar el aliento. Espero a que me baje, pero sus dedos vuelven a subir, lentamente, con el pulgar en mi clítoris moviéndose en círculos lentos y provocativos.

—No, no, no —digo jadeando—. No puedo. No puedo.

"Mírame". Es una orden que no puedo negar. Abro los ojos y siento su ardor en los míos con tal fuerza que la combinación de eso, el roce de su pulgar y sus dedos enganchados en mi interior me hace correrme de nuevo.

¡Maldita sea! ¡Maldita sea, LACHLAN! Me retuerzo contra él, disfrutando del orgasmo.

“Joder mío”, gruñe de nuevo, mientras saca sus dedos de mí y me deja en el suelo.

Me inclino de inmediato, jadeando con las manos temblorosas sobre las rodillas temblorosas como si acabara de correr una maratón. *¿Qué demonios fue eso?* Me toma un momento recomponerme, pero cuando lo hago, está serio de nuevo, con los ojos aún encendidos y la mandíbula crispada. No sé qué se supone que debo hacer. ¿Se supone que debo tocarlo? ¿Besarlo? Nunca me he sentido incómoda a su lado. Odio sentirme así.

“¿Por qué hiciste eso?”, pregunto en voz baja, para evaluar su respuesta.

"Para recordarte."

No tengo palabras. Me las ha robado. Me lo ha robado todo: mis pensamientos, mis emociones, mis palabras, mi libertad y mi cordura. No lo entiendo ahora mismo. Hace cosas que me hacen saber que le importo y luego actúa como si nada. ¿Aún me ama o solo quiere poseerme? No sé si soy lo suficientemente fuerte para descubrirlo. Con gusto me hundiré en el abismo si eso me lleva al hombre del que me enamoré, pero me da miedo no encontrarlo.

CAPÍTULO 35

Lachlan

Cedí. Soy un ser humano, maldita sea. He sido bastante paciente. Pensé que estaba excitado antes, pero cuando todos se fueron, Lyla caminó hasta el principio de su maldita carrera de obstáculos y puso el cronómetro. La vi hacerlo todo a velocidad récord. Miró el cronómetro y asintió con la cabeza como diciendo "no está mal". Casi salgo a levantarla en brazos, pero no lo hice. Mantuve las manos quietas y la ayudé a recoger lo que parecían mil conos. Pensé que no estaría tan reprimido para cuando termináramos de guardar todo, pero estaba peor. Todo lo que podía hacer era pensar en ese pequeño cabrón de Barlow. Ni siquiera le tomé una foto. Sé que no es una amenaza, pero verla reír con él fue demasiado para mí.

Me quedé afuera, mirando la puerta, intentando convencerme de irme, pero no pude. Me es físicamente imposible no tocarla. Todo el día quise besarla, tocarla, reclamarla y hacerle recordar cómo nos sentimos. Sinceramente, ya ni siquiera sé a quién estoy torturando, si a ella o a mí. Sigo enfadada, pero cuando la veo hacer cosas que la animan, como correr la carrera de obstáculos o interactuar con los niños pequeños de esta mañana, solo quiero echármela al hombro, llevarla a la superficie más cercana y devorarla.

Después de la desnudez de esta mañana, y ahora de esto, voy a necesitar una ducha helada hoy. El frío normal no me servirá. Podría haberme follado a mi mujer. Aún podría hacerlo, pero no lo haré. Estoy demasiado furioso ahora mismo, y no es parte del plan. Me hace perder la razón, pero me aferro a la ira. Me jodió. Me dejó.

"¿Y ahora qué?", le pregunto cuando termina su Gatorade.

Normalmente me ducho, pero hoy me ducharé en casa. Cierra los ojos y respira hondo. Al abrirlos, pregunta: "¿Quieres que te enseñe?".

—Claro. —Me encojo de hombros. Me moría de ganas de ver este lugar.

Debo admitir que este lugar es impresionante. Piscinas cubiertas, saunas, varios gimnasios y áreas para que los médicos atiendan a los pacientes. Una máquina de rayos X. Y la lista sigue. Personalmente, creo que Lyla debería jugar fútbol profesional, pero entiendo qué la atrajo a esta carrera y a este lugar. Me guía por un pasillo y empuja la puerta del fondo, encendiendo la luz mientras se aparta para que pueda entrar.

"Esta es mi oficina", dice ella.

"¿Tienes tu propia oficina?" Mis ojos se abren de par en par.

—Sí. Nos dan una oficina después de seis meses —dice ella.

Es un espacio amplio con un escritorio, tres sillas y una pequeña estantería. No tiene ventanas, pero Lyla no necesita nada parecido. De

todas formas, cerraría las persianas y nunca miraría afuera. Me sorprende que no tenga persianas en la mampara de cristal con la vista del pasillo que ocupa media pared. Lo observo y me la imagino aquí. ¿Lleva ropa de oficina? ¿Uniforme? Joder, quiero que se ponga ambos y me visite en mi oficina. No tiene ningún objeto personal, solo pequeños búhos en la estantería y un tarro lleno de bolígrafos de colores. No hay exhibiciones de sus cintas ni de su trofeo de cristal. Si entras aquí para conversar, nunca te darías cuenta de lo soso que es, pero yo sí. Es el tipo de oficina que puedes recoger en menos de cinco minutos si necesitas irte. Quizás Marissa tenga razón. Quizás Lyla finge ser feliz aquí. Finge hasta que lo consigas, ¿no? Sí, eso no ha funcionado muy bien para mí.

Rodeé su escritorio y levanté la vista para verla de pie junto a la puerta. De repente, se veía tensa como la pata, como si estuviera intentando contenerse. No creo haberla visto así nunca. Bueno, estaba así con el consolador, lo cual entiendo. Pero no me imagino que tenga uno en su oficina.

"¿Qué? ¿Tienes una foto con ese imbécil?", le digo medio en broma. Si la tiene, la voy a romper. Debería avisarle.

“Tengo una foto con *un* idiota”, dice con tono aburrido y cruza los brazos mientras mira hacia el pasillo.

No estoy preparada para lo que me encuentro al ponerme detrás de su escritorio. Tiene dos fotos sin marco pegadas con cinta adhesiva en la base de su iMac. No puedo ocultar mi sorpresa al verlas. Tienen pliegues, como si las hubieran doblado y desdoblado: una soy yo con mi uniforme de Fairview Blaze. Probablemente estaba patinando hacia ella cuando la tomó. La otra es de nosotras durmiendo en su sofá, su cabeza sobre mi corazón y mis brazos rodeándola. Nunca la había visto, pero supongo que la tomó Marissa. Nos vemos tan tranquilas. Tan felices.

Recuerdo ese día. Nos quedamos en casa, hicimos pasta y vimos Pocahontas. Me ofendí cuando por fin entendí su referencia a John Smith, y ella se rió sin parar. Joder. Todavía puedo oír esa risa en mi cabeza. Todavía puedo imaginar su cara. Trago saliva, intentando encontrar las palabras. Cuando me dijo que no dejaba que sus amigos hablaran de mí, pensé que era para intentar olvidarme, pero supongo que me equivoqué. ¿Por qué demonios se haría esto? Tendría que mirar estas fotos cada vez que se sentara aquí. Tiene que doler. Me duele, y es la primera vez que las veo. Cuando la miro, ella está mirando al final del pasillo.

"¿Por qué?" Mi voz es tan baja que ni siquiera estoy seguro de que ella la escuche.

Me mira, sus ojos buscándome como si buscara algo que no está segura de que esté ahí. Ojalá supiera qué busca para poder dárselo, joder.

Tras un momento larguísimo, por fin habla: «Ya no importa».

Se da la vuelta y sale. Un dolor se instala en mi pecho en cuanto se va. Miro las fotos de nuevo. Tengo que seguir con mi plan. Lo haré, pero joder, esto es más difícil de lo que pensaba.

Cuando llegamos a su casa, nos turnamos para prepararnos. No hablamos. Sé que está tan preocupada como yo. Y probablemente esté de mal humor, que es lo peor, y probablemente el único momento en que su maldad no me excita. A estas alturas debe de estar muerta de hambre. Yo estoy muerta de hambre, y comí dos veces en el campo y me tomé un batido de 1,2 litros en casa de Marissa. Ella también tomó un batido de proteínas enorme, pero hoy estaba demasiado activa como para que eso fuera suficiente. Debido a nuestra mutua ley del hielo, no estoy segura de adónde vamos ni cómo vestirme, pero esta ciudad no parece muy pretenciosa. Los hombres deben llevar camisetas de pescador para cenar y todo eso. Termino con una camiseta negra de cuello en V y vaqueros oscuros.

Miro a Lyla por quinta vez. Lleva un mono negro corto. Un mono negro cortísimo. ¡Madre mía! Puede ponerse lo que quiera, pero no sé cómo voy a controlarme. Tal como están las cosas, no he podido dejar de imaginarme cómo se veía cuando se corrió en mis dedos. Cómo se sentía.

"¿Cuál es el plan?" pregunto mientras me paso los dedos por el cabello húmedo.

Se queda mirando el movimiento. Su expresión no cambia, pero veo el anhelo en sus hermosos ojos. Casi la levanto y la beso ahí mismo. Merezco al menos tres medallas de oro por la moderación que estoy demostrando.

“Hamburguesas”, dice simplemente, mientras se pone unas sandalias negras y se mira en el espejo.

Me muerdo la lengua para no decir nada, pero no puedo dejar de mirarle la parte de abajo del mono. Está tan suelto que podría apartarlo y follarla con él puesto. Necesito dejar de tontear y mantener el rumbo antes de que descarrile este tren. Ya lo sé, pero me vuelve loco. Se gira para verla de espaldas. Está perfecta. Ni siquiera sé por qué se molesta en comprobarlo tres veces. Me pongo las zapatillas y la seguí, mirándole el culo todo el camino hasta el ascensor, imaginando todo lo que quiero hacerle.

"¿Cómo encontraste este lugar?" Pregunto mientras caminamos por la cuadra.

Debo admitir que es una ciudad bonita. No es Chicago ni Nueva York, pero es bonita. Se nota que está en auge, con la cantidad de gente

de nuestra edad que vive aquí. Es limpia y todos parecen amables. Algunos son demasiado *amables* .

“Una revista de viajes.”

Dejo de caminar.

Ella se da cuenta y se da la vuelta. "¿Qué?"

“¿Una revista de viajes?”

Estábamos en California y ya sabía que la única manera de escaparme era cambiando de nombre y de ubicación, así que hojeamos una revista de viajes. Nos enamoramos al instante, y estaba a un paso de una de las universidades que me aceptaron en su programa, así que nos mudamos. Se encoge de hombros.

Empiezo a caminar de nuevo. "Supongo que con 'nosotras' te refieres a ti y a Marissa".

"Sí."

Lucho contra la ira que crece en mi interior. Sé que hizo lo que creía que debía hacer, pero ¿qué demonios? ¿Una revista de viajes? Es absurdo. Todo esto es absurdo. No lo voy a decir, ya que es la primera conversación normal que tenemos desde que llegué. Aunque está hambrienta, no me da respuestas cortantes. De hecho, parece... cordial. Debo decir que ver esas fotos me está poniendo furioso.

"Bueno, técnicamente, a Marissa le encantó", dice. "Yo simplemente lo dejé pasar".

—Entonces, ¿Marissa eligió dónde quería vivir y tú simplemente aceptaste? —pregunto.

"Sí", dice. Al ver mi expresión, añade: "Marissa ha hecho mucho por mí. Demasiado. Nunca me ha dado la espalda y no tiene por qué esconderse conmigo. Lo mínimo que podía hacer era dejarla elegir dónde quería vivir".

No bromea cuando dice que Marissa ha hecho demasiado por ella. Tiene sentido que Lyla le haya dado esto. Cuando por fin llegamos al restaurante, le abro la puerta y la sigo. No es lo que esperaba cuando dijo hamburguesas. Es un asador elegante.

“Me pareces familiar”, dice la anfitriona en el momento en que nos acercamos a ella.

—Debo tener alguna cara conocida —digo—. ¿Tienen mesas para dos disponibles?

Me mira fijamente, con las cejas fruncidas. Probablemente vio las noticias sobre mi jubilación por todas partes y no lo entiende. Sinceramente, en cualquier otro momento se lo habría dicho, pero tengo hambre y la única persona que quiero que me mire está ahora mismo concentrada en el estúpido mapamundi que tienen colgado en la pared junto a ella.

“Mesa para dos”, repito.

—Ah —la anfitriona parpadea—. Ya tenemos todo reservado. Puedes sentarte en la barra si quieres.

Miro a Lyla, que se encoge de hombros y dice: "De todos modos, prefiero el bar".

La llevo hasta allí, retirando instintivamente mi mano y extendiendo la mano hacia la suya mientras caminamos. La suya es la única mano que he tomado. Recuerdo cómo se dibujó en su rostro una sonrisa, la que más amo, cuando se lo dije. Después de que me dejó, cuando no estaba enfadado, lamenté no poder tomarle la mano en público. Esperaba que me ignorara, pero me sorprende no solo poniendo su mano en la mía, sino entrelazando nuestros dedos. Casi me muero de un infarto ahí mismo, de tanto cogernos de la mano. La suelto a regañadientes cuando llegamos a dos taburetes en la esquina de la barra. Había otras personas sentadas allí, pero el camarero prácticamente corrió hacia nosotros.

"Hola, Delilah", dice con voz cantarina, como la canción. Pongo los ojos en blanco. *¡Qué listo* ! "¿Gin, otra vez?"

—Ginebra, otra vez. —Le dedica una leve sonrisa—. Pero también quiero una hamburguesa.

“Hamburguesa de cabra con queso, cocinada a término medio, ¿no?”, dice.

Ella levanta una ceja. "Sí."

El cabrón se encoge de hombros y sonríe como si recordara el pedido de todos. Sí, claro. Dios mío. ¿Todos en esta ciudad quieren follársela? No puedo culparlos, pero maldita sea. ¡Denme un respiro!

—Ah, veo que has traído a un amigo —dice con una amplia sonrisa mientras nos pone dos servilletas delante—. ¿Qué te traigo?

Una amiga. Es como si todos los hombres de esta ciudad hubieran leído un manual sobre cómo hacerme enfadar. Probablemente sea un éxito de ventas local. Me muero de hambre y la hamburguesa será su primera comida del día, así que me guardo mis comentarios. Sigo mirándolo con la mirada perdida cuando Lyla pone su mano sobre la mía. El gesto me sobresalta. Mis ojos se clavan en los suyos.

“Simplemente dile el tipo de licor que quieres y deja que haga su magia”, dice ella con ojos brillantes.

Normalmente bebo el licor solo, pero le digo que sí a todo cuando me toca y me mira así. *¿Un barco? ¿Un coche? ¿Un avión?* Sí, sí, sí. Por desgracia, nada que se pueda comprar con monedas entraría en la lista de Lyla.

Miro al camarero. "Tomaré la ginebra".

"¿Alguna especificación?", pregunta. "¿No muy afrutado? ¿Picante?"

"Sorpréndeme."

“¿Algo de comer?”, pregunta mientras está a punto de alejarse.

"Tomaré la misma hamburguesa que ella".

"¿Medio?"

"Seguro."

Normalmente no pido la carne al punto en los restaurantes porque suelen cocerla demasiado, pero esta noche intento que sea sencilla. En cuanto se va, giro mi asiento ligeramente hacia ella.

“¿Todos los hombres de esta ciudad están enamorados de ti?”

—No. —Pone los ojos en blanco—. Da la casualidad de que a los que has conocido les *gusto* .

Me gusta. Claro. Me *gustaría* meterme en sus pantalones, tal vez.

—No es que sea *asunto* tuyo —dice, señalando al camarero con la cabeza—. Pero Pat es gay y, desde luego, no le intereso en ese sentido.

Ajá. Sé que no debería importar, pero lo saco de mi lista negra de todos modos. Oficialmente, es la única persona en la lista de buenos por ahora.

"Además", dice cuando no digo nada. "Mira quién habla, *señor. Le sonrío a una chica y se le caen las bragas* ".

"¿Celoso?"

Me quita la mano y gira su asiento para mirar hacia la barra. Lo odio, pero lo interpreto como otra señal de que todavía se preocupa por mí.

—En serio —digo cuando no habla—. ¿Hay algo en el agua de esta ciudad? La gente no tiene límites.

"¿Sabes siquiera la definición de límites?" Se ríe. Una risa de verdad. La que me faltaba.

Siento que mis labios se contraen. Por un instante, su mirada se suaviza, y siento como si estuviera mirando el disco y el corazón me saltara por la garganta. Olvidé de qué estábamos hablando. El camarero regresa con dos bebidas amarillentas en copas de martini. Ya estoy receloso. Tomamos las copas al mismo tiempo y nos las llevamos a los labios.

El chico nos observa con la respiración contenida, así que espero, por su bien, que esté bueno. Le doy un sorbo. ¡Rayos! No sé qué lleva, pero me encanta al instante. Es un poco picante y un poco cítrico, pero también tiene un toque dulce que lo equilibra a la perfección. Puede que sea mi nueva bebida favorita. Dejamos los vasos. Nos observa. Probablemente por eso le gusta tanto Lyla. Lo mantiene alerta con su expresión pasiva y sus ojos que solo yo puedo leer.

Después de lo que parece una eternidad, ella le levanta los pulgares. "Diez de diez".

Él deja escapar un suspiro de alivio y luego me mira.

“Estaba un poco escéptico cuando vi el vaso, pero es la mejor bebida que he probado en mucho tiempo”.

"Me alegro mucho de que les guste a ambos", dice Pat, sonriendo ampliamente, y camina hacia la persona que está al otro lado de la barra.

Lyla se gira ligeramente hacia mí. "¿De verdad te gusta o intentas ser amable?"

"¿Cuándo he intentado ser amable?" La miro y añado: "Con cualquiera menos contigo".

Me observa un buen rato, con la mirada clavada en mi rostro. Cuando gira la silla para mirar hacia delante, la agarro del antebrazo y luego bajo mi mano hacia la suya. No sé por qué lo hago, porque ahora quiero tocarla por todas partes. Su expresión no cambia, pero veo el fuego en sus ojos. Es una llama que apenas empieza, pero ahí está. Joder, la deseo. Ni siquiera me molesto en recordarme que estoy enfadado con ella. ¿Para qué? Puedo estar enfadado todo lo que quiera, pero nunca dejaré de desearla.

“¿Por qué las fotos?” pregunto porque me está volviendo loca desde que salimos del polideportivo.

Se calla de inmediato, retira la mano y gira el asiento para mirar hacia adelante. ¡Dios mío! Es una pregunta sencilla. Parecía nerviosa de que viera las fotos, pero no hizo nada para evitarlo. Podría haberme enseñado su oficina desde la puerta y cerrarla. Podría haber corrido a esconderlas mientras yo miraba a mi alrededor. ¿Cómo podía esperar que yo, precisamente, no preguntara por ellas?

"Solo responde la pregunta", digo en voz baja. Solo necesito esta respuesta, y luego lo dejaré.

Sus ojos se posaron en los míos. «La última vez que me hiciste preguntas, me humillaste. Es lo único que has hecho desde que llegaste, así que perdóname por no querer seguir tu jueguecito. Me voy contigo mañana. Voy a un lugar del que creía haber escapado para siempre. ¿Y sabes qué?»

Se baja del taburete. Me impacta solo con esto. No es que esté gritando ni armando un escándalo, ni mucho menos, pero siempre le ha dado vergüenza arremeter en público. Sé que debería estar molesto, pero es una pasada y demuestra que todavía puedo hacerla sentir como nadie más.

—No hago esto por dinero. Lo hago por ti. Si quisiera, te diría quién te atacó y dejaría que te pasara lo que te pasara —dice, acercándose a mi cara—. Pero por alguna estúpida razón, no puedo, porque a pesar de lo mal que te has portado, no soporto que te pase nada y siento que ir contigo podría salvarte de algún daño. Así que, que te jodan, Lachlan Duke.

Respira hondo y se da la vuelta para irse, pero se da la vuelta con una mirada furiosa renovada. "¿Y sabes qué más? No fuiste la única que salió herida ese día. También me atacaron y me mandaron al hospital, así que... que te jodan."

"¿Qué?" Me aparto, y su confesión me golpea en el pecho. "¿Cómo que te atacaron? ¿En qué hospital? ¿De qué estás hablando?"

Me mira con incredulidad. Ya sé que no me lo va a decir, lo cual me saca de quicio. Aprieto la mandíbula con tanta fuerza que creo que me la voy a romper.

—No mereces saber nada de lo que me pasó. No mereces saber nada de mí en absoluto —dijo furiosa en voz baja—. No me pidas nada más. No tengo nada más que darte.

Tira la servilleta en la silla y se va. Me la regaló en voz baja, así que nadie la ve. La sigo mirando, con el corazón en la boca del estómago cuando dobla la esquina y ya no la veo. *Joder.* Se nota que se lo ha estado guardando. Probablemente desde el incidente del consolador. Puede que incluso antes. Ni siquiera puedo procesar lo que me acaba de decir. *¿ Ha acabado en el maldito hospital?* Eso no estaba en la carpeta. Debería darle una paliza a Liam por su trabajo a medias. Sigo mirando al otro lado del restaurante como si fuera a aparecer por arte de magia. Por fin, giro la silla y espero a que el camarero me preste atención para pagar la cuenta y llevar la comida.

—Lachlan, ¿verdad? —pregunta Pat mientras se acerca a mí. Lo miro largo rato, intentando entender cómo sabe mi nombre. ¿Aficionado al hockey, quizá?

“Sí”, respondo después de un momento.

“Me habló de ti.” Él mira en la dirección en la que ella desapareció.

Ni siquiera puedo imaginarme qué habrá dicho de mí. ¿Qué habrá dicho? Mi curiosidad debe de ser evidente porque sonríe.

“Cada vez que aparecía tu cara o decían tu nombre, me hacía cambiar de canal.” Señala el televisor al otro lado de la barra. “Un día, te vio en la pantalla y…” Traga saliva, apartando la mirada como si le doliera, lo que me duele aún más. “Le pregunté quién eras, así que me lo dijo.”

“Ella viene mucho aquí entonces”, le digo.

Solo para comer, cuando el lugar está prácticamente vacío. Siempre se sienta ahí mismo, come su hamburguesa con papas fritas, me escucha parlotear y se va. Parpadea y niega con la cabeza, mirándome de nuevo. "Estoy seguro de que no significa mucho viniendo de mí, pero nunca la he visto sonreír ni reír de verdad. Desde luego, no como lo hizo esta noche".

Una risa áspera sale de mis labios. Sí, sonrió, y luego lo arruiné todo. Le di un trago largo a mi bebida, esperando que me quitara el nudo en la garganta y la culpa en el pecho. No lo hizo.

"Supongo que su falta de sonrisas y risas no es un problema. Tiene muchos admiradores", digo porque no puedo dejar pasar esa mierda.

—Sí que lo hace. —Pat se ríe entre dientes—. Pobres almas. —Siento una leve sonrisa, lo que parece animarlo, porque continúa—: Sé que soy un completo desconocido, y probablemente no debería decir esto —dice—. Pero esa chica está tan enamorada de ti que ningún hombre de esta ciudad tuvo la menor oportunidad.

Joder. Pensé que eso era lo que quería oír, pero ahora mismo, lo único que hace es hacerme sentir peor.

“Fue un placer conocerte.” Golpea la barra dos veces y se aleja para ayudar a alguien más.

Estoy a punto de llamarlo para pedirle la cuenta cuando mi cuerpo percibe su presencia. La forma en que mis células parecen percibir las suyas es inexplicable. También es así como sé que esto nunca terminará. Lyla regresa a su asiento, toma su servilleta, la pone en su regazo y da un sorbo a su bebida como si nada hubiera pasado. La miro fijamente a un lado de la cara.

"No."

Es todo lo que ella dice.

Esto es todo lo que tiene que decir.

Solo habla con Pat. Incluso con él, son solo respuestas cortas y sonrisas fingidas. Me doy cuenta de que la estoy viendo cerrarse ante mis ojos, y lo único en lo que puedo pensar es en que tiene fotos mías en su oficina y en que ha hablado de mí con toda esta gente. Llegué a su vida exigiéndole cosas, y pensé que accedió solo por culpa, miedo o dinero, solo para descubrir que accedió porque le importa. Por eso Marissa y Prescott guardan todos sus secretos. Por eso los hombres la persiguen a pesar de su actitud distante. Por eso me enamoré perdidamente de ella. He conocido a más gente de la que puedo contar, así que reconozco una joya cuando la veo, y esta maldita chica tiene un corazón de oro. Oro negro, si es que eso existe, pero oro al fin y al cabo.

Saco mi teléfono y le envío un mensaje de texto a mi hermano.

Yo: Ella fue al hospital la misma noche que yo. ¿Por qué no estaba en el expediente?

Liam: Maldita sea. Ella está bien, ¿verdad?

Me quedo mirando sus palabras. Ni siquiera pensé en preguntar eso. O sea, obviamente está bien. La he visto correr y saltar desde que llegué, pero aun así. Ni siquiera le he preguntado si está bien. No le he preguntado si es feliz aquí, o si me extrañaba o no. Sé que sí, pero debería haberle preguntado. Amablemente. No pude. He estado aferrándome a esta ira durante demasiado tiempo. Ella me dejó, joder. Eso es lo único que sabía —joder, ella sabía— que me dolería más, y eso fue lo que hizo. Entiendo que crea que tenía que hacerlo, pero no puedo perdonarla por eso. El cuchillo está demasiado enterrado en la herida. Respiro hondo y la miro de nuevo. Su expresión está completamente vacía ahora. Cuando inclina la cara y examina las botellas en el estante, ni siquiera puedo leer sus malditos ojos. Maldita sea.

Yo: Está bien. Averigua qué pasó.

Guardo el teléfono y me tomo otra copa cuando ella lo hace. Mejor beber para olvidar mis penas.

CAPÍTULO 36

Lachlan

Regresamos a su casa en silencio. Un silencio melancólico e incómodo que me pica. Intento recordar cuándo fue la última vez que me disculpé con alguien y me quedé corto. No es que no pueda disculparme. Soy lo suficientemente hombre como para admitir cuando la cago. Es solo que... ¿de qué me habría disculpado? Probablemente me he disculpado con mi madre y con Liam en algún momento de mi vida. Nunca con una mujer. Pero necesito disculparme con ella. La cagué. Supe que la estaba cagando en el momento en que la besé y le exigí que se casara conmigo y volviera a Fairview. Lo sabía, pero lo hice de todos modos, porque mi ira lo superaba todo.

No se lo merecía. *No se* lo merece. Y aun así, no puedo arreglar esto. Sigo necesitando que se case conmigo. Sigo necesitando volver a Fairview. Sé que hasta que no lo solucione, no estará conmigo. Me burlo de mis propios pensamientos. Ni siquiera sé si eso sigue siendo una opción, pero la idea de estar separado de ella por más tiempo me duele demasiado como para considerar otra cosa. La perseguiré el resto de mi vida y le demostraré que puedo ser digno de ella, si eso es lo que hace falta. En silencio, entramos en el vestíbulo, el ascensor, el pasillo y, finalmente, en su apartamento.

"Lo siento", digo, tan pronto como la puerta se cierra detrás de nosotros.

Deja el bolso y me mira. Impasible. Joder, no puedo dejar que haga esto. No puedo dejar que se quede en blanco. Tengo el presentimiento de que si nos separa, no podré derribarlos esta vez. Es una idea aterradora. Una posibilidad con la que no puedo vivir. La sigo a la habitación.

“Lyla.”

Me ignora, entra en su armario y empieza a quitarse las joyas. Se aparta el pelo a un lado y ladea un poco la cabeza al desabrocharse el collar. Incluso así es excitante. ¿Es posible? Me quedo en la entrada, apoyado en la pared, esperando a que me reconozca. Ni siquiera me mira con el ceño fruncido. Esto es horrible. Es horrible *de verdad .*

“Lo siento”, repito.

“Te escuché”, dice ella.

"Realmente lo soy."

—Dije que te oí. —Sus ojos se posaron en los míos—. Estoy intentando averiguar si ya me importa un comino.

Se me hunde el corazón. No, joder, no.

"No digas eso."

No puedo hacer esto contigo ahora mismo. Estoy cansado. Ha sido un día largo y mañana será otro. Estoy seguro de que todos los días que siguen hasta que este contrato termine también lo serán. Déjame tener paz en mi maldito apartamento, por el amor de Dios.

No respondo. ¿Qué puedo decir? Agarra su pijama y doy un paso atrás para dejarla salir del armario e ir al baño. Cierra la puerta con llave. El sonido es tan estridente que me hace darme cuenta de que podría ser la primera vez que la cierra desde que estoy aquí. Maldita sea, esto es horrible. Me siento en el borde de la cama y la espero. Ni siquiera recuerdo por qué se supone que debería estar enfadado con ella. Estaba furioso por mi situación con el hockey. Estaba furioso por haber tenido que saltar obstáculos para encontrarla. Dejé el hockey para encontrarla, y cuando por fin lo hice, ella estaba... da igual.

Ya nada importa porque me lo ha echado en cara. Juega mucho mejor que yo, y me parece bien. Dios, fue al maldito hospital. ¿La atacaron igual de mal que a mí? Se me cierra la garganta al pensarlo. Probablemente estaba sola en el hospital. Estoy seguro de que Marissa estaba allí. Prescott, sin duda, ya que fue él quien me dio la noticia de que se había ido. Pero ya está. Su padre me visitó con todos mis entrenadores, así que no pudo haber estado con ella. No es que ella lo hubiera querido allí. Lo único que sé es que yo no estaba allí. Probablemente ni siquiera recibió flores. Joder. Estaba en una maldita cama de hospital cuando me envió esas flores. Estoy seguro. Apoyo los codos en las rodillas y entierro la cara en las palmas de las manos. No puedo perder a esta chica otra vez. No puede ser demasiado tarde para redimirme. No sé cómo voy a lograr esto, pero tengo que hacerlo.

Cuando termina en el baño, me ignora y se va a la cocina. Para cuando termino de ducharme, está durmiendo o fingiendo. Me acuesto a su lado, con la mente a mil por hora mientras intento quedarme en mi lado de la cama y procesar todo esto por enésima vez. La mujer que amo, por quien daría cualquier cosa por tenerla, por quien lo dejé todo para encontrarla, por fin está a mi lado, y bien podría estar en otro planeta, con lo lejos que se siente. Me pongo de lado y la miro. No puedo verla en la oscuridad, pero puedo distinguir la forma de su espalda porque está de espaldas a mí.

Ya no puedo soportarlo. Siento que el pecho se me va a hundir. Solo quiero tocarla, abrazarla, algo, cualquier cosa. Si quiere echarme, me iré. Si me dice que no le ponga las manos encima, no lo haré, pero tengo que intentarlo. Me muevo a su lado, la rodeo con el brazo y la atraigo hacia mi pecho, como solía hacerlo antes de que se fuera. Antes de que mi vida perdiera el sentido. Antes de dejar que la ira guiara mis acciones. Una sensación de paz me invade al instante cuando entierro la cara en el hueco de su cuello e inhalo su aroma. Huele tan bien. Se siente tan bien, tan perfecta.

—Lo siento mucho, Lyla James. Ni siquiera sé por qué disculparme primero, pero lo siento por todo —le digo contra su cuello—. Por favor, no dejes de preocuparte.

Inhala profundamente y lo suelta. No dice nada, pero me deja abrazarla, y eso es suficiente por ahora.

CAPÍTULO 37

Lyla

Aterrizamos en Chicago sobre las diez. Es un vuelo de tres horas y media, que pasé acurrucada en mi pequeño cubículo de primera clase, intentando ver una película que ganó un millón de premios. Para qué, no tengo ni idea, a menos que premien a la mejor película para dormir. Me despierta el derrape de las ruedas al aterrizar el avión. El capitán empieza a hablar de nuestra puerta de embarque mientras me acomodo y empiezo a recoger mis cosas.

Apago el teléfono en modo avión y le escribo a Marissa para avisarle que aterrizamos. Me responde inmediatamente con una serie de emojis en los que no puedo concentrarme ahora mismo. El avión aparca y la gente hace lo que suele hacer: levantarse e intentar coger sus maletas para ser los primeros en bajar. No tengo vuelos de conexión y me da miedo lo que me espera fuera del aeropuerto, así que no tengo prisa por salir. Me tomo mi tiempo, guardando los auriculares, agarrando el cargador y buscando el bálsamo labial que se me cayó sin querer durante los primeros cinco minutos del vuelo.

Eso es lo que hago cuando Lachlan se acerca y se queda en medio del pasillo esperándome. No hemos hablado desde mi rabieta en el restaurante, por la que me aborrezco. Todavía no puedo creer que lo haya hecho. La única vez que perdí la calma así fue en la fiesta de Marissa hace un millón de años. Juro que es la única persona que puede hacerme enfadar tanto. Pierdo la razón a su lado. Levanto la vista y veo a la gente disculpándose mientras intentan pasar, mientras él se queda ahí parado, mirándome como si estuviéramos en medio de un campo abierto. Incluso esto me frustra. No digo nada. Busco mi bálsamo labial y lo sigo fuera del avión. Cuando salimos a la pasarela, nuestras maletas nos esperan. No son maletas de mano. Son maletas grandes que iban en la parte inferior del avión y ahora, de alguna manera, están aquí arriba mientras todos los demás corren a recoger el equipaje. El empleado sonríe mientras se los enrolla a Lach y sonríe aún más cuando le dan propina. Lach los enrolla a ambos mientras yo lo sigo, intentando asimilar lo que acaba de pasar. Mejor no lo sé. Todo aquello parecía un intercambio de drogas. Conociéndolo, me metería en medio de una maldita situación con un cártel de la droga, con lo egoísta que es.

De verdad siento que me estoy volviendo loca. Quizás sea la falta de sueño o todas las cosas que me han pasado a la vez, pero no consigo controlar mis emociones. Anoche dejé que me abrazara y que se disculpara mientras fingía dormir, pero aún no estoy lista para hablar de ello. Estoy demasiado alterada y todavía lo estoy procesando. Todas las miradas que he captado de él han sido de recelo, lo cual es bueno. Tiene razón en estar asustado. Probablemente piense que lo voy a dejar

plantado en el último minuto. Sinceramente, si piensa eso, es que no me conoce de nada. Caminamos por el aeropuerto en silencio. Como ya teníamos nuestras cosas, salimos, donde nos esperaba un tipo con traje oscuro, con cara de que podría patearle el trasero a cualquiera. Daba miedo, pero su sonrisa se refleja en sus ojos mientras estrechaba la mano de Lach. Mientras tomaba nuestras maletas, Ronnie se presentó. Cuando se abren las puertas, el viento gélido me golpea tan fuerte que doy un paso atrás y me cruzo de brazos. Miré el tiempo. Ni siquiera hace tanto frío, pero el viento de Chicago no parece enterarse del cambio de estación. Recuerdo la última vez que visité a mis padres; era verano y aún hacía fresco por la noche.

Cargamos nuestras maletas en el maletero de una camioneta negra con ventanas tintadas, donde otro hombre terriblemente grande nos espera para abrir las puertas. ¿Qué es este servicio? Cuando papá jugaba como profesional, nos recogían y nos llevaban a cualquier ciudad a la que fuéramos, pero los hombres no se veían así. No es que me queje. Quizás Lachlan sea tan paranoico como yo, después de todo. Una vez sentados en el asiento trasero, miro lo que lleva puesto: pantalones de vestir color carbón, un cinturón marrón, zapatos de vestir a juego y una camisa blanca abotonada con las mangas remangadas. Últimamente viste tan formalmente. Es raro. Atractivo, pero raro. Llevo vaqueros, una camisa blanca extragrande con las mangas remangadas y zapatillas blancas lisas. Abro mi mochila, saco mi suéter negro de punto trenzado y me lo ato sobre los hombros.

No sé adónde vamos, pero sé que encajaría perfectamente en un club de campo o en un anuncio de Ralph Lauren. Mantengo la vista afuera y me pierdo en el paisaje. Es una ciudad preciosa. No recuerdo mucho de ella: The Bean y unas esculturas de caras que escupen agua por la boca. Ni siquiera pude ir a un partido de béisbol en el Wrigley Field, porque mamá no se sentía bien y tuvimos que quedarnos en el hotel mientras papá jugaba. Por desgracia, esta vez tampoco está en mis planes, con los entrenamientos de primavera en marcha.

-¿Cuál es el plan?-pregunto.

—Tenemos que ir a varios sitios —mira su reloj—. Desayunaré con unos excompañeros que están en la ciudad para un evento benéfico. Después, nos reuniremos en la azotea y esta noche iremos a un cóctel/fiesta de compromiso que nos organizan mis padres.

"Fantástico", digo con cara seria. "Cuando visito ciudades geniales, siempre me apunto a relacionarme con ricos imbéciles".

Lachlan se ríe. Es una risa de verdad, despreocupada. Siento que mis labios se contraen, deseando sonreír, pero la reprimo y sigo mirando hacia afuera.

"¿Nos casaremos en un juzgado aquí?", pregunto después de un momento.

—Nosotros... —Se aclara la garganta—. Se suponía que nos *casaríamos* en el juzgado de Fairview.

Mi cabeza se gira para mirarlo. "Disculpa, *¿qué* ?"

“Fue allí donde nos conocimos”, dice, estudiando mi rostro.

Ay, Dios mío. Este cabrón. Una ola de calor me recorre y, de repente, me siento como uno de esos dibujos animados con humo saliendo de las orejas. Pero no voy a reaccionar. No voy a reaccionar. Este hombre, que dice querer mi perdón, intenta fingir que se casa conmigo en el lugar que sabe que detesto, y trata de que suene romántico. Debería hacerle entrar en razón a bofetadas. No lo hago. No reacciono en absoluto. Es lo mejor que puedo hacer ahora mismo. Es muy difícil con él, pero estoy tan furiosa que lo consigo.

—Dije « *eran* », Lyla. En pasado —dice rápidamente antes de que pueda decir una palabra.

“El hecho de que siquiera pienses en hacer eso.” Miro hacia afuera.

Lo peor es que me siento más traicionada que enojada. Una parte de mí quería que esto funcionara de alguna manera. Pensé que lo haría y que, de alguna manera, encontraríamos la manera de ser como antes, pero eso parece imposible. Mi Lachlan, si es que está ahí, está demasiado enterrado. La única razón por la que considero esa posibilidad es que de alguna manera logró contactarme cuando yo creía que era imposible. Aun así, nunca lo habría lastimado a propósito. Puede que haya sido una perra de vez en cuando, pero nunca lo humillaría a propósito. Nunca lo llevaría a un lugar que supiera que odiaba ni lo obligaría a casarse conmigo allí. Cruzo los brazos y mantengo la vista afuera hasta que el coche se detiene frente a un hotel frente a The Bean. Al menos, pude verlo.

Se baja del coche y espera a que saque mi bolso pequeño de la mochila y guarde algunas cosas, incluido el teléfono. Cuando me deslizo a su lado, ya que está contra la acera, me tiende la mano. Mi corazón, traicionero, da un vuelco en el momento en que mis dedos se encuentran con los suyos. Retiro la mano rápidamente y froto la palma contra el lateral de mis vaqueros, como si así pudiera borrar la sensación de él. Levanto la vista para mirar calle abajo y noto que aprieta la mandíbula, como si al quitármelo de la mano lo hubiera molestado. Después de hablar con el hombre de la entrada, seguimos su consejo y seguimos las señales que nos llevan al salón de banquetes.

“¿Cuál es la caridad?”, pregunto.

“Cáncer de mama”, dice. “A una de las esposas de los jugadores le diagnosticaron cáncer el año pasado. Esto era lo que quería hacer para su cumpleaños”.

"Oh."

Supongo que pronto sabré cómo está, pero mientras camino, espero en silencio que esté bien. A una de las chicas con las que estudié medicina le diagnosticaron mientras estábamos allí. Pasó por cirugías y

quimioterapia, y nunca dejó la escuela. Por suerte, ahora está bien. La última vez que le pregunté, me dijo que sus márgenes estaban limpios y que está trabajando con pacientes con cáncer.

Nos registramos en la puerta, Lachlan le da a la mujer un sobre que tenía doblado en el bolsillo y nos deja entrar. Es un bufé y el salón está decorado con mucho gusto, con flores rosas en cada mesa. Un hombre que debe ser uno de los jugadores de hockey se acerca a nosotros con una gran sonrisa.

—Lach —dice, extendiendo las manos y abrazándolo con una sonora palmadita en la espalda—. Gracias por estar aquí, amigo. Morgan te lo agradecerá.

—Claro —sonríe Lach—. ¿Cómo está?

"Increíble", dice el hombre, sonriendo mientras da la noticia. "Acaban de sacarle las ecografías sin problemas. Está... sana".

—Joder, eso es increíble. —Lach le da un abrazo lateral y una palmadita en la espalda.

El tipo finalmente me mira y sonríe, extendiéndome la mano. "Artillero".

"Lyla", le dije con una sonrisa. Abrió los ojos de par en par, mirándome primero a mí, luego a Lach y luego a mí. "Un placer conocerte. Me alegra mucho saber que tu esposa está bien. No me imagino lo que tuvieron que pasar".

—Gracias. —Mantiene la sonrisa en su rostro y mi mano en la suya, mientras mira a Lach de nuevo en busca de alguna confirmación. Cuando me mira de nuevo, su sonrisa se amplía al soltar mi mano—. Bienvenido a la Familia Lightning.

—Eh... gracias. *Supongo* ... No lo añado porque ya es bastante incómodo.

Nos cuenta sobre el desayuno y nos pide que nos sirvamos; le damos las gracias y nos alejamos. Obviamente, Lachlan les habló de mí. Dios sabe qué dijo. Probablemente que soy una gran zorra que lo abandonó. Hablamos con la esposa de Gunner, Morgan, que es un encanto. El resto del tiempo, Lach lleva la mayor parte de la conversación. Me presenta como su novia, lo cual es un poco improbable. Aunque técnicamente soy su prometida. Está hablando con algunos de sus compañeros cuando mi estómago empieza a rugir y me disculpo. Estoy a punto de agarrar un plato cuando una voz muy familiar dice mi nombre, y me doy la vuelta para mirar a Mason. Me quedo boquiabierta y me salgo de la fila cuando él se acerca.

"Hoy debe ser el día de la reunión de Fairview", dice mientras me abraza y me levanta en brazos. Sonrío cuando me baja. "¿Cómo demonios has estado?", pregunta, mirándome de reojo. "Te ves... bueno, increíble, como siempre".

—Gracias —sonrío—. ¿Cómo estás? ¿Sigues jugando?

Me lanza una mirada fingida de desaprobación. "Me duele que no sepas la respuesta a eso".

—Si te sirve de consuelo, hace tres años que no veo un partido de hockey —digo. Me agarra la mano y me aleja de la fila para que podamos hablar un poco más a solas.

—Lo último que supe es que desapareciste —dice, mirándome fijamente—. ¿Estás bien?

"Estoy bien... ¿Supongo que ya volví?", digo, y me río. "No sé qué pasa. Un minuto estoy en Rhodes, viviendo al día, y al siguiente aparece Lachlan y, bueno, me trae aquí".

"Nunca dejó de hablar de ti", dice riendo. "O sea, nunca".

No sé qué pensar de eso. Me muerdo el labio y aparto la mirada, chocando con la de Lachlan al otro lado de la habitación. No sé qué está pensando. Sin embargo, no parece molesto en absoluto por mi interacción con Mason, lo cual es agradable.

Miro a Mason de nuevo. "¿Cómo acabaron jugando en el mismo equipo?"

"¿Qué locura?", pregunta, levantando las cejas. "Bajó mucho en el draft y terminó cerca de mí. Lo ficharon, y poco después, me cambiaron. Ha sido genial".

"Te apuesto."

"¿Y tú? ¿Volviste al fútbol?", pregunta. "O a la medicina. Habías solicitado plaza en medicina, ¿verdad?"

Sí. Terminé hace poco. En una semana empiezo una residencia.

—¡Mierda! —Arquea las cejas—. Entonces esto es... ¿qué es esto? —pregunta, y sé que se refiere a Lach.

—La verdad es que no lo sé. —Miro a Lach otra vez y lo encuentro todavía observándome.

—Ese hombre... —Niega con la cabeza—. Digamos que todo el equipo sabe tu nombre completo.

“Ni siquiera sé qué pensar de eso”, digo en voz baja.

Se encoge de hombros y aparta la mirada un momento. "Ojalá no se hubiera jubilado".

—Yo también —digo—. Nació para el hielo.

—Bueno, si alguien puede convencerlo de regresar, eres tú. —Mason me sonríe.

Hago un sonido evasivo y cambiamos de tema. Nos ponemos al día con lo que cada uno hace con sus vidas, y al poco rato, levanto la vista y observo a Lachlan acercarse, con sus ojos verdes fijos solo en los míos. La forma en que acelera mi corazón es desconcertante. Odio que, a pesar de la ira y la decepción que pueda sentir hacia él, todavía me afecte de esa manera. Sé que Mason sigue hablando, pero me cuesta concentrarme con mi pulso errático.

—Deja a mi novia en paz —dice Lach, rodeándome con un brazo y atrayéndome hacia su lado.

Mason se ríe. "Solo le decía que ustedes dos están destinados a estar juntos".

—Estoy de acuerdo —dice Lach, con su voz grave que me revuelve el estómago. Acerca su boca a mi oído—. ¿Comiste?

"Aún no."

—Mase, mi niña necesita comer, así que puedes ponerte en la fila con nosotros o retomar esta conversación en otro momento —dice Lach, llevándome de vuelta a la fila.

Una hora y dos platos después, nos despedimos de todos y salimos. Me da pavor volver a estar sola con él en el coche. Me dan vueltas tantas cosas: habló de mí con sus compañeros, lo cual es un detalle, pero también me metió en esta situación y quiere llevarme al único lugar que sabe que odio. Estaba planeando casarse conmigo allí. La idea me revuelve el estómago y tengo que luchar para contenerla después de todo lo que acabo de comer.

“Eso estuvo bien”, dice.

"Fue."

"Estuviste genial". Percibo la sonrisa en su voz al decir esto, pero no la dejo escapar. No lo haré, aunque me muero por ver su rostro exasperantemente guapo.

"Lo sé."

Él se ríe.

En el coche, miro por la ventana, disfrutando de cada rincón de la ciudad mientras nos dirigimos a nuestro segundo evento del día. Espero que pase rápido.

CAPÍTULO 38

Lyla

“¿NECESITO UN VESTIDO BLANCO?”, pregunto, cuando el silencio se hace demasiado fuerte.

"¿Quieres uno?"

"¿Quiero *uno* ?" Lo miro parpadeando, soltando una risa sin gracia. ¡Qué descaro el de este tipo! "No conozco el protocolo para una relación falsa y una boda falsa".

Siento movimiento y su calor en mi espalda, antes de que hable. Me preparo para ello.

—No es falso —dice con un gruñido bajo, su aliento en mi oreja—. Es real. *Esto* —me rodea con un brazo y me atrae hacia sí— es real. Tienes todo el derecho a estar molesta, te lo concedo, pero ni se te ocurra decir que lo nuestro es falso.

—Da igual, ya no me importa —susurro, aunque todo mi cuerpo me traiciona.

Me suelta, se gira hacia el otro lado y gruñe tan fuerte que los dos hombres del asiento delantero miran hacia atrás para ver si está bien. Mantengo la vista fija en las flores que pasamos, que florecen con nueva y colorida vida en este mundo gris y oscuro.

Terminamos en un lugar llamado Cindy's Rooftop, donde la vista de la ciudad es espectacular. Solo puedo verla parcialmente desde adentro, así que he estado esperando el momento socialmente aceptable para disculparme. Ni siquiera sé por qué estamos aquí, relacionándonos con gente que trabaja para la empresa de su padre ausente, pero no pregunto. Tal vez le pregunte cuando termine de cautivar a la gente. Ha tenido esa falsa sonrisa de un millón de dólares impresa en su cara todo el tiempo que llevamos aquí, pero sé que está pensativo. Está molesto por mi comentario falso, y la verdad es que no me importa. Dije lo que dije y lo mantengo. A pesar de eso, tomó un sorbo de mi bebida antes de dármela, lo cual parece un pequeño gesto, pero significa mucho para mí.

Después de cuarenta minutos de charla informal, he llegado al límite. Aprovecho para disculparme y me dirijo a las puertas de cristal. Al salir, disfruto de la brisa fresca y me dirijo al borde, donde una superficie envuelve la azotea. Hay una vista despejada de The Bean, el parque que lo rodea y un hermoso horizonte de fondo. Dejo mi bebida en la superficie y le envío una foto a Marissa por mensaje de texto antes de guardar el teléfono en el bolso. Huelo colonia masculina y siento que alguien se para a mi lado cuando tomo mi taza. Doy un sorbo y

mantengo la vista fija en el paisaje, esperando que se den cuenta y me dejen en paz. Sin embargo, es un evento de networking, así que no tengo muchas esperanzas de que eso suceda.

“Bonito, ¿verdad?”, pregunta el hombre.

Mis ojos se fijan en los suyos. "Es hermoso".

“Por la noche es aún más bonito”.

"Te apuesto."

“¿Eres nuevo en la empresa?”

—No. Solo estoy... de visita.

"Suenas inseguro", dice con una sonrisa divertida.

Lo miro de nuevo. Tiene ojos oscuros y amables y una sonrisa genuina. Ambas cosas raras de encontrar hoy en día.

“Estoy de visita”, digo con más convicción.

—Así era yo el año pasado. Mírame ahora. —Abre los brazos—.

—Supongo que eso significa que te encanta este lugar —digo, tomando un sorbo de mi bebida—. ¿Trabajas para Duke?

—Sí. Me acaban de ascender.

“¿A qué?”

“Jefe de Ciberseguridad.”

—Genial. —Levanto las cejas y miro a The Bean—. ¿Eso significa que puedes hackear la computadora de cualquiera?

Se ríe. "Puedo, pero no lo hago".

“¿Lo has hecho?” Me vuelvo hacia él.

“Una vez fui un adolescente nerd.”

“¿Y ahora?”

"Un adulto nerd", se ríe.

Mis labios tiemblan. «Los nerds siempre ríen al último».

—Brindo por eso. —Levanta su pequeña taza transparente—. Soy Sean, por cierto.

—Lyla. —Toco la mía contra la suya.

“Entonces, si no estás en la empresa y no sabes si te quedas o no, supongo que estás aquí con alguien”.

"Estarías en lo correcto."

¿Quién es el afortunado? ¿O la afortunada?

—Guy. Y no estoy seguro de que se considere muy afortunado ahora mismo.

"Oh, créeme, lo es", dice. Sin embargo, no me mira. Mantiene la mirada fija en la mía.

Miro por encima del hombro, y Lachlan me observa de inmediato. Desde aquí puedo ver su mandíbula tensa. Suspiro profundamente y me doy la vuelta. En el último evento, me apoyó, y cuando no lo hizo y charlé un rato con uno de sus compañeros, no se molestó. Ahora sí está molesto. Bueno, estaba molesto cuando llegamos, y no me importa. Cuanto más pienso en mis sentimientos, más me enojo: cómo se presentó, furioso y exigente, cómo me hizo sentir culpable para firmar

un contrato de matrimonio, cómo me arrancó de mi vida. Yo también tengo la culpa.

Al final, elegí esto. Lo sé porque todo lo que dije anoche era verdad. Prefiero hacer esto a que vuelva a lastimarlo. El amor es una mierda. En resumen, no puedo dejar de amarlo. Podría ignorarlo e intentar dejar de desearlo, pero ¿qué sentido tiene? Lo peor es que no puedo dejar de pensar que si hubiera aparecido y me hubiera propuesto matrimonio de verdad, probablemente habría dicho que sí. Incluso después de tres años separados. Aunque suene loco, solo quiero que vuelva a ser *mi* Lach.

“Es complicado”, digo después de un momento.

“Las relaciones son difíciles”.

Lo miro fijamente. "Quizás deberías hackear su cerebro y decirme qué está pensando".

Se ríe a carcajadas, echando la cabeza hacia atrás. «Si tan solo tuviera ese poder... Quizás habría salvado mi matrimonio».

Me río. «La verdad es que creo que es mejor que no podamos leer los pensamientos de los demás».

"¿En serio?" Levanta una ceja. "¿Ni siquiera la de tu novio?"

“Especialmente no el de mi novio.” Mis labios se contraen cuando se ríe de nuevo.

"¿Lo conozco?", pregunta, volviéndose hacia la fiesta. Me giro con él.

“Lo dudo”, digo.

Lach me mira con tanta intensidad que me sorprende no estallar en el acto. Muevo la posición de mis dedos sobre la taza para que mi dedo corazón sobresalga sutilmente hacia él. Su mandíbula vuelve a temblar. Esta vez, no se queda donde está. Lo observo mientras empieza a excusarse del grupo al que se dirige. ¡Mierda! Contengo la respiración y vuelvo mi atención a Sean, esperando que de repente necesite ir al baño y se vaya antes de que Lach nos acorte la distancia. Sé que Lach no hará ninguna estupidez, pero la idea de que le eche una mirada dura a este hombre me molesta.

—Bueno, fue un placer conocerte, Sean —digo, esperando que entienda algo.

Él sonríe. «Encantado de conocerte, Lyla».

"Buena suerte intentando no hackear las computadoras de la gente", le digo mientras empieza a alejarse.

Se ríe. "Buena suerte hackeando el cerebro de tu novio".

Me río levemente. Cuando vuelvo a levantar la vista, Lachlan se acerca con un fuego ardiendo tan intensamente que parece un toro embistiendo. Uno muy ardiente, pero un toro al fin y al cabo. Tiro mi taza vacía y arqueo una ceja.

“¿Nos vamos?” pregunto.

—Sí. —Me agarra la mano y observa a Sean alejarse antes de llevarme al ascensor—. ¿Disfrutaste hablando con Sean? —pregunta en voz baja y controlada. Quiero estrangularlo.

—Sí, la verdad. Es un tipo muy majo. —Lo miro y observo cómo tensa su mandíbula.

"Supongo que es bueno que no te gusten los buenos chicos", dice.

No estamos solos, así que guardamos silencio el resto del camino. En el coche, creo que va a hacer más preguntas, pero contesta una llamada y habla con alguien que supongo que es su agente. Intento escuchar la conversación para averiguar si está saliendo del retiro, pero me lo pone difícil con su forma de susurrar. Es desesperante. Es peor que me importe saberlo. Esta situación me está volviendo loco.

CAPÍTULO 39

Lyla

CUANDO LLEGAMOS a su edificio, hay un grupo de chicos esperando el ascensor. Es bastante evidente que han estado bebiendo durante el día. Eso, o están todos locos. En mi cabeza, estoy dando patadas. Lo último que necesito es lidiar con chicos de fraternidad pesados y molestos. *¿Por qué, por qué, por qué* el universo me hace estas cosas? Evito el contacto visual a toda costa, mientras doy un paso adelante y presiono el botón ya encendido dos veces. Sé que no servirá de nada, pero me hace sentir que estoy haciendo algo. Dos de ellos me miran cuando me separo del botón. Al instante siento un mal presentimiento en la boca del estómago y rezo en silencio para que, por el bien de todos, no me hablen. Miro los otros dos ascensores y veo sus letreros de fuera de servicio, así que solo estamos esperando el que tengo delante. Encantador. Detrás de mí, hay un tipo alardeando de lo mucho que le folló anoche, y otro animándolo y diciéndole que eso es lo que se supone que debe hacer en su despedida de soltero.

El asco se retuerce en mi estómago. Miro hacia atrás, porque soy demasiado curiosa para no hacerlo, y veo a uno con un pin que dice NOVIO en medio de palabras que no quiero concentrarme en leer. Ahora está hablando de la rubia que le chupó la polla. Miro su cara, luego a sus amigos, luego cruzo los brazos y me doy la vuelta otra vez. Odio a la gente, joder. La sensación en la boca del estómago empeora. Espero que la novia esté siendo follada por un tipo que se parece a David Beckham o Idris Elba, y mueve las caderas como Channing Tatum. Tal vez esté haciendo un cuarteto. Dios, espero que sí. Ojalá pudiera llamarla y decirle que corra hacia otro lado. Miro a mi derecha y veo los puños de Lachlan cerrados. Doy un paso adelante y presiono el botón dos veces más.

"No creo que eso haga que se mueva más rápido", dice uno de los chicos.

Aunque tengo diez respuestas para eso, lo ignoro. El mismo tipo jadea ruidosamente y se gira hacia Lach, cuya mandíbula no ha parado de temblar desde que salimos de la azotea. Si sigue apretándola, va a necesitar un dentista.

—¡Hola, Duke! ¿Verdad? ¿Lachlan Duke? —dice el tipo. Lach se queda mirándolo, y como está demasiado borracho para entender que su cara no indica que quiera hablar con alguien, sigue adelante—. ¡Rayos! ¿Por qué te retiraste? Eras el mejor pívot que hemos tenido en mucho tiempo y el mejor luchador.

Otros se apresuran a darle la razón al borracho número uno. Me tapo la cara con ambas manos. ¡Mátame ya! Estoy a punto de bajar las escaleras solo para no tener que lidiar con ninguno de ellos. Aunque no sé a qué piso vamos. Oigo a Lachlan responder en consecuencia, contándole chorradas sobre el negocio familiar. Hacen más preguntas. El ascensor por fin, *por fin* , llega. Lach me jala a su lado al entrar, y me pongo lo más cerca posible de él, para no rozar ni un pelo al tipo de al lado. No conozco a ninguno, así que no estoy seguro, pero creo que puede ser el más borracho.

Somos tantos aquí que parecemos sardinas enlatadas, hombro con hombro, sin espacio para movernos. Uno consigue acertar los números. Otro hace el chiste de las sardinas enlatadas. Todos hablan como si estuviéramos en un espacio abierto y no metidos en un tubo de acero. Intento buscar la señal para ver si hemos alcanzado el límite de peso y estamos a punto de encontrarnos en una auténtica Torre del Terror. Me lo imagino y lo refuto rápidamente. No puedo morir con estos malditos imbéciles.

—Entonces, ¿de dónde eres y qué tengo que hacer para volver a verte? —pregunta el borracho a mi derecha, mientras su aliento a cerveza me golpea la cara.

Sé que solo me habla porque está borracho, soy la única mujer en el ascensor y, a juzgar por sus travesuras de despedida de soltero, probablemente crea que me está ligando, pero eso no lo hace menos incómodo. Mantengo la vista al frente y me muerdo la lengua.

—Cariño —empezó el chico de nuevo—. Yo solo...

"Vale, al diablo con esto", murmura Lachlan, y yo cierro los ojos con fuerza y aguanto la respiración. "Si alguno de ustedes la toca, lo mato. Si coquetean con ella, lo mato", dice Lach, y el gruñido en su voz amenazante interrumpe la conversación. "No la mires. No le hables. Ni se te ocurra *pensar* en ella".

Permanecen en silencio. El tipo a mi lado se pone rígido e intenta alejarse de mí. Abrí los ojos de golpe y apreté los labios para contener la risa. No puedo creer que realmente me escuchen y se callen. Es un lunático y ellos son unos idiotas. Superaron en número a Lachlan por goleada. Si algo pasa, él será el que salga jodido, pero por alguna extraña razón, lo escuchan. Quizás sea su altura y físico, o quizás su reputación en el hielo lo precede. Las puertas se abren y todos salen rápidamente, murmurando disculpas y despedidas. Cuando las puertas se cierran, me separo de él y la risa que he estado conteniendo estalla en mí. Miro a Lachlan y lo encuentro observándome con una expresión enojada pero divertida. El ascensor se detiene de nuevo.

—Estás completamente loco, ¿lo sabes? —digo entre risas.

"¿Crees que eso es una locura?" Se abalanza sobre mí justo cuando las puertas del ascensor se abren y me carga sobre su hombro.

Solté un chillido de sorpresa, pero me quedé quieta. No tenía sentido discutir con él. Marca el código y abre la puerta de su apartamento, cerrándola de una patada tras nosotros. Se cerró sola. No pude ver mucho porque estaba colgada de su hombro, pero el suelo era de mármol y daba muchos pasos para llegar a lo que supongo que era su dormitorio, así que sabía que era grande. Solté un ¡uf! mientras me dejaba caer en la cama. No dijo nada mientras empezaba a quitarse la ropa: los zapatos, los calcetines y la camisa. Lo observé, fascinada. Lachlan Duke estaba buenísimo, era una locura. No es que pudiera olvidarlo nunca, pero ver su cuerpo, su rostro, sus ojos ahora mismo, me lo recordó de inmediato.

Todo en él es perfecto. Es como si alguien hubiera sacado lo mejor de un puñado de chicos guapos y lo hubiera combinado para crearlo. Mis labios se abren ligeramente cuando se desabrocha el cinturón, mi respiración se acelera y siento un hormigueo en el cuerpo de anticipación. Una pequeña parte de mi cerebro me recuerda que estoy enojada con él, pero la mayor parte me anima a que lo deje hacer lo que sea que esté a punto de hacer.

"Quítate la ropa", exige mientras se abrocha el cinturón. Sigo mirándolo con lujuria. Se lo saca de las presillas y lo azota con tanta fuerza contra el colchón que me sobresalto con un chillido. "AHORA, LYLA".

Mierda. Vale. Entro en acción, me quito los zapatos y me desabrocho la camisa. Me paro a su lado para quitarme los pantalones. Sus ojos hambrientos me observan lentamente, despertando todo mi cuerpo, mientras termina de desvestirse, quitándose los pantalones y los bóxers a la vez. Mi respiración se detiene al verlo. Antes de que pueda detenerlo, un suave gemido sale de mis labios, y él envuelve sus largos dedos alrededor de su polla y comienza a acariciarse. *Mierda.* Ninguna fantasía que haya conjurado en su ausencia podría hacerle justicia a este hombre. Siento que me humedezco más mientras lo miro. Me lamo los labios. Estoy segura de que no es mi intención, pero sé que lo hago, porque cuando mis ojos vuelven a los suyos, están derretidos.

¿Quieres esto? ¿Quieres que te folle? —Su mano se detiene, mientras sus ojos vuelven a contemplar mi cuerpo desnudo. Son más oscuros que nunca cuando se posan en los míos, un bosque de medianoche. Inhalo profundamente y asiento—. ¿O estás demasiado enfadado para follarme, De-li-luh?

Claro, sabe que me enoja más llamándome así, pero no ha estado dentro de mí en tres años, y siento que me moriré si no me folla. Ahora mismo, me importa un bledo cómo me llame. Ya me enojaré más tarde.

—Lo quiero —digo, mirándolo fijamente a través de mi neblina lujuriosa.

"Ven aquí."

Acorto la distancia entre nosotros, me paro frente a él un momento y caigo de rodillas. No sé si quiere que lo haga, pero lo necesito. Suelta un gruñido profundo cuando extiendo las manos sobre sus muslos musculosos y clavo las uñas, acercándome más a él. Antes de que pueda lamerlo, me agarra del pelo y me tira con tanta fuerza que se me saltan las lágrimas. Sus ojos son fríos y cerrados mientras me mira. Es una imagen que nunca había visto en su rostro, pero ahora mismo, solo me importa lo que estoy haciendo.

"No voy a ser tan suave", dice, agarrándome el pelo con más fuerza. Respiro hondo y arqueo la espalda para aliviar un poco el dolor.

—Me da igual —digo, y logro entrecerrar los ojos a pesar del dolor —. Solo fóllame. Quizás así pueda por fin sacarte de mi mente.

Arquea una ceja. "Te vas a arrepentir de haber dicho eso".

Me empuja la cabeza hacia atrás. Lo miro y lo encuentro observándome mientras lamo desde sus testículos hasta la punta de su pene. Sisea. Me acomodo de nuevo sobre mis rodillas y empiezo a rodearlo con la lengua, juguetonamente. Cierro los ojos y sonrío cada vez que me agarra el pelo como si estuviera a punto de perder el control. Abro los ojos para mirarlo, mientras vuelvo a la cabeza y lo succiono lentamente, dejándolo estirar mi boca mientras lo abrazo con la lengua.

—Santo cielo... —Me agarra el pelo con más fuerza—. Maldita sea, Lyla.

Escucharlo decir mi nombre así me acelera y me penetra más profundamente. Hunde ambas manos en mi pelo y me sujeta la nuca, impulsándome a penetrarlo más. Empiezo a hacerlo poco a poco. Sus manos se aferran a mi pelo y, sin previo aviso, se adentra más de lo que puedo aguantar, tan profundo que lo siento en la garganta. Me dan arcadas, pero no me detiene y empieza a penetrarme la boca, aumentando el ritmo cada vez que protesto.

Mis uñas se clavan en sus muslos y él gime tan profundamente que por un milisegundo olvido el dolor. Vuelve a embestir y las lágrimas empiezan a brotar de mis ojos. Me folla la boca hasta llegar al fondo de mi garganta una y otra vez, gimiendo profundamente cada vez, lo que me excita a pesar de la incomodidad. Finalmente, se retira lentamente y me suelta el pelo. Caigo sobre mis manos y empiezo a jadear mientras me limpio la cara. Levanto la vista para regañarlo y encuentro esa sonrisa enloquecedora y astuta en su rostro.

"¿Qué pasó?", pregunta, apretando la mandíbula. "¿Creí que no te importaba?"

Imbécil. Lo miro fijamente. "No lo sé".

Antes de que pueda reaccionar, me levanta como una muñeca de trapo y me sienta en la cama. La mirada en su rostro es asesina. Definitivamente toqué la fibra sensible, pero que le jodan. ¿Quiere jugar a este juego? Bueno, entonces. Juguemos. Todavía me duele la boca,

pero logro darle mi sonrisa más falsa y ver sus ojos convertirse en rendijas. Me doy la vuelta, me pongo a gatas y empujo mi culo hacia él. Esta era su posición preferida cuando follaba con mujeres antes que conmigo. Me lo había dicho una noche. *"Solo eran polvos, nada más. Ni siquiera les miré a la cara. Me daba igual".* Aunque odiaba a cada una de ellas, saber que él era diferente conmigo me hacía delirar.

Personalmente, me encanta esta posición, pero no es por eso que la hago. Esto se ha convertido en un juego de poder y lo conozco. Puede que esté tan cabreado como para hacerme daño como sabe que acaba de hacer, pero no verme la cara mientras me folla le dolerá más. Al ver que no se mueve, lo miro por encima del hombro y echo el culo hacia atrás. Mueve la mandíbula mientras da un paso adelante, con los ojos brillantes, y me da un golpe en ambas nalgas tan fuerte que me hace gritar y saltar hacia delante.

"¿Quieres jugar, Lyla James?" Sonríe con crueldad, agarrándome las caderas y atrayéndome hacia él. "¿De eso se trata?"

"Cállate y fóllame", susurro, mientras me doy la vuelta y miro el edredón blanco y lujoso que está debajo de mí.

Mi cabello cae en cascada a ambos lados de mi cara como una cortina. La única advertencia que recibo son sus dedos clavándose en mi carne. Me penetra con tanta fuerza que me deja sin aliento. Estoy muy mojada, pero nada me puede preparar para su tamaño.

Yo grito.

—Mierdaa ...

Lo vuelve a hacer, y otra vez, grito. No sé qué digo ni cómo sueno, pero sé que es suficiente para que se detenga, solo un instante, antes de empezar a follarme. Sus embestidas son profundas y despiadadas. Mi estómago y mi coño se aprietan con cada uno. Maldice por lo bajo cuando lo siente pasar. Me muerdo el labio para no gritar otra vez. Se siente tan bien. *Demasiado bien.* En algún lugar de mis pensamientos confusos, me doy cuenta de que no está usando condón. No me importa ahora mismo, porque lo conozco. Confío en él. Sé que solo haría esto conmigo . Pero te lo preguntaré más tarde. Ahora mismo, si deja de follarme, moriré. Si sigue follándome, podría morir. Jadeo y me tenso cuando siento un dedo húmedo persuadiendo mi otro agujero y contengo la respiración esperando la intrusión.

"Relájate", dice, bajando el ritmo. Pero no puedo relajarme. Me aprieta el culo con la otra mano. "Relájate, joder".

Me muerdo el labio y bajo la cabeza mientras lo intento.

"Mírame." Es una exigencia que no puedo negar. Lo miro por encima del hombro. Ojalá no lo hubiera hecho. Solo me sirve para recordar lo guapo que es. Me sostiene la mirada. "¿Confías en mí?"

Abrí los ojos de par en par. ¿Quiere hablar de confianza AHORA? ¿En medio de todo esto? Ya me lo había hecho antes, pero fue cuando tenía mi confianza absoluta. Su dedo se movió de nuevo. Me tensé y sus

ojos se entrecerraron, haciéndome llorar aún más. Me da asco, pero a pesar de todo, confío en él. Si no, no habría firmado ese estúpido contrato a ciegas.

"¿Confías en mí o eso también se acabó?" Su mirada es dura al preguntar. Sé que está molesto, pero, joder, ¿por qué ahora? Respiro hondo y asiento. Su mirada se oscurece. "Necesito oír las palabras".

—Confío en ti —susurro mirándolo.

—Entonces relájate por mí —dice, ahora con voz más suave.

Siento que mi cuerpo se relaja y tiembla cuando mete el dedo. En cuanto lo siente, empieza a follarme con fuerza de nuevo. Hace que todo se sienta tan delicioso, incluso esto. Su agarre se aprieta en mi nalga y se mueve más rápido en mi otro agujero, cuando llevo una mano a mi pecho y juego con mi pezón. Voy a correrme. Lo sé mientras no pare.

—No pares —gimo mientras tiro de él, poniendo los ojos en blanco —. Por favor, no pares.

—Joder, nena. —Disminuye la velocidad un momento y sé que me está mirando jugar con mi pezón.

Empujo mi trasero hacia atrás para que pueda seguir moviéndose, el movimiento hace que su dedo entre más profundo. Me aprieto a su alrededor y gimo fuerte, sintiendo todo mi cuerpo vibrar con el comienzo de un orgasmo. Con su otra mano, me da una fuerte nalgada, y eso es lo que me lleva al límite. Convulsiono, agarrando las sábanas con fuerza, mientras aprieto y pulso a su alrededor con un fuerte grito que estoy segura de que toda la ciudad puede oír. Mis ojos se ponen en blanco por la intensidad. No quiero que se detenga. Quiero que pierda la cabeza como acabo de hacerlo yo. Un gruñido furioso lo atraviesa y de repente deja de moverse. Saca su dedo primero. Mis brazos y piernas tiemblan mientras me sostengo. Estoy a punto de otro orgasmo cuando deja de moverse.

—No. No. No pares —digo jadeando.

Miro por encima del hombro y observo su mandíbula temblar mientras se retira por completo de mí. Espero a que vuelva a penetrarme, pero se queda ahí, mirándome como si estuviera a punto de perder los estribos.

—No —repito, meneando el trasero. Sus ojos se oscurecen al ver mi movimiento, pero sigue ahí parado—. ¿Por qué demonios te detuviste?

Aparta la mirada, pero no responde. No parece que vaya a seguir follándome, ¿qué demonios? Me doy la vuelta y me siento, mirando su polla para ver si le pasa algo, pero está dura y reluciente por el placer que me acaba de dar. ¿Es esto parte de su castigo? ¿No va a permitir correrse conmigo? Entierro cada emoción que me recorre al pensarlo.

—Lachlan —pregunto—. ¿Qué pasó?

Me mira de nuevo, sus ojos oscuros y fundidos. No dice nada mientras se inclina, me levanta y me empuja suavemente para que esté

boca arriba en medio de la cama. Agarra mi garganta y la aprieta mientras se acomoda entre mis piernas de nuevo y se hunde en mí muy lentamente. Mis ojos se ponen en blanco mientras me llena, centímetro a centímetro. Retira su mano de mi garganta y la pone junto a mi cabeza mientras se acerca más a mí. Sus embestidas son lentas, pero igual de profundas, y no menos efectivas. Sigue golpeándome en lugares que me dificultan pensar, respirar. Reduce aún más la velocidad y deja caer su cabeza sobre mi pecho, llevando su boca a mis pechos. Se toma su tiempo con cada uno, lamiendo, mordiendo y chupando cada pezón en su boca.

—Oh, joder —susurro, poniendo los ojos en blanco y moviendo mis caderas solas para recibir cada una de sus embestidas.

Estoy tan cerca otra vez. Tan cerca. Podría hacerme correrme ahora mismo si quisiera, pero sé que lo está alargando, haciéndolo durar, ya sea como castigo o para recuperar el tiempo perdido. Ya no estoy segura de que haya una diferencia. Intento permanecer en el momento y observar cómo se tensan cada músculo de sus abdominales y brazos. Levanto una mano y lentamente paso las yemas de mis dedos por su esternón. Se estremece con mi tacto y lo miro. Mi corazón se encoge al ver lo que veo en sus ojos. Sí, son intensos, pero esto no es un polvo furioso. Esto es algo totalmente diferente. Este es él antes. Este es él cuando me amaba, aunque ninguno de los dos dijera las palabras en voz alta.

Eso me ha perseguido durante años. Lo escribí, pero debería habérselo dicho. La forma en que me mira me provoca un dolor completamente diferente, el tipo que me aplasta el pecho y amenaza con romperlo en pedazos. Por un momento, me pierdo por completo en sus profundos ojos verdes. Veo su dolor, su anhelo, su amor. Es demasiado. Demasiado crudo. Siento que mis ojos pican con lágrimas contenidas y decido que no quiero esto. No quiero esta versión de él si solo va a volver a ser un completo imbécil. Siento que mi pecho se está derrumbando, duele muchísimo. Giro la cabeza. Me agarra la cara y la gira. Cierro los ojos. No puedo mirarlo. No puedo. No puedo. No puedo.

"Mírame", dice con voz áspera, moviéndose un poco más rápido. Siento que la presión aumenta. Me muerdo el labio y niego con la cabeza.

“No puedo”, susurro.

“Necesito que me mires.”

“No puedo”, repito un poco más fuerte, mientras las lágrimas ruedan por mi cara y golpean mi cuello.

—Necesito que... me mires. —Suspira hondo y se detiene. Abrí los ojos de golpe.

Mariposas revolotean en lo profundo de mi vientre. Desearía poder exterminarlas todas, pero es inútil. Solo las resucitaría. Se retira y se apoya sobre sus rodillas, levantando mis caderas para que esté fuera de

la cama e inclinada hacia él. Sostiene mi mirada mientras embiste lentamente de nuevo. Una retahíla de palabras ininteligibles sale de mi boca. Me siento perdida. Lo intento, pero no puedo sostener su mirada cuando me mira así, como si estuviera tan consumido por mí como yo por él. Las lágrimas me pican los ojos de nuevo. ¿Por qué no para? ¿Por qué me hace esto? ¿Por qué lo dejo? Giro la cabeza rápidamente e intento parpadear para alejarlas. Desearía poder esconderme debajo de una almohada. Desearía poder ponerme a cuatro patas de nuevo. O en el suelo con él follándome la boca. Cualquier cosa menos esto. De nuevo, me agarra la cara y mis ojos se dirigen a los suyos. Sé que puedo cerrarlos, pero él encontraría la manera de abrirlos.

"¿Te parece falso?", gruñe, mientras me folla con más fuerza, sus embestidas igualando la ira en su tono. "¿En serio?"

No tengo respuesta. Solo puedo jadear y negar con la cabeza. Él aminora la marcha y me baja el cuerpo, bajando la cara para lamer las lágrimas que resbalan por mi rostro. Continúa con las embestidas lentas, su cara a centímetros de la mía. Se siente intrusivo. Como antes, cuando se volvió adicto.

"¿Te parece que esto es algo que puedes sacarte de la cabeza?" Me toma la boca en un beso intenso. "Dime."

—No —jadeo—. No lo es. No lo es.

No sé cuánto más puedo aguantar sin que se me salga el corazón de las manos. Sé que podría vivir hasta los cien años y jamás podría sacármelo de la cabeza. La conexión que compartimos es más profunda que cualquier animosidad que podamos sentir. Las cadenas que nos atan son demasiado fuertes. Lo único que podría extinguir esto es la muerte. Me muerdo el labio con más fuerza, mientras mi pecho se agita un poco. Me aterra volver a llorar. Debe verlo, como ve a través de todo lo que digo y hago, porque su mirada se suaviza al volver a besarme.

—Vamos, Lyla James —dice con voz áspera, mordisqueando mi labio inferior—. Lo quiero todo. Dámelo todo.

—Oh, joder, Lach —gimo con fuerza cuando cambia el ángulo de sus caderas, dándome justo donde lo necesito. Pongo los ojos en blanco, pero los vuelvo a mirar para asegurarme de que no deje de moverse—. Justo ahí. Justo ahí. Por favoooor, no pares.

—Joder, te sientes tan bien. Tan jodidamente perfecta. —Se muerde los labios y lleva una mano a mi pezón, pellizcándolo—. Córrete en mi polla, nena.

Me corro inmediatamente, temblando y agitándome debajo de él. Lo siento expandirse y sacudirse dentro de mí mientras encuentra su orgasmo. Mi nombre sale de sus labios en un fuerte gruñido mientras continúa viniendo. Mi estómago se encoge al verlo. Es tan hermoso cuando se suelta. Ambos jadeamos mientras apoya su frente contra la mía por un momento, antes de retirarse, rodando sobre su espalda. Me mira y pone una mano en mi cintura para que yo también esté girada

hacia él. Estoy mojada y pegajosa entre mis piernas, pero me quedo quieta. Lo miro a los ojos y el aire en mis pulmones se desvanece de nuevo. No hay nada más abrumador que ser consumida por Lachlan Duke. Se infiltra cuando no estás prestando atención. Te hace pequeños agujeros y espera el momento adecuado para invadir. Para cuando te das cuenta, ya ha formado un golpe de estado contra las emociones que luchan contra él.

Levanta una mano y me toma la cara. "Lo siento."

"Yo también."

Exhala profundamente y me abraza. Le devuelvo el abrazo con la misma fuerza. Nos quedamos así un rato. Ojalá durara para siempre.

CAPÍTULO 40

Lachlan

Como quiere explorar el apartamento y andamos justos de tiempo, nos duchamos por separado. Nos perderemos el cóctel si no nos damos prisa, y no puedo mantener las manos quietas después de lo que acabamos de hacer. La sigo de vuelta al recibidor. Lleva una de mis camisetas negras, que le queda como un vestido. Probablemente no fue la mejor opción, ya que sigo sin poder dejar de mirarle las piernas. Observo su rostro mientras contempla el lugar. Puede que Lyla haya crecido con dinero, pero odia las extravagancias, así que esto promete ser interesante.

El apartamento, si es que se le puede llamar así, no es mío. Es una de las muchas residencias de lujo que tiene mi padre. Si un cliente importante vuela de fuera para reunirse con él, lo instala en una de estas. Supongo que son las típicas tonterías que cometen los multimillonarios. Me mandó al más grande y lujoso que tiene. Es un ático de dos plantas, siete mil pies cuadrados, cuatro habitaciones y seis baños, completamente amueblado, en East Grand Ave, con unas vistas de 360° de la ciudad espectaculares. Mi primer pensamiento, la primera vez que entré, fue: «Lyla odiaría este sitio». Seguro que le parecerá bonito, porque lo es, pero es demasiado para cualquiera sin familia. Aun así, criar a un hijo aquí tiene demasiadas desventajas. Mira a la izquierda y frunce el ceño. Me acerco y miro con ella. Técnicamente, también me están dando un tour, ya que no me he molestado en explorar todo el lugar. Da unos pasos y mira hacia la izquierda.

"¿Eso es un ascensor?"

—Sí, pero ahora mismo están cambiando el piso y los espejos, a petición de mi padre, así que tenemos que usar el otro.

“Como campesinos”, susurra-grita mientras se gira para caminar por el pasillo.

Me río. Oh, sí, de verdad va a odiar este lugar. Camina a la cocina, luego a la sala, y luego se detiene en la puerta de la habitación que uso, pero no entra. Se da la vuelta y camina al otro lado de todo esto, donde hay un segundo recibidor que lleva a una escalera de caracol. Me muerdo el labio para no reírme al ver su cara mientras se congela en el umbral. Murmura algo en voz baja que mataría por oír y camina hacia las escaleras. Apoyando una mano en la barandilla de hierro, sube lentamente las escaleras. Cuando llegamos al segundo piso, encuentra otra gran sala de estar con un televisor y niega con la cabeza.

¿Tus pensamientos?, pregunto porque no puedo soportarlo más.

“Ni siquiera quieres saberlo”, dice ella mientras continuamos.

Sigo por aquí hasta la siguiente zona: una sala con un bar completo, mesa de billar y seis enormes sillas de cuero. A continuación, los tres dormitorios amueblados: uno con una cama king size, otro con dos queen size y otro con una cama para niños pequeños y un lindo tipi de juegos. La verdad es que es bastante bonito. Lyla respira hondo y se da la vuelta para bajar las escaleras, de vuelta a mi dormitorio. Pasa junto a la cama, hacia la sala de estar con la estantería y dos sillas blancas y mullidas. Se sienta en una de ellas y mira por la ventana. Meto las manos en los bolsillos mientras la observo contemplar la vista, deseando poder sacarle una foto ahora mismo. Cabello desordenado, sin maquillaje, con una camisa enorme, y sigue siendo la mujer más hermosa que he visto en mi vida. Tan jodidamente perfecta.

Me doy la vuelta y cojo nuestras maletas, que Ronnie trajo mientras estábamos en el evento de la azotea en el que intento no pensar. La forma en que Sean se reía de lo que fuera que ella dijera me cabreó muchísimo. No porque estuviera hablando con otro hombre y haciéndolo reír (vale, esa era parte de la razón). Sobre todo, me molestaba que le estuviera dando a alguien algo que no me había dado desde que la encontré. Sé que he sido un imbécil y que no tiene motivos para bromear conmigo, lo entiendo. Pero aun así, esa mierda dolió. Sobre todo después de que me acabara de decir que no le importaba, y que lo nuestro era falso. Esa mierda dolió *de verdad* . En el fondo, sé que le importa y sabe que esto es real, pero no por eso es más fácil oír esas palabras. No después de haber sido yo la única persona que podía hacerla sentir y que le importara. No puedo perder eso. No lo haré. Se da una palmada en las piernas mientras se levanta y camina hacia mí. Mi corazón se acelera un poco mientras ella contonea sus caderas y me sostiene la mirada. ¡Joder, qué buena está! Cuando llega a mi lado, se detiene al otro lado de las maletas. Su hermoso rostro no delata nada al mirarme. Tiene la mejor cara de póquer que he visto en mi vida.

"Lo odio", susurra.

Mis labios se curvan hacia arriba. "Sabía que lo harías".

Veo la confusión en sus ojos, pero no dice nada más mientras agarra su maleta y la lleva al armario. Debería estar deshaciendo las maletas. En cambio, me apoyo en uno de los armarios altos y la observo mientras empieza a deshacer las maletas, negando con la cabeza cada vez que encuentra una prenda diferente.

Eres un idiota, ¿lo sabes? Ella me mira fijamente.

—Lo sé. —Le ofrezco una sonrisa que espero parezca de disculpa.

Meter sus cosas en la maleta así para alguien como ella, a quien le gusta la ropa bien doblada, fue una tontería. Dijo que no sabía qué empacar, y yo menos, así que simplemente metí casi todo su armario. Ahora que veo la pila de ropa, me siento un poco mal. Doy un paso al frente para ayudarla. Me mira de nuevo; ni una mirada fulminante, ni una sonrisa, solo una mirada dura.

"Por favor, no intentes ayudar", dice. "Ya has hecho suficiente".

Esa es la maldita verdad. El desastre que armé en su maleta no es nada comparado con lo que le he hecho a ella, a nosotras. O sea, joder, ni siquiera me contestó una simple pregunta porque pensó que la usaría para provocarla. Tendré que compensarlo de alguna manera. Después de poner los zapatos donde quiere, empieza a sacar los vestidos y a colgarlos. Me sorprende que solo el verde esté arrugado, pensándolo bien. Tendré que plancharlo. O pasarle vapor. O lo que sea que pueda hacerle a esa tela para quitarle las arrugas. Pone el blanco en una percha y se queda mirándolo una vez colgado. Arriba, es un corsé. De esos que usan las mujeres en la cama para impresionar a sus parejas. Supongo que coserlo a un vestido y usarlo fuera de casa está de moda ahora. Me vienen a la mente imágenes de sus tetas con ese vestido. ¡Dios mío! ¿A quién coño se le ocurrió que era buena idea?

Me aclaro la garganta. "Deberías ponértelo esta noche".

Su mirada se dirige a la mía. «Si me lo pongo esta noche, no tendré nada que ponerme para nuestra boda falsa».

—Oh, por el amor de Dios —murmuro.

Otra vez con las chorradas de la boda. Me aparto del armario y me paso los dedos por el pelo. Para alguien que actúa como si nada le importara, seguro que le importa un comino. Quizá debería haberle hecho firmar un contrato en papel en lugar de uno digital. Quizá debería redactar uno nuevo que solo diga: ESTO ES UN MATRIMONIO DE VERDAD. Lo que sea. No entiendo qué parte le molesta. Conozco a Lyla. Claro, firmó el contrato por mí, pero no me creo que sea por eso por lo que está molesta. Si de verdad no hubiera querido, no lo habría hecho. Culpa o no. Me da igual lo que digan. Además, habría hecho treinta comentarios sarcásticos sobre el propio contrato. ¿Será que quiere casarse? Joder. Quizá necesite un anillo para que sea real. Ni siquiera lo había pensado. Lyla no es materialista, pero lo admita o no, en lo más profundo de su ser hay una romántica empedernida. Probablemente quiere que me arrodille y le declare mi amor. Joder. Debe ser eso.

De repente, me sudan las palmas de las manos. Las froto contra mis pantalones cortos. De hecho, tengo un anillo para ella —y he *tenido* uno— y un discurso de propuesta que he ensayado incontables veces. Podría proponerle matrimonio esta noche cuando lleguemos a casa. Pero si le doy una opción, podría decir que no. ¡Joder! Si me arrodillo delante de esta mujer y me dice que no rotundamente... no puedo ni pensarlo. No deja de sorprenderme que, durante toda mi vida, todo fuera una apuesta segura (a pesar de la presencia de mi padre), pero con ella, nunca sé dónde estoy. Eso me jode mucho a alguien como yo.

—Puedes comprar un vestido de novia —digo después de un momento.

“¿Quieres decir que *puedes* comprarme un vestido de novia?”, dice ella, con un brillo en los ojos.

Solo sonrío. Si hablo y empezamos a bromear ahora, no llegaremos ni a esto. Por fin termina de colgar los vestidos y unas blusas que también necesitan plancha. Me estoy arrepintiendo de esto ahora mismo. Detesto planchar, pero le demostraré que me importa, así que lo haré. Pasa a su ropa interior, la agarra toda con una mano y se acerca a los cajones de su lado del armario. Espero que la doble, pero simplemente la tira ahí y saca un tanguito blanco con un trocito de encaje. Ya se me hace la boca agua. No sobreviviré. Si tengo que estar a su lado, luciendo guapísima con ese vestido, sabiendo que lo lleva debajo, puede que me dé un infarto en la finca de mi padre.

—¿Eso *es* lo que llevas debajo del vestido? —pregunto, con la voz ronca en mis oídos.

Me mira a los ojos. "Es eso o nada".

¡Ay, no! Me doy la vuelta lo más rápido que puedo y salgo del armario con una erección brutal. No tenemos tiempo para esto ahora.

CAPÍTULO 41

Lyla

NO HEMOS DICHO una palabra desde nuestra interacción en el armario. Es un silencio extrañamente cómodo. Tan cómoda como puede ser la tensión sexual reprimida entre dos personas que han estado separadas durante tres años, de todos modos. Cuando salí del armario con mi vestido puesto, parecía que quería golpear a alguien. Cuando salió con su traje negro a medida, quise golpearlo . Nos quedamos parados durante un minuto entero, mirándonos el uno al otro. Ninguno de los dos dijo una palabra, pero cuando nuestras miradas se encontraron, supe que el fuego en las mías coincidía con el suyo. De alguna manera, logramos bajar las escaleras sin maltratarnos, probablemente porque no hemos hablado. Creo que si me hubiera dicho "pulsa el botón" en el ascensor, me habría abalanzado sobre él.

Solo llevamos unos cinco minutos en la camioneta y nos separamos muchísimo. Con tantas miradas acaloradas de reojo, sé que no soy la única que intenta no pensar en follar aquí delante de Ronnie. Joder, eso sí que puede ser excitante. Descarto la idea rápidamente y pienso en la diferencia que supone un día.

He decidido no enojarme por lo del juzgado de Fairview. Corrigió ese error antes de cometerlo, así que no puedo reprochárselo. Aún así, desearía que hubiera actuado de otra manera. Entiendo que estuviera enojado conmigo, pero eso no justifica su comportamiento. Lo miro y se me encoge el corazón al ver su mirada perdida en mi escote.

"¿Puedes poner música, por favor?", pregunto finalmente. Necesito distraerme de alguna manera.

—Claro. —Ronnie me mira por el retrovisor—. ¿Qué te gustaría oír?

—La verdad es que no me importa nada. Nada.

—Quizás deberías elegir —dice Lach a mi lado—. Tiene un gusto musical pésimo.

—Disculpe, me gusta mucha variedad de música —le digo, lanzándole una mirada.

"No puedo discutir eso. Tienes el vestuario para demostrarlo", dice, con las comisuras de los labios tirando.

Nos miramos fijamente un momento —sus ojos ardiendo, mi estómago revuelto— antes de apartar la mirada rápidamente. Va a ser una noche larga. Ronnie sintoniza la primera emisora que tienen, y una canción de Drake llena el espacio. Me alegro por un cuarto de segundo, hasta que me doy cuenta de que es una canción sobre la falta de comunicación y lo hermosa que podría ser la vida si esta vez fuera diferente.

"Tienes que estar bromeando", murmuro.

Vuelvo a mirar a Lachlan y nos reímos. Ni siquiera es una canción nueva, así que no sé por qué la ponen. No quiero ser un pesado y pedirle a Ronnie que la cambie. Ojalá pudiera adelantar la canción telepáticamente. ¡Dios mío! Cada verso me incomoda más que el anterior. Siento como si un rapero me estuviera atacando emocionalmente. Seguro que alguien ya intentó demandarlo por eso.

Dos canciones animadas después, llegamos a una casa con portón. Ni siquiera sé si se puede llamar casa. Parece un hotel. El jardín delantero parece tener fácilmente el largo de dos campos de fútbol y el ancho de, no sé qué, pero es enorme. ¿Y la casa en sí? Hay mansiones y *mansiones* . Crecí en una casa extravagante y he estado en muchas más. Pero nunca había visto nada igual, y he visto cosas horribles. Juro que se tarda dos minutos enteros en llegar a la urbanización.

Al llegar, Ronnie me abre la puerta primero. Salgo y miro a mi alrededor, absorbiéndolo todo. Incluso si hubiéramos tenido el dinero para permitirnos un lugar así cuando era niña, no podía imaginarme viviendo así. Mis padres eran muy conscientes del dinero. Desde pequeña, me enseñaron que no todos tenían la misma suerte de tener lo que nosotros teníamos, y que no debíamos andar por ahí presumiendo de nuestros privilegios. Esto no es presumir; esto es una exageración. Intento no pensar en ello. No es mi dinero, no es mi problema. Repito el mantra unas cuantas veces más.

—Impresionante, ¿verdad? —Lach se acerca a mí mientras termino de mirar a mi alrededor.

Lo miro a los ojos. "Lo odio."

Se ríe, y es una risa tan auténtica e incontrolable que me hace sonreír de oreja a oreja, y sigo sonriendo cuando me giro hacia las escaleras que conducen a la finca. Ya estoy junto a la puerta cuando me alcanza y me toma la mano. Lo miro a los ojos mientras se la dejo, y entrelazamos nuestros dedos, sintiendo ese cosquilleo instantáneo en el pecho que siento cuando me toca. Siempre me ha maravillado cómo su tacto puede excitarme y reconfortarme a la vez. Ahora mismo, me está haciendo ambas cosas.

Nos quedamos un momento justo afuera de la puerta, tomados de la mano y mirándonos, y se siente... bien, a pesar de dónde estamos y por qué estamos aquí. Él aparta la mirada y golpea la puerta dos veces con los nudillos. Un hombre de traje negro al otro lado nos abre y nos saluda. Le devolvemos el saludo y entramos en el gran vestíbulo. Lachlan me conduce por un pasillo con las estatuas más increíbles que he visto en mi vida, y obras de arte en las paredes dignas de un museo.

Toda esta finca debería ser un museo. Es de esos lugares a los que te llevan tus padres y luego te amenazan con desheredar si tocas algo. Intento no mirar nada mientras pasamos, por si acaso. El pasillo da a otro vestíbulo, igual de grande. Este tiene luz natural que se filtra por la

cúpula de cristal de arriba. Es realmente precioso. Alrededor del círculo hay tres grupos de ancianos. Los saludamos al pasar junto a ellos. Solo veo hombres y más hombres. ¡Qué va!

"¿Se llama cóctel por la cantidad de pollas que hay en la sala?", pregunto en voz baja.

Lachlan se ríe, con los ojos brillantes mientras me agarra la mano con más fuerza. "Dios mío, Lyla".

Sonríe, negando con la cabeza mientras seguimos caminando. Supongo que piensa que estoy bromeando. No es así. Mientras caminamos, saludamos a más gente, sonreímos ante sus felicitaciones y por fin veo a una mujer entre los hombres. Es mayor, pero no tanto como la mayoría de estos hombres, que tienen fácilmente la edad de mi padre o incluso más. Obviamente son amigos de su padre. Sonrío cortésmente y finjo escuchar, mientras Lach habla con uno de los hombres sobre golf. Esta es su tercera conversación sobre golf. Algunos preguntaron sobre hockey, lo cual es comprensible, pero ¿golf? Solo llevo aquí diez minutos y ya me estoy quedando dormido. Mientras hablan, la mujer se disculpa y se acerca a mí.

—Felicidades, querida —dice—. Soy Laura.

—Gracias —sonrío—. Lyla. Un placer conocerte.

—Todas las mujeres están en el salón de té. Deberías acompañarnos —dice, sonriendo mientras se aleja.

—Gracias —digo con la sonrisa congelada en mi cara.

Dios mío. El salón de té ... ¡Mátame ya! Ni hablar de entrar ahí, a menos que haya algún alucinógeno en el té. Después de un par de minutos, me empiezan a doler las mejillas de fingir la sonrisa, así que lo dejo. Recibimos un montón de felicitaciones antes de que por fin veamos a su madre, que es la única cara conocida en la sala hasta el momento. Sonríe mientras se acerca con un precioso vestido azul marino y su pelo rubio oscuro recogido en un elegante moño bajo. Lach me suelta la mano justo cuando llega a mi lado.

"Hola, Valerie. Estás guapísima...", es todo lo que puedo decir antes de que me abrace fuerte.

Tengo que levantar las manos torpemente y darle una palmadita, para corresponderle. No era el saludo que esperaba, considerando que solo nos habíamos visto una vez, pero lo agradezco. Se aparta y me acoge.

—Dios mío. Estás aún más guapa que la última vez que te vi. —Su mirada se posa en Lachlan—. ¿Verdad?

"Sí que lo es", dice, observándome lentamente de pies a cabeza. Sus ojos se oscurecen cuando vuelven a posarse en los míos. Siento un escalofrío y aparto la mirada rápidamente, volviendo a su madre.

"Estoy encantada con tu compromiso. No sabes lo feliz que estoy de por fin tener una hija", dice.

Todavía tiene esa amplia sonrisa que le llega a los ojos, así que sé que habla en serio. Su declaración me golpea en el pecho y me sube a la garganta, pero logro superarla y sonreír. Quizás sea porque perdí a mi madre a una edad tan crucial, pero me alegra oírlo. No es que nadie pueda reemplazar a mi madre, pero tener el apoyo de una mujer es inigualable.

—Muchas gracias —digo sonriendo—. Significa mucho para mí.

"Sé que es mucho para asimilar, pero poco a poco te acostumbrarás", dice en voz baja.

—Sí. No estoy seguro —digo, riendo levemente mientras miro a mi alrededor.

Mira mi mano y se concentra en su hijo. "Lachlan, ¿dónde está su anillo?"

Observo cómo se desarrolla la escena mientras ella arremete contra Lachlan, quien le dice que se lo están ajustando porque me quedaba grande. Le lanzo una mirada. *¡Qué buena jugada, capullo!* Al menos, parece disculparse. Supongo que sabe de la situación si le preguntó a él y no a mí. Lach les ha estado diciendo a todos que la boda será íntima, "solo nosotros", lo cual es técnicamente cierto. Siempre he pensado que una boda íntima es romántica. Esto es todo menos eso. Lo dejo de lado. Si me pongo triste, me enfado, y no puedo permitirme volver a enfadarme. Sobre todo aquí.

“Debes ser Lyla”, escucho detrás de mí y me giro para ver a un hombre alto acercándose.

Es obvio quién es. Lachlan es una copia de él, más joven. Y, maldita sea, si así es como se verá dentro de veinte años, lo acepto.

—Tú debes ser Henry —respondo, ofreciéndole mi mano para que la estreche.

Lo hace, pero también me abraza con cariño, lo cual me sobresalta. Solo había oído cosas negativas de este hombre. Que era frío y que no les hacía caso a sus hijos, así que esto es inesperado. Sonríe de oreja a oreja, una sonrisa sincera que le llega a sus ojos verdes, cuando nos separamos. Bueno, ahora sí que estoy confundida.

"Eres tan hermosa como dijo Val que eras".

“Gracias.” Le dedico una sonrisa educada. “Tu casa es…” Empiezo a buscar palabras positivas, pero no las encuentro.

“Demasiado”, ofrece.

Me río levemente. "Sí."

“Ojalá nos des algunos nietos para llenarlo y darle más vida”, dice, todavía sonriendo.

"Sí, no creo que este lugar sea muy adecuado para niños". Miro a mi alrededor al museo en el que nos encontramos.

—Tendremos que deshacernos de algunas cosas. —Me da una palmadita en el hombro, sonríe y dice—: Bienvenida a la familia.

Sonrío cortésmente, preguntándome si debería decirle lo mismo. No lo hago. Sería una grosería hacer eso en su propia casa. Lach saluda a su padre y me pone la mano en la espalda para guiarme.

—Sé que es mucho, pero lo estás haciendo muy bien —dice en voz baja, cerca de mi oído.

Ni siquiera puedo ocultar mi escalofrío. Hunde las yemas de sus dedos suavemente en mi piel y le lanzo una mirada de advertencia. Sonríe con esa sonrisa tan sensual que tiene, y juro que me tiemblan las rodillas al verla.

—Lach, un momento de tu tiempo, por favor —dice su padre, haciéndonos girar.

Lachlan me mira.

—Vete —le digo—. Estaré bien.

"¿Estás seguro?" Me mira a los ojos.

—Estoy segura. —Le sonrío—. Si todo lo demás falla, iré a objetos perdidos.

Vuelve a acercar su boca a mi oído. «Ojalá sea el único que te encuentre».

Me da un vuelco el corazón cuando se aparta, y veo esa mirada oscura en sus ojos que encierra promesas que no puede cumplir delante de un público. Mi pulso se acelera mientras ninguno de los dos aparta la mirada. Siento unas ganas inmensas de decirle que lo amo, pero no lo haré. No aquí. Todavía no. Tengo que asegurarme de que no vuelva a delatarme. Me besa la frente y camina hacia su padre, que nos ha estado observando todo el tiempo.

Al alejarme, saco el teléfono del bolso y lo reviso. Lo puse en modo avión antes de empezar a prepararme y olvidé desactivarlo. Efectivamente, tengo mensajes de Marissa, Prescott, Wade y Cooper. Empiezo a revisarlos y a responder según corresponda.

Marissa: ¿Qué carajo? No me has actualizado.

Marissa: ¿que pasa?

Le responderé cuando termine con el resto.

Prescott: Mar me lo contó todo. Puedo estar allí mañana, pero avísame si me necesitas antes.

Yo: Estoy bien. De verdad. Todo bien. No me casaré en Fairview, pero te mantendré al tanto.

Pres: ¿Pero aún así te vas a casar?

Yo: si

Prescott: ¿Estás de acuerdo con ello?

Yo: yo soy

Mientras lo escribo, me doy cuenta de que le estoy diciendo la verdad. Casarse con Lach nunca fue el problema. La forma en que lo hizo fue un desastre, pero casarse con él en sí es fácil. No sé qué dice eso de mí, y no importa. Nada puede cambiar lo que siento por él.

Wade: Hola, me registro, me preocupo por ti.

Yo: Estoy bien. Te aviso luego.

Cooper: perdón por molestarte un fin de semana, pero te confirmo que comenzarás la residencia el próximo lunes, no este lunes.

Yo: el próximo lunes es correcto

Cooper: Genial. Nos vemos luego :)

Regreso a casa de Marissa y empiezo a escribir rápido.

Yo: Dios mío, estoy en la mansión más grande que jamás verás en tu maldita vida.

Yo: mucho más grandes que las cunas

Yo: además, no nos casaremos en Fairview, pero no sé qué pasará más allá.

Uf. Ni siquiera me molesto en corregir los textos. Me tiemblan las manos.

Marissa: ¿el papá de lach?

Yo: cuando decían multimillonario, lo decían en serio.

Marissa: maldita sea, toma fotos

Yo: No puedo. Aunque pudiera, estoy demasiado nervioso.

Marissa: tómate algo. Te calmará.

Marissa: Me alegra que haya visto la luz sobre la boda allí. ¿Quizás ya no esté enojado?

Pienso en cómo me folló. Sinceramente, si eso es lo que hace cuando está enojado, lo acepto.

Yo: ¿no lo sé, tal vez?

Marissa: ¿¡le daremos otra oportunidad?!?

Yo: tal vez. Creo que sí. ¡No lo sé!

Marissa: Uf, ojalá pudiéramos hablarlo en persona. Sigue tu instinto. Te quiero.

Yo: te amo

Volví a poner el teléfono en modo avión y lo guardé. Quizás debería tomar algo.

CAPÍTULO 42

Lyla

Resulta que no se llama hora del cóctel por los gallos. Google dice algo sobre Nueva Orleans, bitters y la Ley Seca. Estoy poniendo el móvil en modo avión cuando vuelvo a oír mi nombre y levanto la vista para ver a Liam viniendo hacia aquí. Tiene una sonrisa enorme, con los ojos brillantes, como los de su hermano cuando no está siendo un imbécil.

"Es bueno verte", le digo, devolviéndole el rápido abrazo.

—Igualmente. Te ves increíble —dice mientras se aparta.

—Tú también te ves genial. —Mis labios se elevan un poco—. ¿Cómo has estado? ¿Cómo te estás adaptando a todo esto?

"Es... bueno, digamos que me he acostumbrado a tener el desayuno y el café listos por la mañana, y no recuerdo la última vez que lavé mi propia ropa", dice. "Me costó un poco acostumbrarme a eso".

"Apuesto a que sí", me río. "Pero supongo que no es tan terrible tener que acostumbrarse".

—Podría ser peor. —Sonríe—. ¿Cómo has estado? ¿Cómo te va con mi hermano?

"Está...yendo."

"¿Ha sido agradable?"

—Qué agradable. —Me río—. Creo que Lach ya no sabe qué significa «agradable».

—¿En serio? —Frunce el ceño—. O sea, lleva tres años fatal, pero pensé que cuando te vio...

"¿Pensabas que aparecería como un caballero sobre un caballo blanco?", pregunté.

"Más o menos." Se encoge de hombros.

Puedo ver que lo dice en serio, lo cual me divierte aún más. O no conoce a su hermano tan bien como cree, o se está engañando a sí mismo. No hay mucha diferencia entre ambos. Sea como sea, no tiene ni idea.

—Está mejorando, debo decirlo —digo—. Pero sabes que está loco, ¿verdad?

—Era así cuando estabas con él hace tres años. —Liam levanta una ceja. No se equivoca.

—Supongo. —Me muerdo el labio—. Aunque antes era diferente. Todavía tengo esperanza. Solo me da miedo que vuelva a ser un imbécil.

—Seguro que es duro —suspira Liam—. Ten paciencia con él. Tiene muchas razones para estar enojado, pero lo superará.

Parpadeo al mirarlo. *¿Tiene* mucho por lo que estar enojado? Sé que Liam no sabe todo lo que he pasado, así que no puedo esperar que me tenga compasión por eso. Y probablemente me culpa por todo lo

que Lach tuvo que pasar durante y después del ataque, pero ¿qué demonios? Porque lo jodieron, ¿debería estar bien con que me desarraigara como si tuviera todo el derecho? ¿Y cómo lo hizo? ¡Ni hablar! Que le den a toda esta gente.

"¿Y yo no?", pregunto después de un momento. "¿No crees que esta situación es un desastre?"

—No he dicho eso. —Señala al camarero que está detrás de nosotros—. ¿Quieres algo de beber?

Lo dudo mientras observo el montaje. Incluso hay un camarero listo para servir bebidas. Me siento como en una boda con barra libre. Todas las botellas detrás de él están abiertas, pero no me preocupa que me pase nada mientras Lachlan esté cerca. Puede que sea muchas cosas, pero sé que siempre me cuidará.

—Un trago no vendría mal —digo.

Pido ginebra con lima. Liam pide otro whisky.

¿Sabes qué no entiendo? Lo del matrimonio —digo después de dar unos sorbos a mi bebida—. Puede conseguir que cualquier mujer del mundo acepte esto. *Cualquiera* ... ¿Por qué se tomaría la molestia de buscarme?

"¿Hablas en serio?" Liam me mira fijamente.

—Sí. Lo entiendo. Tenemos algo... especial —digo—. Pero podría haberle pagado a alguien más y decirle que no quería volver a verlos, ya que esto era solo un medio para un fin.

—No puedes hablar en serio. —Sigue mirándome, escrutándome como si tal vez yo fuera la que tuviera problemas—. Mi hermano nunca, y de verdad nunca, se iba a casar con nadie más que contigo. Bajo ninguna circunstancia.

—No veo por qué —digo en voz baja, mientras mi corazón da un vuelco.

Estoy diciendo tonterías. Sé exactamente por qué. Ambos sabemos que no podemos tener lo que compartimos con nadie más. Aun así, eso es un problema para un matrimonio falso. Lo digo en voz alta, y Liam niega con la cabeza, sin dejar de mirarme con esa misma mirada.

"¿Mi hermano te ha dicho algo?" pregunta Liam.

"¿Acerca de?"

—De nada de eso —dice—. No me imagino que te molestarías tanto si te lo hubiera contado, así que supongo que no lo hizo.

Le doy un sorbo a mi bebida. "Bueno, estoy atenta".

"Sé que no lo parece porque su ira lo supera todo, pero te quiere muchísimo", dice. "Pasó tres años buscándote y no paró hasta encontrarte. Dejó el hockey para trabajar para nuestro padre. *Para ti* ".

Seguramente no lo escuché bien. Mi corazón late tan fuerte que estoy segura de que lo oye. «Pensé que lo había dejado por el dinero, ya que no le pagaban lo que le habían prometido».

"Papá es dueño de una empresa de seguridad multimillonaria con programas que nos ayudan a encontrar a cualquiera en el mundo". Me lanza una mirada significativa. "Lach no iba a pedirle ayuda a papá sin más, por razones obvias. Pero cuando papá le hizo *una* oferta, la aceptó. Hasta entonces, lo había intentado todo para encontrarte y había fracasado en cada intento. La única razón por la que dejó el hockey fue porque sabía que era la única manera de encontrarte".

Me observa mientras lo acepto. Cuando no hablo, añade: «El matrimonio es una cláusula en su contrato. Como es el mayor y tiene que ser 'el más responsable', tiene que tener veinticinco años *y estar casado* ... Es una tontería arcaica, pero así son las cosas. No puede recibir su herencia sin ella».

Mierda. Creo que lo dije en voz alta, pero no oigo nada por el fuerte zumbido en mis oídos. Había estado intentando atar cabos, pero simplemente... no lo consideré... Dios mío. ¿Por qué no me lo contaba? Tenía que saber que aceptaría ayudarlo sin dudarlo si lo hubiera hecho. Ahora lo veo. La razón por la que está decidido a volver a Fairview no es solo venganza. Es para deshacerse de todo lo que nos impide estar juntos, y como sabe que es lo único que me detiene, está... ¡Mierda! Dejó el hockey por mí. Por mí. Me duele muchísimo el pecho ahora mismo, ni siquiera sé cómo consigo respirar. Sé lo difícil que fue para mí dejar el fútbol, y ni siquiera lo hice a nivel profesional. Es demasiado bueno para dejarlo. No puede. Ni siquiera me molesto en ocultar mis lágrimas. Intento secarlas a medida que salen, pero no paran.

—No puede hacer eso. No puede dejar el hockey por mí —susurro.

—Lyla. —Liam deja su vaso y me dedica una sonrisa comprensiva —. Mi hermano renunciaría a su herencia, al hockey, a sus riñones y a sus testículos si eso significara tenerte. Ojalá fuera una hipérbole, pero es la verdad.

Me muerdo el labio con fuerza. Por eso está tan enojado conmigo. Porque renunció a su sueño y, cuando me encontró, pensó que estaba viviendo el mío. Dios mío. Me llevo la mano al estómago dolorido. *¿ Por qué haría esto?* De alguna manera, logro dejar mi vaso. Cada vez que lo vuelvo a ver, me siento peor. Renunció a lo que amaba desde niño. Por mí. Para encontrarme. Hizo las paces con su padre ausente para encontrarme. Tengo el corazón en la boca del estómago. Pronto, tendré una grieta en su lugar. Me limpio la cara de nuevo.

—Te odio tanto ahora mismo —susurro mirando al suelo.

—Lo sé y lo siento. Pero necesitabas saberlo. El hombre que amas sigue ahí dentro —dice Liam—. Lo sé.

Asiento, tragando saliva para aliviar el nudo en la garganta. "¿Dónde está el baño?"

Me señala en esa dirección y prácticamente corro hacia allí. El baño es tan lujoso como el resto de la finca. Hay un diván elegante, lo cual es ridículo, y espejos por todas partes. Me miro al espejo. Todo esto

es culpa mía. Si le hubiera contado todo a Lachlan entonces, quizá habría ido a la policía conmigo y le habrían creído. Incluso mientras lo pienso, sé que es una tontería. Aunque todos hubiéramos llegado a la policía, no habría importado. Fairview se cuida solo, y eso incluye al departamento de policía, los tribunales, la maldita universidad. *Joder* ...

Si antes pensaba que estaba molesta, no tiene nada que ver con lo que estoy ahora. Este cabrón me arruinó la vida, vale, ¿pero arruinarle la de Lachlan? No lo acepto. Dios, estoy tan enfadada conmigo misma. Si hubiera dejado que Marissa y Prescott me contaran su vida, lo habría descubierto mucho antes y quizá incluso lo habría ayudado a salir de ese lío. Por él, habría contratado un abogado y habría vuelto a Fairview. Por él, habría dejado que se burlaran de mí y me insultaran. Debería habérmelo dicho. En cuanto me vio aquella noche, cuando firmé el contrato, debería habérmelo dicho. Sé por qué me lo ocultó. Aunque no hubiera estado enfadado ni hubiera intentado hacerme sentir culpable, sabía que de ninguna manera iba a dejar que lo hiciera por mí. Tiene que saberlo, ¿no? Llaman a la puerta cuando intento arreglarme el maquillaje, pero no puedo contener las malditas lágrimas.

"Ya casi termino", digo, secándome la cara otra vez.

Me miro de nuevo y respiro hondo. Puedo hacerlo. *Necesito hacerlo.* Tiro la toalla de mano a la papelera de "usada" y abro la puerta con una sonrisa educada. Estoy a punto de disculparme cuando veo a un Lachlan Duke muy cabreado en la puerta. Me observa mientras se acerca, y me veo obligada a retroceder un paso.

“¿Pasó algo?” pregunto.

—¿Qué dijo? —pregunta en voz baja y amenazante.

—¿Q-qué? ¿Quién? —Retrocedí un paso, intentando procesar lo que preguntaba, pero no podía pensar con claridad cuando me miraba así. Abrí los ojos de par en par cuando cerró la puerta—. Lach.

"¿Qué. Te. Dijo?", pregunta furioso, sujetándome para que no me caiga, mientras me empuja hacia atrás hasta que choco contra la pared de espejo.

Debe estar preguntando por Liam, pero ¿cómo nos habría visto? Estábamos en habitaciones completamente diferentes. Éramos los únicos en esa maldita galería. No pudo haberme visto llorar, pero debió de haberlo hecho, y no estoy segura de haberlo visto nunca tan alterado. Su respiración es irregular mientras apoya las manos en el espejo y me encierra. El corazón me da un vuelco al mirarlo. Deslizo las manos por debajo de su chaqueta y las deslizo sobre su camisa, presionándolas contra su pecho, una sobre su corazón palpitante.

—Lach —susurro, manteniendo una mano ahí mientras con la otra le aparto el pelo de la frente. Su mirada se suaviza un instante, así que pregunto—: ¿Te refieres a Liam?

—Te molestó. —Aprieta la mandíbula con más fuerza, si cabe—. Te hizo llorar. ¿Qué demonios dijo?

Lo miro fijamente por un momento, pensando en toda esta jodida situación, y tal vez sea porque mis emociones están por todos lados, pero empiezo a reír a carcajadas.

"¿Estás *tan* enojado porque *tu hermano* dijo algo que me molestó?" Lo miro a los ojos, sin dejar de reír. "¿Aunque has intentado hacerme daño desde que me encontraste?"

—Lyla —gruñe con fuerza, apretando su frente contra la mía—. Me disculpé por eso. Sabes que lo siento. —Se aparta y me mira de nuevo. Esta vez, su voz suena tranquila cuando pregunta: —¿Qué dijo?

—Me dijo lo que *debiste* haberme dicho en cuanto me viste —digo —. ¿Por qué no me lo dijiste?

—No tenía derecho a decirte eso. —Entorna los ojos—. Voy a matar a...

Agarro y tiro de las solapas de su chaqueta, presionando mis labios contra los suyos antes de que termine la frase. Está tan sorprendido que tarda un segundo en reaccionar. Cuando lo hace, se enfada, agarrándome del pelo con un puño y acercándome a él como si quisiera moldear nuestros cuerpos juntos. Emite un sonido gutural cuando lamo la comisura de sus labios y le rodeo el cuello con los brazos para profundizar el beso. Sus caderas se lanzan hacia delante. Gimo y le muerdo el labio al sentirlo sobre mi estómago. Necesito más. Creo haberlo dicho, o quizá me lee el pensamiento.

Sea como sea, me levanta y camina hacia el banco al otro lado del baño que me pareció ridículo hace unos minutos, pero que ahora aprecio. Sigue besándome mientras se sienta y me pone los pies en el suelo. Me separo y me levanto el vestido hasta las caderas. Sus ojos, derretidos, me recorren el cuerpo de cintura para abajo.

Le puse las manos en los hombros y me senté a horcajadas sobre él, besándolo profundamente de nuevo. Somos puros besos, lengua y uñas: dos salvajes que han estado separados demasiado tiempo. No importa que lo hayamos hecho hace unas horas. Tenemos años que compensar.

—Joder —susurra contra mí, presionando sus labios contra mi mandíbula y arrastrándolos por mi cuello cuando echo la cabeza hacia atrás.

—Dios, sí —jadeo, mientras mis caderas se mueven contra él por sí solas.

Me agarra los muslos con más fuerza y me muerde la parte superior de los pechos, mientras mueve los pulgares hacia arriba por la cara interna de mis muslos, dibujando círculos lentos que me vuelven loca. Estoy tan ebria de él que podría correrme justo ahí. Cuando por fin llega donde quiero, roza mis bragas con el pulgar. Inhala profundamente contra mi boca y se aparta. Hago un ruido cuando deja de mover la mano.

—Joder, nena —gruñe—. ¿Siempre estás así de mojada?

—Solo para ti. —Aprieto las caderas, jadeando cuando su pulgar presiona mi clítoris con el movimiento. Mete un dedo por debajo de mis bragas, pero no lo mueve. Vuelvo a apretar, sintiendo la presión una vez más—. Lachlan, por favor. Por favor. Por favor.

"¿Solo para mí?", pregunta, con su voz grave y grave que me hace menear las caderas de nuevo. Tiro de su pelo con más fuerza, y su pene se contrae contra mí. ¿Por qué? ¿Porque este coño es mío? Dime.

—Sí. Quizás. No lo sé —digo, respirando con dificultad.

—Dime. —Me acaricia y echo la cabeza hacia atrás; mis ojos se giran instantáneamente hacia atrás.

—Joder. No pares —gimo, frotándome. ¡Dios mío! Solo necesita subir un poco el dedo. La tensión aumenta en mi estómago, retorciéndose y tirando. —Por favor, no pares. Por favor, no pares.

—Dime que eres mía. —Atrae mi labio inferior hacia su boca, chupándolo con fuerza mientras mueve el dedo ligeramente, rozando justo donde lo necesito y manteniéndome al borde del orgasmo. ¡Maldita sea! —Dime que eres mía y solo mía, y haré que te corras. ¡Dímelo, joder!

Mi respiración es entrecortada mientras intento mover mis caderas de nuevo, pero él me sostiene con su otra mano, deteniendo mi movimiento por completo.

—No. Nooo —susurro—. No pares. No pares.

"Mírame." Me da una fuerte palmada en el trasero.

Lo miro fijamente. "Esto no tiene gracia, Lachlan".

—Nunca dije que lo fuera. —Me mira fijamente, mirándome fijamente—. Dime.

No sé por qué no lo digo sin más. Ambos sabemos que diré cualquier cosa ahora mismo, y no es que él no sepa la respuesta. Abro la boca para hablar, cuando me levanta y me deja en el suelo para quitarme la chaqueta y desabrocharle los pantalones. Se baja todo hasta los tobillos y vuelve a sentarse. Se me encoge el estómago cuando vuelvo a sentarme a horcajadas sobre él. ¡Madre mía! ¡Joder! Ni siquiera está dentro de mí y ya se siente tan bien. Muevo las caderas hacia delante, mis pliegues húmedos deslizándose arriba y abajo por su aterciopelada y dura longitud. Mi respiración se acelera a medida que la tensión sigue aumentando. Sisea y me detiene agarrándome las nalgas.

Jadeo fuertemente. "Dios mío, por favor."

—Joder. ¿Estabas así de mojada en el coche? —pregunta con voz ronca.

No sé cuánto más puedo aguantar. Dejo escapar un gemido fuerte y frustrado. Lo miro, a este hombre hermoso, irritante y exasperante del que no puedo evitar enamorarme. Me mira fijamente, sus ojos buscando los míos. Sus labios vuelven a posarse sobre los míos mientras me levanta y me coloca justo en su punta.

—Lach, por favor —susurro temblorosamente contra su boca.

"Dime a quién carajo perteneces."

—Maldita seas. Siempre tú. Siempre he sido tuya —prácticamente grito.

Me suelta y empiezo a deslizarme hacia abajo. Me estira tanto que tengo que morderme el labio con fuerza para no gritar.

"Mierdaa ...

Empiezo a moverme lentamente, arriba y abajo, echando la cabeza hacia atrás mientras lo cabalgo. Siento un nudo en el estómago, y cuando mete la mano entre nosotros y encuentra mi clítoris mientras meneo las caderas, tengo que morderle el hombro para contener el grito. El mordisco lo excita. Empieza a levantar las caderas y a usar su agarre en mi trasero para controlar el ritmo, yendo más profundo, más fuerte, más rápido. Todo mi cuerpo se tensa y empieza a temblar. Se detiene tan de repente que gimo.

—¡Nooooo! —grito, bajando la cabeza y mirándolo—. No aguanto más.

—No me mires —gruñe mientras empieza a follarme de nuevo, agarrándome las caderas con tanta fuerza que sé que me dejará marcas, pero maldita sea. *¡Joder* ! —Estás buenísima. Mírame cuando te corras, nena. Necesito verte.

Lo hago y dejo de respirar. En su siguiente embestida, siento una bomba explotar dentro de mí. Tiemblo sin control mientras rasga la delicada tela de mis bragas, ya estiradas y destrozadas, y embiste un par de veces más, penetrando profundamente mientras su pulgar encuentra mi clítoris de nuevo. Estoy tan sensible ahí. No creo que pueda aguantar más, pero se siente demasiado bien. Hundo las manos en su espeso cabello y empiezo a mecerme contra él para recibir sus embestidas. Cierro los ojos con fuerza mientras la sensación en mi centro regresa.

"Oh, joder, oh, joder, no pares, oh, joder", canto, empezando a apretarme a su alrededor mientras reduce la velocidad de sus embestidas.

“Abre los ojos”, dice con voz ronca.

Lo miro y me corro tan fuerte que no sé cómo demonios no grito a todo pulmón. Me duele la garganta al instante de contenerlo. Mi cuerpo sufre espasmos mientras se vacía profundamente dentro de mí. Nos quedamos así, nuestras frentes tocándose, mientras tratamos de recuperar el aliento. Él ahueca mi rostro en su mano e inclina mi cabeza hacia arriba, echándome un poco hacia atrás para que podamos vernos mejor. Se aparta un poco, su pulgar dibujando círculos lentos en mi mejilla mientras busca mis ojos. En los suyos, veo algo que no he visto en mucho tiempo. El verde es lo suficientemente claro como para que vea las pequeñas manchas marrones que tanto amo. Lo amo tanto. Lo sabía, por supuesto. No es una comprensión nueva, pero me golpea fuerte en este momento.

—Tenemos que hablar. Tenemos que hablar de muchas cosas —digo en voz baja—. Pero ahora mismo, creo que deberíamos volver a nuestra fiesta de compromiso.

Se inclina y me da el beso más lento, largo y dulce que he recibido en mi vida. Cuando se separa, nos miramos. El dolor, la pena y la sensación de arrepentimiento nos recorren a ambos. Lo beso de nuevo, otro beso lento y suave, deseando que pudiéramos olvidarnos de todas las tonterías y volver a empezar. Cuando nos separamos, vuelve a apoyar su frente contra la mía. Nos quedamos así un buen rato antes de que vuelva a hablar.

"Me jodes, Lyla James", susurra.

Me atrae hacia su pecho y sonrío contra él. Por primera vez en mucho tiempo, me siento segura de nuevo. Amada.

CAPÍTULO 43

Lyla

Cuando entramos en su apartamento, cierra la puerta con llave y deja las llaves en la mesa de entrada. Miro el porta llaves y los adornos de la mesa: tres monitos (no ver, no hablar, no oír).

“¿Recogiste algo en este lugar?”, pregunto.

Se ríe entre dientes. "No es mi casa. Es de mi papá".

“¿Vas a quedártelo?”, le pregunto, observándolo mientras se afloja la corbata.

"Me dijiste que lo odiabas", dice con una pequeña sonrisa en su rostro, mientras se quita la chaqueta.

—De verdad que sí —susurro, y mi corazón late más fuerte con cada prenda que se quita.

Intento que no se note, porque tenemos otras cosas que hacer y no podemos distraernos. Cuando termina, se queda ahí parado y yo lo agarro del antebrazo. Sus ojos bailan mientras lo agarro y me agacho para quitarme los tacones incómodos. Todavía tiene esa expresión cuando lo miro.

"¿Qué?"

“Nada”, dice.

Me mira a los ojos un instante, y me revuelve el estómago con lo que no dice. Lo repito con la mirada. Por alguna razón, sigo sin poder abrir la boca para decirlo. Todavía no. Sí, lo amo. Sí, él me ama. Eso es obvio, pero tenemos mucho que decir. Me agarro los talones con una mano y levanto los brazos, como un niño que espera que sus padres lo carguen. Él se ríe entre dientes mientras me levanta y me acuna en sus brazos. Por un instante, nos miramos, sin decir nada. Se inclina y me besa suavemente. Es un beso emotivo que me deja un nudo en la garganta cuando nos separamos.

—Dios, Lyla —susurra, apoyando su frente sobre la mía por un segundo mientras me lleva hacia su habitación.

Cuando me baja, llevo mis zapatos al armario y me doy la vuelta para encontrarlo quitándose los gemelos, luego los zapatos negros de vestir y el cinturón. Me permito observarlo de nuevo un momento. Es imposible no hacerlo. Cuando nuestras miradas se encuentran, las suyas son tan oscuras que sé que mantener las manos quietas va a ser difícil, pero tenemos que hacerlo. Si no, no hablaremos. Otra vez.

“Nada de sexo”, le digo.

Se le cae la mandíbula. "¿Qué? ¿Por qué?"

—Porque necesitamos hablar. —Señalo el baño—. Voy a ducharme y cambiarme, luego tú te ducharás y cambiarás, y nos sentaremos en algún sitio a tener una conversación de adultos.

—Podemos ducharnos juntos. —Se muerde el labio mientras me recorre con su mirada acalorada.

“Lachlan Duke.”

Sus ojos se clavan en los míos. "¿Qué?"

—Esto es serio —digo—. Muy serio, si me llevas de vuelta a Fairview.

El calor en sus ojos da paso a la preocupación, y asiente. Me observa mientras tomo mis cosas y me dirijo al baño. No tengo gorro, así que me recojo el pelo para que no se moje. Podría ser imposible, con la forma en que el agua sale disparada desde todos los ángulos. No he descubierto cómo abrir solo una de las duchas, así que cada vez que entro, se abren todas. Aunque se siente bien, así que no puedo quejarme.

Estoy terminando de enjuagarme cuando un Lachlan Duke muy desnudo y muy duro entra. Ahora estoy mirándolo con lascivia, lo que parece hacerlo respirar más rápido, con la forma en que su pecho comienza a moverse.

"Puedo ser rápido", dice con los ojos ardiendo.

—Lach —digo, pero mi voz suena necesitada.

No espera a que diga nada más. Me levanta en brazos, lo rodeo con las piernas y chocamos contra la pared de la ducha. Se coloca y ambos gemimos profundamente cuando me penetra. Hace una pausa, dejando caer la cara sobre mi cuello mientras el chorro le da en la espalda.

—No te dejaré ir —dice con voz ronca bajo mi oído—. No puedo. No sabría cómo.

—Entonces no lo hagas —susurro contra su boca y lo beso.

Cumple su palabra. Me hace correrme rápido y encuentra su propio alivio mientras me estremezco a su alrededor. Terminamos, nos secamos, nos cepillamos los dientes, hacemos todas las cosas que hacen las parejas normales —que solíamos hacer— y se siente tan bien, tan bien. Cuando ambos estamos vestidos con lo que vamos a dormir —yo con una camiseta y bragas de algodón de Star Wars; él con un pantalón gris suave para dormir—, nos acercamos a su cama.

“ *¿Aquí* es donde quieres hablar?” Se detiene en el borde, mientras yo me arrastro hasta el centro y me siento con las piernas cruzadas.

—Sí. ¿Por qué no?

"No hay manera de que pueda concentrarme." Sus ojos recorren mi cuerpo.

Pongo los ojos en blanco. «Cállate y entra. Quédate por ese lado».

—Lo intentaré —dice con una voz poco convincente, pero hace lo que le pido.

Ambos tomamos almohadas y las colocamos sobre nuestros regazos, como si necesitáramos escritorios portátiles para tomar notas o escudos para evitar volver a subirnos uno encima del otro.

“¿Quieres empezar?”, le pregunto, dándole permiso de preguntar lo que quiera.

Se aclara la garganta. "¿Por qué las fotos?"

—Dios mío —me río—. ¿ *Esa es* tu primera pregunta?

—Nunca me lo dijiste —dice—. Ya sabes cómo me pongo.

"¿Qué? ¿No pudiste encontrar la respuesta en mis redes sociales ni en ninguno de mis correos electrónicos?" Levanto una ceja y reprimo una sonrisa.

—No tienes redes sociales —dice con el ceño fruncido—. Y cambiaste la contraseña de tu correo, y Liam no me ayudará a hackearte.

Lo miro fijamente por un momento y decido no pensar en eso por ahora.

—Me olvidé de cómo es Luke —digo, y mis palabras se entrecortan al admitirlo.

Ahora pienso mucho en él y en mamá, pero ya no recuerdo su cara. Sus padres eliminaron sus perfiles, así que no puedo buscar una foto en línea. Me había llevado todo a la casa de huéspedes de mi papá porque también iba a empacar eso, pero entonces pasó todo...

Me encojo de hombros. "Me daba miedo olvidar tu aspecto, así que puse fotos tuyas donde tenía que verte todos los días. Me dolía, todavía me duele, pero no podía...". Parpadeo rápidamente. "No podría vivir conmigo misma si olvidara tu cara". Hago una pausa y respiro hondo. "Sé que siempre puedo encontrarte en línea, pero no es lo mismo. Quería esos recuerdos, ¿sabes?".

Se queda callado un buen rato, mirándome fijamente. Su rostro es impasible, pero sus ojos reflejan dolor. «Joder, Lyla», susurra al cabo de un momento.

—¿Cuánto tiempo esperaste después de descubrir dónde estaba? —pregunto, respirando temblorosamente.

—Menos de un día —dice, con los ojos brillantes al ver mi sorpresa —. Te he estado observando todo el día.

Frunzo los labios. «Aun así, esperaste a que Wade estuviera a punto de besarme para hacerme notar tu presencia».

Sus ojos se oscurecen. "No paraba de tocarte toda la noche. ¡Quería matarlo, carajo!"

Me guardo lo que quiero decir. «Es insignificante», digo. «Y no vale la pena hablar de él ahora mismo».

Me mira a los ojos un momento y asiente levemente. Descruzo las piernas y me levanto de la cama para buscar mi teléfono. Guarda silencio mientras entro en mi portal de terapia y hago clic en el video que quiero mostrarle. Bueno, no *quiero* enseñárselo, pero no creo poder explicar el accidente yo sola.

"Fui a terapia", empiezo. "Prescott me obligó, pero esa es otra historia. Hice hipnoterapia porque se supone que 'profundiza y te

ayuda a revivir el trauma para que puedas sobrellevarlo' o algo así".

"¿Te ayudó?"

—Sí, la verdad —digo—. Le pedí a mi terapeuta que grabara algunas de mis sesiones.

Frunce el ceño. "¿Puedes hacer eso?"

—Le pregunté y aceptó. —Lo miro a los ojos—. Quiero que veas uno.

Él traga pero permanece en silencio.

—No será fácil —digo—. Puede que pienses diferente de mí cuando lo sepas —digo, mirando sus manos sobre la almohada mientras susurro—, cuando te enteres de las violaciones.

Respiro temblorosamente y me seco las lágrimas rápidamente. Odio esto. Aunque fui yo quien sufrió la agresión, también soy yo quien carga con el peso del secreto y la vergüenza de lo ocurrido. He aprendido a vivir con eso, pero me encanta cómo me mira, y me mataría si eso cambiara.

Me toma las manos y espera a que lo mire. "No hay nada en este mundo que me haga sentir diferente por ti". Me aprieta las manos. "Nada".

—No puedes saberlo —susurro. Levanta una mano y me seca las lágrimas con el pulgar.

" Eso *ya* lo sé."

Le doy la vuelta al teléfono, se lo doy y dejo que decida. Lo coge y le da play.

CAPÍTULO 44

EL ACCIDENTE

“CUANDO ESTÉS listo y cómodo, quiero que cierres los ojos”, dice la Dra. Riley con su voz tranquilizadora.

Adelanto rápidamente esa parte del vídeo y me detengo cuando me veo hablando.

Siento que las piernas me van a fallar en cualquier momento después de los dos partidos que jugué. Les escribo a mis compañeros de piso y les digo que voy a estar un rato en casa de mis padres, ya que mi madre prometió prepararme mi sopa favorita. Mientras espero, me pongo hielo en las piernas en mi sofá favorito. Siento los ojos pesados, y como estoy casi segura de que me voy a desmayar antes de que llegue mi madre, dejo el hielo en la mesa.

Es el tipo de sueño que eres consciente de que estás teniendo pero parece que no puedes despertarte. En el sueño, estoy en una fiesta. Hay gente alrededor, pero no puedo distinguir sus caras. Sin embargo, oigo sus risas y siento que sonrío al oírlas. Estoy de pie junto a la piscina cuando empiezo a quitarme la ropa. El aire fresco que golpea mis pechos al levantarla me hace temblar. Alguien se acerca y se para a mi lado, y también empieza a desvestirse. No puedo ver a la persona, pero mis manos se detienen en la cinturilla de mis pantalones cortos cuando me doy cuenta de que están allí. Sé que es un hombre por su altura y tipo de cuerpo, pero no puedo distinguir su cara. Todo está borroso. Oigo el parpadeo de un encendedor y luego, el olor de un cigarrillo. En mi sueño, me dan arcadas, como estoy ahora, solo de pensarlo.

El humo me nubla la cara, toso y vuelvo a sentir arcadas. A pesar de eso, sigo bajándome los pantalones cortos y las bragas. Él da un paso adelante y me agarra un pecho con fuerza mientras se aprieta contra mí. Le aparto la mano de un manotazo y niego con la cabeza, haciéndolo reír. Es un sonido que me paraliza el cuerpo de terror. En mi sueño, estoy confundida, y de repente ya no estoy junto a la piscina. Está completamente oscuro donde estoy. No puedo ver, pero me separan las piernas de un tirón, y siento una intrusión que me hace gritar. Estoy completamente seca y no estoy preparada para él, pero sigue adelante. Gimo, sintiendo mis ojos lagrimear mientras lucho por quitármelo de encima. Se ríe, esa risa de nuevo, y abro los ojos. Es entonces cuando me doy cuenta de que lo que está pasando no es un sueño. Está encima de mí, mirándome fijamente mientras se mueve bruscamente dentro de mí. Grito e intento quitármelo de encima. Empujo su pecho con fuerza, y él me abofetea la cara con más fuerza. Tan fuerte que tengo que llevarme la mano al punto que me arde en la cara. Sigo moviéndome hasta que lo aparto de mí y le doy una patada fuerte. No sé dónde le doy, porque me doy la vuelta rápido para escapar, pero mis pantalones cortos están

trabados a la altura de las rodillas y él me jala con facilidad hacia atrás y me aprieta boca abajo. Grito con todas mis fuerzas, y pronto mi grito se convierte en un sollozo suplicante.

"Por favor, no hagas esto". Lo sigo diciendo una y otra vez.

Aún no me ha penetrado, pero sé que se corre. Sigo seca y no estoy lista para él, así que se escupe en la mano y me la cubre para facilitar la entrada. Cierro los ojos con fuerza y sigo suplicando. Pega su boca a mi oído y me dice que debería haberme follado así antes, que mis ruegos lúcidos lo hacen más divertido. Me dice que el suyo anterior solía suplicar. No sé qué significa esto, y en ese momento, me da igual. Solo quiero que se quite de encima. Se coloca de nuevo entre mis piernas mientras me sujeta la espalda, pero no tiene oportunidad de hacer nada. Los gritos de mi madre llenan la habitación y se quita de encima en un instante.

"¿Qué carajo está pasando aquí?" grita mientras recoge algo de la esquina de la habitación.

Me arrastro, me levanto los pantalones cortos y me bajo la camiseta. Caigo de rodillas y lloro con más fuerza, avergonzada de que mi madre me haya visto así. Aterrorizada de que piense que yo quería que lo hiciera o de que le crea si le dice eso. Intento concentrarme en lo que está pasando, pero me azotan los sollozos y tengo los ojos llenos de lágrimas. Oigo gritos. Oigo un golpe fuerte seguido de un golpe aún más fuerte. Alguien me tira con fuerza una vez. Dos veces. Tres veces y me doy cuenta de que es mi madre.

"¡Vamos!", grita. "¡Vamos!"

Finalmente recupero el sentido, y la adrenalina reemplaza el miedo que antes me invadía. Miro al suelo y lo veo allí tendido. Sin embargo, su mano se mueve. Agarro el brazo de mi madre y salgo corriendo, pisando los huevos rotos y las flores que dejó caer junto a la puerta. Mamá tiembla tanto que ni siquiera puede pulsar el botón para abrir el coche. La adrenalina reemplaza mi miedo mientras miro por encima del hombro y le quito las llaves de la mano.

—Sube al coche —grito.

Sus ojos castaño claro, que reflejan los míos, se abren de par en par, pero ella se mueve y se sienta en el asiento del copiloto. Cierro las puertas, arranco el motor y respiro hondo tres veces. Puedo con esto. Ya lo he superado antes. Lo volveré a superar. Salgo a fondo de la rotonda y doblo por la calle vacía. Estoy superando el límite de velocidad y estas carreteras siempre están llenas de policías. Normalmente, bajo la velocidad. Hoy, acelero. En el mejor de los casos, uno de ellos me perseguirá y estaremos a salvo.

"¿Cuántas veces ha pasado esto?" pregunta mamá llorando.

—No sé. Tres. —Me tiemblan las manos, pero me concentro en girar en la señal de stop—. Ya me estaba drogando. Empezó cuando... cuando tenía catorce años.

"¿Qué?", grita mamá. Me detengo en el semáforo en rojo al final de la calle, con la rodilla rebotando al mirarla. Su rostro bronceado está pálido, sus ojos abiertos y horrorizados. "¿Por qué no me lo dijiste?"

—¡No lo sabía! —Acelero en la luz verde—. No lo supe hasta que fue demasiado tarde y entonces llevaba años sin hacerlo, hasta hoy. Pensé que ya no lo haría. Pensé que había parado...

—Dios mío —dice con la voz entrecortada—. ¡Dios mío, Lyla!

—Está bien. No volverá a pasar. Miro a la izquierda y a la derecha en la siguiente señal de stop y sigo adelante.

"¡Deberías habérmelo dicho!"

—No pensé que me creerías. —Me muerdo el labio para no llorar—. No pensé que nadie lo haría.

—¡Lyla James! —grita, sin dejar de llorar—. ¡Claro que te habría creído! —Guarda silencio un momento—. ¿Quién se cree este imbécil? —grita—. ¿Quién demonios se cree que es? Sigue conduciendo hasta la comisaría. Voy a llamar a la policía ahora mismo para que nos esperen cuando lleguemos.

Empieza a rebuscar en su bolso buscando el teléfono. "¡Joder!", grita. "Estúpido de mierda. No puedo creer que confiáramos en él. No puedo creerlo..."

Por el retrovisor, veo acercarse un deportivo rojo que me resulta familiar y empiezo a entrar en pánico; me tiemblan las manos de nuevo. Sigue al menos dos manzanas atrás. No hay manera de que me alcance. Por si acaso, doy un volantazo a la derecha y conduzco hacia la calle de dos carriles donde siempre hay policías. Si consigo que uno me siga, estaremos a salvo. «Por favor, por favor, por favor, deténganme». Lo repito mentalmente como si me fueran a oír.

¡Mamá! ¡Concéntrate! Me incorporo en el asiento mientras mi mirada va y viene del retrovisor a la calle desolada. Se acerca. "¡Joder! ¡Mamá, concéntrate!"

"¡No encuentro mi teléfono!" Mira a su alrededor y empieza a buscar entre los asientos. "¡Maldita sea!" Se quita el cinturón y se estira hacia atrás.

Su coche aparece detrás del nuestro. Acelero. ¡Joder, joder, joder, joder! Su coche es mucho más rápido que la camioneta de mamá. Muchísimo más rápido. El coche rojo brillante acelera, casi choca contra nuestro parachoques. Hay tierra y hileras de árboles a nuestra derecha. Intento pensar cómo girar el volante sin perder el control, si llega el caso. Dios, espero que no llegue el caso. La camioneta es un vehículo todoterreno. Me lo recuerdo. Era uno de sus grandes atractivos. Todoterreno. Estaremos bien. Un toque en el parachoques nos hace avanzar en nuestros asientos.

Mamá y yo compartimos una mirada horrorizada.

—¡Mamá! —espeto—. ¡El teléfono!

—¡Mierda! —Sigue extendiendo la mano—. ¡Ya lo tengo! ¡Ya lo tengo!

El coche hace un volantazo y golpea el parachoques izquierdo del nuestro. Acelero. Por favor, por favor, por favor, por favor, que estemos bien. Estamos a solo unas manzanas de la comisaría, tan cerca que puedo verla. Mamá debería haber llamado desde casa, pero en lugar de eso, agarró uno de los bates autografiados de papá y lo blandió. Fue la decisión correcta. Fue la única decisión. Un sollozo me recorre el cuerpo al recordar su mirada, pero respiro hondo. No puedo permitirme perder la cabeza ahora mismo. Piso a fondo, con la mirada al frente. Cuando nos vuelve a golpear, ya no es un toque de advertencia. Se estrella contra el coche de lleno, golpeándolo en un ángulo que nos hace perder el control una vez. Gritamos fuerte. Freno a fondo y estabilizo el coche, pisando a fondo de nuevo. Nos golpea fuerte de nuevo. Esta vez, el coche da una vuelta, dos, y a la tercera, nos estrellamos de frente contra un roble. El aire sale como un silbido de mi cuerpo mientras aprieto el cinturón de seguridad. El airbag me impacta, empujándome hacia atrás con fuerza. Oigo a mi madre gritar. Oigo huesos romperse. Sé que son huesos porque es el mismo ruido que hizo la rodilla de un compañero hace poco. Se rompe un cristal, pero aún no he podido respirar, ni mucho menos abrir los ojos. Creo que me desmayo. O tal vez estoy en shock. Me cuesta parpadear, moverme o incluso hablar.

“¿Mamá?”, digo tan fuerte como puedo cuando por fin encuentro la voz.

911, ¿cuál es su emergencia? ¿Hola? 911, ¿cuál es su emergencia? El teléfono está en altavoz.

"¡MAMÁ!", grito, quitando el airbag, ignorando el dolor que me atraviesa con cada movimiento. El operador vuelve a hablar. Me quito el cinturón y lucho con el airbag buscando a mi madre. El operador vuelve a hablar.

¡Mamá!, grito cuando por fin puedo verla.

Está desplomada hacia adelante. Empiezo a gritar, llorar y temblar desconsoladamente. Digo "¡Mamá!" más veces que nunca, como si eso la resucitara. No sé cómo sé que está muerta, pero lo sé. Cuando le echo la cabeza hacia atrás para evaluar el daño, grito más fuerte. Tiene un trozo de vidrio incrustado en el ojo izquierdo; el corte es tan profundo que le atraviesa el cráneo y la mejilla. Grito una y otra vez. No puedo parar de gritar.

El hospital es un borrón. Oigo a mi padre llorar en el pasillo. Me disculpo una y otra vez: con él, con la habitación vacía, con cualquiera que se me haya acercado, incluidas las enfermeras. Me dicen que descanse y me dan algo para dormir. No quiero dormirme. Me aterra volver a tener ese sueño. Pero no sueño. No he vuelto a soñar desde entonces.

CAPÍTULO 45

Lyla

MIRO cómo Lachlan baja mi teléfono y me mira lentamente.

—Joder, Lyla —susurra—. Tenemos que avisarle a la policía.

Niego con la cabeza. Es lo lógico, claro. Es lo primero que se le ocurrió a mamá, lo primero que se le ocurrió a Luke. Pero yo sé que no es así. Sé que ir a la policía solo traerá problemas. La última vez, nos costó la vida incluso antes de llegar a la comisaría. Es la primera vez que Lach oye esto, así que, claro, es lo primero que piensa. Seguro que verme perder la cabeza en la consulta de mi terapeuta no ayudó. Espero un momento antes de hablar.

Voy a volver al principio. Mi papá firmó con los Mets en República Dominicana, pero se mudó aquí a los dieciocho años y jugó en las ligas menores. Empezó a jugar en las ligas mayores seis meses después, y fue entonces cuando llegó mamá. Ambos tenían diecinueve años, y en casa, mamá estudiaba oftalmología, así que se matriculó en Fairview para continuar sus estudios.

Me muerdo el labio y hago una pausa. Lach me pone las manos encima. «Así conocieron a David Jameson».

Las manos de Lach me aprietan. "No."

Asiento y trato de tragar, pero me duele.

"No", dice de nuevo, con el rostro pálido, como si estuviera presenciando una pesadilla de nuevo. Observo cómo lo procesa: lo veo pasar de la incredulidad al dolor, de nuevo a la incredulidad y, finalmente, a la ira. "¿Él te hizo esto?"

Asiento con la cabeza.

“Él… ¿Crees *que* nos metió en el hospital?”

"Lo sé."

Todavía tiene los ojos muy abiertos cuando suelta mis manos y se cubre la cara con ellas. Las baja y niega con la cabeza mientras me mira. «Estuvo allí, todos los días. En el hospital. Hablaba con mi agente sobre diferentes cosas que podíamos hacer. Habló con mi madre...».

—Te jodió y te quitó esos contratos —digo—. ¿Toronto? ¿Boston? Jameson conoce a esos entrenadores. Algunos fueron *sus* entrenadores. No sé qué les dijo, pero sé que él tiene la culpa de esto.

Lach sigue mirándome fijamente.

—Ojalá hubiera dejado que Marissa y Prescott me hablaran de ti —susurro, bajando la mirada—. Podría habértelo dicho. O pedirles que te lo contaran. Seguro que se les pasó por la cabeza, pero también tienen miedo. Podría haber...

—Para. —Me agarra las manos de nuevo; su mirada es dura—. Nada de esto es culpa tuya. Fui un idiota al culparte. —Me levanta las manos y las besa.

“¿Quieres que siga adelante o será demasiado para ti?”

"Sigue adelante."

“Mis padres estaban dando una fiesta cuando tenía catorce años”, empiezo. Se pone rígido. “Mamá preparó ponche. Jameson me sirvió un poco y estuvo por aquí toda la noche, lo cual no me pareció raro. Era mi padrino y siempre me cuidaba”. Frunzo los labios al oír eso. “A la mañana siguiente de la fiesta, me desperté en la cama con la camisa subida hasta el cuello, la falda que llevaba puesta y sin ropa interior. Todavía llevaba los calcetines, las joyas puestas, y estaba…” Me aclaro la garganta. “Estaba dolorida y tenía sangre seca entre las piernas”.

—Joder —dice, en voz tan baja que apenas lo oigo, pero la rabia en su rostro es inconfundible.

“La verdad es que no sabía qué había pasado. Mis amigas aún no habían empezado a tener sexo, así que no es que hayamos hablado de cómo fue. La verdad es que no le di importancia”, digo. “Pensé que estaba muy cansada y me desmayé. Quizás me había venido la regla o algo así. Fui una ingenua. Estúpida”.

—No, no lo eras. —Acerca una mano a mi rostro. Su mirada me rompe el corazón—. No tenías motivos para desconfiar de él.

Volvió a pasar así. La tercera vez, ya sospechaba. Tiré el refresco que me dio y lo sustituí por otro sabor. Ojalá no lo hubiera hecho, porque esa vez sí lo recuerdo. —Tiemblo. La mirada de Lach se oscurece—. Él sabía que yo lo sabía porque estaba gritando y luchando contra él. No volvió a hacerlo hasta el día del accidente.

“Tenemos que avisarle a la policía”, dice en voz baja.

Y entonces, Luke, le conté lo que pasó. Había estado exigiendo saber qué me pasaba desde que había estado actuando de forma diferente. Quería saber por qué de repente llevaba ropa holgada. Fue a casa de Jameson, le dio un golpe en el coche con un bate, le dio un puñetazo y dijo que iba a la policía... —Miro nuestras manos, me concentro en lo mucho más grande que se veía contra las mías—. Había estado conmigo la noche anterior y me dijo lo que iba a hacer. Intenté disuadirlo, y prometió que no iría. ¡Me lo prometió, carajo! Y al día siguiente, cuando no apareció, me preocupé, y entonces Prescott y yo lo encontramos...

“Por eso estás seguro de que no fue un suicidio”.

Mis ojos se clavan en los suyos. "Su cuerpo estaba sentado erguido en la silla. Le volaron la mitad de la cabeza, ¿pero estaba sentado? Después, Pres y yo estábamos en el césped, turnándonos para vomitar y temblar mientras nos interrogaban, y en medio de policías, detectives y periodistas, Jameson pasó sonriendo. Nos sonrió". Cierro los ojos con fuerza un momento. "Nunca olvidaré esa sonrisa. Estoy seguro de que Prescott tampoco".

“Por eso Pres y Marissa no dicen nada ni acuden a la policía”, afirma.

El primo de Jameson es ahora el jefe de policía, pero incluso entonces, tenía mucha influencia en el departamento. Y Jameson siempre ha sido el chico mimado.

—Maldito cabrón. —La mandíbula de Lachlan tiembla—. Me reclutó. Me entrenó durante dos años.

—Lo sé. Y luego se fue y se convirtió en el director deportivo. De *todos* los deportes.

Sus ojos brillan. "Por eso renunciaste".

No quería darle más poder sobre mí. Empezó a aparecer en nuestros entrenamientos, a entrar al vestuario, cuando creía que estaba sola. Sabía que no iba a parar. Apreté los dientes y esperé un momento. Por razones que no comprendo, y créeme, lo he pensado mucho, cree que le pertenezco.

Lachlan, que ya estaba enojado, parece aún más enojado ahora. "No lo hagas."

—Ya lo sé —digo en voz baja—. Él también lo sabe. Si no, no te habría atacado.

"Le dije al equipo que eras mi novia antes del partido, y él estaba allí", dice. "Pensé que era seguro y se lo dije". Se pasa las manos por el pelo. "Joder".

—No es tu culpa. —Le agarro la barbilla como él siempre me agarra la mía—. La gente llevaba hablando de nosotros desde el cumpleaños de Marissa, y me vio en el partido con tu camiseta. Seguro que te vio mirándome gritando como un loco en ese partido de fútbol. —Sonrío. Nada puede borrar ese recuerdo—. Que nos dieras un título probablemente lo cabreó más, pero lo iba a hacer de todas formas.

Espero hasta que hable. No lo hace.

¿Por qué demonios crees que me fui? ¿Por qué crees que me alejé de ti? —pregunto—. No podía andar con una figura pública y arriesgarme a que me encontrara. Que nos encontrara. Sabía que si estabas sola, no te haría nada, así que me alejé.

"Voy a asesinarlo, joder", dice después de un momento, en una voz baja que me provoca escalofríos.

“No puedes simplemente aparecer…”

—Sí, puedo. —Sus ojos se posaron en los míos. Lo que veo en ellos me aterroriza—. Voy a aparecer y lo voy a matar.

CAPÍTULO 46

Lyla

Me despierto en mitad de la noche y siento inmediatamente su ausencia. Me incorporo, esperando encontrarlo en la sala de estar, pero la habitación está vacía. Mi corazón late fuerte. Miro la hora. Son las cinco de la mañana. Aparto las mantas y salgo corriendo de la habitación. Si se fue sin mí, nunca lo perdonaré. Me detengo cuando lo veo sentado en el borde del sofá, mirando la ciudad. Es una vista hermosa, especialmente de noche. Con él todavía sin camisa y en sus pantalones de pijama grises, aún más. Levanta la cabeza de golpe cuando me acerco, pero no dice nada. Mi corazón se detiene cuando veo la mirada preocupada en sus ojos. Camino entre sus piernas y me arrodillo. El frío suelo de mármol en mis espinillas me dificulta permanecer en el sitio, pero lo consigo.

—Oye. —Le llevo una mano a la cara—. ¿Qué pasa?

—No tienes que casarte conmigo. —Traga saliva con fuerza y mira hacia la ciudad por encima de mi cabeza—. Para empezar, fue una lástima hacerte firmar ese contrato de matrimonio. —Niega con la cabeza—. Ya te perdí una vez —continúa, pasándose los dedos por el pelo mientras me mira—. No quiero perderte por esto. No quiero que un día te despiertes y me recuerdes que la única razón por la que te casaste conmigo fue porque te obligué. No quiero ser... —Traga saliva de nuevo, apretando la mandíbula—. No quiero ser tu pesadilla.

Respiro hondo al sentir sus palabras cortarme el alma. Sé que decirlas le hiere igual de profundamente, y por la mirada preocupada en su rostro, sé que espera que me aleje de él. Eso es lo que nunca he entendido del todo sobre él. Es el hombre más atractivo del mundo, exitoso, divertido, inteligente y encantador. Nunca ha tenido problemas para conseguir a la mujer que quería. Es una de las razones por las que siempre ha estado tan seguro de todo. Sin embargo, cuando se trata de mí, parece cuestionarlo todo. ¿Cuestionar esto, sin embargo? Me mata que la idea siquiera haya pasado por su mente. Incluso en su peor momento, no estoy segura de que alguna vez pueda convertirse en mi pesadilla. Me mostró amor cuando otras personas no lo hicieron. Me hizo sentir cuando nadie más pudo.

—La forma en que lo hiciste fue una locura. —Le puse una mano en la cara y me incorporé sobre mis rodillas para estar más cerca de él. El dolor se reflejó en sus ojos, y ni siquiera se molestó en disimularlo—. ¿Quieres saber una locura?

Él simplemente me mira fijamente, así que sigo adelante.

"Si hubieras aparecido esa noche, me hubieras besado así, te hubieras arrodillado y me hubieras propuesto matrimonio ahí mismo

delante de Wade, habría dicho que sí", le digo. Intenta apartar la mirada, pero la retengo con fuerza. "Creo que es una locura, pero por ti, *contigo* , haría lo que fuera".

—No, Lyla. No te merezco —dice con voz áspera y me rasga las entrañas—. No.

Me inclino y lo beso suavemente, apartando las manos de su rostro y separándome al ponerme de pie. Inclina la cabeza para mirarme, cerrando los ojos cuando le paso los dedos por el pelo. Cuando tardo demasiado en hablar, abre los ojos. Me muerdo la lengua para evitar que se me vuelvan a salir lágrimas. ¡Maldita terapia! Me inclino un poco para que quedemos a la altura de los ojos.

—Jamás podrías ser mi pesadilla, Lachlan Duke. —Me enderecé y esperé a que me prestara atención—. Te amo más de lo que odio a cualquier cosa.

Sus labios se abren como si estuviera completamente impactado por mi confesión, lo que me hace sonreír. Me mira fijamente, con los ojos fijos en mi rostro, como si intentara catalogar mis rasgos o memorizar este momento. Después de lo que parece una eternidad, se levanta y me levanta del suelo. Una vez que lo rodeo con mis brazos y piernas, vuelve a sentarse y levanta las manos para apartarme el pelo de la cara.

“Te amo tanto que me duele físicamente”, dice con la voz ronca mientras agarra mi mano derecha y la coloca sobre su corazón que late rápidamente.

Sus palabras me provocan una sensación de mariposas en el estómago. Se extienden por el pecho, las orejas, los dedos de los pies. Nuestros labios se encuentran en un beso que empieza lento pero se vuelve frenético, con las manos en el pelo del otro y los dientes rozándose los labios. Nos besamos como antes: con todo lo que tenemos para dar. Con todo lo que teníamos antes de creer que lo habíamos perdido. Cuando me separo, ambos respiramos agitadamente.

—Deberíamos casarnos —susurro—. Lo digo en serio. Quiero, pero tengo algunas condiciones.

“Lo que sea”, susurra, buscándome a los ojos.

“No puedes dejar el hockey”.

Soltó una breve carcajada y negó con la cabeza. «Claro, esto es lo que pides».

—Lo digo en serio. No puedo vivir conmigo mismo si renuncias.

—Lyla James —gime, agarrándome la cara por ambos lados y dándome un beso intenso en los labios—. ¿Por qué eres tan difícil?

—Porque te amo más que a nada. —Le agarro la cara por ambos lados y veo cómo sus ojos se oscurecen ante mis palabras. Bajo las manos y me muerdo el labio un segundo para contener la emoción—. Que no juegues me duele mucho, Lach.

—Joder. No digas eso. —Cierra los ojos y exhala, mientras me quita las manos de la cara—. Firmé un contrato. No creo que pueda echarme atrás.

—Si Henry te quiere de verdad, lo entenderá. —Le lanzo una mirada dura—. Dile que se lo ponga fácil. Volverás en un par de años.

"¿Ponerle un alfiler?" Sus cejas se levantan, sus ojos bailan.

"Sí, a los viejos blancos y ricos les encanta decir ese tipo de cosas".

Él se echa a reír a carcajadas, haciéndome imposible no reírme con él.

Sus labios se curvan en una sonrisa sensual. "Eres mi persona favorita en el mundo, ¿lo sabes?"

—Bien, porque eres mía —digo—. Me ayuda que seas una de las pocas personas en el mundo a las que realmente soporto.

Él echa la cabeza hacia atrás riendo.

Le beso el cuello antes de que me mire de nuevo. "¿Aceptas mi condición?"

—No sé qué equipos están buscando ahora mismo. —Levanta una mano y me roza el labio inferior con el pulgar. Siento mariposas en el estómago al instante, pero las controlo. Intenta distraerme.

—Tu agente puede conseguirte un contrato con el equipo que quieras —le digo—. Y si no, que se vaya al carajo. Lo haré yo mismo.

Él sonríe. "Me encanta cuando te pones arrogante".

—Lach. —Lo miro con seriedad.

"Lo haré lo mejor que pueda, ¿de acuerdo?", pregunta. "Tú eres quien debería jugar como profesional".

—No. —Niego con la cabeza y sonrío.

"Bueno, vamos a tener que dejar eso pendiente", dice, con los ojos bailando.

Pongo los ojos en blanco. "¿Qué hacemos? ¿Concertamos una cita en el juzgado para la semana que viene o algo así?"

—Creo que debería proponerle matrimonio primero, ¿no crees?

Mi corazón se acelera. "O sea... es lo mínimo que puedes hacer, ¿no?", susurro.

Me besa. "¿Te vas a enojar si te digo que te compré un anillo?"

Me aparto para mirarlo. "¿Cuándo me compraste un anillo?"

"No voy a responder a eso", dice, y me doy cuenta de que ya hace tiempo que lo tiene.

"Estás completamente loco, ¿lo sabes?"

Un par de personas han comentado que podría serlo. Me besa de nuevo, se levanta y me lleva a su habitación. Pero solo cuando se trata de ti.

CAPÍTULO 47

Lyla

Él me lleva hasta la cama y se aleja de mí mientras me sienta en el borde.

—No te muevas —dice mientras se gira y desaparece dentro del armario.

Estoy a punto de preguntarle qué hace cuando veo una cajita de terciopelo negro en su mano. Mis ojos, abiertos como platos, se dirigen a los suyos, a la caja y de nuevo a los suyos. No dice nada, pero la diversión en sus ojos es inconfundible. Se me acelera el pulso. ¡Dios mío!, de verdad me va a proponer matrimonio. Me lo dijo, pero no esperaba que fuera *justo. Ahora* ... Siento ganas de vomitar. Me tiemblan las manos cuando llega y se arrodilla sobre una rodilla. Ay, mierda. No estoy *preparada* para esto. Lo deseaba, lo *deseo* , pero no esperaba sentirme tan nerviosa. Es Lachlan, por Dios. Pero esa es la cuestión. Es Lachlan. No me fío de mí misma para quedarme callada ahora mismo. No puedo. Pone una mano sobre mi rodilla, que no para de moverse.

Él me mira a los ojos, pero mantiene la caja cerrada.

—Creo que se supone que debes abrirlo —susurro, mientras mi corazón late con fuerza.

Me mira fijamente. "¿No puedes?"

—Vale, pero no me parece justo que no lleves camiseta mientras haces esto —le digo—. Tienes una ventaja injusta.

"¿En serio?" Ladea la cabeza. "No llevas pantalones. He estado excitado desde que saliste, y no me oyes quejarme."

—De acuerdo. —Reprimo una sonrisa—. Continúa.

“Créelo o no, tenía algo planeado, pero hace tiempo que no lo ensaya”, dice, riendo al verme abrir los ojos como platos. ¿ *Hace tiempo?* “Desde el día que te conocí…” Niega con la cabeza y se ríe a carcajadas, haciéndome sonreír aunque estoy casi segura de que se ríe a mi costa. Se aclara la garganta y se pone serio.

Captaste mi atención en cuanto te conocí. Creo que me enamoré de ti esa noche, de pie contra esa pared, sin darme cuenta. Nunca había perseguido a nadie antes de que llegaras. Te perseguí como solo voy tras un maldito disco de hockey, y no me arrepiento. Te perseguiré para siempre, por todo el mundo si es necesario, pero espero que no me obligues. Quédate conmigo para siempre, Lyla James. Cásate conmigo.

Me muerdo el labio con fuerza para no llorar. Por fin, por fin, abre la caja y me quedo boquiabierta. No tenía ni idea de qué me esperaba, pero... ¡Madre mía! Se me rompe el corazón y las lágrimas empiezan a caer a borbotones. Me cubro la cara con las manos.

—Dios mío. ¿Qué es este anillo? —susurro con voz ronca, secándome las lágrimas rápidamente, y miro el anillo mientras se me

hace un nudo en la garganta.

“Es un diamante negro moteado, para tu pequeño corazón negro”, dice sonriendo mientras lo saca de la caja y lo desliza en mi dedo anular.

—Mierda —susurro de nuevo, mi labio inferior tiembla mientras se forman más lágrimas.

No sé si el anillo es de oro blanco, plata o platino. En el centro hay una enorme piedra redonda. No es completamente negra. Es moteada, como él dijo, y se asienta sobre un halo precioso, cubierto de diamantes regulares que contrastan con el del centro. No solo es el anillo más bonito que he visto en mi vida, sino también la dedicación que le puse. Mi corazón se encoge de nuevo. Más lágrimas corren por mi rostro. El hecho de que haya elegido algo tan inusualmente perfecto para mí... Niego con la cabeza y trago saliva con fuerza, secándome más lágrimas.

—Lo sé. —Me guiña el ojo con esa sonrisa arrogante—. Lo hice bien, ¿verdad?

“No lo odio”, susurro.

Se queda boquiabierto un segundo antes de levantarse y tirarme a la cama. Entre risas, logro decir: «Es broma. Lo hiciste genial. Me encanta. Me encanta. Para».

—No dijiste que sí. —Se aparta y me mira, serio otra vez, mientras nos sienta a ambos.

Me río. "¿Me dejarías decir que no?"

“Por supuesto que lo haría, pero simplemente te agotaría hasta que dijeras que sí”.

—Te das cuenta de que no preguntaste, ¿verdad? —Levanto una ceja.

—Lyla —gruñe, cerrando los ojos.

—Lach —digo en voz baja, llevándole las manos a la cara. Espero a que abra los ojos—. Pregúntame.

Me mira un buen rato, respira hondo y suelta: "¿Quieres casarte conmigo, Lyla James?".

—Sí. —Sonrío ampliamente, dedicándole la sonrisa que una vez me dijo que quería tener—. Y me quedaré contigo para siempre. Y para siempre. Y para siempre.

Su rostro es una mezcla de alivio y asombro mientras me mira fijamente antes de agarrarme la cara y besarme profundamente. Caemos de nuevo en la cama y nos separamos para recuperar el aliento.

"Nos casamos mañana", dice. "Aquí. Llamaremos a Marissa y Prescott y les diremos que vengan".

—Para nada. Solo me casaré una vez y quiero hacerlo bien.

Sus ojos se abren de par en par. "No me vas a hacer esperar un año entero, ¿verdad?"

—No —me río al ver su cara de horror—. Aunque quizá una semana entera.

Él frunce el ceño. "No me gusta".

Lo haremos cuando volvamos de Fairview. Solo necesito unos días antes de...

—No. ¡Ni hablar! —Se aparta—. No vas a Fairview.

"¿Sigues yendo?", pregunto, con el corazón latiendo más fuerte por diferentes razones. Sabía que esto iba a pasar. Lo sabía, maldita sea.

—Sí, pero no quiero que te acerques a él. No quiero que estés ahí.

—No te vayas sin mí —le digo—. Me voy.

“Lyla.”

Entrecierro los ojos. Parece no entender que quizá sea la única persona que pueda protegerlo. No sé cómo, pero sé que si no estoy allí, pasará una de dos cosas: matará a Jameson o Jameson lo matará a él. No hay forma de que se vaya sin mí.

“De todos modos tengo que recoger mis cosas de la casa de mi papá”, digo.

—Te los traeré. —Sus ojos brillan—. No te vas.

Lo miro fijamente. «Si te vas sin mí, rescindiré el contrato. Pediré el divorcio, si es necesario, para anularlo. No bromeo».

—¡Dios mío, mujer! —Abre los ojos como platos y me atrae hacia su pecho—. Ni siquiera nos hemos casado.

Te lo prometo, esta es la única vez que te amenazaré con eso. No puedo dejarte ir solo, Lach. Por favor.

Gime profundamente. "Solo quiero cuidarte, maldita sea".

—Bueno, soy yo cuidándote. —Le beso la clavícula—. Te quiero demasiado como para perderte.

Gruñe profundamente y me besa. Nos quedamos en la cama una hora más, celebrando nuestro compromiso.

CAPÍTULO 48

Lyla

Quedamos en vernos en Duke Tech para ver el lugar y después almorzar con sus padres. Mientras tanto, les envío a Marissa y Prescott una foto del anillo. Recibo el mensaje genérico de Prescott: fuera de la ciudad por negocios, mala recepción, deja un mensaje o llama a la oficina. Marissa me llama por video inmediatamente.

—¿Qué? —grita, mirándome fijamente—. ¿Qué? ¿Qué? ¿Qué? ¡Dios mío!

Me río. "Obviamente, dije que sí".

—Joder. Obviamente —susurra—. Déjame verlo otra vez. ¡Madre mía, Lyles! ¡Qué bien lo hizo!

—Lo sé. —Sonrío ampliamente mientras miro el anillo en mi dedo.

¿Cómo te lo propuso? ¿Te lo propuso? Lo mataré si no lo hizo.

—Se arrodilló y me propuso matrimonio. —Suspiro con satisfacción—. Fue precioso.

Sonríe de oreja a oreja y suelta un gritito. "¿Cuándo es la boda? Seguro que Lach quería que fuera cinco minutos después de pedirle matrimonio".

Me río. "Le dije que teníamos que esperar una semana".

"¿Para ponerlo todo en orden?", pregunta. "¿Lo harás en un lugar o solo en el juzgado?"

"Voy a intentar buscar un local pequeño", le digo. Sonríe. "Sé que con una semana es poco tiempo, pero solo necesito que estén tú y Prescott allí".

"Bueno, claro", me dice con sarcasmo, y levanta la vista para sonreírle a quien le esté dando el batido. "Soy la dama de honor".

“Obviamente.” Me río.

"¿Eso significa que ya no vas a Fairview?", pregunta ella, con ojos serios mientras busca en mi rostro.

Suspiro. "Tengo que hacerlo, Mar."

"Ojalá no lo hicieras", susurra.

“No podemos seguir viviendo así”, le señalo entre los dos, porque ella está tan afectada por esto como yo.

Ella asiente, la preocupación grabada en su rostro.

—Todo irá bien —digo, respirando hondo—. ¿Press sigue tomando el vuelo nocturno de vuelta a Nueva York?

“Creo que sí”, dice ella frunciendo el ceño.

"Supongo que tendré que decírselo mañana", digo, mirando el armario. "En fin, te dejo ir. Quedo con Lach en la oficina y luego almorzamos con sus padres. ¡Y ni siquiera me he vestido!

—La oficina —dice Marissa con los ojos como platos—. No puedo creer que vaya a una oficina de verdad.

—Lo sé. —Bajo la mano y miro al suelo—. Lo odio. De verdad que lo odio.

¿Crees que volverá al hockey?

Estoy intentando convencerlo. No creo poder vivir conmigo mismo sabiendo que renunció por mi culpa y se quedó estancado en un trabajo de oficina, sin importar cuánto dinero gane.

"No creo que debas sentirte culpable, Lyles", dice ella, caminando por la trastienda. "Si la situación cambiara y dejaras el fútbol para encontrarlo, ¿lo odiarías?"

Claro que no, pero dejé el fútbol. Esto es diferente.

"¿Lo odiarías si te hiciera abandonar el fútbol o tu carrera en medicina deportiva?"

"Él no haría eso."

Suspira profundamente y se detiene, lanzándome una mirada. "Solo responde la maldita pregunta que sabes que te estoy haciendo".

—No —digo con franqueza—. Daría cualquier cosa por él.

—Ahora, multiplica eso por diez. Así de mucho te ama ese hombre —dice ella—. No te castigues por ello.

"Voy a ponerlo de nuevo en el hielo".

"Bueno, está bien, entonces usaste tu tono serio en esa ocasión, así que te creo", dice ella sonriendo.

Me levanto y empiezo a caminar hacia el armario. "Dios mío, necesito un vestido de novia".

—Empezaré a buscar —chilló, sonriendo de oreja a oreja—. Te quiero. Adiós.

Me río y cuelgo. No me cabe duda de que va a mirar todos los vestidos de novia que haya a mi alcance.

Marissa me envía un puñado de enlaces de vestidos de novia para que los mire, lo que me hizo perder el control de las bodas. Tendremos una boda muy íntima con pocos invitados, así que una semana debería ser más que suficiente. Guardo los vestidos que me gustan. Como es la cuenta de Marissa, estoy segura de que los revisará y me escribirá su opinión pronto. Debería estar preparándome, pero en lugar de eso, estoy viendo videos de bodas pequeñas. En todos sale el padre acompañando a la novia al altar. He estado tan enfadada con mi padre por tantas cosas que no me imagino invitándolo a la boda, y mucho menos a acompañarme al altar. Debo admitir que duele un poco. Intento recordar cómo éramos antes del accidente y no se me ocurre nada. Sé que tengo buenos recuerdos de él, pero es como si la persona

en la que se convirtió después del accidente hubiera borrado al hombre que era antes. Para mí, Prescott es la única opción. Ha estado ahí para mí desde que tengo memoria, y su amistad y amor nunca flaquearon. Durante nuestros dos primeros años de universidad, ambos estuvimos ocupados con diferentes cosas y no teníamos tiempo el uno para el otro, pero después del accidente, estuvo ahí para mí tanto como pudo. Tanto como yo lo permití.

Salgo y me visto rápido. Casi todo mi armario es de tonos claros u oscuros. El único color que me gusta es el que Marissa me obliga a comprar "por si acaso". Hoy, me visto de negro y me pongo mi abrigo beige oscuro. Lo único que dudo son los zapatos. Definitivamente voy a ponerme zapatos planos. No sé si me apetece ponerme mocasines negros o Converse negras de caña alta. Me quedo con las zapatillas, con la esperanza de que comamos una pizza de masa gruesa en lugar de acabar en un restaurante elegante.

Al salir de la habitación, encuentro a Ronnie todavía sentado en el sofá, viendo la misma película que estaba viendo antes. Parece una película conmovedora, y no me la imagino eligiendo algo así. La apaga y se levanta al verme.

“¿Ya lloraste?”, pregunto mientras nos dirigimos a la puerta.

Se ríe. "No, pero casi lo hice un par de veces".

Niego con la cabeza, riendo mientras caminamos hacia el ascensor. Hablamos de películas, y me cuenta cómo acabó trabajando en Duke y cuánto lo disfruta mucho más que en la empresa de seguridad en la que trabajaba. Le cuento sobre la facultad de medicina y cómo quiero que Lach vuelva al hielo, en lo que está de acuerdo. El trayecto solo dura diez minutos, pero para cuando aparcamos, siento que nos conocemos, lo cual es genial, ya que parece que se queda por ahora.

De vuelta en Duke, tomamos el ascensor hasta el piso de Lachlan, y Ronnie nos guía hasta su oficina. Es un espacio enorme. Tiene una secretaria que tiene su propio espacio enorme frente a dos grandes puertas que dan a su oficina. Saludamos a la secretaria, que parece saber quién soy y me dice que pase directamente. Ronnie sigue hablándole mientras abro la puerta de la oficina de Lach. Me quedo boquiabierta en cuanto entro y cierro la puerta tras de mí. Es... mierda. No sé si sería más productiva o menos, con esa vista de la ciudad de fondo. La habitación en sí es tres veces más grande que mi oficina: con una estantería, sofás, un escritorio grande y dos sillas frente a la suya. Sentado detrás del escritorio está Lachlan, con una pinta increíble con su impecable camisa blanca y corbata azul, observándome mientras lo

asimilábamos todo. Acorto la distancia entre nosotros y me coloco entre sus piernas.

"Te ves tan jodidamente hermosa", dice con voz ronca cuando sus ardientes ojos verdes alcanzan los míos.

Qué curioso. Estaba pensando lo mismo de ti. Sonrío mientras lo agarro de la corbata para besarlo. Me jala y me acomoda, así que estoy a horcajadas sobre él.

Me balanceo contra él mientras nos besamos y jadeamos. "Lach".

"¿Qué? Se me pone duro solo de pensar en ti", dice, mientras me quita la camiseta y desliza sus grandes manos por debajo, deteniéndose justo debajo de mi sujetador. Vuelvo a apretar las caderas, necesitando su presión. Suelta un suspiro, apretando mis costillas con fuerza. "Y luego apareces en mi oficina con este aspecto".

“Ni siquiera llevo nada ajustado”. Pongo los ojos en blanco y sonrío mientras me separo.

Me dedica una de sus sensuales sonrisas torcidas. "¿No recuerdas cómo te vestías cuando me enamoré de ti?"

—Bien dicho. —Hundo los dedos en su espeso cabello y lo beso de nuevo. Gime al profundizar el beso y exhala con fuerza al apartarse.

—Joder, te deseo. —Me besa la mandíbula y luego el cuello—. Deberías haberte puesto falda.

"Deberíamos ir a almorzar con tu familia pronto", le recuerdo con voz entrecortada.

—Pueden esperar. Te necesito. —Me levanta de encima, prácticamente corre hacia la puerta, la cierra con llave y se desabrocha el cinturón mientras regresa a su silla.

Me toma más tiempo del que quisiera quitarme las zapatillas, ya que son de caña alta. Me quito los calcetines y empiezo a bajarme los pantalones mientras él se reclina en su silla y me observa. Se muerde el labio, sus ojos arden al recorrer mi cuerpo. Cuando los vuelve a mirar, siento el fuego en ellos, en mi interior. Sus manos me agarran los muslos cuando termino de desnudarme de cintura para abajo. Me atrae hacia él, apretándome contra su cara y lamiéndome entre las piernas.

—Oh, joder. —Tiemblo, hundiendo los dedos en su pelo—. No tenemos tiempo para eso.

Gruñe y me deja alejarme, mientras sigue ajustándose el cinturón y los pantalones. Respiré con dificultad al observarlo. Llevaba los pantalones hasta los tobillos, pero se dejaba los bóxers puestos. Mis ojos se encontraron con los suyos.

—Sácame la polla —dice con la voz ronca.

Mi corazón late con fuerza mientras me inclino y hago lo que me dice. Me encanta cuando me dice eso. Él también lo sabe, por cómo sus ojos se oscurecen aún más ante lo que encuentra en los míos. Levanta las caderas para que pueda bajarle los bóxers por las piernas hasta los

pantalones. Lo lamo desde los huevos hasta la punta, y él gime profundamente, agarrándome la nuca y apartándome.

"No tenemos tiempo para eso", dice sonriendo.

Resoplé y me giré, mirando hacia la ciudad.

—Mierda —susurra—. Ojalá pudiera fotografiar esta vista.

Sonrío mientras me acomodo y me inclino sobre él. Ambos gemimos mientras su pene me penetra lentamente. Me muerdo el labio con fuerza para no gritar, mientras sus dedos se clavan en mi cintura cuando estoy casi sentada.

"Joder, joder, joder", dice con una respiración entrecortada.

Cuando llegó al límite, dejé caer la cabeza hacia atrás y solté un fuerte gemido mientras empezaba a cabalgarlo lentamente. Me rodeó con un brazo. Jadeé con fuerza cuando deslizó la mano por debajo de mi camisa y empezó a jugar con mis pezones, mientras me movía.

"Estás buenísima", me dice al oído. "Qué bueno que me estés follando así en mi oficina".

Se me encoge el estómago. Sus palabras me impulsan a acelerar un poco y empiezo a montarlo más fuerte, más rápido.

—Oh Dios... oh Dios... mierda santa, Lach —susurro.

—Lo sé, cariño —gruñe, apretando su cara contra mi cuello—. Te sientes tan bien. Tan bien. Date la vuelta.

Sigo cabalgándolo, con los ojos en blanco, demasiado absorta en lo que siente dentro de mí como para acceder a su petición. Retira la mano de debajo de mi camisa y me da una nalgada fuerte. Inhalo profundamente y arqueo la espalda, pero sigo.

—Ahora —dice apretando los dientes, apretándome el trasero—. Súbete a mi escritorio.

Me estremezco, levantándome lentamente hasta que sale de mí. Miro su escritorio. No está lleno de papeles, pero tampoco está vacío. Miro los sofás de la esquina y me pregunto si quizás deberíamos ir allí.

"Ya llegaremos", dice con voz ronca. "Hoy te quiero en mi escritorio".

"¿Cómo me quieres?", pregunto, inclinándome sobre su escritorio y meneando el trasero mientras lo miro.

Sus ojos se oscurecen al observarme. Los cierra y respira hondo antes de pararse entre mis piernas. Me agarro al otro borde del escritorio, de modo que quedo completamente extendida sobre él. Enrolla mi cabello en su mano, haciendo que mi pecho se despegue del escritorio, y me penetra lentamente. Apoyo las manos en el escritorio y me empujo hacia él.

—Dios mío —murmura en voz baja mientras me suelta el pelo.

Me empuja la espalda hasta que vuelvo a quedar boca abajo y empieza a follarme tan profundo y fuerte que todo lo que sale de mi boca se vuelve incoherente. Siento que la presión aumenta, pero se detiene de repente y se retira.

—No —comienzo, pero él me levanta y me da vuelta para que quede boca arriba, levanta mis piernas mientras las separa y me empuja con suficiente fuerza para sacarme el orgasmo que estaba a punto de alcanzar.

Sigue follándome hasta que estoy cerca de otro, presionando su pulgar contra mi clítoris mientras me observa la cara. Me embiste tres veces más, y ambos nos desbordamos. No puedo respirar. No sé cómo vuelvo a poner los pies en el suelo, pero Lach me envuelve en sus brazos mientras recuperamos el aliento.

“Me gusta tu oficina”, digo en voz baja.

Se ríe de mí. "Me gusta tenerte en mi oficina".

CAPÍTULO 49

Lyla

Cuando por fin salimos de su oficina, me toma de la mano y me presenta a todos los de su piso. Hace lo mismo en cada piso del edificio que visita, incluyendo el de Liam. Cuando llegamos a Liam y nos ve tomados de la mano con una sonrisa, sonríe.

"Por fin." Mira mi mano izquierda y me acerco para enseñarle el anillo. "Oh, créeme, lo he visto tantas veces que no puedo contarlo."

Me río, negando con la cabeza. Lachlan refunfuña algo. Y Liam sonríe y me explica lo que hace. No puede explicar mucho sin entrar en detalles, pero aun así suena a locura. Nos despedimos de él y le decimos que lo veremos abajo para almorzar juntos, y Lachlan no deja de guiarme por el departamento de seguridad.

“Este lugar es una locura”, susurro-grito, para no molestar a todos con sus computadoras.

“No tienes idea”, dice, tirando de mi mano y llevándome por otro largo pasillo.

Se detiene frente a una puerta y llama. Al otro lado, oigo una voz familiar que nos da permiso para entrar.

Ay, Dios mío. Intento no reírme cuando veo a Sean sentado detrás del escritorio. Arquea una ceja al vernos y se ríe mientras se levanta y rodea el escritorio. Me imagino lo que estará pensando, ya que le dije que *quizá* conozca al maldito Lachlan Duke. Solté la mano de Lach y esperé a que Sean nos saludara como es debido, porque eso es lo que parece que quiere hacer.

—Señor Duke, siempre es un placer —dice, estrechando la mano de Lach.

—Igualmente —dice Lach—. Le estoy mostrando el edificio —añade—. Ella es Lyla, mi prometida y futura esposa.

Mis ojos se dirigen a Lach y tengo que contener la risa ante la travesura que hay en ellos.

—Nos conocimos. Me alegra verte de nuevo, Lyla. —Sean sonríe mientras me toma la mano.

“Tú también.” Sonrío, bajando mi mano.

—Entonces, ¿supongo que esto significa que tuviste éxito? —Sus ojos brillan mientras pregunta.

—Dios, no. Ya te lo dije, eso no va a pasar. —Me río. Él ríe más fuerte. Lachlan frunce el ceño.

—Bueno, felicidades —dice mirándome a mí y luego a Lach—. ¡Qué buena te has ganado!

—Créeme, lo sé. —Lach me atrae hacia su lado.

Hablamos un poco más antes de salir de su oficina.

—Eres tan obvio, Lachlan Duke —digo riendo mientras miro su rostro cuando llegamos al ascensor.

—No tengo ni idea de qué hablas. —Sus labios se curvan ligeramente al pulsar el botón—. ¿De qué iba eso? —pregunta—. Esa pequeña broma privada.

"¿Una broma privada?", le fruncí el ceño. "No tengo ni idea de qué estás hablando".

Entramos en el ascensor vacío y, tras pulsar el botón del vestíbulo, se acerca hasta tenerme contra la pared. Me da un vuelco el corazón cuando me levanta la barbilla para que pueda mirarlo a los ojos.

—Solo dime —dice en voz baja, llevando su mano a mi garganta, su pulgar sobre mi pulso mientras se inclina y me besa. Me estremezco contra él. Se aparta lentamente, escrutándome a los ojos.

“Le pedí que hackeara el cerebro de mi novio”, le digo.

"¿Qué?" Soltó una risa inesperada. "Deja que seas tú quien haga de esto el tema de tu charla informal".

"Es por eso que soy el más divertido en las fiestas", digo encogiéndome de hombros.

¿Qué dijo Sean sobre eso?

"Dijo que si hubiera podido hacer eso, quizá no se hubiera divorciado", respondo, riendo mientras salimos del ascensor. Lach niega con la cabeza y sigo hablando: "Le dije que de todas formas no querría hackear tu cerebro, porque me aterraría lo que encontrara".

"¿Qué crees que encontrarás?" Se gira hacia mí con una mirada divertida en su rostro y un brillo en sus ojos.

La verdad, no tengo ni idea. Probablemente por las redes sociales de la gente y en qué hospitales nacieron.

—No soy tan malo. —Se ríe, y se ríe más fuerte cuando lo miro fijamente—. Mi cerebro se sentiría como uno en uno de esos espejos de feria, donde te ves en todas partes.

—Esas cosas dan miedo —digo, levantando una ceja—. Lo cual prueba mi punto.

—No dije que no diera miedo ahí dentro. —Se encoge de hombros, todavía divertido—. Solo digo que ahí dentro solo te encontrarás a ti mismo.

“Y hockey”, respondo.

—Sí —asiente—. Pero sobre todo tú.

Ambos sonreimos cuando llegamos a sus padres y a Liam.

Después de comer, Lach y sus padres vuelven a la oficina, mientras yo me quedo en una coqueta cafetería enfrente. Estoy mirando todos los

enlaces de vestidos que me envió Marissa cuando veo su mensaje en la pantalla.

Marissa: ¿Viste esto? ¿No era este el evento al que asististe?

Hago clic en el enlace que me envió. Es un artículo sobre la fiesta benéfica a la que fuimos. En la primera foto, salen dos parejas, y al fondo, David Jameson, riendo con Mason. ¡Madre mía! Agarro el teléfono para que no se me resbale de las manos. Él estaba allí. El comentario de Mason me viene a la mente. Había dicho que era una reunión de Fairview. Pensé que se refería a porque yo estaba allí con Lachlan. No pensé... ¡Dios mío!

Sigo mirando el móvil cuando alguien se sienta delante de mí. Me quedo paralizado al ver la nube de cigarrillos que lo sigue y me llega a la nariz. Sigo mirando el móvil como si eso hiciera que esto fuera menos real. Sé que me ha estado siguiendo a todas partes, esperando su momento. ¿Cuánto tiempo? ¿Desde el evento benéfico? ¡Joder! Probablemente se mantenía a distancia, ya que Ronnie había estado conmigo todo el tiempo.

—Estás siendo muy grosera, Lyla —dice—. No se supone que ignores a tu propio padrino.

Mi corazón late con fuerza. Finalmente levanto la vista y me encuentro con sus fríos ojos azules. "¿Qué haces aquí?"

—Podría preguntarte lo mismo —dice—. Pero ya tengo una idea.

Su mano baja sobre la mía. Lo hace tan rápido que no tengo tiempo de reaccionar. Es mi mano derecha. No ha visto mi anillo. No ha visto mi izquierda. Debajo de la mesa, giro mi anillo para que el diamante quede oculto y cierro la mano. Intento soltar mi mano de debajo de la suya, pero me agarra con más fuerza. *Necesito gritar. Necesito gritar.* ¿Por qué no puedo gritar, carajo?

"¿No aprendiste la lección?", pregunta con un tono áspero, apretando tan fuerte que creo que me va a romper los huesos. "Supongo que tendré que mantenerte drogada hasta que termine contigo".

—Suéltame —digo, apenas audible. No conseguía alzar la voz.

—Eso no va a pasar —dice con calma mientras me suelta—. Te levantarás y me seguirás hasta atrás.

Niego con la cabeza. *¿Por qué no puedo gritar?* Miro a mi alrededor con los ojos abiertos, intentando llamar la atención de alguien, pero todos están con sus teléfonos y computadoras. ¡Joder!

—Si intentas alguna estupidez, esperaré afuera del edificio Duke o del apartamento hasta que tu noviecito se vaya —dice con los ojos entrecerrados—. ¿Es eso lo que quieres?

Me tiembla el labio. Niego con la cabeza y miro hacia afuera, respirando con más alivio al ver a Ronnie. Sin embargo, no entra. Está al teléfono, dando vueltas frente a las puertas. Como no me sale la voz, agito la mano izquierda como un loco, intentando llamar su atención.

De repente, Jameson me suelta la mano, se levanta mirándome fijamente y camina hacia la parte de atrás. Cuento hasta cinco, me levanto y corro hacia la puerta. Estoy segura de que la gente que toma sus cafés en silencio piensa que estoy loca, pero no dejo de correr hasta que salgo y me golpeo con la espalda musculosa de Ronnie. Se da la vuelta con el ceño fruncido y cuelga el teléfono al verme.

"¿Qué está sucediendo?"

Señalo la cafetería. Tiemblo mucho y no puedo hablar. Ronnie entra en acción. Lo sigo. No puedo quedarme sola en la acera ahora mismo. Miramos a nuestro alrededor, pero Jameson se ha ido. Así como así. Casi creo que lo imaginé, pero cuando entro en la camioneta, el olor a cigarrillo en mi mano me da náuseas, y sé que era real.

CAPÍTULO 50

Lyla

LACHLAN RESERVA UNA estancia de DOS NOCHES en un hotel elegante en Fairview con vistas al océano y a solo diez minutos en coche de la universidad. Tomamos dos todoterrenos —uno para nosotros y otro para el personal de seguridad— hasta un aeropuerto privado donde nos espera el jet privado del padre de Lach. Estoy demasiado nerviosa para comentar sobre las emisiones de carbono, aunque lo tengo en la punta de la lengua. De todas formas, no importaría. Es la forma más rápida de llegar y de irme. No se ha separado de mí desde que le conté lo ocurrido. Casi lo hago, porque no quería preocuparlo, pero no podía ocultárselo. No se lo he dicho a Marissa ni se lo voy a decir a Prescott. Cuando esto termine, lo haré, pero no quiero que más gente se preocupe por mí.

Por suerte, hablar de la boda nos tranquilizó y no ha vuelto a mencionar la cafetería. Su madre me está ayudando a planear una boda íntima, así que estoy consiguiendo la boda romántica que quería. Tenemos una idea para el lugar donde celebraremos la boda, y todo debería ir sobre ruedas, ya que será una boda de día. Al menos, eso dijo Valerie.

De camino al aeropuerto privado, saco mi teléfono y voy a Ajustes para enviarle un mensaje a Prescott sobre nuestro destino. Ya le envié fotos de mi anillo, así que no me sorprende que reciba mensajes suyos cuando mi teléfono vuelva a funcionar.

Prescott: ¡¿Qué carajo?!

Prescott: LLÁMAME AHORA

"¿Por qué siempre lo pones en modo avión?", pregunta Lach a mi lado.

“Porque de esa manera solo trato con la gente cuando así lo decido”.

Empieza a temblar contra mí, y al levantar la vista, lo encuentro riendo. Lo empujo con fuerza, y me rodea con un brazo y me atrae aún más. Mi teléfono suena al instante.

"¿Dijiste que sí o te obligó a decir que sí?", pregunta Pres a modo de saludo. Lachlan emite un sonido de desaprobación, pero por lo demás permanece callado.

" *Decidí* decir que sí", dije. "Y elijo *ir* a Fairview ahora mismo".

“¿Le contaste todo?”

"Sí."

—Lyles, no deberías volver allí.

—Tendremos seguridad. Todo irá bien —digo—. Además, no recogí mis cosas. Incluso dejé mi maldito trofeo Hermann.

“¿Y qué exactamente vais a hacer cuando lleguéis allí?”

"No lo sé todavía."

Pres suspira en la línea. "¿Te das cuenta de que Lachlan va a asesinarlo, verdad?"

—No lo hará. Yo...

—Lyla, escúchame —interrumpe Pres—. Si le contaras todo lo que te pasó y le mostraras las fotos que tomamos en el hospital, Lachlan cometería un asesinato. Te lo aseguro. Lo mataría y acabaría en la cárcel.

Abrí los ojos de par en par. Me mordí la mejilla y miré por la ventana. ¡Mierda! Lach no sabe nada de las fotos, y después de lo de ayer, esperaba que no se enterara hasta que Jameson estuviera encerrado y volviéramos a Chicago. Sé que oyó lo que dijo Prescott, así que que esté completamente callado no es buena señal. Sé que la preocupación de Prescott no es en vano, lo cual me aterra.

"Te mantendré al tanto de lo que pase", le digo. "Nos casamos el próximo sábado en Chicago. ¿Puedes venir? Sé que es de última hora, pero..."

“Por supuesto que estaré allí”, dice antes de que pueda terminar de hablar.

"¿Me acompañas al altar?", pregunto, mordiéndome el labio para contener la emoción. Esto es muy importante para mí. Estoy segura de que lo es para la mayoría de las novias que tienen una boda ceremonial, incluso una tan poco convencional como esta.

“¿Presidente?”

—Joder. —Se aclara la garganta—. Claro que sí, te acompaño al altar.

—Gracias —sonrío—. Te mantendré al tanto de lo que pase.

“Por favor, no le dejes hacer algo por lo que pueda ir a la cárcel”.

—No lo haré. —Cuelgo, pongo el teléfono en mi regazo y miro a Lachlan, cuya mandíbula ya está temblando.

—No me enseñaste ninguna foto. —Me mira, con la rabia apenas contenida en los ojos. *Mierda. Esto no va a acabar bien.*

—Lo que sabes ya es bastante malo. —Extiendo la mano y le acaricio la cara con el dorso; su barba incipiente me provoca un escalofrío. Normalmente, eso lo calma. Esta vez no.

"Necesito verlos."

—No vale la pena. —Bajo la mano—. Verlos solo te enojará aún más, y ya has alcanzado la ira de Hulk.

Eso lo hace detenerse un momento. "Sabes que solo revisaré tu teléfono".

“Ni siquiera tienes mi contraseña.”

Él levanta una ceja. "¿Quieres apostar?"

Suspiro. "Supongo que no debería sorprenderme".

—Dame tu teléfono. —Levanta la palma de la mano y espera.

"¿Y si tengo fotos de desnudos aquí?", pregunto para ganar tiempo, aunque probablemente esto lo enfade tanto como las fotos del ataque.

"¿Tú?"

—Quizás. —Me encojo de hombros—. ¿Y si un chico me envía fotos suyas y las tengo ahí?

—Entonces averiguaría dónde vive y le haría una visita. —Le tiembla la mandíbula—. Deja de joderme, Lyla. Déjame ver las fotos.

Agarro el teléfono en mi regazo, ignorando los agujeros que Lachlan me está haciendo en la cara. No es una batalla que quiera librar con él, pero ahora que Prescott me ha metido en la cabeza la idea de que Lach vaya a la cárcel, estoy aterrorizada. No sé qué pensé que pasaría. Sabía que querría darle una paliza a Jameson, pero matarlo nunca fue una opción. O sea, se me pasó por la cabeza un instante, pero no pensaba en serio que lo haría. Ahora, ya no estoy tan segura. Me giro hacia él, abrochándome el cinturón de seguridad para poder apoyar la rodilla en el asiento.

—Primero, necesito que te calmes. Respira hondo —le digo.

Me mira fijamente. "Enséñame las fotos".

“No si ya vas a ser así.”

Él me mira fijamente pero respira profundamente un par de veces.

Abro mi aplicación de fotos y hago clic en la carpeta donde las guardé. Le entrego el teléfono y miro las fotos mientras él las mira. Tengo la cara hinchada y amoratada, y la nariz rota desde que me las tomaron antes de que la normalizaran. El lado derecho de mi torso está cubierto de moretones morados de cuando me empujó al suelo, me pisó y me rompió una costilla. Tengo el brazo enyesado por la caída. Eso es todo, pero ¿qué más podría haber hecho aparte de matarme? Estoy completamente irreconocible. Cuando Lachlan me mira, la tristeza en sus ojos me parte el corazón.

—No lo hizo... —digo, sabiendo que lo entendería—. No me violó.

—Estabas solo —susurra—. Yo estaba en el hospital odiándote con todas mis fuerzas, y tú estabas pasando por esto solo. —Traga saliva con dificultad—. Joder. —Un segundo después, golpea el otro lado del asiento—. ¡Joder!

Le tomo la mano. "No estaba sola".

—No estaba allí, Lyla.

—No importa. Estoy bien. Los dos estamos bien. —Le aprieto la mano—. Necesito que me prometas que no lo matarás. No puedo permitir que acabes en la cárcel.

“No iré a la cárcel”

—Prométeme que no lo matarás —repito.

—No puedo —dice en voz baja, con la mirada preocupada—. No voy a hacerte una promesa que no estoy seguro de poder cumplir.

Me acerco lo más que puedo con la correa alrededor de la cintura. No sé si esta cosa servirá si tenemos un accidente, pero por alguna

tontería, creo que aún podría servir y no la rompo.

—No te digo que no le des una paliza —digo—. Te pido que no lo mates. Que me escuches cuando te diga que pares, y si no estoy ahí, que de alguna manera lo recuerdes.

“No sé si yo. . .”

—Si lo matas, te arrestarán. Incluso si nos vamos, te arrestarán. No importa que seas hijo de un multimillonario. Te arrestarán —digo—. Si no paras antes, no volveré a Chicago contigo.

Sus ojos se oscurecen. "Creí que dijiste que solo me amenazarías con eso una vez".

—No estamos casados —arqueo una ceja—. No me divorciaría de ti. Te dejaría.

"Y te encontraría", gruñe, acortando la distancia entre nosotros. "Te encontraría una y otra vez".

—No si estás en la cárcel —señalo con calma—. Si estás en la cárcel y me veo obligado a volver a Rodas y decidir en unos años que estoy harto de estar solo...

Él se burla. "Te encanta estar solo".

—Sí, pero si estás en la cárcel de por vida, dentro de unos años quizá quiera salir con alguien nuevo.

—Detente. —Me lanza una mirada de advertencia.

“Tal vez en unos años, querré tener un marido y algunos niños pequeños corriendo por nuestro patio y...”

—PARA. —Cierra los puños mientras cierra los ojos con fuerza—. Para, para, para, maldita sea. No lo mataré. Pararé cuando me lo pidas, cállate la boca.

—Está bien. Me detengo.

Abre los ojos, me clava una mirada furiosa y acerca su rostro al mío. «No *vuelvas* a meterme esos pensamientos en la cabeza», dice apretando los dientes.

“Nunca *me* hagas eso”, respondo con los ojos entrecerrados.

Sus ojos furiosos me buscan un momento, luego se recuesta y exhala profundamente. Se queda ahí sentado un par de segundos, con furia en el rostro, antes de empezar a reír. Lo miro fijamente, pensando que esta vez sí que se ha vuelto loco. Me mira un buen rato, como si no lo pudiera creer.

"Cada vez que creo tenerte, me superas de alguna manera", dice, con los ojos brillantes, aunque todavía está un poco enojado. "Un día de estos, Lyla James..."

Me muerdo el labio al recordar la última vez que me dijo eso. Dios, parece que fue hace una eternidad.

—Bueno, la última vez que dijiste eso, hiciste que me enamorara de ti, así que todo es posible. —Me encojo de hombros, sonriendo.

Me mira fijamente un buen rato y de alguna manera se calma. La ira se ha ido, la ansiedad se ha ido, todo. Se acerca a mí de nuevo, me

quita el cinturón de seguridad y me sienta en su regazo. Me besa. Un beso largo y suave, y cuando se aparta, me abraza más fuerte.

"No sé si hay algo más allá del amor, pero sea lo que sea, eso es lo que siento por ti", dice, con su aliento en mi frente. Me acurruco más contra él y disfruto del momento.

"Hola, Lach."

“¿Hmm?”

"Si tenemos un accidente de coche y el coche vuelca y cae al fondo de un precipicio, sabes que ambos moriremos, ¿verdad?", pregunto. Se aparta para observarme la cara mientras continúo. "O sufriremos lesiones graves y perderemos extremidades, y entonces..."

“Lyla James.”

"¿Qué?"

—Deja de hablar. —Me besa de nuevo y me hace olvidar lo que estaba diciendo.

CAPÍTULO 51

Lachlan

Se siente raro volver aquí con toda esta información. Solo puedo pensar en todas las formas en que quiero matar a Jameson. Quiero masacrarlo en pedazos. No lo haré, ahora que Lyla me metió la imagen de formar una familia con otro hombre. Cuando me amenazó con eso, pensé que podría morir ahí mismo, en el asiento trasero de la camioneta. Es un riesgo que no estoy dispuesto a correr. Sobre todo ahora que por fin, por fin, lleva el anillo de compromiso que le compré y ha aceptado casarse conmigo. Juro que este plan se complica a cada segundo. Al principio, iba a ser sencillo. Iba a usarla como cebo para atrapar al responsable. Ahora que estamos aquí, ojalá pudiera dejarla en la habitación del hotel con dos guardias de seguridad en la puerta, para evitar que saliera hasta que todo esto se resolviera. Lo consideré, pero no quiero saber qué haría si lo hiciera.

Dice que estoy loco, y quizá lo esté, pero esta mujer me aterra. Lo sepa o no, tiene mi corazón, mi vida, en sus manos. Miro por la ventana otra vez, con la vista fija en los altos edificios hacia los que nos dirigimos. Aunque creo que debería hacerlo mañana, insiste en ir a casa de su padre a recoger algunas cosas antes del almuerzo. No lo dice, pero creo que lo hace porque tiene menos oportunidades de verlo, ya que estará ocupado.

Decidimos ir primero al hotel. Es lo suficientemente temprano como para hacer ambas cosas antes del almuerzo de las tres. Envié la confirmación de asistencia para incluir a una invitada, pero nadie pensaría que es mi acompañante. No es que importe. Quería pillar a Jameson desprevenido, pero obviamente sabe de nosotros. ¡Joder! Me enfurece que haya aparecido, pero lo que más me molesta es que eso le confirma a Lyla que hizo bien en dejarme.

“Todavía me sorprende que papá no nos reciba en su casa”, dice a mi lado, mientras mira la invitación en mi teléfono.

“El año pasado tampoco lo hizo”.

Ella me mira. "¿Fuiste el año pasado?"

“No, pero recibí la invitación.”

“¿Fue en la escuela?”

“Sí”, digo.

"¿En serio?" Frunce el ceño y vuelve a mirar la invitación. "Y tampoco hay tema. Qué raro."

“Tal vez se cansó de los temas”.

Supongo que muchas cosas pueden cambiar en tres años. —Frunce los labios, sin dejar de mirarlo—. Dice formal. Supongo que con eso le basta. Todavía no puedo creer que no esté en casa.

—Es ese nuevo edificio de última generación en el que estaban trabajando antes de irnos —digo—. El de la piscina olímpica.

"Yo sé cuál."

“Probablemente quiera presumir.”

—Sí que lo haría. —Suelta una carcajada y me pasa el teléfono—. Su donación prácticamente lo construyó todo.

—Sí, bueno, tiene tu apellido —digo y miro por la ventana de enfrente.

Me pone una mano en el antebrazo y espera a que la mire. "¿Estás bien?"

—Sí. —La atraigo hacia mi lado para que no vea la mentira en mi cara.

No es que importe. Ella sabe que no estoy bien. Voy a tener que hacer un gran esfuerzo para no abalanzarme sobre él cuando lo vea. No porque me haya jodido, sino por las cosas horribles que le hizo a Lyla. Su obsesión con ella me está jodiendo de verdad. Puede que sea hipócrita, considerando todo esto, pero somos completamente diferentes. Él preferiría matarla antes que dejar que alguien más la tenga. Yo preferiría morir antes que vivir en un mundo sin ella.

Lyla deshace todo en cuanto nos instalamos en la suite. Normalmente dejo mis cosas en la maleta y solo saco lo que no quiero arrugar, pero incluso en un viaje tan corto, deshace las maletas como si se quedara aquí un mes. Me mira mientras cierra la cremallera de su maleta vacía y la guarda a un lado donde no moleste.

"¿Quieres que desempaque tus cosas?"

"¿Quieres?" Me divierte esto, pero la mirada en su rostro es tan seria que no quiero reír.

Me mira con los ojos entrecerrados, como si pudiera oír mis pensamientos, y agarra mi maleta. Ambas son de mano y no es que haya traído muchas cosas, así que no tardará mucho. La observo mientras empieza a poner mis cosas en la cama. Debería estar revisando los correos de mi padre y respondiendo al último de Lang. Le pregunté qué opciones tenía si tenía pruebas de que alguien saboteó el draft. No sé si conseguiré pruebas físicas, pero ahora que sé lo que pasó, necesito saber si puedo usarlas. Dependiendo de cómo vayan las cosas, podría. No quiero jugar para ninguno de los dos entrenadores, si son buenos amigos de Jameson.

No sé si podré volver a jugar por el acuerdo con mi padre. Me dejó muy claro que no podría rescindir el contrato una vez firmado. Me preocupa más el próximo paso de Lyla. Supongo que querrá quedarse en Rhodes y hacer su residencia de dos años en el polideportivo.

Preferiría que viajara conmigo, pero no puedo obligarla a dejarlo. Si tuviera que obligarla a hacer algo, sería a volver al campo y jugar profesionalmente. Pero no está abierta a esa idea, así que supongo que volverá allí y hará la residencia de dos años en el centro de Cooper, y seguirá trabajando con Wade cuando esté en la ciudad. Ni siquiera me molesta. Lo he superado.

Va a ser mi esposa, y tendrán que aceptar que nunca será suya. No es que hubiera existido la menor posibilidad de que eso sucediera, pero tenerla oficialmente deja todas esas preocupaciones a un lado. Rhodes es maja, pero si vuelvo a la pista, entre entrenamientos y partidos, tanto en casa como fuera, nunca nos veremos. Tendré que averiguarlo, pero la idea de no verla todos los días no me sienta bien. Los partidos fuera de casa son una cosa, e incluso eso va a ser un asco, pero quiero volver a casa con ella. Aunque solo sea para verla hacer cosas tan sencillas como esta. Sonrío mientras dobla mi ropa interior y la guarda en un cajón. Hace lo mismo con mi camiseta y luego cuelga el traje que llevaré junto al sexy vestido de seda verde oscuro que se pondrá ella. Ni siquiera se lo he visto puesto, y ya quiero arrancárselo.

“Esto es muy doméstico de tu parte.”

Ella me mira desde el armario. "No te pongas demasiado cómoda. Lavarás la ropa".

—No me importa lavar la ropa. —Sonrío, estirando las piernas y entrelazando los dedos tras la cabeza. La mirada de Lyla se calienta mientras me recorre lentamente. Joder. Bajo los brazos y le pido con la mano que se acerque. —Ven aquí.

Cierra la puerta del armario y se mueve hasta quedar entre mis piernas. Sus manos descansan sobre mis hombros mientras se sienta a horcajadas sobre mí. Se siente tan bien en mis brazos. Tan perfecta. No sé si alguna vez me acostumbraré a que sea oficialmente mía para siempre, pero tengo ganas de demostrarle cuánto la quiero cada maldito día. Levanta la mirada de mi pecho y yo la miro fijamente a esos ojos marrones que me debilitan. La incertidumbre en ellos me mata.

—Tengo miedo. —Los cierra y pone su frente contra la mía.

Suspiro profundamente y me incorporo, rodeándola con mis brazos. "Lo sé, cariño".

"No quiero que vuelvas a sufrir daño por mi culpa", susurra.

Claro, eso es lo que le preocupa. No recuerdo la última vez que recé. Hace tiempo que perdí la fe, pero haber tenido la suerte de conquistar a esta mujer dos veces me hace cuestionar mis creencias. Sé que no la merezco. Pero nadie la merece, así que si alguien la va a tener, seré yo.

—No te preocupes por mí —digo después de un momento—. Mientras estés ileso, estaré bien.

—Lach. —Se aparta y me mira un buen rato—. Moriría sin ti.

Se me encoge el corazón. "¿Sí?". Le meto las manos bajo la camisa y las coloco en su cintura. "¿No te escaparías y te casarías con otro hombre?". Me inclino y la beso de nuevo. Sonríe contra mi boca.

"Tal vez, tal vez no", susurra mientras se aleja, con una chispa de travesura en sus ojos.

Oh, ella quiere jugar. Me quedo con esto antes que con su incertidumbre.

—Quizás, ¿eh? —Me levanto con ella en brazos y la pongo de pie. Le toco la barbilla para que me mire—. Desnúdate.

Sus ojos se abren un poco, pero da un paso atrás y comienza a quitarse todo lentamente, sosteniendo mi mirada todo el tiempo. He estado duro desde que me dio esa mirada desde el armario, pero estaba tratando de contenerme, desde que me dijo que estaba asustada. Ahora, estoy tan duro que duele, pero sigo conteniéndome y sigo observándola. Cuando está completamente desnuda, dejo que mis ojos vaguen por su cuerpo perfecto y camino detrás de ella para hacer lo mismo con su espalda. Agarro su trasero y luego lo abofeteo, haciéndola jadear, y me paro a ras de su espalda. Su respiración se acelera cuando me inclino y llovo besos desde su cuello hasta su hombro. Me encanta que todo lo que le hago la afecte. Deslizo mis brazos debajo de los suyos y pellizco sus pezones, haciendo que su cabeza caiga hacia atrás en un gemido. Ella gime de nuevo cuando froto mi polla, todavía en mis pantalones de vestir, contra su trasero desnudo. Mis manos dejan sus pechos y vagan por su cuerpo.

“¿Tal vez?”, pregunto cuando llego a su montículo.

Ella jadea de nuevo. "Quizás. Quizás no."

"Ay, nena", digo en voz baja mientras deslizo la mano entre sus piernas y mis dedos rozan su coño ya húmedo. Joder. Necesito concentrarme. Si no, la doblaré y la follaré ahora mismo. Sigo moviendo los dedos y no paro hasta llegar a la punta de su otro agujero. Intenta moverse contra mi mano, pero la abrazo con fuerza, impidiéndole usarme para correrse. Le muerdo la oreja. "¿Crees que otro hombre puede ponerte así de mojada con solo mirarte?"

—Lach. —Arquea la espalda, intentando que mueva la mano.

Lo dejo ahí, sonrío contra su sien y con la otra mano vuelvo a tocar sus pezones. Joder, es perfecta. «Dime lo que quiero oír».

"No lo sé. Quizás", dice, meneando un poco las caderas. Deslizo la mano y le meto un dedo en el coño. Respira hondo. "Dios mío, sí".

—¿Sí? —Me detengo—. ¿Puedes encontrar a otro hombre que te haga lo mismo que yo?

Ella gruñe, echando la cabeza hacia atrás. "Lachlan".

—Sabes lo que tienes que hacer. Solo di las palabras. —Añado otro dedo y empiezo a follársela con ambos. Joder, está tan mojada que necesito estar dentro de ella, pero quiero que ceda y me diga lo que quiero oír. Le rozo el clítoris con el pulgar.

—Santo cielo... —Su cuerpo se inclina sobre mi pecho. Cuando me detengo, sigue respirando con dificultad, pero se acurruca contra mí—. ¡Por favooooor! ¡Hazlo!

“¿Hacer qué?” Dejo de mover mis dedos.

"Haz que me corra", jadea.

—No, no creo que lo haga. —Extiendo la mano y me doy la vuelta para ir al baño. Me agarra del brazo antes de que siquiera haya dado el segundo paso. Me giro ligeramente y la miro fijamente. —¿Qué?

“No puedes dejarme así como así”

—¿No? —Arqueo una ceja—. Me dices que morirías sin mí, y al mismo tiempo, que podrías encontrar a otro hombre.

Ella gruñe, sus ojos se estrechan mientras me jala para que esté completamente frente a ella. Sigue frunciendo el ceño, mientras trabaja en los botones de mi camisa de vestir. Sigue frunciendo el ceño mientras desabrocha mi cinturón y me quita los pantalones y los bóxers. Reprimo una risa, mientras la ayudo a quitarme la ropa. Cuando estoy completamente desnudo, me quedo allí parado, esperando. Observo como sus ojos hambrientos recorren mi cuerpo, tomando cada músculo hasta que llega a mi polla. Se lame los labios cuando llega allí, y tengo que contenerme para no tirarla sobre la cama y follarla. Su mano se cierra a mi alrededor y comienza a acariciarme, encontrando mis ojos de nuevo. Con su otra mano, ahueca mis bolas y comienza a masajearlos. Mi estómago se contrae.

—Joder, Lyla —susurro.

Ella me quita las manos y me empuja los hombros, así que me dejo caer en la cama. No lo hago, pero le doy el gusto y me tumbo de todos modos. Se sube encima de mí y empieza a deslizarse sobre mi polla, usándola para darse placer. Me muerdo el labio para no detenerla. Está tan buena que no puedo soportarlo. Lleva las manos a ambos lados de mí, y yo coloco mi polla donde ella quiere, donde yo la necesito. Se queda ahí suspendida, su coño sobre mi polla, su cara sobre la mía mientras su pelo cae a nuestro alrededor.

"¿Irías a buscar a otra mujer?", pregunta en voz baja, mientras sus ojos buscan los míos.

—No. —Frunzo el ceño—. Ni hablar. Sabes que no lo haría.

Me sonríe con esa sonrisa fantasmal que tiene, y empieza a subir y bajar por mi polla despacio. Tan jodidamente despacio que me quedo sin aliento cada vez que lo hace. Creo que podría morirme solo con esto. Diría que sería una buena forma de morir, pero ni de coña voy a morir y dejar que otro capullo la posea. La abrazo y nos doy la vuelta, así que estoy encima de ella. Me retiro y empujo con fuerza, gimiendo al sentirla.

—Joder, Lach. —Me clava las uñas en los antebrazos. Apoyo mi frente en la suya y respiro un instante. Al apartarme, espero a que me mire.

“Dime que eres mía.”

—Dime *que eres* mía —responde ella jadeando.

—Sabes que soy tuya y sólo tuya. —Empujé de nuevo.

Se muerde el labio para no gritar, pero aun así se le escapan los sonidos. Vuelve a entrecerrarme los ojos cuando dejo de moverme.

"Soy tuya. Solo tuya. Para siempre", dice, gritando cuando empiezo a follarla de verdad.

Sé que es la calma antes de la tormenta, y no sé cómo terminará esto, pero este es un momento que recordaré durante mucho tiempo.

CAPÍTULO 52

Lachlan

"ME SORPRENDE que no haya cambiado las cerraduras de este lugar", dice, empujando la puerta de la casa de huéspedes en el patio de su padre.

Entramos los dos. Debe ser raro que vuelva aquí. Es raro para mí, y solo he estado una vez. Dios mío, parece que fue hace una eternidad. En cierto sentido, lo fue. Aunque normalmente el tiempo vuela, estos tres últimos han sido los más largos de mi vida. Cerré la puerta y dejé la caja vacía que trajimos sobre la cama.

—Lo limpiaron —dice en voz baja mientras mira a su alrededor—. Pero lo dejaron igual.

No estoy seguro de si habla consigo misma o conmigo, pero permanezco en silencio. ¿Qué se supone que debo decir? Me siento al borde de la cama mientras ella camina hacia la estantería y la miro fijamente un momento antes de coger su trofeo. Es tan pesado que necesita ambas manos para cargarlo, y aun así, puedo ver que está haciendo un poco de ejercicio con él. Me levanto y lo tomo, dejándolo en la cama para ella. Ella se queda de pie junto a él y me mira fijamente. Ojalá pudiera meterme en su mente y descubrir qué está pensando. ¿Se arrepiente de la decisión de dejar el deporte que amaba? ¿Está triste porque en lugar de probar para un equipo profesional, fue a la facultad de medicina? No me imagino que le sea fácil hacerlo, sobre todo tratándose de futbolistas.

Estoy seguro de que es difícil entrar y graduarse en cualquier campo de la medicina, y estoy muy orgulloso de ella por haberlo hecho, pero ojalá volviera al fútbol. Tiene demasiado talento como para desperdiciarlo. No hay límite de edad para ser médico. Puede retomarlo más adelante. Claro, no puedo decirlo en voz alta porque sonaría como un hipócrita, pero mi situación es completamente diferente. Ella se vio obligada a dejarlo y, con el tiempo, se acostumbró a la idea de no jugar. Yo decidí alejarme del hockey. Odio que ella cargue con la culpa, pero lo acepté incluso antes de firmar con Florida. La única razón por la que jugué fue porque no quería arrepentirme de no haberlo hecho. Tres años fueron suficientes. Bueno, no lo fueron, pero sin ella, sentía que me moría lentamente, así que ¿qué sentido tenía? El hockey pasó de ser una vía de escape a convertirse en una carga. Cada vez que marcaba, solo podía pensar en ella. Cada vez que mis patines tocaban el hielo me recordaba que había pasado otro momento sin ella, así que los colgué. No me arrepiento en absoluto.

Lyla sale de su trance, coge el plástico de burbujas y la cinta adhesiva de la caja y empieza a envolver el trofeo. Para cuando termina, parece bastante seguro, así que lo recojo y lo meto en la caja. Vuelve a la

estantería y examina los libros rápidamente, sin coger ninguno, luego se dirige a los cajones. Observo su rostro mientras saca cada artículo —sobre todo sus camisetas holgadas— y los deja sobre la cama.

"¿Te llevas esos?" pregunto, con la mirada fija en el rostro de Lauryn Hill, que está arriba.

—Quizás. —Se encoge de hombros—. Puedo usarlos como pijama.

Sonrío, contenta de que ya no quiera usarlas como escudo para esconderse y protegerse. Odio que sintiera que lo necesitaba desde el principio. No sé cómo las mujeres sobreviven en este mundo, y mucho menos prosperan, cargando con sus propias cargas y las de los demás. Yo no podría. Luego, empieza a sacar sudaderas y a colocarlas en dos montones diferentes.

“¿Qué pila estás guardando?”, pregunto.

—Esta. —Señala el lado derecho, donde está la camiseta de Lauryn Hill.

Se da la vuelta y no para de sacar cosas. Se me tensan los músculos en cuanto saca la sudadera de Yale.

"¿De quién es ese?"

Sus ojos se abren de golpe mientras se cubre con la sudadera. "Mía."

“¿Lo recibiste de algún chico?”

Me mira fijamente un buen rato, frunciendo el ceño mientras intenta recordar dónde lo consiguió o cómo puedo saberlo yo. Finalmente, se queda boquiabierta. Supongo que se molestará, y estoy lista para la discusión. Ni hablar de dejar que se quede con esa mierda. La veo mirarme, y de repente se echa a reír. Una risa auténtica, doble, que me hace sonreír y reír un poco, aunque sé que se ríe de mí. Es tan hermosa cuando se deja llevar así.

“No puedo creerlo”, dice ella jadeando mientras se seca los ojos.

"Fuiste al baile de graduación con él."

Esto la hace detenerse un momento, mirándome como si no pudiera creerlo, antes de soltar otra carcajada. ¡Dios mío! Ya sé que nunca me va a dejar pasar esto.

"¿Cómo?", pregunta entre risas. "¿Cómo puedes saber eso?"

Ladeo la cabeza. "Vamos, Lyla".

¡DIOS MÍO! —Se vuelve loca, su risa me hace reír. Se seca la cara y respira hondo un par de veces antes de calmarse lo suficiente como para mirarme de nuevo—. ¿Sabes qué me parece una locura?

—Déjame adivinar. —La miro con cara de pocos amigos—. Yo.

"Bueno, creo que eso es bastante obvio", dice. "Lo que me parece una locura es que seas tan atractivo y popular, y además seas tan acosador".

La miro fijamente. No puede pensar que ya he hecho esto. En mi vida, las mujeres se me han tirado encima. Nunca he tenido que hablar para que una se acueste conmigo. De verdad, no recuerdo una sola vez

en la que yo haya iniciado algo. Quizá sea arrogante y me haga parecer un imbécil, pero es la realidad. Sé que estoy bueno. Siempre lo he sabido. Solo tengo que sonreír, y ya está. No hace falta que yo hable para cerrar el trato. La primera vez que le insinué a alguien, aunque sea remotamente, que lo llevaría a casa fue a la maldita Lyla en la fiesta de la hermandad donde la conocí. La primera vez. Y sí, había acosado un poco a mi padre, pero ni siquiera eso fue tan extenso. Se pone una mano en la cadera y espera a que responda.

—Solo te he acosado —digo finalmente—. Ni siquiera le he pedido a una mujer que venga a casa conmigo.

—¿En serio? —Me mira con picardía—. Recuerdo perfectamente...

—Una mujer que no seas tú —digo, interrumpiéndola—. ¿No entiendes ya que eres la única que me hace hacer locuras?

Ella frunce los labios. "Bueno, mantengo mi palabra. Eres demasiado atractivo para ser un acosador".

"Y estás demasiado buena para que no te acosen", respondo. "Te deseaba, y no me diste información, así que tuve que ir a buscarte".

—Ni siquiera puedo... —Se ríe de nuevo—. ¿Cómo demonios lo encontraste?

"Me metí en un lío que me llevó hasta él y luego miré todas sus publicaciones", digo, "que, por cierto, los únicos hombres heterosexuales que publican tanto como él son unos engreídos y muy molestos".

—Lo dice el hombre más arrogante del planeta —dice ella, levantando una ceja.

—No soy engreída. —Puse una mano en mi pecho y di un paso atrás porque no lo soy.

"Lachlan Duke", dice, rodeando la cama hasta quedar justo frente a mí. "Eres la persona más arrogante que conozco".

—Lo dices tú. —La levanto y la beso, mientras ella envuelve sus piernas alrededor de mi cintura.

"Solo soy arrogante en los deportes y en cosas que requieren competir", dice con una sonrisa radiante. "¿Y es acaso arrogante si de verdad eres la mejor?"

Eso me hace reír a carcajadas. Mientras me río, la beso tres veces seguidas. "Bueno, ahí lo tienes. No soy presumido. Solo sé que soy el mejor jugador de hockey del planeta".

Me mira fijamente un buen rato antes de besarme con intensidad, pero se aparta cuando gimo en su boca e intento profundizar el beso. "Voy a aparecerme en casa de tu madre, saquear tu antigua habitación y quemar todo lo que te dieron tus ex".

—Mmm. —Le muerdo el labio. Me la follé hace menos de una hora, y siento que si no me la follo ahora mismo, me volveré loco—. No creo que nadie me haya dado nada, y si lo hicieran, seguro que no me lo quedé.

Dejé que me besara una última vez, antes de tirarla sobre la cama y bajarle las mallas. Me araña como si no pudiera entrar en ella lo suficientemente rápido. Hundo los dedos entre sus piernas y la encuentro mojada y lista para mí, y cuando finalmente la penetro y su coño me aprieta la polla, el último resquicio de control que me quedaba se rompe.

CAPÍTULO 53

Lyla

"ERES TAN JODIDAMENTE HERMOSA", murmura detrás de mi oreja, mirando nuestros reflejos en el espejo de cuerpo entero, mientras me rodea con sus brazos.

"Eres hermoso", le digo mientras lo observo.

Lleva un traje azul marino, sin corbata, con el primer botón de su impecable camisa blanca desabrochado, la barba un poco más poblada que una barba de cinco años, sus profundos ojos verdes me observan con avidez, y el pelo despeinado de una forma que me vuelve loca y me dan ganas de quitarle toda la ropa. Otra vez. A pesar de que ahora mismo me duele muchísimo.

Mi vestido de seda me llega por debajo de las rodillas y el tono verde casi combina con sus ojos. Con mis tacones dorados, mi cabeza le llega a la nariz, así que no tiene que agacharse tanto para besarme, lo cual me encanta. Sin embargo, se agacha y me besa el cuello.

—Dios, qué bien hueles —murmura, acurrucándose contra mí.

Un escalofrío me recorre el cuerpo y le clavo las uñas en los antebrazos. Sus ojos se clavan en los míos de nuevo, y a pesar del dolor entre mis piernas, la travesura en su mirada me hace encoger el estómago y darme un vuelco el corazón.

“No tenemos tiempo para eso”, advierto.

—Lo sé. —Gime contra mí, haciéndome estremecer de nuevo. Siento su polla increíblemente dura en mi culo y le lanzo una mirada de advertencia que le hace sonreír mientras se endereza—. Me portaré bien. Por ahora.

“¿Sabes que compré este vestido porque me recordó a tus ojos?” Sonrío mientras me giro en sus brazos y encuentro su mirada.

“¿Cuándo lo compraste?”

Lo pienso un momento. «Hace como dos años».

Me mira fijamente y tan profundamente a los ojos que me pierdo por completo en la profundidad de los suyos. Me toma la cara entre las manos, rozando mi labio inferior con el pulgar. Lo abrazo y lo beso; la realidad de quién vamos a ver me golpea mientras nuestras lenguas se encuentran. Lo abrazo más fuerte. Moriré si algo le pasa a este hombre. Una cosa era estar separada mientras creía que estaba viviendo su sueño. Perderlo para siempre es completamente diferente e inimaginable para mí. Cuando me separo, me da otro beso suave y me baja.

—Las cosas que me haces, Lyla James. —Exhala, sacudiendo la cabeza lentamente.

"El sentimiento es completamente mutuo". Sonrío ampliamente. Me mira fijamente y me besa por última vez.

"Vamos." Me agarra la mano y empieza a caminar hacia la puerta como si le ardieran los pies.

—Tranquilo. —Me río, tirando de la mano—. Necesito mi bolso.

Él suelta mi mano y me mira con sus ardientes ojos verdes: "Si no nos vamos en los próximos dos segundos, te arrojaré a la cama, te abriré las piernas y te devoraré".

Mi respiración se acelera y me veo obligada a apretar las piernas y morderme el labio para no decir nada. Me doy la vuelta, agarro mi bolso y pongo mi mano en la suya otra vez, dejándome guiar hasta el ascensor. La sensación entre mis piernas sigue presente incluso después de estar dentro, compartiendo el ascensor con desconocidos.

—Para —dice en voz baja, con la voz ronca en mi oído—. Sé lo que estás pensando, y si no paras, yo no pararé, y nunca llegaremos al almuerzo.

Trago saliva con fuerza y asiento, reemplazando la idea de estar juntos en la cama con la realidad que estamos a punto de experimentar. No estoy lista, pero creo que nunca lo estaré. En la camioneta, tenemos una especie de reunión informativa de seguridad. Termina en una discusión. Nuestro equipo de seguridad cree que deberíamos seguir con el plan original de usarme como cebo, con lo que estoy de acuerdo, pero Lach se opone rotundamente.

"No quiero que te acerques a él", dice Lachlan a mi lado.

"Es nuestra mejor oportunidad de lograr una confesión completa", digo por quinta vez desde que comenzó la discusión.

Lach me fulmina con la mirada. "Me da igual. No quiero que te acerques a él".

Ronnie, Derek (el otro guardaespaldas) y yo intercambiamos una mirada. Si tuviéramos que votar, Lach estaría en minoría. Conozco a David Jameson. Sé que él vendrá a por mí primero. Está demasiado cegado por su obsesión enfermiza como para no hacerlo. La obsesión es todo lo que Ronnie y el resto del equipo de seguridad saben. En mi opinión, es todo lo que necesitan saber.

—Ponme el micrófono —digo, ignorando la mirada de Lach que me quema la cara—. Más vale prevenir que curar.

Veo suficientes telerrealidad como para saber lo voluminosos que pueden ser los micrófonos. Este no es así. Es delgado e imposible de rastrear a menos que lo busques a propósito. Cuando terminan, Derek saca una tableta y me muestra las imágenes del dron que están grabando. Muestra una vista aérea del edificio desde los cuatro ángulos. Me explican el resto: uno estará dentro del edificio, mientras que los demás se quedarán atrás, escuchando y observando.

Intervendrán cuando tengan imágenes incriminatorias, a menos que algo salga mal y tengan que intervenir. Ambos guardamos silencio una vez terminado el Entrenamiento 101 de 007, pero puedo sentir la desaprobación de Lachlan. Tiene que saber que Jameson no va a por él

de ninguna manera. La única razón por la que pudo derribarlo la primera vez fue que Lachlan tenía la guardia baja y el ataque fue completamente inesperado. Jameson está en gran forma y no es un tipo pequeño, ni mucho menos, pero no hay manera de que pueda con Lachlan en una pelea. Irá por mí primero. Lo sé. La única razón por la que me dejó solo en Chicago fue porque sabía que alguien estaba conmigo.

En cuanto el coche arranca, me acerco a Lachlan. A pesar de su enfado, me rodea con el brazo y me deja acurrucarme a su lado. Miro el anillo en mi dedo y me pregunto si Jameson estará aún más molesto por el compromiso. Me aseguré de que no lo viera el otro día, pero hoy no lo echará de menos. Una parte de mí quiere quitárselo y esconderlo. Otra parte desea que nos hubiéramos casado. Quizás entonces nos dejaría en paz. Entiendo por qué creía que yo era su propiedad cuando era joven.

Estaba haciendo cosas conmigo de las que ni siquiera era consciente. Incluso en la universidad, podría haberme puesto en el fútbol, una vez que se convirtió en director del departamento de atletismo. Ahora no tiene a nadie que pueda usar como palanca aparte de Lachlan. Si esto es una competencia enfermiza, y estamos casados, tiene que saber que Lach ya ganó. Quizás no, no lo sé. Siempre que intento comprender sus acciones, me quedo corto. No se puede intentar encontrarle lógica a la locura sin perder la propia.

-¿Crees que hay alguna diferencia si estamos comprometidos o casados? -pregunto.

Lach se aparta un poco y me observa. "¿Qué quieres decir?"

—A él. Quizás si ya estuviéramos casados, dejaría todo esto. Claro, todavía tenemos que hacer algo con él, pero me refiero a intentar... poseerme —digo—. Quizás deberíamos decirle a la gente que ya estamos casados.

“Diré lo que quieras que diga”, responde, “pero es muy poco probable que haga alguna diferencia”.

Frunzo el ceño. "¿Cómo lo sabes?"

—Porque sí, cariño. —Me besa la cabeza y me abraza—. A mí me da igual.

Me quedo pensando en eso un momento. Lachlan ha hecho mucho para intentar conquistarme y luego retenerme, pero no me cabe duda de que si pongo fin a esto y le dejo claro que no lo quiero, parará. Lo mataría. Lo sé porque me mataría a mí también, pero lo haría porque me ama. Jameson no me ama; solo quiere poseerme. Pienso que quizá no sea su única víctima. Durante años pensé que lo era, pero cuando eliminas el aspecto amoroso y solo te quedas con la obsesión y el control, las cosas se ven un poco diferentes. Tendría sentido si le gusta hacerle esto a varias personas. Dios, espero que no. No se lo deseo a nadie. Lo aparto de mi cabeza y me concentro en los edificios familiares por los que pasamos.

No he estado aquí desde aquella noche, así que ver mi apartamento compartido con Marissa se me hace raro. Ahora mismo lo alquilan dos chicos. Su madre empacó todas nuestras cosas y guardó la mayoría en un trastero. Marissa tampoco ha vuelto. Solo ve a sus padres fuera de la ciudad, lo cual me mata, ya que sé cuánto le encanta a Gina tener a su hija en casa para las fiestas. Le ha dicho a Marissa incontables veces que me lleve, y siempre me manda un regalo por Navidad. Sabe que no debe hacer preguntas ni mencionarnos a mi padre ni a nadie más en Fairview. Gracias a ella conseguí esas fotos de Lach que tengo en mi oficina.

Cuando pasamos por la antigua casa de Prescott, sonrío al recordar haber estado allí con Lach. Cuando miro estas calles, los únicos recuerdos que me vienen a la mente son los de él. Lo miro y lo sorprendo absorto en sus pensamientos mientras mira hacia afuera.

"¿En qué estás pensando?" Pregunto, separándome para no apoyarme más en él.

“Que eres lo único que extraño de este lugar.” Él junta nuestras manos, con la mirada todavía afuera.

"¿Ni las fiestas ni las chicas?" Levanto una ceja, odiando cómo me hace sentir la pregunta.

Una mirada divertida se posó en la mía. "¿Estás celosa, Lyla James?"

"No." Frunzo el ceño.

Se ríe entre dientes y se inclina para besarme suavemente. "No extraño las fiestas ni a las chicas. Estuviste en mi vida menos de tres meses y te convertiste en lo mejor de mi experiencia universitaria".

—No sé si te creo, pero acepto esa respuesta. —Sonrío y vuelvo a mirar afuera—. ¿Has vuelto por aquí?

—Una vez —dice con una risa áspera—. Conocí al nuevo equipo y almorcé con el entrenador Rob y Jameson.

La ira me recorre. "Lo odio".

"Realmente me pregunto si todas esas veces que te contactó, solo intentaba saber dónde estabas", dice. "O si estábamos juntos o no".

Mi ira crece. Pasamos tres años separados por su culpa. Soy partidaria de que "todo pasa por algo", pero esto fue forzado por una persona obsesionada y con complejo de Dios. Mató a mi madre y a una de mis mejores amigas. Intentó matarme y no lo logró, pero aun así me perdí una temporada y media de fútbol. Me perdí el resto de mi experiencia universitaria. Huí del amor de mi vida por miedo a lo que pudiera pasarle. Todo eso me pesa en el pecho al girar hacia la calle que conduce al nuevo edificio.

"Realmente lo odio", susurro, mientras Ronnie estaciona en la acera.

Lach abre la puerta y le tomo la mano. Me ayuda a salir del coche y la mantiene en la suya mientras vuelve a hablar con Derek. Ronnie me

mira cuando me inclino hacia el asiento trasero.

"No sé qué va a pasar, pero si me encuentra a solas, intenta entender todo lo que diga antes de venir a buscarme".

Ronnie me mira fijamente un buen rato antes de asentir bruscamente. Salgo y miro a mi alrededor, por encima del hombro, calle abajo y dentro del edificio. Hay gente llegando detrás de nosotros: mujeres con vestidos elegantes y hombres con traje. Veo algunas caras conocidas, pero no conozco a nadie. No es hasta que Lach me tira de la mano que me doy cuenta de que estoy ahí parada. Me mira con preocupación y le aprieto la mano para hacerle saber que estoy bien. No es así; me estoy cerrando, pero no necesito decírselo. Él me conoce mejor que nadie. Sus ojos verdes me recorren el rostro un instante.

—Puedes aislarte del mundo entero, Lyla James. —Me besa los labios con fuerza, haciéndome dar un vuelco el corazón—. Pero a mí nunca.

Tomo aire y dejo que me guíe dentro del edificio.

CAPÍTULO 54

Lachlan

Saludamos a algunos de los atletas actuales y antiguos que se acercan a nosotros mientras atravesamos el enorme vestíbulo de las instalaciones. Pensé que venir al evento sería una tortura, pero no está mal. Estoy seguro de que lo pasaríamos genial si Jameson no fuera una preocupación. No dejo que estas interacciones me distraigan, pero intento concentrarme solo en mi ataque y no en lo que le hizo a Lyla. Si pienso en eso, me voy a volver loco. Lyla me suelta la mano mientras hablo con los aleros izquierdo y derecho actuales. Solo se aleja un par de pasos para hablar con unas chicas. Está justo ahí. Pero sin su mano en la mía, mi adrenalina se dispara al instante y mis sentidos se ponen en alerta máxima. Los chicos me piden una selfie, que me tomo con gusto. Por supuesto, preguntan por mi retiro.

En cuanto nos alejamos después de despedirnos de todos, le vuelvo a tomar la mano. Caminamos hacia la zona de facturación y hablo con la mujer detrás de la mesa. Mientras la llamo, Lyla me suelta la mano otra vez y me detengo a media frase para ver qué demonios está haciendo. No lo había pensado antes, pero debería haber comprado una de esas correas que usan los padres con sus hijos.

"¿Qué?" pregunto cuando ella no se da la vuelta.

—Banks está aquí. —Me mira—. No lo he visto desde...

—Déjame terminar aquí. —Le lanzo una mirada que desearía que la congelara en el lugar.

Continúo con el proceso de registro. La mujer empieza a hablar de las instalaciones y todo lo que ofrece: piscina olímpica, cancha de tenis, cancha de baloncesto, gimnasios, etc. Luego pasa al salón de banquetes donde nos sentamos. Estoy seguro de que lo que dice del lugar es genial, pero estoy tan conectado con Lyla que solo la escucho a medias. Le doy las gracias, recibo el regalo y el número de mesa, y tomo la mano de Lyla para alejarla de la multitud que espera para registrarse detrás de nosotros.

“Probablemente me odia”, dice ella, mientras lo ve reír con unos chicos que se toman fotos con él.

—Seguro que no. Aunque probablemente esté preocupado.

"Necesito hablar con él."

Miro el vestíbulo una vez. Dos veces. Al no ver a quién busco, le hago una seña a Banks. "Vamos".

Cuando nos acercamos, Banks se detiene en medio de la conversación y mira a Lyla como si viera un fantasma. Le suelto la mano para que pueda saludar a su amiga y observar cómo Banks pasa por todas sus emociones: incredulidad, confusión, tristeza, alegría y alivio.

Se queda con esa y sonríe, aunque parece que está a punto de llorar. Dudo que Lyla lo haga, ya que ha adoptado su cara de póquer, pero últimamente está mucho más sensible, así que no puedo estar seguro. Los chicos con los que Banks estaba hablando también observan la interacción y le dan espacio antes de darle una palmadita en la espalda y marcharse.

"Mierda", susurra cuando finalmente está frente a ella.

Lyla no dice nada. Simplemente se lanza a él y le da el abrazo más fuerte que creo haber dado en su vida. Su expresión impasible se quiebra al separarse, y él le lleva una mano a la cara, como para asegurarse de que es real. Conozco esa sensación. Me mira, aún con la boca abierta, y luego la mira de nuevo.

"¿Estuvieron juntos todo este tiempo?", pregunta.

—No. Solo me encontró. —Esboza una leve sonrisa—. Siento muchísimo haberme tenido que ir así. Seguro que me odias, pero te juro que tenía una razón.

—No te odio. —Frunce el ceño y la abraza de nuevo—. Me alegra muchísimo que estés bien.

Se le humedecen los ojos al asentir, pero logra contener las lágrimas. Sea como sea, Banks se queda atónito. Reprimo una carcajada al ver su expresión de confusión. Lyla se da cuenta y se ríe.

"Fui a terapia", dice, como si de lo contrario no pudiera dejarse llevar por las emociones.

Esta vez, me río. Me lanza una mirada asesina y me río aún más fuerte. Banks me mira de nuevo, sacudiendo la cabeza con incredulidad antes de centrarse en ella.

Marissa me dijo que estaban bien, pero eso fue hace mucho. No he sabido nada de ustedes desde entonces.

—Lo sé. Te juro que te contaré toda la historia después del evento —dice—. Pero Marissa está bien.

Él simplemente mira fijamente.

"¿Y tú?", pregunta Lyla, dándole un puñetazo en el pecho para romper el silencio. "Vi que San Diego te fichó".

—Ah —sonríe—. ¿Ves fútbol ahora?

"A veces." Otro fantasma de una sonrisa.

Sé que Banks es su amiga, pero ese dato me duele. Saber que no vio ninguno de mis partidos es un rollo. Entiendo por qué no pudo verlo, y no puedo culparla por ello, pero es un rollo. Me recuerdo a mí misma que lo que comparten es completamente diferente a lo que tenemos nosotros. Lo supe desde el principio, por eso nunca me importó demasiado que salieran. Además, nunca es que salieran solas. Y si Banks hubiera querido dar el paso, ya lo habría hecho. Quién sabe, quizá sí y lo rechazaron. Sea como sea, no me preocupa. Probablemente deberíamos invitarlo a la boda. Estoy segura de que significaría mucho para ella tenerlo allí. Como si me oyera el pensamiento, me mira

brevemente, y sé que eso es lo que pregunta. Sonrío y me encojo de hombros. Sonríe ampliamente, mi sonrisa, solo para mí, antes de volverse hacia él.

"Nos casamos el próximo sábado", dice con prisas. "En Chicago. Es totalmente improvisado. Lo decidimos hace como dos noches, así que no es gran cosa, pero nos encantaría que estuvieras allí".

—Maldición. —Banks me sonríe—. Supongo que te pusieron en su lista después de todo.

Me río con ganas. "Me costó un poco, pero sí".

Sabía que dominaría esa maldita lista.

“Felicidades”, dice sonriéndonos a los dos.

—Deberías venir a celebrar con nosotros —le digo—. Si tienes acompañante, trae a alguien.

"No", dice. "Acabo de pasar por una ruptura bastante dura".

—Dios mío —Lyla pone los ojos en blanco—. Cada vez que dices eso, significa una cosa. Dime que no hiciste trampa en esta ocasión.

—No. —Arquea las cejas—. Pero ella creía que sí.

"¿Pensó?", ríe levemente. "No sé qué pensar de eso".

"Te lo cuento luego", dice riendo, mirándome de nuevo. "Y me encantaría ir a tu boda".

"Te enviaré un mensaje con los detalles". Extiendo mi puño para que lo choque, y lo hace.

Arquea las cejas. "¿Tienes mi número?"

“¿Lo cambiaste desde que estuvimos aquí?”

“No, el mismo”, dice.

“Entonces debería tenerlo.”

—Vaya. —Frunce el ceño, pero enseguida se llena de alegría—. Envíame un mensaje con los detalles. Allí estaré.

Nos despedimos y nos alejamos. Lyla vuelve a poner su mano en la mía.

"Conseguiste su número de mi teléfono, ¿no?", pregunta ella, con los ojos bailando cuando me mira.

—Pasaste mucho tiempo con él —le digo—. Hice lo que tenía que hacer.

Se ríe quedamente, sacudiendo la cabeza, pero no dice nada. No estamos cerca de la multitud, así que podemos quedarnos aquí sin causar problemas. Me detengo y le sostengo la mano con firmeza, así que se detiene y me mira.

“Si la situación hubiera sido al revés, ¿qué habrías hecho?”, pregunto, porque tengo genuina curiosidad.

Lyla está celosísima cuando se trata de mí, y si dice lo contrario, es una maldita mentirosa. No es un problema de confianza entre nosotras. Sé que ella jamás estaría con nadie más y espero con todas mis fuerzas que sepa que yo tampoco. Aun así, los celos persisten. Creo que es sano. Me da igual si no lo es.

—¿Qué habrías hecho? —pregunto de nuevo—. Si siempre hubiera habido una chica cerca y pasáramos horas juntos en el hielo.

Frunce el ceño y aparta la mirada. Por un momento, creo que va a decir que no le importaría. Sinceramente, lo dejaré ahí por dónde estamos y por qué estamos aquí. Pero me mira de nuevo, con ese fuego en sus ojos que me excita al instante.

"No estoy seguro de qué haría, pero sé que ella desearía no haberte conocido nunca".

Me río y me inclino para besarla. "Creo que estás un poco loca, Lyla James".

“Sólo cuando se trata de ti”, dice ella sonriendo.

Me quedo con esa sonrisa un buen rato, hasta que recuerdo algo. "¿Tienes el micrófono encendido?"

Se quita la tela del vestido, se mira y parece mortificada al volver a cruzarse con mi mirada. Me echo a reír.

—¿Qué? ¿No quieres que la gente sepa que estás tan loca por mí que estás celosa? —Sonrío mientras la llevo hacia las puertas.

—No tiene gracia. —Frunce el ceño y baja la cabeza para hablar por el micrófono—. Por favor, ignora ese pequeño lapsus de juicio.

Me río de nuevo. Solo puedo imaginarlos de vuelta en la camioneta. Deben estar partiéndose de risa. Están acostumbrados a trabajos serios, así que para ellos, esto es como unas vacaciones muy bien pagadas. Mi sonrisa se desvanece cuando entramos y veo a Jameson. Nunca he odiado tanto a una persona en mi vida. Nunca he estado tan enojado. Incluso cuando mi padre no apareció por nosotros cuando sabía que podía, no me sentí así. Me recuerdo a mí mismo que debo mantener mi rostro impasible. Él levanta la vista y me saluda con la mano cuando me ve, con una sonrisa forzada y falsa en su rostro. Ni siquiera me molesto en devolverle el saludo. A estas alturas, tiene que saber que lo sé. Aun así, no puedo creer el descaro de que me salude así.

La sonrisa desaparece al instante cuando sus ojos se desvían y ve de quién es la mano que sostengo. Una mirada fría y un rostro endurecido reemplazan de inmediato la mirada cordial en su rostro. Voy a matarlo, joder. Parpadea para apartarlo y vuelve a intentar la cordialidad. Aparto la vista de él y aprieto la mano que no sostiene la de Lyla en un puño fuerte. Ella no lo ha notado. Si lo hubiera hecho, habría apretado la mía. Mira por encima del hombro y se detiene. No estoy seguro de lo que ve en mi cara, pero se da la vuelta y me mira de inmediato. En cuanto lo hace, la atraigo a mis brazos y la beso como un loco, asegurándome de que quede claro que es mía.

CAPÍTULO 55

Lyla

NO SÉ a quién se le ocurrió la idea de sentar a un grupo de desconocidos juntos en reuniones sociales, pero podría pasar a la historia como una de las peores ideas de la historia. Obviamente, a mi padre le encanta. Cree que es una gran forma de hacer contactos. Yo creo que es una extensión del infierno. Llevo diez minutos hablando con el entrenador de voleibol de Fairview. Lachlan está hablando con el jugador de la NFL que está a su lado, pero está tenso y no me ha soltado la mano desde que nos sentamos, aunque he intentado quitársela tres veces. Sé que esto significa que vio a Jameson, pero he barrido la sala dos veces y todavía no lo he visto. Vi a mi padre. Bueno, veo a mi padre. Dio un discurso rápido al principio y agradeció a todos por estar allí. Ahora, está sentado unas mesas más allá, de espaldas a nosotros. Lo curioso es que Marie no está a la vista. Mi teléfono vibra en el bolso y Lach me mira. Esta vez, me suelta la mano y sigue hablando con el chico. No lo puse en modo avión, por si acaso.

"Disculpe un momento", le digo al entrenador de voleibol, mientras saco mi teléfono.

Marissa: actualizacion por favor

Yo: En el almuerzo. No lo he visto, pero creo que Lach sí, porque se comporta raro.

Marissa: Mierda. Ten cuidado.

Yo: lo sé <3

Marissa: Coop preguntó por ti

Yo: ¿Qué le dijiste?

Marissa: que tuviste una emergencia familiar y saliste

Marissa: Creo que te va a invitar a salir cuando regreses.

Lachlan se tensa. Levanto la vista y veo sus ojos entrecerrados y sombríos mientras me mira desde la pantalla. Lo ignoro.

Yo: Obviamente no va a pasar. Tendré que hablar con él.

Lachlan me hace señas para que le pase el teléfono. Levanto la vista con el ceño fruncido, pero se lo doy de todos modos, porque tengo curiosidad por ver qué hará a continuación.

Yo: mar, soy lachlan, hazme un favor y dile que se vaya a la mierda

Marissa: jajaja no puedo hacer eso

Yo: decirle que volvió con su ex y que él le propuso matrimonio y se casaron enseguida y que ella está muy muy muy feliz.

—Qué feliz, ¿eh? —pregunto divertido.

Él me mira y escribe de nuevo.

Yo: dile lo mismo a ese idiota de Wade

Yo: y quien sea que no conocí y quiera follar con Lyla

Marissa: ¡JAJAJAJAJA! Estás loca, pero les diré si los vuelvo a ver antes de irme.

Yo: gracias

Me devuelve el teléfono. Lo miro fijamente un momento y lo guardo. Pasara lo que pasara, iba a contarles a ambos sobre Lachlan en cuanto volviera. Eso fue antes de que las cosas se pusieran tan difíciles. Se van a sorprender cuando les diga que no solo volví con mi ex, sino que nos casamos. Ni siquiera puedo culpar a Lach por querer poner fin a sus insinuaciones. Si la situación cambiara, yo haría lo mismo. Miro a mi alrededor de nuevo, pero sigo sin ver a Jameson. Permanecemos sentados durante la comida y después, mientras esperamos el postre. Nos traen copas de vino, tinto o blanco. Ya están servidas y en las bandejas, así que elijo tinto, aunque dudo que me lo beba. Lach hace lo mismo y también lo pone delante de su plato. Otro camarero regresa con agua y me llena el vaso antes de pasar a la mesa de al lado. En lugar de eso, doy un sorbo. Lo he estado bebiendo todo el tiempo y no ha estado mal, así que no me preocupa. Nos sirven el postre: una rebanada de pastel de ganache de chocolate con una pinta increíble. Ninguno de los dos lo prueba.

"¿Has visto a la entrenadora Bev?" me pregunta la entrenadora de voleibol mientras saborea su rebanada de pastel de chocolate.

“Todavía no.” Miro a mi alrededor.

Está en la última mesa de allá. La misma que nosotros, pero al otro lado.

—Tendré que saludarte. —Sonrío un poco.

“Estoy segura de que le encantaría escuchar todas las cosas increíbles que has estado haciendo”. Ella sonríe.

Mi mirada se dirige hacia donde está sentada la entrenadora Bev. Banks es la única persona que reconozco en la mesa. Espero unos minutos más antes de correr mi silla hacia atrás y levantarme. Lach hace lo mismo, así que nos disculpamos cortésmente y nos dirigimos al vestíbulo. Uno de los hombres que viajan con nosotros camina por el vestíbulo y se gira para saludarnos.

—Tengo que ir al baño —digo, lo suficientemente alto para que me oiga—. ¿Apago esto?

"No tienes por qué", dice, con una sonrisa en los labios. "Créeme, no hay nada en este mundo que no hayamos oído".

Miro a Lachlan y le lanzo una mirada que lo divierte, pero tiene la sensatez de no reírse. No quiero dejar el micrófono encendido mientras estoy en el cubículo, pero tengo más miedo que vergüenza. Al menos, eso creo. Las puertas a nuestro lado se abren de repente, y nos giramos para ver a mi padre salir, boquiabierto al verme.

—Pensé que eras tú —dice con voz ronca mientras camina hacia mí.

Antes de que pudiera siquiera saludarlo, me abrazó fuerte. No sé qué esperaba que pasara al volver a verlo, pero no fue un saludo así. Me mostró indiferencia durante tanto tiempo que no me parece real. Sé que es genuino, pero no me parece real. Cuando se aparta, me agarra por los hombros y me mira de nuevo a la cara, con lágrimas en los ojos.

—Dios mío, Lyla. —Niega con la cabeza, conteniendo las lágrimas mientras sus manos se separan de mis hombros—. ¿Dónde te has metido?

"En la escuela de medicina."

"¿La facultad de medicina?" Parpadea, arqueando las cejas. "¿Cómo?"

Sé que lo que pregunta es: "¿Con qué dinero?". Tiene razón en preguntarme eso, ya que pagó por todo lo que he tenido. Puede que me hayan ignorado muchas veces y mostrado indiferencia hacia los demás, pero el dinero y las cosas que se podían comprar con él nunca me faltaron. Eso incluía la escuela. Cuando me fui, lo perdí todo. Como no quería que me encontraran, ni siquiera usé la cuenta bancaria que me habían abierto de pequeña. Les pedí dinero prestado a Prescott y Marissa.

Aunque se habían empeñado en no devolverlos, lo hice. Claro, devolverlos significaba que solo podía pagar el mínimo de mis préstamos estudiantiles, pero no podía quejarme de los problemas financieros que atravesaba por primera vez, cuando tantos vivían al día toda su vida. Papá todavía me miraba como si no pudiera creer que existiera. Lo observo con la misma atención: sus ojos castaño claro, su tez oscura y tersa, y las ondas naturales de su pelo corto. Siempre me había parecido imponente, y en estatura, todavía lo es, pero ahora mismo me siento más grande y fuerte que él en todos los demás aspectos. Me aclaro la garganta al darme cuenta de que solo hemos estado allí de pie, mirándonos fijamente.

“Lo hice solo”, digo.

Su confusión da paso a una sonrisa orgullosa. "¡Guau! Tu madre estaría muy orgullosa".

Se me para el corazón un instante. No ha dicho ni una palabra de ella desde el accidente. No cuando lo necesitaba. No sé si me gusta que lo haga ahora. No se lo merece, pero estuvo con mi madre más tiempo del que yo llevaba viva en ese momento, así que no puedo decir nada al respecto. Me tomo el cumplido como lo que es. Mi madre estaría orgullosa de mí, pero lo habría estado, independientemente de lo que hubiera logrado.

—No te despediste —dice, aclarándose la garganta y llenándose los ojos de lágrimas—. Sé que fui un padre pésimo, pero pensé que al menos me despediría.

"Ojalá hubiera podido despedirme", digo, porque es cierto, aunque no me disculparé por no haberlo hecho. "Es una larga historia".

Incluso si tuviera tiempo de contarlo todo, no estoy segura de que lo haría. ¿Qué se supone que debo decir? ¿Que su mejor amigo me agredió sexualmente varias veces y que, por su culpa, mi madre y mi amiga están muertas? Me parece descabellado, así que no me imagino cuál sería su reacción si lo dijera en voz alta. Su mirada se posa en el anillo que llevo en el dedo. Es casi imposible no verlo. Me mira de nuevo, con la pregunta clara en los ojos, pero no la formula.

"¿Vendrás a casa mañana?", pregunta, y luego mira a Lachlan como si acabara de darse cuenta de que está ahí. "Oye, tío. Lo siento, es que..."

—No te disculpes conmigo —dice Lach con voz y expresión duras.

Papá lo mira fijamente un momento. Estoy seguro de que la mordacidad en el tono de Lach lo pilló desprevenido. En lugar de abordarlo, mi papá vuelve a centrarse en mí. "¿Vendrás mañana a casa?"

“Yo. . .” Mierda, no me esperaba eso.

“¿Ustedes dos están...?” Mira a Lachlan y luego a mí.

“Casarse, sí”, dice Lach.

Le di un codazo. No porque me molestara que se lo dijera, sino por el desdén en su voz. Puede que haya sido, como dijo, un padre de mierda, pero sigue siendo mío.

—¡Guau! —Mi papá inhala hondo—. ¡Guau! ¡Felicidades!

“Te habría pedido tu bendición, pero no sentí que fuera necesario, considerando las circunstancias”, dice Lach.

Voy a matarlo cuando salgamos de aquí.

—¿A qué hora? —pregunto—. Nos vamos mañana.

“Entonces, a desayunar”, dice.

"¿No deberías consultarlo con Marie primero?" No me molesto en ocultar el desdén en mi voz.

“Hace más de dos años que no estoy con Marie”, dice. “He estado…” Niega con la cabeza. “Por favor, ven mañana. Tenemos mucho de qué hablar”.

Miro a Lach. Sé que, aunque me mire con el ceño fruncido, aceptará lo que yo decida. "De acuerdo. Allí estaremos", digo.

Papá me da otro abrazo y se seca la cara al separarse. Lach se despide con un gruñido y me aprieta la mano un poco más fuerte mientras me acompaña al baño.

CAPÍTULO 56

Lyla

Me estoy lavando las manos y mojando una toalla de papel para arreglarme el delineador cuando oigo que la puerta se abre y se cierra. Levanto la vista, casi esperando ver a Lachlan vigilándome, pero no veo a nadie. Busco pies debajo de los cubículos y no encuentro ninguno. Qué raro. Cuando vuelvo a mirarme al espejo, Jameson está justo detrás de mí. Abro la boca para gritar, pero me la tapa con tanta fuerza con una mano enguantada que solo puedo esperar que el micrófono pueda captar mi forcejeo ahogado. Hoy no huele a cigarrillos. Ni a su fuerte colonia. Joder. ¿ *Lo hizo a propósito?* Se queda mirando nuestro reflejo un buen rato, sus furiosos ojos azules fijos en mis enormes ojos marrones. No dice nada mientras me arrastra hacia la puerta que da al pasillo donde Lach me espera. Mi corazón late más rápido cuando llega a la puerta. En lugar de abrirla, la cierra con llave. Grito tan fuerte como puedo, esperando que el sonido de mi garganta se transfiera.

Jameson me arrastra al otro lado del baño. Por un momento, creo que me llevará a un cubículo y me violará allí. Estoy lista para ello. Estoy lista para luchar, gritar y hacer lo que sea necesario para alejarme de él, pero también estoy preparada para cerrarme si todos mis intentos son inútiles y él sigue adelante. No quiero estarlo. No quiero ni siquiera considerarlo una posibilidad. No otra vez. No después de todos estos años viviendo con miedo y aislándome de todo para protegerme del trauma. Después de haberlo superado con un profesional para que ya no dictara mi forma de vivir. Pero tengo que estar preparada, y a veces eso significa adormecerme hasta llegar a un punto en mi mente donde nada de eso existe, incluso mientras sucede. Pasa junto a los cubículos. Sigo pateando, gritando y agitándome contra él. No puedo patearlo con el talón por la forma en que me arrastra, pero lo haré en cuanto me suelte. Lo patearé tan fuerte y gritaré tan fuerte que a los guardaespaldas que escuchan la transmisión les zumbarán los oídos el resto del día.

"¿Sabes qué es lo que más me gusta de este lugar?", me pregunta al oído mientras empuja otra puerta con la espalda. "Los baños dan al exterior".

Sacudo mi cuerpo con más fuerza, con los ojos abiertos como platos en la piscina olímpica, mientras él me arrastra. Dios mío. ¿Adónde me lleva? ¿Me va a ahogar? ¿De verdad así es como termina mi vida? ¿Ahogándome a manos de un psicópata? Se detiene de repente y me sacudo con más fuerza, dando codazos salvajes hacia atrás con la esperanza de golpearlo lo suficientemente fuerte como para que se

suelte. Lo conecto, pero no lo suficiente como para que se mueva. Veo su celular en su mano izquierda, lo observo mientras hace clic en algo, y de repente, suena la alarma de incendios del edificio. *No. Dios mío. No.*

"Tecnología, ¿verdad?", dice riéndose mientras me arrastra hacia el costado del edificio.

No estoy muy seguro de adónde vamos, pero rezo para que no sea el estacionamiento. Sé que estoy perdido si consigue meterme en un coche. Me suelta la boca. Empiezo a gritar, un grito estridente que en cualquier otro momento se habría extendido por varias manzanas, pero que ahora mismo queda ahogado por la alarma.

—Al lado de la piscina —grito de todos modos, tan fuerte como puedo—. Por favor, por favor, por favor, por favor, por favor.

Retrocedo y golpeo algo: ¿su espinilla, su pie? Sea lo que sea, lo hace gruñir. Una vez que llegamos al lateral del edificio, me empuja al suelo, me da una bofetada con el dorso de la mano y se sienta a horcajadas sobre mí. No es una bofetada fuerte, no lo suficiente como para marcarme, pero sí lo suficiente como para hacerme callar. Pero no lo hago. No lo haré. Muevo la cabeza de un lado a otro, intentando encontrar a alguien. Los implicados ya deben estar fuera o saliendo. Me doy cuenta de que estamos en un hueco al otro lado del edificio, e incluso si salen por detrás, puede que no nos vean. Es una zona de golf, me doy cuenta. Joder, tengo que salir de aquí.

—David, por favor —grito, con los ojos llorosos mientras suplico. De alguna manera, logro contenerlos—. Por favor, no hagas esto.

Lucha por sujetarme y quitarse la chaqueta al mismo tiempo, mirándome fijamente cuando intento quitármelo de encima. Su expresión es tan amenazante como aquella noche, cuando me inmovilizó en el sofá de mis padres y luché contra él. Hasta entonces, estaba acostumbrado a mi sumisión, a beber lo que me diera hasta quedar inconsciente y a que él pudiera hacer lo que quisiera. Esa noche, me dijo que mi lucha lo excitaba. Una parte de mí quiere parar, pero la superviviente que llevo dentro no me lo permite.

—Tenemos asuntos pendientes —dice furioso—. ¿No crees?

Grito de nuevo, pataleo y muevo las caderas. Sé que vendrán por mí. Solo necesito contenerlo hasta que lo hagan.

"Si pudiera", dice, volviendo a taparme la boca con una mano y sujetándome lo más quieta posible con su cuerpo sobre el mío. "Te llevaría a algún sitio y me tomaría mi tiempo contigo, para que recordaras quién carajo es tu dueño. Por desgracia, hoy no tenemos tiempo para eso".

Me hierve el pecho con los gritos reprimidos y las lágrimas que sé que no derramaré. No por él. Nunca. Me abruma el estómago, y sé que nada de lo que haga cambiará las cosas. Empieza a desabrocharse el cinturón con la mano que no me cubre la boca. Mi pecho se agita

mientras sigo forcejeando. Tiene problemas con su elegante cinturón, así que vuelve a apartar la mano de mi boca.

—¡Nooooo! —suplico—. Por favor. Por favor, no hagas esto. —Grito de nuevo—. ¡David! ¡No hagas esto!

—La culpa es tuya. ¿Sabes qué le pasó a la última niña que se pasó de la raya? —pregunta, frío y cínico—. Está muerta.

Mi estómago se revuelve. Empiezo a tener arcadas.

—Sigues pasándote de la raya. Supongo que la muerte de tu madre no fue suficiente. La muerte de Luke no fue suficiente. Ni siquiera atacar a tu novio —grita—. Fue suficiente.

—Por favor —gimo mientras él empieza a levantarme el vestido, su mano áspera sobre mis muslos.

—Sabes, aunque no seas mi primer juguete, eres el único que era virgen —dice, con los ojos brillando con orgullo mientras se aleja para quedar más abajo sobre mis piernas, cerca de mis espinillas.

Mi pecho vuelve a palpitar, pero grito y uso todas mis fuerzas para levantar la pierna y patearlo en la ingle. Gruñe con fuerza mientras se dobla. Me aparto de él, lo empujo y me levanto. Mi cuerpo tiembla, amenazado por los fuertes recuerdos de la última vez que me encontré en esta situación. Lo supero. No puedo callarme ahora mismo. No puedo dejar que gane. No esta vez. Empiezo a correr, maldiciéndome por elegir tacones con tiras que no puedo quitarme de una patada.

Grito mientras corro. *¿Por qué tardan tanto?* Lo oigo acercarse por detrás. Es rápido. Si no llevara estos malditos tacones, seguro que podría escaparme fácilmente. Casi estoy en la salida cuando mi tacón se mete en uno de los agujeros del suelo. Unos brazos fuertes me rodean y me levanta, dando unos pasos hacia la pared lateral del edificio. Se aferra a mí, todavía duro en sus pantalones, mientras respira con fuerza contra mi cara. Levanta el brazo y, por un momento, me estremezco, pensando que me va a dar un codazo en la cara. En cambio, me pone el antebrazo en el pecho para impedir que los brazos se levanten y empieza a subirme el vestido. Grito de nuevo, tan fuerte como me permite la garganta irritada. Cuando voy a gritar por segunda vez, lo que sale es una tos seca. Levanta una rodilla y la coloca entre mis piernas, subiéndola hasta arriba, hasta que la siento. Sigue forcejeando con el cinturón.

—Por favor, David —grito, apoyándome en la pared mientras intento levantar los brazos para golpearlo—. ¡Por favor, no hagas esto!

—Puedes culparte por esto —dice entre dientes, con los ojos azules entrecerrados, mirándome—. Y por lo que le pase a tu novio cuando termine contigo.

Inhalo con fuerza y me muevo con más fuerza, levantando la rodilla de nuevo, pero su espinilla me la bloquea. Me muevo con fuerza de nuevo y logro liberar uno de mis brazos. Le doy un puñetazo, dos

veces. Se ríe, pero escupe sangre al hacerlo, su mirada aún más amenazante mientras ajusta el brazo y me empuja de nuevo.

"Haz eso otra vez y tu novio muere".

Siento una opresión en el pecho. Sé que cumplirá su promesa. Me equivoqué antes al pensar que no podía controlarme. Puede usar a Lachlan. Dejo de forcejear un momento y cierro los ojos con fuerza para pensar en cómo puedo salir de esta situación y asegurarme de que Lach salga ileso. Cuando me detengo, se ríe. De repente, la alarma de incendios se apaga. Sus ojos se abren de par en par al mirarme y grito de nuevo, pero tengo la garganta ronca.

—A un costado del edificio —digo tan fuerte como puedo—. ¡Zona de golf!

Se quita el cinturón y lo tira a un lado, abotonándose el pantalón. Me lleva una mano al muslo y empieza a subir, y sé que solo puedo esperar. Sigo luchando. Estoy agotada, pero sigo intentándolo.

CAPÍTULO 57

Lachlan

—¡No me digas que has buscado por todas partes! —les grito a Ronnie y Derek por la alarma de incendios—. ¡No puede haber ido muy lejos!

Todo mi cuerpo tiembla mientras salgo corriendo en la otra dirección. Con la alarma ensordecedora, no han podido hablar con los dos tipos que se quedaron en la camioneta y están escuchando su micrófono. El dron sigue volando en algún lugar. Sé que es solo cuestión de tiempo antes de que la localicemos, pero no tenemos tiempo. Ella no tiene tiempo. Yo no tengo tiempo. Intento concentrarme y apartar las imágenes que pasan por mi cabeza, pero es imposible. No puedo dejar de pensar en ese maldito psicótico tocándola. La idea de que incluso le toque el brazo es suficiente para dispararme, pero ahí no es donde terminan las imágenes. Todos están contenidos principalmente en el lado izquierdo del edificio, ya que ahí es donde está el espacio para eventos. El baño está al otro lado, pero lo revisamos, revisamos afuera, revisamos... oh, mierda.

Salgo corriendo al otro lado del edificio. Lo revisamos, claro, pero no lo revisamos todo. Imposible. Me quito la chaqueta y la corbata, lanzándolas hacia atrás mientras corro. Los botones de mis mangas se sueltan al subirme la tela hasta los codos. La alarma por fin deja de sonar y la oigo gritar. Corro más rápido. Llego al lateral del edificio y miro a mi alrededor. Hay una zona que nos perdimos. Parece una zona de picnic. Al acercarme, me doy cuenta de que debe ser para jugar al golf.

Lo observo con atención, pero no puedo verlo completo. Cuando por fin lo veo, veo una de sus manos subiendo por su pierna, casi cerca de su trasero. Lyla intenta apartarlo; sus intentos son débiles, como si estuviera cansada y no pudiera contenerlo más. Incluso mientras lo hace, su expresión es vacía, como si ya se hubiera ido a otro lugar. Mi corazón no puede romperse más de lo que está ahora. Mi rabia crece a medida que me acerco a ellos. Para cuando llego a ellos y lo aparto de un tirón, le pido disculpas en silencio, porque sé que no podré parar hasta que esté muerto.

CAPÍTULO 58

Lyla

En un momento, Jameson me respiraba en la cara, tocándome de maneras que me daban ganas de vomitar, y al siguiente, me lo quitaban de encima. Caí al suelo al instante, con el cuerpo temblando incontrolablemente. Oí gritos y vi dos pares de zapatos de vestir a solo unos pasos, pero estaba demasiado paralizado por la adrenalina como para moverme.

—Esto no es asunto tuyo —grita Jameson en voz alta.

Levanto la vista y veo a ambos hombres elevándose sobre mí. Jameson está en forma, pero no como Lachlan. Y aunque no estuviera en mejor forma, Lachlan tiene dos ventajas: su edad y una ira que aguanta el peso de mil hombres.

"¿Pensabas que te ibas a deshacer de mí?", grita Lach, golpeándolo tan fuerte que oigo sus huesos crujir al girar la cara. Lach insiste: "Eres un maldito cobarde".

Rápidamente empiezo a desatarme los talones y me levanto, usando la pared a mi lado para apoyar mis piernas temblorosas. Lach lanza otro puñetazo, y Jameson logra esquivarlo. Atacó a Lach, quien también intentó esquivarlo, pero le rozó la mandíbula.

—Esto no es asunto tuyo —grita Jameson de nuevo, con la rabia reflejada en su rostro mientras empuja a Lachlan—. ¡No es tuya!

Veo el momento en que Lachlan procesa eso. Veo la furia saliéndole por las orejas. Agarra a Jameson por el cuello y lo estrella contra la pared.

"Ella es mi maldita esposa", dice, con una voz tan baja que me da escalofríos.

Los ojos de Jameson se abren de par en par. Empuja a Lach con tanta fuerza que lo suelta y le da otro puñetazo.

—Así es, cabrón. —Le da un puñetazo a Jameson—. ¡Mi puta esposa! —Lo golpea de nuevo, tan fuerte que Jameson se tambalea hacia atrás.

Parece caer a cámara lenta, o quizás solo lo veo así. En cuanto toca el suelo, Lachlan se le echa encima de nuevo, a horcajadas sobre él y lo golpea. Jameson no reacciona.

"Es mía", gruñe mientras asesta otro puñetazo. "Nunca fue tuya".

Por un instante, sigo paralizada. Una parte de mí no quiere detenerlo. No quiero que este hombre viva, pero no puedo arriesgarme a perder a Lachlan. De repente, una oleada de energía serena me recorre el cuerpo y salgo de mi aturdimiento. Es casi como si flotara cuando me acerco a Lachlan. Me lanzo hacia adelante y grito su nombre

una, dos veces. Él se aparta, jadeando tan fuerte que parece que va a hiperventilar, pero sé que no va a detenerse.

"¡LACHLAN!"

Sus ojos se vuelven salvajes cuando me mira, luego mira a Jameson.

—Lach. Para.

Gruñe, con los ojos entrecerrados, mientras sigue mirando al hombre en el suelo. Está demasiado perdido. Lo intento todo. Le tiro del brazo, le agarro los hombros. Intento abofetearlo.

Jameson finalmente emite algún tipo de sonido, un jadeo, una especie de gorgoteo, la única señal de vida que he oído hasta ahora. El rostro de Lachlan se transforma de nuevo, la ira se intensifica. Lo rodeo con los brazos. Está temblando, con la rabia descontrolada, la adrenalina o ambas, recorriéndolo.

—¡Mírame! —grito—. ¡MÍRAME!

Sigue respirando con dificultad. A lo lejos, oigo sirenas. Tiene que largarse de aquí. Me muevo y caigo de rodillas, agarrándole la cara y girándola para mirarlo a los ojos. Me quedo sin aliento. Hay una mirada perdida en ellos que me dice que está aquí, pero no es cierto. Las sirenas suenan más fuertes. Estoy seguro de que el agente Hugh de Jameson no está. Como jefe de policía, ya no aparece en los sitios, pero si se entera de que Jameson está involucrado, puede que lo haga, y eso sería un desastre.

Cuando nos fuimos hace tres años, Marissa llamó a la policía de Fairview y les contó todo. Dijeron que lo investigarían y nos contactarían. Nunca lo hicieron. Sabíamos que no lo harían. Sabíamos que en cuanto la noticia llegara al oficial Hughes, quedaría enterrada bajo toda la corrupción que habían enterrado.

Lach se mueve como si intentara sacarme de encima, así que agarro su cara con más fuerza.

—Cariño, por favor —susurro, mirándolo a los ojos—. Por favor. Por favor. Por favor, no hagas esto. No puedo perderte otra vez.

Sigue con la mandíbula apretada. Intenta mover la cara, y de nuevo, lo abrazo fuerte.

—Por favor, Lachlan. Lo prometiste —digo, con el pecho temblando por lágrimas que ya no puedo contener—. ¡Joder, lo prometiste!

Intenta moverse de nuevo. Le rodeo el cuello con los brazos y lo aprieto fuerte esta vez. "No puedo perderte", le digo, con la voz ronca de tanto gritar y llorar. "Por favor, Lach. No me hagas esto. Nunca te lo perdonaré si no paras".

Me aparto y lo observo tragar saliva. Su expresión se relaja un poco, su mandíbula se afloja y su respiración se vuelve más lenta. Sigue temblando y con esa mirada perdida. Le quito las manos de la cara y las busco. Tiene los nudillos en carne viva y ensangrentados mientras le abro los puños apretados, lo que seguro debe doler, pero su expresión

no flaquea. No aparta la mirada de la mía mientras lo ayudo a bajarse de Jameson. Se levanta lentamente, dejándome sujetar sus manos. Tengo cuidado, evitando el contacto con sus heridas. Sus ojos empiezan a recuperar la concentración poco a poco mientras se quedan fijos en mí. Consigo alejarlo unos pasos del cuerpo de Jameson.

—Te amo. —Suelto una de sus manos para acercar la mía a su rostro, rozándolo suavemente con el dorso. Examino su rostro. Tiene un pequeño corte en el labio, pero por lo demás, parece ileso. Me lamo los labios, saboreando las lágrimas al volver a mirarlo a los ojos—. Te amo —repito, asegurándome de que me oye.

Respira hondo, cierra los ojos y lleva ambas manos a mis mejillas, limpiando tiernamente mis lágrimas con sus pulgares. Apoya su frente contra la mía y respira hondo, como si intentara llevarse algo de mi oxígeno con él. Tal vez lo sea. Puede con todo, por lo que a mí respecta. Solo necesito que esté bien. Presiona sus labios contra los míos. El beso comienza lentamente, su lengua rozando las comisuras de mis labios antes de deslizarse dentro de mi boca. Cuando nuestras lenguas se encuentran, mueve sus manos más atrás para ahuecar mi nuca con sus largos dedos y acercarme lo más posible a él, intensificando el beso. Deja escapar un profundo gemido que viaja a través de mí, hasta los dedos de mis pies. A lo lejos, oigo gente gritando, las sirenas aún aullando. Parecen muy lejos mientras nos besamos. No existe nada más, solo sus labios sobre los míos y sus manos sujetándome, como si temiera que desaparezca. Me separo primero, poniendo los pies en el suelo, pero no me alejo de él. No puedo. La intensidad de su mirada me dificulta la respiración.

"Eres mía", dice, su voz tan baja que casi no lo oigo por encima del ruido.

“Solo he sido tuyo.” Pongo mis manos sobre sus muñecas y lo sostengo allí.

Respira hondo y tembloroso mientras me sostiene la mirada, como aliviado de oír la confirmación de mis labios. Ojalá pudiera envolverlo, esconderlo dentro de mí y alejarlo de este lío. Ojalá pudiera llevarlo a un lugar seguro, mientras lidio con todo esto como debería haberse lidiado desde el principio.

De rabillo del ojo, veo gente corriendo hacia nosotros. Bajo las manos de Lach de mi cara mientras retrocedo un paso. Ronnie llega primero. Echa un vistazo a Lach, abre mucho los ojos y vuelve su atención hacia mí. Detrás de él, aparecen Derek y los otros dos hombres. Se dirigen directamente a Jameson y le toman el pulso.

"¿Estás bien? ¿Necesitas atención médica?", pregunta. "¿Él?"

—Estoy bien. —Miro los nudillos de Lach—. No sé. Necesita limpiarse esto.

“El dron siguió sobrevolando la zona…” Parecía preocupado, así que levanté una mano para detenerlo.

—Estoy bien —digo—. ¿Has...? —Trago saliva—. ¿Has captado algo por el micrófono?

—Todo —dice. Su expresión dura no cambia, pero veo la tristeza en sus ojos—. Pueden irse. Derek los acompañará al hotel. Si se quedan, tendrán que responder preguntas.

—Lo sé. —Me muerdo el labio y miro hacia el sonido de las ambulancias y las sirenas de la policía.

No puedo ver nada desde aquí. Es como si estuviéramos encerrados en una caja. Oigo que se desata más caos. Lo pienso un momento. Si me quedo, tendré que responder preguntas que ya deberían haber sido respondidas. Durante mucho tiempo, me culpé por no haber hablado antes, pero me niego a llevar esa carga por más tiempo. Era un niño. Ni siquiera sabía lo que me estaba pasando, y cuando finalmente lo confirmé, mi madre y mi mejor amiga fueron asesinadas. No podría haber hecho nada para detenerlo en ese entonces. No tuve el apoyo que necesitaba. Claro, tenía a Marissa y Prescott, pero también estaban muertos de miedo. Éramos niños. Hicimos lo que teníamos que hacer para sobrevivir: Mar se fue de fiesta, Pres se sumergió en el hockey y la escuela, y yo me despegué. La supervivencia se ve diferente en cada persona. No se nos puede juzgar por lo que hicimos o dejamos de hacer, pero ya es suficiente.

Miro a Lachlan. "Ve con Derek. Yo me encargo de esto".

—No. —Entorna un poco los ojos al mirarme. Es todo lo que dice y hace. Aún está bajando de la adrenalina.

—¿Crees que lo que tenemos en el micrófono será suficiente para... sacarnos de este lío? —pregunto en voz baja.

—Sí —dice—. Nos encargaremos de todo. No tienes que preocuparte. No tienes que quedarte.

—Quiero —susurro, aclarándome la garganta—. Quiero hablar con la policía, aunque solo sea para desenmascarar al tipo de hombre que han estado protegiendo todos estos años.

Ronnie me sonríe levemente y me pone una mano en el hombro. A mi lado, Lachlan emite un sonido. Ambos lo miramos y lo encontramos fulminándolo con la mirada, quien me aprieta suavemente antes de soltar la mano.

"Sólo quiero que sepas que todos pensamos que eres un maldito rudo", dice.

Sucede en un instante: se me llenan los ojos de lágrimas y me tiembla el labio. El sonido que sale de mi garganta es una mezcla de risa y sollozo. Nada de lo que he hecho me ha parecido heroico ni muy rudo, pero el hecho de haber sobrevivido tanto tiempo demuestra mi resiliencia. Respiro hondo y me limpio la cara rápidamente.

“Gracias”, digo y empiezo a caminar fuera del área.

Los otros dos ya se llevaron a Jameson. No sé ni me interesa preguntar qué harán con él. Pueden entregarlo a las autoridades o

enterrarlo en una zanja, por mí, siempre y cuando no le devuelvan nada a Lachlan. Ahora mismo, es lo único que me importa.

"Estoy justo detrás de ti", dice Ronnie mientras lo sigue.

Agarré el brazo de Lach mientras caminábamos. En cuanto salimos del área, un oficial se abalanzó sobre nosotros. Todo mi cuerpo se tensó de miedo. Ya había visto lo que pasaba después demasiadas veces.

Ronnie se interpone entre nosotros y el oficial. "Necesitan que un médico los revise. Responderán preguntas cuando estén listos".

Abrí los ojos de par en par mientras observaba, esperando a que el agente le aplicara la pistola eléctrica o algo así. No lo hizo. Simplemente retrocedió y nos dejó seguir caminando. Al llegar a la acera, noté que mucha de la gente del almuerzo seguía allí. Dos paramédicos corrieron hacia nosotros, así que solté el brazo de Lachlan. Uno se acercó a mí y el otro a él. Ambos nos hablaron mientras nos llevaban a las ambulancias. Miré por encima del hombro para asegurarme de que Lachlan seguía caminando y vi al paramédico intentando llevarlo a otra ambulancia. Lo ignoró y se acercó a mí.

"Yo voy a donde ella va", es todo lo que dice, pero su tono no deja lugar a discusión.

Compartimos asiento dentro de la camioneta mientras nos revisan. Sé que estoy bien, pero los dejo porque, en el estado en que está, no estoy segura de que Lach los deje si no lo hago. Nos acercamos al borde de la ambulancia mientras le limpian las heridas. Estoy mirando las luces cuando veo a mi padre corriendo entre el caos, a toda prisa. Corre hacia Jameson, a quien ahora veo que se lo llevan en una camilla. El policía que se abalanzó sobre nosotros antes nos señala, y los ojos de papá se abren de par en par al verme. Corre hacia mí y Ronnie lo detiene de inmediato. Ambos son altos y anchos, pero Ronnie se gana la mirada y mi padre da un paso atrás, mirándome por encima del hombro de Ronnie.

—No pasa nada —digo, aclarándome la garganta. Ronnie me mira —. Puede pasar.

—Dios mío, Lyla. ¿Qué demonios ha pasado? —pregunta, corriendo hacia mí y poniéndome una mano en la frente como cuando era pequeña y tenía fiebre. Probablemente esa fue la última vez que le importó—. ¿Estás bien? —pregunta rápidamente.

"Estoy bien."

Mira a Lach, luego las heridas que están limpiando y luego su rostro. "¿Estás bien?"

—Estoy bien —espeta, mirando fijamente a mi padre.

Papá observa su expresión y me mira de nuevo. "¿Qué demonios pasó?"

—Ronnie —digo, y espero a que se dé la vuelta—. Dile al agente que estoy lista para hablar. Una mujer. Solo hablaré con una mujer. — Vuelvo a mirar a papá—. Quédate aquí y escucha.

Lo hace, con una expresión de preocupación en el rostro. Una agente se acerca. La mayoría de los agentes se presentan por sus apellidos. Ella solo nos dice que la llamemos Amy. Probablemente es una táctica que usa para que la gente se sienta cómoda. Funciona. Le cuento todo: desde lo que pasó cuando tenía catorce años hasta lo que pasó la noche del accidente. Cuando llego a esa parte, papá, que ya estaba llorando, pierde los estribos. Da un paso hacia mí y yo retrocedo, porque es un movimiento repentino y ya estoy nerviosa. Lach se levanta de golpe y se pone cara a cara con mi papá.

—No la toques, carajo —dijo furioso—. No mereces llamarla tu hija.

—Lach. —Salto del borde y, desde atrás, lo abrazo por la cintura—. Tranquilo. Deja que terminen de limpiarte.

Hace lo que le pido, pero mantiene la mirada fija en mi padre, que se encorva, apoyando las manos en las rodillas mientras se dobla por la mitad, llorando con más fuerza. Nunca he visto llorar a mi padre. Lo he visto reír y gritar, pero nunca llorar. Duele un poco verlo, pero no lo suficiente como para consolarlo. Cuando terminan de vendarle las manos a Lachlan, le explican qué tiene que hacer y con qué frecuencia debe cambiarse las vendas. Les digo que sé cómo hacerlo y, por fin, nos tachan de su lista. Nos quedamos en la cornisa mientras otro policía se acerca. A pesar de que le conté todo a Amy, la policía quiere que vaya a la comisaría.

—No —dice papá, con voz dura mientras se recompone—. No van a ir a una maldita comisaría sin un abogado. —Me mira—. ¿Adónde vas ahora? ¿Quieres volver a casa?

Me burlo. *Mi hogar.* No recuerdo la última vez que pensé en su casa como mi hogar. No me opongo a ir. Una parte de mí aún espera poder salvar lo que quede de mi deteriorada relación con mi padre. Esa misma parte de mí quiere demostrar que puedo entrar en esa casa y salir ilesa. No he puesto un pie en esa casa desde la noche en que murió mi madre, y siento que ya debería haberlo hecho.

—Te aviso. Quizás nos pasemos —le digo a mi papá después de un momento—. Tenemos que ir al hotel primero.

"Por favor", dice, y se calla al oír sus palabras. "Lo siento mucho, Lyla. Lo siento muchísimo". Empieza a sollozar de nuevo.

Esta vez, salto del borde y lo abrazo. Papá es un hombre grande. Sollozos fuertes lo desgarran y tiemblo en respuesta. Se disculpa repetidamente. Intento contener las lágrimas, pero corren libremente por mis mejillas. Es la forma en que me abraza, como tantas veces había deseado que lo hiciera. Es otro recordatorio de lo que no hizo y la comprensión de algo que no sabía que me estaba perdiendo. Cuando me alejo, ambos nos limpiamos la cara.

“Por favor, pasa por aquí”, dice otra vez.

—Lo haré. —Intento sonreír—. Quizás esta noche. Sin duda, antes de irnos.

Lo dejo con esa promesa y dejo que Lachlan, ya no en shock, me guíe hasta el auto.

CAPÍTULO 59

Lachlan

DEBERÍA HABERLO MATADO. El pensamiento ha estado dando vueltas en mi cabeza sin parar. Hice lo que Lyla me pidió y me detuve cuando me lo pidió. Todavía estoy considerando presentarme en el hospital y ponerle una almohada sobre la cabeza mientras está allí. Tenemos un audio claro de él asumiendo la culpa por el accidente que mató a su madre, el supuesto suicidio de Luke y matando a otra chica, lo que debería ser suficiente para encerrarlo de por vida. Pensé que el castigo sería suficiente, pero no lo es. Tiene demasiados contactos y no confío en que nuestro sistema judicial lo mantenga tras las rejas. Lo quiero muerto. Cada vez que revivo lo que pasó, mi ira se reaviva. Cuando lo vi tocándola y desabrochando sus pantalones, listo para bajárselos... mierda. Y luego, tuvo el descaro de llamarla suya. Creo que eso es lo que finalmente me hizo perder el control la segunda vez. Se defendió, pero no tuvo ninguna oportunidad.

Todo lo que pasó después es borroso. Recuerdo a Lyla abrazando a su padre y marchándose. No recuerdo haberme duchado al llegar, pero debí de haberlo hecho, ya que estoy sentado en la cama bajo las sábanas, en camiseta y pijama. Tengo un dolor de cabeza terrible. No sé si lo digo en voz alta, pero Lyla sale del baño con un frasco de ibuprofeno en la mano. Me da la medicina, me acerca un vaso de agua a los labios y lo deja en la mesita de noche. La veo coger unas vendas limpias y subirse a la cama, sentándose frente a mí encima de las sábanas.

Protesto y la obligo a levantarse para que pueda sentarse conmigo bajo las sábanas. En cuanto su trasero está sobre el colchón, la atraigo hacia mí, hundiendo mi cara en su cuello y respirando su aroma durante un par de segundos. Minutos. Horas. Días. No estoy seguro. La verdad es que no me importa. Cuando se aparta, se arrodilla entre mis piernas y me quita las vendas. Me pasa la mano por la cara suavemente, mientras me mira con esos hermosos ojos marrones suyos en los que quiero vivir.

“¿Cómo te sientes?”, pregunta en voz baja, mientras coloca su mano en su regazo.

"Bien."

Me mira fijamente. «Inténtalo de nuevo y dime la verdad esta vez».

Suspiro profundamente, llevándole las manos vendadas a la cara. "Ojalá lo hubiera matado."

—Lo sé —susurra—. Me alegro de que estés aquí conmigo.

—Te hizo daño. —Bajé las manos y me detuve para tragar saliva a pesar del dolor de garganta—. Podría haber...

Ni siquiera puedo decir esa maldita palabra. Me duele pensarlo, y mucho más hablarle al universo.

—No lo hizo. No lo habría hecho. —Extiende la mano y me aprieta la cara cuando intento apartar la mirada—. Sabía que vendrías a buscarme. Siempre lo haces.

Esta maldita chica. La atraigo hacia mí otra vez, abrazándola con más fuerza esta vez. No sé qué habría hecho si me hubiera agarrado. Supongo que habría ido a la cárcel por asesinato. Pero entonces no tendría esto. No la tendría. Y sé que estaría perdido sin ella. Estaba *perdido* sin ella antes de encontrarla de nuevo.

—Te quiero tanto —me susurra al oído—. Moriría sin ti.

No lo haría. Ambos sabemos que no lo haría. Probablemente yo sí, pero es demasiado fuerte para morir con el corazón roto. Aun así, se siente bien oírla decir esas palabras, aunque me duela el pecho. La idea de estar sin ella es insuperable. Cierro los ojos y me concentro para no lastimarla apretándola más, pero es lo que quiero hacer. Quiero moldearla a mi manera. Quiero que todo su ser forme parte de mí para no tener que vivir ni un solo momento sin ella.

—Joder, Lyla James —exhalo.

“Necesito volver a vendarte las manos”, dice ella cuando intenta apartarse y no la dejo.

La dejé ir, solo porque sabía que me pelearía si no la dejaba. Me agarró una mano y empezó a desenvolver la venda con cuidado, disminuyendo aún más la velocidad al llegar a las heridas. Esta vez sí que me jodí. Nunca he sido muy exigente, así que no me meto en muchas peleas. Al menos no lo era hasta que jugué en Florida y siempre estaba enfadado. En el hielo, nunca es personal. Con Jameson, era demasiado personal.

"¿Te duele algo más?", pregunta, mirándome fijamente con preocupación. "Tienes las costillas un poco magulladas, pero no te quejaste en la ducha".

“¿Me bañaste?”

Sus labios se contraen. "Sí."

¡Joder! ¿Me bañó y ni siquiera me acuerdo? "Probablemente necesite mucha ayuda para bañarme los próximos días".

“¿En serio?” Ella se ríe, y sus labios se curvan en una de esas increíbles sonrisas suyas.

—¿De verdad? —Le separo la mano, con la venda colgando, mientras le ahueco la cara y la beso—. Gracias.

Parpadea, arquea las cejas al oír mis palabras, y me pregunto si piensa que soy un desagradecido. Ya le he dado las gracias antes... ¿verdad? Joder, quizá no. Debería empezar a hacerlo todos los días que esté conmigo.

"No tienes que agradecerme", dice. "Debería ser yo quien te lo agradezca".

La presión en mi pecho se afloja y le sonrío. «Nunca tienes que agradecerme por protegerte. Ese es mi trabajo».

"¿Tu trabajo?" Sus labios se curvan mientras vuelve a la venda en mi mano derecha. "¿Cuál es el puesto exactamente?"

"Marido."

Ante esto, ella sonríe —mi sonrisa— y me mira a los ojos. Joder. ¿Cómo demonios tuve tanta suerte?

"Esposo", repite, sin dejar de sonreír mientras empieza a limpiarme los nudillos con toallitas antisépticas. "¿Qué más hay en esta descripción del trabajo? Sin duda, lavandería".

Me río. «Lavar la ropa, a veces cocinar aunque necesite recetas, sacar la basura, echar gasolina al coche...».

"Puedo cargar mi propia gasolina", se ríe, sacudiendo la cabeza.

“Sé que puedes, pero a partir de ahora lo haré yo”.

Sus ojos se posan en los míos y posa mi mano suavemente en su regazo. "¿Qué más?", pregunta, ahora genuinamente intrigada.

“Orgasmos.”

Ella vuelve a sonreír ampliamente. "Supongo que estás contratado".

"¿Quieres que pruebe el puesto?", pregunto, sintiendo mi cuerpo calentarse al instante.

Se muerde el labio, con los ojos ardiendo al mirarme, pero niega con la cabeza. "Tengo que terminar aquí".

“Es una oferta permanente”, digo, y sus ojos se oscurecen aún más.

¿Cómo demonios espera que me siente en la cama con ella y no me la folle? Es imposible. Intento recordar, pero no logro identificar el momento exacto en que empecé a sentirme así. No importa. La sensación llegó para quedarse y no creo que pueda quedarme aquí sin follarla. Intento distraerme mirando sus manos, pero su anillo me llama la atención y quiero follarla otra vez. ¡Dios mío! Me quedo mirando la sudadera extragrande Fairview Blaze que lleva puesta, pero ahora quiero saber si está desnuda debajo. Exhalo profundamente y miro hacia el baño.

"¿Qué pasa?" Sus manos dejan de moverse.

“Estoy tratando de distraerme para no follarte en medio de esto”.

Ella se ríe a carcajadas, echando la cabeza hacia atrás, y yo siento que sonrío y me río un poco también.

"Concéntrate en lo que estoy haciendo", dice. "O enciende la televisión".

—No. Estoy concentrado. Estoy concentrado. —Encorvo los hombros y respiro hondo. Me mira, con la mirada divertida iluminando sus ojos mientras niega con la cabeza. Vuelvo a mirar sus manos

mientras se pone las vendas—. ¿Te enseñaron a hacer esto en la facultad de medicina?

"¿Puedes creer que no lo hicieron?"

—¿Qué demonios? —pregunto—. ¿Y eres médico?

—Todavía no. —Me mira—. Estoy preparada para mi residencia, donde aprenderé cosas esenciales.

"¿Qué tal si le sacamos sangre?"

"Puedo hacerlo."

"¿Qué pasa con las vías intravenosas?"

—Yo también puedo. —Me mira—. Llevo vendando mis muñecas y tobillos desde los trece años.

¿Ah, sí? ¿Estabas en el campo, peleando con la gente?

Ella se ríe. "A veces, me caía y me agarraba mal o golpeaba *el campo* demasiado fuerte después de una derrota, y mis tobillos... bueno, eso es obvio".

"¿Golpeaste 'el campo' cuando perdiste un juego?" Siseo, apartando mi mano de ella mientras se limpia un feo corte que tengo en mi nudillo medio izquierdo.

—No, ganábamos los partidos. —Me mira de nuevo a los ojos y me retira la mano—. Normalmente era cuando fallaba un penalti.

"¿Te enojaste lo suficiente como para golpear el campo porque fallaste un tiro penal?"

"El campo", dice, con tono molesto. Me aguanto la risa. "Y sí, los penaltis son facilísimos. No debería haberlos fallado".

Me quedo mirando su cabeza un momento, mientras ella baja la mirada y me venda la mano izquierda. Me da igual lo que diga, debería estar en el campo, en la cancha, como se llame.

"Eres demasiado competitivo para no jugar", le digo.

“No voy a jugar, pero si lo hiciera, si decidiera probar para el equipo profesional”, comienza, “nunca nos veríamos”.

“Por supuesto que lo haríamos.”

Levanta la cabeza de golpe y me mira fijamente. "Vas a volver al hielo antes de que empiece la próxima temporada".

"Supongamos que ocurre un milagro y vuelvo al hielo", digo. "Estaría acabado más o menos cuando empiece tu temporada".

"¿Cómo lo sabes?"

Ladeo la cabeza. "Vamos, Lyla James".

—Estás loco. —Se ríe mientras empieza a recoger las vendas ensangrentadas y la cinta adhesiva usada—. ¿Qué vas a hacer, viajar conmigo?

Eso es exactamente lo que haríamos. Viajarás conmigo y yo viajaré contigo.

—Lach —dice con una voz que me pide *ser realista* . No me gusta.

“Vamos a dejar esto pendiente”, le digo sonriendo cuando ella pone los ojos en blanco.

—Bien. —Se levanta de la cama y va al baño. Me levanto y la sigo.

Me cruzo de brazos y me apoyo en el marco de la puerta. "¿Has hablado con tu papá?"

Ella mira mi reflejo mientras cierra el grifo y se seca las manos. "Me envió un mensaje".

"¿Y?"

“Él quiere que vayamos.”

Ella se acerca y se para frente a mí, con la espalda contra el otro lado del marco. Personalmente, no quiero ver a su padre en absoluto, pero si quiere ir, apoyaré su decisión y la acompañaré.

"¿Quieres ir?"

—Yo... —Se cubre la cara con ambas manos y se frota los ojos—. Es complicado.

—Dime. —Extiendo la mano y agarro suavemente sus muñecas, bajando sus manos de su rostro.

“No he estado dentro de la casa desde que murió mi mamá”.

Parpadeo. "¿En absoluto?"

—Para nada. —Se muerde el labio y aparta la mirada un momento antes de volver a mirarme a los ojos—. No vivía allí en ese momento. Después me mudé a la casa de huéspedes, no porque quisiera estar cerca de la casa ni de mi padre, sino porque... —Se muerde el labio de nuevo y aparta la mirada. Le agarro la cara y la vuelvo hacia mí.

—Dime. —Paso la yema de mi pulgar por su mejilla.

No sé. Ya no podía estar con mis compañeros. Eran tan dulces y me apoyaban mucho, pero yo no podía hacerles eso. Me fui a la casa de huéspedes una noche porque necesitaba escaparme, y una noche se convirtió en un año y medio, y entonces Marissa me convenció de ir al apartamento.

“¿Y nunca entraste a la casa después?”

Ella niega con la cabeza. "Ni siquiera para un vaso de agua. Tenía todo lo que necesitaba y lo que me faltaba, lo llevaba o lo recogía al ir y volver de la escuela en coche".

"¿Estás seguro de que estás listo para regresar ahora?"

—Lo soy. —Ella asiente con decisión.

“¿Porque ya no es una amenaza?”, pregunto.

"Porque estarías conmigo", dice ella en voz baja.

Siento una opresión en el pecho de nuevo. Estaba insensible cuando la conocí, cerrada a todo el mundo, y de alguna manera, me dejó entrar. De alguna manera, decidió confiar en mí. *En mí* . Voy a pasar el resto de mi vida protegiendo a esta mujer. Bajo la cara y la beso profundamente; mi corazón late descontroladamente mientras se inclina hacia mí. Al apartarme, apoyo mi frente contra la suya.

"Te amo muchísimo", susurro.

"Lo sé", dice, y me separo por completo, solo porque oigo la sonrisa en su voz y necesito verla, necesito experimentarla. Me alegro de ello,

porque esa sonrisa lo es todo.

CAPÍTULO 60

Lyla

Papá lleva una bebida en la mano cuando nos abre la puerta. Tiene mala cara: ojos rojos, ojeras y la camisa desaliñada. Cojo la mano de Lachlan y entrelazo los dedos para no hacerle daño. Ya me cuesta bastante poner un pie en esta casa, pero será peor si papá se pone a llorar otra vez.

"Para que quede claro", dice Lachlan antes de entrar. "No creo que merezcas ni un segundo de su tiempo".

—Estoy de acuerdo, y por eso estoy tan agradecido de que esté aquí. —Papá da un paso atrás para darnos espacio.

Al principio, intento mantener la vista fija en la enorme escalera doble que pasa por el gran vestíbulo, pero aun así, mi mirada se desvía hacia un lado. Me quedo sin aliento, pero el horrible sofá en el que me atacaron no está. Lo volvió a colocar. Exhalo y aflojo la presión sobre los dedos de Lach. La casa aún huele a producto morado que usan las señoras de la limpieza para limpiar el suelo. Papá cierra la puerta tras nosotros y suelto la mano de Lachlan mientras nos dirigimos a la cocina, donde se desarrollan todas las conversaciones. Nos acomodamos en el comedor informal.

"¿Puedo invitarte a algo de beber?", pregunta papá, mirándonos a cada uno.

“¿Qué estás bebiendo?” pregunta Lach.

"Borbón."

"Tomaré un poco de bourbon entonces."

—Tomaré lo mismo —digo mientras papá se aleja. Sonrío al ver la diversión en los ojos de Lachlan—. ¿Qué? Me gusta el bourbon.

—No he dicho nada. —Se inclina y me besa suavemente—. ¿Estás bien?

—Lo soy. —Trago saliva y susurro—: Cambió el sofá.

La expresión de Lach se ensombrece al apartar la mirada. Tomo su rostro entre mis manos y lo acerco al mío.

—Estoy bien —digo—. Estoy bien porque estás aquí conmigo.

Estira sus largos brazos y me atrae hacia su pecho firme, hundiendo su rostro en mi cuello. Siento que desaparezco cada vez que me abraza. Es mi lugar favorito.

"Dios, Lyla James", dice con una exhalación que me hace cosquillas. "Eres la persona más fuerte que conozco".

Papá se aclara la garganta y yo me aparto, reclinándome en mi asiento. Papá pone las bebidas delante de nosotros y se sienta con las suyas. Lachlan toma las mías y bebe un sorbo primero. Papá observa con el ceño fruncido.

"Tu mejor amigo solía drogarla antes de violarla", explica Lach con voz dura.

Le lanzo una mirada, pero no me hace caso. A papá se le desmorona la cara. Se tapa la cara cuando empieza a llorar. Tomamos un sorbo de nuestras bebidas y esperamos a que se recupere. Se seca la cara y respira hondo.

"Lo siento mucho", dice, negando con la cabeza. "Lo siento mucho".

"Gracias."

—Ojalá me lo hubieras dicho —dice en voz baja—. Te habría creído.

Aprieto las manos bajo la mesa, luchando con eso. Sé que lo dice en serio, pero no estoy segura de que hubiera hecho alguna diferencia. Incluso si hubiera pensado que me habría creído, me daba vergüenza hablar. Tal vez si lo hubiera hecho, mamá seguiría viva. Luke seguiría vivo. Aparto esos pensamientos de mi mente. No puedo cambiar lo que pasó.

—Mamá lo atrapó —digo, carraspeando—. La última vez. Así fue como ocurrió el accidente. Nos sacó de la carretera.

—Dios mío. —Papá cierra los ojos y respira hondo—. Estuvo allí todo el tiempo en el hospital, llorando conmigo. Estuvo en ese mismo hospital cuando ella te dio a luz, por Dios.

"Es un sociópata psicótico", digo sin rodeos y paso al tema que realmente me interesa. "Si muere en el hospital, ¿culparían a Lachlan?"

"Sería debatible, pero fue en defensa propia", dice papá. "No creo que muera, al menos no mientras esté allí, pero aunque muera, me encargaré de ello".

"¿Podemos dejar de mencionar a Lyla en esto?", pregunta Lach. Miro su rostro de golpe. Me sostiene la mirada. "No quiero que te involucres".

"No quiero *que te* involucres", le digo bruscamente.

"Me involucró la primera vez que te tocó", dice con los ojos entrecerrados. "Me involucró de nuevo la noche que nos atacó. Me involucró cuando me dejaste, cuando me sacó de mis contratos a la fuerza y cuando intentó violarte hoy. Créeme, estoy involucrado, joder".

—Dios mío —susurra papá frente a nosotros—. ¿Qué demonios?

—Para —coloqué mis manos en los antebrazos de Lachlan al sentir que su ira crecía. Sus músculos se tensaron bajo mi agarre. Esperé a que su ira se disipara, al menos un poco—. Respira hondo.

Traga saliva con fuerza, flexionando los músculos de nuevo antes de hacerlo. Me vuelvo hacia mi padre.

“También mató a Luke”, digo.

"¿QUÉ?" Los ojos de papá se abren aún más. "¿C-cómo?"

“Luke le dijo que iba a la policía, así que Jameson le disparó y lo montó para que pareciera un suicidio”, digo. “Lo cual no sucedió. Luke ni siquiera estaba en el suelo cuando lo encontré”.

—Joder, Lyla. —Papá parece que va a vomitar, pero logra respirar —. ¿Has estado cargando con todo esto sola todo este tiempo?

—No, Marissa y Pres lo sabían. Después de un tiempo, me desapego tanto que no podía sentir nada —digo—. Fue la única manera de sobrevivir.

"Lo siento", dice de nuevo.

—Te perdono —digo—. Ya terminé con esto. Con todo. Solo necesito asegurarme de que no acusen a Lachlan de nada.

"No lo será", dice papá al instante. "Si llega el momento, me encargo", repite, tomando un sorbo de su bebida y mirando la mesa. "Los padres de Luke siguen muy disgustados por esto", susurra. "Es comprensible. Yo sigo disgustado por tu madre".

Solté una carcajada. "¿Qué le pasó a Marie? ¿No estaba ella ayudando con eso?"

—Se ha ido. —Los ojos de papá brillan—. Y sí, cedí y cedí a sus insinuaciones. Estaba hecho polvo y Marie siempre estuvo ahí. Eso no significa que me quitara el dolor ni que reemplazara a tu madre. Nada puede hacer eso.

—Sin embargo, ella estaba allí. —Frunzo los labios y aparto la mirada—. Antes, durante y después.

—Eso es una puta mierda, Lyla —grita papá, golpeando la mesa con el puño.

—Cuidado —dice Lach en voz baja y amenazante. Le agarro la parte inferior de la camisa para que no se levante. Sus rodillas empiezan a temblar—. No le hables así, carajo —dice furioso.

—Lo siento, pero eso es una tontería —dice papá, bajando la voz mientras le tiembla la mandíbula—. Tu madre y yo tuvimos nuestros problemas cuando éramos mucho más jóvenes. No tuve una aventura con Marie. Ella siempre estaba presente ayudando con las campañas, pero tu madre siempre estaba ahí y sabía que yo no lo haría.

—Bueno, supongo que si ella siempre estuvo ahí, su intuición probablemente era correcta —digo.

“Eso no significa que la haya engañado”.

—Da igual. Ni siquiera importa —murmuro.

“Marie se fue. Cuando te fuiste, yo…” Niega con la cabeza, con los ojos llorosos de nuevo. “Lo perdí. No pude soportar perderte a ti y a tu madre. Renuncié a mi puesto de alcalde. Le dije a Marie que se fuera a la mierda. Durante un año, me quedé aquí sentado.” Deja de hablar, con la ira brillando en sus ojos. “David fue el único que logró convencerme.”

Continúa: «Me rompió el corazón cuando no te despediste, y peor aún cuando te llamé y tu teléfono estaba desconectado. Prescott me dijo que estabas bien e hice todo lo posible para que hablara, pero no quiso. Intenté que lo siguieran para ver si podía encontrarte, pero no lo conseguí». Se burla. «Ahora te lo agradezco, ya que habría llevado a David hasta ti». Golpea la mesa con los puños. «Ese cabrón».

—No me habrías encontrado —digo—. Me cambié el nombre y me mudé a Rodas.

Papá frunce el ceño. "¿En serio?"

"Sí."

—¿Te quedarás ahí ahora que...? —Traga saliva—. ¿Ahora que es seguro?

—No estoy seguro. Probablemente. —Me encojo de hombros.

"¿En serio?" pregunta, con la voz entrecortada por la incredulidad.

—De verdad —me río—. Es una ciudad de verdad, ¿sabes? Está creciendo muy rápido. Es una ciudad con un aire de pueblo pequeño. Es preciosa. Me encanta.

—Sí, he oído que mucha gente se muda allí —dice, y mira a Lachlan —. ¿Te mudarás tú?

"Voy adonde ella vaya", dice, poniendo una mano vendada sobre la mía. "Todavía no hemos decidido dónde viviremos".

Se me ocurre que tenemos muchas cosas importantes que discutir. No me preocupa nada, pero aun así son decisiones que debemos tomar juntos.

“¿Qué haces ahora que ya no eres alcalde?”, le pregunto.

"Solo me centro en los concesionarios de coches. Y en algunos bienes raíces", dice. "Cosas que me mantienen ocupado, pero que no me obligan a tomar decisiones trascendentales".

"Qué rico", digo, y lo digo en serio. Le doy un trago enorme a mi bourbon y trato de no estremecerme porque me quema la garganta.

—Entonces, te vas a casar —dice papá.

"Sí."

—Qué bien. —Sonríe con su sonrisa genuina, no la que ha tenido durante nueve años—. Felicidades.

—Gracias —decimos Lach y yo al unísono.

Probablemente debería aprovechar esta oportunidad para invitarlo a la boda. Me encantan las segundas oportunidades y sé que después de esta conversación, lo dejaré volver a mi vida. No sé hasta qué punto, pero sé que lo quiero. Sin embargo, no estoy segura de cómo me siento con su presencia en la boda. Ni de cómo se sentirá él estando allí y no acompañándome al altar. Creo que nos perjudicará a ambos si no lo hace, pero no sé si quiero darle ese privilegio. Tomo otro sorbo de bourbon y tomo una decisión.

—Prescott me acompañará al altar —digo—. Si quieres estar ahí, yo... —Me aclaro la garganta—. Me encantaría que estuvieras ahí, pero no sé cómo te sentirías si estuvieras entre el público y no me acompañaras al altar. —Bajo la mirada un momento—. No sé cómo me sentiría si estuvieras ahí y no me acompañaras al altar, a pesar de todo, pero...

—Pero no estás del todo segura de querer que lo haga —dice—. Es justo. Entiendo que perdí ese privilegio hace mucho tiempo. Y sí, creo

que te dolerá ver a alguien más acompañándote. —Hace una pausa, con los ojos llenos de lágrimas—. Pero dolerá más si no estoy el día que mi hijita se case.

Mi madre tampoco estará. La emoción me invade rápidamente, alojándose en mi garganta. Ya sé que no podré contener las lágrimas, así que vuelvo la cara hacia Lachlan, intentando ocultarlo. Me atrae hacia él, su gran cuerpo me protege de todo. No es que mi padre no sepa que estoy llorando, pero simplemente no estoy acostumbrada a llorar delante de nadie. Quizás algún día lo haga. Hoy no. Sollozo contra la camiseta de Lachlan mientras sus manos me acarician la espalda con dulzura.

—Te tengo, cariño. —Me besa la cabeza—. Estás bien.

Trago saliva y respiro temblorosamente varias veces, limpiándome la cara mientras me separo. Antes de volverme hacia mi padre, Lach me inclina la cara y me da un beso en los labios. Es casto, sin lengua ni nada, pero aun así se siente raro hacerlo delante de mi padre. Este es el hombre que ni siquiera aceptó que Luke fuera mi novio oficial hasta el penúltimo año. Por supuesto, no sabía que justo lo que intentaba evitar estaba sucediendo justo debajo de su techo sin su conocimiento, y sin el mío. Lach sigue sujetándome la cara. Tiene la misma mirada que la primera vez que lloré delante de él. Compasión, comprensión, amor. Le sonrío y, aunque no me devuelve la sonrisa, sus ojos se iluminan. Me vuelvo hacia mi padre y lo encuentro sonriendo con orgullo. No recuerdo la última vez que vi *esa* sonrisa en su rostro. Mi graduación del instituto, quizá.

—Entonces, ¿cuándo es la boda? —pregunta, todavía sonriendo.

“Una semana”, digo riéndome al ver su expresión.

¿Dónde está?, pregunta papá.

Chicago. Sé que es de última hora, pero lo decidimos anoche. Es una historia muy larga, y no, no estoy embarazada. ¿Puedes venir?

—Claro —dijo papá con una suave sonrisa—. No me lo perdería por nada del mundo.

Seguimos hablando. Le cuento sobre la facultad de medicina y el Tackle Sports Center. Él me cuenta lo que ha estado pasando en nuestro barrio y en el club de campo. Le enseño a Lach mi antigua habitación, que no he visto en años. Su curiosidad es la única razón por la que lo traje aquí. Está limpia y se ve exactamente igual que la dejé, lo cual es un desastre en sí mismo.

Al irnos, le doy a papá un fuerte abrazo y un beso, y le digo que lo veré pronto. Parece sorprendido por mi gesto, pero sonríe de oreja a oreja cuando me separo del todo. Se gira y abraza a Lachlan. Sus ojos vuelven a tener lágrimas en los ojos mientras le da una palmadita en la espalda.

—No he visto a mi hija sonreír —empieza, tragando saliva— ni mostrar ninguna emoción en años. Puedo ver el amor que hay entre

ustedes dos, y me alegra que se hayan encontrado. —Se aclara la garganta—. Sé que he sido un padre de mierda, pero si le haces daño, te mato.

—Anotado. —Los labios de Lach se curvan en una leve sonrisa—. No me preocupa. Nunca me arriesgaría a perderla.

Para cuando nos vamos de allí, me siento más ligero y sé que esa conversación era necesaria. Debería haber sucedido hace años.

CAPÍTULO 61

Lachlan

Levanto la vista del correo electrónico que estoy escribiendo cuando Liam irrumpe en mi oficina, respirando con dificultad, como si hubiera tomado tres tramos de escaleras en lugar del ascensor.

"¿Qué carajo, Lee?"

"¿Has mirado tu calendario?", pregunta mientras se acerca rápidamente.

Mierda, ¿me olvidé de una reunión? Abro mi calendario y lo miro. Tengo tres teleconferencias programadas. Ya he pasado por dos. Miro a Liam de nuevo. "¿Qué estoy viendo?"

"Así que no lo sabías", dice mientras toma el control del mouse y hace clic en diferentes cosas en la pantalla.

"¿No sabías qué?"

"¿Sabes dónde está Lyla ahora mismo?" Me mira por encima del hombro y hace clic en otra cosa.

Se me encoge el corazón. "¿Pasó algo?"

Ayer nos dijeron que David Jameson probablemente estaría en coma el resto de su vida, y sus seres queridos decidieron desconectarlo y dejarlo ir. Sé que debería sentir remordimiento por ser la causa, pero no lo siento. Hirió a Lyla de maneras que aún no puedo recordar. Hirió a otros, según la confesión que obtuvimos del micrófono de Lyla. Lo único que lamento es que no estuviera vivo para presenciar esta caída y ver cómo su propia gente se volvía contra él cuando descubrieron el monstruo que realmente era.

—No. No se trata de eso —dice Liam.

"Bueno, entonces está comprando un vestido de novia ahora mismo".

"Ella no lo es."

Intento no entrar en pánico, pero Liam no actúa así a menos que esté enloquecido o sepa que yo también lo voy a estar. Definitivamente no está en peligro, así que no puede ser. *¿Se fue?* No lo haría. *¿Verdad?* No, no lo haría. Sé que no lo haría. Cuando salí del apartamento esta mañana, estaba completamente feliz. Miro la hora. Solo llevo aquí cuatro horas. ¿Qué demonios ha podido pasar en cuatro horas? Mucho. Esa es la respuesta.

—Liam, ¿qué cojones? ¡Dilo ya!

Se aparta para que pueda ver. Es el calendario de mi padre y ahí está el nombre de Lyla James, el maldito, bloqueando dos horas del día. Me quedo paralizada un momento, mirando su nombre y el de mi padre arriba, como si alguno de ellos fuera a cambiar a algo con sentido. ¿Qué demonios es esto?

“¿Lleva aquí una hora?” Empujo mi silla hacia atrás y me levanto rápidamente.

"Sí", dice él.

"¿Cómo carajo te enteraste?"

—Porque no la acoso, carajo —dice detrás de mí mientras me sigue fuera de la oficina—. ¿Crees que papá la llamó? ¿Crees que la está obligando a firmar más papeles? ¿Crees que...?

—No sé qué pensar —espeto.

Nos quedamos un momento fuera de la oficina de nuestro padre, mirándonos. Nunca habíamos entrado así, pero para todo hay una primera vez. Empujo la puerta y me detengo tan rápido que Liam choca contra mí. Lyla, mi madre *y* Prescott están sentados frente a mi padre, todos sonrientes. Tienen copas de champán delante como si fuera un brunch de fin de semana. Se les borra la sonrisa al verme. De pequeña, nunca fui la que se quedaba sin invitación a las fiestas, pero ahora entiendo cómo se siente.

Lyla se levanta de inmediato mientras me abalanzo sobre ellos. Me detengo a medio paso mientras la observo detenidamente. Lleva tacones negros y un vestido beige que le llega más abajo de las rodillas, pero se adapta a cada una de sus curvas. Joder. La habría contratado en ese instante si no fuera mía y se hubiera presentado así a una entrevista de trabajo. *O no,* porque eso sin duda acabaría con una queja de Recursos Humanos. Siento que la tensión aumenta en la sala mientras la observo y recuerdo por qué estoy aquí.

"¿Qué carajo está pasando?" Acorto la distancia entre nosotros y miro a Prescott, que parece divertido, lo que me enoja aún más.

“Acabamos de terminar una reunión”, dice simplemente mi prometida.

"¿Por qué está Prescott aquí?" Lo miro de nuevo.

“Porque es mi abogado”, dice ella, respondiendo por él.

El muy cabrón se acerca, coge su copa de champán del escritorio de mi padre y empieza a beber. *Ay, lo voy a matar.* Fue mi ala derecha durante cuatro años, mi matón, mi chico. ¿Acaso eso no le importa nada?

“¿Por qué estás aquí?” Miro a mi madre, que parece preocupada.

Probablemente piensa que voy a armar un escándalo y empezar a hacer locuras. Aún no hay un veredicto al respecto.

“Porque estábamos comprando un vestido y ella me preguntó si quería acompañarla”, responde.

Entrecierro los ojos. "¿Por qué el champán?"

“Porque todo está listo para la boda y encontré un vestido”, dice Lyla.

Miro a todos con los ojos entrecerrados y me fijo en mi padre. "¿De eso se trata la reunión de DOS HORAS?"

“No me voy a involucrar”, dice levantando las manos.

—Mi esposa está en tu oficina —le espeto—. Ya estás involucrado.

“Tu prometida”, dice con una sonrisa.

Oh-ho-ho . Voy a la cárcel hoy.

Intento concentrarme en la respiración y vuelvo a mirar a Lyla, ya que ella es la única en esta oficina a la que no soy capaz de matar, incluso si es su culpa que todos estén aquí.

"¿De verdad se trata de la boda?", pregunto con toda la calma que puedo.

“Se trata en parte de la boda, sí”, dice ella.

¿Parcialmente? Me doy la vuelta un momento, hundo los dedos en mi pelo, exhalando frustrado, y me vuelvo hacia ella. "¿Por qué no me dijiste que estabas aquí?"

"Porque sabía que vendrías aquí y tratarías de apoderarte de todo".

Frunzo el ceño. "No, no lo haría".

“¿En serio?” Ella me lanza una mirada.

Una oleada de risitas se extiende por la sala y siento que mi ira aumenta. Vuelvo a mirar a cada persona con una mirada intensa, ya que la primera no pareció funcionar. Rodeé la muñeca de Lyla con mi mano y la aparté del grupo. La oficina es enorme, pero no lo suficiente como para darnos suficiente privacidad. Y no puedo llevar esto al pasillo y arriesgarme a que los empleados nos oigan discutir. Le suelto la mano cuando siento que estamos a una buena distancia.

"¿Para qué necesitas a 'tu abogado'?", pregunto, componiendo en el aire mientras miro a Prescott de nuevo con enojo. Está bebiendo y escribiendo en su teléfono con la mano libre.

“Quería repasar el contrato que me hiciste firmar a ciegas esa noche”.

—¿Y tuviste que hacerlo hoy? —pregunto—. ¿El día antes de nuestra boda?

Se me encoge el corazón. ¿Qué demonios significa esto? No puede irse. No puedo volver a perderla. Mi parte racional sabe que no lo hará. Pero la niña furiosa y emocional que llevo dentro está aterrorizada de que pueda hacerlo. Significa más para mí que nadie en el mundo. Si lo hace, me destrozará. Me acaricia la cara con las manos. Cierro los ojos instintivamente. Soy adicto a todo lo que me hace, y ella lo sabe. La agarro por las muñecas y le quito las manos de la cara.

“Sí, tenía que ser hoy”, dice simplemente.

“¿Cambiaste algo?”, pregunto, observando su rostro.

“Algunas cosas, sí.”

“¿Qué cosas?”

"Hubo cosas que no me gustaron. También añadí algunas condiciones", dice, como si fuera una mejor explicación.

"¿Qué... cosas?" Aprieto los dientes. Me mira con una ceja enarcada. La ignoro. Al carajo. "¿Qué cosas, Lyla James?"

Me mira fijamente un momento, con esa mirada suya que no revela nada, la que nunca usa conmigo, la que odio más que a nada. Después de un momento, frunce el ceño profundamente y con preocupación. Casi me río. ¿ *Está* preocupada?

—Nunca te dejaría —dice en voz baja cuando por fin habla—. Lo sabes, ¿verdad?

Oh, mierda. Siento una fuerte opresión en el pecho. Intento apartar la mirada, pero me agarra la cara. Cierro los ojos. No es que no tuviera problemas de abandono antes de ella. No necesito un terapeuta para confirmarlo, aunque uno sí, cuando mi ira se convirtió en un problema en casa. Es una de las muchas razones por las que nunca dejo entrar a nadie. Y no dejé entrar a Lyla sin más. Claro que no. Como ella, no puedo hacer nada a medias. Dejé que me consumiera de una forma que nunca creí posible. Me recuerdo de nuevo que no me va a dejar, pero la incertidumbre me invade de todos modos.

"Abre los ojos, cariño", susurra, y joder, cuando dice eso... Respiro hondo, abro los ojos y la encuentro mirándome con el amor que solo me tiene a mí. "Te quiero muchísimo. Muchísimo."

—Lo sé —murmuro—. Pero aún puedes dejarme.

—Lachlan Duke. —Deja caer las manos, con una expresión divertida—. Ningún contrato firmado, sea matrimonio o no, me vinculará a ti si quisiera dejarte, o viceversa.

—Nunca te dejaría —gruño en voz baja.

Sus ojos se calientan al instante y ¡maldita sea! Ahora necesito follármela. Cruza los brazos, con el calor aún en sus ojos, pero ella es mucho mejor que yo conteniendo las ganas.

—Simplemente dime qué agregaste —digo en voz baja y más suave.

“Quédate aquí”, dice y se aleja.

La veo acercarse a Prescott y decirle algo. Mi mamá, mi papá y ahora Liam, que se ha unido a la fiesta como un PUTO TRAIDOR, beben champán y me miran como si yo fuera el loco. Mi esposa está tomando decisiones importantes sin mí y ellos solo están ahí sentados, dándole la razón. Lyla regresa con papeles en las manos y me los entrega.

“¿Podemos ir a tu oficina?”, pregunta.

Me da un vuelco el corazón. Quiere más privacidad. Asiento con la cabeza. Se da la vuelta y les dice que vuelve enseguida, y salimos. La sigo, con papeles en la mano derecha y el corazón en un puño. Una vez dentro de mi oficina, cierra la puerta y se dirige al sofá. La sigo y me siento a su lado.

“Les pedí que no lo escribieran en lenguaje legal”, dice ella, y parece divertida.

Quizás yo también me divertiría si no estuviera tan nervioso por lo que podría encontrar. Las primeras páginas parecen iguales, pero ¿qué sé yo? Tampoco sé jerga legal. Solo he mirado contratos de

merchandising y de hockey, y luego, lo que más me interesa es el plazo al que me comprometo y cuántos ceros tendrá el cheque. Sigo hojeando. ¿Qué clase de imbécil arrogante y pretencioso decidió que los contratos deberían tener más de una página? Por fin, encuentro cosas nuevas en la última página. No bromeaba cuando dijo que les había hecho escribirlo en un inglés sencillo.

Lyla James Marichal acepta renunciar al dinero que se le debe por su matrimonio con Lachlan James Duke. *La suma de dos millones de dólares se donará a clínicas y hospitales para mujeres necesitados.

Lyla James Marichal acepta depositar sus acciones de Duke Tech Enterprises en una cuenta para cualquier hijo que tenga durante su matrimonio con Lachlan James Duke. La cuenta permanecerá intacta hasta que sus hijos cumplan veinticinco años (¡no se casen!).

Esa parte me hace reír un poco.

Lyla James Marichal se compromete a prestar sus servicios médicos a cualquier veterano empleado por Duke Tech Enterprises durante los próximos tres años (al menos) durante y después de su residencia, siempre <u>que pueda</u> . A cambio, el contrato de Lachlan James Duke con Duke Tech Enterprises queda anulado y pendiente de resolución, tras el acuerdo de que Lachlan James Duke renuncie a sus funciones en Duke Tech Enterprises durante los próximos tres años (al menos).

Lyla se aclara la garganta. "Seguirás recibiendo tu herencia, ya que nos casaremos".

Mantengo la vista fija en el papel. No recuerdo la última vez que lloré. Probablemente fue cuando era niño y mi padre no se presentó a algo. Estoy casi seguro de que estoy llorando ahora mismo, si las gotas húmedas en el contrato me sirven de indicio. Respiro entrecortadamente y me limpio la cara. Le pedí a mi abogado que revisara el contrato que firmé con Duke Tech por segunda vez, y dijo que era infalible y casi imposible de rescindir.

Me sugirió que hablara con mi padre, pero no había encontrado la manera de hacerlo sin sentirme un desagradecido. Duke Tech es la única razón por la que encontré a Lyla. No hay manera de que pueda pagarle por eso. Por eso hice las paces con no volver a la liga. La prefiero a ella antes que al hockey cualquier día. Todos los días. Maldita sea Lyla. Lo leí de nuevo. Aceptó trabajar para Duke cuando la requirieran. Renunció a todo el dinero que podría haber usado para pagar su deuda, por mí. Claro que voy a pagarla por ella, pero ese no es el punto.

Mi madre me quiere, mi hermano me quiere, mi padre dice que me quiere, pero ninguno de ellos ha hecho nada parecido a esto. No estoy seguro de que lo harían si estuvieran en esta situación. Lyla se acerca y

me pone una mano encima. Bajo el contrato y la miro. Sonríe, pero empieza a contener las lágrimas al ver las que se me llenan los ojos. Abro los brazos y se lanza contra mí, como hizo con Banks el otro día. La atraigo hacia mis brazos. Nos abrazamos hasta que se aparta. Respiro hondo y ella se seca la cara de nuevo.

—Esta es una negociación terrible. —Trago saliva—. No sacas nada a cambio.

"Te entiendo. Puedo verte hacer lo que se supone que debes hacer", dice, y joder, podría echarme a llorar otra vez. No lo hago. Respiro hondo, y luego otro, y consigo mantener la compostura.

“Lyla.”

“Es el mejor contrato que he firmado jamás”, afirma.

“Pero el fútbol…”

"Dice 'mientras pueda', por algo". Sonríe encogiéndose de hombros. "Estoy bastante segura de que ya pasó, pero por si acaso".

"Joder, Lyla."

"No vas a pelear conmigo por esto", dice ella, seria otra vez.

"No creo que ganara si lo intentara." Me río de la verdad en mis palabras.

Ella me besa de nuevo, un beso profundo que siento instantáneamente en mis pantalones.

"¿Por qué llevas esto puesto?" Aprieto sus caderas y gimo contra su boca.

“Porque me queda bien.”

"Demasiado bueno."

Me da un beso más y se levanta. Mis ojos recorren su cuerpo desde el dobladillo de la falda hasta sus hermosos ojos.

“Levantad. . .”

—No —dice rápidamente antes de que termine la frase. Retrocede aún más rápido, hasta llegar a la puerta.

—¿No? —Tiro los papeles a un lado y me levanto—. Ven aquí.

"Lachlan Duke, no estoy bromeando", dice ella, con su voz directa que me excita aún más.

Gimo. "Seré rápido".

"Nos están esperando", dice, pero el fuego en sus ojos me dice que lo desea tanto como yo. "Volveremos después de la reunión".

Respiro hondo. "Bien."

—Sigo pensando que mi prometida debería haberme consultado —digo al volver a la oficina de mi padre—. Pero entiendo por qué no lo hizo. Que conste que sigo pensando que todos sois unos imbéciles —digo, y miro a mi madre—. Excepto tú, mamá.

Ella se ríe. "Bueno, supongo que deberíamos irnos para que puedas preparar tu maleta", le dice a Lyla.

"¿Una bolsa para qué?", pregunto. "¿No cenamos todos esta noche?"

“Por supuesto”, dice mi madre.

"Nos casamos mañana, lo que significa que no dormiremos juntos esta noche", dice Lyla con un brillo en los ojos.

Parpadeo. "¿Qué? ¿Por qué?"

“Es tradición”, dice mamá.

—Al diablo con la tradición —digo—. No pienso pasar una noche sin ti.

“Es una noche”, dice Prescott.

Lo miro fijamente. "No me importa".

Ella pone los ojos en blanco. "De acuerdo. Entonces iré al segundo piso".

—Mi cama. —Bajo la cara y chupo su labio—. *Nuestra* cama. Eso no se negocia.

Ella se ríe. "Quizás Pres quiera llevarte a un club de striptease o algo así. Todo esto fue tan rápido que no tuviste despedida de soltero".

"No necesito una despedida de soltero". Me burlo. Mi vida entera fue una maldita despedida de soltero.

"Tal vez quiera ir a un club de striptease masculino", dice Liam.

Mis ojos se clavan en los de ella. "¿En serio?"

“¿Vas a ser una de las strippers?”, pregunta ella.

“Si tú te vas, yo tendré que irme.”

Ella se ríe con todos los demás, pero estoy demasiado perdido en su sonido como para prestar atención a alguien más.

CAPÍTULO 62

Lachlan

HENRY DUKE TIENE LA PODER SUFICIENTE para conseguir un oficiante, alquilar la azotea de un restaurante popular y prepararla para una ceremonia de boda —con césped artificial, sillas y un bonito arco de flores— en menos de veinticuatro horas. Ahora mismo estoy frente al bonito arco. Gracias a mi padre, pudieron planear todo esto en menos de una semana. Debo decir que estoy muy impresionado. El único inconveniente fue que el restaurante solo nos dejó alquilar el lugar hasta las cinco, ya que tienen que abrirlo al público para cenar. Mi padre estaba dispuesto a pagar lo que pidieran para cubrir el costo de la cena, pero Lyla se asustó cuando dijo eso, así que no lo hizo. Ya ha hecho suficiente. Además, las cinco es perfecto. Ni siquiera he visto a Lyla todavía, y ya me muero por llevármela de aquí.

Pero no puedo. Necesito que disfrute de esto. Ella eligió los colores y la música, y señaló cosas en el menú que le enseñó mi mamá. Le habló a Marissa, no a mí. Mientras ella esté contenta, me da igual. Podría haber elegido una estación de metro sucia para casarse y yo habría estado de acuerdo. El dun-dun-dun-dun inicial de "Back That Azz Up" suena a todo volumen en los altavoces cuando se abre la puerta, y me arrepiento un poco de no haber compartido mi opinión sobre la música.

Algunos de nuestros invitados miran a su alrededor confundidos. Detrás de mí, el oficiante empieza a disimular la risa con una tos. Banks, Mason, Nolan, Logan y Mae se ríen a carcajadas desde sus asientos, y cuando Marissa y Liam salen, sonríen de oreja a oreja y niegan con la cabeza. Mi madre, mi padre, el padre de Lyla, los padres de Marissa y mi agente no tienen ni idea de lo que está pasando. Por suerte, la canción se detiene antes de que empiece el rap, pero estoy seguro de que el fotógrafo sacó muchas fotos de la confusión y la diversión en nuestras caras. Déjenselo a Lyla...

La puerta se abre de nuevo y ella grita: "¡ES BROMA!"

Esta maldita chica. Vuelvo a mirar al público, negando con la cabeza, mientras me río con ellos. Es más gente de la que pensábamos. Manteníamos una buena relación. Es cierto que la mayoría son amigos míos, pero Lyla conoció a los tres desconocidos anoche en la cena y congeniaron al instante. Cuando vio a Nolan, lo miró con aire acusador por meterse con ella en el partido de la final de la universidad. Se pasó al menos quince minutos intentando cabrearme coqueteando con ella. Sí que me cabreó, pero fingí que no me importaba.

Me habría encantado invitar a Cooper y al Imbécil Wade. Habrían tenido trato VIP, asientos en primera fila para verla casarse conmigo. Sonrío ante mis pensamientos insignificantes. Esos tipos son

insignificantes ahora que ella es oficialmente mía. Además, ya le creé una cuenta de Instagram a Lyla, le envié una solicitud de amistad y subí dos fotos juntas. Tendré que contarle sobre la cuenta más tarde, para que se entere por mí y no por ellos.

Una canción de Bruno Mars sobre bodas reemplaza el rap, y una parte de mí espera que Liam y Marissa se suban a uno de esos flash mobs que he visto en internet. No lo hacen. Tiran pétalos de rosa al suelo mientras caminan, ya que interpretan los papeles de dama de honor, padrino y floristas, todo a la vez.

Cuando llegan al altar, Ed Sheeran reemplaza la canción por Thinking Out Loud. Esta canción ya la había escuchado; mamá está obsesionada con Ed Sheeran. La miro; efectivamente, ya está llorando a mares. El padre de Lyla, que ha estado apuntando su teléfono hacia la puerta, se gira para ver mejor. La puerta se abre y Prescott sale, ofreciéndole el brazo a Lyla. Cuando la veo, me quedo sin aliento. Esa sensación de ver el disco volando hacia la portería me recorre el cuerpo. No creo que llore, pero la emoción me pesa en el pecho y la garganta mientras la veo caminar hacia mí, sosteniendo un ramo de gardenias. Siempre es la persona más hermosa de la sala, pero esto es simplemente... ¡guau! Su cabello castaño está suelto en ondas, y lleva un vestido blanco sin mangas que solo puedo describir como esbelto. Tiene un corte profundo entre los senos, se ajusta a su cuerpo en la parte superior y se expande en su cintura. La parte de abajo es de una tela fina que seguro sería transparente si no fuera por un millón de capas superpuestas de la misma tela. No sé qué demonios es. Me da igual. Me la voy a arrancar en cuanto salgamos de aquí.

Me mira y sonríe cuando Ed Sheeran dice algo sobre enamorarse perdidamente a los veintitrés. La emoción en mi garganta se hace más difícil de tragar. Empieza a caminar y se detiene de nuevo al llegar a su padre, extendiéndole la mano para que la tome. Él duda, como un ciervo deslumbrado por los faros. Me impacta este gesto, y estoy seguro de que a él le impacta diez veces más. Se pone de pie y ella le agarra el brazo, caminando hacia mí con él y Prescott a su lado. Su padre se limpia la cara. Prescott se limpia la cara. Estos cabrones me van a hacer llorar.

La canción se apaga cuando llegan a mí. Prescott la suelta y me da un fuerte abrazo que le devuelvo. Un abrazo lleno de amor y gratitud, porque ha sido tan buen amigo. Aunque odiaba que me advirtiera sobre ella y no me dijera dónde estaba, la mantuvo a salvo todos estos años, y nunca podré pagarle por eso. Sus ojos están llenos de lágrimas contenidas mientras me suelta. Su padre me abraza después, dándome una palmadita en la espalda. Cuando ambos se alejan, respiro hondo y me limpio la cara para asegurarme de que no estoy llorando. Me sorprende descubrir que no lo estoy. Al menos no visiblemente. Lyla

sonríe mientras me da la mano. Me cuesta todo lo que tengo dentro no jalarla hacia mí, ahora mismo. Me cuesta aún más no besarla.

Cuando llegamos a los votos, detengo al oficiante y le digo que voy a recitar los míos. Me aclaro la garganta y la miro a los hermosos ojos.

"Eres, por mucho, la persona más difícil que he conocido en mi vida. Me dejaste fuera una y otra vez. Me obligaste a perseguirte, lo cual es ridículo", le digo, poniendo una cara que hace reír a todos. "Fuiste grosero, malo, distante...".

—De acuerdo —interrumpe Lyla, apretándome ligeramente las yemas de las manos vendadas—. Creo que deberíamos repasar cómo deben ser los votos matrimoniales.

Todos se ríen de nuevo.

Continúo: «Pero entonces me dejaste entrar. *A mí...»* . Incluso después de saber cuál era mi reputación, me diste una oportunidad. Eres la persona más desinteresada, valiente y cariñosa que conozco. Y eres divertidísima. Rápidamente te convertiste en mi persona favorita del planeta, y me volví adicta a ti. Estoy enamorada de ti. Estoy obsesionada contigo *.* Prometo hacer todo lo posible para que seas feliz, para que puedas ser mía para siempre.

Parpadea rápidamente y se seca los ojos antes de que se le caigan las lágrimas. Traga saliva y respira hondo.

Cuando conocí a tu madre, me dijo que el amor no tiene lógica. Tú eres la razón por la que lo creo. Eres implacable, molesto, arrogante, posesivo y, sin duda, la persona más loca que he conocido en mi vida. —Arquea una ceja cuando frunzo el ceño—. Pero me haces sentir segura, apreciada, amada y deseada. Era completamente insensible a todo antes de que aparecieras y me hicieras sentir. Me entiendes de maneras que no puedo explicar. Me has arruinado para cualquier otra persona. Eres mi mejor amigo, mi esposo, mi todo, para siempre.

Mierda. Respiro temblorosamente y trago saliva con fuerza.

Intercambiamos anillos y por fin —¡joder, por fin!— me dice que bese a mi novia. La levanto en brazos y la beso con fuerza. Ella lleva las manos a mi pelo y hunde los dedos en él. Las flores que Marissa le había dado hace unos segundos caen. El mundo se desvanece, reemplazado por un mundo donde solo existe Lyla James. Conmigo y solo conmigo, claro. Se aparta ligeramente con una enorme sonrisa: mía, solo mía, y quizá de nuestros hijos si los tenemos en el futuro, pero nada más.

—Me jodes, Lyla James —acerco mi frente a la suya—. Me jodes.

Eso la hace reír y llorar. La beso repetidamente hasta que mi madre se ríe y grita desde la multitud que tengo que parar.

EPÍLOGO

Fitz lleva a su hijo pequeño en brazos mientras patina hacia nosotros. Llevan camisetas iguales, como siempre. Will celebró su primer cumpleaños hace poco, y estoy bastante seguro de que su colección de camisetas ya rivaliza con la de su padre.

—Saluda a tus tíos, Will —dice Fitz, deteniéndose frente a nosotros.

—Oye —dice Will sonriendo mientras extiende su pequeño puño para que lo choquemos.

"Eres un chico muy inteligente, Will", le digo.

—Lo es, ¿verdad? —Fitz sonríe ampliamente y besa la mejilla de su hijo.

—Bueno, pásalo —dice Nolan, dejando caer su bastón y arrebatándoselo a Fitz—. ¿Por qué llevas puesta su camiseta otra vez? Se supone que debes animarme.

Will se ríe a carcajadas cuando Nolan hace un giro rápido con él. Es monísimo. Dejo caer el palo en mi mano y abro los brazos para Will, a quien le gusta cambiar entre los tres como si fuera una papa caliente. Nunca había cargado a un bebé antes de este. Ni siquiera me gustaban los bebés antes de este. Todavía no estoy seguro de si me gustan, pero adoro a Will, y sé que amaré al mío. Como Fitz y yo jugamos en el mismo equipo, lo he visto en cada etapa. Es genial, pero me dan ganas de formar mi propia familia con Lyla.

Si fuera por mí, ya lo habríamos hecho, pero esta será solo su tercera temporada jugando al fútbol profesional, y no quiero ser la razón por la que cuelgue los botines. Últimamente se queja de tanto viajar, lo cual entiendo. Nunca estamos en casa, y cuando lo estamos, no parece un gran descanso con todos los eventos a los que aún tenemos que asistir. Lyla dice que está contenta con los años que ha jugado y que quiere volver a la medicina deportiva. Creo que solo habla de ello porque me retiro después del campeonato este verano. Esta vez para siempre. Me encanta el hockey, pero me está empezando a pasar factura, y no quiero ser uno de esos padres que no pueden salir con sus hijos por problemas de espalda. Fitz y Nolan están en la misma situación. Vamos a ganar otra Copa Stanley juntos este año y luego nos marcharemos. Estoy seguro de que extrañaré mucho esto, pero los últimos tres años han sido un viaje salvaje y no podría pedir un mejor equipo para cerrar este capítulo.

Curiosamente, tenía muchas ganas de volver a Duke Tech. Por desgracia, eso significa que no podré ir a tantos partidos de Lyla como quisiera, pero ya encontraremos una solución. Supongo que ahí es donde la ventaja de ser multimillonario resulta útil. No es que

aprovechemos al máximo las ventajas. Lyla ni siquiera coge el avión para ir a ningún sitio, a menos que sea nuestro último recurso o estemos de viaje familiar y mis padres se lo pidan.

Will empieza a abofetearme para llamar mi atención. Lleva un par de meses haciéndonos esto a Nolan y a mí. Nos llena de besos y guiños a nuestras esposas, pero a nosotros nos dan una bofetada. ¡Qué listo!

"¿Se supone que los niños de un año deben golpear tan fuerte?" Me estremezco cuando lo vuelve a hacer.

—No me abofetees, Will —lo reprende Fitz suavemente.

"No lamer", dice Will, riéndose y haciéndonos sonreír a los tres.

"Es tan jodidamente lindo", digo, conteniéndome.

Últimamente lo repite todo. Se lo devuelvo a Fitz y me giro al oír la voz de su esposa.

—¡Logan! —grita Mae—. ¡Traedlo!

Él niega con la cabeza y ríe. "Volveré enseguida".

Lo vemos patinar con su hijo y me viene a la mente la imagen de mí haciendo lo mismo con mi propio hijo.

"Te mueres por tener un hijo", dice Nolan, negando con la cabeza, mientras volvemos a los vestuarios para prepararnos para el partido. "¿Por qué no hablas en serio con Lyla y dejas de darle vueltas al tema?"

Frunzo el ceño. "No voy a eludir el tema".

—Por favor, amigo. —Me mira fijamente—. En Acción de Gracias, cuando mi madre te preguntó si querías tener hijos delante de Lyla, te pusiste como un tronco.

—Nunca me pongo nervioso. —Siento que mis cejas se arquean.

Se ríe. «Cada vez que sale ese tema, te pones nervioso».

"Estás lleno de mierda."

“Está bien.” Se encoge de hombros.

"Creo que Lyla quiere esperar", digo cuando entramos en la habitación y comenzamos a agarrar el resto de nuestro equipo.

"Lleva hablando de retirarse desde la temporada pasada", dice. "Quizás esa sea parte de la razón".

—Lo dudo. —Busco mi bolso y mi teléfono—. Si tengo esa conversación con ella, pensará que quiero que se jubile.

Lyla habla de retirarse todo el tiempo, pero suele mencionar que volverá a la medicina. Suelo intentar escucharla y no darle mi opinión. Claro, el egoísta imbécil que llevo dentro quiere que se retire, sobre todo ahora que estaré en casa, pero la quiero demasiado como para insinuarlo. Su mirada cuando está en el campo justifica la espera de un millón de años para formar una familia. Solo espero de verdad no tener que hacerlo. Miro mi móvil y veo un mensaje suyo.

Lyla: ¡MÁS TE VA A GOLPEAR ESTA NOCHE! Te quiero.

Sonrío y sacudo la cabeza mientras escribo.

Yo: Que lo pases genial, cariño. Ojalá estuviera ahí. Te quiero más.

Espero unos segundos y como no responde, guardo el teléfono y sigo preparándome.

Mientras patinamos fuera del hielo durante el primer intermedio, leemos los carteles que sostienen los aficionados. Nunca les presto atención durante el partido, pero intento leerlos cuando tengo un respiro. Juro que se vuelven más ridículos cada semana. En el mejor sentido. Uno dice **DÉJAME A TU MUJER ANTES DE QUE ME ENFADE** . Nos reímos y miramos a Mae para ver si lo vio. Nuestras esposas piensan que la mayoría de los carteles son divertidísimos. Los de bebé, no tanto, pero se ríen del resto. Otro dice **DUKE-SERÉ TU DUQUESA. PON UN BEBÉ DENTRO DE MÍ.** Llevo años viendo una variación de esa frase, y nunca lo he pensado dos veces.

Lyla lo odia, algo que antes me divertía, pero ahora que pienso en bebés, desearía arrancárselo de las manos y tirarlo a la basura. Un par de canciones similares sobre matrimonio y bebés están dirigidas a Nolan y otros chicos. No sé cómo lo hacen, pero nunca se les acaba la creatividad. Mientras patinamos, mi mirada se posa en el asiento vacío de Lyla. Odio no verla ahí. Me pregunto si ella siente lo mismo cuando ve mi asiento habitual vacío en su estadio.

La noche sigue. Íbamos ganando cuatro a dos, pero por poco marco el quinto gol a diez segundos del final y la multitud enloquece, como si hubiéramos estado perdiendo todo el tiempo. Esta energía es lo que echaré de menos cuando me retire. Levanto los brazos en señal de celebración, mientras mis compañeros patinan hacia mí y me aprietan el trasero. Cuando el partido termina oficialmente, doy una vuelta por el hielo, poniendo la mano en el plexiglás mientras voy a celebrar con la afición.

Al llegar a la sección donde se sientan nuestras esposas, saludo a la esposa de Mae y Nolan, que está detrás de ella aplaudiendo. Estoy a punto de darme la vuelta cuando veo un cartel ridículo. Al leerlo, se me cae el alma a los pies. Parpadeo para asegurarme de no estar viendo cosas, pero las palabras siguen siendo las mismas.

¡PREPÁRATE, "PAPI" DUKE! ¡VAMOS A TENER UN BEBÉ!

Mi corazón late fuerte mientras patino. La persona que sostiene el cartel está en el asiento de Lyla, pero no puede ser ella. De ninguna manera. Tiene que ser una broma. Una broma horrible y retorcida, si es que lo es. Al acercarme, el cartel que cubre el hermoso rostro de mi esposa baja y ella sonríe ampliamente: mi sonrisa. Sostiene imágenes de ultrasonido en una mano y el cartel en la otra. Todavía estoy en shock, mi cerebro lucha por procesar toda esta información: Lyla está aquí, no en su juego. ¿Lyla está embarazada? ¿Vamos a tener un bebé? Mierda. Se me forma un nudo en la garganta cuando llego al plexiglás y me paro frente a ella. Pongo una mano sobre él y miro su rostro, las imágenes de ultrasonido, el cartel y su rostro de nuevo.

Trago saliva con fuerza. "¿Hablas en serio?"

Estoy seguro de que no me oye con el ruido, y apenas puedo verla con la vista nublada, pero la capto asentir. Siento que voy a cámara lenta mientras me quito el casco y patino hasta la puerta más cercana, donde me espera. Al abrirla, tira el cartel y se lanza hacia mí, rodeándome con sus brazos y piernas. Hundo la cara en su cuello, inhalando ese aroma a gardenia que siempre me reconforta.

"¿Hablas en serio?" Pregunto con voz ronca.

Ella asiente contra mí y me separo para mirarla a la cara. Se seca las lágrimas y sonríe, secándome algunas de la cara. La abrazo fuerte y patinamos hasta el otro lado de la pista, dejándola en el suelo. Salgo del hielo y la agarro de la mano para llevarla al pasillo que lleva a los vestuarios. Todavía estoy en shock cuando me detengo y me apoyo en la pared de ladrillos.

—Yo... ¿qué haces aquí? ¿Te cancelaron el partido? —pregunto, mientras la recorro con la mirada de pies a cabeza.

Sé que odias que tome decisiones sin ti, pero hace tiempo que estoy hablando de retirarme, así que lo hice.

"¿Cuando?"

Hace poco más de una semana. Tenía que firmar mi contrato de nuevo y le dije a Lang que quería retirarme.

—¿Lang lo sabía? —Abro los ojos como platos. Lleva más tiempo siendo mi agente que conociéndola a ella, ese traidor.

Me entrega las ecografías, señala y explica lo que estoy viendo, mientras se me vuelve a cerrar la garganta. Un bebé. ¡Madre mía! Últimamente ha estado un poco hinchada, pero siempre es algo del cuerpo femenino. Hinchazón, sangrado, ¡joder, ovulación! Ya no lo cuestiono.

—Un bebé —susurro, poniendo las manos sobre su vientre—. Vamos a tener un bebé.

—Lo sé. —Sonríe de oreja a oreja—. ¿Te gustó mi cartel, papá Duke?

La levanto de nuevo en mis brazos y empiezo a caminar. "Es mi nueva favorita".

“Ahora todo el mundo va a tomar mi idea y te llamará así”, dice contra mi oído.

—Pero sólo tú me vas a llamar así cuando te folle —respondo, sonriendo cuando la oigo jadear.

“Me gusta esa idea”, susurra.

—Un bebé —repito—. ¿Cuándo te enteraste?

“¿Recuerdas cuando pensé que tenía una intoxicación alimentaria?”

"¿En Phoenix?" Pregunto, frunciendo el ceño mientras la bajo.

Ella asiente. "Me hice una prueba mientras estuve allí".

—Eso fue hace dos semanas. —Frunzo aún más el ceño.

En cuanto me dijo que tenía una intoxicación alimentaria, le dije que volara a casa inmediatamente. ¿Por qué me lo habría ocultado durante dos semanas? ¿Cómo no iba a saberlo? Apuesto a que le escribió a Marissa al respecto. Me pregunto si lo tenía en su agenda. No es que yo lo supiera. No reviso sus cosas. El matrimonio me ha cambiado mucho. Todavía no me gusta que los hombres la miren mucho tiempo, pero no reviso su teléfono ni sus correos. No tengo por qué hacerlo. Me lo cuenta todo. Al menos, eso creía.

—No puedo creer que no me lo hayas dicho —digo en voz baja, mirando de nuevo las fotos.

"Tenía muchísimas ganas de decírtelo", dice, "pero tardó una semana en verme el médico, y no quería hacerte ilusiones". Se muerde el labio y mira al suelo. "Sé cuánto deseas esto".

—Hola. —Le levanto la barbilla. Siento una opresión en el pecho al ver la incertidumbre en sus ojos—. *Te deseo* ... Claro que quiero formar una familia contigo, pero eres mi prioridad. Eres lo único que necesito. Lo sabes.

—Lo sé —susurra ella, tragando visiblemente y parpadeando para contener las lágrimas.

"¿Es por esto que has estado llorando durante los comerciales?", pregunto.

"Estúpidas hormonas", murmura, limpiándose la cara.

Me río. "¿Te estás poniendo blanda conmigo, Lyla James?"

"Te odio", dice ella, mientras sus labios se curvan en una leve sonrisa.

—Sí, me odias tanto que le anunciaste a todo el mundo en este recinto que estás embarazada de mi bebé. Levanto una ceja.

"Lo sé", dice riendo mientras niega con la cabeza. "Fue idea de Marissa. Pero valió la pena. La expresión de tu cara no tiene precio".

—Me lo imagino, carajo. —La beso rápido—. Me ducharé rápido y luego cenaremos en algún sitio.

“Pizza”, dice ella, con los ojos iluminados.

Le compraré pizza en todas las pizzerías del país, si es lo que quiere. Sonrío al entrar al vestuario. ¡Madre mía! Tengo que escribirle a mi hermano y a mis padres. Me pregunto si ya se lo habrá contado a su padre. Prácticamente vive en casa cuando alguno de los dos está. Compró un local a pocas cuadras de aquí y hace poco empezó a salir con una mujer encantadora a la que Lyla ama.

Me duele la cara de tanto sonreír al llegar al pasillo, pero Lyla ya no está donde la dejé. Miro al fondo del pasillo y la veo volver, escribiendo algo en el móvil. Me aprieta el pecho cuando levanta la vista y me sonríe. La tomo de la mano mientras caminamos hacia el aparcamiento. Un bebé. Joder, no me lo puedo creer.

"¿Cuándo podremos avisarle a la gente?", pregunto mientras nos sentamos en el coche y nos ponemos los cinturones de seguridad.

O sea, mi cartel se lo dijo a todo el mundo. —Se ríe—. Me enteré bastante tarde. Cumpliré doce semanas en unos días, lo que significa menos probabilidades de complicaciones.

Complicaciones. Dios, ni siquiera quiero pensar en que algo salga mal.

—Entonces, ¿se lo contamos a todo el mundo? —pregunto mientras nos detenemos de nuevo.

"¿A quién quieres contárselo?" pregunta con cautela.

—Nadie. Solo pregunto —digo mientras salgo del aparcamiento.

Me pregunto qué título debería usar para publicarlo en su Instagram. Pienso: «Es mía para siempre, idiotas». No es que me preocupe ninguno de ellos. Lyla ha sido mía. Solo me gusta recordárselo de vez en cuando. Quizás decir que el matrimonio me cambió sea un poco exagerado, pero he mejorado. Además, a Lyla le encanta y si dice lo contrario, miente.

"Lachlan Duke", dice ella, sacándome de mis pensamientos.

"¿Qué?"

"¿Estás tratando de averiguar si puedes publicarlo en mis redes sociales?"

"¿Qué?", me burlo. "No, eso es una invasión de la privacidad".

Echa la cabeza hacia atrás riéndose, y siento que sonrío. Sigue riendo cuando aparco, y me quito el cinturón de seguridad y me giro hacia ella, solo para ver el brillo en sus ojos. Sonríe y ríe mucho más últimamente, pero experimentarlo todavía se siente como un regalo.

—Dejad de reíros de mí —digo, aunque ahora también me estoy riendo.

Es imposible no hacerlo cuando está cerca de ella. Su risa se apaga cuando le agarro las manos y le beso el dorso. Tengo que respirar hondo cuando su expresión se calienta. Si esto empieza ahora, no recibirá su pizza, y me niego a que mi esposa embarazada pase hambre.

—Lyla —advierto.

—¿Qué? Ni siquiera dije nada. —Desvía la mirada rápidamente, con una sonrisa en los labios mientras retira las manos y las cruza sobre su regazo.

“¿Cómo te sientes?” le pregunto después de un momento.

Entre la incredulidad y la euforia, me olvidé por completo de hacerle la pregunta más importante.

—Bien —sonríe—. He estado muy cansada, y luego tuve un malestar estomacal que no era tal, pero ahora me siento genial.

“¿Cómo te sientes con el embarazo?” Agarro sus manos y las llevo a mis labios nuevamente.

Sé que ella desea esto. Quizás no tanto como yo, pero puedo ver que es feliz. Aun así, no seré yo quien lleve un ser humano dentro de mí durante los próximos nueve meses. Respira hondo y vuelve a mirar por la ventana, y mi corazón se detiene.

—Lyla. —Le aprieto las manos suavemente y espero a que me mire de nuevo—. ¿Qué te parece estar embarazada de mi bebé?

—Quiero decir... —Sus labios dibujan esa sonrisa que me acelera el corazón—. No lo odio.

Me río, negando con la cabeza. «Un día de estos, Lyla James...».

TAMBIÉN POR CLAIRE CONTRERAS

¿Quieres MÁS? Lee la escena extra: Más de Lachlan y Lyla James

---

Envía un mensaje de texto con la palabra "BOOK" al 21000 para recibir un mensaje de texto mío cada vez que publique un nuevo libro.

Sígueme en IG: Claire Contreras

TikTok: TikTok

¿Quieres más suspenso romántico?

MEDIAS VERDADES (academia oscura) - (este es el libro de Mae y Fitz)

CÍRCULOS RETORCIDOS (academia oscura)

¿Quieres mafia?

Prohibido: Porque eres mía

Matrimonio concertado: Porque te necesito

Exnovia del hermano: Porque te quiero

El mejor amigo del hermano: Porque soy tuyo

¿Quieres un romance contemporáneo?

EL JUGADOR (romance deportivo)

CORAZONES KALEIDOSCOPIO (el mejor amigo del hermano, romance de segunda oportunidad)

CORAZONES DE PAPEL (segunda oportunidad)

CORAZONES ELÁSTICOS (romance gruñón y soleado)

LA ROMPECORAS (Romance universitario y deportivo)

EL ROMPENORMAS (universidad, romance deportivo, amigos que se convierten en amantes)

EL ALBOROTADOR (romance deportivo universitario)

CATCH ME (romance de la industria musical)

EL PROBLEMA CON EL AMOR (romance de oficina)

LA CONSECUENCIA DE LA CAÍDA (de enemigos a amantes)

Entonces estabas tú (de enemigos a amantes, segunda oportunidad)

¿Quieres un romance real?

EL REY PECADOR

LA PRINCESA TRAVIESA

EL PRÍNCIPE MALVADO

¿Quieres algo un poco diferente?

FÁBULAS Y OTRAS MENTIRAS (novela romántica gótica)

¿Te apetece un rapidito?

AMOR FALSO

FRAGMENTO DE MEDIAS VERDADES

Se me erizaron los pelos de la nuca al sentir una presencia acechando detrás de mí, así que pulsé el botón lateral del teléfono y miré por encima del hombro. Era el tipo maleducado con el que me había topado; Fitz, como Hailey lo había llamado. Se sentó a mi lado. Aparté la mirada de la suya y vi que tenía la mano izquierda cubierta con una venda blanca, con sangre filtrándose por el vendaje de los nudillos. Volví a mirarlo de golpe.

“Déjame adivinar, alguien chocó contigo y te hizo enojar”.

“¿Me estás acosando ahora?” Sus labios se curvaron.

"No lo desees."

“No sería la primera vez que una chica hermosa me sigue”.

—Tranquilo. Esta hermosa chica nunca te seguirá. —Lo miré fijamente—. ¿Por qué has venido? ¿Te has cansado de tus amables secuaces?

“No tengo secuaces, tengo amigos, y no son tan agradables como crees”.

Me incliné hacia adelante, apoyando el codo en la barra y la barbilla en la mano. "¿Viniste a disculparte por ser grosero?"

“No fui yo quien chocó con alguien sin mirar.”

—¡Qué crimen! —Ladeé la cabeza, y el pelo me cayó en cascada sobre el hombro izquierdo con el movimiento—. Pero sí que chocaste conmigo a propósito el otro día.

—Bueno, lo siento mucho —arqueó una ceja.

¿Qué? ¿Esperas que te aplauda? No deberías haberme chocado.

“Tú tampoco deberías.”

Eso fue completamente diferente. Estaba... —Dejé de hablar y respiré hondo—. ¿Sabes qué? No importa. Me disculpé, te disculpaste. Sigamos adelante.

—De acuerdo. —Parecía aún más divertido—. ¿Cómo te llamas?

"No estoy seguro de querer decírtelo." Me aparté y me senté derecho.

“Sólo pregunto por cortesía”.

—¿Por cortesía? —Giré mi asiento para mirarlo, mis rodillas rozando las suyas al girarme—. O sea, ya lo sabes.

“Amelia Bastón”, dijo. “Hija de Felipe Bastón. Hermana de Lincoln Bastón”.

¡Guau! ¿Tienes un archivo con los árboles genealógicos de todas las chicas que te interesan?

“¿Quién dice que estoy interesado?” Una vez más, el fantasma de una sonrisa apareció y desapareció así como así.

"Lo estoy deduciendo, ya sabes, basándome en el hecho de que dejaste eso para venir aquí y sentarte a mi lado".

Señalé con la cabeza la mesa donde estaban sentados sus amigos. Estaban rodeados de chicas por todos lados; ya no eran solo un grupo de chicos tomando algo en un bar. Se había convertido en un espectáculo.

“Tal vez no me interese eso.” Asintió hacia allí.

"Lo que significa que estás interesado en esto."

—Sí, me interesas. Estoy intentando entender cómo es que nunca nos conocimos —dijo—. Mi hermano mayor es amigo de tu hermano George. Obviamente, conozco a Lincoln, y sin embargo, solo he oído hablar de ti de pasada. —Hizo una pausa, su mirada buscó la mía—. ¿Por qué?

Quizás no haya nada que contar. Quizás lo que ves es lo que hay, y como puedes ver, no valgo la pena hablar de mí.

No quise sonar tan autocrítico, pero era la verdad. Sí, era guapa, incluso hermosa. Sí, mi familia era adinerada, pero yo no era más espectacular que el chico sentado a mi lado. Solo éramos niños mimados con buenos genes. Para algunos, ese sería el epitafio de su vida; yo nunca quise que lo fuera para mí.

"Creo que esa es una evaluación muy injusta y falsa de ti mismo", dijo, observándome mucho más tiempo del que era habitual entre dos desconocidos en un bar que no iban a casa juntos. Porque yo no iba a irme a casa con él. Se lamió los labios antes de volver a hablar y sentí que me sonrojaba a mi pesar. "¿Practicas algún deporte? ¿Estás en algún club?"

—Creí que lo sabías todo sobre mí. —Arqueé una ceja.

“Si supiera todo sobre ti, no habría venido hasta aquí”.

—No, no practico deportes ni estoy en ningún club. Salí en el periódico hace unos días, así que tomaré fotos de quienes practican deportes y están en clubes. —Lo miré fijamente.

—Me alegra saberlo. —Asintió, observándome atentamente, tan de cerca que tuve que apartar la vista. Mi corazón latía demasiado rápido, demasiado fuerte con su proximidad. Mantuve la vista fija en la barra incluso mientras volvía a hablar—. ¿Piensas ir a otros clubes?

Si me preguntas si me uniré a una hermandad, la respuesta es no. Tengo pocas posibilidades de hacer amigos ahora mismo.

“¿Tienes demasiados amigos?”

“Tengo dos en este momento y eso me basta”.

Ante eso, se rió entre dientes. Nuestras miradas se cruzaron de nuevo. El sonido y el brillo de sus ojos me dieron un vuelco el corazón. De verdad necesitaba alejarme de ese tipo.

“Es una visión interesante de los amigos”.

—Es lo que sé. —Me encogí de hombros.

Para ser justos, no podía considerar a Celia una amiga. Hasta ahora, había demostrado ser una gran compañera de piso, con su ausencia y todo, pero ¿amiga? Supongo que, técnicamente, Hailey era la única que tenía aquí. La busqué y la encontré parada al otro lado de la barra, absorta en una conversación. Supongo que, como camarera y barista, era amiga de todos.

"¿Por qué te transfiriste aquí en el último año?"

“Sabes, haces muchas preguntas y ni siquiera me has dado tu nombre”.

—No me has preguntado nada. —Su mirada recorrió la mía—. No me has preguntado nada.

—Dime. Ya sé que juegas al hockey; obviamente estudias aquí, así que supongo que eres inteligente, a menos que tu talento para el hockey sea lo único que te retiene aquí, pero esta no es esa clase de escuela. —Lo miré a los ojos, Dios, era tan difícil mirarlo a los ojos sin parecer interesada, o *más* interesada—. ¿Cómo te llamas?

"Logan."

—Logan —asentí, mirándolo—. Ya lo veo.

—¿Qué? ¿Parezco un Logan? —Sus labios se abrieron en una sonrisa lenta y amplia, y juro que mi corazón dejó de latir por completo.

—Sí, lo sabes. Asentí lentamente, con la boca entreabierta. Sus amigos empezaron a gritar, a dar voces. Ambos dirigimos nuestra atención hacia allí. Uno de ellos parecía estar enfrascado en una especie de enfrentamiento con otro chico.

—Bueno, me tengo que ir, Amelia. —Se levantó, acercándose a mí, lo suficiente como para tocarme, sin llegar a tocarme. El toque de colonia que llevaba olía de maravilla cuando se giró hacia mí. Mi mirada recorrió su torso, visiblemente tonificado, y su cuello grueso, intentando mirar sus profundos ojos verdes mientras hablaba—. Nos vemos pronto.

EXPRESIONES DE GRATITUD

Soy de esas personas molestas que dicen "gracias" cien por cien a quienes me ayudan, así que he renunciado a escribir largos agradecimientos. Sin embargo, estas personas son la razón por la que este libro está en tus manos...

Melissa Gaston, Gina Licciardi, Hang Le (¡SIETE AÑOS! ¡Jaja! ¡Estoy tan feliz de que finalmente hayamos usado esta portada!), Champagne Formats (Stacey Blake, eres un ángel), todos en Valentine PR (Kim, Christine, Ratula y, por supuesto, Nina), Jan C. (Gracias x 100000), Ashlee (Ashes & Vellichor Designs--ily).

Tabla de contenido

Página de título
Derechos de autor
Contenido
Carta de Claire
Advertencia de contenido:
Dedicación
Parte I
- Prólogo
- 1. Lachlan
- 2. Lachlan
- 3. Lachlan
- 4. Lyla
- 5. Lachlan
- 6. Lachlan
- 7. Lyla
- 8. Lyla
- 9. Lyla
- 10. Lyla
- 11. Lyla
- 12. Lachlan
- 13. Lyla
- 14. Lyla
- 15. Lyla
- 16. Lyla
- 17. Lyla
- 18. Lyla
- 19. Lachlan
- 20. Lyla
- 21. Lachlan

Parte II
- Prólogo
- 22. Dalila
- 23. Dalila
- 24. Dalila
- 25. Lachlan
- 26. Dalila
- 27. Dalila
- 28. Dalila
- 29. Lachlan
- 30. Dalila
- 31. Lachlan

32. Lachlan
33. Dalila
34. Lyla
35. Lachlan
36. Lachlan
37. Lyla
38. Lyla
39. Lyla
40. Lachlan
41. Lyla
42. Lyla
43. Lyla
44. El accidente
45. Lyla
46. Lyla
47. Lyla
48. Lyla
49. Lyla
50. Lyla
51. Lachlan
52. Lachlan
53. Lyla
54. Lachlan
55. Lyla
56. Lyla
57. Lachlan
58. Lyla
59. Lachlan
60. Lyla
61. Lachlan
62. Lachlan
Epílogo
También por Claire Contreras
Fragmento de medias verdades
Expresiones de gratitud